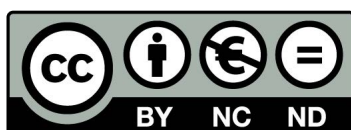


Élites políticas y religiosas, devociones y santos (siglos XVI-XVIII)

ELISEO SERRANO MARTÍN
JUAN POSTIGO VIDAL
(EDS.)

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3874>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Élites políticas
y religiosas,
devociones y santos
(siglos XVI-XVIII)

Eliseo Serrano Martín
Juan Postigo Vidal (editores)

Élites políticas y religiosas, devociones y santos (siglos XVI-XVIII)

Eliseo Serrano Martín
Juan Postigo Vidal (editores)



INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO
Excma. Diputación de Zaragoza
ZARAGOZA, 2020

Proyectos de investigación HAR2014-52434-C5-2P y PGC2018-094899-B-51.
Ministerios de Ciencia, Innovación y Universidades y Agencia Española de Investigación.
Grupo de Investigación de Referencia BLANCAS (Historia Moderna) del Gobierno de Aragón
H01-17R financiado con Fondos Feder de la Unión Europea. Investigador Principal: Eliseo Serrano.



Publicación número 3796 de la Institución Fernando el Católico,
Organismo autónomo de la Excm. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2 · 50071 Zaragoza (España)
Tels. [34] 976 28 88 78/79 · Fax [34] 976 28 88 69
ifc@dpz.es
www.ifc.dpz.es

© Los autores

© De la presente edición, Institución Fernando el Católico

ISBN: 978-84-9911-624-2

DEPÓSITO LEGAL: Z 1358-2020

MAQUETACIÓN: Ebro Composición, S. L.

IMPRESIÓN: Huella Digital, S. L.

IMPRESO EN ESPAÑA. UNIÓN EUROPEA

ÍNDICE

Introducción.....	9
1. Alrededor de una infanta de España: Catalina Micaela de Austria, sus hijos, sus hijas y unas devociones en la corte de Turín, por ALICE RAVIOLA.....	15
2. Entre el amor y el temor divino: la religiosidad del arzobispo don Alonso de Aragón, por JAIME ELIPE SORIANO.....	31
3. El canónigo Bartolomé Llorente (1540-1614) y la devoción a la Virgen del Pilar. Una aproximación a su biografía, por ELISEO SERRANO MARTÍN	47
4. Francisco Pérez de Prado y Cuesta, Inquisidor general y obispo de Teruel, por JOSÉ MANUEL LATORRE CIRIA.....	85
5. Clemente Serrano, canónigo de la catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona (Zaragoza). Labor diocesana y de patronazgo artístico, por JESÚS CRIADO MAINAR....	131
6. Linaje y Religión: la participación de los Sanz de Latrás en algunas tareas contra-reformistas de Huesca, por JOSÉ IGNACIO GÓMEZ ZORRAQUINO	175
7. Las devociones de la familia Zurita, por ISABEL EXTRAVÍS HERNÁNDEZ	211
8. Santo para los altares pero no para Roma: la devoción a san Pedro Arbués y el clero aragonés a finales del siglo XVII, por REBECA CARRETERO CALVO	239
9. El proceso informativo de Zaragoza para la beatificación de san Francisco de Borja en 1610, por JUAN RAMÓN ROYO.....	285
10. Doña Gerónima Zaporta y sor Antonia de Borja: devoción y conflicto en torno a una fundación conventual en el siglo XVII zaragozano, por ANA MORTE ACÍN.....	305
11. La duquesa de Híjar doña Francisca de Castro Pinós y el tapiz de san Esteban, por LAURA MALO BARRANCO	331
12. La presencia de relicarios en los interiores domésticos de Zaragoza durante los siglos XVII y XVIII, por JUAN POSTIGO VIDAL.....	351

INTRODUCCIÓN

UNA DE LAS ESTRATEGIAS MÁS CLARAS que el mundo católico diseñó ante el impulso irreversible que las iglesias reformadas ya ejercían sobre suelo europeo a mediados del siglo XVI, se basó en el establecimiento firme de una serie de nuevos modelos doctrinales, simbólicos y visuales. En aquel momento se entendió que tales modelos, además, debían estar por una parte cargados de gran afectación y efectismo, y por la otra, tenían que ser a su vez universalmente abrazados por todo el conjunto social. Las muestras de devoción en el ámbito de la Contrarreforma hubieron de hacerse a partir de entonces evidentes, fácilmente detectables «desde fuera»; y es así que, en cuestión de pocos años, la dimensión espiritual clásica de procedencia medieval se tuvo también que asimilar —que familiarizar— con las formas de expresión más tangibles, más «ópticas», que eran en definitiva mucho más sensibles hacia todo lo que podríamos incluir dentro del plano de lo sensorial.

Ampliando mucho el ángulo de nuestro objetivo, cabría añadir que buena parte de estas renovadas sensibilidades surgieron como respuesta a los nuevos desafíos planteados por el mundo moderno: en el ámbito técnico, sabemos que el desarrollo de la imprenta permitió una difusión más potente, eficaz e inmediata de las ideas particulares. En el político, fueron la consolidación de los estados nación y la conformación de las primeras monarquías absolutas los factores que más hicieron por favorecer el afloramiento de identidades diversas y a menudo divergentes. En cuanto a la esfera económica, también el fortalecimiento capitalista contribuyó a trastocar las tradicionales percepciones estamentales conforme nuevas clases de burgueses adinerados promovieron cambios apreciables en el ordenamiento social. Y dentro de la esfera cultural, no puede negarse que el espíritu renacentista, caracterizado por su confianza ciega en las capacidades humanas y por haber mantenido un culto especial a los patrones estéticos

e ideológicos del mundo grecolatino, fue muy propenso a dejar que deslizaran nuevas concepciones ideológicas que en determinadas circunstancias pudieron resultar hasta rompedoras con respecto a los cánones establecidos.

Este mundo nuevo, pues, que estaba tan fuertemente politizado, y que se mostraba a la vez tan perceptivo con el arte y la belleza, tan tensionado desde el punto de vista social, y tan ambicioso de repente ante la irrupción de «individualidades» hasta entonces inexistentes, fue el que causó la simbiosis particular entre la devoción y el poder que apreciamos en el orbe católico en los tiempos inmediatamente posteriores a Trento. La religión y la política siempre han estado estrechamente entrelazadas. La Iglesia y el Estado colaboraron en los procesos de disciplinamiento social, de integración del individuo en un conjunto superior de súbditos que siguen unas normas morales y políticas definidas por los gobernantes; paralelamente avanzó la cristianización de la sociedad, erradicando cualquier forma de religiosidad previa a la confesional que pudiera permanecer en las capas populares. Este proceso de confesionalización en España en la Edad Moderna se hizo a través del clero, de las élites políticas y religiosas, de los llamados por Prosperi tribunales de la conciencia. Y el disciplinamiento fue aplicado sobre la práctica ritual, en la promoción de devociones, en la búsqueda de una santidad militante, en la supresión de las minorías religiosas, en la ortodoxia teológica, en el comportamiento moral y social y ejercido tanto en el plano individual (la importancia de la confesión individual en la interiorización de los comportamientos) como en el colectivo. Como podrá imaginarse, las élites estuvieron muy interesadas en marcar los ritmos producidos dentro de este insólito proceso cultural, y es de ese modo que, a través de sus diversos patrones de consumo y de comportamiento, consiguieron que su posición privilegiada lograra constantemente perpetuarse en los espacios compartidos, aquellos que eran apreciables por toda la colectividad. Hablamos de donaciones, de fundaciones, y de patrocinio artístico; del levantamiento febril de capillas, templos e instituciones religiosas; de la adquisición de obras de arte y de la promoción perseverante de devociones familiares. Y todo ello conforme los fervores locales servían como acicate para el impulso de determinados cultos y para la ubicación de presencias y sucesos excepcionales sobre localizaciones concretas: venerables paisanos que había que elevar a los altares, sucesos milagrosos o hallazgos de importantes reliquias, que en muchas ocasiones permitieron a su vez afianzar la relevancia de cada sede, y por ende, de la de sus selectos allegados. Durante la Edad Moderna las oligarquías ciudadanas, en connivencia con sus élites eclesiásticas o a veces con su oposición, favorecieron determinados cultos vinculados casi siempre a

santos locales, cuyo origen real o inventado llenó miles de páginas de erudición y polémica. De tal forma se creará una auténtica sacralidad territorial, una protección del espacio sobre la base de la especial predilección del santo. Para analizar el papel de estas élites políticas y religiosas y su destacado protagonismo en la fabricación de santos y devociones convocamos un Seminario de mismo título que el libro que el lector tiene en sus manos, y el trabajo que aquí presentamos reúne las aportaciones más recientes de algunos especialistas que están contribuyendo a tejer este extenso entramado que es el de las relaciones del poder con la institución eclesiástica en el Aragón de la Edad Moderna. Como el lector podrá ir comprobando, en líneas generales las investigaciones de este estudio colectivo tendrán como eje central esa idea tan característica que entendía la religión como un potencial mecanismo de representación social; un mecanismo que en primer lugar era susceptible de ser utilizado como una plataforma predilecta para la promoción familiar, pero que también actuaba como un canal sobre el que verter el capital relacional dentro de las redes de influencia locales. Será, así pues, tomando estas ideas centrales como punto de partida, como los diferentes capítulos de los que este libro está compuesto irán aportando detalles sobre aspectos tanto devocionales como políticos en relación al ámbito histórico al que nos estamos refiriendo.

Con el análisis sobre la trayectoria diocesana de Clemente Serrano —quien fue canónigo de la catedral de Tarazona en los tiempos de Cerbuna—, Jesús Criado Mainar nos acerca a una personalidad muy característica de la época, la de un intelectual que llegó a dar una importancia equiparable a la promoción social y a la dignificación del culto en su localidad mediante fundaciones y patrocinio artístico. Tal y como queda claro en este capítulo, la educación y el estudio podían constituirse en esta época como verdaderas vías para la promoción social, independientemente de cuáles hubiesen sido las circunstancias personales de cada uno en aquel «gran teatro del mundo». El estudio de Isabel Extravís Hernández sobre la devoción de los Zurita profundiza por su parte en el panorama más personal de esta destacada familia, leyendo con una mirada «micro-histórica» algunos interesantes testamentos que nos hacen entender que entre estas personas —ya no solamente nuestro primer cronista, sino algunos de sus más allegados familiares— también pudieron surgir sensibilidades devotas y fieles al dogma tridentino. José Manuel Latorre Ciria centra la atención en otro importante personaje: Francisco Pérez de Prado y Cuesta, inquisidor general y obispo de Teruel durante la primera mitad del siglo XVIII, quien como se verá tuvo que modular con cuidado su actitud de gobierno en función del cargo que

estuviese desempeñando. Si bien sus competencias fueron muchas durante los nueve años en que tuvo que simultanear ambos cargos, un patrón común como se verá fue el de su fuerte rigorismo moral, que se dejaría ver especialmente a través de su persecución hacia toda clase de actividades lúdicas materializadas en fiestas y bailes. Juan Ramón Royo García sigue con minuciosidad los pasos del proceso para la beatificación de San Francisco de Borja en 1610 aportando informaciones biográficas sobre aquellos que contaron con protagonismo en este acontecimiento, e incluyendo a su vez la impresión que mereció la figura de Francisco de Borja entre todos estos individuos, la mayoría de los cuales, por cierto, no llegaron a conocerlo personalmente. El particular mundo de la nobleza femenina es explorado a continuación por Laura Malo Barranco, indagando en este caso en el interesante panorama de las devociones familiares en torno a la duquesa de Híjar doña Francisca de Castro Pinós, y en la voluntad personal de esta mujer por dejar plasmada su devoción particular en una obra de arte: una tapicería que plasmaba la «Historia milagrosa de don Galcerán de Pinós librado por San Esteban del cautiverio de los moros [...] que la dicha señora Doña Francisca había mandado fabricar en su casa y a sus expensas». El trabajo de José Ignacio Gómez Zorraquino rastrea informaciones muy significativas sobre la familia de los Sanz de Latrás en el entorno oscense, conjugándose de manera muy evidente en este caso voluntades que tenían mucho que ver con el ámbito del poder y con el de las sensibilidades devocionales. Particular interés entraña en este sentido el estudio de los torneos caballerescos en los que participaron los Latrás con notable protagonismo, pues fue mediante estos festejos que la fiesta nobiliaria más destacable y tradicional se podía poner al servicio de la religiosidad imperante. Ana Morte nos adentra en el terreno del conflicto entre familias de gran influencia al desentrañar qué clase de intereses pudo haber detrás de algunas importantes fundaciones conventuales en la Zaragoza del Barroco. En este caso, la fundación de la Cartuja de la Inmaculada Concepción de Zaragoza parece que fue el catalizador de fuerzas y voluntades varias, un proyecto que, al margen de la devoción, pretendía perpetuar el recuerdo y prestigio de quien lograrse erigirse como su artífice. El trabajo de Jaime Elípe lleva al lector a los inicios de la Edad Moderna, recabando en el complejo espíritu del arzobispo Alonso de Aragón, hijo ilegítimo de Fernando el Católico y no tan religioso como quizás hubiese cabido esperar. A través de la documentación que ha quedado de este importantísimo personaje de la historia aragonesa, veremos cómo el individuo, en su propio fuero interno, tuvo en ocasiones que poner en una balanza los límites de su fe, y los de sus necesidades pulsionales. Por su

parte, Rebeca Carretero estudia con gran detalle los diferentes pasos de los que se compuso el proceso de canonización de Pedro Arbués, y analiza algunas de las más destacables composiciones artísticas al respecto a finales del siglo XVII: algunos interesantes retratos y grabados, y muy especialmente, la capilla funeraria ubicada en la iglesia parroquial de Bañón, localidad natal del inquisidor, que fue promovida por el racionero Juan Francisco Martínez de Lagunilla en el medio de este clima que requería de la formación de un nuevo santo. La creación de un panteón santoral dinástico fue preocupación de las monarquías y aristocracias reinantes en los territorios europeos, y la corte de Saboya no iba a ser una excepción. Alice Raviola se ocupa de estudiar la influencia de la infanta Catalina, hija de Felipe II y casada con Carlos Manuel de Saboya, en las devociones de la corte de Turín, con la promoción de los santos de familia, el beato Amadeo IX y la beata Margarita de Saboya-Acaya, reliquias como la Sábana Santa, apoyo e institucionalización de Cofradías como la de la Humildad o el reconocimiento de dos de sus hijas como beatas. Eliseo Serrano se ocupa de estudiar la biografía de una de las personalidades zaragozanas más interesantes en el entresiglo XVI-XVII, el canónigo Bartolomé Llorente, que fue además diputado del Reino y Cronista del mismo. Defensor de la devoción y preeminencias del Pilar, para lo que fue comisionado en Roma, atesoró una importante biblioteca, editó una recopilación de escritores que defendieron la predicación del apóstol Santiago en España, fue el encargado por el cabildo de los asuntos de los vasallos moriscos de Brea en la expulsión de 1610 y dejó una buena colección de manuscritos y correspondencia. Como elementos vinculados a la nueva religiosidad contrarreformista y objetos visuales religiosos de ostentación considera Juan Postigo en su artículo a los relicarios en los interiores domésticos zaragozanos en los siglos XVII y XVIII. Al comienzo eran pocos los individuos poseedores y en pequeñas cantidades, situación que fue variando a lo largo de las centurias en cuanto al número de relicarios en los inventarios, apareciendo agrupamientos que podían describirse como colecciones y extendiéndose la extracción social de los poseedores, de las élites privilegiadas a sectores del artesanado e incluso ciertos labradores con un nivel económico destacable.

ELISEO SERRANO MARTÍN
JUAN POSTIGO VIDAL

ALREDEDOR DE UNA INFANTA DE ESPAÑA: CATALINA MICAELA DE AUSTRIA, SUS HIJOS, SUS HIJAS Y UNAS DEVOCIONES EN LA CORTE DE TURÍN

ALICE RAVIOLA
Università di Milano

PREMISA. *LA INFLUENZA DE LA INFANTA EN LAS DEVOCIONES
EN LA CORTE DE TURÍN*

En los últimos años la atención hacia las devociones en la época moderna está enmarcando muchas historiografías nacionales, en particular la española y la italiana. Los intercambios entre investigadores de los dos Países y el estudio de las relaciones políticas y culturales entre los dos permiten conocer bastante en profundidad el influjo de los distintos modelos espirituales y religiosos y el impacto de las tradiciones dinásticas en las cortes. El caso de la infanta Catalina Micaela de Habsburgo, hija de Felipe II y de Isabel de Valois, es muy indicativo. En la historia y en la historiografía de Zaragoza, es conocida porque aquí, en la magnífica catedral de la Seo, se casó el día 11 de marzo de 1585 con el duque de Saboya Carlos Manuel I. El impacto de esta boda en la corte piamontesa acaba de ser analizado en un volumen que tuve el placer de coordinar con la amiga y colega Franca Varallo y que fue un momento de reflexión historiográfica intenso entre historiadoras e historiadores (no solo *tout-court*, sino también de arte, de literatura, de música...) españoles e italianos¹.

El congreso y el libro que hicimos no fue solo un punto de llegada, sino un estímulo para profundizar más en el tema de la herencia española de la infanta,

¹ B. A. Raviola, F. Varallo (eds.), *L'infanta Caterina d'Austria, duchessa di Savoia (1567-1597)*, Carocci, Roma 2013. Sobre la necesidad de Felipe II de obtener la fidelidad de Aragón, pero con éxito incierto al final del siglo, véase el reciente texto de J. Gascón Pérez, «La verdad sencilla y desnuda de los sucesos de Aragón». Memoria, olvido y proyecto político en las obras sobre la rebelión de 1591 contra Felipe II», en A. Merle, S. Jettot, M. Herrero Sánchez (eds.), *La Mémoire des révoltes en Europe à l'époque moderne*, Garnier, Paris 2018, pp. 25-40.

la cual fue perpetuada no solo por el duque Carlos Manuel, muy aficionado a su esposa, sino también por los hijos e hijas de la pareja que habían crecido bajo el influjo materno y una educación sensiblemente filohispana en lengua, cultura y pertenencia política.

De otro lado, la afirmación del ducado de Saboya como estado fronterizo, siempre poderoso, capaz de enfrentarse tanto con la voluntad expansionista de Francia –como muestran los conflictos de Provenza (1580-1601)– como con la presencia española en el Ducado de Milán –como muestran las guerras por la sucesión de Mantua y del Monferrato ahora nuevamente valoradas por la historiografía²– determinó la necesidad para la dinastía de enfatizar los cultos familiares, de renovar antiguas tradiciones (las órdenes de caballeros o de caballería), de crear nuevas identidades y fidelidades en los súbditos y en el contacto diplomático con las otras cortes de Europa.

Mi ponencia quiere evidenciar en 4 puntos los ámbitos y los modelos de tal proceso dinámico y magmático basándose en una producción científica siempre muy abundante y de calidad. Los trabajos, entre otros, de Paolo Cozzo, Franca Varallo, Almudena Pérez de Tudela, Manuel Rivero Rodríguez, María José del Río Barredo, Magdalena Sánchez, Miriam Failla y en parte míos, nos introducen en un contexto muy denso de devociones, a un mismo tiempo inspiradas por España y vivificadas en Turín, en búsqueda de una forma de autorrepresentación dinástico-cortesana alineada con la Contrarreforma y dirigida a crear consenso popular³.

Los puntos son: 1–las reliquias; 2–los santos dinásticos; 3–la herencia espiritual de Catalina Micaela y las sociedades devocionales nacidas en Turín entre los siglos XVI y XVII, con dos ejemplos específicos; 4–un juego de cajas chinas, o sea un caso de doble promoción dinástica femenina.

LA SÁBANA SANTA Y OTRAS RELIQUIAS

El vehículo más evidente de este proceso es, sin duda, la Sábana santa, sobre la que no me extiendo mucho porque está en prensa un volumen de actas que pre-

² P. Merlin, F. Ieva (eds.), *Monferrato 1613. La vigilia di una crisi europea*, Carocci, Roma, 2016.

³ En este sentido véase el siempre clásico J. A. Maravall, *La cultura del Barroco*, Ariel, Madrid, 1975.

cisamente trata del tema del cual es especialista, con Cozzo, Andrea Nicolotti⁴. Solo me limito a recordar una carta, ya publicada por Bouza, en la cual Felipe II se alegraba con la hija, que tenía mucho apego a esta devoción: «muy bien ha sido ver al Santo Sudario, y creo yo que lo que allí pedisteis a Nuestro Señor fue parte para que el mismo día saliese yo ya a la misma capilla y que siempre hubiese estado mejor»⁵. Catalina Micaela, que llegando a Piamonte también había notado semejanza entre el santuario de la Virgen de Monserrat (donde estuvo con el marido en la primavera de 1585) y el de la Misericordia de Savona⁶, siempre promocionó las devociones de la Casa Saboya, en particular las de contenido mariano, fue una gran impulsora de la imagen de la Sábana, reproducida muchas veces también para sus familiares. Hay que recordar también que su hija Margherita, dirigiéndose a Lisboa para acceder al cargo de virreina de Portugal, «mostrou grande piedade e religiosidade» por el Santuario del Santo Lenho di Vera Cruz de Alentejo, en memoria de la Sábana venerada por sus padres⁷.

Trasladada, como es sabido, desde Chambéry a Turín para favorecer la visita de Carlo Borromeo, arzobispo de Milán, la más impactante y discutida de las reliquias, la Sábana, claramente, no era única. Todo el comercio de reliquias entre las cortes (y especialmente entre las mujeres de corte, como muestran las cartas entre Catalina y su hermana Isabel Clara Eugenia⁸) alimentaba el culto

⁴ A. Nicolotti, *Sindone. Storia e leggende di una reliquia controversa*, Einaudi, Torino, 2015; P. Cozzo, A. Nicolotti (eds.), *La Sindone a corte. Storie, pratiche, immagini d'una reliquia dinastica*, Actas del congreso, Venaria-Torino, 5-7 maggio 2015; P. Cozzo, «Intus mirabile magis». L'orizzonte devozionale dell'Infanta», en Raviola y Varallo (eds.), *L'Infanta*, pp. 213-231. Para el contexto francés vease K. Kolrud, «Ritratti» del santo Sudario a Parigi tra diplomazia, arte e devozione, en A. Celi, M. Vester (eds.), *Tra Francia e Spagna. Reti diplomatiche, territori e culture nei domini sabaudi fra Tre e Settecento*, Carocci, Roma, 2017, pp. 175-192.

⁵ F. Bouza, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Akal, Madrid, 1998, p. 133, 2 de enero de 1586; Cozzo, «Intus mirabile magis», p. 222.

⁶ Cozzo, «Perpetuum regis et regni praesidium». Il santuario di Savona nella geografia mariana dei Savoia», *Rivista di Storia e letteratura*, a. 47, 2011, pp. 287-302.

⁷ B. A. Raviola, «A fatal máquina». Margherita di Savoia (1589-1656), duchessa di Mantova e viceregina di Portogallo» en M. A. Lopes, B. A. Raviola (eds.), *Portogallo e Piemonte. Nove secoli (XII-XX) di relazioni dinastiche e politiche*, Carocci, Roma, 2014 (I ed. portuguesa: Universidade de Coimbra 2012; II ed. portuguesa: Coimbra, 2014), pp. 103-126, p. 115.

⁸ A. Pérez de Tudela, «Regalos y retratos. Los años de la infanta Catalina Micaela en la corte de Madrid (1567-1584)», en Raviola y Varallo (eds.), *L'Infanta*, pp. 97-141; M. J. del Río Barredo, M. S. Sánchez, «Le lettere familiari di Caterina di Savoia», *ibid.*, pp. 189-212; Cozzo, «Intus mirabile magis»..., cit., p. 230.

de santas y santos de cada tipo y, especialmente, al final del siglo XVI de la Virgen María.

A este momento se refiere, por ejemplo, una reliquia con su relicario recientemente estudiada y publicada en el catálogo de una exposición en la ciudad de Asti, Piamonte⁹. Se trata de un zapato de plata ornado con piedras preciosas (rubíes, amatistas...) cuya proveniencia es todavía incierta: ¿española? ¿romana?, aunque probablemente española. Este relicario contiene un trozo pequeño del zapato de la Virgen y, según lo que podemos reconstruir, en 1608 fue donado al monasterio de los Carmelitas calzados de Asti por el prior general de la Orden Silvio Enrici (Mergozzo 1556 – Roma 1612). Enrici, futuro obispo de la ciudad piamontesa de Ivrea y consejero espiritual, en aquellos meses, del duque Carlos Manuel I, había pertenecido a la Sacra Congregación de Auxiliis Divinae Gratiae instituida por Clemente VIII en 1597 y ya suprimida por Paolo V en el 1606. Probablemente, en aquel contexto en el cual se discutían las tesis teológicas de unos autores españoles (en primer lugar de Luis de Molina y de su *Concordia liberi arbitrii cum gratiae donis*, 1588), Enrici tuvo contacto con el padre provincial de los Carmelitas de Aragón fray Juan Sanz. Fue el mismo Sanz, que murió y fue enterrado en Valencia en 1608, quien le entregó el precioso relicario. En el convento valenciano del Carmen, hoy museo, se conservaba una reliquia idéntica, donada «en desagravio a los religiosos en el siglo XV por un noble, Luis Muñoz, señor de Ayódar, tras un lance amoroso que tuvo con una cortesana»¹⁰. No sabemos si el zapato conservado en Asti es este mismo objeto o si, más probablemente, es otra porción colocada en el relicario, pero se conserva el documento de autenticación de la donación de Sanz a Enrici, fechado significativamente en Zaragoza, 24 de agosto de 1606¹¹.

⁹ I. Bologna, «Reliquiario della Vera Scarpa della Madonna», ficha n. 4, en A. Marchesin, P. Nicita, B.A. Raviola, A. Rocco (eds.), *Nella città d'Asti, in Piemonte. Arte e cultura in epoca moderna*, Catálogo de la exposición de Asti, 27 de octubre de 2017 – 25 de febrero de 2018, Sagep, Genova, 2017, pp. 194-195.

¹⁰ V. Salvador y Monserrat, marqués de Cruilles, *Guia urbana de Valencia antigua y moderna*, Imprenta de José Rius, Valencia, 1876 (<https://books.google.it/books?id=Bc0CAAAAYAAJ&pg=PP5&dq=guia+urbana+de+valencia&hl=it&sa=X&ved=0ahUKEwjvtKOA05ffAhXC2qQKHZGnAoAQ6AEIKzAA#v=onepage&q=guia%20urbana%20de%20valencia&f=false>; última entrada 11 diciembre 2018), pp. 179-180: el zapato era «de forma puntiaguda al uso antiguo: suelo y pieza de un mismo cuero, como de cordobán negro, y una rosa en la punta».

¹¹ El documento se conserva en el archivo de la Opera pia Isnardi de Asti (veanse las fotos en Bologna, *Reliquiario della Vera Scarpa della Madonna*).

El caso del zapato de plata donado por el carmelita a su colega español nos enseña con mucha evidencia la circulación de modelos y de prácticas no solo en el interior de una Orden, sino entre España y Piamonte y particularmente entre los carmelitas españoles y una ciudad, Asti, que conserva en su Archivo diocesano una colección impresionante de libros españoles de principios del siglo XVI, casi todos referidos al ambiente carmelita y que todavía espera ser estudiada.

SANTOS DE FAMILIA: EL BEATO AMADEO IX Y LA BEATA MARGARITA DE SABOYA-ACAYA

Al lado de la legión de los mártires tebanos muy apreciados por la Casa de Saboya que eligió a varios de ellos –Maurizio, Lazzaro, Solutore, Avventore y Ottavio en particular– como protectores de las dos órdenes de caballería reorganizadas en el siglo XVI, dos fueron las figuras individualizadas como perfectos cultos dinásticos: el beato Amadeo de Saboya y la beata Margarita de Saboya-Acaya. Un varón y una mujer para que –sobre todo a los ojos de nosotros, intérpretes contemporáneos– las dos identidades de género fueran igualmente consideradas. De todas formas, la razón de esta elección, madurada ya en los años de Carlos II (el consorte de Beatriz de Avis, hermana de la Emperatriz Isabel, y padre de Manuel Filiberto), es totalmente política.

Tenemos dos lecturas bastante distintas de la recuperación de la figura de Amadeo IX (1435-1472), duque de Saboya desde el 1465, enfermo de epilepsia, terciario franciscano y dispensador de muchas limosnas para los pobres¹². Desde un punto de vista microhistórico, Angelo Torre ha estudiado el proceso de canonización como forma de rehabilitación del abuelo Amadeo VIII de Saboya, antipapa con el nombre de Félix V; en segundo lugar, a través de la hagiografía elaborada por Giovanni Francesco Ranzo al comienzo del siglo XVII, el culto

¹² F. Cognasso, *Amedeo IX, duca di Savoia*, en *Dizionario biografico degli italiani*, vol. 2, 1960 ([http://www.treccani.it/enciclopedia/amedeo-ix-duca-di-savoia_\(Dizionario-Biografico\)/](http://www.treccani.it/enciclopedia/amedeo-ix-duca-di-savoia_(Dizionario-Biografico)/): última entrada, 22 de mayo de 2018).

¹³ A. Torre, «Consumo di devozioni e santità: il beato Amedeo IX nel cerimoniale piemontese del Seicento», en G. Fiume (ed.), *Il santo patrono e la città. San Benedetto il Moro: culti, devozioni, strategie di età moderna*, Marsilio, Venezia, 2000, pp. 96-119. La tabla I de pp. 108-109 explica en qué lugares la devoción amedeana fue activa entre el 1472 y el 1669: son 160 casos testados sobre todo en la ciudad y provincia de Vercelli. Las misas –tab. III, p. 118– crecieron en los años 1657-58 (78 misas cada año).

de Amadeo es analizado en relación a su difusión geográfica¹³. En este sentido, el duque, celebrado en lugares como Vercelli donde murió, Santhià, Ivrea y Turín, devino «un baluarte antimonferrino»¹⁴, es decir un protector ideal de los confines del estado con el ducado de Monferrato gobernado por los Gonzaga de Mantua¹⁵. Pero su colocación bastante marginal y su escasa presencia en altares mayores o iglesias importantes, también después de la postulación en 1667, induce a Torre a hablar de substancial «fallimento devozionale»¹⁶.

Por su parte Cozzo, estudiando las fases del proceso preparado por Francisco de Sales en 1615 y concluido con la beatificación concedida por Inocencio XI en 1677, observa que la atención por Amadeo IX, manifestada en particular por Carlos Manuel I y sus hijos, fue dirigida a obtener consenso en Roma¹⁷. Si los rivales Gonzaga tenían a San Luis, los Saboya todavía no tenían un santo de familia y por eso el cardenal Mauricio, hijo de Carlos Manuel I, sostenido por Roberto Bellarmino en Roma donde vivió unos años¹⁸ y por un gran número de historiadores saboyanos, en su patria, fue el máximo patrocinador de la causa de Amadeo.

Claramente, los dos autores son partícipes de que la propuesta de canonizar a Amadeo IX dependía de la voluntad de legitimar el poder dinástico.

Igualmente rico en matices es el caso de la beata Margarita, a mi parecer aún más cargado de necesidad de legitimación porque se trataba de valorar un poder femenino. La famosa rivalidad con los duques de Mantua, ya adelantada, tuvo su máxima expresión simbólica alrededor de la boda de la Infanta Margarita, la hija mayor de Carlos Manuel I y Catalina, con el príncipe Francesco Gonzaga (marzo de 1608). No es casual que en aquel momento, en que se tenía que representar la unión entre los dos estados y las dos cortes de Mantua y de Turín, Carlos Manuel y su entorno eligieran una ascendiente que ya se

¹⁴ *Ibidem*, p. 105.

¹⁵ B. A. Raviola, *Il Monferrato gonzaghese. Istituzioni ed élites di un micro-stato (1536-1708)*, Olschki, Firenze, 2003; Ead. (ed.), *Cartografia del Monferrato. Geografia, spazi interni e confini di un piccolo stato italiano fra Medioevo e Ottocento*, FrancoAngeli, Milano, 2007.

¹⁶ Torre, *Consumo di devozioni e santità*, cit., p. 103.

¹⁷ Cozzo, *La geografia celeste*, cit., pp. 201-213.

¹⁸ M. Oberli, *Magnificentia principis: das Ma"zenatentum des Prinzen und Kardinals Maurizio von Savoyen (1593-1657)*, VDG, Weimar, 1999; B. A. Raviola, «En el real servicio de Vuestra Majestad». El cardenal Mauricio de Saboya entre Turín, Roma, Madrid y París», en J. Martínez Millán et alii (eds.), *La doble lealtad: entre el servicio al rey y la obligación a la iglesia*, Universidad Autónoma de Madrid – Instituto Universitario La Corte en Europa (IULCE), Madrid, 2014, pp. 242-259.

había casado con un marqués de Monferrato: Margarita de Saboya-Acaya, nacida en 1390 y casada con Teodoro II Paleólogo en 1403, cuando tenía 13 años. Quedó viuda en 1418, rechazó una propuesta de boda por parte del poderoso duque de Milán Filippo Maria Visconti –lo que habría vinculado el Monferrato a la Lombardía– y se retiró a la ciudad de Alba, donde fundó un convento de terciarias dominicas. Cuando murió en 1464, empezó una devoción local favorecida por la dinastía Paleólogo y reconocida por Pío V, ya prior en Alba, en 1566 con facultad de celebrar una misa solemne en su memoria cada año¹⁹.

Cuando Margarita de Saboya fue prometida a un príncipe de Casa Gonzaga –la familia que dominaba en Monferrato desde el 1536²⁰ y, por lo tanto, sobre Alba también– la biografía de Margarita pareció perfecta para un paralelismo²¹. La misma Infanta Margarita, durante su estancia en Monferrato con el marido, intentó, sin éxito, la traslación del cuerpo desde Alba hasta la capital Casale, poniendo las bases para el proceso de canonización. Entonces se trataba de exaltar la imagen de la nueva Margarita y crear un panteón dinástico válido para las dos casadas. Pero, cuando Margarita de Saboya enviudó, en 1612, y cuando se acercaba la primera guerra de sucesión de Mantua y Monferrato²², la promoción de la beata Acaya-Paleólogo se configuraba precisamente como acto de legitimación.

Esto parece evidente sobre todo después el tratado de Cherasco de 1631 que había puesto fin a la segunda guerra de sucesión: entre los otros pactos, la paz aseguraba a los Saboya la ciudad de Alba así que Margarita, que desde hacía años reivindicaba el derecho de ser regente del estado gonzaguesco, puso nuevo

¹⁹ L. Provero, «Margherita di Savoia-Acaja, marchesa di Monferrato», en *Dizionario biografico degli italiani*, vol. 70, 2008 ([http://www.treccani.it/enciclopedia/margherita-di-savoia-acaia-marchesa-di-monferrato_\(Dizionario-Biografico\)](http://www.treccani.it/enciclopedia/margherita-di-savoia-acaia-marchesa-di-monferrato_(Dizionario-Biografico))): último acceso, 22 de mayo de 2018).

²⁰ B. A. Raviola, *Il Monferrato gonzagesco. Istituzioni ed élites di un micro-stato (1536-1708)*, Olschki, Firenze, 2003.

²¹ S. Mostaccio, «Le sante di corte. La riscoperta sabauda di Margherita di Savoia-Acaia», en M. Masoero, S. Mamino, C. Rosso *Politica e cultura nell'età di Carlo Emanuele I. Torino, Parigi, Madrid*, Olschki, Firenze, 1999, pp. 461-473; Cozzo, *La geografia celeste*, cit., pp. 213 sgg.

²² B. A. Raviola, «The Three Lives of Margherita of Savoy-Gonzaga, duchess of Mantua and Vicereine of Portugal», en A. J. Cruz, M. Galli Stampino (eds.), *Early Modern Habsburg Women. Transnational Contexts, Cultural Conflicts, Dynastic Continuities*, Farnham, Ashgate, 2013, pp. 59-78.

vigor en reclamar su posición y también los restos de su predecesora. Hay muchas cartas de ella, tanto desde Turín como desde Madrid, donde vivió desde 1640 después de su dramática experiencia de virreina de Portugal, en las cuales, por medio de su confesor Giulio Bergera, menor observante y futuro obispo de Turín, la Infanta alegó la causa con los hermanos y las hermanas.

Es interesante observar que el culto de Margarita de Saboya-Acaya fue aprobado por la Iglesia de Roma en 1669, antes que el del beato Amadeo IX, con el apoyo de otras dos figuras femeninas, las dos regentes de la casa Saboya Cristina de Borbón y María Giovanna Battista de Saboya-Nemours, de orientación filofrancesa pero mujeres de gobierno.

Puede merecer la pena recordar aquí que, cuando Margarita se dirigió a España para tomar el cargo de virreina de Portugal, viajando desde Niza por Barcelona, pasó por Zaragoza en el mes de octubre de 1634. En dos cartas de los días 21 y 24 la Infanta duquesa viuda de Mantua informó a su hermano Vittorio Amadeo I duque de Saboya que el viaje había sido bueno, a pesar de su mal de estómago, y que la ciudad española era muy linda y acogedora:

Do parte a Vostra Altezza del mio arrivo a Saragosa con salute, sebene alquanto stracca per la lunghezza del viaggio et le cattive strade, come Vostra Altezza Reale sa benissimo, massime per la montagna di Monserrato. Qui veramente ricevo quelle dimostrazioni di cortesia che si possono desiderare ed emmi di maggior gusto l'aver trovato il signor don Fernando Borgia, viceré di questo regno, conosciuto da Vostra Altezza Reale. Oggi sono stata a visitare le chiese di maggior devozione²³.

Citando el camino de Monserrat, muy caro a la madre Catalina, y don Borja, Margarita hacía referencia a la estancia del hermano en España en los años 1603-1606 bajo la tutela del preceptor y pensador Giovanni Botero²⁴.

Igualmente escribió a su hermano cardenal Maurizio unos días después:

Già mi ritrovo in Saragosa tanto ben vista e trattata che non si potria desiderare d'avantaggio. Il lungo viaggio, le male strade et la mutazione dell'aria

²³ Archivio di Stato di Torino (ASTo), Corte, Real Casa, Lettere di principi diversi, m. 6, n. 2138, Margarita al hermano Vittorio Amadeo I, duque de Saboya, «Saragosa, li 21 ottobre 1634».

²⁴ M. J. del Río Barredo, «El viaje de los príncipes de Saboya a la corte de Felipe III (1603-1606)», en P. Bianchi y L. Clotilde Gentile, *L'affermarsi della corte sabauda. Dinastie, poteri, élites in Piemonte e Savoia fra tardo medioevo e prima età moderna*, Zamorani, Torino, 2006, pp. 407-434; G. Botero, *I capitani*, ed. por B.A. Raviola, Nino Aragno editore, Torino, 2017.

e de' cibi mi hanno alterato un poco lo stomaco; tuttavia vado sperando che il tutto passerà bene. Vostra Altezza mi scusi se non scrivo di mia propria [mano] per non straccarmi maggiormente, essendo stata tutto oggi a vedere la città et a visitare queste chiese²⁵.

Cumpliendo con sus devociones y marcando al revés los lugares donde estuvieron sus padres, la nueva virreina de Portugal traía consigo toda la herencia de la educación española recibida en Turín, segura de encontrarse en un *habitat* político, cultural y lingüístico muy familiar.

LA HERENCIA DE CATALINA Y LAS DEVOCIONES CORTESANAS

Detrás de los objetos, por supuesto, están los hombres y la mujeres que los necesitan o los quieren, y están los lugares de la devoción, otro capítulo fundamental de la dimensión religiosa de la modernidad porque no se habla solo de espacios físicos, sino de formas agregativas peculiares como las cofradías y las hermandades. Preguntándome si las damas de cámara de la duquesa Catalina Micaela y los hombres a su servicio y de las Casas de su hijos —muchos de las cuales y de los cuales eran españoles o portugueses trasferidos a Turín— no tenían un espacio de encuentro devocional, encontré en las cuentas de la Chancillería de Saboya, un indicio pequeño: la cita de una Compañía de la Soledad, o sea, de la Virgen de la Soledad, muy difundida en España, a la cual la Infanta dio una limosna de 300 florines en la primavera del 1596²⁶. Me parece un rastro muy significativo, aunque efímero y sin larga duración, de la voluntad y exigencia de una comunidad de extranjeros de reproducir sus modelos asociativos y de practicar sus cultos, no obstante la estancia en otro lugar. De hecho, esta es la razón por la cual en Roma —o Venecia, Salamanca, Países Bajos, Inglaterra y otras tierra de comercio, cultura y religión— hay hermandades nacionales que patrocinaron iglesias y cultos²⁷. La devoción por la Virgen de la Soledad en España era quizás de origen francesa, difundida gracias a Isabel de Valois, la madre

²⁵ ASTo, Corte, Real Casa, Lettere di principi diversi, m. 6, n. 2106, Margarita al hermano Mauricio de Saboya, «Saragosa, li 24 ottobre 1634».

²⁶ B. A. Raviola, «Spagnoli a Torino. Proposte per un'analisi», en Celi, Vester (eds.), *Tra Francia e Spagna*, cit., pp. 163-173.

²⁷ A. Serra, *La Mosaïque des Devotions. Confréries, Cultes et Société a Rome (XVIe-XVIIIe Siècles)*, PU Louvain, Louvain, 2016; S. Cabibbo, A. Serra (eds.), *Venire a Roma, restare a Roma. Forestieri e stranieri fra Quattro e Settecento*, Tr-E Press, Roma, 2018.

de Catalina Micaela; Isabel Clara Eugenia, por su lado, había trasportado el culto a Flandes, donde la hermandad de la Soledad de Amberes devino muy importante. Por supuesto la presencia de la Soledad en Turín tiene que ver con el contexto dinástico de la Infanta.

El discurso se cumple con la referencia a otro trabajo de investigación muy recientemente publicado en Turín y dedicado a una congregación devocional femenina llamada Compañía de la Humildad. Se trata de una sociedad de mujeres, la mayoría nobles, nacida en los años setenta del siglo XVI en Turín, pero reformada y promocionada también durante la residencia en la ciudad de Catalina Micaela. La patrona inspiradora de este grupo de mujeres fue santa Isabel reina de Hungría (1207-1231), viuda muy joven y terciaria franciscana. Ella encarnaba un modelo de santidad al mismo tiempo elevado y bajo, conocedor de la máxima riqueza del mundo y capaz de abandonarla a favor de los pobres y de los enfermos. A mediados del siglo XVII, también la reina Isabel de Portugal²⁸ constituía el ideal de mujer poderosa reconocida por la Iglesia y por las cortes europeas, conforme también a las múltiples órdenes regulares. No solo el franciscanismo radical animaba a las adeptas, sino también el pensamiento jesuita que, probablemente, fue motor de la sociedad: el primer padre espiritual fue el jesuita Leonardo Magnano, hermano de Marcantonio Magnano, uno de los fundadores de la paralela Compañía de San Pablo. La Compañía de San Pablo actuaba como uno de los agentes económico de la nueva capital del ducado de Saboya y el espectro social de sus miembros abarcaba las élites, desde emprendedores y banqueros hasta los primeros gentilhombres de corte²⁹.

Muchas de sus mujeres, hermanas e hijas se encuentran en la nueva cofradía llamada de Santa Isabel. Como observé en la reconstrucción de la compañía, los orígenes son oscuros y entre las primeras consejeras hay un personaje importante y dramático como Jacqueline d'Entremont, mujer del almirante Coligny, dama de corte de la duquesa de Saboya Margarita de Valois, en olor de heterodoxia; Jacqueline estuvo involucrada en un largo proceso de herejía y

²⁸ Sobre su ejemplo vease E. Serrano Martín, «Devociones en Zaragoza en el siglo XVII: vírgenes aparecidas, mártires y obispos», en *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2.2017 (n. monográfico) Á. Átienza López, M. Caffiero, A. Liroso (eds.), *La santa "encantadora": cinquecento anni dalla nascita di Teresa d'Ávila*, pp. 113-154: 133-135.

²⁹ W. Barberis, A. Cantaluppi (eds.), *La Compagnia di San Paolo. 1563-2013*, 2 vols., Einaudi, Torino 2013, en particular A. Cantaluppi, «Il profilo sociale della Compagnia di San Paolo nel primo secolo di attività (1563-1650)», *ibid.*, vol. I, pp. 180-207.

tuvo que abjurar públicamente de su fe y educar católicamente a las hijas³⁰. En cualquier caso, en 1592 la encontramos entre las consejeras de la Compañía de la Humildad y claramente podemos decir que esta, al final de los años ochenta y en los primeros años noventa, fue expresión de la firme ortodoxia católica ya expresada por Manuel Filiberto y ahora por la pareja de Carlos Manuel y Catalina.

El análisis de la composición social de la hermandad nos muestra que la mayoría de las damas de cámara de la Infanta Catalina Micaela fueron “de las humildes” y por cierto sabemos que, después su muerte, el grupo creció. Aquí también el papel de las hijas de la Infanta fue fundamental. Mientras Isabel de Saboya, casada con el príncipe heredero de Modena Alfonso d’Este, vivía en Modena, donde por su parte cultivaba la religiosidad terciaria franciscana con el marido³¹, las hermanas que permanecían en Turín hicieron su entrada en la cofradía entre el día de la fiesta de santa Caterina de Siena, 29 abril, de 1624, y el 3 de mayo. Fue la Infanta Francesca Caterina quien invitó a Margarita, la duquesa viuda de Mantua, y a su hermana de corazón María Apollonia³². Esta, amiga del cardenal Federico Borromeo³³ e invadida de espíritu franciscano, fue animadora de la religiosidad de corte, patrocinando diferentes cultos (no solo Isabel de Hungría, sino también Isabel de Portugal) y defendiendo un modelo de devoción que tenía fuertes raíces dinásticas.

³⁰ B. A. Raviola, P. Gentile, «L’umiltà a corte. Gentildonne, reti familiari e relazioni con Casa Savoia tra Cinquecento e Novecento», en A. Cantaluppi, B. A. Raviola (a cura di), *L’umiltà e le rose. Storia di una compagnia femminile a Torino tra età moderna e contemporanea*, Firenze, Olschki, 2017, pp. 29-68: 29-30.

³¹ B. A. Raviola, «Le Infante di Savoia. Percorsi dinastici e spirituali delle figlie di Catalina Micaela e di Carlo Emanuele I fra Piemonte, Stati italiani e Spagna», en J. Martínez Millán, R. González Cuerva, M. Rivero Rodríguez (dirs.), *La corte de Felipe IV (1621-1665). Reconfiguración de la Monarquía católica. De la Monarquía universal a la Monarquía Católica. La Guerra de los Treinta Años*, Polifemo, Madrid, 2018, 3 vols., vol. III, tomo IV, I, cap. IX, pp. 471-502. Sobre el duque Alfonso d’Este, que se hizo terciario después de enviudar: L. Turchi, «Archivi dell’informazione e diplomazia nell’età di Cesare I e Alfonso III d’Este», en G. Signorotto, D. Tongiorgi (eds.), *Modena estense. La rappresentazione della sovranità*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 2018, pp. 43-70.

³² Raviola, Gentile, *L’umiltà a corte*, p. 38.

³³ Sobre la visita de María al cardenal Borromeo en Milán, véase el muy documentado M. Giuliani, «I drappi coprilesena di Broni: il convento di San Paolo Converso fra Sei e Settecento» en F. Fiori, M. Accornero Zanetta, Sr. M. L. Ferrari (eds.), *Il Seicento a ricamo. Dipingere con l’ago stendardi, drappi da arredo, paramenti liturgici*, Milano sin fecha (2015), pp. 49-79: 58-60.

CAJAS CHINAS: DESDE PATROCINADORAS A BEATAS

¿Quién promocionaba los cultos dinásticos? No solo los duques por medio de los historiadores de corte, sino también, como hemos adelantado, los príncipes de la Casa Ducal. Fundamental parece en todos los casos el papel jugado por las hijas de Carlos Manuel y Catalina Micaela, sobre las cuales he investigado mucho. Las «hijas venerables» María Apollonia y Francesca Caterina fueron muy activas en tratar con Roma para las dos causas³⁴. En sus cartas, en particular en aquellas de María Apollonia que también vivió en Roma y allí murió, se encuentran, por ejemplo, palabras de fe para el beato Amadeo (epiléptico), cuya intercesión era invocada para que el hijo sordomudo del príncipe Tomás, Manuel Filiberto de Saboya-Carignano, pudiera oír y hablar³⁵. Aunque, si era curado por el médico español Manuel Ramírez, el joven príncipe tenía que imitar al beato Amadeo con una serie de servicios para los pobres y los mendigos; luego, tocando sus orejas con las reliquias del santo que María Apollonia conservaba (dos dientes), habría recuperado el oído.

Detrás de este testigo, el caso de las infantas María Apollonia y Francesca Caterina merece ser profundizado porque, después de su intervención activa en la promoción de Amadeo y Margarita a beatos, ellas mismas fueron objeto de una causa de canonización. En un legajo todavía poco estudiado se encuentran las cartas que la misma familia Saboya seleccionó y envió a Roma para que fueran analizadas por dos postuladores, los padres Ghilardi y Tosa³⁶. A su atención

³⁴ B. A. Raviola, «Venerabili figlie: Maria Apollonia e Francesca Caterina di Savoia, monache francescane, fra la corte di Torino e gli interessi di Madrid (1594-1656)», en J. Martínez Millán, M. Rivero Rodríguez (eds.), *La Corte en Europa: Política y Religión (siglos XVI-XVIII)*, 3 vols., Polifemo, Madrid, 2010, vol. II, pp. 887-910; antes G. Croset-Mouchet, *Vita della veneranda serva di Dio l'Infanta Maria Francesca Apollonia principessa di Savoia morta a Roma in odore di santità il 14 luglio 1656*, Stamperia dell'Unione tipografica-editrice, Torino 1878; P. Cozzo, «Savoia, Caterina Francesca», en *Dizionario biografico degli Italiani*, vol. 91, 2018 (http://www.treccani.it/enciclopedia/caterina-francesca-di-savoia_%28Dizionario-Biografico%29/ última entrada 11 diciembre 2018) e id., «Savoia, Maria Francesca Apollonia», *ibidem* (http://www.treccani.it/enciclopedia/maria-francesca-apollonia-di-savoia_%28Dizionario-Biografico%29/: última entrada 11 diciembre 2018).

³⁵ Cfr. Raviola, *Venerabili figlie*, cit., p. 909: «Per mezzo del beato Amedeo» habría sido posible «vedere Filiberto libero dalla sordità» (María Apollonia al hermano Mauricio, ASTo, Corte, Lettere di principi diversi, m. 4, n. 1488, Bologna, 16 de junio de 1651).

³⁶ ASTo, Corte, Lettere principi diversi, m. 5, fasc. 15, *Lettere delle Infanti Maria e Caterina di Savoia nonché di altri principi, di cardinali e di ministri di cui fu consegnata copia o estratto*

particular fue puesto antes de todo el caso de María Apollonia, que vivió más que su hermana, pero ambas, las dos terciarias franciscanas, fueron consideradas ya por sus hermanos como ejemplos de santidad.

Es muy interesante leer el tipo de cartas elegidas como pruebas de su actitud devocional. La mayoría muestra la preferencia de unos cultos y la práctica cotidiana de la oración; pero casi nunca faltan contenidos políticos y morales. Véase la primera carta de María Apollonia, sin fecha, dirigida al hermano cardenal Maurizio: «mi ricordai il giorno di San Carlo di pregarlo che vi ottenesse dal Signore la vera santità e che vi facci simile in tutte le virtù» con la esperanza de que él, en Roma, se portaría bien porque la rectitud

vi farà amare, stimare et onorare da tutte le persone che hanno cervello e ancora i principi devono fare tutte le azioni con molta considerazione per esempio che danno agli altri e quando non è buono devono render conto a Dio di tutte l'offese³⁷.

A veces son cartas de patrocinio de órdenes regulares como los Teatinos protegidos por María Apollonia («ci siamo risolte intercedere apresso la benignità di V.A. per li poveri padri Teatini bisognosi in estremo di altra abitazione»³⁸); a veces son oraciones para que el padre, el duque Carlos Manuel, muy frecuentemente en campaña militar, no sufriera daño o para que su gobierno fuera lo más largo posible («di continuo ne suplico Sua Divina Maestà et che ci conservi la persona di V.A. per molti anni come tutti abbiamo bisogno»³⁹); a veces son despachos de estilo informativo y con consejos para el hermano militar Tommaso⁴⁰. Hay también cartas de recomendación de religiosos y súplicas de gracia por condenados a la tortura.

Preponderante es el mensaje de una vida dedicada a la fe. Ningún acuerdo matrimonial para las dos infantas se llevó a término y ellas fueron felices así:

allì molto Rev.di padri Ghilardi e Tosa postulatori nella causa della canonizzazione della santissima Infanta Maria.

³⁷ *Ibidem*, n. 1686, sin fecha.

³⁸ *Ibidem*, n. 1695, María Apollonia al duque Carlos Manuel I, 1619: «s'è pensato al cambio che può farsi per il Falletto cioè della sua casa con quella del Baronis, che questo è stato giudicato il più facile» (hay otra carta sobre este cambio de casa: *ivi*, n. 1700, 16 de marzo de 1621). Los Teatinos en Turín celebraban misa en la iglesia ducal de San Lorenzo; el gentilhombre Falletti y el banquero Baronis pertenecían a unas de las familias más ricas de la corte.

³⁹ ASTo, Corte, Lettere principi diversi, m. 5, fasc. 15, n. 1698, 1619.

⁴⁰ Véase la carta n. 1722 fechada 24 de enero de 1636, a Vittorio Amedeo sobre las empresas de Tommaso.

«V.A. si contenti di ciò che già ho stabilito nell'animo mio e, poiché è piaciuto alla Maestà di Dio che mia sorella et io abbiamo un istesso desiderio che ci consoli l'una con l'altra, che possiamo servire a chi tanto siamo obligate» porque «è piaciuto a Dio farmi conoscer che la vera felicità non si acquista in altra maniera che con non cercare né volere altro che quello che le piace et è di servizio et gloria sua»⁴¹.

Las (pocas) cartas de Francesca Caterina (en español) parecen más íntimas, seleccionadas para demostrar su heroico aguante del dolor («el dolor de muelas» que sufría ya en 1611⁴²) y para enseñar sus prácticas devocionales y médicas:

Ho fatto aposta queste tavolette che vi mando con polveri cordiali...credo non vi possino se non giovare. Io le trovo buone, non so se farete qualche scrupolo a prenderle perché vengono dalle mie mani perché qua il tempo è assai scrupoloso. Se nella bottega del nostro speciario si fossero trovate delle polveri di allegrezza, vera soddisfazione, contento e quiete, le avrei messe molto volentieri con le altre, perché avrebbero giovato più, ma perché sono di quelle pietre e radici che restorono nel Paradiso terrestre, non si trovano in altra botega che in quella del cielo⁴³.

De todas formas, el sentido de todas las cartas confluye en el acto del día 5 de noviembre de 1629, en el que las dos infantas decidieron tomar el hábito de franciscanas y dejar los fastos de la corte⁴⁴. Parece evidente la renuncia total de todas las cosas del mundo, declaradas con este acto y en otros papeles. Después de esta decisión, las dos infantas no pararon de promocionar las devociones en Piamonte y en otros lugares de Italia. Francesca Caterina pasó sus últimos años como monja capuchina en el santuario de Oropa, cerca de Biella, uno de los nuevos lugares de culto dinástico creados por Carlos Manuel I⁴⁵. Después de su muerte en 1640, María Apollonia, muy dolorida, se hizo capuchina ella también y vivió en una suerte de peregrinación constante entre la Lombardía española (especialmente en Vigevano), Bononia, Loreto y Roma, donde frecuentaba la iglesia del Santísimo Sudario dicha de los Piamonteses en Roma⁴⁶, y donde se

⁴¹ *Ibidem*, n. 1703, María al duque su padre, Turín, 14 agosto 1629.

⁴² ASTo, Corte, Lettere principi diversi, m. 5, fasc. 15, n. 1688, Catalina a su padre («Señor»), Turín, 6 de agosto de 1611.

⁴³ *Ibidem*, n. 1723, Caterina al «Signor fratello» (Tommaso?), Turín, 4 de noviembre de 1637.

⁴⁴ Croset-Mouchet, *Vita della veneranda serva di Dio*, pp. 29 ss.

⁴⁵ Croset-Mouchet, *Vita della veneranda serva di Dio*; P. Cozzo, «I Savoia e Oropa», in V. Natale (ed.), *Arti figurative a Biella e a Vercelli. Il Seicento*, Eventi & Progetti, Biella 2004, pp. 61-62.

⁴⁶ Croset-Mouchet, *Vita della veneranda serva di Dio*, pp. 134-136.

convirtió en persona influyente en el *entourage* de Alessandro VII. Fue bajo este pontificado cuando las causas de Amadeo IX y Margarita de Acaya tuvieron nueva fuerza gracias a una red de contactos de la infanta, como servidores, predicadores y religiosos de varias órdenes.

Cuando María Apollonia murió, el padre Bernardino Alessio, canónigo regular de San Pablo en Roma, ya muy afligido por la «gravissima indisposizione della Serenissima Signora Infanta Maria mia padrona e figlia spirituale», la cual en sus últimos días seguía durmiendo sobre «un semplice matarazzo senz'altro pagliazzo», describió a Madama Reale Cristina de Borbón su santa muerte en la veneración de la Cruz («quali e quanti baci fossero poi da lei impressi nelle sacrosante cicatrici!»)⁴⁷. Cristina había perdido una «cognata santa»⁴⁸. También el cardenal Antonio Barberini, desde París, declaró su estima por la infanta María: «Sono state così eroiche e tanto note le virtù dell'animo della Serenissima Maria di Savoia che la sua morte si ha da credere un passaggio da questa all'eterna vita»⁴⁹. Según su camarero Lorenzo Nomis, toda Roma se mostró dolorida:

La Serenissima Infante passò da questa a miglior vita li 13 del corrente [julio de 1656] alle 6 ore, con tutte quella resignazione in Dio, pietà e devozione che mai si possino desiderare, con dolore universale di tutta la città, la quale a stuoli concorse per vederla ed invocarla, a modo tale che, se non vi fosse stata la guardia de' Svizzeri che proibiva l'ingresso del palazzo, n'averessimo avuto per un pezzo. Io feci istanza a ciò fosse imbalsamata, ma non fui udito poichè tutte quelle dame e donne s'opposero acerbamente, delle quali però poco me ne sarei curato se monsignor Farnese, mandato da Sua Santità, non m'avesse assicurato del solito di Roma, che non admette l'imbalsamamento delle donne benchè principesse grandi⁵⁰.

Relación muy interesante que pone el problema del tratamiento del cuerpo de las mujeres que al mismo tiempo pertenecían a una dinastía y que tenían fama de santidad. Al final el cadáver de María Apollonia, vestida con su traje de monja franciscana, fue puesto en una caja de plomo y trasladado a la iglesia de los Padres menores conventuales de los Santísimos Apóstoles para que fuera

⁴⁷ ASTo, Corte, Lettere principi diversi, m. 5, fasc. 15, n. 1687, Roma, 17 de julio de 1656. Padre Alessio escribió una hagiografía de Apollonia después de su muerte (Giuliani, I drappi coprilesene di Broni).

⁴⁸ ASTo, Corte, Lettere principi diversi, m. 5, fasc. 15, n. 1710, otra carta de Alessi a Cristina de Borbón, Roma, 17 de julio de 1656.

⁴⁹ *Ibidem*, n. 1706, Barberini a Cristina de Borbón.

⁵⁰ *Ibidem*, n. 1713 a, Lorenzo Nomis a Cristina de Borbón, Roma, 17 de julio de 1656.

trasportado «in Asisi, nella chiesa di San Francesco, dove vol esser sepolta, cioè sotto la predella dell'altare delle reliquie o poco discosto. Tutto questo si fece secretamente con consiglio però di Sua Santità»⁵¹.

Otros interlocutores se ocuparon de recuperar todas las reliquias que la infanta coleccionaba en Roma, como «le reliquie della Santa Croce, spine della corona di Giesù Cristo, denti dei Santi Andrea e Caterina... tesori inestimabili della Real Casa»⁵². La misma infanta María, antes de morir, dio órdenes para que las reliquias fueran recuperadas por su secretario Giovan Antonio Leone y por el abate Aghemio y para que su testamento fuera conseñado al papa también: entre sus legados a la familia ducal de Saboya había un cuadro y una reliquia del beato Amedeo⁵³.

El círculo se cierra: la infanta que escribía con determinación al hermano Vittorio Amedeo «Vostra Altezza si ricordi d'essequir il testamento del beato Amedeo essendo erede del nome e dello Stato»⁵⁴ y que hasta el final de su vida había cuidado la promoción del beato, murió como santa. Aprovechando esta fama, la familia empezó enseguida a promover la causa de canonización de las dos hermanas capuchinas: si Amedeo IX y Margarita de Saboya-Acaya encarnaban la tradición, ellas eran testigos contemporáneos de la fe en la Iglesia de la Casa Saboya.

Pero las relaciones difíciles entre los dos estados y el cambio de la misma religiosidad dinástica a lo largo del siglo XVIII pararon la causa más de cien años. Francesca Caterina y María Apollonia fueron reconocidas como *venerables* por Gregorio XVI el 1º de septiembre de 1838, lejos del clima de la devoción barroca, pero en plena Restauración.

⁵¹ *Ibidem*. Semejante la descripción del secretario Leone (n. 1714, misma fecha).

⁵² *Ibidem*, n. 1708, Nomis a Cristina de Borbón: las reliquias eran conservadas «in un altare di legno posto nel palazzo della Serenissima Infante il quale, benché serrato e sigillato da nostro mastro di casa, con poca difficoltà si potrebbe aprire. In questo io non cosidero i diamanti ch'adornano la croce benché di gran prezzo, nè tampoco le custodie, benché di molto valore, ma le reliquie che sono tesori inestimabili della Real Casa...ch'i pezzi della Croce che si custodiscono in San Pietro non sono sì grossi».

⁵³ *Ibidem*, n. 1709, otra carta de Lorenzo Nomis a la duquesa, Roma, 17 de julio de 1656.

⁵⁴ *Ibidem*, n. 1720, María Apollonia a Vittorio Amedeo, Turín, 13 de enero de 1634 (carta, toda ella, con consideraciones políticas sobre facciones interiores en la corte de Saboya).

ENTRE EL AMOR Y EL TEMOR DIVINO: LA RELIGIOSIDAD DEL ARZOBISPO DON ALONSO DE ARAGÓN

JAIME ELIPE*

Universidad de Zaragoza

DON ALONSO DE ARAGÓN fue el primer hijo varón que tuvo en su juventud el entonces aún príncipe Fernando. Este niño de origen ilegítimo estaba destinado a ocupar los puestos más relevantes de la Iglesia y elevadas responsabilidades políticas en la Corona de Aragón. A lo largo de las siguientes páginas trataremos de comprender cuál fue la religiosidad de una persona de su estatus que fue dirigida al servicio de Dios desde su infancia.

A pesar de que el momento de su nacimiento es incierto, este acaeció a finales de 1468 o comienzos de 1469 en Cervera, mientras Fernando y el rey Juan II combatían a los rebeldes catalanes. Su madre fue doña Aldonza Iborra, mujer de edad cercana a la del príncipe y perteneciente a una familia de la mediana nobleza ilderdense, los señores de Iborra. Aunque como era habitual, el joven don Alonso se crió con su familia materna, pronto dejó el principado para trasladarse a Zaragoza, donde pasaría a estar bajo la tutela del caballero Pedro Núñez Cabeza de Vaca. Este había trabajado fielmente toda su vida al servicio de la monarquía y en pago a sus eficaces gestiones como embajador y cortesano, fue recompensado con la ricahombría y varios señoríos. Después de acompañar a Fernando en el épico viaje hacia el matrimonio con la infanta Isabel, la última gran responsabilidad que recibió fue criar y educar al único hijo varón del príncipe. Al menos desde la primera mitad de 1474 don Alonso vivía con el noble, de quien Juan II se refería «nobilis con-

* El presente trabajo ha sido desarrollado gracias a un contrato predoctoral FPU, a los Proyectos HAR2014-52434-C5-2 y PGC 2018-094899-B-51 del Ministerio de Economía y Competitividad y al Grupo de Investigación de Referencia «Blancas» (Historia Modena) H01_20R del Gobierno de Aragón. <https://orcid.org/0000-0001-7863-1804>.

siliarius et camerlegus noster petrus vaca vt tutor et curator dicti incliti alfonsi»¹.

Pedro Vaca, como solía llamársele, era el arquetipo de un *miles* del XV en toda regla: cortesano y soldado esforzado, defensor de los intereses de su señor en todo momento. Podría pensarse, teniendo en cuenta esto mismo, que el futuro de don Alonso de Aragón era convertirse en un magnate más en el entorno áulico como ocurría en otras cortes de Europa². Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Con apenas cinco o seis años, tanto su abuelo el rey Juan II como su padre decidieron encaminarlo hacia la Iglesia. De tal manera, el jovencito disfrutaba desde mediados de 1474 una canonjía en la catedral de Gerona³. Sin ánimo de ser exhaustivos por no ser este lugar para desarrollar este tema, baste decir que no fue este sino el primero de un sinfín de beneficios de todo tipo de cuantía económica o de importancia en cuanto a prestigio que iría recibiendo con el paso del tiempo⁴.

¹ Archivo de la Corona de Aragón [ACA], Real Cancillería, reg. 3387, ff. 102r-v. Juan II a Juan Margarit obispo de Gerona y otros, el 2 de junio de 1474 desde Barcelona.

² La principal obra de referencia dedicada a la bastardía durante el siglo XV con numerosos ejemplos atlánticos e italianos es Éric Bousmar, Alain Marchandisse, y Bertrand Schnerb (eds.), *La bâtardise et l'exercice du pouvoir en Europe du 13e au début du 16e siècle*, Villeneuve d'Ascq, Revue du Nord, 2015.

³ ACA, Real Cancillería, reg. 3387, ff. 102r-v. Juan II al cardenal Juan Margarit obispo de Gerona y otros, el 2 de junio de 1474 desde Barcelona: «Joannes etc. Venerabili In christo patri, Cancellario magnificis consiliariis dilectis et fidelibus nostris, episcopo gerunde, iudicibus ordinariis et aliis offici alibus et personis dicte ciuitatis tam ecclesiasticis que secularibus ad quos et quas pectet et culibet eorum. Salutem et dilectionem. Obitu petri bonet dudum vita funati factauit In sede dicte ciuitatis quidam canonicatus quod vbi cognominus statui per proprium cabellarum Sanctissimus dominus noster pape [...] in fauorem incliti alfonsi nepotis nostri filii Illustrissimi Regis Sicilie principis Castelle primogeniti nostri carissimi supplicamus [...] quem nobilis consiliarius et camerlegus noster petrus vaca vt tutor et curator dicti incliti alfonsi actorem et propter sen in possessione dicti canonicatus reseruati vel non reseruati».

⁴ Para hacernos una idea de lo que fue obteniendo en estos primeros años, a comienzos de 1475 recibió el arcedianato de Daroca –*vid.* ACA, Real Cancillería, reg. 3389, ff. 22v-23r. Juan II al capítulo de Daroca, el 4 de enero de 1475 desde Gerona–, meses más tarde una canonjía en Barcelona, una rectoría y una capellanía –*vid.* ACA, Real Cancillería, reg. 3389, ff. 56v-57r. Juan II al gobernador de Cataluña y otros, el 10 de abril de 1475 desde Gerona–; por último, el 14 de abril tomaba posesión del arcedianato de Zaragoza, fuente de importantes rentas –Diego de Espés, *Historia eclesiástica de la ciudad de Zaragoza*, ca. 1598. Manuscrito del Archivo Capitular de La Seo de Zaragoza, sig. 20-48, f. 654v–.

El impulso definitivo a esta carrera eclesiástica que comenzaba a perfilarse vino como en muchas ocasiones de la Historia, por fruto del azar. El 19 de noviembre de 1475 moría en Albalate de Cinca el arzobispo de Zaragoza don Juan I de Aragón, hijo ilegítimo de Juan II. El anciano monarca no dudó en aprovechar la ocasión para que la sede de mayor importancia económica de sus estados peninsulares permaneciera en la familia: rápidamente escribió al príncipe Fernando para darle parte del deceso del prelado y a la vez le exponía su intención de reservar la sede para su nieto don Alonso. Un niño que rondaba los siete años como mucho⁵.

Aunque la monarquía porfió en mantener el arzobispado en su órbita, para lo que despachó al conde de Esclafana a Roma, allí la situación daba un giro radical. Ausías Despuig, cardenal de Monreal y vasallo de Juan II, conseguía recibir el arzobispado el día de antes que las cartas de Fernando –ya rey de Castilla– llegasen a su destino. El rey de Aragón lo consideró como un insulto directo a sus prerrogativas reales y a su persona, acusando al purpurado de «presumpcio, temeritat e ingratitude», entre otros epítetos de ese calibre⁶.

Resumiendo los acontecimientos, la monarquía aragonesa decidió presionar por todos los medios a su alcance al contumaz arzobispo de Monreal para que renunciase a la sede cesaraugustana. Estos fueron principalmente la amenaza de confiscar todas sus rentas, tanto las de su archidiócesis siciliana como otras distintas, así como las de su tío el maestre de Montesa don Luis Despuig⁷. Finalmente, fue en febrero 1478 cuando se consiguió la renuncia de Ausías Despuig;

⁵ Real Academia de la Historia [RAH], Colección Salazar y Castro, A-7, ff. 162v-163r. El príncipe Fernando a Juan II, el 24 de noviembre de 1475 desde Burgos: «Vna letra de Vuestra Alteza recibi por la qual me façe sauer la muerte del illustre [y reueren]do Arçobispo de caragoca mi hermano e la merced que ha fecho a don Alonso mi fijo del Arçobispado de Çaragoca e de todas las otras dignidades e benef[ic]ios aquel tenia».

⁶ ACA, Real Cancillería, reg. 3393, ff. 157r-v. Juan II a Pedro Ferriz cardenal de Tarazona, el 13 de enero de 1476 desde Zaragoza.

⁷ Jerónimo Zurita, *Anales de Aragón* (ed. Ángel Canellas López, 1967-1975), edición electrónica de José Javier Iso (coord.), 2003 (1ª ed. 1562), lib. XX, cap. XXIV: «no debía el cardenal aceptar la provisión aunque así fuera, sin presentación suya, que proveyó luego que se secretasen las rentas del arzobispado de Monreal y del priorato de Santa Cristina; y mandó el cardenal que renunciase; y no lo queriendo hacer se dio orden que si dentro de ciertos días no renunciase libremente en manos del papa para que se proveyese aquella iglesia a don Alonso, se ocupasen las fortalezas y rentas del maestrazgo de Montesa al maestre su tío para entregarlo a don Alonso».

en el mes de agosto el consistorio decidía otorgarle al pequeño don Alonso la que sería su principal dignidad de por vida⁸.

Ahora bien, aunque el papa y los cardenales hubieran decidido ceder a los intereses de los Trastámara, la edad del beneficiario seguía siendo irrisoria para tal posición. Precisamente por ello, al tener 9 años en aquel momento, don Alonso no podría intitularse arzobispo hasta no haber cumplido los 25 años⁹. Cabe destacar que había recibido la tonsura mientras duraba el conflicto, ya que según afirmaba Francisco Diego de Aínsa «dio carta de corona nuestro Prelado a don Alonso de Aragon Arçobispo que despues fue de Çaragoça el año de 1476»¹⁰. Únicamente podría ser denominado como «administrador perpetuo del arzobispado de Zaragoza», título que se correspondía exactamente con la realidad: hasta que no recibiera las órdenes mayores de presbítero y obispo, no podría ser arzobispo de pleno derecho, y por lo tanto, intitularse como tal.

La posibilidad de serlo tendría que esperar varios decenios. Su situación hasta principios del siglo XVI fue bastante cómoda ya que a pesar de que ya había rebasado la edad que la Santa Sede le puso como condicionante, seguía sin ordenarse. Esto cambió inopinadamente cuando los reyes, parece ser que especialmente Isabel la Católica, lo obligaron a entregarse al servicio de Dios de forma definitiva. De tal manera, el día 8 de noviembre de 1501, don Alonso de Aragón recibía el orden episcopal en el monasterio de Santa Fe, en las cercanías de Zaragoza. Lo repentino de la decisión está atestiguado porque el palio no le pudo ser impuesto en el momento de la ordenación, sino que llegó tiempo después. ¿Qué animó esta decisión? Posiblemente el temor de la reina a que el hijo del Católico pudiera interponerse en la sucesión de los reinos hispánicos, ya que era el único varón supérstite de Fernando —pese a su origen ilegítimo—¹¹.

⁸ RAH, Colección Salazar y Castro, A-7, f. 245r. Rodrigo de Borja a Juan de Coloma, el 14 de agosto de 1478 desde el castillo de Bracciano. El proceso puede seguirse con cierto detenimiento en la descripción magistral que hizo Tarsicio de Azcona, *La elección y reforma del episcopado español en tiempos de los Reyes Católicos*, Madrid, CSIC, 1960, pp. 98-104.

⁹ Existen un par de registros de la noticia en el Archivo Segreto Vaticano, Cam. Ap., Obl. et Sol., 83, 82v; Cam. Ap., Obl. et Sol., 82, fol. 112r, ambas datadas el 14 de agosto de 1478 desde el castillo de Bracciano. La curia se encontraba allí porque la peste azotaba la Ciudad Eterna en aquellos momentos.

¹⁰ Francisco Diego de Aynsa, *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiquissima ciudad de Huesca*, Huesca, Pedro Cabarte, 1619, p. 423.

¹¹ Diego de Espés, *Historia eclesiástica*, op. cit., f. 732v: «El Rey su Padre y la Reyna Doña Isabel hicieron gran instançia con el Arçobispo se hiciesse saçerdote y assi para importunacion

En los años que pasaron desde la adquisición de la administración perpetua en 1478 hasta su ordenación como presbítero y obispo –en dos días consecutivos– en 1501, don Alonso fue un laico sin compromisos. Durante parte de ese tiempo mantuvo una relación con doña Ana de Gurrea. Perteneciente a la nobleza, era hija de don Juan de Gurrea y de doña Catalina de Gurrea, señores de Argavieso. En torno a 1490, doña Ana se había casado con don Lope de Gurrea, hijo de los señores de Gurrea. El matrimonio finalizó en septiembre de 1493 con el fallecimiento del marido¹².

El trato entre la noble y el arzobispo comenzó posiblemente en 1491 y como mínimo se prolongó durante quince años. Fruto de este dilatado amancebamiento, durante la década de 1490 nacieron los cuatro hijos principales del prelado: don Juan, doña Juana, don Hernando y doña Ana. Los dos varones terminarían siguiendo los pasos de su padre en el arzobispado de Zaragoza y las dos mujeres tendrían importantes matrimonios con los duques de Gandía y de Medina Sidonia, respectivamente. Por lo tanto, teniendo en cuenta que don Juan nació en 1492, puede concluirse que clarísimamente hubo adulterio durante el matrimonio de doña Ana de Gurrea; al morir don Lope este problema quedaría resuelto siendo ambos dos personas «libres», viuda y laico.

Ahora bien, como hemos dicho, la relación del arzobispo –ahora ya sí de pleno derecho– con la hija de los señores de Argavieso se mantuvo al menos hasta 1506. Es más, don Alonso tuvo un hijo en 1515 cuando se encargaba de pacificar Cataluña; este recibiría el mismo nombre que el padre y conseguiría colocarse como embajador de Carlos V y recibir la abadía de Montearagón¹³. Es decir, si había estado conviviendo con doña Ana varios años, con la que al menos tuvo cuatro hijos, esto había sido únicamente teniendo órdenes menores

de los Reyes se ordeno de missa con particular dispensacion y breue del Sumo Pontifice en el monasterio de Sancta fee que esta fundado en la Ribera de la orba a legua y media de esta Ciudad». Es más, el palio, según afirmaba Diego de Espés, «no lo hauian traydo por la priessa», *vid.* f. 733r.

¹² Archivo Histórico Provincial de Zaragoza [AHPZ], Pleitos Antiguos, P/326/1, ff. 120r y ss. Las capitulaciones matrimoniales se encuentran en los ff. 22r-26r.

¹³ Hernando de Aragón, *De las dignidades eclesiasticas de Aragon*, s. a. Manuscrito de la Real Academia de la Historia, Colección Salazar y Castro, G-38, f. 90v: «Tuuo otro que dixeron en barzelona de una catalana que caso despues con un tesorero de la cruzada la cual ni era de linage ni se preçio de mucha birtud. Llamose el hijo don alonso de aragon, fue arzidiano de çaragoza que se lo huuo su ermano, y despues el enperador le dio mas de dos mil ducados de pensiones, de rrenta y le dio el Avadiado de montaragon».

y de alguna manera, libre del celibato. Ahora bien, los dos aspectos que hemos señalado, la duración de la relación y el último de sus hijos, don Alonso de Aragón junior, se sitúan en un momento en el que sí estaba limitado por sus obligaciones religiosas.

Hay que tener en cuenta que en ningún momento los hijos fueron ocultados o puestos bajo la tutela de personas ajenas para borrar sospechas de su paternidad, todo lo contrario. A pesar del efímero matrimonio de doña Ana con don Lope, nadie puso en duda jamás el origen del primer hijo, don Juan, como descendiente de don Alonso. Para nada fue esta una conducta escandalosa o anormal, lo que no significa que estuviera bien considerada. No hay que perder de vista que el arzobispo de Zaragoza era un príncipe de la Iglesia, en la que entró obligado y con la que acabó consagrándose bajo coacción, sus hábitos y comportamientos daban buena muestra de ello. Habría que situarlo en una línea en la que localizaríamos a eclesiásticos como el Gran Mendoza, Rodrigo de Borja o muchos otros; en clara contraposición con prelados de la talla de Cisneros, reconocidos ascetas o afamados teólogos. No pretendemos hacer una alabanza o defensa del incumplimiento flagrante y visible de sus votos por su inexistente continencia; ahora bien, es necesario entenderlo dentro de las coordenadas correctas dentro de la época que le tocó vivir. Hay un texto especialmente elocuente de cómo eran vistos estos temas en los momentos posteriores al Saco de Roma, sucedido apenas siete años después de la muerte de nuestro protagonista:

Dexáos desso, que Dios es misericordioso. Yo rezo mis Oras y me confieso a Dios quando me acuesto y quando me levanto; no tomo a nadi lo suyo, no doy a logro, no salteo camino, no mato a ninguno, ayuno todos los días que me manda la Iglesia, no se me passa día que no oigo missa. ¿No os parece que basta esto para ser cristiano? Essotro de las mujeres..., a la fin nosotros somos hombres, y Dios es misericordioso¹⁴.

Estas palabras tan significativas pertenecen al *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, escrito por Alonso de Valdés para defender al César Carlos tras la «penitencia» impuesta a la Iglesia y a Clemente VII por sus luteranos lansquenets en 1527. Ante los embates constantes de Lactancio, el Arcediano terminaba por defenderse de esas trazas durante el coloquio. Sin pretender tomar la parte por el todo, este pensamiento ilustra cómo ciertas obligaciones podían quedar

¹⁴ Alonso de Valdés, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, (ed. José F. Montesinos), Madrid, Espasa-Calpe, 1969, p. 72.

de lado si se cumplían otras fervientemente o al menos, siguiendo la norma establecida.

Como puede observarse después de este recorrido, el arzobispo don Alonso no tuvo una especial preocupación por cumplir con el celibato. Ahora bien, ¿cuál era su relación con Dios? ¿era un hombre piadoso? ¿tenía inquietudes teológicas? No puede discutirse que fue una persona tan preocupada por la divinidad como cualquier otra de su momento. Como prelado tuvo una atención normal, quizás por encima de la media, en cuanto a mantener la salud espiritual de su grey por medio de distintos sínodos y visitas¹⁵. Ahora bien, como sacerdote su actuación cotidiana según el estado actual de los conocimientos, puede considerarse bastante pobre. Esto puede afirmarse con tanta rotundidad porque es conocido que únicamente celebró una misa en toda su vida –pudiendo haberlo hecho en los 19 años que estuvo ordenado–; fue la que cantó el día de su consagración como presbítero en 1501¹⁶. ¿A qué fue debida esta forma de actuar? El padre Lamberto de Zaragoza, en su obra sobre la diócesis cesaraugustana, daba sus propios motivos, ya que entendía que «quedó su corazón tan penetrado de terror sagrado, que le infundió este incruento Sacrificio, que no celebró otra Misa en toda su vida, juzgándose indigno de ser Ministro de un Ministerio tan Soberano»¹⁷. Aunque bien pudiera ser cierto en gran medida, quizás haya que ver más una falta de interés por ejercer por sí mismo el culto divino.

Por ello mismo, sería interesante poder ahondar mínimamente en la trayectoria que siguió dentro de la Iglesia desde su más tierna infancia pero desde una óptica distinta. Es decir, se conoce con mayor o menor grado de detalle los diferentes beneficios que disfrutó pero consideramos igualmente importante ver qué instrucción, ejercicios y lecturas recibió desde la niñez para ser

¹⁵ Hubo cinco sínodos durante su pontificado, que fueron en los años 1479, 1487, 1495, 1500 y 1515; *vid.* Federico Rafael Aznar Gil, *Concilios provinciales y sínodos de Zaragoza de 1215 a 1563*, Zaragoza, CAI, 1952, pp. 46-49. Es cierto que aunque no está incluido en esta lista, hubo uno más en 1517, según se desprende de Archivo Histórico Nacional [AHN], Universidades, 748, n.º 202, ff. 255r-v. Don Alonso de Aragón al cardenal Cisneros, el 4 de junio de 1517 desde Zaragoza.

¹⁶ Hernando de Aragón, *De las dignidades eclesiásticas*, *op. cit.*, f. 90r: «Nunca dixo misa sino aquella de la consagracion», que tuvo lugar el 7 de noviembre de 1501 en el monasterio de Santa Fe, monasterio cercano a Zaragoza.

¹⁷ Lamberto de Zaragoza, *Teatro histórico de las iglesias del reino de Aragón*, Pamplona, 1785, p. 61.

un buen cristiano. Más allá de su esmerada instrucción, en la que destacó especialmente el gran dominio del latín y un gusto especial por la música, no hay constancia de ningún nombre relacionado con su persona que pudiera ser el encargado de guiarlo por sus primeros pasos dentro de la doctrina cristiana¹⁸. Ahora bien, la alfabetización y los primeros rudimentos religiosos iban siempre de la mano, con un uso bastante acentuado de las imágenes como soporte pedagógico¹⁹.

Tras esta panorámica previa, en la que se observa que no fue precisamente un ejemplo para su rebaño como prelado, es necesario preguntarse cómo concretó don Alonso su religiosidad. Como era habitual en los albores de la modernidad, una referencia fundamental y única a día de hoy es el testamento del arzobispo de Zaragoza. Encontrándose enfermo de gravedad a principios de febrero de 1520 en Lécera –posiblemente de peste–, don Alonso encomendaba la intercesión por sus pecados a la Virgen María, san Juan Bautista y san Juan Evangelista:

Item, porque mi intencion es fazer en la dicha mi yglesia de Çaragoça vna capilla, de la inuocacion de nuestra señora y de los señores san joan euangelista y dotar aquella e dandome dios salud, entiendo poner luego por obra mas si antes de fazerlo, a nuestro señor dios plazera leuarme a su gloria digo que tomo y diputo la capilla de nuestra

¹⁸ Aparte de ser criado por el ya referido Pedro Núñez Cabeza de Vaca, quien le enseñaría lo elemental según su elevado nacimiento –monta, juegos caballerescos, caza, modales cortesanos–, tuvo maestros de especial renombre como Antonio Geraldini, afamado humanista de origen italiano. Un acercamiento a la educación de don Alonso puede encontrarse en Jaime Elípe, «Consideraciones sobre el patrocinio y mecenazgo literario del arzobispo de Zaragoza don Alonso de Aragón (1478–1520)», en Gregorio Colás Latorre (coord.), *Sobre la cultura en Aragón en la Edad Moderna*, Zaragoza, Mira Editores, 2018, pp. 147-161, pp. 153-155.

¹⁹ Aunque referida a la educación femenina en España, son bastante esclarecedoras las reflexiones de Laura Malo Barranco, *Nobleza en femenino. Mujeres, poder y cultura en la España moderna*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2019: «No debe olvidarse, que aquellas pequeñas mentes a las que se deseaba instruir eran curiosas e impresionables. Para su comprensión, tenían mayor valor unos rasgos a los que pudieran dar forma y color en su imaginación, que los largos sermones en latín que apenas comprendían incluso ya al dejar de ser tan niñas. Dichas valiosas imágenes, además de descritas mediante palabras, llegaban a materializarse también en las residencias nobiliarias. Dentro de las casas y palacios de la nobleza, las familias privilegiadas introdujeron gran cantidad de elementos decorativos de marcado carácter religioso. Las imágenes relacionadas con los pasajes más destacados de las enseñanzas de la fe eran protagonistas de los programas decorativos en gran parte de las estancias de la casa noble».

señora de la dicha mi yglesia y ruego a los venerables prior y capitulo que presten a ello su conseso, la qual capilla sea fabricada y ornada segun a mis executores infrascriptos pareçera²⁰.

Por desgracia para la salvación de su ánima, los ejecutores testamentarios, jamás terminaron por hacer ninguna obra en su nombre pese a ser familiares suyos.

El arzobispo tenía una especial devoción al que fuera primo de Jesucristo, algo que se constata también porque momentos antes de su fallecimiento atesoraba una historia del Bautista en tres ricos tapices, que acabó legando a la Seo²¹. Tanto de la Virgen como del Evangelista no hay noticias de que tuviera algún objeto de culto especial, aunque es lógico que conservaría alguna tabla o imagen de ellos. Ahora bien, conocer estos escasísimos detalles no va más allá de un conocimiento algo superficial. Por ello mismo es necesario intentar ver a su alrededor posibles devociones similares o pistas al respecto, tanto en su familia como personas de posiciones parecidas.

San Juan Evangelista fue el icónico protector de los Reyes Católicos, especialmente de Isabel; esta empleó el águila del benjamín de los apóstoles como soporte para sus armas personales ya antes de subir al trono²². Esto no sería explicación suficiente pese a ser la devoción visualmente más representativa: la reina solicitó en su testamento la ayuda de un abigarrado conjunto de santos, aparte de la Virgen, como benefactores suyos. En total fueron once, entre los que se incluyeron arcángeles, apóstoles, doctores de la Iglesia, etc. Eran los siguientes: Miguel, Gabriel, Pedro, Juan Evangelista, Santiago, Juan Bautista, Pablo, Francisco, Jerónimo, Domingo (¿de Guzmán?) y María Magdalena²³. Curiosamente, la reina tenía objetos personales de santos a los

²⁰ Archivo Histórico Nacional [AHN], Sección Nobleza, Osuna, 538, doc. 19, ff. 8r-v. Copia simple del último testamento de don Alonso de Aragón, 12 de febrero de 1520. Entendemos, por la invocación al comienzo que hay una errata en la copia o en la redacción al escribir en plural «de los señores» y no nombrar a san Juan Bautista.

²¹ *Ibidem*, f. 11r.

²² *Vid.* RAH, Colección Salazar y Castro, K-37, f. 112v, *apud* Carmen Manso Porto y Luis Suárez Fernández (dirs.), *Isabel la Católica en la Real Academia de la Historia*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2004, p. 72.

²³ Antonio de la Torre y del Cerro, *Testamentaria de Isabel la Católica*, Valladolid, Instituto Isabel la Católica de Eclesiástica, 1968, pp. 446-447: «En el nombre de Dios todo poderoso, Padre e Hijo e Spiritu Sancto, tres personas e una essença divinal, Criador e Governador universal del Çielo e de la Tierra e de todas las cosas visibiles e ynvisibiles, e de la gloriosa Virgen Maria, su madre, Reyna de los Çielos e Señora de los Angeles, nuestra

que no se hacía para nada referencia en su testamento, como era el caso de san Gregorio²⁴.

A diferencia de su primera esposa, el Rey Católico solicitó la ayuda de una nómina notablemente más reducida, lo cual quizás pudiera ofrecer algunas claves. Fernando II dictó dos testamentos en su último año de vida, uno fechado a 26 de abril de 1515 en Aranda de Duero y el definitivo, instantes antes de morir, el 22 de enero de 1516 en Madrigalejo. En ambos decía:

con la firmeza de memoria, y sin ningún turbamiento del seso, entendimiento y voz clara que nuestro señor nos ha dado, tomando assí como tomamos por nuestra Señora y advogada a la siempre Virgen Sancta María, madre suya, señora nuestra y al glorioso

Señora e abogada, e de aquel muy exçelente Prinçipe de la Iglesia e Cavalleria angelical sanct Miguel, e del glorioso mensagero çestial el arcangel sanct Gabriel, e a honrra de todos los sanctos e sanctas de la corte del Çielo speçialmente de aquel muy sancto precursor e pregonero de nuestro Redentor Jhesuchristo sanct Juan Baptista, e de los muy bienaventurados Prinçipes de los Apostolos sanct Pedro e sanct Pablo con todos los otros apostolos señaladamente del muy bienaventurado sanct Juan Evangelista, amado diçipulo de nuestro Señor Jhesuchristo e aguila caudal e exmerada, a quien sus muy altos misterios e secretos muy altamanete reveló e por su hijo special a su muy gloriosa Madre dio al tiempo de su sancta Passion encomendado muy conveniblemente la Virgen al Virgen, al qual sancto Apostol e Evangelista yo tengo por mi abogado speçial en esta presente vida e asi lo espero tener en la hora de mi muerte e en aquel muy terrible juizio e estrecha examinaçion e más terrible contra los poderosos quando mi ánima será presentada ante la silla e trono real del Juez Soberano, muy justo e muy igual, que segund nuestros mereçimientos a todos nos ha de juzgar, en uno con el bienaventurado e digno hermano suyo el apostol Santiago, singular e exçelente padre e patron d'estos mis regños e muy maravillosa e misericordiosamente dado a ellos por nuestro Señor por speçial guardador e protector, e con el seraphico confessor, patriarcha de los pobres e alferes maravilloso de nuestro Señor Jhesucristo, padre otrosí mio muy amado e speçial abogado sanct Francisco, con los gloriosos confesores e grandes amigos de nuestro Señor sanct Geronimo, doctor glorioso, e sancto Domingo, que como luzeros de la tarde resplandeçieron en las partes oçidentales de aquestos mis regños, a la vispera e fin del mundo en los quales e en cada uno d'ellos yo tengo espeçial devoción, e con la bienaventurada sancta Maria Madalena a quien asimismo yo tengo por mi abogada; porque asi como es çierto que avemos de morir, asi nos es ynçierto quando ni donde moriremos, por manera que devemos bivar e asi estar aparejados como si en cada hora oviesemos de morir.

²⁴ Se puede comparar las tablas y tapices de la reina Isabel con lo anteriormente mencionado de sus devociones principales. Aunque había un predominio claro de Cristo y la Virgen, todos estaban representados; curiosamente Isabel la Católica tenía varias piezas de san Gregorio —más que de otros— y sin embargo, no aparece mencionado en la lista de santos a los que pidió su intercesión. Vid. Antonio de la Torre y del Cerro, *Testamentaria de Isabel*, op. cit., pp. 156-157; 332-336; 376-377.

archángel Sant Miguel y a los gloriosos Sanct Joan Baptista y Sant Joan Evangelista y al bienaventurado Santyago, luz, speio y patrón de las Spanyas y al glorioso mártir Sant Jorge, patrones y guiadores de los Reyes de Castilla y de Aragón, suplicándoles quando nuestro señor tuviere por bien que nuestra ánima sea separada del cuerpo, asistan en la hora y término de nuestro fin²⁵.

Es decir, del abultado elenco de la reina Isabel, su marido lo redujo a 5 santos –añadiendo al protector de sus estados patrimoniales– y don Alonso únicamente dejó al primo y al discípulo predilecto de Cristo –aparte de la Virgen–. Curiosamente, el rey Juan II de Aragón al morir en 1479 –abuelo de don Alonso– únicamente mencionaba a la Virgen y a Jesucristo como únicos intercesores por su alma, prescindiendo totalmente del que se suponía que era el santo patrón de la dinastía, san Jorge²⁶.

Por otra parte, es lógico buscar no solo en su familia paterna sino en la materna. Si convivió al menos durante sus primeros años con su madre doña Aldonza y después residieron ambos en Zaragoza, sería lógico pensar que pudo haber influido esta en las devociones personales de su hijo. A pesar de que está localizado su testamento²⁷, fue en el momento de su defunción cuando quedó meridianamente claro que se habían cumplido sus deseos de depositarla en la capilla que tenía labrada en el Hospital de Gracia, dedicada a san Antonio y a san Martín²⁸. Estos dos no se encontraban en el círculo de los Reyes Católicos ni dentro de los más populares, por lo que en el aspecto religioso podemos inducir que doña Aldonza no tuvo apenas influencia sobre don Alonso.

²⁵ José Manuel Calderón Ortega y Francisco Javier Díaz González, *El proceso de redacción del último testamento de Fernando el Católico, el 22 de enero de 1516*, Zaragoza, IFC, 2015, pp. 43-44. Indistintamente, en este extracto, son iguales ambos testamentos.

²⁶ Miguel Ángel Zalama y Jesús F. Pascual Molina, *Testamento y codicilos de Juan II de Aragón, y última voluntad de Fernando I: política y artes*, Zaragoza, IFC, 2017, p. 102.

²⁷ Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza [AHPNZ], Ximeno Gil, sig. 841, ff. 83r-89v. 28 de marzo de 1513 en Zaragoza.

²⁸ AHPNZ, Ximeno Gil, sig. 841, ff. 89v-91v. 4 de abril de 1513 en Zaragoza. Testimonio de la muerte de Aldonza Iborra. Desconocemos si murió ese día o quizás la víspera: «Dentro en la yglesia del ospital de santa maria de gracia de la ciudat de çaragoça, e dentro la capilla del Señor Sant anthon y sant martin, estaua vna cisterna cubierta e junto a hella hun escanyo encima del qual staua vna ataut de fusta, dentro del qual estaua hun Cadauer si quiere cuerpo muerto sinse anima e instante el honorable anthon de menquis y ¿digeiso? habitante en la ciudat de çaragoça asi como por guy se dixo ser de los exsecutores del vltimo testamento de la magnifica aldonca yuorra, muger que fue de mossen anthon ferriol por mi notario etc infrascriptos fue visto et Reconocido e vimos e conocimos seyer el cuerpo de la dicha dona aldonça yuorra.

Analizados estos puntos, esto es, los padres, madrastra y abuelo de don Alonso, consideramos necesario intentar ver algún posible paralelismo con personas de su estatus, es decir, religiosos del más alto nivel. Para ello se dispone del testamento de Cisneros, que aunque bastante mayor que don Alonso en edad, murió en fechas cercanas a este, a finales de 1517.

«Porende acordamos de ordenar nuestro testamento e postrimera voluntad a gloria de dios y de la Virgen maria su madre y del glorioso cabdillo e prinçipe de la yglesya el arcangel sant myguel E de los bien aventurados apostolos sant pedro y sant pablo principes de los dixos apostoles e del bien aventurado apostol santiago patron despaña E del bien aventurado santo evgenio e sant Illefonso patrones de nuestra santa yglesia y del glorioso padre nuestro sant francisco e de los otros santos de la corte celestial»²⁹.

Podemos observar por lo tanto que el anciano cardenal de España contaba con un buen número de intercesores, siete en total, de los que podemos destacar a san Eugenio y san Ildefonso como pertenecientes a su devoción personal o quizás por ser arzobispo de Toledo y entender obligatoria su inclusión. Por último, recogemos también el testamento de otro importante primado, don Pedro González de Mendoza. Aunque mucho anterior en el tiempo, ya que falleció en 1495, se encuentra en una situación muy similar a la de todos los anteriores. Es decir, incluía a los siguientes intercesores:

«E rogamos a la virgen santa maria madre suya señora e abogada nuestra e a los bien aventurados sant Juan baptista, sant Pedro, sant Pablo, sant Juan evangelista, Sant Antonio, sant Sebastian e a todos los otros santos apostolos martires, confesores e virgenes e a toda la Corte celestial que rueguen a nuestro seño Jesu christo que crio e redimio nuestra anima por su preciosa sangre, nos quiera perdonar»³⁰.

Con esta panorámica de carácter familiar por un lado y por otro, eclesiásticos con los que se podría equiparar a don Alonso, pueden observarse varios asuntos. El primero es que no parece haber habido un patrón claro en las devociones citadas en los testamentos, por lo que podemos mantener que efectivamente eran

²⁹ AHN, Universidades, 719, Exp. 1, 13. Pertenecce al legajo titulado «Testamento y codicilos originales del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros». El 14 de abril de 1512 en Alcalá de Henares.

³⁰ Andrés Álvarez Ancil, *Copia fiel y exacta del Testamento del Cardenal Arzobispo que fué de Toledo Don Pedro González de Mendoza, que original y auténtico existe en el Archivo de la Excm. Diputación provincial de Toledo*, ¿Toledo, 1914?, p. 4.

algo personal y no formal en la redacción. Ahora bien, sí parece que hubo un conjunto que se repite con notable diferencia, mientras que otros santos aparecen únicamente una vez. Los más populares fueron san Juan Evangelista y san Juan Bautista, a quienes se encomendaron el Gran Mendoza, Isabel, Fernando II y don Alonso. Otros se repitieron también bastante aunque en menor medida, como el arcángel san Miguel, san Pedro y san Pablo o Santiago Apóstol. El segundo aspecto es que, entre personas pertenecientes a una época similar y al entorno áulico –lo primero excluye a Juan II y lo segundo a doña Aldonza–, había rasgos en común. Curiosamente, de los cinco, el arzobispo de Zaragoza presentaba el menor número de santos y estos dos eran los más populares, san Juan Bautista y san Juan Evangelista.

Al no tener documentación referente a sus costumbres cotidianas, con esta limitada información podría parecer que seguía la inercia de la corriente que era popular en la corte. Es más, no había un santo diferenciador como podía ser san Jorge para el Católico u otros para los dos cardenales o la reina Isabel. De cualquier manera, que hiciera referencia a un santoral muy reducido –en comparación– no implica una devoción fingida; como ya ha quedado susodicho, está atestiguado que en su haber tenía unos tapices devocionales que narraban la historia de san Juan Bautista, aparte de su última voluntad de labrar una capilla a la Virgen y los dos santos.

En buena medida podría afirmarse que siguió un camino medio entre la costumbre áulica de su tiempo y el ámbito cesaraugustano, donde por lo general no se hacía mayor invocación más allá de Jesucristo y la Virgen; cosa lógica ya que el primero murió en la cruz por los pecados de la humanidad y eso es suficiente mérito para la salvación de las ánimas. Lo que queda claro es que las devociones de doña Aldonza, su madre, no se vieron reflejadas en absoluto en su vida privada.

Páginas atrás hemos lanzado la pregunta de si don Alonso de Aragón tenía inquietudes de carácter teológico. Aunque el lector haya podido intuir la respuesta, es de justicia tratar de responderla. En absoluto pasó a la historia como docto teólogo y muy posiblemente no despertaron los silogismos escolásticos gran curiosidad en el prelado, ahora bien, sí fue palmaria la relación que tuvo con la filosofía de Raimundo Lulio († ca. 1315). Como es conocido, el *Doctor Illuminatus* pretendía aunar con su *Ars generalis ultima* absolutamente todas las ciencias en una única máquina que fuera capaz de ofrecer certezas absolutas; era así una fusión de teología y filosofía. Sin embargo, su visión total desapareció con él a su muerte y los seguidores de su doctrina se centraron en distintos as-

pectos³¹. Desconocemos qué rama fue la que don Alonso siguió o si únicamente se dedicó a leer autores de carácter luliano. Lo cierto es que en 1516 estaba preocupado por la proscripción que se dio en la Sorbona: encargó que se levantase un acta informando al respecto³². De hecho, consta que tuvo relación epistolar –sin poder concretar la intensidad de la misma– con el humanista galo Lefèvre de Étampes, quien le explicaba el éxito editorial y de público que tenía el mallorquín en distintas zonas de la cristiandad³³.

Un último aspecto al que conviene prestar atención es el posible interés que las reliquias de santos pudieron despertar en don Alonso. Aunque el auténtico furor por los restos de los paladines de la cristiandad se desató a lo largo del siglo XVI, desde la Antigüedad era común la veneración de los cuerpos y otros objetos. Su abuelo Juan II fue curado de cataratas gracias al clavo milagroso de santa Engracia, pero lo cierto es que son escasísimos los testimonios sobre las reliquias a finales de la Edad Media en el entorno áulico. La única interacción del arzobispo de Zaragoza que ha llegado hasta nuestros días es una historia, muy posiblemente apócrifa, sobre el secuestro de los restos de los santos Justo y Pastor. Por desgracia no eran para el disfrute personal del prelado sino que le habían sido solicitados por Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo. Por lo tanto, esta vía devocional queda por ahora agotada³⁴.

A lo largo de este estudio hemos ido intentando dar respuesta a cómo fue la religiosidad de uno de los prelados más importantes de su tiempo. Atendiendo

³¹ Tomás y Joaquín Carreras Artau, *Historia de la Filosofía Española cristiana de los siglos XIII al XV, Vol. II*, Madrid, Asociación Española para el progreso de las Ciencias, 1939-1943, p. 11.

³² Puede encontrarse esta dentro de las licencias sin numerar de la obra de Johann Georg Häffner (ed.), *Beati Raymundi Lulli Doctoris Illuminati et martyris operum. Tomo I*, Maguncia, Tipografía Mayerana, 1721.

³³ *Vid. ibidem*, el capítulo denominado *(I) Testimonia virorum illustrium, dignitate, pietate, doctrina & eruditione conspicuorum... ingenuis fua salutis ac vera Scientiae Amatoribus commendant*, pp. 4-5.

³⁴ María Tausiet, *El dedo robado. Reliquias imaginarias en la España moderna*, Madrid, Abada Editores, 2013, p. 116: «En el caso del arzobispo y virrey de Aragón, su intención no era quedarse con las reliquias para su diócesis, sino restituirlas a su lugar de origen, a petición del arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo (1146-1482 [sic]). Las pretendidas reliquias correspondían a los restos mortales de dos niños, Justo y Pastor, oriundos de Alcalá de Henares, quienes, según la leyenda, habían sido ferozmente martirizados por los romanos en tiempos de Daciano». La historia al completo se recoge en Francisco Diego de Aynsa, *Fundación, excelencias, op. cit.*, pp. 236 y ss.

al hecho de que fue encaminado a la Iglesia por su familia y no por un interés sincero personal, podría decirse que acabó consagrado prácticamente a la fuerza. Por ello mismo se pueden observar unas formas conductuales respecto a su forma de entender su dignidad y sobre todo, su relación con Dios. Aunque más o menos preocupado por mantener su diócesis en una salud espiritual aceptable, el cumplimiento de sus votos nunca fue una prioridad para don Alonso de Aragón. De hecho, continuó su convivencia con la noble doña Ana de Gurrea, con quien al menos tuvo cuatro hijos; tiempo después tendría otro desliz en Cataluña. No tenemos pruebas positivas de que tuviera devoción por la posesión de reliquias, y a pesar de que no fue para nada teólogo, su gran cultura le hizo interesarse por distintos campos del lulismo. Poder saber qué parte de la filosofía de Lulio leyó con mayor fruición sería muy interesante en el conocimiento de su figura, pero por ahora las fuentes guardan silencio. Sí que existen pruebas fehacientes, y así las hemos presentado, de la especial confianza que depositó para la salvación de su alma en la Virgen María, san Juan Bautista y san Juan Evangelista: no solo tenía objetos de culto de ellos, también quería que a su muerte se construyese una capilla bajo sus advocaciones. La devoción por estas figuras parece que le pudo venir por dos corrientes —coincidentes en su caso—, la familiar y la cortesana. Como hemos podido ver, los dos santos eran quizás los más populares dentro de la monarquía y su entorno. De ahí que doña Aldonza Iborra, su madre, tuviera otros patrones distintos y no consiguiera transmitir dichas devociones a su hijo.

Bibliografía

- ÁLVAREZ ANCIL, Andrés, *Copia fiel y exacta del Testamento del Cardenal Arzobispo que fué de Toledo Don Pedro González de Mendoza, que original y auténtico existe en el Archivo de la Excma. Diputación provincial de Toledo*, ¿Toledo, 1914?
- ARAGÓN, Hernando de, *De las dignidades eclesiásticas de Aragon*, s. a. Manuscrito de la Real Academia de la Historia, Colección Salazar y Castro, G-38.
- AYNSA, Francisco Diego de, *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiquísima ciudad de Huesca*, Huesca, 1619.
- AZCONA, Tarsicio de, *La elección y reforma del episcopado español en tiempos de los Reyes Católicos*, CSIC, Madrid, 1960.
- AZNAR GIL, Federico Rafael, *Concilios provinciales y sínodos de Zaragoza de 1215 a 1563*, CAI, Zaragoza, 1952.
- BOUSMAR, Éric, Alain Marchandisse, y Bertrand Schnerb, (eds.): *La bâtardise et l'exercice du pouvoir en Europe du 13e au début du 16e siècle*, Revue du Nord, Villeneuve d'Ascq, 2015.

- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel y Francisco Javier Díaz González, *El proceso de redacción del último testamento de Fernando el Católico, el 22 de enero de 1516*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2015.
- CARRERAS ARTAU, Tomás y Joaquín, *Historia de la Filosofía Española cristiana de los siglos XIII al XV, Vol. II*, Asociación Española para el progreso de las Ciencias, Madrid, 1939-1943.
- ELIPE, Jaime, “Consideraciones sobre el patrocinio y mecenazgo literario del arzobispo de Zaragoza don Alonso de Aragón (1478-1520)”, en Gregorio Colás Latorre (coord.), *Sobre la cultura en Aragón en la Edad Moderna*, Mira Editores, Zaragoza, 2018, pp. 147-161.
- HÄFFNER, Johann Georg (ed.), *Beati Raymundi Lulli Doctoris Illuminati et martyris operum. Tomo I*, Tipografía Mayerana, Maguncia, 1721.
- MALO BARRANCO, Laura, *Educación, matrimonio y devoción. Las mujeres de la alta nobleza en la Edad Moderna*, Zaragoza, 2017. Tesis doctoral inédita.
- MANSO PORTO, Carmen, y Luis Suárez Fernández (dirs.), *Isabel la Católica en la Real Academia de la Historia*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2004.
- TAUSIET, María, *El dedo robado. Reliquias imaginarias en la España moderna*, Abada Editores, Madrid, 2013.
- TORRE Y DEL CERRO, Antonio de la, *Testamentaria de Isabel la Católica*, Instituto Isabel la Católica de Eclesiástica, Valladolid, 1968.
- VALDÉS, Alonso de, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, (ed. José F. Montesinos), Espasa-Calpe, Madrid, 1969.
- ZALAMA, Miguel Ángel, y Jesús F. Pascual Molina, *Testamento y codicilos de Juan II de Aragón, y última voluntad de Fernando I: política y artes*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2017.
- ZARAGOZA, Lamberto de, *Teatro histórico de las iglesias del reino de Aragón*, Pamplona, 1785.
- ZURITA, Jerónimo, *Anales de Aragón* (ed. Ángel Canellas López, 1967-1975), edición electrónica de José Javier Iso (coord.), 2003 (1ª ed. 1562), lib. XX, cap. XXIV.

EL CANÓNIGO BARTOLOMÉ LLORENTE (1540-1614) Y LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN DEL PILAR. UNA APROXIMACIÓN A SU BIOGRAFÍA

ELISEO SERRANO MARTÍN
Universidad de Zaragoza

BARTOLOMÉ LLORENTE es uno de los más reconocidos eclesiásticos de la época: canónigo del Pilar, prior de la misma iglesia, diputado del Reino y cronista de Aragón en 1613-1614. Sobre él disponemos de pocos estudios y resulta importante abordar la investigación sobre su figura de manera global, realizar una biografía intelectual del personaje, en la que sus escritos, su trabajo en el cabildo en los distintos nombramientos que tuvo, sus desempeños como comisionado en los asuntos capitulares ante Roma, su labor como diputado e incluso la de cronista en los pocos meses que estuvo en el cargo, se vean contextualizados en la época que le tocó vivir, con los debates e intereses generados a raíz del Concilio de Trento, la religiosidad surgida de esa nueva realidad, los propios intereses capitulares y las redes de humanistas e intelectuales que pudieron forjarse. Para ello disponemos de una gran cantidad de documentación, sobre todo en el archivo capitular del Pilar, que abarca sus escritos, correspondencia, el catálogo de su biblioteca... Este trabajo es una aproximación a la figura de Bartolomé Llorente, con el análisis de algunos de sus escritos y la revisión de todo lo que se ha escrito hasta ahora¹. En la breve biografía de la recopilación que hizo a finales del siglo

* Este trabajo se enmarca en los proyectos de investigación de los que soy IP, HAR2014-52434-C5-2P y PGC2018-094899-B-51, financiados por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. Al mismo tiempo forma parte de los trabajos del Grupo de investigación de Referencia Blancas del Gobierno de Aragón H01_17R financiado con Fondos Feder de la Unión Europea. Código ORCID: 0000-0003-1150-7467.

¹ Félix Latassa, *Biblioteca Nueva de los escritores aragoneses* (Genaro Lamarca, ed.), Zaragoza, Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, 2005, vol. II, 1600-1640, [Edición de 1799], pp. 129-134. Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI, defensor de las preeminencias del Pilar. El canónigo Llorente*, Zaragoza, Tipográfica La Editorial, 1956. Pascual Galindo, «La biblioteca del canónigo Bartolomé Llorente», *Universidad*, 1933, pp. 49-69, 413-428, 795-804 y 1037-1050. Pascual Galindo, «Reconstrucción

XVIII el también canónigo Joseph Ipas², se nos indica que nació en Longares el 3 de febrero de 1540, hijo de Jaime Llorente de Encinacorba y de Pascuala García. Tuvo tres hermanos, Miguel, Pablo y Jaime; este último fue presbítero.

Sobre la familia de Llorente tenemos muy poca información y la que hay es dispersa. Su hermano Jaime le acompañará en su viaje a Roma con un sobrino de igual nombre, como veremos más adelante. Ambos murieron, en 1585 su hermano y en 1586 su sobrino Jaime. Dos días antes del fallecimiento en Nápoles de su hermano Jaime, el canónigo conocerá la noticia de la muerte en Longares de otro de sus hermanos³. Una de sus sobrinas, María Llorente, hija de su hermano Pablo, que se había quedado en Longares al cuidado de las tierras familiares que conformaron un notable patrimonio, se casó con el platero zaragozano Diego Artal⁴ el 10 de mayo de 1581 aportando 8000 sueldos al matrimonio. En 1590 la sobrina y su marido, recibieron de su tío, ya prior del Pilar, el legado de Jaime Llorente, hermano difunto de María, consistente en 1023 s y 4 d. El canónigo Llorente, como muchos eclesiásticos de la época, instituyó una capellanía en la parroquial de Longares y el platero registró dos consignaciones a favor de aquella el 10 de octubre de 1599. Muerta María, Diego Arnal contrajo segundas nupcias con Ana María Llorente, al parecer, hermana de la primera. Tuvieron en este matrimonio dos hijos, María y Domingo, que se unieron a los dos habidos del primer matrimonio, Diego y Juan Manuel, según el testamento del platero signado el 7 de septiembre de 1611⁵.

del Cartoral del Pilar (el Libro de los Botones)», *Revista Zurita*, II, 1934. María Belén Ibáñez Abella, «El catálogo de la biblioteca del canónigo Bartolomé Llorente. Un ejemplo de sus encuadernaciones artísticas», *Artígrama*, 33, 2018, pp. 209-228. Eliseo Serrano, «El Index de Bartolomé Llorente (1591) y la predicación del apóstol Santiago», en Rosa M. Alabrús, J. L. Betrán, J. Burgos, B. Hernández, D. Moreno y M. Peña (eds.) *Pasados y presente. Estudios para el profesor Ricardo García Cárcel*, Barcelona UAB, 2020, pp. 1207-1225. Ester Casorrán, *Santa María la Mayor de Zaragoza (el Pilar) a través de sus documentos (118-1318). Historia, devoción y tradición*, Zaragoza, Fundación «Teresa de Jesús» y Cabildo metropolitano de Zaragoza, 2019, 2 Vols. Aquí se señala la importancia de dos de los textos de Llorente para el afianzamiento de la devoción a la Virgen del Pilar.

² Archivo Capitular de La Seo [ACLS]. Joseph Ipas, *Catálogo chronologico de los priores, dignidades i canónigos del santo templo del Pilar de Zaragoza en tiempo de la regularidad. Hizole el canónigo Joseph Ipas, secretario del Ilustrísimo Cavildo en el año de 1786*. Bartolomé Llorente (381).

³ Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, *op. cit.*, p. 35.

⁴ Ángel San Vicente, *La platería de Zaragoza en el Bajo Renacimiento*, Zaragoza, Libros Pórtico, 1976. Tres volúmenes. Vol. II, pp. 34-37.

⁵ Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza [AHPNZ], Domingo Montaner, 1611, ff.225-229.

Fueron sus albaceas el canónigo Bartolomé Llorente y Antonio Don Claros, juntamente con la heredera, Ana María. El platero Arnal y el canónigo Llorente tuvieron diversos negocios juntos, incluso en el viaje a Roma de este último. Algunas deudas contraídas por Arnal con Llorente fueron cobradas por otro sobrino o quizás sobrino nieto, también de nombre Bartolomé Llorente, estudiante y beneficiario de la capellanía instaurada en la parroquial de san Bartolomé de Longares. Y este beneficiario, mediante requerimiento notarial de 22 de junio de 1614, solicita a Ana María Llorente haga efectivas las 972 libras y 1 sueldo, deuda del platero Arnal y que el canónigo le había donado. Cuatro días más tarde y cinco antes de morir el canónigo Llorente, la viuda y heredera le da un campo y un huerto en Valimaña, valorado en 12600 s, como parte del pago de la deuda del platero Arnal⁶.

En 1558 Bartolomé Llorente estudiaba Filosofía en Zaragoza⁷. Sobre sus estudios unos y otros insisten, y él guarda volúmenes autógrafos con las lecciones y apuntes, en que fue discípulo de Pedro Juan Núñez, nombrado en 1560 maestro mayor de Filosofía, Retórica y Lenguas griega y latina en el Estudio General de Zaragoza, apoyado por Pedro Cerbuna y el Cabildo del Pilar en competencia con Domingo Pérez, el autor de las Memorias de la Iglesia de Zaragoza, que apoyaban don Hernando de Aragón y Juan Regla, confesor del Rey⁸. Quizás también dio clases en la Universidad de Lérida porque pasó largas temporadas en el palacio obispal cuando lo era Antonio Agustín (1517-1586), y cuando Agustín fue arzobispo de Tarragona (1577) escribió cartas de recomendación a Llorente para su estancia en Roma⁹. Como informa el propio Núñez, Llorente

⁶ Esperanza Velasco de la Peña, *Las Artes en Aragón en el siglo XVII según el Archivo de Protocolos Notariales de Zaragoza*. Tomo I, De 1613 a 1615, [Libros en red], Zaragoza, IFC, 2005, pp. 159, 171, 176 y 177, según AHPNZ, Francisco Morel, 1614, ff. 780r-781v, 973r-976r, 1029r-1030r y 1059r-1064r.

⁷ Félix Latassa, *Biblioteca Nueva de los escritores aragoneses...*, *op. cit.*, p. 129: «es constante por unos cuadernos... y [los] he visto despacio, que estudió Filosofía en la universidad [Estudio General] de esta ciudad [Zaragoza] desde el año 1558...».

⁸ Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, *op. cit.*, p. 10, nota 11. Citando un manuscrito de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza [BUZ], Ms. 183, f.57. María P. Barbeito Díez, *Pedro Juan Núñez, humanista valenciano*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2000, pp. 45-57.

⁹ Juan E. Alcina, «El humanismo de Antonio Agustín», en Aurora Egido y José Enrique Laplana, eds., *Mecenazgo y Humanidades en tiempos de Lastanosa: Homenaje a Domingo Ynduráin*, Zaragoza, IEA, IFC, 2008, pp. 31-50. Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, *op. cit.*, p. 33.

fue maestro mayor de lengua griega y latina en el Estudio de Monzón entre 1561 y 1565. Latassa insiste en que estudió Teología en Valencia y recibió aquí el título de bachiller en 1569 y que en 1570 leía Teología en Zaragoza y Huesca. El 20 de junio de 1578 tomó la borla de Doctor en Teología por la universidad sectoriana. En Huesca estuvo viviendo con su tío el canónigo Juan Longares. Hay que recordar que, en la Universidad de Zaragoza, con privilegio imperial desde 1542, no comenzaron sus cursos reglados hasta 1583¹⁰.

Fue canónigo de la iglesia del Pilar desde el día 24 de septiembre de 1572. Tomó el hábito de novicio el 29 del mismo mes y profesó el 1 de noviembre de 1573 como regular de san Agustín. Tuvo la Tesorería, a la que renunció a favor del cabildo, cuando estaba en Roma en defensa de la causa de exención. Tuvo también la Obrería en 1586 y fue Capellán Mayor y Limosnero. En diciembre de 1588 fue nombrado prior, desempeñando el trienio completo. Obtuvo dos veces más esta dignidad en 1606 y 1612, y sin haber cumplido el tercer trienio murió el 1 de julio de 1614. Fue enterrado en la santa capilla con asistencia de los dos cabildos.

Fue tres veces diputado del Reino: en 1590, 1606 y 1612. En el ejercicio de 1590 compartía responsabilidades como diputado con Pedro Torrellas canónigo de Teruel, ambos por el brazo eclesiástico, Bernardino Pérez de Pomar y Mendoza, señor de la baronía de Sigüés y Luis Urrea, los dos por el brazo nobiliar, Sancho Zaporta por los caballeros, Juan Luis Morláns por los infanzones y Miguel López, ciudadano de Zaragoza y Martín Ramón por el de las universidades del reino¹¹. Como diputado se vio involucrado en la rebelión del reino de 1591, en las llamadas Alteraciones de Aragón. Un criado de Antonio Pérez testificó que Llorente visitó a Pérez cuando se encontraba en prisión en Zaragoza, en su celda de la Cárcel de Manifestados (donde también le visitaron a menudo el obrero de La Seo y el prior del monasterio de Roda), y que medió, o al menos favoreció o abogó por su causa, ante distintas autoridades del reino. También facilitó refugio y ocultó de la justicia, en sus propios aposentos, a Gil de Mesa, uno de los protectores o defensores de Antonio Pérez¹². Aún tuvo otra actuación

¹⁰ Concha Lomba y Pedro Rújula, coords. *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Zaragoza, PUZ, 2016.

¹¹ José Ángel Sesma y José Antonio Armillas, *La Diputación de Aragón*, Madrid, Oroel, 1991, p. 211.

¹² Jesús Gascón Pérez, *Alzar banderas contra su rey. La rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II*, Zaragoza, PUZ, 2010, p. 150, Declaración de Diego Bustamante, en Real Academia de la Historia [RAH], ms. 9/1882, f.40-40v. Jesús Gascón Pérez, «Epígonos de la rebelión. Los

favoreciendo los intereses del prófugo que fue su participación como uno de los *judicantes* o *diecisietes* (tribunal compuesto por diecisiete personas legas en derecho que extraídas por insaculación se encargaban de juzgar las denuncias presentadas contra miembros de la Corte del justicia por no respetar el ordenamiento legal) que en julio de 1591 sentenciaron a Jerónimo Chález y Juan Francisco Torralba, a la sazón lugartenientes del Justicia, a tres años de destierro del reino y privación de sus oficios. La denuncia había partido de Antonio Pérez y sus valedores en el reino. Mostrando tan claramente su compromiso con Pérez, sin embargo, se libró de toda represalia¹³, lo cual resulta un poco inexplicable, porque después de 1591 fue elegido por dos veces diputado, ocupó varias dignidades en el cabildo de Santa María la Mayor, incluso nuevamente prior, y finalmente cronista del reino.

Fue cronista de Aragón en 1613-1614, tras la muerte de Lupercio Leonardo Argensola y en pugna con su hermano Bartolomé, que lo sería tras la muerte de Llorente y hasta 1631¹⁴. Sobre el nombramiento, Burriel incorpora a su estudio dos cartas que nos indican ciertos intereses e influencias que se pretenden en torno al cargo de cronista. En este caso el otro hermano Argensola, Bartolomé, remite desde Nápoles el 18 de marzo de 1613 una carta a la Diputación del Reino donde le comunica la muerte de su hermano Lupercio Leonardo, al tiempo que se ofrece como cronista, pondera sus servicios e incluso dice “infero yo que hago lisonja a ese consistorio y a ese Reino en haverse lo suplicado”¹⁵. El conde de Lemos, en cuyo séquito, cuando fue como virrey a Nápoles en 1608, figuraban Lupercio Leonardo con el cargo de secretario de Estado y Guerra, Bartolomé como secretario de su Excelencia y el hijo del primero, Gabriel, intercedió activamente por el menor de los Argensola y los diputados le contesta-

cronistas de Aragón y sus escritos sobre 1591», *Jerónimo Zurita*, 88, 2013, pp. 117-143, p.126.

¹³ Jesús Gascón Pérez, *Alzar banderas contra su rey...*, *op. cit.*, p. 511. Jesús Gascón Pérez, «Epígonos de la rebelión...», *op. cit.*, p.127.

¹⁴ Conde de la Viñaza, *Los cronistas de Aragón. Discursos leídos ante S.M. el rey don Alfonso XIII presidiendo la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. Conde de la Viñaza el día 13 de marzo de 1904*, Madrid, imprenta de los hijos de M.G. Hernández, 1904. [Hay edición facsímil con una introducción a cargo de Carmen Orcástegui y Guillermo Redondo, Zaragoza, Cortes de Aragón, 1986]. Javier Ordovás, *Los cronistas aragoneses en la Edad Moderna. Apuntes biobibliográficos*, Zaragoza, IFC, 2019. Los documentos recogidos sobre Bartolomé Llorente como cronista en pp. 83-85.

¹⁵ Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, *op. cit.*, p. 65. Apéndice IV, doc. 1.

ron diciendo que efectivamente Bartolomé Lupercio Argensola era persona capaz y con trabajos bien hechos y que se disculpaban por no atender la petición, pero contaban con “persona de gravedad, ciencia y autoridad con todos los demás requisitos necesarios” y que esa persona era Bartolomé Llorente, y apuntillaban que el cargo, ni lo había procurado ni pedido¹⁶. Hay que recordar que el nombramiento partió de la Diputación del Reino de la cual formaba parte el propio Bartolomé Llorente, elegido diputado en 1612. En el ejercicio de 1612-1613 eran diputados: por el brazo de la Iglesia Jerónimo Murero, abad de san Juan de la Peña y Bartolomé Llorente canónigo del Pilar; por el brazo nobiliar, Don Martín de Bolea y Castro y Don Jerónimo Palafox; por el brazo de Caballeros e Infanzones, Don Vicente Cardona, caballero y Don Rodrigo Pujadas, infanzón (aunque en el documento aparece Don Rodrigo Palafox) y por el brazo de las universidades Don Miguel de Villanueva, ciudadano de Zaragoza y Don Bartolomé Secanillas, de Alcañiz. Ejercía de notario Pedro Jerónimo Pasamar¹⁷. Ya había sido propuesto en 1597 por el obispo de Albarracín cuando finalmente fue elegido Jerónimo Martel, según consta en el nombramiento de este último¹⁸. El nombramiento de Llorente se produjo el 11 de mayo de 1613: «atendiendo que de presente vaca el oficio de coronista del presente reyno por muerte de Lupercio Leonardo de Argensola último poseedor de aquel, y la nominación de cronista pertenece a sus señorías, por tanto en las mejores vía, modo y forma nombran y nombraron en coronista del presente reyno al dicho doctor Bartolomé Llorente Prior de N.S. del Pilar de la presente ciudad, condiputado suyo, con y mediante la capitulación infrascripta y siguiente»¹⁹. Se recuerda básicamente que debe recopilar todas las cosas notables de Aragón que no estuviesen escritas, que lo debe poner en cuadernos que deben ser entregados a los diputados cada mayo e incluso para mayor autoridad deben firmarlos. Como cronistas deben ser naturales del reino y no pueden ausentarse del mismo más de tres meses sin permiso de los diputados y con mengua del salario a no ser que la salida sea por motivos de búsqueda de documentos. Finalmente y como consecuencia de la publicística contraria al reino por los acontecimientos de 1591

¹⁶ *Ibidem*, pp. 65-66. Apéndice IV, doc. 2.

¹⁷ José Ángel Sesma y José Antonio Armillas, *La Diputación de Aragón...*, *op. cit.*, p. 218.

¹⁸ Conde de la Viñaza, *Los cronistas de Aragón...*, *op. cit.*, p. 70

¹⁹ Nombramiento del cronista Bartolomé Llorente, 11 de mayo de 1613. Es un manuscrito de la RAH, ms. 9/548, f. 135, reproducido en Conde de la Viñaza, *Los cronistas de Aragón...*, *op. cit.*, p.83. y citado por Jesús Gascón Pérez, «Epígonos de la rebelión...», *op. cit.*, p.117 .

y con la que pretenden desacreditar a Aragón, los diputados optaron por incluir como obligación de los cronistas la defensa del reino, escribiendo primeramente un libro aparte tratando la innata fidelidad al monarca, la honra y verdad del reino. Después de Jerónimo Blancas, muerto en 1590, los cronistas Juan Costa (1590-1597), Jerónimo Martel (1597-1607), Lupercio Leonardo Argensola (1608-1613), Bartolomé Llorente (1613-1614) y Bartolomé Leonardo Argensola (1615-1631) vivieron los trágicos sucesos y todos ellos escribieron sobre los mismos con muy desiguales resultados. Y muchos se vieron involucrados en los escritos de los otros. Es bien conocido el fin que tuvieron los cuadernos de Costa y Martel sobre los años 90 del siglo XVI. En 1607 los diputados decidieron censurar los escritos de Costa y Martel y en la comisión estuvieron Lupercio Argensola, Bartolomé Llorente y el diputado Juan Escada, canónigo y camarero de la catedral de Roda, sin que a la altura de agosto de 1607 llegaran a ninguna conclusión. En junio del año siguiente el dominico fray Miguel López en carta a Martín de Alagón le remitió un informe sobre los Anales de Martel en el que se dice «... en ellos se habla muy sin consecuencia anual, el autor es hombre sin estilo, ni noticia de cosas necesarias para la historia, el lenguaje es malo, la historia muy vulgar, y notablemente injuriosa y mordaz contra los Reyes de quien escribe, contra sus privados y ministros, de forma que en muchas partes deja de ser historia y es libelo famoso...»²⁰. La censura de Llorente, Escada y Argensola es también demoledora: «decimos que son indignos de que se publiquen y impriman y que estén y se conserven en el archivo las demás escrituras que en el ay y que el autor que los ha compuesto no ha mostrado las partes y suficiencia necesaria para el oficio que tiene»²¹. No debemos olvidar que también existía una corriente de opinión contraria a Martel, entre otras cosas por haberse ido a vivir a Medinaceli como oficial del duque. Esto sirvió para su remoción y su sustitución por el mayor de los Argensola que recibió todos los cuadernos de ambos cronistas para aprovechar, si se pudiera, algo de los escritos. ¿Cuál fue la actuación de Llorente en este asunto? ¿Después de la censura citada como diputado, tuvo alguna otra actuación? No sabemos a ciencia cierta su papel, si tuvo alguno, en este *affaire*; sí que hay que recordar que fue propuesto como cronista en 1597 y se eligió a Martel y que tiene una intensa correspondencia con Argensola en la que se muestra en sintonía con las actuaciones del cronista. Los once cuadernos con los escritos de Costa (dos cuadernos) y Martel (los res-

²⁰ Conde de la Viñaza, *Los cronistas de Aragón...*, op. cit., pp. 71-72.

²¹ *Ibidem*, p. 72.

tantes nueve) fueron entregados por Lupercio Leonardo Argensola a don Martín de Alagón, diputado del reino, gentilhomme de la Cámara de su Majestad y Comendador Mayor de Alcañiz, en las casas de Diego Clavero vicecanciller de los reinos de la Corona de Aragón y en presencia de Agustín de Villanueva, secretario del monarca el 19 de mayo de 1609. El vicecanciller Clavero dice que debe hacerse la voluntad del rey que no es otra que «los dichos onze quadernos se hiziesen pedazos...rasgando los dichos libros y hojas dellos en presencia de todos los sobredichos e infraescriptos, de manera que ahora ni para siempre puedan ser leídos en todo ni en parte alguna dellos»²². Algunos fragmentos quedaron, como recoge Gascón²³. Por lo que respecta a Llorente como cronista, a su afán recopilador bibliográfico y documental, su búsqueda de noticias y datos en archivos y su amplia correspondencia con muchos y muy significativos intelectuales de la época, especialmente los hermanos Argensola²⁴, no añadió la escritura de Anales. Existe constancia de esos materiales no elaborados en el archivo capitular del Pilar. También contamos con unas breves páginas que escribió con información de los años 1591 y 1592 conservados en la Biblioteca Nacional con la rúbrica «este quaderno fue de Bartolome Llorente y es fragmento de los años 1591 y 1592»²⁵.

Bartolomé Llorente fue un hombre de iglesia, defensor de las preeminencias pilaristas y su catedralidad, archivero-bibliotecario, bibliófilo, ensayista y podríamos definirlo como erudito historiador. Para abarcar su figura deberemos atender a sus escritos, su biblioteca, su correspondencia y su trabajo como canónigo, pues no solo se empleó en el negocio de Roma en 1583-1587 sino que también, al final de sus días, tuvo que encargarse de los vasallos moriscos de Brea en el momento de su expulsión²⁶.

Disponemos de un documento esencial para conocer sus escritos y su biblioteca, con lo que eso significa de saber sus intereses intelectuales, qué fuentes de información tuvo en sus manos y establecer comparaciones con bibliotecas de religiosos de la época o de otros. Se trata de un Catálogo de todos los volúmenes de su biblioteca, en la que se hallaban también la mayoría de sus escritos, al

²² *Ibidem*, p. 73

²³ Jesús Gascón Pérez, «Epígonos de la rebelión...», *op. cit.*, p.131.

²⁴ Conde de la Viñaza, *Los cronistas de Aragón...*, *op. cit.*, pp. 84-85. En este mismo trabajo se referencian 14 cartas a Lupercio y 42 a Bartolomé, *vid.* pp. 76-80 y 91-103.

²⁵ Biblioteca Nacional de España [BNE], Ms. 1762, ff. 63-74.

²⁶ Julia Pérez Arantegui, *Mudéjares y moriscos de Brea*, Zaragoza, IFC, 2020.

menos los elaborados con tal fin, tuvieran como destino la imprenta o no llegaran por diversos motivos. Además de ese Catálogo, el *Index librorum D. Bartholomei Laurenti tam eorum quos Roma attulit, quam eorum quos in Hispania antea et post reditum ab urbe comparavit, factus mense novembriam, 1587*²⁷ contamos con las referencias que da Félix Latasa en su *Biblioteca nueva de escritores aragoneses*²⁸ y las copiadas en sus *Memorias Literarias de Aragón*²⁹, y la obra del presbítero Burriel citada³⁰. Contamos asimismo con el Catálogo de manuscritos e impresos de la Biblioteca y Archivo capitulares de Zaragoza, destino final de la mayor parte de la biblioteca del canónigo.

Latassa recoge 26 escritos de Llorente en el tomo II de su Biblioteca Nueva, muchos no coincidentes con los 69 que nos indica Burriel. Este último introduce varios volúmenes de cartas o colecciones de textos, no siempre todos del canónigo. Entre sus escritos habría que distinguir entre obra impresa y el resto, sean manuscritos autógrafos, obras dictadas, informes o correspondencia.

La biblioteca de Bartolomé Llorente fue una de las más importantes bibliotecas personales de su época, por el volumen de libros que recopiló, los ejemplares que adquirió, sobre todo en su época romana, y las otras piezas que añadió al conjunto libresco, fundamentalmente mapas. El listado recoge 564 entradas pero hay que señalar que muchas incluyen varios volúmenes. Hay muchos libros editados en las décadas 1560-1590 y también muchos manuscritos copiados de bibliotecas romanas, autenticados de la Vaticana como los de Virgilio, Terencio y Quintiliano y otros, de carácter facticio, organizados en Zaragoza con la colaboración de Diego de Espés y sobre todo del amanuense Jacobo de Belmonte que hacía copias para Llorente en 1587. Como ya se ha dicho hay un *Index Librorum*, un catálogo de la biblioteca, transcrito por Pascual Galindo³¹, finalizado en noviembre de 1587, aunque hay apuntes hasta 1592. La biblioteca fue reconocida y expurgada por don Joan Vilel canónigo del Pilar y consultor del Santo

²⁷ *Index librorum D. Bartholomei Laurenti tam eorum quos Roma attulit, quam eorum quos in Hispania antea et post reditum ab urbe comparavit, factus mense novembriam, 1587*. Biblioteca Capítular del Pilar [BCP], sig. 62-154. Antes reg. 3350. Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, op. cit., p. 59, nº 22.

²⁸ Félix Latassa, *Biblioteca Nueva...*, op. cit., pp. 129-134.

²⁹ Félix Latassa, *Memorias Literarias de Aragón*, tres vols. [finales del siglo XVIII], Biblioteca Provincial de Huesca [BPH], Mss. 76, 77 y 78.

³⁰ Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, op. cit., Apéndice III. Escritos de Bartolomé Llorente, pp. 55-64.

³¹ Pascual Galindo, «La biblioteca del canónigo Bartolomé Llorente», op. cit.

Oficio por orden de los Inquisidores en el mes de junio de 1587. El *Index* incluye una valoración de los libros a finales de 1588 de 3365 reales, diferenciando los que tenía en España y los que trajo de Roma; estos últimos los valora en 2331 reales. A inicios de 1592 la suma ha ascendido a 4089 reales. Interesante resulta la nota manuscrita de Llorente sobre venta y trasiego de libros. Algunos los dio a un estudiante para que los vendiera, otros a Gabrielico el librero y otros se cambiaron. Vendió el 5 de noviembre de 1592, «a unos frailes predicadores cinco libros..., montaron veynte reales: dixeron veynte missas para pagar el precio de dichos libros. Recibí yo los veynte reales y assi estoy pagado». También le compraron 79 libros los frailes mínimos del convento de la Victoria por 211 reales. Dijeron 211 misas, 87 por mosen Antonio Pastor y 124 por la intención de la Iglesia y Cabildo del Pilar. Los libros y manuscritos de su biblioteca, como señala Burriel³², están catalogados por tamaños: en folio, cuarto, octavo y dieciseisavo distinguiéndose entre impresos y manuscritos y los adquiridos en Roma o en España, anotando los regalados, los que consiguió como diputado del Reino en 1590 (números 81-93 en Burriel), los donados particularmente o cualquier otro dato de interés, precio o estimación. Dentro de cada tamaño estaban divididos en: *Humanitatis, Theologiae, Juris utriusque, Musicae, Poetae, Grammatici, Philosophi, Theologi, Miscellanea*. La mayor parte de la biblioteca pasó a la del Cabildo del Pilar. Según las Actas capitulares de 1614, «a 18 del mismo [mes de septiembre] se truxo de la casa prioral toda la librería de la buena memoria del Sr. Dr. Bartolome Llorente prior y canónigo de esta Santa Iglesia a la librería della que ha sido y es una joya mui preciosa por haver muchos libros extraordinarios y de grande curiosidad de todas las facultades»³³. Una gran parte de la biblioteca la ocupaban los libros de Teología; podemos encontrar ediciones de Concilios como el Lateranense en la de Roma de 1521, el *Concilium Florentinum* en la de Roma de 1553, el de Niza, el de Basilea de 1448 en edición de París de 1512, el *Martyrologium romanum* con anotaciones de Baronio en la edición de Roma de 1586, varias ediciones de la *Suma Teológica*, los *Anales* de Baronio de 1588 que tanto le costó que llegaran a su poder, varias Biblias, el Durando, Gregorio de Niza, Bularios de diversos Papas, obras del jesuita Francisco Turriano y su *De Ecclesia catholica* y varias obras más, el *Índice* de Valdés de 1559, la *Leyenda Dorada*, las *Homilias* de Francisco Ortiz de 1548, las ediciones de 1564 y 1582 del Concilio de Trento, el maestro de las Sentencias, san

³² *Ibidem*, p. 333.

³³ Citado por María Belén Ibáñez, «El catálogo de la biblioteca...», *op. cit.*, p. 211.

Isidoro, los comentarios al *Psalterio*, Códice de Teodosio, Francisco de Victoria, Tertuliano, comentarios a los Evangelios, san Jerónimo, Tomás de Kempis, los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio, Epístolas de Carlos Borromeo y de Juan Botero, las *Instituciones* de Pedro Canisio, Juan Vives, Bartolomé Carranza, Miguel Giginta, Irineo, Clemente Alexandrino, Cipriano, Juan de Medina, Homilias y sermones de diversos padres y teólogos...

Del Reino de Aragón disponía de una buena representación de autores y temas destacando los textos sobre el virrey extranjero (sumarios, alegaciones y discursos varios), repertorios de Fueros y actos de Corte, a los cronistas Zurita (los *Anales*), Blancas (*Aragonensium Rerum Comentariorum*) y Costa (*De scribenda rerum historia*), Pedro Cenedo y su *Collectanea*, Calixto Ramírez y su *De lege regia*, obras de juristas como Molino y Portolés, una concordia de la Veintena, Ortigas y su defensa de la universidad de Zaragoza, Juan Verzosa...

Una parte importante de cronistas e historiadores de la época también tuvieron cabida en sus anaqueles, como Beuter, Jerónimo Osorio, Alonso de Meneses y su *Repertorio de caminos* de 1549, Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales, García de Loaysa, Fernando del Castillo, Martín Ayala y también juristas como Martín de Azpilicueta del que tiene la *Opera omnia*.

Los clásicos Terencio, Lucano, Marcial, Horacio, Tito Livio, Juvenal, Ovidio, Quintiliano, Platón, Séneca, Cicerón, Aristóteles, Celio Sedulio, Prudencio, Salustio, Barrón, Pomponio Mela, Tácito, Catulo, Propertio son también nombres propios en esta biblioteca. Posee un libro de Erasmo, el *De pueris statim ac liberater instituendis* en la edición de Lyon de 1551 y muchas obras de retórica, poética, gramática, sintaxis... Y entre los libros de música posee madrigales y una colección de motetes de Orlando di Lasso editados en Venecia en varias fechas.

Nada puede sorprendernos del conjunto de esta Biblioteca, muchos libros, en su gran mayoría, de Teología, Patrística y Derecho, del gusto e interés para un religioso con inquietudes eruditas; clásicos latinos y griegos fundamentales para la conformación de la personalidad de un humanista y para su trabajo de profesor de estas lenguas; ejemplares dedicados a la política del momento (caso del largo pleito del virrey extranjero en Aragón que permeó toda la sociedad y de capital importancia para quien fue diputado del Reino en tres ocasiones) o la obra de los cronistas, presente en casi todas las bibliotecas del momento y las obras que comienzan a transformarse en *best sellers* de la época, las obras de historiadores y cronistas, descripciones de territorios y corografías. Nada hay sospechoso; ya había sido expurgada y además poseía la edición del *Índice* de libros

prohibidos, el de Valdés de 1559, con el que podía cotejar o impedir que llegasen obras contaminadas. Para un miembro de la iglesia de la Contrarreforma, fiel a toda doctrina romana, Llorente dispone de los libros canónicos para la predicación y defensa de la iglesia, desde los Padres de la Iglesia hasta la escolástica medieval y los debates y obras de los principales autores de las diferentes órdenes. Todas las biblias que posee son ediciones de la Vulgata impresas, de diferentes sedes o comentadas, como son el caso de la edición parisina de Sebastian Nivellio de 1573 con comentarios de Joanne Benedicto, la de Salamanca de 1584 con escolios de Francisco Vatablo o la editada en Lyon en 1563 por Gulielmo Rovilium. Tiene también una «Biblia sacra manuscripta antiqua» (número 436 del Catálogo de Galindo). Y por supuesto posee las ediciones canónicas del Concilio de Trento, la de Roma de Paulo Manuzio de 1564 y la veneciana de Alexandro Griffio de 1582. Si establecemos una somera comparación con otras bibliotecas de eclesiásticos de su época advertiríamos que hay una coincidencia de libros muy grande, sobre todo en la parte que podíamos denominar canónica: biblias y Nuevo Testamento, libros religiosos, misales, breviarios, obras de teólogos o textos comentados. Y por supuesto en consonancia con el Concilio de Trento. Todos o casi todos dispusieron de las obras clásicas de Aristóteles, Virgilio, Terencio..., así como textos de Derecho y jurisprudencia (Martín de Azpilicueta) o cronistas. Y el gusto, más personal, por obras de música u obras de evasión. Aunque la distribución y el comercio de libros fue ágil, la mayor presencia de ediciones de fuera de la península, muy numerosas por otra parte en todas las bibliotecas que citaremos aquí, se deberá al desembolso que pueda efectuar y a la disponibilidad de agentes o corresponsales que puedan hacérselos llegar, extremo que no muchos pudieron permitirse.

Este *Index librorum* finaliza con dos apartados especialmente significativos para comprender mejor la personalidad de Llorente, sus intereses intelectuales y ciertos rasgos de su religiosidad. En el primero de ellos se recogen 45 mapas y descripciones de todas partes del mundo, de las provincias y ciudades. Hay mapas de las cuatro partes del mundo: una descripción de Asia sin más referencias, la descripción de África editada en Venecia en 1566, la de Europa de 1572 en Roma, la veneciana de América de 1574. Tuvo también varias de Hispania, Lombardía, Venecia, Italia, Germania, Palestina y Tierra Santa, Galia, Roma..., y descripciones, imágenes, sinopsis y otros modelos comprensivos de la geografía y la corografía.

El segundo apartado comprende diez ítems, con su precio, que recogen objetos y pinturas que se encontraban en su capilla u oratorio. Representan el interés devocional del canónigo y elementos potenciados por la religiosidad

emanada de Trento con ese afianzamiento de adoración de imágenes y reliquias. Posee en primer lugar, como no podía ser de otra manera, una imagen pintada de Nuestra Señora del Pilar con marco de cuero dorado y que vale 100 reales y otras del Salvador, de santa María, en bronce, de san Gregorio Nacianceno en tabla, a la manera griega y fechada en Roma en 1586, un crucificado pintado en seda pálida y fijado a tabla y un libro en pergamino con cuarenta y dos imágenes a la manera griega por el chipriota Joanne Adulo en Roma en el año 1586. Posee dos Agnus Dei³⁴, uno bendecido por Sixto V, Llorente se encontraba en Roma cuando subió al solio pontificio el Papa Peretti, con la imagen de san Francisco detrás y otro pequeño de plata dorada con un fragmento de vestido del beato Luis Beltrán, un relicario con reliquias de san Zenón y otro en forma de cordero con las reliquias de los santos Esteban, Vicente, Lorenzo, Cristóbal, Apolonia... Este relicario, según anotación al margen, se lo dio a Gracia Sanz de Tena, mujer de Francisco Lezina.

Como en otras bibliotecas aragonesas del momento conviven con los libros impresos una importante colección de manuscritos, algunos de ellos son las anotaciones de las lecciones de algunos maestros universitarios, como es el caso de los varios cuadernos en octavo de notas de las explicaciones de Pedro Juan Nuñez sobre Lógica, Metafísica, Ética o Historia en el Estudio General de Zaragoza de 1559 a 1569³⁵. También manuscritos son algunos volúmenes facticios con memorias diversas extractadas de archivos o notas sacadas de libros. Muchos de los manuscritos son copias de códices de Bibliotecas como la Vaticana, ejemplares de los que no había edición impresa y que Llorente y su amanuense copiaron y trajeron a Zaragoza. El uso del manuscrito, como es bien sabido, no decayó³⁶, siguió siendo una forma testifical y de veracidad,

³⁴ Los Agnus Dei (Cordero de Dios) son unas reliquias en cera que consagra el Papa el primer año de su pontificado y los demás, de siete en siete. *Vid.* Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez, 1611 [edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid, Real Academia, Universidad de Navarra, Vervuert, 2006]. María Antonia Herradón, «Ceras y devoción. Los agnusdei en la colección del Museo Nacional de Antropología», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LIV, 1999, pp. 207-237. *Significado y virtudes de los Agnus Dei*, BNE. Ms. 17477, ff.159-162v.

³⁵ Pascual Galindo, «La biblioteca del canónigo Bartolomé Llorente», *op. cit.*, números 495 y ss. p. 285. Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, *op. cit.*, también los cita, pp. 59-60.

³⁶ Fernando Bouza, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

de autoría. Fue también el modo de aprendizaje en Universidades y Escuelas, como queda de manifiesto en los cuadernos de notas que el propio Llorente cita como suyos. Y satisfizo la curiosidad de muchos eruditos que accedieron a lecturas muy demandadas mediante el encargo o la copia directa de los códices en cuestión.

Bibliotecas importantes de la misma época que Llorente fueron las de otros religiosos como Pedro Cerbuna, canónigo de La Seo³⁷. En 1569 en la venta realizada a su hermano Joseph Cerbuna consigna notarialmente 283 entradas con una quincena de piezas manuscritas entre las que destacan las siete de sermones de Cerbuna. Tiene nueve incunables, una veintena de ediciones anteriores a 1519 y 165 de las décadas 40 y 50. Una buena parte proceden de editores extranjeros: al menos cerca de 80 de Lyon, casi 50 de París, cerca de 20 de Venecia y otros de Mantua, Pavía, Colonia, Amberes, Basilea, Maguncia, Haguenau... Hay ejemplares salidos de las prensas de Zaragoza, Valencia, Alcalá de Henares, Barcelona y Salamanca. También posee varios mapas, entre ellos uno de Italia según la descripción de Ptolomeo, mapas de Francia e Inglaterra o un plano de Valencia de 1541. También disponía, como Llorente, del *Repertorio de caminos* de Alonso de Meneses de 1549. Poseía las *Epístolas* de Erasmo, la *Biblia Sacra* de Santis Pagnini (en la que trabajó, por cierto, Miguel Servet)... En el inventario que se hizo a su muerte en 1597 se consignan 400 libros, muchos de los cuales pasaron a la catedral de Tarazona. Al menos cerca de doscientos seguían en poder del obispo, lo que indica que la venta pudo ser ficticia y realizada al entrar como capitular en La Seo el 13 de diciembre de 1569. Una posibilidad que ya apuntó Ángel San Vicente en su día³⁸.

³⁷ Ángel San Vicente, «El catálogo de la biblioteca privada de Pedro Cerbuna de Fonz en el año 1569», en Ángel San Vicente y Eliseo Serrano, eds., *Memorial de la Universidad de Zaragoza por Pedro Cerbuna de Fonz en el IV centenario de su muerte, 1597-1997*, Zaragoza, Universidad, 1997, pp. 87-114. Esperanza Velasco y Jesús Criado, «El inventario de la biblioteca de P. Cerbuna de Fonz en el año 1597», en Ángel San Vicente y Eliseo Serrano, eds., *Memorial de la Universidad de Zaragoza...*, *op. cit.*, pp. 115-158. Esperanza Velasco y Jesús Criado, «El universo cultural de Pedro Cerbuna, obispo de Tarazona (Zaragoza), a partir de un inventario postmortem de su biblioteca: 1597», *Turiasso* XIII, 1996, pp.137-184.

³⁸ Ángel San Vicente, *Alocución laudatoria pronunciada por el doctor Ángel San Vicente Pino en la Universidad de Zaragoza con ocasión de la festividad de san Braulio, su patrono...*, Zaragoza, Universidad, 1997, p. 2. Ángel San Vicente, «El catálogo de la biblioteca privada de P. Cerbuna ...», *op. cit.*, p. 87.

De similares características es la biblioteca del arzobispo de Cagliari Francisco Pérez³⁹, un bilbilitano, canónigo de Tarazona que fue presentado por Felipe II en 1474 a la mitra de Cagliari. Para preservar sus bienes muebles del derecho de espolio *post mortem* ejercido por la Cámara Apostólica sobre propiedades no patrimoniales, hizo inventario de sus bienes. Los apartados más destacados desde un punto de vista crematístico fueron la tapicería y los objetos de plata, aunque su biblioteca, tasada en 4602 sueldos, no resulta nada desdeñable a pesar de su volumen, apenas un centenar de libros. Tenía misales, breviarios, diversas Biblias, libros de moral, manuales de confesores, los padres de la Iglesia, teólogos medievales, las obras de los santos Agustín, Jerónimo. Juan Crisóstomo, Gregorio Magno, Bernardo de Claraval o Tomás de Aquino y, por supuesto, la obra de autores vinculados a Trento: Carranza, Soto, Polanco, Lippomani... También una vertiente humanística se aprecia en los gustos del prelado con los libros de Historia de Pedro Mexía, los Sonetos de Petrarca, o las obras de Galeno o Plinio.

Semejantes conclusiones sobre la biblioteca de otro religioso extrae Manuel Pedraza al analizar la del obispo de Huesca Pedro del Frago⁴⁰, una biblioteca con un 90% de obras en latín, ocho volúmenes en griego y similares temáticas en su conjunto: obras de formación de religiosos y de teología, de derecho, clásicos, de historia y hagiografía y algunas obras de literatura. Tenía 734 libros en 861 volúmenes⁴¹. De las primeras destacan las obras de los Padres y doctores de la Iglesia (Ambrosio, Jerónimo, Aquino...), las de religiosos vinculados a Trento como Cano, Carranza, Alfonso de Castro, Soto, clásicos del pensamiento escolástico o clásico como Lippomano, Canisio... De derecho sobresalen las de Martín Azpilicueta y las colecciones de Fueros de Aragón y Ordenanzas como las de Navarra. En Historia se indican obras de Ocampo, Mexía, Yepes... De los clásicos está Aristóteles, Virgilio, Platón...

Muy recientemente, en la edición de la *Historia eclesiástica de Çaragoça hasta 1575*, del maestro Diego de Espés, se ha publicado el testamento del racionero de La Seo, protocolizado en 1602; un documento de gran valor⁴². En él se es-

³⁹ Esperanza Velasco y Jesús Criado, «El inventario de bienes y la biblioteca de Francisco Pérez, arzobispo de Cagliari (Cerdeña): 1574», *Turiaso*, XII, 1995, pp. 97-133.

⁴⁰ Manuel Pedraza, *El conocimiento organizado de un hombre de Trento: la biblioteca de Pedro del Frago, en 1584*, Zaragoza, PUZ, 2011.

⁴¹ *Ibidem*, p. 57.

⁴² Isidor Miguel García y Jorge Andrés Casabón, «Biografía del maestro Diego de Espés (Arándiga, ca 1531-Zaragoza, 1602)», en Diego de Espés, *Historia eclesiástica de la ciudad de*

pecífica, entre otros aspectos de las mandas, que si su sobrino Joan de Espés, menor de edad y verdadero beneficiado del legado, no siguiera con sus estudios, que sus libros se den a los padres carmelitas descalzos de Zaragoza. Casi un mes más tarde, Domingo Navarro, presbítero y vicario de la parroquial de Arándiga (villa natal del maestro de Espés) recibe de Martín Miravete de Blancas y Leonor Jiménez de Aragüés, los ejecutores testamentarios, los libros que el racionero le había dejado, «todos los libros de sermones que tengo entre mis libros y la explicación del Decálogo para hazer a su voluntad». Al mismo tiempo, en otro documento, también recibe los libros para entregar al sobrino Juan de Espés con la cautela citada. En el listado, 43 items recogen algo más de cinco decenas de libros (algunos de varios tomos). Son, en su mayor parte, libros de Teología pero también hay manuales de penitencia y obras de referencia de la patrística y de moral. Tiene obras de san Bernardo, san Gregorio, santo Tomás, san Juan Crisóstomo, Gregorio Nacianceno, Durando (*De antiquis ecclesiae ritibus*), la vida de san Raimundo, los comentarios a los Salmos de Euthymius Zigabenus, quizás en la versión veronesa de 1530, las *Exequias del Rey don Phelipe*, posiblemente la edición zaragozana de 1599 de su compañero en la catedral de La Seo Juan Martínez... Siendo el autor de una de las obras de historia más significativas del siglo sorprende la ausencia de libros de historia o de los cronistas aragoneses habituales en otras bibliotecas de la época, como hemos visto. Eso nos lleva a plantearnos la cuestión no resuelta de los préstamos bibliotecarios, las consultas, las lecturas y aprovechamiento de las mismas por intelectuales, escritores o lectores. Debemos contar para ello con la existencia de lo que podrían ser bibliotecas de referencia donde consultar muchas de estas cosas: la Universidad, los cabildos catedralicios, los conventos... En el caso de Espés tendría acceso a las bibliotecas capitulares y a las de algunos de sus amigos que le proporcionarían el acceso a muchos de esos libros que cita, más de doscientos a lo largo del libro. Los libros de su biblioteca particular recogen los sermones (una literatura muy de uso cotidiano en la carrera eclesiástica) y aquellos libros, también vinculados a su condición y de uso habitual en una perspectiva con-

¿Zaragoza desde la venida de Jesuchristo, Señor y Redemptor nuestro, hasta el año 1575, Edición coordinada por Asunción Blasco y Pilar Pueyo, con estudios a cargo de Isidoro Miguel García, Jorge Andrés Casabón, Asunción Blasco y Pilar Pueyo e índices de María Desamparados Cabanes, Zaragoza, IFC, 2019, en pp. XXXV-LXXXVIII, el testamento, dictado ante el notario Martín Antich de Bages el 26 de octubre de 1602 en doc. 20, pp. LXXX-LXXXIV, el acta de fallecimiento, lectura del testamento y ejecución testamentaria en docs. 21, 22, 23 y 24, en pp. LXXXIV-LXXXVIII.

trarreformista, no en vano también tenía en sus anaqueles un *Index et catalogus librorum prohibitorum*.

La biblioteca de Antonio Agustín es un caso aparte. Compuesta por 272 manuscritos griegos, 561 latinos y más de mil impresos catalogados, y quizás otros tantos al menos sin catalogar, fue una de las mejores de su tiempo⁴³. Es una de las que se denominan «biblioteca museo»⁴⁴ porque, al elevado número de libros se añaden otras piezas como restos arqueológicos, pinturas y esculturas, y medallas y monedas; entendiendo que algunas pasaron de diferentes fases y que profesionales pasaron a patrimoniales, por ejemplo.

Sin ánimo de exhaustividad, ni mucho menos, se trata de añadir algunas bibliotecas estudiadas y que podemos poner en relación con las de Llorente y otros eclesiásticos, destacando la de Miguel Climent de 1563 con 625 volúmenes⁴⁵, la de Jerónimo de Insausti⁴⁶ con 245 libros en 1562, inventario hecho en su ingreso como canónigo del Pilar, de otros religiosos no aragoneses como el arzobispo de Granada Pedro Guerrero que en 1559 tenía 292 volúmenes⁴⁷, el obispo de Calahorra Juan Bernal Díaz de Luco que poseía 515⁴⁸, el arzobispo Bartolomé

⁴³ Juan Francisco Alcina y Joan Salvadó Recasens, *La biblioteca de Antonio Agustín. Los impresos de un humanista de la Contrarreforma*, Alcañiz, Instituto de Estudios Humanísticos – CSIC, 2007. Michael H. Crawford (Ed.), *Antonio Agustín between Renaissance and Counter-Reform*, Londres, The Warburg Institute. University of London, 1993. Marc Mayer, «Towards a history of the library of Antonio Agustín», en *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, vol. 60, 1997, pp. 261-272.

⁴⁴ Manuel Pedraza, *La biblioteca...*, op. cit., 28-29. Habla de Biblioteca práctica (hasta 10-15 libros), Biblioteca profesional (hasta 50-60 libros), Biblioteca patrimonial (hasta 300 libros) y Biblioteca museo (más de 300 libros y otras piezas), citando a su vez a Víctor Infantes, «Las ausencias en los inventarios de libros y bibliotecas», *Bulletin Hispanique*, 99, 1, 1997, pp. 281-192, en pp. 287-288.

⁴⁵ En María Teresa Álvarez Clavijo y Ana Jesús Mateos Gil, «La biblioteca de Miguel Climent Gurrea, protonotario de la Corona de Aragón (1563)», y en Carmen Morte, María Teresa Álvarez Clavijo y Ana Jesús Mateos Gil, «La colección de pinturas, tapices, dibujos, estampas y esculturas de Miguel Climent Gurrea, protonotario del Consejo Supremo de Aragón, y otros inventarios del siglo XVI», *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, LXV-1996, pp. 99-130, y 131-162, respectivamente.

⁴⁶ Carmen Morte, «El inventario de bienes del canónigo aragonés Jerónimo de Insausti, secretario en Nápoles del virrey Pedro de Toledo», VV.AA., *Homenaje a Don Antonio Durán Gudiol*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1995, pp. 593-610.

⁴⁷ Juan Martínez Ruiz, «Dos cartas de Trento y catálogo de la biblioteca de D. Pedro Guerrero, arzobispo de Granada», *Archivo Teológico Granadino*, 31, 1968, pp. 233-333.

⁴⁸ Tomás Marín Martínez, «La biblioteca del obispo Juan Bernal Díaz de Luco, 1495-1556», *Hispania Sacra*, 5, 1952, pp. 263-326, Tomás Ruiz Martínez, «La biblioteca del

Carranza con 185 en 1560⁴⁹ o la del canónigo sevillano, acusado de luterano y muerto en efígie en la hoguera, el doctor Constantino Ponce de la Fuente, que en el momento de la confiscación de su biblioteca por la Inquisición poseía 898 volúmenes⁵⁰.

Desde hace tiempo y por el interés suscitado por el estudio de los libros y las bibliotecas, disponemos de inventarios y catálogos de muchas de ellas para los siglos XVI y XVII y podemos establecer comparaciones, no solo en el número de obras de cada una de ellas sino también de los intereses de sus propietarios, de carácter profesional las más de las veces, transformadas y acrecentadas por donaciones, compras a libreros y en almonedas y encargos. Para la segunda mitad del siglo XVI y para Zaragoza acabó hace tiempo Ángel San Vicente un estudio de más de quinientas bibliotecas que permanece inédito y que completaría sus publicaciones sobre libreros e impresores⁵¹. Para el siglo XVII, además de los trabajos de Esperanza Velasco, Juan Postigo está finalizando un libro sobre las bibliotecas zaragozanas según los inventarios y documentos notariales. Y podemos establecer dichas comparaciones por el estrato social de los poseedores⁵².

obispo Juan Bernal Díaz de Luco: lista de autores y títulos», *Hispania Sacra*, 7, 1954, pp. 47-84.

⁴⁹ José Ignacio Tellechea, «La biblioteca del arzobispo Carranza», *Hispania Sacra*, 16, 1963, pp. 459-499.

⁵⁰ Klaus Wagner, *El doctor Constantino Ponce de la Fuente: el hombre y su biblioteca*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1979.

⁵¹ Ángel San Vicente Pino, *Apuntes sobre libreros, impresores y libros localizados en Zaragoza entre 1545 y 1599. I. Los libreros. II. Los impresores*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003.

⁵² Hay muchos estudios en la actualidad; algunos de los que nos pueden servir de ejemplo: Trevor J. Dadson, *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, Arco libros, 1998. Francisco M. Gimeno Blay y J. Trenchs Odena, «Libros y bibliotecas en la Corona de Aragón (siglo XVI)», en *El libro antiguo español. Actas del Segundo Coloquio Internacional*, Salamanca, Universidad, 1992, pp. 207-239. Anastasio Rojo, «Libros y bibliotecas en Valladolid. 1530-1660», *Bulletin Hispanique*, 99, 1, 1997, pp. 193-210. Manuel Peña Díaz, *El laberinto de los libros: historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Rupérez, 1997. Natalia Maillard Álvarez, *Lectores y libros en la ciudad de Sevilla (1550-1600)*, Barcelona, Rubedo, 2011. Ofelia Rey Castelao, *Libros y lectura en Galicia: siglos XVI-XIX*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2003. Ángel Weruaga Prieto, *Lectores y bibliotecas en la Salamanca moderna (1600-1789)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2008. Laura Fantova Sancho, *Lecturas y lectores en la Huesca del siglo XVI*, Huesca, IEA, 2019.

Es difícil deslindar su labor como recopilador de fuentes y documentos y su labor como historiador, con su trabajo como archivero bibliotecario e incluso bibliófilo y mecenas. Andrés de Uztarroz escribió elogios sobre su labor y reivindicó su trabajo como archivero redactando los siete volúmenes del *Registro de las escrituras* del archivo de El Pilar, junto con el *Libro de las preeminencias* de la Basílica (1588) y la recopilación de papeles sobre la predicción de Santiago (debe referirse sin duda al *Index auctorum*). También ponderaron su trabajo el cronista Costa, Calixto Ramírez, Espés, Jerónimo de San José o Antonio Pellicer, citados por Latassa⁵³. Como historiador y archivero, en su primera dedicación en el archivo pilarista, contó con la valiosa ayuda de Diego de Espés (entre 1578 y 1583), quien posteriormente será reconocido como el autor de una Historia eclesiástica de Zaragoza hasta 1575, conservada manuscrita⁵⁴. Llorente ordenó los documentos del archivo pilarista atendiendo a la procedencia de los fondos documentales: «el fundamento para que las scripturas estén bien ordenadas, assi en el presente archivo como en qualquier otro, es que vayan distintas por las cosas a que pertenescen y no por los vocablos en que convienen»⁵⁵. Contó con la ayuda de Espés desde su nombramiento el 10 de febrero de 1576 como ayudante de archivero o archivero con el canónigo Bartholome Llorente, que tenía cargo del Archivo, con un salario anual de 20 escudos. Dos años antes, el 27 de noviembre de 1574 fue nombrado Llorente secretario del cabildo y estuvo bien ocupado en todas las tareas de secretariado y archivero hasta 1583 en que fue comisionado para presentar ante la Curia Romana las pretensiones del Pilar en el debate de las preeminencias de la colegial. Hasta esta fecha estuvo Espés trabajando con él, trasladándose a La Seo⁵⁶. La Historia que escribió y a la que hemos hecho alusión abrió una profunda brecha entre los dos eclesiásti-

⁵³ Félix Latassa, *Biblioteca Nueva de los escritores aragoneses...*, *op. cit.*, p. 134.

⁵⁴ Biblioteca Capitular de Zaragoza [BCZ]. Diego de Espés, *Historia eclesiástica de la ciudad de Çaragoça desde la venida de Jesuchristo, Señor y Redemptor nuestro, hasta el año 1575*, s. l., 1575-1598 (Ms.). Hay edición crítica, ver nota 42.

⁵⁵ Bartolomé Llorente, *Registro breve del archivo de la insigne Iglesia de Nuestra Señora del Pilar y la Mayor* (ca 1575-1583), Biblioteca de las Cortes de Aragón [BCA], Fondo documental Histórico, Sección Mss., sig. D 238. Citado por Isidoro Miguel García y Jorge Andrés Casabón, «Biografía del maestro Diego de Espés...», *op. cit.*, pp. XLI-XLII.

⁵⁶ Isidoro Miguel García y Jorge Andrés Casabón, «Biografía del maestro Diego de Espés...», *op. cit.*, pp. XLI-XLII.

cos debido a afirmaciones sobre La Seo y el Pilar que no compartía y que puso por escrito en uno de los manuscritos⁵⁷

Sólo se conocen dos obras impresas suyas. La primera de ellas es *Index auctorum qui adventu sancti Iacobi Apostoli in Hispaniam, praedicationes, translationes, miraculis, & discipulis, ac de fundatione Ecclesiae Sanctae Mariae Maioris de Pilari...*,⁵⁸ salido de las prensas de Lorenzo Robles en 1591 en Zaragoza y que, a tenor de lo conocido en los escritos posteriores sobre la defensa de la primacía del Pilar y los debates entre la basílica del Pilar y la catedral de la Seo, fue uno de los más usados por lo que significa de recopilación de todos los escritos y autores en donde Llorente había encontrado referencias a Santiago, su predicación en Hispania o al Pilar. Es un librito de 23 páginas más una de portada y 5 de dedicatoria al arzobispo Andrés de Bobadilla, considerado por Latassa como obra rara, que es citada por Sánchez en su *Bibliografía aragonesa del siglo XVI* y por Ángel San Vicente en su análisis del impresor Robles⁵.

El *Index* hay que considerarlo dentro de sus obras históricas, muchas realizadas como acopio de documentos y citas y por tanto como apoyatura de escritos y reivindicaciones. El libro editado en 1591 recoge aquellos documentos, libros editados o manuscritos, que tienen referencias al apóstol Santiago, como ha quedado dicho, desde el 560, aunque canónicamente se acepte que el documento más antiguo referente a esta tradición es el *Breviarium apostolorum* redactado hacia el año 600⁶⁰. Pero una vez editado, el canónico Llo-

⁵⁷ Asunción Blasco, «Los ejemplares de la Historia Eclesiástica de Diego de Espés: génesis, historia, difusión y repercusión», en Diego de Espés, *Historia eclesiástica de la ciudad de Zaragoza desde la venida de Jesuchristo...*, op. cit., pp. LXXXIX-CLXVI, las opiniones de Llorente en pp. CXLIX-CL.

⁵⁸ Bartolomé Llorente, *Index Auctorum qui de adventu sancti Iacobi Apostoli in Hispaniam, praedicatione, translationes, miraculis et discipulis, ac de fundaciones Ecclesiae Sanctae Mariae Maioris de Pilari nuncupatae, Caesaraugustanae aliquid literas commendarunt; cum aliquot expressis testimoniis ex libris, aut monumentis manuscriptis desumptis. A Bartholomeo Laurentio Theologiae Doctore, et eiusdem Ecclesiae Canonico et priore elaboratus, et iuxta temores seriem dispositus. Caesaraugustae, apud Laurentium Robles regni Aragonum et Universitatis typographum, anno MDXCI*. Hay un estudio de esta edición, Eliseo Serrano, «El *Index* de Bartolomé Llorente (1591)...», op. cit.

⁵⁹ Félix Latassa, *Biblioteca Nueva...*, op. cit., J. M. Sánchez, *Bibliografía aragonesa del siglo XVI (1501-1600)*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1914, 2 tomos, p. 723. [Hay edición moderna, Madrid, Arco libros, 1991]. Ángel San Vicente, *Apuntes sobre libreros, impresores... II. Los impresores...*, op. cit., pp. 162-198, esp. pp. 175-176.

⁶⁰ R. de Gaiffier, «Le Breviarum apostolorum. Tradition manuscrite et oeuvres apparentées», en *Analecta Bolandiana*, 81, 1969, pp. 89-116.

rente siguió recopilando referencias y las siguió guardando ordenadas cronológicamente como había hecho con el libro impreso y pensando quizás en una posterior edición. Entre la documentación de Llorente en el archivo del Pilar se encuentra un ejemplar del *Index*, sin encuadernar, con nuevas notas y referencias de autores que recogieron la predicación santiaguista y la influencia pilarista⁶¹. Se completa con un índice alfabético de autores y una recopilación de autores que escribieron sobre la predicación de san Pablo en Hispania. El interés que tienen estas nuevas anotaciones se cifra en el carácter enciclopédico y total que Llorente otorgaba a su recopilación y en el uso que se hizo después con el libro y la adenda. La edición de 1591 contenía setenta citas. Algunas de ellas son exclusivamente el título del libro y la página o el año en que se cita a Santiago y en otras en cambio se copia el texto exacto y los puntos que le interesa señalar.

A diferencia de otros autores Llorente indica en algunas ocasiones dónde consultó o vio el texto al que se refiere; en muchas otras debían ser obras de su propia biblioteca que era una de las importantes privadas zaragozanas para su época. Llorente incluyó después una nota manuscrita llevando la primera noticia a 430 y al falso cronicón de Lucio Dextro, que es también la primera referencia que da Diego del Castillo pero diciendo que recoge a Sofronio, quien en el 426 sería el primer autor en hablar de la venida de Santiago a España⁶².

De todas esas referencias, algunas de ellas incidirán en un argumento que se demostrará el más eficaz desde una perspectiva intelectual, la tradición. Textos de finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII insistirán en todo ello como argumento incontestable: si no hay documentos antiguos está la tradición, esa transmisión de padres a hijos de aquello que se pretende histórico. Pero mientras ese argumento se sustenta, Llorente recoge cualquier referencia, de eclesiásticos, monjes, reyes, papas o cronistas.

El otro librito editado es *Breve relación de la vida del bienaventurado S. Braulio, obispo de Çaragoça, y de la invención de su cuerpo, sepultado en la sancta Iglesia del Pilar de la mesma ciudad recopilada por diversos autores y authenticas escriptu-*

⁶¹ Archivo Capitular del Pilar. Zaragoza [ACPZ], Alm. 1, Cax.1, Lig.1, nº 29. Papeles de Llorente.

⁶² Diego del Castillo, *Defensa de la venida y predicación evangélica de Santiago en España...*, Caragoça, Lorenzo Robles, 1608, p. 62. Este prior y canónigo de la iglesia de Palencia presentó este libro en latín al Papa Clemente VIII en 1600.

ras, por el Doctor..., ⁶³ Esta obra es citada por Burriel y en el libro de Velasco. En ambos casos hacen referencia a dos ediciones con el mismo título; una de Angelo Tavano y 1603 y otra de Diego de la Torre y 1630. Se dice que está recopilado de diversos autores y auténticas escrituras por el propio Llorente. El interés por el obispo zaragozano del siglo VII fue grande por su cercanía a san Isidoro de Sevilla y sus Etimologías, por la influencia que ejerció con Eugenio de Toledo y su labor en los Concilios V y VI de Toledo. También supo sacar partido a la vida de san Millán escrita por Braulio, a su epistolario y a su sepultura en el Pilar. De la última edición no hay ejemplares en el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español ni en la Biblioteca Nacional ni en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza.

El primero de los libros, el *Index Auctorum*, es citado por Latassa, Burriel, los repertorios bibliográficos del siglo XVI y el estudio de Ángel San Vicente. Asimismo, en otros estudios sólo refieren la *Vida de san Braulio* como obra editada de Llorente⁶⁴, que también es recogida en los repertorios del siglo XVII, especialmente el de Jiménez Catalán y los trabajos de Esperanza Velasco⁶⁵. De ambos, Latassa dice que son libros raros y que él posee un ejemplar del *Index*⁶⁶.

Entre los escritos más significativos de Llorente debe citarse el manuscrito sobre la historia de los canónigos regulares del Pilar⁶⁷ que también nos ha llegado

⁶³ Bartolomé Llorente, *Breve relación de la vida del bienaventurado S. Braulio, obispo de Çaragoça, y de la invención de su cuerpo, sepultado en la sancta Iglesia del Pilar de la mesma ciudad recopilada por diversos autores y authenticas escripturas, por el Doctor...*, En Çaragoça, Angelo Tavano, 1603. Es un opúsculo de 7 hojas. Libro raro, hay un ejemplar en la Biblioteca Pública de Huesca, según el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español, HU-BP, B-51-7857 (7). Esperanza Velasco de la Peña, *Impresores y libreros en Zaragoza (1600-1650)*, Zaragoza, IFC, 1998, p. 208 la edición de 1603 y p. 177 una nueva edición de Diego de la Torre en 1630.

⁶⁴ Josefina Mateu y María Dolores Mateu, *Colectánea Paleográfica en la Corona de Aragón*, ss. IX-XVIII, Barcelona, Universidad, 1991, p. 53.

⁶⁵ Manuel Jiménez Catalán, *La tipografía zaragozana del siglo XVII*, Zaragoza, Tipografía La Académica, 1927, 22 y 304.

⁶⁶ Félix Latassa, *Biblioteca Nueva...*, op. cit., pp. 130-131.

⁶⁷ Ante la posible secularización del cabildo del Pilar Bartolomé Llorente escribió un tratado sobre su historia y estructura institucional, se supone que por mandato del arzobispo de la ciudad con el título de *Estado de la Santa Iglesia del Pilar de Zaragoza*, ACPZ, Ms. 1608, s/s. Este trabajo de Llorente es considerado por Ester Casorrán como uno de los cuatro estudios fundamentales sobre la Iglesia y el Cabildo del Pilar, véase Ester Casorrán, *Santa María la Mayor de Zaragoza...*, op. cit., p. 20 y nota 2. Es citado en múltiples ocasiones a lo largo del libro.

a través de un resumen copiado por Latassa para sus *Memorias Literarias*⁶⁸. El propio Latassa en su Biblioteca Nueva, cuando habla de Llorente indica, al hablar de este manuscrito, que es uno conservado en la iglesia del Pilar, que tuvo una copia el cronista Andrés de Uztároz (que luego pasó al doctor Joaquín de Leyza Eraso, canónigo metropolitano y que él tenía un completo Compendio, finalizando con «es escrito de particular instrucción en sus asuntos, repartidos en nueve capítulos»⁶⁹. Se está refiriendo a su resumen y que nos indica que fue escrita la obra por mandato del arzobispo de Zaragoza D. Tomás de Borja, virrey y capitán general del Reino de Aragón por el canónigo y capellán mayor Llorente⁷⁰. El título completo que copia Latassa es *Fundación de la orden de canónigos reglares en la insigne iglesia de santa María la Mayor del Pilar de Zaragoza. Tratase de las personas seglares que con prebendas o salarios sirven para la celebración y solemnidad de los divinos oficios y del gobierno de su hacienda. Escrita de mandamiento del Ilmo. y Excmo. señor don Tomás de Borja, arzobispo de Zaragoza, virrey y capitán general en el Reyno de Aragón. Por el doctor Bartholome Llorente, canónigo y capellán mayor de la misma santa iglesia*. Está dedicado al propio arzobispo y dividido en nueve capítulos en 28 hojas útiles, 25 de cuerpo de la obra, dos de la dedicatoria y una de título fechándose al final: «acabose este tratado en 30 de abril de 1608». Hay una nota del propio Latassa que identifica la copia que extracta como la que posee don Joaquín de Leyza Eraso y Castillo y fecha su resumen el 9 de julio de 1785. Llorente incluyó una advertencia sobre la secularización llevada a cabo por Felipe III, primero de la metropolitana y después de la iglesia del Pilar y que para ello dispuso que se informase de su hacienda y rentas y mandó en 1608 al arzobispo don Tomás de Borja que hiciese ese examen, siendo la causa de la relación que nos ocupa.

Tras la dedicatoria le siguen nueve capítulos que sucintamente tratan de lo siguiente: en el primero se habla de la fundación de la orden de canónigos según la regla de san Agustín en 1141, pero comienza con la Aparición de María, fundación e imagen que quedó allí sobre la columna, institución de la sede por Santiago dejando a San Atanasio como primer obispo de Zaragoza, sucesión de prelados hasta el año 714 que fue conquistada Zaragoza por los moros hasta

⁶⁸ Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, op. cit., p. 55 no da cota topográfica del archivo del Pilar. Félix Latassa, *Memorias Literarias...*, op. cit., tomo III, ff. 271r-290v.

⁶⁹ Félix Latassa, *Biblioteca Nueva...*, op. cit., p. 133, n.º 27.

⁷⁰ Félix Latassa, *Memorias Literarias...*, op. cit., tomo III, f. 271r.

1118 y 1141 en que comenzó la regularidad. También se señalan la determinación de porciones canónicas para lo necesario de la vida humana y vestidos en dinero y auxilio en sus enfermedades. Con el tiempo se añadieron Distribuciones, Aniversarios, Caridad de Misas y otros emolumentos de las sepulturas.

El segundo capítulo habla del priorazgo e institución de oficinas y de sus obligaciones. El 10 de octubre de 1214 se dividió la Mensa prioral de la canónica dándole al priorazgo las décimas de cuatro iglesias: Ricla, Rueda, Ticeric (¿Ticenic?) y Suñén y cuatro porciones canónicas⁷¹. Aparecen también citados el subprior, sacristán, camarería, obrería, capellán mayor, enfermería, limosnería, tesorería y chantría. A todos ellos se les señala una renta y unas obligaciones, como por ejemplo la camarería, con una renta que vale más de 1500 ducados y tiene la obligación de dar vestuario a todos los canónigos profesos y novicios. La obrería debe estar al tanto de luminarias, ornamentos y jocalias y se sirve de la renta de la fábrica y limosnas; la enfermería proveer a los enfermos todo lo necesario y la chantría cuidar del coro.

La manera de elegir a los canónigos ocupa el capítulo tercero. La hace el prior y el cabildo según el servicio necesario y las rentas. Han de tener más de treinta años, presbíteros y doctores o licenciados en Teología o Cánones. Deben ser «limpios de toda mala raza», hombres de virtud y letras. Convocados por el macero de la Iglesia todos los canónigos presentes, serán el confesor de los canónigos y el secretario del Cabildo quienes regulen junto con el notario los votos. Se celebra una misa del Espíritu Santo en una capilla de la sacristía y tras la elección repican las campanas, se tañe el órgano y la capilla de cantores entona el *Te Deum laudamus*, señalando finalmente el día para dar el hábito.

La dación del hábito a los canónigos electos ocupa el capítulo cuarto. Se atiende la antigüedad de presbítero y siendo iguales en la orden se prefiere el más antiguo en grado. Se dan los hábitos antes de vísperas en la capilla de san Agustín. Allí el prior recibe a los nuevos canónigos y les pregunta «*vultis intrare religionem nostram et convivere nobiscum in hac sancta Ecclesia*» a lo que responden «*volumus*» y tras una plática del prior les da el hábito. Como novicios no pueden abandonar el claustro en el primer año, se les da por maestro a un canónigo profeso, tienen la mitad de la porción canongil, deben dormir en el dormitorio y comer en el refectorio. Después de este primer año acuden al coro ocupando su lugar. El maestro de novicios visita las casas que tiene para resi-

⁷¹ Ester Casorrán, *Santa María la Mayor de Zaragoza...*, op. cit. Doc. 238, p. 661. Lo fecha el 12 de octubre.

dencia suya y de sus criados, a las que optan por antigüedad. Dicen las misas de los aniversarios en el altar de san Braulio y hasta que no son profesos no pueden decir misa en el Altar Mayor. Cuando profesan hacen testamento.

El capítulo quinto señala que hecha la profesión, que se concede en el Altar Mayor por el prior, pasan a recibir la porción entera y ejercer los oficios como los demás canónigos profesos.

La disposición de las porciones canónicas y de lo que hace el cabildo de ellos en su muerte trata el capítulo sexto. Las porciones valen unos 500 ducados, teniendo libre disposición y obligación de tratarse con mucha decencia. Suelen tener una mula y tres o cuatro criados, pueden instituir misas, aniversarios, algún beneficio para ayudar en los estudios a sobrinos o ayudar a parientes en casamientos u otras obras pías. A su muerte el cabildo paga deudas, gratifica a criados, da limosnas, funda misas y aniversarios. Se entierra en la capilla de Nuestra Señora del Pilar con honras de tres días y treinta misas. Se les paga a los criados una parte de salario mientras se acomodan.

En el capítulo siete se habla de las personas seglares. La iglesia ha tenido desde antiguo racioneros, beneficiados, cantores y músicos para el culto divino. Hay dos capellanías reales, una instaurada por el rey Jaime I y otra por Felipe II con porción canonical la primera y 200 escudos la segunda. Hay también raciones, cada una de las cuales tiene un capellán llamado racionero y beneficios. Hay 83 prebendas: dos capellanías reales, once raciones y setenta beneficios. Además hay clérigos asalariados: un maestro de capilla, un organista, un bajonista, un corneta, cuatro ministriles, capiscoles, sacristanes y escolares, portero, macero, campanero, juntadores, confesor de los canónigos, secretario del cabildo, archivero, receptor de las misas votivas, colector del plato de la limosna de la santa capilla. Casi todos son sacerdotes, tienen sus salarios competentes para sustentarse y hacer residencia en la iglesia.

El gobierno de la Hacienda y rentas de la iglesia del Pilar ocupa el capítulo ocho. Este debiera ser el capítulo más significativo y más riguroso porque es el origen del encargo a Llorente por parte del arzobispo para poder establecer la secularización del cabildo. Hay tres apartados de la hacienda eclesial: la Prepositura y mensa capitular, la Fábrica u Obrería y los Aniversarios, misas y ministros. La renta de la Prepositura consiste en vasallos, décimas de Zaragoza, molinos, censales y treudos. Los lugares de señorío son Cascallo, Oitura, Calatorao y Brea⁷², aunque los dos primeros fueron vendidos por el Cabildo en 1408

⁷² *Ibidem*, pp. 211-220.

para apoyar a Benedicto XIII, el Papa Luna, para ir al Concilio de Constanza y poder dar fin al cisma. Los vasallos moriscos se concentraban en Calatorao y Brea. Las décimas son las de Ricla, Rueda, ¿Ticenic?, Suñén, Peraman, Híjar y otros, además diezmos parroquiales de Odón, Cuevas de Cañart, Fabara, la partida Alcateu en el obispado de Barbastro y rentas de molinos, censales y treudos. La renta de Calatorao y Brea puede llegar a los mil cahíces de trigo de los cuales el canónigo procurador anual recibe veinte y el racionero diez. La renta de la Obrería incluye la fábrica y edificio de la iglesia, reparos del claustro, gasto de sacristía, provisión y reparo de ornamentos, jocalias, cera, aceite y luminaria. La renta consiste en la décima y media primicia de Híjar con algunos censales, treudos y limosnas de iglesias de todo el Reino. La tercera renta es de aniversarios, misas, ministros, instituidas limosnas, misas y treudos en Zaragoza y otras partes. Todas estas rentas se ponen en un arca con tres cajones separados y tres llaves que tienen los canónigos administradores de ellas.

El último capítulo, el noveno, habla de la celebración de los oficios divinos en la Iglesia Mayor como en la Santa Capilla del Pilar. En la Iglesia Mayor se dicen todos los oficios divinos según su clase y festividad, a sus horas menos maitines. En la santa Capilla se dice una Salve por el estado de la Casa Real, con indulgencias y después los gozos. También se acude a esta capilla del Pilar, en el claustro de Santa María, después de vísperas y laudes, conmemorando los santos protectores, a santa Ana, Santiago y san Braulio. En la capilla arden muchas lámparas y dos velas de cera junto a la imagen. Dice que a todas horas hay fieles y que se celebra misa de Infantes una hora antes de amanecer y misas rezadas hasta las 12 y también canta la capilla de música. Hay dos capellanes que tienen la habitación allí, así como los infanticos. Posee la capilla, para la imagen, muchos y ricos mantos, traspilares y frontales de los colores del rito eclesiástico, así como joyas, joyeles, alhajas y ornatos ricos de oro, plata y piedras preciosas. También tiene cálices, jocalias, candeleros, incensarios, cruces... En el recinto del rejado mayor solo pueden entrar para la misa o rezar los obispos, arzobispos, cardenales, reyes, príncipes o infantes reales. Las demás personas deben quedarse en el retrete de paso frente a la imagen. Las mujeres no han entrado nunca en el lugar, aunque sean reinas. Cuenta que la emperatriz María de Austria fue advertida de esta costumbre por un canónigo y ella misma se acomodó en la tribuna frontal destinada a las mujeres. Finalmente dice que se estiman mucho los rosarios, medallas, medidas e imágenes.

Entre los múltiples y diversos escritos conservados de Llorente, el propio Latassa también extractó otro, que incorporó a sus conocidas *Memorias Literarias*⁷³,

titulado *Memoria sobre las parroquias de Zaragoza* en donde hace un repaso a las que hay en la ciudad pero únicamente describiendo algunos de sus límites, la mayor parte de las calles y la ubicación en el callejero de algunos edificios y casas importantes. Para las parroquias del Pilar y de La Seo nos da el número de casas, 513 y 227 respectivamente. En ambos casos nos indica que es en 1601. Zaragoza estaba dividida en las siguientes parroquias: El Pilar, San Miguel, la Magdalena, La Seo, Santiago, Santa Cruz, San Pedro, San Nicolás, San Andrés, San Lorenzo, San Felipe, Santa Engracia y San Pablo. A estas hay que añadir San Gil, San Juan el Viejo y Santa María de Altabás que no figuran en el manuscrito de Latassa. De este manuscrito llama la atención la cantidad de calles sin salida y que acaban en puertas falsas de casa, así como la ubicación e identificación de casas con sus moradores con nombre y apellidos, sobre todo de cierta importancia. También ubica algunos conventos, instituciones e iglesias. En 1495⁷⁴ se hizo un registro de “fuegos” para todo Aragón y en Zaragoza aparecen las citadas. Y con respecto al manuscrito de 1601 se señalan cifras similares: el Pilar con 494 y La Seo con 269. Algo más de un siglo después, en 1723, se hizo un Vecindario de la ciudad⁷⁵ cuyas investigaciones llevaron a ir casa por casa y calle por calle por todas las parroquias. Se apuntó cada casa, a quien pertenecía, los que vivían en ella y su parentesco y en muchos casos el oficio del cabeza de familia, así como la ubicación de conventos, iglesias e instituciones. El apunte era del siguiente tenor: «calle nueva del Obispo: una casa propia y en ella don Bernardo Castillo, ciudadano, casado, un hijo y dos hijas, criado y criada». En todos ellos la parroquia mayor es la de San Pablo, el gran barrio de repoblación cristiana tras la conquista de la ciudad en 1118, extramuros de la ciudad, que todavía conserva la mayor parte del nomenclátor: San Blas, San Pablo, Armas, Predicadores, Buenaire, Barriocurto, Miguel Ara, Aguadores, Mayoral... La parroquia del Pilar y la de la Magdalena le siguen en número de casas, luego ya San Miguel o San Gil hasta las muy pequeñas de San Pedro, San Juan el Viejo o San Andrés. El crecimiento de la ciudad y las nuevas organizaciones diocesanas modificaron estas descripciones en los tres momentos que hemos hecho, y también la desidia

⁷³ Félix Latassa, *Memorias Literarias...*, op. cit., t. I., pp. 243-255.

⁷⁴ Fogaje de 1495. Antonio Serrano Montalvo, *La población de Aragón según el fogaje de 1495*, Zaragoza, IFC, 1995, 2 vols. Zaragoza por parroquias y calles en vol. I, pp. 67-115.

⁷⁵ Vecindario de 1723. José María Ballestín, *Zaragoza según el plano de 1712 y su vecindario de 1723*, Zaragoza, IFC, 2017. Jesús Maiso y Rosa María Blasco, *Las estructuras de Zaragoza en el primer tercio del siglo XVII*, Zaragoza, IFC, 1984.

que echó por tierra a algunas de estas iglesias parroquiales. Fue el caso de la iglesia de Santiago que a comienzos del siglo XX fue derruida y llevados algunos capiteles y retablos a otras instituciones y la administración como parroquia pasó a la iglesia de San Ildefonso con la denominación de Santiago el Mayor y San Ildefonso. También la iglesia de San Pedro fue derruida por la Mitra en 1969. San Andrés no corrió mejor suerte y en 1930 fue derruida y su mobiliario y obras artísticas diseminadas por la diócesis. Y en 1868, con la Gloriosa, desapareció también la iglesia de San Lorenzo.

Latassa también resumió, por su propio interés literario y por tratarse de varios autores aragoneses, un libro impreso que poseía Llorente y que aparece en su *Index Librorum*. Es *Sedulii cum comentariis eiusdem Nebrisensis, Lucronii, 1510. Floruit anno 430. Et Hymni cum expositione eiusdem Nebrisensis et Florettus et Distica Michaelis Verini cum quibusdam alii Cesarauguste, anno 1508. Omnia único volumine. 3 R.*⁷⁶. En sus *Memorias* copió que es un volumen de 430 páginas y que perteneció al canónigo Llorente como lo certifica de su mano en la primera hoja, aunque después se añadió, de otra mano, la fecha de 1573 y el precio de 3 reales. Son varias obras impresas, una de Sedulio comentada por Nebrija⁷⁷, otra la *Aurea expositio himnorum* de Nebrija⁷⁸ y finalmente la *Distica* de Miguel Verino⁷⁹. Latassa hará esto mismo con otras obras de autores de siglos anteriores halladas en las múltiples bibliotecas que visitó para confeccionar su *Bibliotecas Antigua y Nueva de escritores aragoneses* y, como sabemos, sus *Memorias Literarias* son una recopilación de datos, extractos, resúmenes o solo referencias para ese fin.

Bartolomé Llorente escribió muchas cartas. Tenemos su confesión, se conservan varios legajos en el archivo del Pilar y referencias diversas. Latassa y Burriel señalan varias cartas dirigidas a algunos eruditos de la época, a Lupercio Leonardo Argensola, a Jerónimo Román de la Higuera y a Jerónimo Batista de Lanuza y a instituciones como el cabildo del Pilar y el general de los benedictinos Edmundo de la Cruz sobre asuntos de la iglesia del Pilar y la venida de Santiago

⁷⁶ Pascual Galindo, «La biblioteca del canónigo Bartolomé Llorente...», *op. cit.*, p. 137, número 182.

⁷⁷ C. Sedulio, *Sedulii Paschale cum comento Antonii Nebrissen*, Lyon, s.n., 1510.

⁷⁸ Antonio de Nebrija, *Aurea Expositio hymnorum*, Zaragoza, Jorge Coci, 1510.

⁷⁹ Miguel Verino, *Distica Michaelis Verini cum quibusdam alii Cesarauguste, anno 1508. Omnia único volumine*, Zaragoza, Jorge Coci, 1508. Fue un texto muy popular, hay un nuevo libro editado también por Coci en Zaragoza: Miguel Verino, *Nova distichorum Verini impressio*, Zaragoza, Jorge Coci, 1510.

(1 de abril de 1604)⁸⁰ o por asuntos de los vasallos de Calatorao o Brea derivado de su cargo en el cabildo⁸¹.

Bartolomé Llorente llegó a Brea el 7 de octubre de 1609 en visita pastoral, y reuniendo a todo el pueblo en la iglesia, les explicó los términos de la expulsión decretada para Valencia insistiendo en que ellos no debieran temer nada, sí sentirse arropados y favorecidos por el Cabildo del Pilar. El 23 de marzo de 1610 Llorente vuelve a Brea nuevamente y si bien la expulsión se planteaba como un hecho para los moriscos aragoneses, les exhortaba a que no vendiesen sus bienes porque «era hacienda de la iglesia de quien toda su vida habían recibido beneficios». Sin embargo la venta masiva se impuso. El 17 de abril de 1610 firmó la orden de expulsión el rey Felipe III. El canónigo Llorente estará del 3 de junio al 20 de agosto de 1610 organizando la salida y acudiendo a Brea. Insistió que los bienes eran del Cabildo y que seguía teniendo el dominio directo y estaba prohibido recoger las cosechas. No sabemos de las deliberaciones y discusiones entabladas con los vasallos moriscos, pero finalmente Llorente acepta que recojan las cosechas, que se haga un cabreo de heredades y que no vendan bienes muebles. Las cartas cruzadas en los días siguientes hasta el día de la expulsión entre el canónigo, jurados y oficiales de la población son capitales para comprender el desgarró producido por la expulsión, los intereses de unos y otros y la capacidad de Llorente para afrontar un grave problema del que con esta correspondencia se hace luz sobre las dificultades de la expulsión. Las quejas de que se arrancan marcos de ventanas, rejas de las casas, yunques..., le llevan a solicitar ayuda al virrey. Y en medio de todo esto el conde de Morata ofrece llevarlos a Francia por tres mil escudos, prometiéndoles que pueden llevar sus cabalgaduras con todo lo que pudieran acarrear. Problemas que Llorente finalmente fue sorteando, aunque todavía le quedaban los de asegurar los bienes que dejaron en el pueblo, junto con las casas y el propio pueblo ante el temor de robos y saqueos. En Brea se quedó con un sobrino y treinta hombres para defender el caserío del pillaje, sobre todo de vecinos de Illueca. El 27 de julio la población morisca de Brea salió a primera hora de la mañana y se dirigieron a Sabiñán, el Frasnó, La Almunia,

⁸⁰ Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, op. cit., pp. 61-62.

⁸¹ Julia Pérez Arantegui, *Mudéjares y moriscos de Brea...*, op. cit. Se incluyen diferentes registros de informes con bastantes referencias a documentación del archivo del Cabildo. La correspondencia de Llorente, entre otras, en ACP. Superarmario 10. Cartas. Llorente, 1605-1611-B. Leg. 10.

Calatorao (donde les salió al paso el conde de Morata pidiendo lo concordado), Épila (donde les exigieron un peaje), saliendo del reino de Aragón atravesaron Navarra por Villava y Burguete hasta Saint Jean de Pie de Port y Orthez en Francia..., un tortuoso recorrido como en todas las otras cuadrillas diseminadas por el reino y avanzando hacia los Pirineos o al puerto de los Alfaques. Y dos años después algunos seguían en San Juan de Luz esperando poder regresar a España. El día 29 se esforzaron en Brea en tapiar ventanas, portillos y puertas para evitar la entrada en el lugar de quienes pretendían saquearlo. Más adelante se abrirían pleitos sobre propiedades, concordias y participación de oficiales navarros al paso de los moriscos por el reino de Navarra. La expulsión de los moriscos de Brea⁸² nos deja no solo una decidida y compleja actuación de Bartolomé Llorente, como comisionado del Cabildo, sino que nos permite, con tan significativa e importante documentación, abrir nuevas perspectivas y comprender mejor un episodio que, sin duda, forma parte de los múltiples ejemplos de intolerancia que nos ha deparado la historia.

De gran interés es la correspondencia de su estancia en Roma tratando los asuntos de las preeminencias del Pilar pues sabemos que escribió dos o tres cartas mensuales durante tres años y que continuó escribiéndose con Francisco Lamata⁸³ después de regresar a Zaragoza. No es el momento este de hacer un estudio pormenorizado de todo, siendo muy importante abordarlo, sin embargo, extractadas recientemente algunas cartas conservadas de Lamata⁸⁴, se pueden resumir algunos puntos de interés. La correspondencia comienza el 15 de junio de 1587 y finaliza el 26 de diciembre de 1588. Su mayor utilidad reside en que nos muestra los intereses bibliófilos del canónigo, así como las preocupaciones por seguir acopiando noticias sobre la predicación de Santiago. Sobre esto último Llorente debió pedir algún testimonio de Santiago al Patriarca de Antioquía y a su muerte, libros y notas quedaron en manos de Joan Baptista Raymondi, pero Lamata le dice (7 de septiembre de 1587) que está ocupado en el Euclides que se edita en árabe, corregido por el Patriarca y hecho estampar por el cardenal de Medicis en la *Typographia Medicea* y que verá la luz en 1594. Más adelante, el 21 de marzo del año siguiente le comunica nuevamente lo siguiente «Joan Baptista Raymondi anda tan ocupado en

⁸² Julia Pérez Arantegui, *Mudéjares y moriscos de Brea...*, *op. cit.*, pp. 163-209.

⁸³ Félix Latassa, *Biblioteca Nueva...*, *op. cit.*, pp. 270-272.

⁸⁴ María Belén Ibáñez, «El catálogo de la biblioteca del canónigo Bartolomé Llorente...», *op. cit.*, Anexo documental 2. Cartas de Lamata al canónigo Llorente, en pp. 224-227.

estampar las obras de Euclides en árabe y los evangelios, que no tiene lugar para hallar aquel otro testimonio de Santiago». Otra preocupación a lo largo de estos años de correspondencia es hacerse con los *Annales Ecclesiastici* de Cesare Baronio que en junio de 1587 se habían comenzado a imprimir y según Lamata estarían dispuestos en cuaresma, enviando el libro en cuanto tuviera ocasión. En sucesivas cartas dice que ya está en la calle (18 de abril de 1588), que en este primer tomo trata desde el nacimiento de Cristo a Trajano y que se lo va a enviar con el Deán de Lérida. Este interés por los *Anales* de Baronio residía, probablemente, en que fuera conocedor desde su estancia en Roma, de la opinión contraria a la predicación de Santiago en España. Más adelante Baronio, Bellarmino y Clemente VIII, que estaban convencidos del carácter apócrifo de la venida a España de Santiago, protagonizarán agrios enfrentamientos con la iglesia hispana por este motivo. Saber qué había publicado el padre Baronio le resultaba de vital importancia. Llorente llegaría a conocer la propuesta de Baronio, acomodaticia y de compromiso, en la Comisión del Breviario de 1602: «Que se dirigió a España y allí convirtió a algunos es tradición entre los de aquellas iglesias»⁸⁵. Llorente mostrará interés por otros libros de los que le da cuenta Lamata: los seis tomos de san Ambrosio presentados al Papa el 8 de julio de 1588 y que habían sido editados por la Typographia Vaticana el año anterior, los *Morales* de san Gregorio, los *Comentarios sobre san Juan y san Lucas*, las *Colaciones* de san Giovanni Casiano... También le comunica el interés del Papa por editar la *Vulgata* y editar a los Padres, «expurgados de la escoria de Erasmo y otros de aquella forma han puesto en ellos con sus censuras y notaciones».

A su labor como historiador o bibliotecario hay que añadir aquel aspecto de su vida que según todos los que se han referido a él han destacado, su recopilación documental y su defensa de preeminencias, catedralidad y devoción del Pilar. Latassa habla de él como “célebre literato y orador evangélico, varón agradable, gravísimo y doctísimo” y lo considera un laborioso bibliotecario, archivero y acérrimo defensor de las preeminencias pilaristas. Como tal fue comisionado a la Santa Sede en 1583 para defender las preeminencias del templo de El Pilar ante la catedral de La Seo. Presentó en Roma una memoria de preeminencias, privilegios, exenciones y honores, acompañándole su hermano Jaime, beneficiado en el Pilar, su sobrino Jaime y mosen Baltasar de San Juan que escribió

⁸⁵ Francisco Márquez Villanueva, *Santiago: trayectoria de un mito*, Barcelona, Bellaterra, 2004, pp. 317 y ss.

un libro del viaje con notas. Envío dos o tres cartas mensuales a los canónigos del Pilar durante tres años⁸⁶. Tuvo un accidentado viaje, casi naufragan el 4 de junio de 1583, luego pasaron tres meses en Génova por enfermedad del propio Bartolomé, al que le practicaron varias sangrías y recibió grandes dosis de medicinas, más tarde fue su hermano quien enfermó y finalmente continuaron desde aquí viaje por tierra hasta la ciudad eterna. En Roma se hospedaron en casa de Juan Ruiz de Azagra, agente del Pilar.

En el pleito que, al menos desde 1536, los canónigos del Pilar tienen con La Seo, Llorente es uno de los mediadores, la persona encargada de presentar en Roma los asuntos que interesan sobre exenciones y preeminencias, a lo que añadirán pronto el debate sobre la catedralidad, sobre la primacía catedralicia. El sumario de las preeminencias del Pilar que Bartolomé Llorente llevó a Roma incluía el que la Iglesia tenía capellán mayor, puede bautizar y administrar sacramentos a los fieles de toda la ciudad, sacar difuntos de otras parroquias, tañer las campanas a las horas, iguales a La Seo en el derecho de cobro de primicias y rentas, precede a todas las catedrales aragonesas excepto a la metropolitana en el asiento y voto en las Cortes del Reino⁸⁷, el portero de la Iglesia lleva maza levantada, tiene las mismas dignidades y oficinas que La Seo, está exenta del subsidio de caridad a la entrada del arzobispo en la ciudad y sus canónigos, por regulares, no tienen otra jurisdicción. Llorente portaba unas cartas de recomendación de Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona desde 1576, hijo del vicescanciller del mismo nombre y uno de los intelectuales más significativos del siglo XVI, como se ha dicho, ante el cardenal Maffei, protector ante la curia del negocio pilarista. Será el cardenal Alexandrino quien lleve la

⁸⁶ Algunas de estas cartas pueden verse en el Anexo documental 2 de María Belén Ibáñez Abella, «El catálogo de la biblioteca del canónigo Bartolomé Llorente...», *op. cit.*, pp. 224-227.

⁸⁷ Es el capítulo de Nuestra Señora del Pilar el que precede a todos los demás capítulos de las catedrales o iglesias con asiento en Cortes, tras el capítulo de La Seo. Lo mismo sucede con el prior, que va detrás del de La Seo, y antes que el resto de priores, pero ambos después de las dignidades obispaes y abaciales sentados a ambos lados del arzobispo que se coloca en el centro. Esta precedencia del capítulo consta por sentencia de la Corte del Justicia de Aragón de 1605 en la que la iglesia estuvo defendida por Pedro Gerónimo Cenedo, Diego de Morlanes, Juan Miguel Bordalva y Baltasar Amador. El tribunal de la Santa Rota Romana dio sentencia favorable a esta precedencia el 28 de abril de 1634. Gerónimo Martel, *Forma de celebrar Cortes en Aragón. Escrita por... chronista del Reyno... publicala el doctor Juan Francisco Andrés de Uztároz con algunas notas*. Çaragoça, Diego Dormer, MDCXLI. p. 44. [Hay edición facsímil, Zaragoza, Cortes de Aragón, 1984]

causa ante el tribunal, aunque en palabras del canónigo el negocio empeoró, iba «como se trilla en verde» escribió⁸⁸. En 1584 se renovaron las esperanzas pero el agente encargado del caso por los canónigos pilaristas, Ruiz de Azagra, tuvo que salir de Roma. En 1585 sube al solio pontificio Sixto V, en principio, no muy favorable, y hubo un aplazamiento en la Rota. Los asesores en esta causa fueron el también canónigo Pedro Gerónimo Cenedo⁸⁹, amigo de Llorente e importante jurista que editará en 1592 un libro muy significativo e influyente con posteridad y Francisco Peña (1540-1612)⁹⁰ que llegó a ser decano de la Rota y participó en importantes procesos de canonización como los de san Jacinto, san Raimundo de Peñafort o san Carlos Borromeo. A Llorente se le acumularon las desgracias pues murieron su hermano en Nápoles en 1585 y su sobrino el 2 de diciembre de 1586 por una epidemia y, desesperado por las dilaciones, inició la vuelta a España el 28 de febrero de 1587 apesadumbrado por el estrepitoso fracaso del negocio pilarista. Parece que no va adelante pero se mantiene siempre en un segundo plano, sin darle carpetazo definitivo a la espera de añadir documentos, compilar adhesiones y concitar más y más altas voluntades en la Curia romana. Ciertamente, en las décadas siguientes la Sagrada Rota dictará sentencias favorables lo que animará a proseguir pleitos y acumular documentos que presentar en el Vaticano para ver cumplidas las aspiraciones de primera catedral de Zaragoza y transformar en fiesta de primera clase la dedicada a la Virgen del Pilar.

Había que lograr el reconocimiento de que su catedralidad en 1118 no fue anulada sino suspendida y que las preeminencias lo atestiguan, así como que fueron conseguidas por su propia catedralidad.

Utilizaron como argumentos para los «dubio» de la exención de cualquier potestad que no fuera la papal, una comparación con el privilegiadísimo cabildo de san Juan de Letrán y, como afirma Burriel, «quizás exageró la paridad canónica entre los cabildos lateranense y pilarense»⁹¹, lo que llevó a encontrarse enfrente un nuevo enemigo y nuevas dificultades. Para entonces Llorente ya

⁸⁸ Carta de Llorente a los canónigos del Pilar de 15 de marzo de 1584. Citada por Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, op. cit., p. 33. Nota 95.

⁸⁹ Pedro Gerónimo Cenedo, *Collectanea ad ius canonicum...* Zaragoza, Miguel Ximeno Sánchez, 1592. [Hay otra edición, Venecia, Damiani Zenari, 1596]. Félix Latasa, *Biblioteca Nueva...*, op. cit., pp. 33-35.

⁹⁰ Félix Latasa, *Biblioteca Nueva...*, op. cit., pp. 102-107.

⁹¹ Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, op. cit., p. 31.

está en Zaragoza y, aunque estuvo al tanto, en la primera línea, en Roma, jugaban su amigo Francisco Lamata que sería primer deán en La Seo de Zaragoza en 1604 y quien le consiguió ejemplares de libros según su correspondencia, como hemos visto, y Cristóbal Blancas canónigo de Huesca y luego chantre de La Seo a partir de 1604. Según lo que nos cuenta Burriel no hubo estos años ningún canónigo del Pilar al frente de los asuntos romanos. En el siglo XVII se planteará un debate cruzado entre los capítulos de ambas iglesias con largas disquisiciones eruditas impresas que, aunque finalice en la unión capitular con sede turnante en 1676, los del Pilar siguieron en la prosecución de la Fiesta de primera clase y para ello seguirán utilizando, entre otros muchos, los textos de Llorente, hasta que el Papa Inocencio XIII concedió el rezo, octava y lecciones en 1723⁹².

La labor de Llorente en la defensa del Pilar tuvo varios frentes, como hemos ido viendo. Sin ninguna duda uno fue la presentación de las reivindicaciones pilaristas durante su estancia de tres años en Roma donde, ya sin él y desde finales del siglo, hay decisiones de la Sagrada Rota favorables a ciertas preeminencias. Sus trabajos de erudición, muy particularmente el *Index Auctorum* impreso en 1591, sirvieron para apuntalar las posiciones de los canónigos del Pilar en defensa de la iglesia de Santa María la Mayor como primera catedralidad frente a La Seo y la defensa de la venida de la Virgen como una tradición transmitida secularmente, origen de esa misma primera catedralidad al ser una iglesia edificada por el apóstol Santiago por mandato de la Virgen, a quien se le había aparecido a orillas del río Ebro y dejando una columna. Todos sus escritos y toda su labor giran por tanto en torno a la devoción a la Virgen del Pilar y la defensa de la iglesia de Santa María la Mayor.

Entre sus manuscritos destacan las obras referidas a la iglesia del Pilar, especialmente una *Historia ecclesiae sanctae Mariae de Pilari a Beato Jacobo Apostolo constructae*, de la que se dice que hizo una versión en lengua vulgar⁹³ y un *Tratado de la milagrosa fundación de la Santa Iglesia de Santa María la Mayor y del Pilar de Zaragoza*⁹⁴. Este tratado es otro de los que Casorrán

⁹² Juan Francisco Escuder, *Relación histórica y panegírica de las fiestas que la Ciudad de Zaragoza dispuso...*, Zaragoza, Pascual Bueno, 1724, pp. 19-59. [Hay edición facsímil con introducción de Eliseo Serrano, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1990].

⁹³ Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, *op. cit.*, p. 58. Ver Pascual Galindo, «La biblioteca del canónigo Bartolomé Llorente...», *op. cit.*, p. 145. *Index Librorum...*, nº 279.

⁹⁴ Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, *op. cit.*, p. 59.

considera estudio fundamental y referencia para abordar el estudio del cabildo y la iglesia del Pilar y que tiene, afirma, un cariz más apologetico⁹⁵. Los otros son los citados sobre el *Estado de la santa Iglesia del Pilar de Zaragoza*, también de Llorente, y el de Diego de Espés *Historia eclesiástica de la ciudad de Çaragoça* y la *Fundación milagrosa de la Capilla Angélica* del padre Murillo⁹⁶. Este tratado sobre la fundación de la iglesia de Santa María la Mayor incluye en el título⁹⁷ la tesis que pretende desarrollar y sobre la que basar las preeminencias de la misma; no hay que olvidar que pone fin a su redacción en 1601, años después de su vuelta de Roma y que, conociendo los entresijos de la curia vaticana, sólo haciendo hincapié en la tradición puede concluirse con éxito la pretensión capitular de primera catedral. Llorente insiste en que fue “comunicada y no trasladada” de la iglesia de santa María a la iglesia del Salvador, lo que le lleva a decir que hasta la conquista de la ciudad por Alfonso I la catedral estaba en santa María y luego se extendió a La Seo sin perder la primera su condición de catedral. Ya indiqué en otro lugar que tras la edición del libro de Luis Díez de Aux, *Fundación de la Capilla y Cámara angelical de Nuestra Señora del Pilar*, en 1593, se hicieron cartelones, seguramente con carácter didáctico, en los que se recogían los versos y unos gozos. El primero de esos cartelones, no citados en la bibliografía al uso, era de 1601, recogía el título de *Sumario de la venida de Santiago a España y fundación de la capilla y cámara angelical de Santa María la Mayor y del Pilar* y lo había editado Angelo Tavano⁹⁸. En 1631 el *Sumario* ya incluía la fundación de la capilla y cámara angelical de Santa María la Mayor y del Pilar “y primera catedral de Zaragoza”. Un detalle que entraba de lleno en la pelea por la ca-

⁹⁵ Ester Casorrán, *Santa María la Mayor de Zaragoza...*, op. cit., pp. 20-21.

⁹⁶ Diego Murillo, *Fundación milagrosa de la Capilla Angélica y Apostólica de la madre de Dios del Pilar y Excelencias de la ciudad de Çaragoça*, Barcelona, Sebastián Matevad, 1616.

⁹⁷ Bartolomé Llorente, *Tratado de la milagrosa fundación de la Santa Yglesia de Santa María la Mayor y del Pilar de la ciudad de Çaragoça y de como dende tiempo de la primera Yglesia fue siempre catedral, assi en el tiempo de las persecuciones de ella como de los godos y moros y hasta que fue cobrada Çaragoça del poder dellos y de las preeminencias que por haberlo sido le quedaron*. Ms. 1601. ACP. Arm. 1, caj. 1, lig. 1, nº 1-b.

⁹⁸ *Sumario de la venida de Santiago a España y fundación de la capilla y cámara angelical de Santa María la Mayor y del Pilar. Hecho por Luys Díez de Aux, natural de la misma ciudad. Van agora de nuevo añadidos los gozos a la Sacratísima Madre nuestra Señora del Pilar*. Con licencia. En Çaragoça, por Angelo Tavano, año MDCI.

tedralidad⁹⁹. También se editaron cartelones del mismo tipo con la Historia milagrosa de la fundación, copia del texto inserto en los *Moralia in Job*. Todos estos cartelones se conservan en los archivos capitulares, así como diversos tratados y memorias que recogen las preeminencias del Pilar, de enterramientos en otras parroquias, del gobierno temporal y espiritual de la iglesia, anales, cartas y otros papeles recogidos por Latassa y Burriel, como se ha dicho. Todos ellos nos indican la gran capacidad del canónigo por agavillar documentación sobre la iglesia del Pilar, con peticiones diversas, rastreables a través de su correspondencia, cuyo estudio se hace urgente. Ejemplo de la búsqueda de noticias es su *Índice de todas las escrituras pertenecientes al Pilar existentes en Roma en 1585*¹⁰⁰.

Llorente plantea la siguiente sinopsis histórica para argumentar su teoría: Santiago vino a predicar a España, el Pilar es una fundación apostólica tras la aparición de la Virgen al apóstol a orillas del Ebro en Zaragoza y resulta así ser el más antiguo templo cristiano peninsular, por sus obispos visigodos fue catedral, hubo culto ininterrumpido con los musulmanes y La Seo, por traslación, fue sede episcopal al convertir en catedral la antigua mezquita después de la reconquista. Poco se desviarán los sucesivos defensores de la primacía de este esquema, sencillo pero eficaz. Superados los problemas del rezo sobre Santiago con las sucesivas modificaciones del Breviario, asegurada la paridad con el cabildo de La Seo con la Bula de 1676, solo queda conseguir la Fiesta y octava y para ello volverán sobre Llorente. La petición de la festividad se hizo con el concurso no solo de los eclesiásticos zaragozanos sino que se pedirá el concurso de dignidades arzobispales y obispales españolas. La apoyatura secular, los argumentos históricos y teológicos de autores tendrán en los escritos de Llorente un firme puntal. Al canónigo Joseph Martínez Rubio le pareció que el escollo se encontraba en el recelo de la Curia ante la tradición, tal y como había sucedido a comienzos del siglo XVII, y por ello ordenó un «*Catálogo de autores comprobantes de la tradición*», interviniendo Juan Zuccherini subpromotor de la Fe. En 1719 con fray Joseph Caverro, procurador general de la Merced, se adelanta el negocio con las firmas de obispos, arzobispos,

⁹⁹ Eliseo Serrano, *El Pilar, la Historia y la Tradición. La obra erudita de Luis Díez de Auy (1568-ca1640)*. Zaragoza, de Ira eds., 2014, pp. 186-190.

¹⁰⁰ ACP. Alm.1, cax. 2, lig. 3, n° 24, citado por Mariano Burriel Rodrigo, *Un bibliotecario del siglo XVI...*, op. cit., p. 62.

muchos prelados y cabildos españoles refrendando la petición de fiesta de primera clase con rezo y octava, cartas de la Ciudad y Universidad de Zaragoza. Cavero reunió la relación de textos y documentos en los que se habla de la venida de la Virgen; muchos de los que incorpora el *Index* de Llorente. Siendo ponente el Cardenal Orighi, el padre Cavero como postulador de la Causa y Monseñor Lambertinis como promotor de la Fe, el Papa Inocencio XIII concedió el rezo, octava y lecciones el 7 de agosto de 1723¹⁰¹.

¹⁰¹ Juan Francisco Escuder, *Relación histórica y panegírica de las fiestas que la Ciudad de Zaragoza dispuso...*, *op. cit.*

FRANCISCO PÉREZ DE PRADO Y CUESTA, INQUISIDOR GENERAL Y OBISPO DE TERUEL

JOSÉ MANUEL LATORRE CIRIA¹

Universidad de Zaragoza

EL CONCILIO DE TRENTO se ocupó de poner en el centro de la tarea de los eclesiásticos la cura de almas, que debía ser llevada a cabo por un clero bien preparado bajo la tutela de los obispos, los cuales estaban llamados a dirigir el trabajo pastoral. Este queda definido por las disposiciones tridentinas y por los teólogos y moralistas que aportan su visión sobre las cualidades que deben adornar al buen prelado. Su praxis pastoral sin duda estuvo marcada por esta influencia y por sus características personales, por su formación y su sentido particular de la religiosidad, por sus virtudes humanas y por los colaboradores de los que se rodearon.

En el nombramiento de los prelados, sin duda, además de su valía personal y de ajustarse a un modelo espiritual, incidieron sobremanera las opiniones del rey y sus colaboradores y la red de contactos en la corte. Los criterios de selección de los obispos fueron mutando con el tiempo, en función de los reinados y las circunstancias de cada momento².

Para un mejor conocimiento de la iglesia moderna y de la propagación de su mensaje, es importante profundizar en la personalidad de los obispos y en las tareas concretas que desarrollaron. Su particular manera de ejercer la responsabilidad a la que fueron llamados sin duda fue diversa, aunque desde los textos normativos de la Iglesia y sus teólogos se transmita una idea común. En este trabajo, pretendo mostrar la labor de Francisco Pérez de Prado, uno de estos

¹ El presente estudio forma parte de las investigaciones de los proyectos HAR 2014-52434-C5-2-P y PGC2018-094899-B-C51. El autor es miembro del Grupo de Investigación Blancas de Referencia del Gobierno de Aragón H01_20R Blancas, financiado con fondos FEDER.

² Antonio Domínguez Ortiz, «Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII», en Ricardo García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, Tomo IV, Madrid, BAC, 1979, p. 59.

obispos, cúspide de la jerarquía diocesana, que además alcanzó un puesto de relevancia, como era el de inquisidor general. Se trata de repasar su actividad como inquisidor y, sobre todo, su labor de dirección en la diócesis de Teruel, hasta donde lo permite una documentación escasa.

Francisco Pérez de Prado y Cuesta nace en 1677, en Aranda de Duero, provincia de Burgos, donde fue bautizado el día 8 de diciembre, día de la Inmaculada, de la cual será devoto e impulsor de su devoción³. Murió en Madrid el 9 de julio de 1755 y sus restos mortales fueron sepultados en la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús, en Teruel, institución que se implantó en la ciudad merced a su decidido apoyo⁴.

³ Era hijo de Francisco Pérez de Prado e Isabel Cuesta M. Su hermana Josefa casó con Manuel Xaramillo y Contreras, matrimonio del que nacieron Manuel y Antonio, los cuales ocuparon cargos de confianza provistos por su tío. Eixarch Santapau, *Los obispos de Teruel*, Teruel, 1893, pp. 125-146. Silverio Velasco Pérez, *Memorias de mi villa y de mi parroquia*, Madrid, Industrial Gráfica, 1925, pp. 356-357. Manuel García Miralles, «El obispo Pérez de Prado», *Teruel*, 10, 1953, pp. 109-162. Henry Charles Lea, *Historia de la Inquisición española*, Vol. I, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982, p. 809. Juan José Polo Rubio, «Episcopologio de Teruel», *Aragonia sacra*, 16-17, 2001-2003, p. 148. Francisco Martí Gilabert, *La abolición de la Inquisición*, Pamplona, EUNSA, 1975, p. 36. Teresa Sánchez Rivilla, «Biografía de la cúpula del Santo Oficio. Inquisidores generales y consejeros de la Suprema: documentación biográfica», en Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet (dirs.), *Historia de la Inquisición en España y América*, Vol. III, Madrid, BAC/Centro de Estudios Inquisitoriales, 2000, pp. 261-262. Rafael Lazcano González, «Obras y autores agustinos en los índices de libros prohibidos de la Inquisición», *Archivo agustiniano*, 94 (212), 2010, pp. 109-155.

⁴ El sepulcro constaba de dos cuerpos realizados en mármol negro con algunas incrustaciones de mármol de color y estaba situado en el lado del Evangelio del altar mayor de la iglesia del seminario, que fue destruida durante la pasada guerra civil. Coronaba el sepulcro un busto del obispo, realizado por Felipe de Castro, escultor nacido en Noya (Galicia). La noticia y fotografía del sepulcro puede verse en *La Provincia*, año I, n.º 44, 25-VIII-1921; Biblioteca Virtual de Prensa Histórica: http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.cmd?idPublicacion=3144&anyo=1921. Noticia facilitada por Antonio Pérez Sánchez. Un retrato de Pérez Prado, obra del grabador valenciano Manuel Monfort y Asensi (1736-1806), puede verse en la Biblioteca Nacional (BN), sig. IH/7210. El jesuita del colegio de Teruel, Juan Antonio Arnal, fue el encargado de la oración fúnebre en el funeral por el obispo en Teruel y del sermón con ocasión del traslado de sus restos mortales a la iglesia de los jesuitas de la ciudad: *Oración fúnebre que en las exequias que el día 19 de julio celebró en su iglesia el Colegio de la Compañía de Jesús de la ciudad de Teruel a su único fundador ... Francisco Pérez de Prado y Cuesta*, Valencia, Joseph Thomas Lucas, 1755; *Honras a la venerable memoria del Ilmo. Señor D. Francisco Pérez de Prado y Cuesta ... con el motivo de la translación de su cadáver desde el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid al de la ciudad de Teruel ...*, Valencia, Benito Monfort, 1761.

Sobre su formación, se desconoce casi todo, aunque se piensa que estudió en el seminario diocesano de Osma, para posteriormente cursar derecho canónico, disciplina que demuestra conocer en sus escritos.

Durante el periodo 1722-1732, fue inquisidor fiscal de Córdoba y luego de Sevilla. Elegido obispo de Teruel el 14 de agosto de 1732, será consagrado el 7 de diciembre en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid. Tomó posesión del obispado mediante procurador, en la persona de Miguel Ibáñez, deán de la catedral, e hizo su entrada solemne el 13 de junio de 1733. Saldrá de la ciudad para ocupar el cargo de inquisidor general el día 24 de agosto de 1746, aunque siguió ejerciendo como obispo de Teruel. Durante algunos años (1745-1750), simultaneó sus cargos de inquisidor general y obispo con el de comisario general de Cruzada.

INQUISIDOR GENERAL

La Inquisición española sufrió cambios a lo largo del siglo XVIII, aunque no fuera al inicio de la centuria. El primer rey de la nueva dinastía, Felipe V, se negó a asistir al inicial auto de fe organizado en su honor, como anunciando nuevos tiempos, pero, según Kamen, esto duró poco y el rey se acomodó rápidamente a las costumbres españolas, donde las prácticas religiosas no habían cambiado al iniciarse el nuevo siglo. En el mecanismo de funcionamiento de la Inquisición sí se aprecia una progresiva importancia del Consejo Supremo frente a los inquisidores generales, normalmente obispos sin una personalidad especialmente relevante⁵. Para Egido, no hay ruptura entre el final del XVII y principios del XVIII en cuanto a la Inquisición se refiere, subsistiendo los mismos objetivos. Habrá que esperar al reinado de Fernando VI para ver el inicio de otro tiempo, el de la «Inquisición instrumentalizada»⁶.

Durante el reinado de Felipe V llegaron a celebrarse, según Moreno, 125 autos de fe, donde comparecieron 1463 procesados, dominando los condenados por judaísmo, seguidos de los sancionados por ser moriscos, hechiceros o bigamos. A partir del siguiente reinado, la Inquisición se enfrasca, de la mano del

⁵ Henry Kamen, *La Inquisición española*, Barcelona, Crítica, 1985, pp. 187-188.

⁶ Teófanos Egido, «La Inquisición en la España borbónica: el declive del santo oficio (1700-1808). I. La nueva coyuntura. 1. La España del siglo XVIII», en Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet (dirs.), *Historia de...*, op. cit., Vol. I, pp. 1204-1211.

jesuita padre Rávago, confesor real, en una ofensiva anti jansenista y en una preocupación por el control de los libros prohibidos⁷. Cesaron los autos de fe generales y disminuyeron los particulares, con lo que el número de víctimas durante el reinado de Fernando VI es muy inferior al del precedente⁸. La censura de libros será una de las tareas importantes de la Inquisición, en la cual jugaron un papel destacado los jesuitas, cuyo poder fue notable durante la primera mitad del siglo, especialmente en el reinado de Fernando VI, merced a su presencia en la corte como confesores de los dos primeros borbones⁹.

Uno de los obispos que será promovido por Fernando VI al puesto de inquisidor general será Francisco Pérez de Prado, que tomó posesión del cargo el 18 de septiembre de 1746¹⁰. Previamente hubo de obtener de Roma la dispensa para dejar de residir en el obispado de Teruel, dado que continuó siendo el prelado de esta diócesis¹¹. A finales de julio, desde la corte, se remite una carta al obispo donde se le urge para que se incorpore al cargo, a la que Pérez de Prado responde con otra donde incluye algunas consideraciones. Especialmente solicita al rey que le permita vivir con el sueldo de inquisidor, sin tocar para nada las rentas del obispado. Manifiesta en la defensa de esta pretensión que el territorio del obispado y sus gentes son pobres, que ha tenido que hacerse cargo del hospital de la ciudad para que los más necesitados sean atendidos, que ha dedicado recursos a lo que es el principio de la fundación de un colegio de jesuitas y que desea poner en marcha una escuela para niñas, muy precisa en la ciudad de Teruel. En una segunda carta, fechada el 6 de agosto de 1746, comunica al rey que se incorporará cuando resuelva los asuntos de gobierno del obispado¹².

⁷ Doris Moreno Martínez, «La Inquisición española: descubrimiento o nueva creación», en Antonio Luis Cortés Peña (coord.), *Historia del Cristianismo*, Vol. III, Madrid, Editorial Trotta/Universidad de Granada, 2006, pp. 263-264.

⁸ Francisco Martí Gilabert, *La abolición...*, op. cit., p. 23.

⁹ Marcelin Defourneaux, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973, pp. 38-39. Antonio Álvarez de Morales, *Inquisición e Ilustración (1700-1834)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982, p. 85.

¹⁰ Archivo Histórico Nacional [AHN], Inq., lib. 437, f. 1.

¹¹ El trámite de la dispensa y el breve con el nombramiento de inquisidor general por parte del papa tenían un coste económico, establecido en 245 escudos romanos para el breve y en 35 para la dispensa, a lo cual había que añadir un 15% por el cambio. Archivo General de Simancas, Gracia y Justicia [AGS, GyJ], legs. 623 y 629.

¹² AGS, GyJ, leg. 629.

Para Menéndez Pelayo¹³, solo dos inquisidores alcanzaron alguna notoriedad en la primera mitad del siglo XVIII, y menciona a Pérez de Prado como uno de ellos, dado que durante su mandato vio la luz el índice expurgatorio de 1747. Galván, considera que fue un inquisidor laborioso y que estaba al tanto de los asuntos, protagonizando un nuevo estilo de gobierno de la institución¹⁴; da muestras de una energía que también descubre en su forma de gobernar la diócesis de Teruel.

Otros autores son menos condescendientes con el obispo de Teruel. Se ha escrito que fue «hombre de cortos alcances y de carácter apocado», muy influenciado por los jesuitas, hasta el punto de firmar solo los documentos y edictos preparados por los mismos¹⁵. Fraile opina que la «Inquisición española tuvo la desgracia de tener por jefe al débil e irresoluto Pérez de Prado, varón piadoso, eso sí, pero de escasísimo talento y poca iniciativa, el cual vino a ser un mero juguete en las manos habilísimas del P. Rávago y sus adláteres, para cuantos fines se propusieron estos alcanzar»¹⁶. La carrera eclesiástica de Pérez de Prado, indica Álvarez¹⁷, estuvo apoyada por los jesuitas, los cuales «confiaban plenamente en que sería el personaje idóneo por su docilidad, para llevar a cabo una política adecuada a sus intereses desde el Tribunal».

Estas opiniones nacen, básicamente, del papel jugado por el obispo en el tema del Índice expurgatorio publicado en 1747; su actuación resultó controvertida y muy supeditada a la influencia del confesor del rey, el jesuita padre Rávago. El Índice fue encargado a los jesuitas José Carrasco y José Casani, los

¹³ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Tomo II, Madrid, BAC, 1967, p. 392.

¹⁴ «El reinado de Fernando VI ocupa a dos inquisidores generales. El primero, Francisco Pérez de Prado, artífice de un nuevo estilo de gobierno. Desde el primer momento es perceptible la voluntad del inquisidor general de leer los papeles de los expedientes, estar informado y al tanto de la realidad de los asuntos y actuar en consecuencia, de primera mano, y sin permanecer alojado en un cumplimiento meramente formal de sus obligaciones. Y, por fin, pone coto a los anteriores excesos en cuestiones de personal y premia a los servidores inquisitoriales que más lo merecen y necesitan»; Eduardo Galván Rodríguez, «El inquisidor general», en José Antonio Escudero (dir.), *La Iglesia en la historia de España*, Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 568. Vid. también Eduardo Galván Rodríguez, *El Inquisidor General*, Madrid, Dykinson, 2010, pp. 808-823.

¹⁵ Rafael Lazcano González, «Obras y autores...», *op. cit.*, p. 111, nota 2.

¹⁶ Manuel Fraile Miguélez, *Jansenismo y regalismo en España*, Madrid, Editorial Agustiniana, 2010, p. 108.

¹⁷ Antonio Álvarez de Morales, *Inquisición...*, *op. cit.*, p. 85.

cuales aprovecharon su posición para incluir obras consideradas jansenistas, aunque en realidad no lo eran. Órdenes religiosas como los agustinos y dominicos manifestaron su malestar por este Índice, que fue considerado como una obra partidista, en la medida en que incluía obras cuya característica era la de manifestarse en contra del jesuitismo. Incluso el papa, Benedicto XIV, pidió explicaciones por la inclusión de obras que Roma consideraba perfectamente lícitas. Particularmente, cabe destacar que se incluyeron en el Índice libros del cardenal Noris, hecho que molestó en Roma dado que ya había dictaminado sobre la bondad de sus escritos y por ello la Inquisición española no podía condenarlos¹⁸. El papa, mediante un breve, pidió al inquisidor general que rectificara y eliminara las obras de Noris del expurgatorio. Pérez de Prado le contestó con evasivas, alegando que el Índice ya estaba listo cuando él accedió al cargo y que desconocía la presencia de los libros de Noris, además de considerar la dificultad de cambiar el Índice a la vista de las razones que habían llevado a incluir esas obras. La correspondencia entre el papa y el inquisidor era secreta, pero en un momento determinado se hizo pública por parte de los agustinos, hecho que provocó un hondo malestar a Pérez de Prado, quien se quejó ante el papa. En el intercambio de misivas con el pontífice, por consejo del padre Rávago, el inquisidor le contestó indicándole que había consultado al rey y que actuaría según este le indicase. En definitiva, entre obedecer al pontífice o al rey, había optado por este último. Ante la dilación en la respuesta, el papa remitió al monarca un escrito anulando la prohibición de las obras de Noris y desautorizando a la Inquisición española. El conflicto duró largo tiempo, pero finalmente, un edicto inquisitorial del 28 de enero de 1758, cuando ya no era inquisidor general Pérez de Prado, ordenaba dejar fuera del Índice los libros del cardenal Noris.

Al margen de este controvertido asunto, que sin duda marca la trayectoria de Pérez de Prado al frente de la Inquisición, poco más se conoce de su labor como inquisidor general. Existen algunos edictos que dio a la luz, con la correspondiente aprobación del Consejo Supremo de la Inquisición, que llevan su sello personal y enlazan con algunas de sus preocupaciones morales y jurídicas, claramente manifestadas en el ejercicio de su cargo como obispo de Teruel. Uno

¹⁸ Henry Charles Lea, *Historia de...*, *op. cit.*, Vol. III, pp. 689-691. Henry Kamen, *La Inquisición...*, *op. cit.*, pp. 343-344. Francisco Martí Gilabert, *La abolición...*, *op. cit.*, pp. 35-36. Rafael Lazcano González, «Obras y autores...», *op. cit.*, p. 112. Manuel Fraile Miguélez, *Jansenismo...*, *op. cit.*, pp. 122-123.

de los edictos se refiere a la introducción y lectura de libros prohibidos, en la línea de la preocupación inquisitorial por el control del pensamiento¹⁹.

En el edicto del 13 de febrero de 1747 manifiesta que le llegan informes sobre la facilidad de entrar libros prohibidos y el poco escrúpulo de los fieles en leerlos, recordando que el inquisidor Diego de Astorga y Céspedes, en un edicto del año 1720, ya habla del abuso de tener y leer biblias traducidas a idiomas comunes y muchos libros de doctrina prohibida. Explica que es frecuente que los laicos pidan licencias, cuando no tienen formación para poder discernir los errores. También se piden licencias para que los libros prohibidos de los difuntos pasen al heredero, contraviniendo la norma que manda no traspasar los «venenos» en la herencia. Considera improcedente que las personas laicas pidan licencia para tener biblias en lenguas comunes («Apenas se hallaría error de mayores riesgos»), pues nadie puede asegurar que no exista error en el traductor; además, los laicos no saben interpretar la Biblia, no pueden entenderla por carecer de formación para ello. Los fieles deben ser conscientes de los peligros que corren con estas lecturas y del riesgo que asumen con lo que llama «execrable delirio» de la curiosidad. En definitiva, muestra una gran desconfianza hacia los seglares, a los que sitúa en una posición de ignorancia y de dependencia con relación al clero, condenando su deseo de acercarse por sí mismos a los textos sagrados. Por estas razones, en el edicto se revocan y anulan todas las licencias y facultades concedidas hasta la fecha de su publicación para leer y tener libros prohibidos, vetando la lectura de esas obras y de las biblias traducidas. Las personas no podrán retenerlas bajo ningún pretexto y deberán entregarlas al Santo Oficio en un plazo de 15 días tras la publicación del edicto. Se considera que puede ser útil y necesario que en las librerías de las catedrales y de otras instituciones eclesiásticas haya libros prohibidos, pero bien custodiados y prohibiendo su lectura a individuos particulares; no obstante, se da un plazo de cuatro meses para que esas bibliotecas remitan una relación de esos libros, indicando quién los custodia y con qué licencia se leen, dan o prestan.

Uno de los terrenos en los que actúa Pérez de Prado es en el de las disputas teológicas entre religiosos de distintas órdenes, que con frecuencia llegaban a un nivel de virulencia que incluía injurias y descalificaciones severas del ad-

¹⁹ Francisco Pérez de Prado y Cuesta, *D. Francisco Pérez de Prado y Cuesta por la gracia de Dios... Inquisidor General en todos los reinos... a todos los fieles christianos... sobre la facilidad de introducir en estos Reynos innumerables libros y papeles prohibidos y el poco escrúpulo de los fieles en leerlos...*, Madrid. Real Academia de la Historia (RAH), 14/11566 (14bis).

versario. Otros inquisidores, en el pasado, habían dado edictos, normalmente secretos, es decir comunicados únicamente a los prelados y superiores de las órdenes religiosas, para penalizar a los eclesiásticos que injuriasen a otros en el contexto de las polémicas teológicas. Así lo habían hecho el inquisidor Antonio de Sotomayor (1634), el cual también ordenó recoger y quemar públicamente varios papeles llenos de injurias contra la Compañía de Jesús. El efecto de estas disposiciones parece que fue escaso y los inquisidores Diego Sarmiento Valladares (1688) y Tomás de Rocaberti (1696) reiteraron las prohibiciones.

A la vista de que los edictos precedentes no habían conseguido el éxito deseado, Pérez de Prado²⁰ confirma y renueva, en un nuevo edicto (1747), todas las penas impuestas en los mismos y ordena a los fiscales de la Inquisición que procedan contra todos los autores de provocaciones e injurias que vayan en descrédito de otras órdenes religiosas o de sus escuelas y opiniones. Además, advierte a las órdenes ofendidas que no deben defenderse con escritos de réplica sino proceder a delatar secretamente las injurias recibidas para que actúe la Inquisición. El edicto ordena igualmente castigar a los impresores, los cuales tienen obligación de declarar quiénes les han entregado los papeles injuriosos.

Pérez de Prado se caracterizó por su rigorismo moral, del que dio reiteradas muestras como obispo de Teruel. Uno de los temas en los que incidió fue en el fiel cumplimiento de la ley del ayuno. Como obispo, publicó un edicto recordando el contenido de los breves del papa sobre la cuestión, concretamente los dos preceptos básicos sobre el ayuno: los que tienen licencia para comer carne deben hacer una única comida y no pueden mezclar carne y pescado. Sin embargo, esta cuestión fue rebatida por un escrito, un «papel», escribe el prelado, en el que se afirma que, en España, el privilegio de la bula de Cruzada es general para hacer dos comidas y usar en ellas de carne y algún pescado. Además, se acusa a Pérez de Prado de querer «estrechar» más de lo que obliga el papa, de ser más exigente, y de que no ha entendido bien lo que piensa el pontífice²¹. Las nuevas disposiciones sobre el ayuno, según el criterio del redactor del es-

²⁰ Francisco Pérez de Prado y Cuesta, *Nos D. Francisco Pérez de Prado y Cuesta, por la gracia de Dios... A todos los Prelados, y Religiosos... La diversidad de dictámenes en las materias opinables de la Theología Escolástica, y Moral...*, Madrid, 6 de junio de 1747. RAH, 9/3585 (16).

²¹ Francisco Pérez de Prado y Cuesta, *Don Francisco Pérez de Prado y Cuesta, por la gracia de Dios... a todos nuestros amados Súbditos... las nuevas Constituciones sobre el Ayuno, serán útiles para las otras Naciones...*, Teruel, 1746. RAH, 14/11566 (15).

crito, serán útiles para otras naciones, donde no hay bula de Cruzada, pero no para España.

El obispo se afana en su edicto, publicado en febrero de 1746, antes de ser inquisidor, en desmontar los argumentos del «papel» donde se le critica, afirmando que los fieles no deben dejarse engañar y que se ha de seguir lo dispuesto en su escrito, el cual interpreta correctamente lo dispuesto por el papa, quien ha dirigido cinco breves sobre el tema a los obispos españoles; si no hablara para España, como sostiene el «papel» crítico, no hacían falta tantos breves, sostiene el prelado. Por otra parte, algunos obispos consultaron sobre el tema y el pontífice dejó claras las cosas, reafirmando los dos preceptos mencionados sobre el ayuno.

La cuestión del ayuno mereció, en 1747, un edicto de la Inquisición, rubricado por Pérez de Prado, donde se pretende aclarar la doctrina respecto al tema y despejar las dudas sobre los privilegios de la Santa Cruzada²². Allí se recuerda que Benedicto XIV ha publicado cinco breves sobre la restitución de la tradición del ayuno, dirigidos a España, donde la práctica del ayuno ha sido deformada por las fáciles licencias de comer carne. Como no se cumple debidamente y ha habido disputas en torno a la obligatoriedad, el inquisidor ha reunido una junta de teólogos para debatir sobre la cuestión, teniendo en cuenta los escritos pontificios y otra documentación relativa al caso. Tras estas consultas, se confirma que, sin vulnerar el indulto de la Santa Cruzada y sus privilegios, todos los católicos españoles están obligados a cumplir la ley del ayuno, so pena de pecado mortal, salvo justa excusa del derecho natural o privilegio particular apostólico. Por ello, se dispone que, en los días del ayuno de la Cuaresma, los fieles solo pueden hacer una comida al día, además de la colación de la noche. En esa única comida, las personas sanas comerán pescado, pero no carne; los enfermos podrán comer carne, pero no pescado en la comida fundamental del día, pues no se puede mezclar carne y pescado en la misma. La colación de la noche no puede ser de carne sino de hierbas o frutas de ayuno, en moderada cantidad. Los obispos, con ayuda de los médicos, dispondrán lo que estimen oportuno en los casos particulares. El edicto, además, obliga a los enfermos crónicos a revisar su situación y obtener, en su caso, nuevas dispensas.

²² Francisco Pérez de Prado y Cuesta, *D. Francisco Pérez de Prado y Cuesta, por la gracia de Dios... a todos los Fieles Christianos... sobre restituir la Sacra Tradición de la observancia del Ayuno Eclesiástico...*, Madrid, Imprenta y Librería de Manuel Fernández, 1747. RAH, 14/11566 (14).

El escrito finaliza prohibiendo defender o aconsejar, en público o en privado, que en España no hay decretos claramente ordenados por el papa con los preceptos establecidos en el edicto, o que con el pretexto de la bula de la Cruzada, o probabilidad de opiniones, no hay obligación, bajo pecado mortal, de cumplir lo dispuesto respecto al ayuno.

Los privilegios de la bula de la Cruzada también generaron dudas en el año santo de 1750. Con ocasión de los años jubilares, era tradición en la Iglesia la suspensión general de indulgencias, reservándolas ese año solo para los que peregrinaran a Roma. Ante las dudas planteadas, el inquisidor aclara que la suspensión no incluye las indulgencias y privilegios de la Santa Cruzada²³.

Asimismo, la celebración del año santo hizo necesario aclarar las dudas existentes sobre el permiso dado por el papa a los confesores para absolver todos los pecados, incluidos los reservados a los obispos y a los pontífices. Al existir alguna duda sobre si estaba incluido el pecado de herejía, el inquisidor Pérez de Prado recordó a todos los confesores que no podían absolver este pecado.

Finalmente, en 1747, el inquisidor publica una larga instrucción sobre un tema que siempre le preocupó, los conflictos de jurisdicción²⁴. Menciona que en el pasado se dieron diversas cartas acordadas sobre la jurisdicción de la Inquisición y su relación con otras jurisdicciones eclesiásticas y reales; ahora se pretenden clarificar las competencias y las formas de dirigirse de unos tribunales a otros para evitar conflictos. La instrucción, una larga exposición de treinta y cuatro puntos, contemplando las más variadas casuísticas, se dirige a los inquisidores, para que en todo momento sepan cómo actuar y las formas que han de seguir en las relaciones con el resto de los tribunales. Tras varios siglos de presencia inquisitorial, parece que todavía no se había llegado a un mecanismo preciso de relaciones entre las diversas instancias jurisdiccionales y por ello era oportuno hacer un esfuerzo de clarificación y normalización.

²³ Archivo Diocesano de Teruel [ADT], Caja 281, Carpeta 1A.

²⁴ Francisco Pérez de Prado y Cuesta, *Nos D. Francisco Pérez de Prado y Cuesta... Obispo de Teruel, Inquisidor Apostólico General en todos los dominios de esta Católica Monarquía, hacemos saber*, Madrid, 1747. RAH, M-RAH, Caja 67, n.º 1.395. Los ilustrados también se ocuparon del control de fiestas y diversiones: María José del Río, «Represión y control de fiestas y diversiones en el Madrid de Carlos III», en Equipo Madrid, *Carlos III, Madrid y la Ilustración*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 299-329.

OBISPO DE TERUEL

Francisco Pérez de Prado fue, durante 23 años, obispo de Teruel, simultaneando los últimos nueve años de su pontificado el obispado con el cargo de inquisidor general. Su actuación como obispo es algo más conocida y, desde luego, en la diócesis, no da esas muestras de debilidad que algunos autores le atribuyen en la dirección de la Inquisición. Actuó con determinación en varios frentes, especialmente en todo lo referente a la exigencia de rigor moral en las vidas de sus diocesanos o en la defensa de sus prerrogativas como obispo, tanto frente a la jurisdicción real como ante el clero, especialmente el abundante clero patrimonial existente en la diócesis de Teruel. Por otra parte, impulsó la devoción a la Inmaculada, se ocupó de los pobres y del bienestar material de sus diocesanos, trabajó por la mejora de la educación, impulsando la implantación de un colegio de jesuitas, y desarrolló un notable mecenazgo artístico del que se benefició el templo catedralicio.

El rigorismo moral aplicado al control de fiestas y bailes

El concilio de Trento trató de impulsar una severa disciplina en los fieles en cuestiones como los juegos, las fiestas y los bailes, considerados como una fuente de peligro para las almas, de ocasión para caer en el pecado²⁵. Esta dinámica no se circunscribió al siglo XVI, a los primeros tiempos tras el concilio, sino que tiene un largo recorrido. Durante el siglo XVIII, los prelados de las distintas diócesis españolas se dedican a prohibir los encuentros nocturnos entre hombres y mujeres, a censurar las fiestas que se hacían en las romerías, especialmente si en ellas se acababa pasando la noche en las inmediaciones de las ermitas, o las celebraciones de la noche de san Juan. Toda fiesta que se adentra en la noche es vista como una manifiesta ocasión de pecado, de perdición para las almas, y por tanto es preciso evitarla²⁶.

El obispado de Teruel no es una excepción y, a lo largo del siglo XVIII, son varios los prelados que se ocuparon de la prohibición de los bailes nocturnos,

²⁵ Adriano Prosperi, *El concilio de Trento. Una introducción histórica*, Ávila, Junta de Castilla y León, 2008, pp. 135-136.

²⁶ Domingo González Lopo, «Aspectos de la vida religiosa barroca: las visitas pastorales», en M. V. García Quintela (coord.), *Las religiones en la historia de Galicia*, La Coruña, Universidad de La Coruña, 1996, p. 422.

además de Francisco Pérez de Prado. Son los casos, al menos, de su predecesor en la mitra, Pedro Felipe Analso de Miranda²⁷, y de dos de los prelados de la segunda mitad de la centuria, Francisco José Rodríguez Chico²⁸ y Roque Martín Merino²⁹.

Pérez de Prado se mostró como un obispo rigorista en el plano moral y dictó normas para evitar determinados bailes y fiestas. El prelado muestra su temor por los bailes atrevidos que supongan roce físico o posturas de baile provocativas entre las parejas y también por las circunstancias en las que se realizan: presencia de numerosos hombres y mujeres en diversiones multitudinarias, sobre todo si hay máscaras que ocultan la identidad, y la noche, que cubre con su oscuridad las actitudes pecaminosas.

Una primera prohibición de bailes, sobre todo los nocturnos, algunos juegos y las cerraduras, la llevó a cabo el 2 de septiembre de 1733, poco tiempo después de acceder al gobierno del obispado³⁰.

Unos años después, en 1738, un intercambio de cartas entre el prelado, el corregidor del partido de Teruel –Diego José de Medrano Esquibel– y el cardenal de Molina –presidente del Consejo de Castilla–, muestra la preocupación por las fiestas de toros nocturnas, habituales en la ciudad de Teruel, y los peligros de las representaciones de comedias. Para el obispo resultan graves las fiestas de toros de noche, con fuego, que comienzan sobre las nueve y se alargan durante un par de horas. Estas fiestas congregaban a muchas personas, de todas las edades, estados y condiciones, propiciando «insolente indecencia para con las mujeres». En su carta al presidente del Consejo confiesa que, desde su llegada al obispado, trató de buscar remedio a una situación que provocaba numerosos pecados. Piensa que lo mejor sería quitar las fiestas de toros, pero si eso no fuera posible, propone que los astados se corran de día y los fuegos artificiales se hagan tras el toque de las oraciones, tal y como sugiere el corregidor. Por lo que respecta a las comedias, piensa que se les debe poner un límite temporal y que este no debería ser superior a un mes. El presidente del Con-

²⁷ En 1722 se realizan algunas actuaciones judiciales contra los organizadores de bailes en Cascante: ADT, Caja 49, Dc. 4. Edicto de pecados públicos (1723), de Pedro Felipe Analso de Miranda Ponce de León, ADT, Caja 281, Carpeta 1 A.

²⁸ Edicto de 1775 sobre procesiones, bailes y espectáculos; también publicó otro sobre el vestido de las mujeres y el recato necesario para entrar en las iglesias: ADT, Caja 281, Carpeta 1 B.

²⁹ ADT, Caja 30, Dc. 16.

³⁰ Biblioteca Nacional [BN], Ms. 4176, f. 33.

sejo, atendiendo a las razones del obispo, ordena al corregidor que, en la ciudad de Teruel, no se tengan fiestas de toros por las noches y que los fuegos artificiales se activen nada más comenzar la oscuridad nocturna. Respecto a las comedias, que «nunca producen buenos efectos», dispone que se puedan representar durante un mes, tiempo durante el cual debe vigilar «el desorden que puede haber en las mujeres para evitarle y castigar y corregir cualquier acceso perjudicial a la pública honestidad...»³¹.

La prohibición de los bailes chocará con las costumbres de los pueblos y no siempre fue obedecida. Así se desprende de las actuaciones llevadas a cabo en el lugar de Hinojosa, en 1742, donde se bailó a pesar de la prohibición del obispo³². El fiscal da cuenta de que en la mencionada localidad se bailaron la sombra, con la «infame canción que la acompaña», el sueño –recostando sus cabezas los varones en los brazos de las mujeres y viceversa, en ademán de sueño–, el coco, los caracoles y el fandango³³. Por su parte, los vecinos de Camañas, en enero de 1734, siguiendo la tradición, en las noches del 20 y 21 de enero llevaron a cabo el baile del reinado de san Antonio Abad, también vetado por el prelado³⁴.

Más tarde, en 1745, otro edicto del obispo prohibía unos bailes cuya introducción atribuía a los migueletes, las milicias catalanas defensoras de los Austrias en la Guerra de Sucesión. Eran los bailes llamados el amor, la cadena, el órgano, el chulillo, el sueño, la sombra, el zurruquí³⁵, la zamarreta y el coco; todos eran

³¹ Cartas del 3 y 10 de mayo de 1738. BN, Ms. 4.176, ff. 218-220v.

³² ADT, Caja 278, Dc. 12.

³³ El coco está prohibido «en la regla general y debida de prohibir otros contactos o mudanzas provocativas a sensualidad, como las de aquellos, y este indigno bayle las tiene peores porque con otra sucia y torpe canción introducían los varones sus cabezas debajo de los delantales de las mujeres, abrigándolos y cubriéndolos estas con ellos de cintura abajo con el pecaminoso contacto que se deja entender. Y también baylaron el fandango, haciendo la muger las llamadas del varón con ademán deshonesto, pues cogiendo el delantal por la punta se podía fácilmente descubrir la abertura de la saya o guardapié por delante hasta la ropa blanca interior, debiéndose conjeturar que vendría baylando el varón a estas llamadas con los movimientos, gestos y meneos indignos de la decencia christiana que practican en este bayle». ADT, Caja 278, Dc. 12.

³⁴ *Por la real jurisdicción de su Magestad... en el processo de competencia formada por el venerable obispo de Teruel...*, Biblioteca del Museo de Teruel, Col. Sotoca, n.º 2832.

³⁵ El zurruquí podría ser el denominado en fechas posteriores la curruquina. Se trata de un baile emparentado con la jota, en el que pueden aparecer letrillas con fuerte contenido erótico.

vetados «por sus mudanças, meneos, tocamientos y figuras disolutas, torpes y provocativas...». La prohibición era general, pues no podrían llevarse a cabo en espacios públicos ni tampoco en privados.

Por otra parte, prohibía todos los bailes públicos nocturnos, celebrados frecuentemente con el ánimo de solemnizar las vigiliass de los santos patronos. Especialmente, su edicto se centra en los denominados «reinados» o «juegos de rey y reina», que se bailaban entre las nueve de la noche y las tres de la madrugada, tal y como ya se ha mencionado que tuvo lugar en Camañas. La música la proporcionaba un gaitero contratado al efecto. Se elegía rey y reina de entre los cofrades de las cofradías de la iglesia del pueblo y estos reyes eran recibidos a las puertas del templo por los clérigos de las parroquias, sirviéndoles el agua bendita y acompañándoles hasta su asiento en un lugar preferente, por delante del que ocupaba el alcalde. Solían ir ataviados con adornos alusivos a la figura que representaban: corona de papel, plumas u otros adornos y disfraces. Se trataba de una ceremonia carnavalesca, una especie de carnaval bailado. A estos bailes tenían que asistir el cura, el alcalde y las demás autoridades, acompañados todos de sus respectivas esposas. Cada uno representaba a una dignidad superior dentro de su propio orden: el párroco era figura del Papa, el alcalde del emperador, la alcaldesa de la emperatriz... El baile lo iniciaba el párroco con la alcaldesa, seguido del alcalde que bailaba con la mujer del juez y así hasta que iban entrando todas las personas al baile³⁶. El obispo amenaza con multas a los sacerdotes que acompañen la ceremonia burlesca del reinado, recibéndoles a la puerta de la iglesia y acompañándoles hasta el interior de la misma o despidiéndolos a la salida del templo.

En ese mismo edicto de 1745 se ocupa de las encerradas, actos burlescos que tendían a ridiculizar los matrimonios celebrados entre personas de una cierta edad, entre viudos o viudas o cuando la diferencia de edad entre los contrayentes era considerable. En esos casos, los contrayentes debían soportar, durante una o varias noches, las burlas representadas a la puerta de sus casas por los vecinos integrantes de las encerradas. El obispo censura estas manifestaciones burlescas por lo que implican de falta de respeto hacia las personas y por la posibilidad de que tales actos desalentasen la celebración de nuevos ma-

³⁶ María Elisa Sánchez Sanz, *El ciclo festivo en la provincia de Teruel*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Memoria de Licenciatura inédita, 1981, pp. 153-155. Los textos de los edictos del obispo pueden verse en ADT, Caja 281, Carpeta 1 o en BN, Ms. 4176, ff. 34-36.

trimonios. Su edicto contiene amenaza de prisión y de multa para los que contravinieran sus disposiciones.

Vetará también algunos juegos, como el de los pilares³⁷ o el cinto y la buena miel, siempre que se desarrollen entre hombres y mujeres; además, desaconseja el de la estornija para las mujeres por las posturas que se han de adoptar para jugarlo, poco aptas para su decoro. En todos ellos aprecia el prelado peligro debido al contacto entre hombres y mujeres o a las posturas que deben adoptarse para jugar a los mismos. En definitiva, considera que pueden ser peligrosos porque estimulan el deseo sexual.

Asimismo, el obispo prohibió la celebración de festejos de toros y novillos, muy frecuente en el obispado hasta nuestros días, y los fuegos artificiales, después de las nueve de la noche³⁸.

Por otra parte, también evidenció su preocupación –como otros prelados del siglo– por las comedias o representaciones teatrales, debido a su potencial peligro para la honestidad pública, y, en consecuencia, dio instrucciones para que se vigilase y se evitase la materialización de esos peligros³⁹.

El rigor con el que se persiguen determinadas actitudes de los laicos también alcanza a los clérigos. Es el caso del canónigo Juan Cortel, de la colegiata de Mora de Rubielos, al que, en 1755, se sanciona por haber bailado con su cuñada y la madre de esta en la boda de su hermano; además, posteriormente,

³⁷ Juego de los pilares o del cinto: se prohíbe el juego «siempre que se juegue como se acostumbra en nuestro obispado entre mozos y mozas, hombres y mugeres, haziendo los pilares o castillos de varones y hembras abrazados unos delante de otros y saliendo los mancebos a perseguir las doncellas con el cinto y estas a aquellos en su turno o los varones a las hembras y estas a ellos de qualquiera estado, sin que baste a remediar su indecencia provocaciones y malas consecuencias el construir los pilares y castillos de cada sexo separado porque buelven a mezclarse con el pretexto de la persecución del cinto o la disculpa del error y se haze cuestión de honra del varón o mancebo la defensa de la moza que se acogió a él y tiene abrazada por la estimación de la confianza de entregarse en sus brazos y tutela, además de las indecencias que intervienen en la misma carrera y persecución del cinto y en la preferencia oculta de dexar el azote en mano escogida». ADT, Caja 281, Carpeta 1.

³⁸ BN, Ms. 4176, f. 218.

³⁹ Felipe V, en 1725, dispuso «que las comedias sean vistas, leídas, examinadas y aprobadas por el Ordinario», cuestión que reiteró Fernando VI en 1753. Algunos de los obispos que mostraron preocupación por las representaciones teatrales fueron el cardenal Belluga en Cartagena, Francisco Valero en Toledo, Juan Camargo en Pamplona, Andrés Mayoral en Valencia, Juan Eulate en Málaga, Gregorio Galindo en Lérida y Pérez de Prado. Rafael María de Horedano, «Teatro e Iglesia en los siglos XVII y XVIII», en R. García-Villoslada (dir.), *Historia de...*, *op. cit.*, Tomo IV, p. 346.

se paseó por las calles de Mora en caballería, montando a la grupa a su cuñada, vestido de novio rico, no de eclesiástico. Sin embargo, el canónigo contó con el apoyo del italiano Juan Constancio Caracciolo, auditor de la Cámara, quien le concedió la exención de la jurisdicción episcopal dado que el canónigo disponía de un nombramiento como juez de confidencias. El vicario de la diócesis escribe al auditor mostrando su sorpresa y expresándose en términos muy duros con respecto al canónigo⁴⁰, solicitando la retención del cargo para el que ha sido nombrado y su nulidad, a la vez que afirma dar cuenta de todo al prelado. El final del asunto se desconoce, pero el caso nos informa sobre el recto proceder que se desea para los clérigos de la diócesis y la indisciplina de algunos.

En resumen, Pérez de Prado, en línea con las preocupaciones de la Iglesia en su época, llevó a cabo una acción decidida para controlar determinadas actividades lúdicas que llevaban implícito un riesgo de incurrir en pecados relacionados con el sexo. Además, en su empeño por erradicar esas costumbres, no se conformó con incluir en sus edictos amenazas de incurrir en penas de índole moral, como la excomunión, sino que introdujo la posibilidad de que los fieles fueran sancionados con multas e incluso con penas de prisión.

Las medidas del obispo y las noticias sobre los bailes y fiestas en los pueblos muestran la permanencia en el ámbito rural de una serie de formas de diversión donde se manifiesta una cierta licencia y atrevimiento en las costumbres. La gente se divierte con carnavales, bailes y canciones no exentas de referencias sexuales y de irreverencias. Parece que se está lejos de un comportamiento estricto, ajustado a las predicaciones del clero, en el plano de la moral sexual. El mundo rural probablemente se ha mostrado bastante impermeable a una parte del discurso religioso emanado de Trento y al esfuerzo desplegado con posterioridad para extenderlo entre los feligreses.

Los conflictos de competencias con las autoridades civiles

Un hecho que caracteriza a los edictos del obispo turolense es la inclusión de penas pecuniarias y de prisión con las que se pretende sancionar a los civiles, más allá de las advertencias de índole moral propias de una autoridad religiosa. Esta parte sancionadora de sus edictos es la que generará un conflicto con las

⁴⁰ BN, Ms. 4176, ff. 1-6.

autoridades civiles, al considerar estas que el obispo invadía sus competencias⁴¹. La prohibición de los bailes nocturnos ya fue establecida por su antecesor, pero él no especificó, como sí lo hace Pérez de Prado, sanciones pecuniarias concretas, sino que se limitó a unas genéricas penas de prisión y pecuniarias.

La pretendida potestad de los eclesiásticos para sancionar a sus feligreses con penas temporales motivó frecuentes fricciones con las autoridades civiles, aunque a lo largo del siglo XVIII fue quedando cada vez más clara la voluntad del poder civil para impedir estas sanciones consideradas como intromisiones en el terreno de las competencias civiles⁴². Históricamente la jurisdicción eclesiástica había incluido bajo su competencia a los seglares acusados de herejía, usura, simonía, perjurio, adulterio y sacrilegio, según disponían las Partidas. También comprendía a los clérigos presbíteros o de órdenes mayores, quedando algo más difusa la situación de los clérigos de órdenes menores. En el caso de los eclesiásticos, la Iglesia procuró no transferir sus reos a la jurisdicción regia. Los monarcas, por su parte, recordaban que todos eran súbditos suyos y trataron de reaccionar cuando entendieron que la jurisdicción eclesiástica menoscababa su autoridad. Como señala Pérez Prendes, «es preciso entender que la autoafirmación del Estado moderno incluía una dialéctica de tensión con la Iglesia, para que los miembros de esta no olvidasen el alcance del poder estatal»⁴³.

El concilio de Trento, aunque se ocupó de las sanciones, como se encarga de resaltar Pérez de Prado, recordó a los obispos que eran «pastores y no verdugos»

⁴¹ José Manuel Latorre Ciria, «Rigorismo moral y defensa de la jurisdicción eclesiástica por Francisco Pérez de Prado, obispo e inquisidor general», en Antonio Luis Cortés Peña, José Luis Betrán Moya y Eliseo Serrano Martín (eds.), *Religión y poder en la Edad Moderna*, Granada, Universidad de Granada, 2005, pp. 353-379.

⁴² «Reinando Felipe V, aún defendía la doctrina afirmativa el obispo Pérez de Prado, sin que ello le obstara para ser inquisidor general. En cambio, Fernando VI, siguiendo el parecer del Consejo, negó tal facultad a los prelados del reino de Valencia y bajo Carlos III se reiteró que ni los obispos tenían facultad para prender a los seglares ni los párrocos para multar a sus feligreses por causa de pecados públicos o por no guardar los días de precepto». Antonio Domínguez Ortiz, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 367.

⁴³ José Manuel Pérez Prendes, «El tribunal eclesiástico (Sobre el aforamiento y la estructura de la Curia diocesana de justicia)», en Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis (coords.), *Instituciones de la España Moderna*, Vol. I, Madrid, Actas, 1996, pp. 147 y 154. Sobre las rivalidades jurisdiccionales *vid.* Virgilio Pinto Crespo, «Una reforma desde arriba: Iglesia y religiosidad», en Equipo Madrid, *Carlos III, Madrid y la Ilustración*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 185-188.

y que debían esforzarse por apartar del mal a los creyentes sin tener que recurrir a los castigos, amándolos como hijos o hermanos⁴⁴.

El obispo de Teruel chocó con las autoridades civiles en varias ocasiones por cuestiones de jurisdicción. Una de ellas se produce como consecuencia de su edicto de 1733, donde prohibía una serie de bailes. Los vecinos de Camañas desobedecieron al prelado e hicieron baile en las noches del 20 y 21 de enero de 1734. El vicario general del obispado ordenó a un alguacil del tribunal eclesiástico, Luis Antonio Fernández, que se personara en el pueblo para imponer las multas previstas en los edictos episcopales. El alguacil solicitó auxilio del alcalde para sancionar a los que habían bailado, comunicando que llevaba orden del obispo para ello y permiso del corregidor. El alguacil cobró algunas multas y, cuando regresaba a Teruel, le salieron al paso Antonio Ferrer y otros vecinos castigados, que le amenazaron y exigieron la devolución de las multas y la entrega de los papeles con las diligencias efectuadas. Ante las amenazas, el alguacil deja lo recaudado, en depósito, al alcalde y rompe los papeles, que entrega al cura⁴⁵.

Al día siguiente, el alguacil vuelve al pueblo y con asistencia del alcalde prende a Antonio Ferrer en nombre de la jurisdicción eclesiástica; posteriormente es arrestado por el alcalde en nombre del rey y conducido a Teruel con una información sobre el caso para el corregidor redactada por el alcalde.

Antonio Ferrer queda preso en la cárcel real y, a instancia del mismo y de varios vecinos de la localidad, el corregidor instruye causa criminal contra el alguacil Luis Antonio Fernández por el delito de haber pasado a ejercer jurisdicción en Camañas y extraer multas sin haber implorado el auxilio suyo, además de hacer creer que llevaba su autorización; la autoridad civil ordena prisión y embargo de bienes para el alguacil del obispo.

El vicario del obispado, conocedor del arresto, remite un escrito al corregidor pidiéndole que observe una serie de puntos que le expone y que entregue a Antonio Ferrer a la jurisdicción eclesiástica, que revoque las órdenes dadas a los alcaldes de los pueblos para que no den el auxilio a la autoridad eclesiástica en el

⁴⁴ Antonio Benlloch Poveda, «Jurisdicción eclesiástica en la Edad Moderna: el proceso», en Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis (coords.), *Instituciones...*, *op. cit.*, pp. 128-129.

⁴⁵ Informe, con fecha 21 de junio de 1751, de la Audiencia al rey sobre el pleito de competencias: Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Antiguo Régimen, Reales Órdenes, 812-8.

tema de los bailes y que le remita los autos hechos contra Luis Antonio Fernández y se abstenga de intervenir contra él. También proponía solventar las diferencias nombrando cada una de las partes sendos árbitros que se encargarían de resolver las diferencias.

Al no ponerse de acuerdo, el asunto acabará en el tribunal de competencias existente en Aragón para dirimir los conflictos entre la jurisdicción civil y la eclesiástica, el cual preside un eclesiástico. El canciller declaró que competía a la jurisdicción eclesiástica conocer la injuria que Antonio Ferrer había infligido al alguacil del prelado; Ferrer debía ser sacado de la cárcel y entregado al vicario para que entendiese en ese punto concreto. Pero el canciller también sentenció que Luis Antonio Fernández, el alguacil, debía ser entregado a la jurisdicción real, al corregidor, para que este entendiese solamente sobre el exceso que había cometido al afirmar, sin ser cierto, que llevaba el permiso del corregidor para intervenir en Camañas.

El prelado admitió que los ministros de la curia no tenían jurisdicción en causas criminales, pero defendió que tenía potestad para prohibir los bailes públicos pecaminosos, o que por las circunstancias que los rodeaban podían serlo, así como la capacidad para imponer multas y para exigirlos por sus propios ministros, sin auxilio del brazo secular. El canciller de competencias no se pronunció sobre este planteamiento del obispo, sobre si podía o no prohibir los bailes en su edicto, se limitó a dictaminar sobre los hechos precisos, sobre el caso concreto planteado.

La cuestión de fondo, es decir la potestad o no del obispo para prohibir los bailes, se abordó en una nueva cuestión de competencias planteada en 1751 por el corregidor de Teruel. El origen está en la publicación, el 14 de marzo de ese año, por parte del vicario del obispo, de una excomunión contra José Lucía, molinero, y otros vecinos de la ciudad por entender que habían quebrantado el edicto del año 1733 con el hecho de bailar públicamente la noche del 15 de agosto de 1750 y jugar, en la misma, al juego de los pilares mezclándose, en ambos, hombres y mujeres. Por sentencia de la jurisdicción eclesiástica se les mandó que en adelante se abstuvieran de semejantes bailes y juegos y se les condenó a pagar las costas del proceso. Como cuatro no pagaron lo que les correspondía, se les excomulgó. El corregidor consideró que este hecho era lesivo para la jurisdicción real, a la que pertenece el permitir o prohibir bailes de día o de noche entre personas legas y en sitios no sagrados. Así había ocurrido siempre en el corregimiento.

El tema de los bailes no fue el único punto de conflicto entre el prelado y el corregidor. En fecha próxima al edicto de 1733, se produce un duro enfrenta-

miento con las autoridades civiles como consecuencia de la denuncia de un hombre que acudió al obispado a quejarse de que un joven había mantenido relaciones sexuales con su hija, doncella, bajo palabra de matrimonio; la chica quedó embarazada y el chico se fugó, por lo que el padre pedía que fuese obligado a casarse⁴⁶. En virtud de la libertad de prender sin auxilio del poder civil en estas causas por parte de la jurisdicción episcopal, el obispo hizo que un alguacil arrestase al mozo, el cual fue encerrado en las cárceles episcopales. La respuesta del corregidor fue ir a detener al alguacil por encarcelar al joven. El prelado consideró este hecho como una intromisión en su jurisdicción y desde la corte episcopal se citó al alguacil seglar que le había apresado y al carcelero, bajo pena de excomunión mayor, para que testificasen de quién era la orden de arresto, del corregidor o del alcalde mayor.

Los oficiales del rey no acudieron en el plazo de dos horas que se les había dado ni posteriormente; es más, el alguacil respondió que estaba ocupado en el servicio del rey y añadió, revelando escaso temor ante la amenaza, «que si la excomunión le quitaría el comer y beber». El carcelero contestó igualmente que estaba ocupado y que si querían algo, que se lo dijeran por escrito.

Como no acudieron a la citación, la autoridad eclesiástica les excomulgó y ordenó fijar escritos públicos con tal decisión. Enterado el obispo de que iban a prender al criado que ponía los cedulones con la excomunión, le retiene en el palacio episcopal para evitar su prisión. También la justicia civil agravó la prisión del alguacil en el calabozo añadiéndole grilletes y esposas. La tensión llegó a tal punto que los empleados del obispo se ven obligados a permanecer en la sede del obispado sin poder ir a sus casas por miedo a ser arrestados por las autoridades civiles. Finalmente, el detenido en la cárcel del obispado, tras once días de prisión, salió de la misma para casarse. El corregidor, por su parte, planteó el conflicto de competencias ante el canciller⁴⁷.

Los conflictos jurisdiccionales también se plantean con las autoridades valencianas, pues la diócesis de Teruel comprendía, entre sus poblaciones, a la lo-

⁴⁶ BN, Ms. 4176, ff. 213-214v.

⁴⁷ Las disputas con el corregidor, Diego José de Medrano Esquibel, sobre temas de jurisdicción, no impidieron que Pérez de Prado intercediera a favor del mismo cuando este iba a ser cesado por las diferencias que habían tenido. Escribe en dos ocasiones al cardenal de Molina indicando las virtudes de este ministro y pidiendo que no sea removido del cargo; también intercedieron el ayuntamiento de la ciudad, el cabildo de la catedral y la comunidad de aldeas de Teruel. Cartas del 9 de enero y del 16 de junio de 1740: BN, Ms. 4176, ff. 207 y 232-232v.

calidad de Bechí (Castellón). La nueva disputa surge, en 1746, por un pleito contra Félix Franc, el cual había dejado embarazada a una chica con promesa de matrimonio, que no cumplió. El rector, con ayuda del alcalde, lo prendió, aunque luego lo soltó bajo fianza y con su palabra de que se presentaría. Sin embargo, no cumplió, por lo que se ordena de nuevo su prisión, pero la Audiencia de Valencia da orden a los alcaldes de Bechí para que no lo prendan; el tribunal plantea la cuestión de competencia y la notifica al vicario general del obispado y al caballero corregidor de Teruel. El obispo sostiene que jamás la Audiencia de Valencia se ha opuesto a ninguna decisión de la jurisdicción eclesiástica en Bechí y, según él, no tiene competencia sobre la mitra turolense y, por ello, pide al regente de la Audiencia de Aragón que no se dé cumplimiento a las órdenes de la Audiencia de Valencia⁴⁸.

Pérez de Prado utilizó todos los recursos a su alcance para mantener su jurisdicción en los términos que él consideraba justos. En torno a 1740 remitió un memorial al rey y solicitó que el Consejo de Castilla en pleno revisara la actitud de los corregidores que impedían el libre uso de su jurisdicción⁴⁹. Años después, en 1751, escribió al rey sobre el asunto de la competencia en la prohibición de bailes nocturnos, puesta en duda por el corregidor y sometida a debate jurídico, que el obispo niega por ser materia de fe; de hecho, se queja de que el asunto se reduzca a una cuestión judicial cuando es «un dogma cathólico de toda la Escritura, tradición y costumbre, por todos los siglos de la Iglesia...»⁵⁰.

Pasado ya un tiempo de silencio sin obtener respuesta satisfactoria, se decide a escribir un libro para defender la jurisdicción eclesiástica. En él pretende defender tres cuestiones que considera fundamentales: a) La libre potestad de los obispos para imponer y ejecutar penas sobre sus súbditos laicos pecadores públicos en los delitos del fuero eclesiástico, la cual fue concedida por Cristo y su Iglesia sobre toda jurisdicción de la tierra; b) la justicia y potestad legítima y competente con que prohibió los bailes deshonestos y c) el fuero eclesiástico que, al menos en las causas criminales, gozan los ministros laicos de la curia episcopal.

⁴⁸ Carta de Pérez de Prado a Andrés Fernández Montañés, regente de la Audiencia de Aragón, acerca del conflicto de competencias con la Audiencia de Valencia (10 de junio de 1746): BN, Ms. 4176, ff. 13-22 y 23-28.

⁴⁹ El Consejo revisa la petición de Pérez de Prado (20 de diciembre de 1740): AGS, GyJ, Leg. 588, s/f.

⁵⁰ BN, Ms. 4176, ff. 248-257.

El punto que más le preocupa, y al que dedica la mayor parte del texto, es el primero, es decir, la defensa de la capacidad episcopal para imponer penas de multa o prisión a las personas que cometen pecados públicos desobedeciendo los mandatos de los prelados. Considera que esa capacidad es de los obispos, sin necesitar para ejercerla el auxilio de las autoridades civiles. El obispo tiene la primacía en los temas que afectan a la moral y por ello resulta lógica la defensa de su capacidad para imponer penas espirituales y temporales como las establecidas en su edicto de prohibición de los bailes. Sin competencia para sancionar a los infractores su potestad quedaría disminuida.

El obispo de Teruel se muestra en su obra como un fervoroso defensor de la supremacía del poder eclesiástico sobre el civil, porque a él le está encomendado el bien de las almas, que es lo más importante. A través del camino de la corrección de los pecados, nocivos para el alma, que corresponde al pastor de almas, penetra en el campo de actuación de las autoridades reales hasta situarse por encima de ellas; la actuación de las mismas quedaría subordinada al fin supremo de la salvación, cuyas claves únicamente conoce e interpreta la autoridad eclesiástica. Se llega así a un poder eclesiástico amplísimo, de fronteras inciertas, puesto que todo aquello que es interpretado como pecado, o como susceptible de llevar al pecado, cae bajo su esfera de actuación, debiendo el poder civil respetar la autoridad superior de los prelados en esas materias.

Pérez de Prado remitió su manuscrito, titulado «La potestad de la iglesia sobre sus súbditos legos», al cardenal Belluga para recabar su opinión sobre el mismo⁵¹. Este hizo llegar el texto a una persona que realiza un informe. En él considera inadecuado publicarla en latín, aunque puede imprimirse en español cambiando el título y ordenando los capítulos; así se podría divulgar «sin ruido». También recomienda cambiar algún punto que debería ser tratado mejor para que no pueda ser refutado. No obstante, si el obispo insiste en publicarla en latín, considera que la traducción debería ser revisada por una persona, con la que ya ha hablado el informante, para que tenga un estilo elegante.

Tanto el cardenal Belluga como el arzobispo de Valencia y los obispos de Segorbe y Orihuela, están en la misma línea antirregalista que Pérez de Prado⁵². Los tres últimos prelados, según un informe del Consejo al rey, pretendían tener, al igual que el obispo de Teruel, facultad para actuar contra los laicos en cual-

⁵¹ BN, Ms. 4176, ff. 297-311.

⁵² Teófanos Egido, «El regalismo y las relaciones Iglesia-Estado en el siglo XVIII», en Ricardo García-Villoslada (dir.), *Historia de...*, *op. cit.*, tomo IV, pp. 227-228.

quier causa de su conocimiento, con independencia de la real jurisdicción⁵³. Los fiscales sostienen que los jueces eclesiásticos no pueden proceder al encarcelamiento de los laicos ni ejecutar penas temporales contra ellos sin pedir el auxilio de la jurisdicción real, el cual no debe negarse para las causas espirituales y otras cuyo conocimiento sea privativo de la jurisdicción eclesiástica.

En definitiva, Pérez de Prado forma parte de un sector del episcopado español de la primera mitad de la centuria que defiende la superioridad de la jurisdicción eclesiástica en los temas concernientes a la moral, hecho que, por otra parte, no le impidió acceder al puesto de inquisidor general.

Las relaciones con el clero patrimonial

El clero patrimonial es una figura hoy inexistente, pero muy abundante en el pasado, particularmente en algunas diócesis del norte peninsular. El derecho de patronato comporta el de proponer al titular de un puesto eclesiástico a la autoridad episcopal, que es la que formalmente otorga la posesión canónica. Los patronos, pues, eligen al clérigo que ha de servir el puesto y se ocupan de su manutención⁵⁴.

Los beneficios patrimoniales se encuentran por toda la geografía hispana, pero parecen abundar sobre todo en las diócesis de Galicia y el País Vasco, en Palencia, Burgos, Valladolid, Calahorra, Pamplona, Tarazona, Lérida o Granada⁵⁵; en Aragón también está muy extendido este tipo de clero. En el caso de la diócesis de Teruel, a mediados del siglo XVIII, solo el once por ciento de los beneficios de la diócesis son de libre colación del obispo, es decir que solo puede nombrar libremente a un porcentaje muy pequeño de los clérigos que ejercen

⁵³ Informe del Consejo al rey, del 14 de abril de 1757, acerca de la pretensión de los obispos de Valencia, Segorbe y Orihuela sobre el libre uso de la captura y penas a las personas y bienes de los laicos en las causas de su fuero, sin pedir para ello el auxilio del brazo secular. El expediente comienza el 15 de noviembre de 1750, cuando el rey remite al Consejo un escrito del obispo de Orihuela sobre el tema: AGS, GyJ, Leg. 547.

⁵⁴ Sobre el beneficio eclesiástico y el derecho de patronato *vid.* Maximiliano Barrio Gozalo, *El sistema benefical de la iglesia española en el Antiguo Régimen (1475-1834)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2010, pp. 17-26.

⁵⁵ Pegerto Saavedra Fernández, «Los campesinos y sus curas», en María José Pérez Álvarez y Laureano M. Rubio Pérez (eds.), *Campo y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispano*, León, Fundación Española de Historia Moderna, 2012, pp. 54-56. Elena Catalán Martínez, «El derecho de patronato y el régimen benefical de la iglesia española en la Edad Moderna», *Hispania Sacra*, 56, 2004, pp. 135-167.

su tarea pastoral en su ámbito diocesano. Le corresponde al prelado la libre colación de 28 rectorías, 33 vicarías, 16 canonjías y un beneficio, quedando los 634 cargos eclesiásticos restantes en manos de patronos⁵⁶.

Así pues, la inmensa mayoría de los clérigos del obispado de Teruel debía su cargo a un patrón. La autoridad episcopal, por tanto, podía proveer libremente solo una pequeña parte de los cargos eclesiásticos; en los restantes, los prelados concedían la colación canónica a personas seleccionadas por los respectivos patronos. Esto se produce, particularmente, en los beneficios simples y en las capellanías de fundación laica donde el patrono es el que ha aportado el dinero necesario para su fundación. Estos laicos retienen el derecho de proponer al candidato que ha de ocupar el beneficio, normalmente un miembro de su propia parentela.

Junto a los beneficios y capellanías fundadas por particulares, encontramos una importante fuente de clero patrimonial en instituciones nacidas en la Edad Media –caso del capítulo de racioneros de Teruel– y en otras surgidas por el impulso de mecenas que las fundan para beneficio de sus almas y, en parte, para mayor honra de la familia, como sucede en la colegiata de Mora de Rubielos. Sobre estas instituciones, el poder de los obispos es reducido, aunque se irá acrecentando a lo largo de la Edad Moderna buscando una mayor disciplina y cumplimiento de las obligaciones eclesiásticas⁵⁷.

El capítulo de racioneros de Teruel

Tras la conquista de Teruel por Alfonso II, la ciudad quedó adscrita a la diócesis de Zaragoza, formando un arciprestazgo que abarcaba la mayor parte de su término municipal⁵⁸. Con ocasión de la fundación de la villa, o en fechas próximas, el obispo Pedro Torroja otorgó a los pobladores de Teruel el patronato de sus iglesias y, en 1257, un decreto del prelado limitaba el acceso a los beneficios parroquiales de Teruel a los nacidos dentro de los muros de la ciudad. El

⁵⁶ José Manuel Latorre Ciria, «El clero del obispado de Teruel en 1753», *Aragonia Sacra*, VI, 1991, pp. 113-149.

⁵⁷ José Manuel Latorre Ciria, «El clero patrimonial en la diócesis de Teruel durante la Edad Moderna», en Gregorio Colás Latorre (coord.), *Sobre cultura en Aragón en la Edad Moderna*, Zaragoza, Mira, 2018, pp. 103-123.

⁵⁸ Antonio Gargallo Moya, «Teruel en la Edad Media: De la frontera a la crisis (1171-1348)», en Gonzalo Borrás Gualis (coord.), *Teruel Mudéjar: Patrimonio de la Humanidad*, Zaragoza, Ibercaja, 1991, pp. 8-105.

ejercicio activo de este patronazgo sería prácticamente subrogado por el concejo en favor de los clérigos de Teruel, quienes formaban un capítulo general cuya primera mención documentada data del 26 de enero de 1173.

Los clérigos del capítulo estaban distribuidos entre las distintas iglesias de la ciudad según las rentas que disponían cada una de ellas, formando otros tantos grupos regidos por un vicario perpetuo que ejercía su jurisdicción como delegado de la corporación.

Cuando se crea el obispado de Teruel, en 1577, por tanto, el capítulo de racioneros tiene detrás de sí una larga historia, con una organización y unas rutinas consolidadas. Los racioneros eran los clérigos de las parroquias, cuya obligación era asistir al rezo de los oficios y auxiliar al vicario en la atención de los fieles y en la administración de los sacramentos. La mayoría eran presbíteros y su número cambió con el tiempo, como corresponde a una institución no numerada, es decir sin plazas fijas. A mediados del siglo XVIII, las siete iglesias de Teruel reunían a ciento veinte racioneros.

Las normas de funcionamiento del capítulo evolucionaron con el tiempo, hasta quedar muy fijadas en el siglo XVII, después de varias reformas de sus ordenaciones. Los obispos de la nueva diócesis sin duda se preocuparon por regular la vida del capítulo, en especial todo lo relativo a las condiciones de acceso y cumplimiento de las obligaciones eclesiásticas, entre las que estaba el deber de residencia, recalado para todos los eclesiásticos con cargo por las disposiciones del Concilio de Trento. Sin duda los clérigos del capítulo disfrutaron durante siglos de una amplia autonomía y seguramente de cierta relajación de la disciplina, situación que los prelados de la recién fundada diócesis trataron de corregir, siempre desde las limitaciones que les imponía el particular estatus del capítulo.

Pérez de Prado no será una excepción y durante su pontificado intervino en la vida del capítulo por la vía de los mandatos de visita, apelando a lo dispuesto en el Concilio de Trento. La eficacia de sus disposiciones es desconocida, pero probablemente no fuera muy alta. El capítulo se regía por sus ordenaciones y, sin un cambio en las mismas, parece dudoso que el prelado pudiera imponer determinadas cuestiones. En todo caso, en 1743, tras realizar la visita pastoral a las iglesias de Teruel, comprueba que es necesario corregir algunas cosas y, para conseguirlo, emite un edicto dirigido al prior, vicarios y clérigos de las siete iglesias de Teruel. El edicto contiene distintos puntos donde se abordan aspectos de la vida capitular que deben reformarse⁵⁹.

⁵⁹ ADT, Caja 78, Dc. 1. BN, Ms. 4176, ff. 7-8v y 71-82.

El prelado, preocupado por el acceso de los fieles al sacramento de la confesión, ordena que, en todos los días festivos, o en los que se celebrare alguna fiesta de especial devoción, asista el vicario de cada parroquia al confesionario, sin necesidad de que los fieles que deseen confesar deban llamarlo. Para facilitar esta tarea, dispone que puedan ganar la distribución del coro estando en el confesionario y que la pierdan si lo abandonan para ir al canto coral.

El concilio de Trento recalcó la necesidad de que el clero explicase la doctrina y, para acercar a los fieles la palabra de Dios, el prelado estableció que todos los domingos por la tarde, en la iglesia de San Pedro, hubiera enseñanza de la doctrina. Sin embargo, el resultado de esta iniciativa resultó decepcionante, según el parecer del obispo. Por ello, ordena que todos los domingos del año, en la misa mayor o al finalizar la misma, cada vicario en su parroquia explique un punto de la doctrina cristiana, con palabras claras, sin ornamento de elocuencia, y apoyándose en ejemplos para que todas las personas lo entiendan.

La preocupación por la formación del clero le lleva a ordenar de nuevo, puesto que sus anteriores mandatos no se cumplieron, la realización de conferencias de latinidad y moral en las parroquias, a las que añade ahora la de ceremonias sagradas. Los clérigos de las parroquias debían juntarse, bajo la presidencia de los respectivos vicarios, en las horas que no estaban ocupadas con la asistencia al coro o al altar, para tener sus sesiones de formación. En latinidad, estudiaban el Breviario; el presidente encargaba a cada racionero, comenzando por el más antiguo, la lección o himno que había de preparar, el cual traería bien estudiado y traducido a la lengua castellana.

En las conferencias de teología moral se estudiaría la *Summa* de Lárrega. Al principio de cada materia se tendría una conferencia proemial donde todos habrían de prepararse las definiciones y el presidente podría preguntar a quien estimase oportuno. Tras esta conferencia, en las siguientes, cada racionero prepararía unas conclusiones bien fundadas; si no eran correctas, el presidente corregiría.

Pérez de Prado, en su edicto, menciona que el concilio de Trento abolió las jubilaciones y que solo estaban toleradas, con el debido permiso, en las catedrales o colegiatas a los residentes que lo habían sido durante cuarenta años. En las iglesias de Teruel se toma la jubilación antes del tiempo establecido por la Iglesia, hecho que, según el obispo, redundaba en un menoscabo del culto divino por la falta de residentes en las funciones eclesiásticas y una reducción del número de misas. Deseando poner orden en este tema, el prelado ordena que los vicarios y racioneros no se pueden jubilar hasta llevar cuarenta años de residencia, derogando así lo dispuesto en las ordinaciones del capítulo apro-

badas por el obispo Zolivera, donde se permitía la jubilación antes de ese largo período de residencia; sin embargo, en el decreto de Zolivera se indica que estaría en vigor durante el tiempo de su voluntad o de la de sus sucesores. En este punto se apoya Pérez de Prado para decretar la nueva fecha de jubilación, indicando que «no tiene otra voluntad que la que camina reglada a los mandatos o tolerancia de la Iglesia». Para resolver el problema de los ya jubilados, dispone que aquellos que hubieren servido treinta y cuatro años y llevasen seis de jubilados, podían permanecer en esa situación; ahora bien, a los que no alcanzasen esos seis años, se les contarían los que llevaban de jubilados como si hubieran estado en activo, pero debían incorporarse de nuevo a la actividad hasta alcanzar los cuarenta de residencia.

No contento con alargar la edad de jubilación, dispuso también que los jubilados apoyasen las ceremonias de culto con su presencia en caso de necesidad, pues entendía que, cuando coincidían demasiados jubilados en una iglesia, se quebrantaba el decoro del culto divino. Ordenó que, en las fiestas de primera y segunda clase, asistieran todos los racioneros, jubilados o no, salvo por causa de enfermedad, a las primeras y segundas vísperas, a la hora de tercia y a la misa conventual.

Por otra parte, a los efectos de obligar a participar en el culto a los jubilados, cuantifica lo que se considera notable disminución del culto divino, según la categoría de los días. Cuando no se llegue al número establecido por ausencia justificada de los activos, acudirán al culto los jubilados hasta completar el número mínimo establecido.

El prelado trata igualmente de poner orden en las misas fundadas por los fieles, que deben celebrarse en la iglesia y altar asignado por los fundadores, además de en los días señalados y no en los que conviene al clero. Hay muchas misas fundadas y no todas pueden celebrarse en los días de menor rito; por ello ordena distribuir las equitativamente por todos los días del año, de cualquier rito o clase. Por otra parte, ordena que en las sacristías se disponga de ornamentos del color adecuado para cada tipo de misa.

Con el fin de controlar el adecuado cumplimiento de las obligaciones de celebrar las misas encargadas por los feligreses, establece la obligación de que los racioneros apunten en un libro, diariamente, las misas que ofician y por quién. Cada tres meses deberán hacer un libro donde se pasen las cuentas del cumplimiento, haciendo constar las misas que se deben celebrar y las que efectivamente se han oficiado; este libro se presentará en el obispado para su revisión. Por otra parte, ordena que no se acepte ninguna nueva fundación de misas sin la dotación adecuada y sin dar cuenta y obtener licencia del obispo.

Al prelado también le preocupa que los racioneros vistan con el decoro adecuado y por ello ordena que, desde que cantan evangelio y perciben la mitad del monto de la ración, asistan a los oficios con sobrepelliz, muceta y bonete, que es su hábito entero. Por otra parte, el racionero que oficie de sacerdote en los entierros de los párvulos, no debe usar solo roquete, sino que ha de ponerse la estola sobre los hábitos enteros. El respeto a los hábitos del coro exige que solo se usen para el coro o para las procesiones, quedando prohibido ir por la ciudad con ellos.

Su preocupación por el buen hacer en los oficios religiosos le lleva a ordenar que los vicarios, con ayuda de los maestros de ceremonias, examinen a los racioneros sobre las funciones que deben ejercer en el coro, altar y procesiones, para que el ceremonial se ajuste a lo dispuesto por la Iglesia. Importante es también el dominio del canto llano por parte de los clérigos y por ello obliga a que todos los racioneros, antes de tomar posesión de sus cargos, sean examinados del mismo por los sochantres, en presencia del prior y curas de las parroquias, que votarán si se les admite o no.

Pérez de Prado insistirá también en exigir una adecuada reverencia en el templo, de tal manera que ningún racionero penetre en las iglesias «sin desnudar el embozo del manteo» a la entrada y sin arrodillarse ante el Santísimo con ambas rodillas.

Si lo ceremonial es importante, no lo es menos una adecuada conducta en materia sexual. Así, dispone que los racioneros no pueden vivir con mujer menor de cuarenta años y de buena reputación, excepto si es hermana o sobrina o si tienen un ama de respeto y edad crecida⁶⁰. Los que tienen mujeres jóvenes en sus casas disponen de dos meses para deshacerse de ellas.

Finalmente, manda que los clérigos admitidos en las iglesias, pero que todavía no han recibido las órdenes sagradas, tienen obligación de asistir en las iglesias de sus destinos todos los domingos y fiestas del año en las primeras y segundas vísperas, tercia y misa conventual con roquete y bonete.

Por otra parte, ordena que en todas las iglesias haya dos infantillos que asistan a los sacerdotes con sotana, cuello y roquete.

⁶⁰ Detecta lo que llama una corruptela peligrosa: «la frecuencia con que los racioneros que viven en casa separada de la de sus padres o parientes eligen para su servicio y asistencia a una doncella o soltera joven, y a las veces de gracias naturales, en cuya sola compañía viven y se recogen de noche a puerta cerrada en sus domicilios». BN, Ms. 4176, ff. 71-82.

Un conjunto, pues, de normas destinadas a mantener la disciplina y el esplendor del culto en las iglesias de Teruel, pero cuyo cumplimiento no está asegurado, pues probablemente el prelado carecía de la suficiente fuerza jurídica para introducirlas sin modificar los estatutos del capítulo de racioneros.

Una de las particularidades del capítulo era que a los vicarios los elegían los propios racioneros, sin que los prelados tuvieran capacidad de elección, aspecto del que se queja Pérez de Prado, quien considera que sería mejor seleccionarlos por concurso. En 1746 entró en litigio con la iglesia del Salvador, cuyos racioneros eligieron como vicario a Juan Gil, a pesar de conocer la opinión contraria del prelado⁶¹. Este se negó a darle la provisión por considerarlo indigno y, en carta al nuncio del Vaticano en España, le pide que impida ese nombramiento, tras enumerar los defectos que aprecia en él. El nuncio, sin embargo, responde que se debe dar posesión a Juan Gil, pues ha sido elegido correctamente. Este ejemplo muestra la contrariedad de Pérez de Prado por no poder elegir a los vicarios de las iglesias de Teruel libremente porque se lo impedían las normas de funcionamiento del capítulo, una institución que siguió conservando una amplia autonomía frente a la autoridad episcopal.

La colegiata de Mora de Rubielos

La colegiata de Mora de Rubielos fue aprobada el 18 de enero de 1458. El decreto contemplaba la dotación de ocho canonjías, cuatro simples y cuatro con rango de dignidad: prior, vicario, chantre y sacristán. El derecho de presentación de los candidatos a estas canonjías lo ejercería el señor de Mora, constituido en patrono de la misma⁶².

Todos los canónigos tenían la obligación de celebrar por turno la misa del alba, excepto el chantre, y la conventual; también de forma rotatoria estaban obligados a asistir en el altar como subdiáconos y diáconos. El prior contaba con un régimen especial y solo quedaba obligado a celebrar en las festividades principales del calendario litúrgico. Como en todas las colegiales, todos los días se realizaban los rezos de las horas canónicas y la misa conventual. La colegiata de Mora disponía, además, por fundación del señor de Mora, de cuatro capellanías o raciones cuyo patronato activo correspondía al señor.

⁶¹ BN, Ms. 4176, ff. 199-204.

⁶² César Tomás Laguía, *La insigne Colegiata de Santa María de Mora de Rubielos*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1964.

Las normas establecidas en el momento de la creación sufrieron modificaciones en diversas ocasiones –1480, 1486 y 1566– y, a lo largo del siglo XVIII, varios obispos instaron al cabildo de la colegiata para que redactara unas nuevas constituciones, cosa que no consiguieron⁶³. Finalmente, en 1793, el obispo Roque Martín Merino redactó unas constituciones que entregó al cabildo para su aprobación, el cual así lo hizo después de discutir sobre su contenido.

Durante los años del pontificado de Pérez de Prado se aprecian diversos conflictos en el seno de la colegiata entre los canónigos y los beneficiados o capellanes, así como entre algunos canónigos y el prior. Igualmente se manifestó un enfrentamiento con la villa en torno al uso de los fondos de la primicia. Son conflictos propios de una institución de patronato donde las normas están poco claras o se han olvidado con el paso de los años; a ello se añade el poco margen de maniobra que tienen los obispos para intervenir en su gestión, dada la dependencia de las cláusulas de fundación. El obispo intervino movido por la necesidad de pacificar la convivencia y, sin duda, por su deseo de someter a un mayor control episcopal a la colegiata para conseguir un mejor funcionamiento pastoral y cultural de la misma.

Una carta del cabildo de Mora al obispo, en 1735, muestra como este comunica al prelado que los clérigos de la colegiata acudirán a los ejercicios espirituales convocados en Teruel por el obispo, en lo que sin duda era un deseo de este por mantener viva la llama de la fe en el clero⁶⁴. Respecto a los nuevos estatutos que el prelado pretende hacer, el cabildo le manifiesta que espera que no sean en perjuicio de sus derechos. Pero el escrito se centra fundamentalmente en criticar al prior, para concluir pidiendo al prelado que, en los nuevos estatutos, limite el poder del mismo supeditándolo a la opinión del cabildo. Acusan al prior de actuar de forma autoritaria, sin escuchar al cabildo, tanto en la administración de los bienes como en el gobierno de la colegiata.

Dos años después, en 1737, una carta del prior, Francisco Esteban y Castellot, al prelado censura el comportamiento de los canónigos⁶⁵. Se queja de que estos han convocado cabildos sin su permiso, lo cual estima que va en contra

⁶³ El 25 de octubre de 1721, el obispo Analso de Miranda dejó escrito un mandato de visita ordenando la confección de constituciones para regular su funcionamiento. Pérez de Prado, el 12 de noviembre de 1733, en su visita a Mora, levanta este mandato porque le indican que existen constituciones antiguas; el prelado ordena hacer una copia legible para que todo el mundo las pueda leer y cumplir. ADT, Caja 72, Dc. 60.

⁶⁴ ADT, Caja 73, Dc. 13.

⁶⁵ ADT, Caja 73, Dc. 15.

de los derechos de su prebenda, y de que incumplen los estatutos que han jurado. Las disputas entre el prior y el cabildo, se desprende de la carta, están pendientes de resolver en el tribunal episcopal.

El canónigo Pablo Miedes abunda, en 1741, en las discrepancias con el prior defendiendo, en un informe, que este no podía ser eximido de su tarea de anotador de las faltas de los ausentes, que corresponde realizar por turno a los canónigos⁶⁶. También entiende que debe cantar la epístola y el evangelio y oficiar la misa del alba, como los demás canónigos. Defiende que en la figura del prior coinciden dos prebendas, la de prior y la de canónigo, y por ello no puede sustraerse a las obligaciones que le corresponden por la última.

Los ecos del enfrentamiento entre los canónigos y los capellanes o beneficiados de la colegiata nos llegan a través de un informe de los últimos dirigido, en 1744, al prelado, donde hacen una exhaustiva relación de sus derechos a la vez que hacen votos por un acuerdo que lleve la paz a la iglesia de Mora.

Finalmente, para resolver los problemas, Pérez de Prado, en 1745, dispone una serie de normas encaminadas a mejorar el culto y acabar con los problemas en el seno de la colegiata⁶⁷. Según el obispo, el origen de los problemas procede de dos causas:

- haber sido erigida como colegial sin meditarse adecuadamente la dotación de los empleos necesarios para el culto y sin haber aumentado después las dotaciones;

- los canónigos no han llevado bien la preferencia de los priores y la necesaria obediencia, devaluando el priorato hasta dejarlo en un simple canonicato y ofendiendo la obediencia a los presidentes. Por su parte, los beneficiados también han desdeñado la jerarquía canonical, pues pretenden que con solo ocupar su silla han cumplido con Dios y con los ministerios de su templo, procediendo como independientes para que todas las cargas ministeriales recaigan sobre los canónigos.

Los mandatos de Pérez de Prado persiguen mejorar la calidad del culto y abordan numerosas cuestiones de la vida de la colegiata: reordena algunas rentas que han de percibir determinados cargos, hace nuevos nombramientos y especifica el método de elección futura para los mismos por parte de los canónigos y beneficiados, ordena respetar la autoridad del prior, fija el número de capítulos de ambos colectivos de clérigos que se han de celebrar a lo largo del año, dispone normas para controlar el número de misas fundadas y su adecuado cumpli-

⁶⁶ ADT, Caja 73, Dc. 19.

⁶⁷ ADT, Caja 72, Dc. 47.

miento, ordena la formación de un archivo de la colegial... También dispone que los clérigos aprendan canto llano y se ocupa de establecer medidas para regular las ausencias y el buen comportamiento moral de los clérigos, como la prohibición de vivir solos con mujeres menores de cuarenta años.

Las disposiciones del obispo no fueron del agrado de todos y, de hecho, el beneficiado Luis Pérez, en 1746, remite un memorial al prelado quejándose de cómo quedan las rentas de los beneficiados, según él más gravadas que lo estaban antes de los mandatos del obispo, todo para conseguir un mayor esplendor del culto en la iglesia⁶⁸.

Junto a los problemas internos entre las distintas categorías de clérigos de la colegiata, también se produjeron algunas diferencias entre la colegial y la villa de Mora, cuya resolución ambas partes en litigio delegaron en la persona del obispo, el cual, el 10 de octubre de 1745, dispuso los términos de la concordia que había preparado.

Uno de los puntos en litigio era la pretensión del ayuntamiento de Mora acerca de su derecho a hacer todos los años inventario de los bienes de la sacristía de la colegiata, amparándose en que la villa cedió una parte del monto de las primicias para comprar ornamentos para la misma y se obligó a mantenerla; dado que la parte no gastada de las primicias debía retornar al ayuntamiento, parecía necesario llevar un control del gasto. El obispo resuelve indicando que la villa no puede entrar jurisdiccionalmente al acto de inventario de la sacristía en forma de ayuntamiento ni en otra forma que muestre jurisdicción, pero, para darle cierta satisfacción, ordena que se nombren anualmente dos fabriqueros, de tal manera que uno sea un canónigo de la colegiata y otro un seglar nombrado por el ayuntamiento. Estos fabriqueros reconocerán anualmente todo lo que hay en la sacristía y en la colegiata, en presencia del canónigo sacristán y del subsacristán, y verán lo que es necesario reparar o reponer.

Otro motivo de discordia tenía como centro el uso de las campanas. El ayuntamiento pretendía poder mandarlas tocar en todas las ocasiones por ser compradas con el fruto de las primicias, además de prohibir el bandearlas por el riesgo de su rotura.

⁶⁸ Afirma que los beneficiados quieren que la colegiata tenga el esplendor que merece, pero no a costa de sus propias rentas y libertad de sus fundaciones. Si esto no lo tuvo en cuenta el fundador de esta colegial, piénsese el medio más adecuado para que, sin menoscabo de los beneficiados, se logre, pues «aunque veneramos al gremio canonical por de superior jerarquía, pero no por ser nosotros de inferior estamos obligados a servirlos en aquellos empleos que no nos competen por salario o fundación». ADT, Caja 73, Dc. 28.

Sin embargo, el obispo resuelve que pertenece al cabildo el poder tocar las campanas en todas las funciones sagradas, como parte de su solemnidad, cuestión en la que no puede entrar el ayuntamiento. Cuando se hayan de tocar por alguna noticia feliz de coronación o casamiento del rey, juramento o casamiento de príncipes, victorias en la guerra o por otras órdenes del rey, toca al consistorio mandarlas tañer como en funciones profanas; lo mismo cuando hay urgencia, por fuego u otras calamidades, cualquiera puede tocarlas atendiendo al deber de socorro. En las funciones sagradas que no están establecidas por la Iglesia, el ayuntamiento solicitará permiso para tocarlas y el prior lo otorgará si no hay grave inconveniente que lo impida.

La concordia abarca un buen número de puntos donde se va dando solución a pequeños roces, casi todos ellos relacionados con temas económicos, con el excesivo gasto de la sacristía o con la pretensión del ayuntamiento de que los prebendados de la colegiata contribuyan a la compra de ornamentos litúrgicos. Así, por ejemplo, la villa pide que los clérigos paguen diez pesos para la mortaja, pues algunos se evaden y luego ha de afrontar este gasto la sacristía.

También se preocupan los munícipes de que las misas de 11 y 12 no varíen su horario, pues ello impide a los habitantes de las masadas llegar a la misa; naturalmente, el prelado ordena que se respete escrupulosamente el horario de estas celebraciones en los días festivos.

La actuación del obispo en los temas de la colegiata de Mora revela los problemas de la misma y la voluntad episcopal por solucionarlos, aunque, como ocurría en el caso de los racioneros de Teruel, sus posibilidades de intervención eran limitadas debido al particular estatus jurídico de la misma. Pérez de Prado actúa por la vía de los mandatos de visita, recurriendo a lo dispuesto por el concilio de Trento, pero el frecuente incumplimiento de los mismos plantea serias dudas sobre su eficacia.

La fundación del colegio de los jesuitas

Los jesuitas permanecieron en Teruel durante un corto período de tiempo, apenas veinticinco años, pues su fundación fue muy tardía⁶⁹. Esta se produjo en 1743, aunque la obra del convento comenzó en 1745 y finalizó en 1752.

⁶⁹ Antonio Astraín, *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, Tomo VI, Madrid, 1920, p. 23. Eloy Fernández Clemente, «Segundo centenario de la expulsión de los jesuitas de Teruel», *Teruel*, 38, 1967, pp. 165-175; Manuel García Miralles, «El obispo...», *op. cit.*, pp. 117-129.

El primer intento de establecer un colegio de jesuitas en Teruel se produjo a finales del siglo XVII. Melchor de Navarra y Rocafull, duque de la Palata, en su testamento redactado en Lima el 15 de noviembre de 1690, dejó 25 000 pesos para la fundación de un colegio de jesuitas en Teruel, que se vieron acrecentados por otros 5000 aportados por su viuda. El Consejo de Aragón, el 16 de marzo de 1696, informó al rey favorablemente la fundación del colegio tras recibir un memorial de Tomás Muniesa, provincial de los jesuitas, y los informes favorables de la ciudad, el virrey de Aragón y el obispo de Teruel⁷⁰. Sin embargo, un informe de otro provincial de los jesuitas, Manuel Piñeiro, afirma que algunos eclesiásticos de Teruel se opusieron y consiguieron apoyo de los gremios y de los demás religiosos; en su oposición, llegaron a romper, por la noche, los cristales de las ventanas del obispo y procuraron la anulación del convenio con la ciudad. El concejo, ante la situación, pide al obispo que no se saque el decreto de aprobación. Al parecer, el principal enemigo de la fundación, en el seno del concejo, fue Bartolomé Pérez de Cuevas⁷¹, el cual en el escrito dirigido al concejo, entre otras cosas, afirma que «la guerra está publicada, el enemigo viene y así avemos de tornar las armas contra él».

El intento de fundar el colegio no llegó a prosperar y no será hasta mediados del siglo XVIII, siendo obispo Pérez de Prado, cuando se establezca⁷². La fundación fue impulsada por el prelado y contó con la resistencia de las órdenes ya instaladas en Teruel, las cuales se quejaban de que el obispo solo hablaba bien de los jesuitas y aducían que ya había en la ciudad demasiados conventos para una población tan pequeña; era, por tanto, superfluo erigir uno nuevo. Sin embargo, el obispo sorteó las dificultades y logró que se estableciera el colegio, sin duda por su especial relación con los jesuitas y por la importancia educativa que podía tener su presencia en la ciudad.

La Compañía de Jesús desarrolló una amplia labor en el terreno de la enseñanza secundaria donde adquirieron un gran prestigio. Una parte de su éxito se debe a que enseñaban gratuitamente, salvo a los alumnos que residían en sus colegios, los cuales se extendieron fundamentalmente por el mundo urbano. Su método pedagógico probablemente también era superior al de otras escuelas.

⁷⁰ AHN, Consejos, Libro 1896-E, ff. 150v-154.

⁷¹ Escrito redactado por el provincial de los jesuitas, Manuel Piñeiro, a finales del siglo XVII. BN, Ms. 21879, n.º 4.

⁷² García Miralles, siguiendo al padre Astrain, afirma que se fundó el colegio en 1699, pero que dejó de funcionar en 1719. Manuel García Miralles, «El obispo...», *op. cit.*, p. 125.

Además, en una parte de sus centros, ofertaban la posibilidad de formar a los muchachos desde las primeras letras hasta la enseñanza del latín, ventaja que no ofrecían otras instituciones dedicadas a la enseñanza.

El interés del prelado, así como las dificultades de la fundación, quedan patentes en la carta que el obispo dirige, en una fecha indeterminada, pero antes de la creación del colegio, a Francisco Retz, prepósito general de la Compañía de Jesús. Este no confirma la fundación por tres motivos: carece de dotación económica, las condiciones que pone el obispo y la imposibilidad de admitir las capitulaciones de la ciudad. Pérez de Prado contesta intentando rebatir los tres inconvenientes para lograr la aprobación por parte del jesuita.

El obispo explica las aportaciones que ha hecho para la dotación del colegio, las cuales no son una promesa sino una realidad. Menciona la entrega de dos heredades contiguas con cuyo rendimiento se pueden mantener catorce personas. Habla de la próxima entrega de la librería, de los gastos realizados en el adorno de la iglesia y la sacristía, con su aporte de alhajas de plata, refectorio, cocina y despensa del alojamiento interino de los padres, además de explicar que ya hay piedra y cal dispuesta para la construcción de la fábrica. Por otra parte, con las aportaciones de la ciudad y de la comunidad de aldeas para sustentar maestros de primeras letras y Gramática, se garantiza la manutención de tres frailes más. Recuerda que también entrega su capilla y el compromiso de adquirir una pensión perpetua que permitirá mantener a cinco individuos.

Pérez de Prado defiende sus condiciones, que estima ligeras. Pedía que dos jesuitas, cuando hubiera un número suficiente, salieran en misión durante dos meses por los pueblos de la diócesis; también que los padres jesuitas atendieran a las religiosas de Rubielos de Mora. Además, solicitaba que los jesuitas hicieran dos saluciones diarias, una a la Inmaculada y otra a los dolores de la Virgen. Considera el obispo que no puede ser gravosa una avemaría diaria rezada por uno en nombre de todos; finaliza su alegato pidiéndole «por amor de la misma señora y estos misterios, no me niegue este consuelo quando tanto deseo merecerle...».

Finalmente, estaban las condiciones impuestas por la ciudad, que al parecer no eran totalmente ajustadas a las pretensiones de los jesuitas. Los padres de la Compañía tenían por costumbre establecer acuerdos con las autoridades locales allí donde se establecían. Los textos de los acuerdos son muy parecidos en todas las ciudades, y en ellos buscan mantener su independencia además de lograr aportaciones económicas para el sustento de sus colegios. El prelado turolense,

en su carta al prepósito, trata de minimizar las peticiones de la ciudad, además de que entiende se podrán rebajar en el futuro⁷³.

El prelado también trató de obtener el apoyo real, en forma de concesión de alguna merced a beneficio del colegio. Así lo expresa en la carta que dirige al confesor real, Jaime Antonio Fevre, el 17 de abril de 1744, donde hace una relación de las sumas que él ha aportado para la fundación, a pesar de las cortas rentas del obispado. Igualmente indica la exigencia de la ciudad de poner una escuela de primeras letras con maestro y ayudante, además de aulas de gramática con tres maestros; la ciudad y la comunidad de Teruel aportan, para este fin, 320 pesos anuales⁷⁴.

Finalmente, el colegio turolense funciona a plena satisfacción y en 1758 contaba con quince religiosos y una economía saneada. El cierre del colegio tras la expulsión de los jesuitas dejó a Teruel sin un centro de estudios medios de cierta reputación y probablemente el más valioso en cuanto a sus condiciones pedagógicas. Los esfuerzos de Pérez de Prado habían resultado, a la postre, casi inútiles.

El culto a la Inmaculada

Francisco Pérez de Prado fue un gran devoto de la Inmaculada e impulsó el culto a la misma en el obispado, implicando a diversas instituciones en su empeño devocional, mostrando la importancia e influencia que un obispo podía tener a la hora de promover un culto determinado, aunque este no tuviera demasiado arraigado previo.

El obispo logró que el ayuntamiento de la ciudad, en 1739, se comprometiera en la defensa de la concepción inmaculada de la Virgen y que reconociera a la Inmaculada como protectora y patrona de la misma. Los munícipes también encargaron un cuadro de la Purísima para situarlo en la sala de plenos de la institución⁷⁵.

⁷³ «Nada importan estas condiciones, ni quitarían alimentos a los P. P. ni intentarán romper los maestros, ni hacer visita de autoridad alguna. Y más es que el pacto de no adquirir heredades en este término de Teruel se quitará por la misma ciudad en adelante, después que esté sentada la compañía... (...) Hoy lo que nos importa es no tocar ni mover estas especies, porque aunque estamos en paz exterior sé yo bien que hay hartos fuegos vajo las cenizas y suplico a V. Rma. se contente de que nada se toque por ahora...». BN, Ms. 4176, ff. 342-344v.

⁷⁴ Universidad de Valladolid, Biblioteca Universitaria, Comunicaciones varias y consultas morales, U/Bc Ms. 280, ff. 31-33v. Recuperado de <http://almena.uva.es/record=b1513677>

⁷⁵ BN, Ms. 4176, ff. 161-163.

El clero de la ciudad, tanto el catedralicio como el de las parroquias, también jura defender la Inmaculada y la nombra patrona. Tanto la catedral como el capítulo de racioneros hicieron estatutos para recoger e impulsar su culto.

El cabildo de la catedral añadió como patrona a la Inmaculada y se comprometió a realizar una salutación a la Virgen todos los días, antes del canto de las horas. El juramento de defender la limpia concepción de María se exigiría, a partir de entonces, a todos los clérigos de la misma antes de entrar a su servicio.

Los racioneros estatuyeron que el día de la Inmaculada hubiera culto solemne, como en los demás días de primera clase; al vicario correspondía presidir el oficio y cantar la misa acompañado de los dos racioneros más antiguos. Se contempla también procesión general con presencia de todos los racioneros, incluidos los jubilados no impedidos. Al octavo día de la Inmaculada, se debe predicar sobre este misterio y, en cada uno de los días de la octava, después de laudes, se cantará solemnemente la salve. Por su parte, los nuevos racioneros, antes de ser admitidos, estarán obligados a jurar defender la inmaculada concepción de María⁷⁶.

Un año después, en 1740, Marco Antonio Pérez y Novella, racionero de la iglesia de Cella, escribe al prelado relatando los actos que se han celebrado en la localidad para honrar a la Virgen⁷⁷. El día de san Esteban se celebró con todo regocijo la Inmaculada para lo cual colocaron un dosel con su efigie en el altar mayor, además de predicar sobre el misterio y sobre la razón de su elección como patrona y del juramento que se llevaría a cabo. Tras el rezo de completas, se llevó a cabo una procesión general a la que asistió todo el clero; al llegar a la iglesia, los eclesiásticos juraron defender la Inmaculada. Tras ellos, hicieron lo mismo los miembros del ayuntamiento y el resto de las personas, que fueron más de quinientas. Se terminó con el canto de la salve. Se había previsto, para dar mayor solemnidad a los actos, hacer una hoguera y preparar luminarias, pero la lluvia lo impidió; no obstante, sí hubo repique de campanas y disparos de fusiles por espacio de una hora. Como se ve, todo un programa religioso y festivo para seguir al prelado en su impulso a la devoción de la Inmaculada.

La particular devoción de Pérez de Prado se plasmó en la construcción, a su costa, de una suntuosa capilla en la catedral dedicada a la Inmaculada⁷⁸; fue él,

⁷⁶ BN, Ms. 4176, ff. 181-181.

⁷⁷ BN, Ms. 4176, ff. 182-183.

⁷⁸ Además de esta capilla, costeó el altar mayor de la iglesia de San Miguel, en la ciudad, en cuyo nicho central hay una imagen de la Inmaculada. Su labor de mecenazgo se completa

personalmente, quien controló todo el proceso de construcción de la misma y su escudo quedó situado en la parte alta, encima del altar. Se trata de una de las capillas más importantes de la catedral, posee un retablo y los laterales quedan adornados con sendos lienzos que hacen alusión a la sesión quinta del Concilio de Trento –donde se habla del pecado original y de la exclusión de la Virgen del mismo– y a la Virgen triunfante.

El hospital de Nuestra Señora de la Asunción

Pérez de Prado dejó constancia en la diócesis de su preocupación por los pobres y de su generosidad para con los mismos, como se aprecia en su decisión de ocuparse de la asistencia hospitalaria de los más necesitados. Sigue así una de las características del buen obispo, aquel que se considera administrador de las rentas de su obispado, no dueño, y que el pobre ha de ser objeto de su atención. La obligación de atender a los pobres nace por el hecho de que estos son imagen de Jesucristo, a quien verdaderamente se le da.

Durante la Edad Media, en la ciudad de Teruel, la asistencia a los pobres enfermos se sustentó en diversos establecimientos hospitalarios mantenidos por los gremios y las cofradías⁷⁹. La dispersión de centros asistenciales se acabará en 1551, año en el que se unificaron los hospitales existentes para formar el hospital general de la ciudad de Teruel, denominado de Nuestra Señora de la Asunción. La condición para ser atendido en el hospital era ser pobre y estar enfermo.

El hospital dependió del concejo de Teruel durante dos centurias, pero desde 1742 era sostenido realmente por el obispo Pérez de Prado y, en 1752, la ciudad cedió el patronato a la mitra. El obispo lo dotó con bienes personales y rentas

con la donación de dieciocho capas ceremoniales para uso del clero catedralicio y las aportaciones para los conventos de religiosas de Teruel y Rubielos de Mora, además de la gran custodia de plata que se emplea para la procesión del Corpus. Respecto a esta, la Biblioteca Nacional conserva un dibujo que J. M. Prados considera un proyecto de custodia encargado por el obispo de Teruel, Francisco Pérez de Prado, a Bernabé García de los Reyes (1696-1763), un destacado platero cordobés del 2.º tercio del siglo XVIII, que la realizó en Córdoba entre los años 1738 y 1742. BN, Dib/15/85/38. C. Tomás Laguía, «Las capillas de la catedral de Teruel», *Teruel*, 22, 1959, pp. 84-89. Santiago Sebastián López, *Inventario artístico de Teruel y su provincia*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1974, p. 407.

⁷⁹ José Manuel Latorre Ciria, «Producción, rendimientos y renta de la tierra en las explotaciones agrarias propiedad del Hospital de Teruel (1771-1832)», *Investigaciones Históricas*, 30, 2010, pp. 71-98.

eclesiásticas para que pudiera cumplir con su función asistencial. Merced al apoyo episcopal el hospital pudo comprar una serie de tierras en las inmediaciones de Teruel, convirtiéndose así en dueño de una masada en Villastar y de otra en Villaespesa. Posteriormente, estas masadas incrementaron ligeramente su extensión por medio de compras. No eran las únicas propiedades del hospital, pues también disponía de un molino harinero y de algunas tierras en Teruel, así como diversas fincas en los lugares de Cuevas Labradas y Villalba Baja, localidades muy próximas a la capital. Con los ingresos procedentes de la explotación de estas propiedades, de los réditos de los censos, de los donativos procedentes de particulares y de las aportaciones de la mitra, pudo mantener una importante labor asistencial hasta los años treinta del siglo XX.

Otras actuaciones pastorales

Uno de los temas que ocupó al obispo durante su pontificado fue el del adecuado cumplimiento, por parte del clero, de sus obligaciones respecto a la celebración de las misas fundadas o encargadas por los fieles. Trató de averiguar con los mandatos de visita y las circulares dirigidas a los párrocos las celebraciones de cada parroquia y su grado de cumplimiento. Dado que no se respetan sus mandatos, en 1738 dispone que se hagan las cuentas en las iglesias de las misas que se deben celebrar y de las que realmente se celebran, ordenando se las envíen en un plazo de ocho días; también ordena que no celebren misas sacerdotes sin licencia del obispo, que los beneficiados y capellanes residentes cumplan por sí mismos la obligación de sus congruas, sin poderlas pasar a otros, y que las misas de los ausentes queden a cargo de los clérigos residentes⁸⁰.

Algunas iglesias, como la colegiata de Rubielos de Mora en 1742, pidieron la reducción de las misas debido a la minoración de los ingresos procedentes de los capitales que dejaron los donantes. Tras un minucioso proceso, que incluía el permiso de Roma, se autorizó una drástica reducción de los distintos tipos de misas. Sin embargo, se ordenó que las misas y aniversarios reducidos debían aplicarse colectivamente por todos los bienhechores, recordando que, si en el futuro aumentaban las rentas, se aumentarían las misas⁸¹. No obstante, esto no

⁸⁰ ADT, Caja 46, Dc. 4.

⁸¹ Se reducen las «misas cantadas que llaman doblas» de 708 a 327 y los aniversarios de 156 a 72; en 1752 se volvieron a reducir y quedaron así: 274 doblas y 56 aniversarios. Era, por tanto, una drástica reducción. ADT, Caja 75, Dc. 14.

sucedió, al contrario, en 1752 hubieron de reducirse nuevamente tras la Pragmática real del 25 de julio de 1750, que situó el interés de los censales en el tres por ciento. Al tener menos ingresos, se autorizó a las parroquias una disminución de las misas que debían celebrar, con algunas excepciones⁸². Este es un fenómeno general y, a la larga, provocó una reducción del número de misas fundadas a perpetuidad, para dar mayor peso a las que se celebraban en los momentos cercanos a la muerte⁸³.

Junto al deseo de que se cumpla con las celebraciones de las misas, también renovó un edicto de su predecesor en el cargo donde recuerda a los párrocos que, antes de dar la comunión en Semana Santa y Pascua de Resurrección, los fieles presenten un escrito, redactado por un confesor, donde conste que han realizado la preceptiva confesión anual⁸⁴.

La misa debía ser, por otra parte, el lugar idóneo para que los sacerdotes predicaran sobre los artículos de la fe, porque era difícil que los adultos acudieran específicamente a la catequesis. Recordando un breve del papa Benedicto XIII, ordena a los predicadores que utilicen las saluciones antes de los sermones para explicar, de manera sencilla, los fundamentos de la fe⁸⁵.

El ejercicio de su autoridad episcopal sobre las parroquias regentadas por el clero regular y el control de las parroquias situadas en pueblos de órdenes militares fue otra de las cuestiones que ocupó al obispo, en su línea de defensa de sus prerrogativas como pastor de la Iglesia.

En el primer caso, traslada las disposiciones del papa al respecto, recordando que todos los monasterios que tengan parroquias con cura de almas, en todo lo concerniente a esta y a la administración de los sacramentos, están sometidos a la visita y corrección de los obispos, excepto aquellos en los que los abades generales o superiores tienen su sede. Los sacerdotes regulares que ejercen de párrocos están sometidos a la visita del obispo, el cual puede investigar sobre su vida y costumbres, así como sobre el grado de cumplimiento de sus responsabilidades parroquiales. Los regulares no pueden ejercer de párrocos, aunque tengan licencia de su superior, sin permiso del obispo; por otra parte, tanto el

⁸² Francisco Antonio Campillo y Pedro Arascot, *Nos los provisores y gobernadores de la ciudad y obispado de Teruel... a todas las iglesias y capítulos...*, Biblioteca Pública de Teruel (BPT), Fondo Antiguo (FA), sig. 1208.

⁸³ Michel Vovelle, cit. Philippe Ariès, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, pp. 156-157.

⁸⁴ BN, Ms. 4176, ff. 70-70v.

⁸⁵ ADT, Caja 281, Carpeta 1A.

prelado como el abad del monasterio los pueden remover sin informarse previamente entre ellos⁸⁶. Además de los sacerdotes, también las iglesias pueden ser visitadas por el prelado.

El obispado de Teruel incluía, en su territorio, cuatro encomiendas de órdenes militares, y las relaciones no siempre fueron distendidas. En una parte del escrito de visita *ad limina*, Pérez de Prado informa que los curatos de estas encomiendas son libres y seculares, unos se confieren por concurso y otros a presentación del caballero comendador en nombre de la religión, pero todos con aprobación y colación del ordinario. Los obispos, afirma, han visitado las iglesias y dejado sus mandatos y edictos de visita. Sin embargo, la Orden de San Juan ha intentado introducirse en la visita de estas iglesias, lo que ha dado lugar a los correspondientes pleitos⁸⁷.

La paz, en 1742, se altera porque el comendador de Villed, José Sánchez Muñoz, de la nobleza turolense, hombre de índole dura y genio inquieto, según la opinión del prelado, ha intentado declararse por ordinario eclesiástico de su encomienda y visitar plenamente las iglesias; además, ha obligado con violencia y malas palabras a los curas y beneficiados a que en sus visitas le salgan a recibir con palio a la puerta de la iglesia. Ante esta actitud, el obispo presenta sus razones y pide una declaración. En definitiva, Pérez de Prado sigue fiel a su política de defender la jurisdicción del obispo en todos los frentes donde esta pudiera ser puesta en cuestión por terceros.

Al prelado le vemos también actuando en defensa de las religiosas del convento de carmelitas descalzas en la disputa que mantuvieron, en 1745, con el patronato de la limosna fundada por Francés de Aranda, defendiendo la libertad de las monjas para elegir libremente a las religiosas de su convento, aunque estas estuvieran dotadas por la citada limosna⁸⁸. El presidente del patronato se queja porque las monjas, dentro de las ocho plazas que tienen las hijas de la ciudad para entrar sin dote, han elegido a una joven de la comunidad de aldeas existiendo hijas de Teruel que podrían ser admitidas; además, aduce que el patronato no tiene facultad para dotar a chicas procedentes de la comunidad.

Pérez de Prado refutará las razones del patronato aludiendo a la escritura fundacional del convento y al acuerdo entre este y la limosna firmado en 1686, defendiendo en todo momento la libertad de las religiosas para elegir a las

⁸⁶ ADT, Caja 281, Carpeta 1A.

⁸⁷ BN, Ms. 4176, ff. 185-188.

⁸⁸ BN, Ms. 4176, ff. 321-330.

personas que habían de profesar en su convento. Solo estaban obligadas, y por pura cortesía, a informar por escrito al patronato de las personas elegidas. Además, solicita al patronato que no dé crédito a las críticas que se hacen a las monjas por, presuntamente, preferir a las hijas de la comunidad, ni a los que hablan de discordias en el seno de la comunidad de religiosas acerca de esta cuestión.

Años después, en 1754, estando ya el prelado de inquisidor en Madrid, da instrucciones muy precisas a las monjas de Santa Teresa acerca de cómo deben actuar cuando hagan elección de una nueva monja procedente de la comunidad, cumpliendo escrupulosamente el acuerdo firmado con el patronato. Insiste en la necesidad de la discreción, en que sea solo la priora quien hable con los patronos y les dé la información escueta y precisa que contempla el acuerdo. Aunque en la decisión haya voces discrepantes dentro del convento, las monjas deben guardar estricto secreto sobre ello⁸⁹.

Pérez de Prado, como vemos, se esfuerza en defender sus prerrogativas como obispo, su jurisdicción, y defiende también a otros colectivos eclesiásticos, como las mencionadas religiosas. Pero también el prelado supo estar al lado de sus feligreses para defender su bienestar económico. Así le vemos defender ante el rey la necesidad de levantar la prohibición de sacar granos fuera de Aragón porque esto perjudicaba muy seriamente a las gentes de Teruel, cuya actividad económica giraba en torno a Valencia, lugar a donde se exportaban los granos y la lana y de donde procedían otros productos que los turolenses precisaban⁹⁰.

Un largo alegato lo dirigió al Consejo de Castilla, en 1750, para pedir que no se cargaran con nuevos arbitrios los productos de primera necesidad consumidos por los turolenses para hacer frente a la deuda censal que pesaba sobre el ayuntamiento. El dolor de sus ovejas afligidas, escribe, le obliga a hablar por Teruel y sus comunes⁹¹. La guerra provocó ruina, escribe, pero no es justo que solo la paguen los pueblos, no los acreedores. Alude a la pobreza de la tierra y a diversos agravios comparativos con otras ciudades a las que no se grava con esos arbitrios ni se les imponen los tributos aduaneros que recaen sobre los turolen-

⁸⁹ «Aquí importa mucho (y lo quisiera repetir muchas veces) el modo uniforme y muy secreto de proceder y hablar con el patronato y téngase muy presente lo que digo en casos semejantes». BN, Ms. 4176, f. 334.

⁹⁰ Escrito del 24 de agosto de 1737, BN, Ms. 4176, ff. 215-216v.

⁹¹ «Teruel debe pagar réditos: luego destrúyase Teruel para pagarlos y después nos quedaremos sin pagar y sin Teruel» (f. 276). BN, Ms. 4176, ff. 268-288.

ses⁹². Es una larga, razonada y sentida defensa de sus fieles diocesanos, que nos muestra a un obispo sensible con las necesidades materiales de los turolenses.

Por último, cabe mencionar que, tras su marcha a Madrid como inquisidor general, su vicario dio a la luz varios edictos, los cuales sin duda contarían con su aprobación. Uno de ellos vio la luz en 1747 y hace referencia al precepto de no trabajar en días festivos y de respetar los templos con un comportamiento y vestimenta adecuados⁹³. El segundo, de 1751, se refiere a la prohibición de los préstamos con interés y de otras prácticas comerciales usurarias o injustas, que nos revela el mantenimiento de la doctrina más tradicional sobre la cuestión, en un momento que se abre camino la economía liberal⁹⁴.

CONCLUSIONES

El obispo Pérez de Prado logró ascender a la importante responsabilidad de inquisidor general cuando se hallaba al frente de la diócesis de Teruel, una de las de menor rango en el conjunto de las diócesis españolas. Se diría que podría ser considerada una diócesis de inicio, paso previo para otros destinos superiores. Su proximidad a los jesuitas, con gran influencia en la corte durante la primera mitad del siglo XVIII, debió ser decisiva para ese ascenso.

Su labor al frente de la Inquisición ha sido criticada por su debilidad ante los jesuitas, representados en la figura del P. Rávago, confesor del rey. La publicación del Índice expurgatorio, en 1747, le puso en el centro de una gran polémica, por la inclusión en el mismo de obras admitidas por Roma. El control de los libros fue una de las preocupaciones de la Inquisición en el momento que él la presidió, lo que se tradujo en la publicación del correspondiente edicto para atender esta cuestión.

⁹² «Si vamos al reyno de Valencia hallamos lo mismo. Debe Valencia y debe mucho: padecen sus acrehedores, como a mí me consta. Si esto se había de seguir: luego pague Valencia. Con todo vemos que no se sigue o que no paga, ni sus lugares, teniendo tanta menos necesidad, mexor país y variedad de frutos y cosechas. Pues a vista de esto como puede parecer razón en el derecho público que pague Teruel entre poca tierra y muchos montes, elada, sin fruta y sin la vecindad del mar que tantas conveniencias trae a Valencia». BN, Ms. 4176, f. 277.

⁹³ Francisco Antonio Campillo, *Nos el Dr. D. Francisco Antonio Campillo y Tarín, provisor, vicario general y gobernador de la ciudad y obispado de Teruel... a todas las personas eclesiástica...*, BPT, FA, sig. 1208.

⁹⁴ Francisco Antonio Campillo, *Nos D. Francisco Antonio Campillo y Tarín... provisor general y gobernador... a todas las personas de uno y otro sexo estantes...*, BPT, FA, sig. 1208.

Su actuación como obispo de Teruel, sin embargo, nos presenta una imagen diferente del prelado. Actúa con decisión en temas morales, mostrándose riguroso en el control de las fiestas y los bailes, a los que considera una fuente de pecado. Llevado por el deseo de proteger a las almas de sus diocesanos, no dudó en prohibir diversas manifestaciones lúdicas, bajo pena de severas sanciones morales, pero también con amenazas de imposición de multas.

Defensor a ultranza de la jurisdicción episcopal, chocó con las autoridades civiles, en un momento en que los monarcas pretendían tener la plena jurisdicción sobre sus súbditos, lo que implicaba una retirada de la extensa jurisdicción eclesiástica.

En el terreno estrictamente eclesiástico, también defendió con fuerza la jurisdicción episcopal frente al clero patrimonial, el regular o las órdenes militares presentes en su diócesis.

Como buen obispo tradicional, se muestra generoso con los pobres, se interesa por la educación y no duda en defender los intereses económicos de sus diocesanos en momentos de dificultad.

En el plano de las devociones, promocionó cuanto pudo el culto a la Inmaculada, invitando al clero y a las instituciones civiles a seguirle. Se mostró generoso en el mecenazgo artístico, cuya obra principal, la capilla de la Inmaculada de la catedral, está en línea con su especial devoción a ese misterio.

En resumen, si su trabajo como inquisidor ha sido cuestionado por algunos autores, no puede decirse lo mismo de su labor pastoral al frente del obispado de Teruel, que se revela amplia e intensa, siguiendo los patrones del clero más tradicional.

Bibliografía

- ÁLVAREZ DE MORALES, A., *Inquisición e Ilustración (1700-1834)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982.
- ARIÉS, Ph., *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus.
- ASTRAÍN, A., *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, Tomo VI, Madrid, 1920, p. 22.
- BARRIO GOZALO, M., *El sistema benefical de la iglesia española en el Antiguo Régimen (1475-1834)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2010, pp. 17-26.
- BENLLOCH POVEDA, A., «Jurisdicción eclesiástica en la Edad Moderna: el proceso», en E. Martínez Ruiz y M. de Pazzis (coords.), *Instituciones de la España Moderna. 1. Las jurisdicciones*, Madrid, Actas, 1996, pp. 113-142.
- CATALÁN MARTÍNEZ, E., «El derecho de patronato y el régimen benefical de la iglesia española en la Edad Moderna», *Hispania Sacra*, 56, 2004, pp. 135-167.

- DEFOURNEAUX, M., *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII», en R. García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, Tomo IV, Madrid, BAC, 1979.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, Ariel, 1976.
- EGIDO, T., «La Inquisición en la España borbónica: el declive del santo oficio (1700-1808). I. La nueva coyuntura. 1. La España del siglo XVIII», en J. Pérez Villanueva y B. Escandell Bonet (dirs.), *Historia de la Inquisición en España y América*, Vol. I, Madrid, BAC, 1984.
- EGIDO, T., «El regalismo y las relaciones Iglesia-Estado en el siglo XVIII», en R. García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, Tomo IV, Madrid, BAC, 1979, pp. 123-249.
- EIXARCH SANTAPAU, M., *Los obispos de Teruel*, Teruel, 1893, pp. 125-146.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E., «Segundo centenario de la expulsión de los jesuitas de Teruel», *Teruel*, 38, 1967, pp. 165-175.
- FRAILE MIGUÉLEZ, M., *Jansenismo y regalismo en España*, Madrid, Editorial Agustiniana, 2010.
- GALVÁN RODRÍGUEZ, E., «El inquisidor general», en J. A. Escudero (dir.), *La Iglesia en la historia de España*, Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 563-569.
- GALVÁN RODRÍGUEZ, E., *El Inquisidor General*, Madrid, Dykinson, 2010, pp. 808-823.
- GARCÍA MIRALLES, M., «El obispo Pérez de Prado», *Teruel*, 10, 1953, pp. 109-162.
- GARGALLO MOYA, A., «Teruel en la Edad Media: De la frontera a la crisis (1171-1348)», en G. Borrás Gualis (coord.), *Teruel Mudéjar: Patrimonio de la Humanidad*, Zaragoza, Ibercaja, 1991, pp. 8-105.
- GONZÁLEZ LOPO, D., «Aspectos de la vida religiosa barroca: las visitas pastorales», en M. V. García Quintela (coord.), *Las religiones en la historia de Galicia*, La Coruña, Universidad de La Coruña, 1996.
- HORNEDO, R. M.^a de, «Teatro e Iglesia en los siglos XVII y XVIII», en R. García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, Tomo IV, Madrid, BAC, 1979.
- KAMEN, H., *La Inquisición española*, Barcelona, Crítica, 1985.
- LATORRE CIRIA, J. M., «El clero patrimonial en la diócesis de Teruel durante la Edad Moderna», en G. Colás Latorre (coord.), *Sobre cultura en Aragón en la Edad Moderna*, Zaragoza, Mira, 2018, pp. 103-123.
- LATORRE CIRIA, J. M., «Producción, rendimientos y renta de la tierra en las explotaciones agrarias propiedad del Hospital de Teruel (1771-1832)», *Investigaciones Históricas*, 30, 2010, pp. 71-98.
- LATORRE CIRIA, J. M., «Rigorismo moral y defensa de la jurisdicción eclesiástica por Francisco Pérez de Prado, obispo e inquisidor general», en A. L. Cortés Peña, J. L. Betrán Moya y E. Serrano Martín (eds.), *Religión y poder en la Edad Moderna*, Granada, Universidad de Granada, 2005, pp. 353-379.
- LATORRE CIRIA, J. M., «El clero del obispado de Teruel en 1753», *Aragonia Sacra*, VI, 1991, pp. 113-149.
- LAZCANO GONZÁLEZ, R., «Obras y autores agustinos en los índices de libros prohibidos de la Inquisición», *Archivo agustiniano*, 94 (212), 2010, pp. 109-155.
- LEA, H. C., *Historia de la Inquisición española*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982.

- MARTÍ GILABERT, F., *La abolición de la Inquisición*, Pamplona, EUNSA, 1975.
- MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de los heterodoxos españoles*, Tomo II, Madrid, BAC, 1967.
- MORENO MARTÍNEZ, D., «La Inquisición española: descubrimiento o nueva creación», en A. L. Cortés Peña (coord.), *Historia del Cristianismo*, Vol. III, Madrid, Editorial Trotta/Universidad de Granada, 2006.
- PÉREZ PRENDES, J. M., «El tribunal eclesiástico (Sobre el aforamiento y la estructura de la Curia diocesana de justicia)», en E. Martínez Ruiz y M. de Pazzis (coords.), *Instituciones de la España Moderna*, Vol. I, Madrid, Actas, 1996, pp. 143-169.
- PINTO CRESPO, V., «Una reforma desde arriba: Iglesia y religiosidad», en Equipo Madrid, *Carlos III, Madrid y la Ilustración*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 155-188.
- POLO RUBIO, J. J., «Episcopologio de Teruel», *Aragonia sacra*, 16-17, 2001-2003, p. 148.
- PROSPERI, A., *El concilio de Trento. Una introducción histórica*, Ávila, Junta de Castilla y León, 2008.
- RÍO, M.^a J. del, «Represión y control de fiestas y diversiones en el Madrid de Carlos III», en Equipo Madrid, *Carlos III, Madrid y la Ilustración*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 299-329.
- SAAVEDRA FERNÁNDEZ, P., «Los campesinos y sus curas», en M.^a J. Pérez Álvarez y L. M. Rubio Pérez (eds.), *Campo y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispano*, León, Fundación Española de Historia Moderna, 2012, pp. 54-56.
- SÁNCHEZ RIVILLA, T., «Biografía de la cúpula del Santo Oficio. Inquisidores generales y consejeros de la Suprema: documentación biográfica», en J. Pérez Villanueva y B. Escandell Bonet (dirs.), *Historia de la Inquisición en España y América*, Vol. III, Madrid, BAC/Centro de Estudios Inquisitoriales, 2000, pp. 228-440.
- SEBASTIÁN LÓPEZ, S., *Inventario artístico de Teruel y su provincia*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1974, p. 407.
- TOMÁS LAGUÍA, C., *La insigne Colegiata de Santa María de Mora de Rubielos*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1964.
- TOMÁS LAGUÍA, C., «Las capillas de la catedral de Teruel», *Teruel*, 22, 1959, pp. 5-159.
- VELASCO PÉREZ, S., *Memorias de mi villa y de mi parroquia*, Madrid, Industrial Gráfica, 1925, pp. 356-357.

CLEMENTE SERRANO, CANÓNIGO DE LA CATEDRAL DE SANTA MARÍA DE LA HUERTA DE TARAZONA (ZARAGOZA). LABOR DIOCESANA Y DE PATRONAZGO ARTÍSTICO

JESÚS CRIADO MAINAR
Universidad de Zaragoza

CLEMENTE SERRANO (NAC. 1534/36, DOC. 1552-1607, †1607) es un buen representante del nuevo perfil que la aplicación de las reformas impulsadas por el Concilio de Trento (1545-1563) fue introduciendo de manera inexorable en los cabildos catedralicios españoles durante el último tercio del siglo XVI, orientadas a la configuración de un clero más profesionalizado, con una firme apuesta por la formación universitaria, muy en especial en Teología pero también en Cánones y Leyes, así como por el cumplimiento de la obligación de residir en la institución de la que dependía la prebenda disfrutada¹. Tal y como apunta un informe remitido a Felipe II, la estrecha y prolongada colaboración que mantuvo durante décadas con el ordinario diocesano lo sitúa en una posición de mediador entre su cabildo y los prelados que se sucedieron al frente de la sede turiasonense en este periodo:

El doctor Clemente Serrano, canonigo de Tarazona, de edad de LX años, leyo en Huesca cathedra de canones con grande approbation y aplauso, por ser como es eminente letrado en aquella facultad, y por esto y ser su persona tan conocida en aquel Reyno, todos los obispos del en la lista que an inviado de las personas benemeritas para las canongias de Çaragoça por orden de su Magestad a sido el primero de todos antepu[e]sto, y los obispos que an sido de Tara[zona] de XXX años a esta parte se an servido del para su vic[ariato] general, como al presente lo es del que oy vive, con tanta acceptation y satisfaction que ninguna cosa de gracia ni de justicia expiden sin su parecer y consejo, assi por sus grandes letras, virtud y entereza, como por la larga expirientia que tiene en todo genero de negocios y por la prudentia y

* Grupo de investigación de referencia H01_20R Blancas (Historia Moderna) del Gobierno de Aragón.

¹ Ignasi Fernández Terricabras, *Felipe II y el clero secular. La aplicación del Concilio de Trento*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 289-359, espec. pp. 331-359.

destreza con que los trata. Y a sido siempre medio principal de haverse conservado en aquella yglesia la paz y buena correspondencia que se debe entre el obispo y cabildo, y en las Cortes ultimas de Tara[zona] fue como procurador de su yglesia el que mas se aventajo en todo lo que fue servicio de su Magestad².

Nació en la villa de Calcena³ (Zaragoza), en ese momento una destacada población de señorío episcopal de la Diócesis de Tarazona de la que procedían asimismo los Villalón y los Villarroya, dos familias de eclesiásticos que en el siglo XVI ocuparon puestos relevantes en las iglesias de Tarazona, Tudela, Tortosa y Zaragoza. No conservamos su fe de bautismo⁴ ni conocemos los nombres de sus padres, algo que puede explicarse por sus orígenes ilegítimos –doc. nº 1–. Tampoco hemos podido averiguar un posible parentesco con el calcenero Pedro Serrano (†1560), canónigo de la colegiata de Santa María de Tudela, pues no aparece mencionado en el puntilloso testamento que don Pedro formalizó en Tudela en 1556⁵.

Pudo contar en sus inicios con el apoyo de los Villalón, una de las sagas de eclesiásticos más influyentes de la Diócesis en la primera mitad del siglo XVI⁶, pero las referencias más tempranas que atestiguan esa proximidad datan de 1560, cuando actuó como procurador de Pedro Villalón, arcediano de Teruel en la Seo de Zaragoza y a la par de Calatayud (entre 1555 y 1593) en la de Tarazona⁷, y

² Archivo de la Corona de Aragón, Consejo de Aragón, leg. 606, nº 10, s. f., [s. d., pero 1596]. En Amparo Felipo Orts y Emilio Callado Estela, *Entre la cátedra y el púlpito. Los pavordes de la Universidad de Valencia (siglos XVI-XVII)*, Valencia, Universitat de València, 2016, p. 37.

Agradezco a Beatriz Canellas Anoz su ayuda en la consulta de este expediente.

³ Como se hizo constar en una anotación efectuada en los *Quinque libri* de la localidad con motivo de su óbito, que transcribe Nicolás Sebastián Horno, *Villa de Calcena. Antiguo señorío de la mitra de Tarazona*, Zaragoza, Imprenta Provincial, 2005, pp. 238-239.

⁴ No obstante, la fecha de su nacimiento, en 1534 o 1536, se deduce de dos documentos. El primero es el informe ya citado de 1596, que le otorga una edad de sesenta años. El segundo, seguramente más exacto, es una procura de 1600, en la que manifiesta tener sesenta y seis años; en Archivo Histórico de Protocolos de Tarazona [A.H.P.T.], Martín de Falces, 1600, ff. 153-155 v., (Tarazona, 29-IX-1600).

⁵ Archivo Municipal de Tudela [A.M.Td.], Protocolos notariales, Pedro de Agramont, 1556, ff. 213-222, (Tudela, 10-VI-1552).

⁶ Época en la que floreció otro Pedro Villalón, el célebre camarero del papa Julio II della Rovere, que ejerció durante muchos años como deán de Tudela. En Francisco Fuentes, «Don Pedro de Villalón, deán de Tudela», *Príncipe de Viana*, VII, 24, 1946, pp. 493-530.

⁷ En cuyo nombre recuperó el testamento cerrado que don Pedro había depositado el 7-VI-1550 en poder del notario Juan Miguel. En A.H.P.T., Pedro Pérez, 1560, ff. 37-38 v., (Tarazona, 5-II-1560).

suscribió como testigo una procuración suya otorgada en Calcena⁸. Sus contactos con los Villarroya debieron ser más determinantes, en particular con Pedro I Villarroya (†1569), canónigo de Tarazona y tesorero de Tortosa, que había fundado y dotado espléndidamente una capilla dedicada a la Degollación del Precursor (hacia 1551-1559) en la iglesia parroquial de Calcena, en la que el propio Clemente Serrano ordenó la institución de una capellanía cuando en 1572 dispuso su primer testamento localizado⁹; además, tras el óbito del tesorero representó a sus herederos en algunas gestiones vinculadas al cobro de su legado¹⁰. Como más adelante expondremos, en los años finales de su vida respaldaría la carrera de otro miembro de este linaje, el canónigo Pedro II Villarroya.

En el citado testamento de 1572 don Clemente instituye heredero al doctor Carlos Muñoz Serrano, canónigo doctoral de Tarazona¹¹ (desde 1561) y más tarde obispo de Barbastro (1596-1604). Miembro de otra destacada estirpe de eclesiásticos, don Carlos había estudiado Derecho Canónico en Salamanca, donde obtuvo en 1551 el título de bachiller¹², y años más tarde, en 1558, se doctoraría en esa misma materia en la Universidad Sertoriana de Huesca¹³. Tras desarrollar un brillante currículum en el entorno de la Corte, interviniendo en asuntos tan complejos como la erección de las nuevas diócesis del Alto Aragón, Felipe II le recompensaría con su incorporación al Consejo Supremo de Aragón¹⁴ (en 1594) y la concesión de la silla de Barbastro.

El primer documento localizado de nuestro eclesiástico, del 7 de junio de 1556, lo presenta junto a él. En ese día Francisco de la Cruz, vicario de Calcena,

⁸ Asociada a la testamentaria del canónigo Pedro Serrano. En Archivo Histórico de Protocolos de Borja [A.H.P.B.], Juan de Olsao, notario de Calcena, 1560, ff. 145-146 v., (Calcena, 1-VII-1560).

⁹ Archivo de la Diputación de Zaragoza [A.D.Z.], Fondo de Veruela, nº 149, fragmento de protocolo de Juan Pobar, notario de Tarazona, 1572, s. f., (Tarazona, 25-I-1572).

¹⁰ A.H.P.B., Juan de Olsao, notario de Calcena, 1569, ff. 79 v.-80 v., (Calcena, 4-V-1569).

¹¹ La colación de la canonjía en Archivo de la Catedral de Tarazona [A.C.T.], Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), f. 306, (Tarazona, 2-X-1561); y en A.H.P.T., Francisco Pobar, 1561, s. f., (2-X-1561).

¹² José M^a Lahoz Finestres, «Rectores del Estudio General oscense», *Glossae. European Journal of Legal History*, 12, 2015, p. 460.

¹³ M^a Elena Manrique Ara, «Mecenazgo episcopal y promoción artística en la nueva Diócesis de Barbastro (1573-1604)», *Seminario de Arte Aragonés*, XLIX-L, 2002, pp. 74-75, y pp. 99-102, doc. nº 2 [título de doctor en Cánones].

¹⁴ Jon Arrieta Alberdi, *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-1707)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1994, p. 619.

efectuó una anotación en el primer tomo de los *Quinque libri* de la parroquia para dejar constancia de la notificación de un decreto de la curia diocesana que habían suscrito en calidad de testigos Clemente Serrano y Carlos Muñoz Serrano¹⁵. Calificados de «estudiantes», cabe suponer que ya estuvieran integrados en el estamento eclesiástico¹⁶.

No hay duda de que durante esos primeros años Clemente Serrano también gozó del apoyo del futuro obispo de Barbastro, pues su vida académica siguió pasos bastante similares. Cuando el 6 octubre de 1563 alcanzó en la Sertoriana el título de licenciado en Cánones se hizo constar que era bachiller en dicha materia por Salamanca desde 1552 –doc. nº 1–; y a pesar de que apenas unos días después, el 23 de noviembre, el cabildo de Tarazona le felicitaba por haber obtenido el máximo grado¹⁷, lo cierto es que la documentación del estudio oscense solo lo califica de «doctor en Drecho Canonico» a partir del 9 de marzo siguiente¹⁸. En dicha institución ejerció como rector durante las anualidades de 1563-1564 y 1564-1565¹⁹; además, cuando en 1596 se barajó su nombre para integrar la comisión encargada de reformar la Universidad de Valencia se recordó que había regentado la cátedra de Cánones de la Sertoriana²⁰.

El registro de últimas voluntades del obispo Muñoz Serrano deja entrever esa cercanía personal, pues el prelado dispone en el mismo que se entregue al, por entonces, ya muy anciano canónigo de Tarazona «nuestra silla portatil de fieltro azul con todos sus adrezos para sallir de casa, que por sus muchos años [le] sera de alguna utilidad». Además, le designa albacea de los legados

¹⁵ Nicolás Sebastián Horno, *Villa de Calceña...*, *op. cit.*, p. 243.

¹⁶ Lo estaba ya, al menos, Carlos Muñoz, que el 20-IX-1539 había recibido la primera tonsura. En M^a Elena Manrique Ara, «Mecenazgo episcopal...», *op. cit.*, p. 99, doc. nº 1.

¹⁷ «...no poco nos havemos holgado en haver entendido de su buena salud y que haya tomado el grado de doctor con el cumplimiento que de su buen espiritu y prendas se havia de esperar...». En A.C.T., Caja 104, Registro de cartas de 1562-1565, ff. 88 v.-89.

¹⁸ Archivo Histórico Provincial de Huesca [A.H.P.H.], Universidad Sertoriana, Sumas del Consejo (1532-1564), ff. 229-229 v. (Huesca, 9-III-1564).

¹⁹ *Ibidem*, ff. 219-219 v., (Huesca, 20-III-1563) [nombramiento como rector para 1563-1564]; ff. 220 v.-221, (Huesca, 6-VI-1563) [toma de posesión]; y ff. 229 v.-230 (Huesca, 9-III-1564) [nombramiento como rector para 1564-1565].

Véase José M^a Lahoz Finestres, «Rectores...», *op. cit.*, pp. 462 y 464; el autor indica que también fue rector en la anualidad 1562-1563, pero ha de tratarse de un error.

²⁰ Véase nota nº 2.

y fundaciones que instituye en la catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona²¹.

Con anterioridad, a finales de 1557, Clemente Serrano había tomado posesión de una canonjía en el cabildo turiasonense²², institución a la que permanecería ligado hasta el final de sus días. Sin embargo, en el otoño de 1566 su procurador hubo de responder a un requerimiento del obispo Juan González de Munébrega (1547-1567) mediante el que le demandaba información sobre «las dispensaciones con que ha obtenido la calongia que posee y ha sido ordenado in sacris; y ansimesmo las cartas de ordenes para ver y conocer si con justo titulo posee el dicho canonicato y si esta legitimamente ordenado», afirmando que el prelado carecía de la jurisdicción requerida al tiempo que apelaba en nombre de su principal a la Santa Sede²³. Este documento deja entrever la posibilidad de que en ese momento aún no hubiera recibido órdenes mayores; de hecho, el único texto que lo califica de presbítero es su último testamento –doc. nº 2–.

Como veremos en el siguiente apartado, dedicó una buena parte de su trayectoria profesional al servicio de su cabildo y Diócesis como canonista y curialista, representando a ambas instituciones en diferentes sínodos y reuniones de Cortes al tiempo que actuaba como vicario general y oficial de la curia. Consciente de las necesidades de su iglesia y el clero que la conformaba, en 1591 entregó 3300 sueldos para dotar distribuciones *ad omnes horas* en la conmemoración de su santo epónimo y para fundar una procesión en las vísperas de su festividad²⁴. Cuando en septiembre de 1605 modificó la institución de la capellanía que había fundado en 1600 en su capilla de San Clemente y Santa Lucía de la catedral de Tarazona hizo constar que había servido en ese templo como canónigo durante cuarenta y seis años²⁵.

Nuestro prebendado afrontaba la recta final de su carrera –y de su vida– y apenas unos meses después, a finales de enero de 1601, el cabildo escribía a la

²¹ M^a Elena Manrique Ara, «Mecenazgo episcopal...», *op. cit.*, pp. 146-153, doc. nº 16, espec. pp. 150 y 152-153. El testamento se otorgó el 2-I-1604.

²² La colación de la canonjía en A.C.T., Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), ff. 303-303 v. (Tarazona, 23-XII-1557).

²³ A.H.P.T., Francisco Pobar, 1566, s. f. (Tarazona, 30-XI-1566).

²⁴ A.C.T., Caja 149, Actas capitulares (1587-1605), f. 26 (Tarazona, 12-IX-1591).

²⁵ A.H.P.T., Juan Francisco Pérez, 1605, ff. 223-228 v. y 228 v.-231 (Tarazona, 28-III-1605).

Santa Sede para informar de que el doctor Serrano «por sus años y enfermedades» deseaba designar como coadjutor de su canonjía a Pedro II Villarroya (†1617), «de quien el cabildo de Tarazona tiene mucha satisfacion», demandando a la Curia Romana la preceptiva licencia²⁶. Dos meses antes, en noviembre de 1600, el doctor Serrano había remitido una procura para hacerse con las oportunas bulas de dispensa y retorno con el fin de que, además, tras su muerte Pedro II Villarroya obtuviera su beneficio²⁷.

A pesar de que los documentos turiasonenses de los primeros años del siglo XVII lo presentan entrado en senectud y con problemas de salud²⁸, si hacemos caso a Vincencio Blasco de Lanuza, tras la secularización de la catedral metropolitana de Zaragoza en 1604 y la profunda remodelación a la que fue sometido su cabildo, se pensó en el eclesiástico de Calcena para que asumiera la canonjía doctoral²⁹. Es importante recordar que Blasco de Lanuza era canónigo de esa iglesia y escribía sobre hechos que conocía de primerísima mano, pero la verdad es que no hay constancia de que el doctor Serrano llegara a tomar posesión de esta prebenda.

Enfermo, el 26 de junio de 1607 entregaba una plica cerrada con su testamento al notario turiasonense Martín de Falces y casi cinco meses después, el 21 de noviembre, se procedía al reconocimiento de su cadáver en sus casas de la Ciudad del Queiles y a la lectura de sus últimas voluntades –doc. nº 2–. Entre ambos hechos aún tuvo tiempo de dictar un codicilo –doc. nº 3–.

²⁶ A.C.T., Caja 104, Registro de cartas de 1598-1679, f. 41 (Tarazona, 29-I-1601).

En agosto de 1603 se dio posesión a Pedro II Villarroya de la coadjutoría de la canonjía del doctor Serrano; en A.C.T., Caja 149, Actas capitulares (1587-1605), f. 328.

²⁷ A.H.P.T., Martín de Falces, 1600, ff. 153-155 v. (Tarazona, 29-IX-1600).

Tras el óbito y sepelio del doctor Serrano, el cabildo dio posesión de su canonjía a don Pedro. En A.H.P.T., Juan Francisco Pérez, 1607, ff. 619 v.-623 v. (Tarazona, 23-XI-1607).

²⁸ El 9-I-1601 el notario Martín de Falces le restituía una plica con sus últimas voluntades que le había confiado el 27-IX-1600; a continuación se empezó a redactar un nuevo testamento que quedó interrumpido y sin validez. En A.H.P.T., Martín de Falces, 1601, ff. 16-16 v. y 16 v.-18.

²⁹ Vincencio Blasco de Lanuza, *Historias Ecclesiasticas y Seculares de Aragon. En que se continuan los Annales de Çurita, y tiempos de Carlos V*, Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet, t. II, 1622, lib. V, cap. V, p. 408, y cap. VIII, pp. 415-416. El informe remitido a Felipe II en 1596 proponiendo el nombramiento de Clemente Serrano como visitador de la Universidad de Valencia (véase nuestra nota nº 2) ya alude a esta cuestión.

UNA HOJA DE SERVICIOS IMPECABLE

Gregorio de Argaiz³⁰ alude a la eficiente labor de Clemente Serrano al frente de la curia diocesana al recordar que en el sínodo que el obispo Pedro Cerbuna (1585-1597) celebró en Tarazona en junio de 1593 nuestro clérigo supo «sosegar» con «prudencia» las pretensiones bilbilitanas de otorgar a la colegiata de Santa María la Mayor de Calatayud la preeminencia sobre el resto de los templos del Obispado; una situación que debe entenderse en el contexto del clima de crispación instalado en el arcedianado bilbilitano desde algunas décadas antes. Corrían tiempos difíciles para una Diócesis casi bicéfala, en la que Calatayud y su extenso territorio tenían un peso considerable debido a su mayor población y riqueza con respecto a Tarazona. Esta circunstancia dio pie a que durante el tenso pontificado de González de Munébrega la Ciudad del Jalón empezara a madurar el anhelo de encabezar un obispado independiente, que acabaría tomando cuerpo en tiempos de Cerbuna.

La contribución de nuestro canónigo al desarrollo de este sínodo es la última de esta naturaleza de la que nos ha quedado noticia. La primera corresponde al concilio provincial que el arzobispo Hernando de Aragón (1539-1575) celebró en Zaragoza en 1565-1566 en cumplimiento de lo dispuesto por Trento³¹, en el que el doctor Serrano representó al cabildo turiasonense³². Transcurridos unos meses desde su clausura, los capitulares de Tarazona requirieron a su ordinario para que convocara sínodo diocesano, alegando su gran preocupación por la escasa atención que había prestado al gobierno eclesiástico de la sede moncaína, ocupado como había estado lejos de ella durante muchos años en negocios del

³⁰ Gregorio de Argaiz, *Teatro monastico de la Santa Iglesia, Ciudad y Obispado de Tarazona*, tomo séptimo de *La soledad lavreada por San Benito y sus hijos en las iglesias de España*, Madrid, Antonio de Zafra, 1675, cap. LXIX, p. 430; y José M^a Sanz Artibucilla, *Historia de la Fidelísima y Vencedora ciudad de Tarazona*, Madrid, Imp. Estanislao Maestre, t. II, 1930, cap. XII, p. 159.

³¹ Isidoro Miguel García, *La Diócesis de Zaragoza en el siglo XVI. El pontificado de don Hernando de Aragón (1539-1575)*, Zaragoza, Fundación Teresa de Jesús y Cabildo Metropolitano de Zaragoza, 2015, t. I, pp. 276-308, espec. pp. 292 y 294.

³² Conservamos algunas cartas del cabildo entre las que se incluye una con el nombramiento del doctor Serrano como su representante en el concilio y diversas instrucciones para su intervención en el mismo. En A.C.T., Caja 104, Registro de cartas de 1562-1565, ff. 247-248, 248 v., 251 v., 251 v.-152, 252, 252-252 v., 252 v.-254 y 254-254 v. (Tarazona, 28-VI, 30-VII, 5 y 7-VIII-1565).

Santo Oficio y otros servicios reales, por lo que había delegado el cuidado del culto y las tareas de administración en manos de vicarios que carecían de la cualificación necesaria. Si no lo hacía, el cabildo amenazaba con apelar al arzobispo de Zaragoza, a la Santa Sede o al monarca.

Juan González de Munébrega respondió negando la mayoría de estas tachas, en especial las relativas a sus vicarios, y justificando sus ausencias al tiempo que se ofrecía a organizar sínodo si la salud se lo permitía, no sin antes recordar el rechazo que tales asambleas habían suscitado en ocasiones anteriores entre el clero de Calatayud³³. Días después volvió a escribirles en un tono más duro, recordándoles que en 1550 había realizado ya un primer sínodo y subrayando que la potestad de convocarlo era exclusivamente suya; les rogó que nombraran dos delegados para preparar el encuentro y volvió a rebatir varias de las acusaciones vertidas en la misiva capitular. Tras agradecer su buena voluntad, el procurador del cabildo informó que este había confiado su representación al tesorero Martín de Mezquita y el doctor Clemente Serrano³⁴.

El obispo, con la salud muy quebrada –fallecería en octubre de 1567–, no llegó a efectuar este segundo sínodo³⁵. De hecho, hubo que esperar al pontificado de Juan de Redín y Cruzat (1577-1584) para que se cumpliera esa prescripción del Concilio de Trento. La reunión tuvo lugar, en efecto, el 17 de abril de 1581 y contó con la presencia del clero bilbilitano, que en primera instancia se había negado a asistir. No conocemos el tenor de los asuntos tratados³⁶.

³³ En alusión al sínodo de 1550, en el que intentó regular la percepción de la primicia y la décima motivando la interposición de un pleito por parte de la Comunidad de Calatayud que la Rota falló a favor del ordinario. En Gregorio de Argaiz, *Teatro monástico...*, *op. cit.*, cap. LXXVI, pp. 413-414; véase asimismo Vicente de la Fuente, *Historia de la Siempre Augusta y Fidelísima Ciudad de Calatayud*, Calatayud, Imprenta del Diario, 1881, tomo II, cap. LXXVIII, pp. 246-263.

³⁴ A.H.P.T., Francisco Pobar, s. f. (Tarazona, 1 y 6-XII-1566).

Sobre el tesorero Mezquita véase Jesús Criado Mainar, «Martín de Mezquita, tesorero de la catedral de Nuestra Señora de la Huerta de Tarazona (Zaragoza)», *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, 25, 2017, pp. 9-32.

³⁵ El 7-V-1580, el doctor Serrano, vicario general, respondía de forma negativa a un requerimiento de Martín Esteban, de Carabantes, junto a Gómara (Soria), sobre si ya se había celebrado sínodo en el Obispado tras el Concilio de Trento. En A.H.P.T., Pedro Pérez, 1580, ff. 302-302 v.

³⁶ Gregorio de Argaiz, *Teatro monástico...*, *op. cit.*, cap. LXXVIII, p. 421; y José M^a Sanz Artibucilla, *Historia de la Fidelísima...*, *op. cit.*, t. II, cap. XII, pp. 156-157.

El canónigo Clemente Serrano también representó a su cabildo en dos reuniones de Cortes: tenemos noticia de que concurrió a las de Monzón en 1563-1564 a través de las cartas que le remitieron los capitulares³⁷ y diversas fuentes mencionan su participación en las celebradas en la propia ciudad de Tarazona en 1592³⁸.

No es del todo exacta la afirmación de Nicolás Sebastián de que ejerció como vicario general durante los pontificados de los cinco preladados que cubren el periodo en el que disfrutó de su canonjía³⁹, pues no parece que su relación con el obispo González de Munébrega alcanzara un grado de confianza suficiente para que este le encomendara un oficio de tanta responsabilidad y que durante sus años al frente de la Diócesis desempeñaron otros hombres más cercanos a él, caso del doctor Francisco Pérez⁴⁰.

Las primeras noticias que identifican a Clemente Serrano como oficial y vicario general en sede vacante –y, por tanto, por nombramiento del cabildo– son posteriores a la muerte de este obispo. En ese momento los prebendados acordaron que la remuneración de los vicarios de Tarazona y Calatayud alcanzara los 350 ducados, eligiendo para la sede episcopal al tesorero Mezquita y el doctor Serrano, y para la tierra de Calatayud a Juan Bartolomé Muñoz Serrano, arce-

La situación empezaba, en efecto, a complicarse gravemente. El 20-III-1585 el cabildo acusaba recibo de una carta del doctor Pedro Ximénez [de Aragüés], canónigo de Tarazona y vicario general del arcedianado bilbilitano en sede vacante, remitida el 17-III-1585, en la que este último informaba de las diligencias que la ciudad había emprendido para lograr que Calatayud obtuviera una silla episcopal. En A.C.T., Caja 104, Registro de cartas de 1566-1585, s. f.

³⁷ En las que se alude a la necesidad de someter a la consideración de las Cortes los problemas que se habían suscitado sobre el nombramiento de oficiales diocesanos para las tierras que el Obispado administraba en Castilla –las comarcas de Ágreda y Alfaro–. En A.C.T., Caja 104, Registro de cartas de 1562-1565, ff. 84-85, 88 v.-89, 93, 93 v. y 102-102 v. (Tarazona, 23-XI-1563, 1 y 3-I-1564).

³⁸ Como acredita el informe citado más arriba (véase nota nº 2) y recordará años después Juan de Arruego, *Catedral episcopal de Zaragoza en el templo de San Salvador, desde la Primitiva Iglesia, y en el principio de su fundacion*, Zaragoza, Diego Dormer, 1653, cap. IX, p. 315.

³⁹ Nicolás Sebastián Horno, *Villa de Calceña...*, *op. cit.*, pp. 309-310.

⁴⁰ Que lo hizo en la etapa final, como consta en diferentes documentos entre los que citaremos tres: A.H.P.T., Francisco Pobar, 1564, s. f. (Tarazona, 27-X-1564); Francisco Pobar, 1565, s. f. (Tarazona, 30-IV-1565); y Francisco Pobar, 1566, s. f. (Tarazona, 19-IV-1566).

En 1573 fue promovido al arzobispado de Cagliari. Su biografía en Esperanza Velasco de la Peña y Jesús Criado Mainar, «El inventario de bienes y la biblioteca de Francisco Pérez, arzobispo de Cagliari (Cerdeña). 1574», *Tvriaso*, XII, 1995, pp. 97-133, espec. pp. 98-108.

diano de Tarazona, y el canónigo Jerónimo de Silos, todos miembros el cabildo⁴¹. Diferentes documentos muestran a nuestro prebendado cumpliendo ese cometido en 1569⁴², 1571⁴³ y 1572⁴⁴.

Tras su llegada a la silla episcopal, Pedro Martínez de Luna⁴⁵ (1572-1575) debió confirmar al doctor Serrano como vicario general de Tarazona al tiempo que designaba al doctor Pedro Ximénez de Aragüés maestro del Estudio de Calatayud y vicario de ese arcedianado⁴⁶. Ambos actuarían tres años después como albaceas testamentarios del prelado junto al dominico fray Juan de Granada, prior del convento de Nuestra Señora de la Consolación de Gotor⁴⁷, y levantarían el inventario de sus bienes⁴⁸.

Mientras tanto, el cabildo había designado en el ejercicio de sus competencias nuevos vicarios en sede vacante, ratificando a Clemente Serrano y promoviendo a Juan Bartolomé Muñoz Serrano, arcedianado de Tarazona, para Calatayud y su arcedianado⁴⁹. El 2 de marzo de 1576 amplió la jurisdicción del doctor Serrano a toda la Diócesis⁵⁰ pero a finales de mes llevaba a cabo otro nombramiento de oficios en sede vacante que involucraba a numerosos capitulares y, curiosamente, separaba a nuestro canónigo de esta función al tiempo que le hacía oficial⁵¹.

⁴¹ A.C.T., Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), f. 135 v. (Tarazona, 10-X-1567).

⁴² El 29-X-1569 se titula «vicario general y visitador general de la ciudad y obispado de Tarazona». En Nicolás Sebastián Horno, *Villa de Calceña...*, *op. cit.*, p. 237.

⁴³ A.H.P.T., Francisco Pobar, 1571, s. f. (Tarazona, 20-IX-1571).

⁴⁴ Nicolás Sebastián Horno, *Villa de Calceña...*, *op. cit.*, p. 238.

⁴⁵ Tomó posesión del obispado el 13-XII-1572. En A.C.T., Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), f. 310; y A.H.P.T., Francisco Pobar, 1572, s. f.

⁴⁶ El nombramiento de Pedro Ximénez de Aragüés, doctor *in utroque iuris*, se produjo el 23-I-1573, como refiere Gregorio de Argaiz, *Teatro monástico...*, *op. cit.*, cap. LXXVII, p. 419. Un año después, el 8-XII-1573, ingresaría en el cabildo de Tarazona; en A.C.T., Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), f. 311 v.

⁴⁷ En el testamento se designa albaceas a los vicarios generales de la Diócesis, sin precisar sus nombres, junto al prior de Gotor. En A.D.Z., Fondo de Veruela, nº 150, fragmento de protocolo de Francisco Pobar, notario de Tarazona, 1575, cuadernillo s. f. (Tarazona, 13-II-1575).

⁴⁸ A.D.Z., Fondo de Veruela, nº 151, fragmento de protocolo de Francisco Pobar, notario de Tarazona, 1575, cuadernillo s. f. (Tarazona, 21-II-1575).

⁴⁹ A.C.T., Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), ff. 313 v.-314. Varios documentos emanados de la testamentaria del obispo Luna confirman la acción de los nuevos vicarios. En A.H.P.T., Martín de Falces, 1575-1576, ff. 173-174 v. y 175-183 v. (Zaragoza, 2-VII-1575).

⁵⁰ A.C.T., Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), ff. 206 v.-207.

⁵¹ *Ibidem*, ff. 207-207 v. (Tarazona, 20-III-1576).

El siguiente obispo, el navarro Juan de Redín⁵², mantuvo en el puesto al doctor Serrano con autoridad sobre todo el territorio diocesano⁵³ y delegó en él también como su visitador en 1582⁵⁴. Don Juan le reservó un legado testamentario de 200 ducados al tiempo que lo facultaba como uno de sus albaceas junto a Carlos Redín, su sobrino, y el canónigo Francisco de Alabiano⁵⁵.

Tras el fallecimiento de Juan Bartolomé Muñoz Serrano el 19 de octubre de 1584⁵⁶, el prelado concedió el arcedianado de Tarazona al doctor Clemente Serrano pero el cabildo apeló arguyendo que el nombramiento de dignidades, como el del resto de prebendas, debía hacerse conjuntamente por el obispo y el cabildo⁵⁷. Aunque llegó a usar en algunos documentos ese título⁵⁸, la muerte de don Juan unas semanas después le privó de valedor por lo que el cabildo aprovechó para dar posesión de la dignidad a la cámara apostólica y, meses después –todavía en sede vacante–, previa presentación de las oportunas bulas apostólicas, a su candidato Miguel de Ortí, miembro de una influyente familia local que ya había dado un obispo a la sede⁵⁹. Varias cartas de 1585-1586 refieren que el asunto acabó en pleito, pues los implicados elevaron la causa a los tribunales pontificios, que resolvieron a favor de don Miguel⁶⁰.

⁵² Tomó posesión del obispado el 9-IX-1577. *Ibidem*, f. 319.

⁵³ Así aparece, al menos, en una certificación expedida en Tarazona el 7-V-1580; en A.H.P.T., Pedro Pérez, ff. 302-302 v. Y también en la inspección que el doctor Serrano cursó en Calceña el 1-XI-1581; en Nicolás Sebastián Horno, *Villa de Calceña...*, *op. cit.*, pp. 108-113.

Gregorio de Argaiz refiere, no obstante, que el obispo navarro había designado vicarios generales y visitadores a García de Sesé, deán de Santa María de Calatayud, y al doctor Carlos Muñoz Serrano. En Gregorio de Argaiz, *Teatro monástico...*, *op. cit.*, cap. LXXVIII, p. 420.

⁵⁴ Nicolás Sebastián Horno, *Villa de Calceña...*, *op. cit.*, pp. 241-242.

⁵⁵ A.H.P.T., Martín de Falces, 1584-1585, ff. 187-194 v. (Tarazona, 11-XI-1584).

⁵⁶ Su fe de muerte en A.M.P.T., Pedro Pérez, 1584, ff. 507-507 v. (Tarazona, 19-X-1584).

⁵⁷ A.C.T., Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), f. 229 v. (Tarazona, 26 y 28-X-1584).

⁵⁸ Una procura remitida a dos clérigos residentes en la Curia Romana, sin duda en relación con este mismo negocio, lo titula de «in Decretus doctor, archidiaconus et canonicus ecclesie cathedralis Tirasonem». En A.H.P.T., Pedro Pérez, 1584, f. 604 (Tarazona, 7-XII-1584).

⁵⁹ A.C.T., Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), f. 322 (Tarazona, 9-I y 11-IV-1585).

Nos referimos a Gabriel de Ortí (1523-1535).

⁶⁰ A.C.T., Caja 140, Registro de cartas de 1566-1585, s. f. (Tarazona, 3-V, 8-IX y 27-X-1585, y 6-II-1586).

Esta situación debió enfriar las relaciones entre el cabildo y el doctor Serrano, de manera que para las Cortes de Monzón de 1585 los canónigos confiaron su delegación en el deán Miguel Ximénez de Larué. Mientras tanto, tras el deceso del obispo Redín el 15 de noviembre de 1584 se había procedido al nombramiento de nuevos vicarios generales en sede vacante, que esta vez no quedó reflejado en las actas capitulares; no obstante, otras fuentes permiten constatar que la responsabilidad había vuelto a recaer en los doctores Clemente Serrano y Pedro Ximénez de Aragüés⁶¹.

Un documento notarial de 1597 refiere que durante el largo pontificado de Pedro Cerbuna, que se extendió entre el otoño de 1585⁶² y el 5 de marzo de 1597, nuestro canónigo siguió desempeñando el vicariato general de Tarazona y su tierra: el primero de marzo, días antes de fallecer, don Pedro consignó 530 ducados en favor del calcenero «en suplemento del tenue salario que me dio por servirle de official y vicario general todo el tiempo que fue obispo»⁶³. Gozó, sin duda, de la plena confianza de este prelado, representándole en numerosos negocios; entre otros, la puesta en marcha del seminario conciliar de San Gaudioso, para lo que a comienzos de 1586 le envió un poder desde Calatayud encomendándole el cobro de las pensiones de los censales que había cargado sobre la ciudad de Tarazona a favor de dicha institución⁶⁴.

Tras la muerte del piadoso prelado de Fonz el cabildo nombró vicarios generales del arcedianado de Tarazona al deán Juan de Monterde y al doctor Clemente Serrano, y para Calatayud y su tierra a Pedro Cabañas, arcadiano de Calatayud, y al canónigo Jusepe de Palafox⁶⁵.

⁶¹ El ejercicio de este oficio por el doctor Serrano en esta etapa se confirma en A.H.P.T., Martín de Falces, 1585, ff. 298 v.-300 (Tarazona, 27-X-1585). Sobre la designación de Pedro Ximénez de Aragüés véase Gregorio de Argaiz, *Teatro monastico...*, *op. cit.*, cap. LXXIX, p. 423.

⁶² Don Pedro tomó posesión de su iglesia el 31-X-1585. En A.C.T., Caja 680, Libro segundo capitular (1530-1607), f. 322.

⁶³ Conocemos dos documentos vinculados a la demanda del pago de este legado. En A.H.P.T., Martín de Falces, 1597, s. f. (Tarazona, 8-III y 17-VIII-1597).

⁶⁴ Archivo Municipal de Tarazona [A.M.T.], Seminario de San Gaudioso, *Instrumenta erectionis fundicionis*, s. f. (Calatayud, 24-I-1586).

⁶⁵ A.C.T., Caja 149, Actas capitulares (1587-1605), ff. 85 v.-86 (Tarazona, 7-III-1597).

El 28-VIII-1597, el doctor Serrano otorgaba un documento calificándose de vicario general en sede vacante por muerte del obispo Cerbuna. En A.H.P.T., Martín de Falces, 1597, ff. 62-65 v.

No hemos podido averiguar si tras tomar posesión de la sede⁶⁶ el jerónimo fray Diego de Yepes (1599-1613) confirmó a nuestro jurista en el vicariato, pues ninguno de los documentos del año 1600 que hemos revisado le atribuye tal responsabilidad; no obstante, un acto de curia de septiembre de 1601 lo vuelve a titular como «official y vicario general de la dicha Ciudad y Obispado de Tarazona por el Ilmo. y Rvdmo. Señor fray don Diego de Yepes»⁶⁷ y otro de similar naturaleza testificado a comienzos de 1607 reitera esa condición⁶⁸. Sin embargo, en Calatayud y su arcedianado ratificó desde el principio en dichos oficios al canónigo Jusepe de Palafox⁶⁹.

CONSTRUCCIÓN Y DOTACIÓN DE LA CAPILLA DE SAN CLEMENTE Y SANTA LUCÍA

Como cabía esperar de un eclesiástico de su posición y formación, Clemente Serrano acometió en la etapa final de su vida una notable labor de promoción artística que tuvo como focos de atención la catedral de Tarazona y la iglesia parroquial de Calcena. En el primer templo de la sede costeó, como veremos a continuación, la edificación y dotación de su capilla funeraria, pero también sufragó una peana de plata para el busto relicario de San Gaudioso y donó varios tapices. Por su parte, en Calcena hizo el nuevo retablo mayor y financió diversas jocalias y ornamentos.

El 17 de diciembre de 1593 el cabildo de Santa María de la Huerta acordó entregar al doctor Serrano la capilla de Santa Lucía de la Seo y unas semanas después, el 7 de enero de 1594, anotó en las actas capitulares la cesión «sin perjuicio de las dotaciones y fundaciones que en dicha capilla ay»⁷⁰. Situada a los pies de la nave de la epístola, ocupa el solar de otra anterior de probable origen medieval que estuvo dedicada a Santa Lucía, existente ya en 1522, año en que fue adjudicada al capellán Juan de San Juan para que la reedificara e hiciera retablo en ella⁷¹.

⁶⁶ El 31-XII-1599. En A.C.T., Caja 149, Actas capitulares (1587-1605), ff. 141 v.-142.

⁶⁷ A.H.P.T., Martín de Falces, 1601, ff. 71 v.-73 v. (Tarazona, 23-IX-1601).

⁶⁸ A.H.P.T., Martín de Falces, 1604-1607, ff. 6 v. y 7-9 v. (Tarazona 29-I-1607).

⁶⁹ Que ya aparece ejerciendo el vicariato de Calatayud y su tierra el 10-III-1600. En A.H.P.T., Martín de Falces, 1600, ff. 32-33.

⁷⁰ A.C.T., Caja 149, Actas capitulares (1587-1605), ff. 38 v. y 41 v.

⁷¹ A.C.T., Arm. L, Caj. 1º, lig. 2, nº 9. Concesión de la capilla de Santa Lucía a mosén Juan de San Juan, titular de la capellanía dicha del Moral, el 19-IX-1522.

No está claro que la fábrica del recinto se modificara en esta etapa, pero sí debió confeccionarse un nuevo retablo, mencionado en la visita pastoral que el obispo González de Munébrega cursó en 1548⁷² y del que procede la escultura de la santa que ahora preside el ático⁷³.

Citada ya en mayo de 1594 y de nuevo en 1596 como confrontación de la futura capilla que la cofradía de los carpinteros y albañiles quería erigir bajo título de San José⁷⁴ —que abre al claustro y apoya en la torre sur—, el doctor Serrano ya había completado su reconstrucción para mayo de 1597, momento en que su bóveda se propuso como modelo al maestro de obras Francisco Ojararte para que volteara la del recinto ya referido de los profesionales de la construcción⁷⁵. En el luneto que genera la diferencia de altura existente entre la nave del templo y el frente de la capilla, que es algo más baja que aquella, se incorporó un tímpano de yeso en el que campean las armas del promotor entre tenantes.

No sabemos quién fue el artífice de la fábrica de la capilla de San Clemente, del mismo modo que tampoco disponemos de datos directos sobre la confección «en blanco» de su retablo. En este sentido, interesa recordar que las actas capitulares señalan que en junio de 1595 el cabildo pretendía hacer un «tabernaculo» —un manifestador— «para que este dentro la custodia de plata» y resolvió «que lo conciertan con el que haze el retablo de Cascante, porque se entiende que es muy aventajado oficial», aprovechando que en ese momento estaba en la ciu-

⁷² «Visito la capilla so la invocacion de Sancta Lucia. Ay un retablo de ymages de bulto. La qual era del cappellan del Moral y aora la tiene el capitulo. Tiene dotacion de destribuciones a todas las horas y procesion el dia de Sancta Lucia. Y tiene otras tres procesiones dia[s] de San Hieronymo, Sanct Joseph y Sanct Valero. Y tiene una cappellania de Sancta Lucia collatiba, y es de presentacion de legos y la tiene Joan Llorente, clerigo, con obligation de tres missas cada semana. Y tiene otra cappellania ad modum capituli y la tiene Miguel Nabarro, con obligation de tres missas cada semana. Y ay algunos aniversarios, que el capitulo lo sabe». En Archivo Diocesano de Tarazona [A.D.T.], Caj. 7, lig. 5, nº 26, Visita pastoral a la Seo de 1548, s. f. (Tarazona, 4-II-1548).

⁷³ El 12-V-1600 el cabildo acordaba «que las imagines que an quedado del retablo de la capilla de Santa Lucia, por haber hecho el señor doctor Serrano el de Sant Clemente y puestole alli», se reutilizaran para confeccionar un retablo en la parroquia de Cunchillos, cuya administración competía al cabildo. En A.C.T., Caja 149, Actas capitulares (1587-1605), f. 152.

⁷⁴ «...fue dado a los cofadres de Sant Joseph el patio de entre la claustra y la capilla del doctor Serrano... para hacer una capilla...»; *ibidem*, f. 43, (Tarazona, 6-V-1594). La licencia se reiteró en términos similares dos años más tarde, el 28-VI-1596; *ibidem*, f. 70.

⁷⁵ M^a Josefa Tarifa Castilla y Jesús Criado Mainar, «Los Guarrás, una familia de maestros de obras entre la tradición mudéjar y el Renacimiento (I)», *Tvriaso*, XX, 2010-2011, pp. 216-217, doc. nº 11.

dad⁷⁶. Ningún otro documento menciona la presencia en Tarazona de los artistas que tenían a su cargo el retablo mayor (1592-1601) de la parroquia de la Asunción de Cascante⁷⁷, los escultores Pedro González de San Pedro (doc. 1580-1608, †1608) y Ambrosio Bengoechea (doc. 1581-1623, †1625) y el ensamblador Domingo Bidarte (doc. 1590-1632).

En 1594 el doctor Serrano, en su condición de vicario general, había autorizado a los regidores de Cascante para que tomaran un censo con el que hacer frente a los crecientes gastos de la primicia, colapsada por los pagos del nuevo retablo⁷⁸. Don Clemente conocía, pues, de primera mano este proyecto y a sus artífices, lo que explica que acudiera a uno de ellos para que hiciera el retablo de su capilla. El elegido fue con toda seguridad Bengoechea, a quien debe aludir el acta capitular de 1595, puesto que sabemos que entre los miembros del taller que organizó en Cascante para cumplir con su parte del encargo estaba el escultor turiasonense Miguel Ginesta (doc. 1574-1626, †1626), que varias fuentes identifican como «familiar» de nuestro canónigo⁷⁹.

El retablo de San Clemente y Santa Lucía⁸⁰ [fig. nº 1] sigue un criterio compositivo próximo al de la gran máquina romanista de Cascante, que un

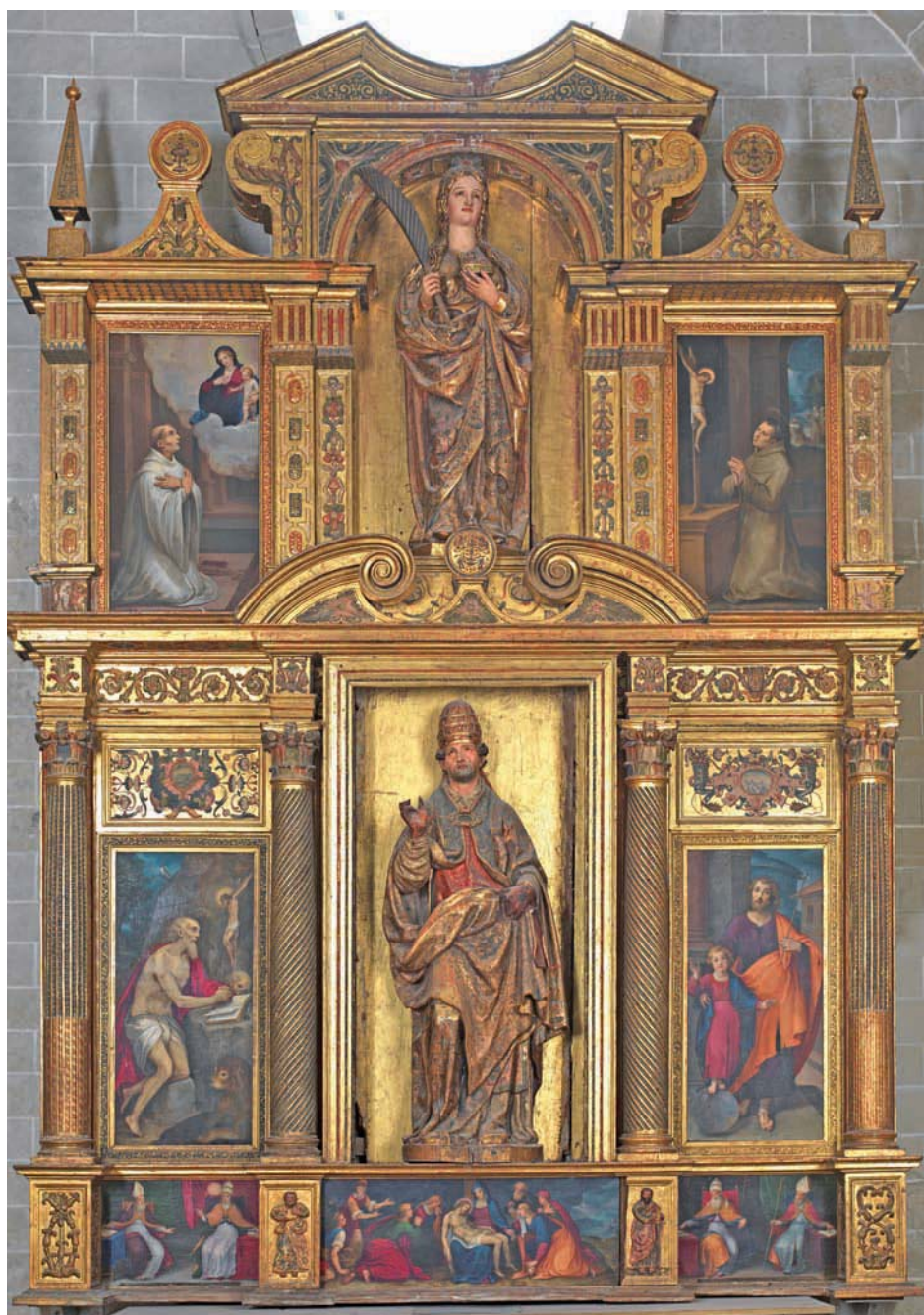
⁷⁶ Cuando el asunto se debatió en cabildo el 16-VI-1595 se indicó que el maestro de Cascante se hallaba en ese momento en Tarazona. La decisión de encargarle el tabernáculo se tomó una semana después, el 23-VI-1595. En Jesús Criado Mainar, «Juan de Varaiz y la pintura en Tarazona en el último cuarto del siglo XVI», *Tvriaso*, XVIII, 2005-2007, p. 82, nota nº 131.

⁷⁷ Localidad que formaba parte del deanado de Tudela, territorio de la Ribera de Navarra adscrito al Obispado de Tarazona desde la Reconquista.

⁷⁸ La primicia tenía unos ingresos de 800 ducados y se habían comprometido pagos a los escultores por importe de 300 ducados anuales que tardarían mucho en cubrirse dado que el retablo se había presupuestado en 7.500 ducados. Los 500 ducados restantes eran insuficientes para atender todas las obligaciones ordinarias por lo que el vicario general autorizó la concertación de un censal. En A.M.Td., Domingo Royo, notario de Cascante, s. f., (Cascante, 26-IX-1594).

⁷⁹ Jesús Criado Mainar, «Relaciones entre la Ribera de Navarra y Aragón durante la época del Renacimiento», *Presencia e influencias exteriores en el arte navarro*, en *Cuadernos de la Catedral de Patrimonio y Arte Navarro*, 3, 2008, pp. 237-238. Sobre el pleito que generó su realización, Pedro L. Echeverría Goñi, «La eclosión de las artes figurativas en la Llanada oriental (1564-1623). Lope de Larrea y los preceptos del romanismo. Diego de Cegama y la pinceladura», *Agurain 1256-2006. Congreso 750 aniversario de la fundación de la villa de Salvatierra*, Vitoria, Ayuntamiento de Salvatierra, 2011, pp. 273-285. Agradezco al Dr. Echeverría la amabilidad de compartir conmigo este dato.

⁸⁰ Citado como obra de la primera mitad del siglo XVII en Francisco Abbad Ríos, *Catálogo Monumental de España. Zaragoza*, Madrid, Instituto «Diego Velázquez» del C.S.I.C., 1957,



*Fig. 1. Retablo de San Clemente y Santa Lucía de la catedral de Tarazona, 1595-1597.
Foto José Latova.*

incendio destruyó en 1940 pero de la que nos han llegado algunas fotografías, incluida una de conjunto de pobre calidad. Esto avala la hipótesis de que es obra de sus responsables, en concreto de Ambrosio Bengoechea, a quien cabe considerar el autor de la figura del pontífice. Y también debió intervenir el ensamblador Domingo Bidarte en la arquitectura, resuelta con oficio con la salvedad de los toscos relieves de *San Pedro* y *San Pablo* de los netos de las columnas. Recordemos, para finalizar, que el bulto de *Santa Lucía* procede del retablo anterior, como acreditan sus formas propias del Primer Renacimiento.

Ya estaba ultimado «en blanco» para marzo de 1596, cuando se encomendó su policromía a los turiasonenses Juan de Varáiz (doc. 1564-1614, †1619) y Francisco Metelín (act. 1572-1614, †1614) en presencia de Miguel Ginesta como testigo⁸¹. La capitulación no alude a las pinturas, que no pueden atribuirse a estos artífices y que, si bien se aproximan al estilo minucioso de Agustín Leonardo *el Viejo* (doc. 1588-1618, †1618), activo asimismo en Tarazona por esos años, tampoco le corresponden. Es, pues, probable que el doctor Serrano confiara esta parte de la máquina a un oficial de fuera de la ciudad, como había hecho con sus componentes lígneos.

No se ha conservado el sotabanco original, que según refiere el contrato de la policromía mostraba sendos escudos con las armas del comitente. En los tres compartimentos de la predela se representa a *San Agustín* y *San Clemente* —en el lado del evangelio—, una bella *Piedad* —en el centro— y *San Gregorio* y *San Ambrosio* —en el lado de la epístola—. Los cuatro paneles de las calles laterales, con *San Jerónimo penitente* y *San José con el Niño Jesús* en el piso noble, y la *Lactatio de San Bernardo* y *San Diego de Alcalá* en el superior, son de ejecución aún más cuidada.

Era habitual en los retablos españoles de la época la evocación de los cuatro doctores de la Iglesia Latina y aunque en este caso conlleva la reiteración de San

t. I, p. 743. En Begoña Arrúe Ugarte (dir.), *Inventario artístico de Zaragoza y su provincia*, t. I, *Partido Judicial de Tarazona*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1999 (1991), p. 170, se fecha hacia 1600.

⁸¹ Jesús Criado Mainar, *Francisco Metelín y el retablo mayor de Grisel*, Grisel, Ayuntamiento de Grisel, 2006, pp. 130-131, doc. nº 5. Los albaranes generados por el pago de los 3.000 sueldos en que se ajustó el encargo, del que los pintores otorgaron finiquito el 6-XII-1597, junto al estudio de la policromía, en Jesús Criado Mainar, «Juan de Varáiz...», *op. cit.*, pp. 81-86.

Clemente, su inclusión no deja de ser un guiño «académico» al comitente, que era doctor en Cánones, al tiempo que recuerda la insistencia que el Concilio de Trento había puesto en el ingreso de graduados universitarios en los cabildos catedralicios. Por su parte, la presencia de *San Jerónimo* y *San José con el Niño* se justifica por las procesiones fundadas desde tiempo atrás en dichas festividades en la vieja capilla de Santa Lucía, que según expresa la visita pastoral de 1548 también acogía otras dos más en las conmemoraciones de la santa de Siracusa y de San Valero; celebraciones todas que, como estipula el acta de concesión, nuestro canónigo debía respetar.

La *Lactatio de San Bernardo* y la *Refacción milagrosa de San Diego de Alcalá*⁸² deben responder al deseo de plasmar las devociones particulares de Clemente Serrano, pero lo cierto es que la profesión de fe que encabeza su testamento –doc. n° 2– apenas ofrece pistas sobre ello, pues tan solo cita de forma explícita a su santo epónimo. La evocación del Doctor Melifluo no resulta extraña en una ciudad que contaba en su entorno con dos fundaciones cistercienses: el monasterio de Nuestra Señora de Veruela y la casa femenina de Nuestra Señora de la Caridad de Tulebras. Y tampoco la de San Diego de Alcalá [fig. n° 2], recién canonizado (en 1588) y cuyo culto se había difundido con rapidez, como atestigua el hecho de que desde 1593 contara con una capilla en la iglesia franciscana de Tarazona, vinculada a la rama observante de la Orden⁸³.

⁸² Representa a un franciscano arrodillado en oración ante un Crucifijo en un interior que abre en el fondo a un paisaje en el que este y otro religioso de la misma Orden contemplan una aparición celeste, con una mano divina que dirige el gesto hacia una roca en la que se ven un pan, un pez, una fruta y una jarra. Se trata, sin duda, de la ilustración del pasaje conocido como la *Refacción milagrosa*, en el que San Diego de Alcalá y fray Esteban de Sanlúcar, maestro en Teología, recibieron alimento del cielo cuanto estaban de camino de Cerraje hacia Sanlúcar de Barrameda.

El suceso figura ya en los primeros textos publicados a raíz de la canonización del santo en 1588. Así, por ejemplo, en Francisco Pegña, *De vita miraculis et actis canonizationis Sancti Didici libri tres*, Roma, in aedibus Populi Romani apud Georgium Ferrarium, 1589, libro primero, pp. 17-18.

Agradezco a la Dra. Rebeca Carretero su ayuda en el estudio de esta pintura.

⁸³ M^a Teresa Ainaga Andrés, Rebeca Carretero Calvo y Jesús Criado Mainar, *De convento a parroquia. La iglesia de San Francisco de Asís de Tarazona*, Tarazona, Parroquia de San Francisco de Asís, 2005, pp. 69-70. Al parecer, el convento poseía desde 1591 algunas reliquias del santo.

No sabemos si la *Refacción milagrosa* estaba ilustrada en el retablo de esta capilla, de cronología simultánea a nuestra pintura. En todo caso, es una versión muy temprana de un pasaje que Wifredo Rincón registra por vez primera en los murales de la capilla Herrera de la



Fig. 2. La refacción milagrosa de San Diego de Alcalá. Retablo de San Clemente y Santa Lucía de la catedral de Tarazona, 1595-1597. Foto José Latova.

A finales de 1607 los albaceas del canónigo Serrano entregaron al cabildo diversos ornamentos para el desarrollo del culto en la capilla⁸⁴ y, conforme a lo expresado en su testamento –doc. n.º 2–, un conjunto de cuatro reposteros con su armas y dos antepuertas, la primera también con su heráldica y la segunda «de figuras», así como tres alfombras, para «entoldar» o empaliar el recinto en las festividades que allí se debían celebrar⁸⁵ –doc. n.º 4–. En su codicilo testamentario –doc. n.º 3–, don Clemente estipuló, además, la fundación de una renta de 10 sueldos con 200 sueldos de capital para que se remunerara el trabajo de los sacristanes encargados de «adrecar y componer la dicha mi capilla con mis reposteros y alombras».

En septiembre de 1600 ya había formalizado la institución de una capellanía en el recinto que el cabildo admitió⁸⁶. No obstante, cinco años después la rehízo para dotarla con más capital –incrementándose su principal de 40.000 a 44.000 sueldos, siempre con una renta de 2.000 sueldos– al tiempo que modificaba y precisaba varias cláusulas: de las dos misas semanales previstas en la primera redacción se pasó al oficio de tres; además, consideró la eventualidad de que si el capellán no estaba ordenado y necesitaba estudiar percibiera parte de la renta (60 escudos) durante un máximo de cuatro años, periodo en el que estaba obligado a recibir órdenes mayores, mientras que con los 40 escudos restantes se remuneraría a un substituto; por último, los capellanes de San Clemente y Santa Lucía serían admitidos en el coro con estatus de medio racioneros y con derecho a percibir distribuciones. Como en sus otras fundaciones, los familiares y deudos de Clemente Serrano tendrían preferencia a la hora de acceder a este beneficio, que recaería como primer titular en mosén Tomás Ginesta⁸⁷.

iglesia de Santiago de los Españoles de Roma, decorada bajo la dirección de Annibale Carracci a partir de 1604. En Wifredo Rincón García, «Iconografía de San Diego de Alcalá», *Anales Complutenses*, 16, 2004, pp. 67-68.

⁸⁴ La entrega quedó registrada en diferentes ítems incorporados el 7-XII-1607 al inventario de sacristía. En A.C.T., Caja 4, *Libro de memoria o inventario de las cosas de sacristia de la Seo* (1599, con anotaciones hasta 1657), ff. 14, 22 v., 25, 27, 29 v., 76, 77, 78, 80, 84, 85, 87, 87 v., 91 y 94.

⁸⁵ En realidad, los reposteros, antepuertas y alfombras estaban dispuestos ya en la capilla desde unos meses antes, tal y como precisa el testamento del doctor Serrano.

⁸⁶ A.H.P.T., Martín de Falces, 1600, cuadernillo anexo al f. 142 (Tarazona, 20-IX-1600). El cabildo la admitió el 22-IX-1600; en A.C.T., Caja 149, Actas capitulares (1587-1605), f. 162.

⁸⁷ A.H.P.T., Juan Francisco Pérez, 1605, ff. 223-228 v. y 228 v.-231 (Tarazona, 28-III-1605).

Para finalizar, el fundador reserva en su testamento una suma de 2000 sueldos para formar renta con la que atender al mantenimiento de la capilla y la realización de los reparos que su fábrica fuera precisando con el paso de los años.

EL RETABLO MAYOR DE LA PARROQUIA DE LOS REYES DE CALCENA

A raíz del fallecimiento de Clemente Serrano se efectuó una anotación en los *Quinque libri* de Calcena que da cuenta de su nacimiento en la localidad y alude a su munificencia con el templo parroquial:

El día 21 de noviembre de 1607 murio en Tarazona el doctor Clemente Serrano, canonigo y vicario general de aquella iglesia y natural desta villa. A la cual y a la iglesia de ella dejo lo siguiente: 1º 2000 escudos de limosna a la cofradía del Nombre de Jesus para los pobres; 2º doze aniversarios a esta iglesia; 3º su casa a la sacristia y un terno de terciopelo negro y el retablo mayor y una capellania⁸⁸.

La mayoría de estos legados⁸⁹, que glosaremos en el siguiente apartado, obedecen al cumplimiento de lo que estipuló en su testamento y codicilo⁹⁰. Sin embargo, el retablo mayor se comenzó en vida del promotor y, de hecho, estos documentos no efectúan ninguna alusión al mismo.

Las cuentas de la primicia correspondientes a 1608 y 1609 indican que se desembolsaron 626 sueldos 10 dineros en los gastos de su traslado –sin duda desde Tarazona– e instalación⁹¹. En 1611 los albaceas del doctor Serrano libraron 1800 sueldos a Miguel Ginesta a cumplimiento de pago de lo que aún se le adeudaba «de la fabrica del retablo de Calcena» y otros asuntos que no se detallan⁹².

También disponemos de algunos datos sobre su policromía, encargada a Francisco Metelín y Agustín Leonardo *el Viejo*, que estaban trabajando en ella cuando en agosto de 1608 el procurador de los testamentarios les hizo un requerimiento notarial para que cumplieran con su obligación; del texto se des-

⁸⁸ Transcrito en Nicolás Sebastián Horno, *Villa de Calcena...*, *op. cit.*, pp. 238-239.

⁸⁹ Citados ya en el estudio de M^a Isabel Álvaro Zamora y Gonzalo M. Borrás Gualis, «El mecenazgo de la iglesia parroquial de Calcena», *Seminario de Arte Aragonés*, XXXIII, 1981, pp. 23-24.

⁹⁰ Además de lo indicado en los *Quinque libri*, el codicilo del doctor Clemente estipula la realización de una naveta de plata para la sacristía de la parroquia de su villa natal.

⁹¹ M^a Isabel Álvaro Zamora y Gonzalo M. Borrás Gualis, «El mecenazgo...», *op. cit.*, p. 23.

prende que los pintores habían asumido el encargo en vida del comitente y que a la presentación de la recuesta habían percibido la mayor parte del dinero pactado y solo tenían hecha la mitad de la labor. La última noticia data de enero de 1609, momento en que Agustín Leonardo *el Joven*, hijo del anterior, se obligó a concluir las partes a cargo de Metelín⁹³. Cabe, pues, imaginar que quedaría ultimado en el transcurso de 1609.

Es una máquina de imagería de apreciables dimensiones [fig. nº 3] articulada en sotabanco –ahora desmantelado o, cuando menos, oculto tras un desafortunadísimo revestimiento moderno, pero bien visible en fotografías⁹⁴ antiguas– que portaba la heráldica del promotor, cuerpo de tres pisos divididos en otras tantas calles –la central algo más estrecha– y ático. El primer registro alberga un sagrario-manifestador rehecho en fecha posterior y flanqueado por escenas del *Nacimiento de María* y su *Presentación en el Templo*. El piso noble se organiza en torno a una imagen de la *Virgen con el Niño* e incluye los pasajes de la *Anunciación* y la *Visitación*. La calle central del tercer cuerpo aloja un bello relieve con la *Adoración de los Magos*, que es la advocación de la iglesia, flanqueado por la *Asunción* y *Coronación de María*. A modo de remate, un ático con el *Calvario* enmarcado por una arquitectura de cierta complejidad.

Ma Isabel Álvaro y Gonzalo M. Borrás apuntaron en su estudio de la parroquia la proximidad de este retablo al que preside la catedral de Tarazona (hacia 1605-1610), atribuyéndolo a sus artífices, el ensamblador Jaime Viñola (doc. 1590-1634, †1634) y el escultor Pedro Martínez *el Viejo* (doc. 1579-1609)⁹⁵. Más tarde Carmen Morte señaló que el retablo de Calcena es de inferior calidad, apuntando como su posible autor a algún colaborador de Pedro Martínez⁹⁶.

Hoy sabemos que Miguel Ginesta (doc. 1574-1626, †1626) fue el responsable del proyecto y pensamos que pudo contar con la ayuda del escultor de Caparros (Navarra) Juan Bazcardo (doc. 1605-1653, †1653), que residió en Tarazona entre 1605 y 1607, quizás hasta los primeros meses de 1608. Esto

⁹² A.H.P.T., Diego de San Martín, 1611, ff. 240-240 v. (Tarazona, 3-V-1611).

⁹³ Jesús Criado Mainar, *Francisco Metelín...*, *op. cit.*, pp. 133-134, docs. núms. 7-8.

⁹⁴ Francisco Abbad Ríos, *Catálogo...*, *op. cit.*, t. II, fig. nº 860.

⁹⁵ Ma Isabel Álvaro Zamora y Gonzalo M. Borrás Gualis, «El mecenazgo...», *op. cit.*, pp. 23-24. El más completo estudio del retablo turiasonense en Jesús Criado Mainar y Olga Cantos Martínez, *El retablo mayor de la Catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses, 2015.

⁹⁶ Carmen Morte García, «El retablo de la iglesia parroquial de La Muela (Zaragoza) y el escultor Pedro Martínez de Calatayud *el Viejo*», *Seminario de Arte Aragonés*, XXXV, 1982, p. 28.



*Fig. 3. Retablo mayor de la parroquia de Nª Sª de los Reyes de Calcena, hacia 1607-1609.
Foto Rafael Lapuente.*

.....

obliga a poner de nuevo el acento en el retablo de Cascante, con cuya arquitectura pueden establecerse algunas coincidencias puntuales, aunque las más claras corresponden a la parte figurativa. Episodios como la *Visitación* o la *Asunción de la Virgen* toman, en efecto, como modelo otros de la máquina navarra, si bien es cierto que determinados pasajes están más cerca del repertorio de Pedro Martínez, como sucede con la *Presentación de la Virgen en el Templo* —que comparte modelo con la del retablo de Tarazona— o la *Epifanía* —que recuerda a la incluida en el retablo mayor (1600-1601) de la catedral de Barbastro—. En cualquier caso, continúa pendiente la realización de un estudio en profundidad del conjunto calcenero que arroje luz sobre estos y otros aspectos⁹⁷.

LAS ÚLTIMAS VOLUNTADES DEL CANÓNIGO CLEMENTE SERRANO

El 29 de julio de 1607, encontrándose enfermo, el doctor Serrano confió al notario de Tarazona Martín de Falces una plica que contenía sus últimas disposiciones testamentarias —doc. nº 2—. En el texto, redactado en primera persona pero escrito por mano del notario, el otorgante declara su condición de presbítero y comienza efectuando una profesión de fe «en todo lo que la Sancta Madre Yglesia Romana crehe y confiessa» para luego solicitar la intercesión de la Virgen, San Clemente «mi patron» y los demás santos que moran en la Gloria.

Determina su sepelio en su capilla de San Clemente y Santa Lucía siguiendo el ritual acostumbrado y ordena la celebración en ella de un «añal» de misas rezadas con oblada y candelá. A continuación enumera el pago de una serie de limosnas a instituciones religiosas de la ciudad: 1000 sueldos a los frailes del convento de San Francisco y otros tantos al colegio de la Compañía de Jesús; 500 para los capuchinos «para su sacristia» y una suma similar para las concepcionistas; y para los santuarios de la Virgen de Moncayo y Nuestra Señora de la Misericordia de Borja, respectivamente 200 y 100 sueldos. Más adelante expresa que, después de él, tan solo podrían enterrarse en su capilla mosén Tomás Ginesta y el canónigo Pedro II Villarroya.

Estipula la fundación de doscientas misas «de estaca» o tabla en su capilla para lo que sus ejecutores gastarán lo acostumbrado y además instituye un

⁹⁷ Nos ocupamos del estudio de este retablo en Jesús Criado Mainar, *La escultura romanista en Tarazona. 1585-1630*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses, en prensa.

aniversario a oficiar a la hora de maitines en la víspera de San Clemente con la renta que requiera⁹⁸. Recuérdese que con anterioridad ya había fundado una capellanía que llevaba aparejada la celebración de tres misas semanales en el recinto.

Tras las cláusulas habituales por las que ordena la cesión al ordinario del bonete y el breviario, así como el pago de la legítima a todos sus familiares, dispone la entrega de un jarro de plata «con una medalla en medio» junto a su rosario, sus ropas de coro, sobrepellices y roquetes al canónigo Pedro II Villarroya. También le deja el usufructo de sus casas, situadas en la plaza de la Seo, junto a los arenales del río, con el encargo de que tras su fallecimiento sean vendidas en almoneda y el producto entregado a la parroquia de Calcena «para ornamentos». En dicha almoneda tendrían preferencia sus deudos y los del canónigo Villarroya⁹⁹.

El resto de su vestuario pasará a mosén Tomás Ginesta, excluidas sus camisas de tela de holanda, que se usarán «para toballas y capitas a los calices y purificadores de dicha mi capilla». Igualmente se le satisfarán 2000 sueldos, su cama de verano y un cofre para guardar ropa; se le dará la taza de plata «en que bebe» y una viña que después de sus días transferirá a alguno de sus sobrinos. A María Ginesta le cede unas casas que había adquirido en la calle de las Botigas de Tarazona y 2000 sueldos «para ayuda de criar sus hijos». A Ana Ginesta, viuda de Pedro Palomino, 4000 sueldos para contribuir al pago de la casa que compró con su marido. Finalmente, a Miguel Ginesta —el artífice del retablo de Calcena— 2000 sueldos¹⁰⁰.

⁹⁸ El cabildo admitió todas estas fundaciones el 6-II-1609. En A.H.P.T., Juan Francisco Pérez, 1609, ff. 80 v.-85 y 95 v.-86.

⁹⁹ Tras la muerte del canónigo Villarroya, acaecida el 20-II-1617, el chantre Gotor procedió a la subasta de las casas, que quedaron en primera instancia en manos de Juan de Aragón por 1100 libras. En A.H.P.T., Juan Francisco Pérez, 1617, ff. 454 v.-455 (Tarazona, 20-VIII-1617).

Una semana después Isabel de Villarroya, hermana de Pedro II Villarroya, reclamaba su derecho a quedarse con las casas abonando la suma en que habían sido rematadas; *ibidem*, ff. 465-469 v. (Tarazona, 27-VIII-1617). La venta se formalizó el 29-VIII-1617; *ibidem*, ff. 478-480.

Juan de Aragón, el primer adjudicatario, presentó un requerimiento que no debió prosperar. En A.H.P.T., Alonso Gutiérrez de Viña, 1617, ff. 460-460 v. (Tarazona, 4-IX-1617).

¹⁰⁰ De los que otorgó albarán el 21-III-1608. En A.H.P.T., Juan Francisco Pérez, 1608, ff. 200 v.-201 (Tarazona, 21-III-1608).

Sigue una serie de legados a personas que suponemos formaban parte de su círculo familiar: 1000 sueldos para Antonio Serrano y una suma similar para mosén Miguel Serrano; a María Serrano, viuda, hija de Antonio Serrano, 500 sueldos; y a Juan Serrano, marido de Ana Vicente, 1000 sueldos para un vestido «por el cuydado que ha tenido y tendra de mi hermana». Este capítulo se cierra con un legado de 400 sueldos a Isabel Julián de Calcena, la cesión a Juan de Maella de una casa que el canónigo había comprado en su localidad natal y la orden de dar a María Maella una taza de plata de dos onzas «que yo bebo de i[n]bierno» y dos cucharas de plata.

También resuelve la entrega al cabildo turiasonense de cuatro reposteros y una antepuerta con sus armas, así como una segunda antepuerta «de figuras» y tres alfombras para servicio de su capilla de San Clemente, indicando que esta ya había sido «entoldada» con estos paños y alfombras. En realidad, la donación iba a ser finalmente más generosa, tal y como acredita el acta de entrega al cabildo —doc. n.º 4— a la que más adelante nos volveremos a referir.

Don Clemente instituye a su alma heredera universal del resto de sus bienes, estipulando su venta en almoneda para fundar renta con la que socorrer a deudos suyos en Calcena, Borja y Tarazona¹⁰¹. En caso de que no se encuentren, el rendimiento anual se destinará a misas. Para finalizar, elige como albaceas al doctor Pedro Gotor, chantre de la catedral de Tarazona, que actuará junto a Gabriel Alegre y Pedro II Villarroya, canónigos de dicha iglesia. Cada uno de ellos recibiría en pago a sus servicios una sortija, quedando la última de las cuatro que poseía para mosén Tomás Ginesta.

Apenas una semana antes de fallecer, el 14 de noviembre de 1607 don Clemente iba a dictar un codicilo —doc. n.º 3— seguido de varios documentos notariales directa o indirectamente vinculados a su contenido y que precisan aún más el uso que debía hacerse de su patrimonio.

Lo más llamativo es, sin duda, que el disponente pide que se realice un «pedrestal» o peana para el busto de plata de San Gaudioso [fig. n.º 4] de la catedral para que su aspecto se corresponda con el del busto de San Prudencio del mismo templo, que había sufragado apenas unos años antes el obispo Pedro Cerbuna. La obra se contrataría en febrero de 1608, unos meses después de su deceso,

¹⁰¹ Hemos localizado algunos documentos que acreditan el cumplimiento de esta fundación. Así, por ejemplo, el 13-I-1613 el carpintero Diego Salinas recibía 120 sueldos de los fiduciarios del doctor Serrano procedentes de las sumas que el difunto dejó «para socorrer a sus deudos». En A.H.P.T., Alonso Gutiérrez de Viña, 1613, f. 13 v.



Fig. 4. Busto relicario de San Gaudioso de la catedral de Tarazona, 1578-1580 (busto) y 1608 (peana). Foto José Latova.

con el platero Pedro Murillo, que efectuó un trabajo muy notable¹⁰². Y deja, además, 600 sueldos para la fundación de ocho misas rezadas perpetuas en la capilla mayor en la festividad de San Gaudioso y los días de su octava, a celebrar tras la misa conventual.

También prescribe que se haga una naveta de plata para la parroquia de Cal-cena y que las carmelitas descalzas de Santa Ana de Tarazona reciban «la fuente grande de plata que tengo yo» con su correspondiente «caxa de conserva».

El codicilo contiene algunos apartados sobre el pago del salario de sus criados y ciertas mandas a sus deudos entre las que sobresale la entrega a Jerónimo Serrano del «mondadientes con la sortija de oro que de ordinario llebo al cuello». Se ocupa de un censal del convento de la Concepción derivado del ingreso en esa casa de Catalina Méndiz y fija que las pensiones que le adeudan en la catedral de Tortosa¹⁰³ se adjudiquen a su sacristía. Además pide que den a Catalina Ruiz de Castejón¹⁰⁴ cierta imagen de la Virgen «por entender que es muy debota della» y un manguito de piel de marta forrado de terciopelo negro; y a doña Polonia [Díez de Fuenmayor], madre de doña Catalina, un rosario, una sortija y su zamarro.

Mención particular merece la cláusula que determina la donación a la catedral de Tarazona de «seis paños de raz que yo tengo para entoldar y tapicar dicha yglesia por parecerme que ay falta de tapiz en dicha yglesia». El registro de la entrega de bienes que efectuaron los cabezaleros poco después de la muerte del doctor Serrano —doc. n.º 4— permite saber que cuatro de estos paños integraban una serie de «los Triunfos de Petrarca del amor, castidad, muerte y fama». No

¹⁰² El busto de San Gaudioso se había costeadado algunos años antes con un legado testamentario del obispo Pedro de Luna que el cabildo hubo de completar; en Ma Teresa Ainaga Andrés y Jesús Criado Mainar, «Los bustos relicarios de San Gaudioso y San Prudencio de la catedral de Tarazona (Zaragoza)», *Tvriaso*, XIII, 1996, pp. 118-124, y pp. 131-133, docs. núms. 3-5. El encargo de la peana, *ibidem*, pp. 135-136, doc. n.º 8.

¹⁰³ Correspondientes al pago de la reserva a la que tenía derecho en los emolumentos de la tesorería. Se trata, sin duda, de una ayuda que debió otorgarle mosén Pedro I Villarroja, que poseyó durante muchos años la tesorería de la catedral dertusense. Nos han llegado varias procuraciones mediante las que el doctor Serrano demandaba este pago, que le rentaba 48 libras anuales. Así, por ejemplo, A.H.P.T., Martín de Falces, 1601, ff. 9-9 v., (Tarazona, 1-I-1601); Martín de Falces, 1602, ff. 8 v.-9 v. (Tarazona, 6-I-1602); y Martín de Falces, 1604-1607, s. f. (Tarazona, 27-I-1604 y 21-I-1605).

¹⁰⁴ Catalina era hija de Diego Ruiz de Castejón, señor de Conejares (Soria) y regidor perpetuo de Ágreda, de donde procedía la familia. Véase Esperanza Velasco de la Peña, «La biblioteca de Diego Ruiz de Castejón, señor de Conejares. 1592», *Tvriaso*, XV, 1999-2000, pp. 67-92.

podemos asegurar ni tampoco descartar que los otros dos formaran un juego: en el primero de ellos se había representado «un desposorio que el hombre tiene una sortija de oro en la mano» y en el segundo «muchas mugeres y en medio una como reyna con una ropa azul y cadena y cinta de oro». El documento no indica sus dimensiones.

El doctor Serrano estipula en su codicilo la fundación de doce aniversarios en la iglesia de Calcena, a celebrar en las festividades que decidan sus ejecutores y para lo que pide se tome lo necesario ordenando, además, la confección de un terno de terciopelo negro con sus armas para servicio de los mismos. Este cuidado por la villa que le vio nacer y su parroquia ya le había llevado unos años antes a la institución de un legado para socorrer y casar huérfanas de la localidad, nutrido con un censal de 20.000 sueldos que generaba un interés anual de 1000 sueldos¹⁰⁵, al que se sumó el día de la firma de su codicilo otro para atender a personas necesitadas, encomendado a la cofradía del Dulce Nombre de Jesús y con una dotación similar¹⁰⁶; como en sus otras fundaciones, en ambos casos los allegados de nuestro canónigo tendrían prioridad. A todo ello hay que añadir la creación de una capellanía con obligación de tres misas semanales en el altar mayor de la parroquia que ocuparían de forma preferente sus familiares¹⁰⁷.

El doctor Serrano aún instituyó otros dos legados que no quedaron recogidos en los documentos que reflejan sus últimas voluntades. El primero de ellos tenía como beneficiario al hospital del Sancti Spiritus de Tarazona, al que en 1604 había transferido una renta anual de 1000 sueldos generada por dos censos de 10.000 sueldos cargados, respectivamente, sobre los concejos de Tarazona y Bulbiente. El canónigo pedía a cambio que todos los años dos pobres asilados en esa institución asistieran en su capilla, sobre su sepultura, a la celebración de las vísperas de la festividad de Todos Santos y del día de las Ánimas portando hachas.

El segundo reviste un interés especial, pues desvela su preocupación por facilitar a sus parientes el acceso a la carrera eclesiástica y, siempre que fuera posible, com-

¹⁰⁵ A.H.P.T., Martín de Falces, 1600, ff. 149-151 v. (Tarazona, 25-IX-1600).

¹⁰⁶ A.H.P.T., Martín de Falces, 1604-1607, ff. 84 v.-86 v. (Tarazona, 14-XI-1607).

¹⁰⁷ Dotada con dos censales cargados sobre el concejo de Bijuesca, el primero con 1000 sueldos de renta y 20.000 de principal y el segundo con 32 sueldos de renta y 660 sueldos de capital. El documento estipula con todo detalle los requisitos que debían cumplir los candidatos a disfrutar este beneficio. *Ibidem*, s. f. (Tarazona, 14-IX-1607).

pletarla mediante el paso por la Universidad, como él había hecho. Para ello cedió dos censales al Seminario de San Gaudioso de Tarazona, cada uno de ellos con una remuneración de 1000 sueldos y 22.000 sueldos de capital. El primero sufragaría la estancia en dicha institución de un miembro de su familia, al que de ese modo se otorgaba la posibilidad de ingresar en el estamento eclesiástico y alcanzar órdenes mayores. Con las pensiones del segundo quería que un seminarista que hubiera completado los años de Gramática pudiera pasar a la Universidad de Zaragoza «o otra universidad aprobada» para que cursara Artes «o otras facultades mayores»; de este modo, se abría la puerta a que el candidato estudiara Teología, Cánones o Derecho e iniciara una carreta semejante a la del fundador¹⁰⁸.

El 21 de noviembre de 1607 el notario Martín de Falces levantaba carta pública de la muerte del doctor Clemente Serrano en un aposento de sus casas de la plaza de la Seo, donde su cuerpo descansaba «hechado sobre una alombra» —doc. n.º 2—. Al día siguiente, ataviado «con ropas de canonigo», recibía sepultura «en una cisterna que esta abierta en el centro de la capilla» de San Clemente y Santa Lucía de la catedral de Tarazona¹⁰⁹, de cuyo coro había formado parte durante cuarenta y nueve años.

DEVOCIONES Y *CURSUS HONORUM*. UNA CONSIDERACIÓN FINAL

No contamos con el recuento de los bienes que los albaceas de Clemente Serrano encontraron en sus casas de la plaza de la Seo y que, de acuerdo con su testamento, debían liquidar en almoneda. Suponemos que había reunido una buena biblioteca jurídica, quizás menos imponente que la de su buen amigo Carlos Muñoz Serrano¹¹⁰, junto a algunos libros litúrgicos y otros de temática variada.

No faltarían las pinturas, algunas de argumento religioso, que quizás nos hubieran dado más pistas sobre sus devociones que su propia capilla. También

¹⁰⁸ A.H.P.T., Martín de Falces, 1604-1607, ff. 79 v.-82 (Tarazona, 14-XI-1607). El 27-I-1608 el obispo fray Diego de Yepes y el doctor Gaspar Navarro, medio racionero de la catedral de Tarazona y prepósito de su Seminario, aceptaban estas fundaciones; en A.H.P.T., Martín de Falces, 1608, s. f.

¹⁰⁹ Tal y como expresa el acta notarial formalizada a instancias del cabildo momentos antes de procederse a la inhumación. En A.H.P.T., Juan Francisco Pérez, 1607, ff. 618-619 v.

¹¹⁰ Conocemos el listado de libros de Cánones y Leyes, que el obispo mandó entregar a Juan Carlos de Alberite, publicado por M^a Elena Manrique Ara, «Mecenazgo episcopal...», *op. cit.*, pp. 153-156, doc. n.º 17.

tenía una imagen de la Virgen que regaló a Catalina Ruiz de Castejón, pero parece evidente que contaría con algunas más. Su interés por San Gaudioso, para cuyo busto mandó confeccionar una peana de plata al objeto de que hiciera correspondencia con el de San Prudencio, el otro patrono del Obispado, evoca sus primeros años en el cabildo y la ceremonia de recepción de las reliquias del prelado en la catedral en 1573¹¹¹, en cuyo traslado desde el monasterio de San Victorián había tenido un papel angular Carlos Muñoz Serrano; un gesto, en todo caso, que no parece responder tanto a la devoción personal como al deseo de contribuir a la promoción del culto a los santos de la Iglesia turiasonense en el marco de la capilla mayor del primer templo de la sede, como corrobora la fundación de una octava de misas en su honor.

Más relevante es la entrega a esta institución de seis tapices. Detrás de ello está, una vez más, el deseo de que el culto se desarrolle con la mayor brillantez, pues si el doctor Serrano los cede es «por parecerme que ay falta de tapiz en dicha yglesia»¹¹². Tan solo podemos valorar los cuatro primeros, que ilustraban Triunfos de Petrarca; en concreto los del *Amor*, la *Castidad*, la *Muerte* y la *Fama*. La serie estaba incompleta, pues el poeta italiano glosa seis entre los que aquí faltan los dos últimos, el *Tiempo* y la *Eternidad* o *Divinidad*, presentes en algunas de las series de paños «de raz» de esta temática que se han conservado, completas o incompletas, o que conocemos a través de la documentación. El argumento de esta colección encaja mejor en la tradición humanista que en el ideario de la Contrarreforma, si bien es cierto que los Triunfos también tenían carácter moralizante y se prestaban a una lectura en clave cristiana.

Pero, más allá de esta cuestión, salta a la vista que los elementos de juicio de que disponemos apenas permiten profundizar en las preferencias devocionales de un hombre que, por encima de todo, fue un alto funcionario de la Diócesis. Como cabía esperar de un clérigo de su posición, sufragó una capilla funeraria en la iglesia que en marcó su carrera, con un retablo que sobresale antes por su exquisita calidad que por su iconografía, que nos parece bastante ecléctica. Del

¹¹¹ M^a Teresa Ainaga Andrés y Jesús Criado Mainar, «Los bustos relicarios...», *op. cit.*, pp. 129-131, docs. núms. 1 y 2.

¹¹² En ese momento la catedral disponía de cuatro paños «grandes» con asuntos de la Pasión que había donado el obispo Andrés Martínez Ferriz, otros cuatro «que llaman las sibillas», tres más «de caças» legados por el obispo Gabriel de Hortí, dos «que se dicen la batalla», otros dos que representaban, respectivamente, a Santa Ana y San Jorge y uno más «que se dice el del capatero». En A.C.T., Caja 4, *Libro de memoria o inventario de las cosas de sacristía...*, ms. cit., f. 87.

.....

mismo modo, su esfuerzo por dignificar el culto en la localidad que le vio nacer y por apoyar a sus parientes y amigos obedece a una actitud tradicional y fuertemente arraigada en el territorio. Sin embargo, sus fundaciones en el Seminario de San Gaudioso de Tarazona se sitúan con meridiana claridad en línea con la estrategia de la nueva Iglesia Romana surgida del Concilio de Trento y dejan bien a las claras que para el doctor Serrano, a quien presumimos unos principios llenos de dificultades y unos orígenes con probabilidad humildes, la educación era una valiosa herramienta de promoción social.

APÉNDICE DOCUMENTAL

1

1563, octubre, 6

Huesca

El consejo de la Universidad Sertoriana de Huesca concede el grado de licenciado en Cánones a Clemente Serrano, canónigo de la catedral de Tarazona.

A.H.P.H., Universidad Sertoriana, Sumas del Consejo (1532-1564), ff. 224 v.-225.

Die sexto mensis octobris anno M^o D^o sexagesimo tercio.

Eadem die.

Que llamado y ajuntado el consejo de los muy magnificos señores rector, doctores, cathedratícos y consejeros del [E]studio General de la ciudad de Huesca, en la aula inferior de Canones de las [e]scuelas nuevas del dicho [E]studio, donde otras vezes, et cetera, a son de campana como es costumbre et por mandamiento del señor [*línea barreada ilegible*] [*entre líneas*: micer Beltran Eximeno, doctor en Leyes, y como doctor mas antiguo vicegerente de rector] de dicho [E]studio, segun que el y Esteban Solorzano, vedel de dicho [E]studio [f. 225], tal fe y relacion hizieron a mi, Pedro Sancta Pau, notario. En el qual consejo entrevinieron y fueron presentes el dicho senyor vicegerente de rector, Joan Aysa, Pedro Ybanyes, Ambrosio Vezino, Joan Ysert, Hieronymo Berart, Pedro Mandura y Pedro Moros, doctores; Martin Sanctolaria, maestro en Artes, y Pedro Çerdan, consejero, et cetera, et de si todo el dicho consejo concorde.

Attendido que por el dicho senyor vicegerente de rector fue proposado y presentado a estado de licenciatura en Canones Clemente Serrano, canonigo de Tarazona, bachiller en Canones fecho y creado en el [E]studio de Salamanca mediante letras [e]scriptas en pargamino que dadas fueron en Salamanca a veynte y quatro dias del mes de octubre del anyo contado del Nacimiento de

nuestro Senyor Jesuchristo de mil quinientos cincuenta y dos, y por Andres de Guadalajara, secretario de dicha Universidad, en la forma acostumbrada despachadas, fue por el dicho consejo concorde admitido al dicho grado de licenciatura en Canones y dispensado con el super lectura unnus actum si necesse fuerit. Et super deffectu natalium ad effectum, et cetera.

2

1607, julio 29 y noviembre 21

Tarazona

El doctor Clemente Serrano, canónigo de la catedral e Tarazona, entrega al notario testificante una plica cerrada mediante tres escudos de sus armas con el tenor de su último testamento. Sigue carta pública de su defunción y diligencia de apertura de las últimas voluntades.

A.H.P.T., Martín de Falces, 1604-1607, ff. 43-54 v.

[f. 43] Die vicesimo nono mensis julii MDCVII. Tirasone.

[*Al margen*: Testamento].

Eadem die.

Ante la presencia de mi, Martin de Falces, notario, y de los testigos infrascriptos parecio el señor doctor Clemente Serrano, canonigo de la yglesia cathedral de Taraçona, estando enfermo, et cetera, y gracias a nuestro Señor Dios sano en el pensamiento, et cetera, revocando, et cetera, todos y qualesquiere testamentos, et cetera. El qual dixo que daba y entregaba, segun que de fecho dio y entrego en poder de mi, dicho notario, la presente plica cosida, cerrada y sellada, la qual dixo que era y es su ultimo testamento, et cetera. Et quiso que durante su vida no sea abierta, et cetera, pero que despues de sus dias sea abierta y sea su ultimo testamento y que valga por drecho de testamento. E lo qual dixo en protestacion que pidiendolo en su vida yo, dicho notario, y mis sucessores seamos tenidos de darsela, et cetera. Y pidio ser hecho acto publico.

Testes micer Martin Garcia Benito y Joan Sanchez, estudiante, habitantes en Taraçona.

[*Suscripciones autógrafas*: Clemente Serrano.

Yo, micer Martin Garcia Benito, soy testigo de lo sobredicho.

Yo, Joan Sanchez, soy testigo de lo sobredicho].

[f. 44] [*Signo de cruz en el encabezamiento*].

En el nombre de Dios, Padre, Hijo y Espiritu Sancto, tres personas y un solo Dios verdadero.

Yo, Clemente Serrano, presbitero, vezino y morador de la ciudad de Taraçona, estando como estoy enfermo de mi persona, gloria al Señor en mi buen

seso, juicio y entendimiento, qual su Divina Magestad ha sido servido dar a mi carne, deseando prevenir la hora de la muerte que es incierta y disponer de mis bienes, asi muebles como sedientes, en servicio de Dios y descargo de mi consciencia ante todas cosas creo y confieso todo lo que la Sancta Madre Yglesia Romana crehe y confiesa y protesto de vivir y morir en esta fe y crehencia, y revoco y annullo todos y qualesquiere testamentos, codicillos y ultimas voluntades que hasta aqui tenga hechos y ordenados. Ahora de nuevo hago y ordeno mi ultimo tes[f. 44 v.]tamento, ultima voluntad, ordinacion y disposicion de todos los dichos mis bienes, nombres, deudas, derechos y acciones, censales y treudos, habidos y por haber en todo lugar, en la forma y manera que se sigue.

Primeramente encomiendo mi anima a nuestro Señor Dios que la creo y redimio, para que por los meritos de su sagrada passion e intercesion de la Virgen Sancta Maria su benditissima Madre, San Clemente mi patron y los demas sanctos del cielo sea servido por su infinita misericordia colocarla en su Gloria.

Item quiero que siempre que muriere mi cuerpo sea sepultado en la iglesia cathedral de dicha ciudad, en mi capilla de señor Sanct Clemente que tengo fabricada.

Item quiero y ordeno que mi entierro, novena, cabo de novena y cabo de año se haga como se acostumbra a personas de mi [f. 45] qualidad y a mis executores infrascriptos parescera.

Item quiero que me sea dicho un año de missas rezadas en dicha mi capilla y llebado año de oblada y candela, ofreciendolo al presbitero que dixere la missa al tiempo del ofertorio y lo llebe quien mis executores querran.

Item quiero y es mi voluntad sean dados al monesterio de Sanct Francisco de dicha ciudad mil sueldos, y a los padres de la Compañia otros mil sueldos y a los padres capuchinos quinientos sueldos para su sacristia. Y a las monjas de la Conception otros quinientos sueldos. Y a Nuestra Señora de Moncayo dozientos sueldos. Y a [entre líneas: Nuestra] Señora de Misericordia de Borja cient sueldos.

Item quiero y mando sean fundadas en dicha mi capilla por [tachado: los] mis executores infrascriptos dozientas missas de estaca y por ellas se de la limosna acostum[f. 45 v.]brada y lo que fuere razon por la collecta della.

Item quiero y dexo a los señores del cabildo de dicha yglesia dos mil sueldos jaqueses para que los pongan a renta si no se les [entre líneas: diere] fundados para que con ellos sustenten y reparen la fabrica de la dicha mi capilla y cosas que pertenescrieren a su sustento. Y no tomen ese gasto de la renta de la capellania, si no que aquellos cient escudos queden libres para el capellan.

Item dexo sea fundado un aniversario en maytines la vispra de señor Sanct Clemente y que mis executores infrascriptos tomen de mis bienes para fundar renta como se acostumbra.

Item quiero y ordeno que sean pagados y satisfechos todos mis tuertos, deudas e injurias, aquellos y aquellas que por buena verdad se hallara yo ser tenido y obligado, asi con car[f. 46]tas como sin ellas en qualquiere manera.

Item dexo por parte y por drecho de legitima herencia debidamente y segun fuero del presente Reyno de Aragon, o en otra quaquiere manera, al señor obispo de Tarazona, mi brivario [*sic*] y bonete, e o en sede vacante a Su Santidad, e o al capitulo de la dicha yglesia cathedral de Tarazona. Y a todos y qualesquiere hermaas y parientes mios, los quales quiero aqui haber por nombrados, cada cinco sueldos por bienes mobles y cada sendas ar[r]obas de tierra en los montes comunes de la dicha ciudad por bienes sitios. Con los quales se hayan de tener por contentos y pagados de todo aquello que pretendieren y pudieren pretender de los dichos mis bienes y que otro no puedan haber ni alcanzar, exceptado lo que por el presente mi ultimo testamento les dexo.

[f. 46 v.] Item dexo de gracia especial al canonigo Pedro de Villaroya un jarro de plata pequeno y una taca de plata cucharetada con una medalla en medio y mis habitos de choro de invierno y de verano, y sobrepellices y roquetes. Y mas mi rosario. Y assimesmo le dexo el usufructo de mis casas que estan sitiadas en la placa de la Seo de la dicha ciudad, con su guerto y corral, que affrentan con casas de Gaudios Donielfa y con guerto de la casa que era de Joan de Añon, y con el arenal del rio y con dicha plaza de la Seo para que las goze mientras viviere; y despues de sus dias que mis executores infrascriptos y en falta dellos los señores dean o presidente y el canonigo mas antigo de dicha yglesia vendan las dichas casas teniendo cuenta si hoviere algun deudo mio de mi nombre o del dicho canonigo Pedro Villaroya que le estuviere bien el comprarlas se las vendan a el [f. 47] antes que a otro extranjero [*añadido entre líneas*: y el precio de dichas casas sia para ornamentos de la yglesia parrochial de la villa de Calcena].

Item dexo de gracia especial a mossen Thomas Ginesta todos mis bestidos de mi llebar exceptados dichos mis habitos que dexo al dicho canonigo Villaroya y mis camissas de Olanda que quiero sean para toballas y capitas a los calices y purifficadores de dicha mi capilla. Y tambien le dexo dos mil sueldos para componer su casa y la cama mia que duermo de verano con su paramento y la ropa que en ella duermo. Y mas le dexo un coffre, el que el querra escoger, para tener sus vestidos.

Item dexo al dicho mossen Thomas Ginesta una heredad mia de viña y tierra blanca llamada el Recuenco, sitiada en carrera Borja, termino de dicha ciudad, que affronta con camino publico de carrera Borja y con viña de mossen Diego de Tardienta y con pieca de Hieronimo Solan, con pacto y condicion que no la pueda vender ni empeñar durante los dias de su vida, sino darla o dexarla a uno de sus sobrinos [f. 47 v.], el que querra. Y mas le dexo al dicho mossen Thomas Ginesta la taca de plata en que bebe.

Item dexo a Maria Ginesta, viuda de Antonio Villela, las casas que compre en la calle de las Botigas de los herederos y executores de Jayme Bueno, sitiadas en dicha ciudad en la dicha calle de las Botigas, que affrentan con casas de Francisco de Agreda y con dos calles publicas. Y mas dos mil sueldos para ayuda de criar sus hijos.

Item dexo de gracia especial a Anna Ginesta, viuda de Pedro Palomino, quatro mil sueldos para ayuda a pagar la cassa que compraron.

Item quiero que de mis bienes sean dados a Miguel Ginesta dos mil sueldos.

Item dexo de gracia especial a Antonio Serrano y a mossen Miguel Serrano cada mil sueldos para ayuda de sus gastos.

Item dexo de gracia especial a Maria Serrano, viuda, hija de Anton Serrano [f. 48], quinientos sueldos jaqueses.

Item dexo de gracia especial a Joan Serrano, marido de Anna Vicente, mil sueldos para un vestido por el cuydado que ha tenido y tendra de mi hermana.

Item dexo de gracia especial a Isabel Julian de Calcena, que sirve a Francisca Aznar, quatrocientos sueldos jaqueses.

Item dexo de gracia especial a Joan de Maella unas casas que compre en la villa de Calcena, las quales quiero aqui haber por confrontadas como si aqui por [*dos palabras barreadas*] una, dos o mas confrontaciones fuessen confrontadas debidamente y segun fuero, para a el y a sus hijos.

Item dexo para adorno de la dicha mi capilla de señor Sanct Clemente los quatro reposteros y un[a] antipuerta de mis armas que tengo con mis escudos. Y mas otra antipuerta de figuras con que se acaba de entoldar dicha mi capilla. Y tres alombras que tengo. Y mas dos candeleros de plata y bastan[f. 48 v.]te.

Item es mi voluntad que en dicha mi capilla solo se puedan enterrar los capellanes que seran de dicha mi capellania y el dicho mossen Thomas Ginesta y el dicho canonigo [*tachado*: mossen] Pedro Villaroya.

Item dexo a Maria Maella la taca de dos oncas de plata que yo bebo de i[n]bierno e dos cucharas de plata.

Item de todos los otros bienes mios, asi mobles como sitios, nombrados, deudas, drechos y acciones, censales y trehudos, habidos y por haber en todo

lugar a mi en qualquier manera pertenescentes por qualquiere titulo, drecho, action y razon, de los quales en el presente mi ultimo testamento no he hecho ni hago especial mencion, los quales quiero aqui haber los bienes mobles por sus propios nombres nombrados y especificados como si lo fuessen, y los bienes sitios bien asi como [*tachado*: bien asi como] si aqui por una, dos o mas confrontaciones fuessen confronta[f. 50]dos, specifficados y designados, nombres, derechos, deudas y acciones, bien asi como si fuessen aqui por sus propios calendarios calendados debidamente y segun fuero et alias, dexolos todos y de aquellos hago e instituezco en heredera mia universal a mi alma para que de todos se funden en renta para socorrer a deudos mios, asi los de Tarazona como de Borja y Calcena, vendiendo dichos mis executores dichos mis bienes al mas dante y cargando el precio dellos a censal sobre lugares tutos y seguros. Y en caso de luycion, luyendolos y otorgando cartas de luycion balidamente y tornandolos a cargar y a esmercar para que el dicho mi legado pio sea perpetuo. Y faltando dichos mis deudos para emplear dicha limosna sea la dicha renta para [f. 50 v.] sacrificios y misas [*palabra borrosa*], limosnas a arbitrio de mis executores infrascriptos y faltando dichos mis executores dexo y nombro por executores del dicho legado a los señores dean o al presidente y canonigo mas antiguo de dicha yglesia que de presente son y por tiempo seran, a los quales doy facultad que puedan tomar de dicha renta de dicho legado sendos escudos de a diez reales por el trabajo que en cada un año tomaran de repartir dicha limosna y renta.

Item dexo y nombro por mis executores deste mi ultimo testamento y de las cosas en el contenidas y exoneradores de mi anima y consciencia a los señores doctor don Pedro de Gotor, chantre y canonigo de la dicha yglesia, y a Gabriel Alegre y a Pedro de Villaroya, canonigos de dicha yglesia. A los quales por el trabajo y cuydado que han de tener en la execucion y cumplimiento del dicho [f. 51] mi presente ultimo testamento de quatro sortijas que tengo se tomen las tres y a dicho mossen Thomas Ginesta la quarta sortija. A los quales juntos y concordados e o a la mayor parte dellos doy pleno, libero y vas-tante poder de cumplir y hazer cumplir todas y cada unas cosas contenidas en el dicho mi presente ultimo testamento, y de hazer y cumplir todas e cada unas otras cosas que executores testamentarios de fuero, drecho et alias hazer pueden y deben.

Aqueste es mi ultimo testamento, ultima voluntad, ordinacion y disposi-cion de todos los dichos mis bienes, assi mobles como sitios, habidos y por haber en todo lugar. El qual quiero y mando valga por drecho de testamento. Y si por drecho de testamento no vale ni puede valer, quiero y ordeno valga

por derecho de codicillo. Y si por derecho de codicillo no puede valer ni [f. 51 v.] puede valer, ordeno y mando que valga por qualquiere otra ultima voluntad, ordinacion y disposicion de los dichos mis bienes que de fuero, derecho, observancia, uso y costumbre del presente Reyno de Aragon et alias puede y debe valer.

[*Suscripción autógrafa*: Clemente Serrano].

[f. 52] [*Al margen*: Apericion y carta publica de muerte].

Et fecho lo sobredicho, en la [*entre líneas*: dicha] ciudad de Tاراçona, dia es a saber que se contaba a veinte y un dias del mes de noviembre del dicho año contado del Nacimiento de nuestro Señor Jesuchristo de mil seiscientos y siete, dentro de las casas de la propria habitacion del dicho doctor Clemente Serrano, sitiadas en la dicha ciudad, en la plaza de la Seo, que affrentan con casas de Gaudios Donelfa de Salbatierra y con la dicha placa de la Seo y con el arenal o calle publica, dentro de un aposento de dichas casas, ante la presencia de mi, Martin de Falces, notario, y de los testigos infrascriptos a esto llamados y rogados, estando un cuerpo muerto hechado sobre una alombra, comparecieron y fueron personalmente constituydos los señores doctor don Pedro de Gotor, chantre y canonigo, Gabriel Alegre y Pedro Villaroya [f. 52 v.], canonigos de dicha yglesia cathedral en dicha ciudad de Tاراcona habitantes, asi como [*tachado*: pro] executores que dixeron ser del ultimo testamento del [*tachado*: quondam] dicho doctor Clemente Serrano susonombrado.

Los quales dixeron y proposaron que como a su noticia dellos haya llegado el dicho doctor Clemente Serrano en el tiempo que vivia haber fecho y ordenado su ultimo testamento y ultima voluntad, ordinacion y disposicion de sus bienes muebles y sitios, habidos y por haber en todo lugar, en poder de mi, dicho [*tachado*: notario] et infrascripto [*entre líneas*: notario], y me hoviesse dado y librado su testamento cerrado y sellado con protestacion que aquel no pudiese ser abierto ni publicado durante los dias de su vida natural hasta que fuesse muerto. Y como a nuestro Señor Dios ha placido el dicho doctor Clemente Serrano ser muerto y haber fenescido sus dias naturales y pretendan ser nombrados en executores en el dicho testamento que, por tanto et alias, en aquellas mejores via, forma y manera que hazerlo po[f. 53]dian y debian, que me requieran y requirieron que yo mirase y reconociesse si el dicho cadaver, siquiere cuerpo muerto, que alli yacia si era el cuerpo del dicho doctor Clemente Serrano en el tiempo que vivia. Y si dello me constase legitimamente, que me requieran y requirieron a exoneracion de su officio y a conserbacion del derecho de aquel o aquellos do quien es o ser puede interesar en lo [*tachado*: esdevenidor] [*entre líneas*: venidero] y en memoria de lo [*tachado*: passado]

[*entre líneas*: sobredicho] venidero, que yo abriesse, leyesse y publicasse el dicho testamento para effectuar y cumplir todas y cada unas cosas que [*tachado*: allí] [*entre líneas*: en el] se contienen.

Et yo, dicho notario, y testigos infrascriptos, vimos y reconocimos el dicho cadaver, siquiere cuerpo muerto que allí estaba [f. 53 v.], el qual conoscimos y vimos que era y estaba muerto, y que era el cuerpo del dicho doctor Clemente Serrano en el tiempo que vivia, al qual muy bien conosciamos y conscimos en dicho tiempo que vivia.

Et assi visto y reconcido el dicho cadaver como legitimamente consto a mi, dicho [*entre líneas*: notario], y testigos infrascriptos et otros allí estantes ser [*tachado*: y que] muerto [*entre líneas*: y ser el cuerpo de] el dicho doctor Clemente Serrano en el tiempo que vivia y requerido segun de suso se contiene yo, dicho notario, hize ocular [*palabra perdida*] a los testigos infrascriptos, e a otros allí estantes y a dichos executores de la dicha plica del dicho testamento. Et vista y reconocida por ellos y por mi, [*entre líneas*: dicho notario], de como estaba cosida, cerrada y sellada, asi y segun me fue dada e librada, en presencia de los dichos executores y testigos infrascriptos y otros allí estantes por mi, dicho notario, fue abierta, leyda y publicada la dicha plica siquiere testamento. El tenor siquiere ordinacion de la qual et lo que dentro de aquella estaba notado, ordenado y [esc]ripto es del tenor siguiente. Aqui de [*dos palabras perdidas*] de arriba se contiene inseratur.

[f. 54] La qual dicha plica, siquiere testamento, suso inserto por mi, dicho notario, asi abierto, leydo y publicado, segun de parte de arriba se contiene, los dichos executores suso nombrados en el dicho nombre requirieron por mi, dicho et infrascripto notario, assi de la appericion de aquel como de la ocular inspeccion y muerte del dicho doctor Clemente Serrano, y todas y cada unas cosas cosas sobredichas ser fecho a[cto] publico, uno et muchos, e tantos q[uant]os seran necessarios, a exoneracion de sus officios y a conserbacion del drecho de aquel o aquellos de quien es o ser puede interesse en el esdevenidor et in memoriam omnium et singulorum premissorum et futurorum.

A lo qual fueron presentes por testigos mossen Hieronimo Carroz, presbitero, y Gaudios Donielfa de Salbatierra, habitantes en dicha ciudad de Tarazona, [a lo] dicho llamados y rogados.

[f. 54 v.] En Tarazona, a 21 de noviembre 1607 los executores pidieron carta publica de la muerte y abrir el testamento. Y se hizo acto della, y abrio y publico.

Testigos mossen Hieronimo Carroz, presbitero, y Gaudios Donielfa de Salbatierra, habitantes en Tarazona.

3

1607, noviembre 14

Tarazona

El doctor Clemente Serrano, canónigo de la catedral e Tarazona, estando enfermo otorga un codicilo.

A.H.P.T., Martín de Falces, 1604-1607, ff. 76-79.

[f. 76] Die decimo quarto mensis novembris. Anno MDCVII. Tirasone.

[*Al margen:* Codicillo. Extracto en 8 de noviembre de 1794 por mi, el comisario La Yglesia].

Eadem die.

Que como a todo testador sea permitido de fuero vel alias uno o otros codicillos hazer y otorgar y en aquel su testamento añader, corregir e mendar. Por tanto yo, el doctor Clemente Serrano, canonigo de la yglesia cathedral de Tarazona, estando enfermo de mi persona y gracias a nuestro Señor Dios sano en el [*tachado:* en el presente mi ultimo testamento] [*entre líneas:* pensamiento, et cetera], atendido yo haber hecho y ordenado mi ultimo testamento y aquel haberlo dado cerrado, cosido y sellado en poder de [*entre líneas:* mi], Martin de Falces, notario el presente codicillo recibiente y testificante, que dado fue en la ciudad de Tarazona a veinte y nueve dias del mes de junio del año de mil seiscientos y siete [*tachado:* en poder del dicho notario. El qual]

[*Entre líneas:* El qual] dicho testamento añadiendo, corrigiendo y entendiendo, quiero y es mi voluntad que mis executores [f. 76 v.] en dicho testamento nombrados tomen de [*entre líneas:* mis] bienes dozientos sueldos jaqueses para que se carguen en censal diez sueldos jaqueses de annua pension en cada un año y dichos diez sueldos se den en cada un año a los sacristanes de dicha yglesia cathedral que son y por tiempo seran por el cuydado que han de tener en adrekar y componer la dicha mi capilla con mis reposteros y alombras, y tenerlos en custodia y guarda, como lo dexo en dicho mi ultimo testamento los dias en el señalados.

Item quiero y es mi voluntad, y dexo que dichos mis executores hayan de tomar y tomen de mis bienes toda aquella cantidad que necessaria fuere para hazer el pedrestal de plata para [*entre líneas:* la cabeza] del señor Sanct Gaudios, y dorarla, como esta la cabeza del señor Sanct Prudencio.

[f. 77] Item dexo que hayan [*entre líneas:* de] formar los dichos mis executores de mis bienes seiscientos sueldos jaqueses para que [*tachado:* funden] [*entre líneas:* den] a censal y renta, y con ello se funden ocho missas rezadas perpetuas de estaca, celebraderas el dia y fiesta de señor Sanct Gaudios [*añadido entre líneas:* y la octava, cada dia una missa de dicha octava] en el altar mayor de dicha yglesia, dicha y acabada la missa conventual.

Item dexo de gracia especial a la dicha yglesia, dean, canonigos y cabildo della seis paños de raz que yo tengo para entoldar y tapicar dicha yglesia por parecerme que ay falta de tapiz en dicha yglesia.

Item quiero y mando que allende del luto que dexo en dicho mi testamento y los dos mil sueldos, sea dado al dicho Miguel Beltran un vestido de paño negro veintidoseno.

Item dexo que mis executores den a mis [f. 77 v.] criados, a cada uno den de comer el tiempo que les pareciere a dichos mis executores durante el tiempo de mi deffusion.

Item attendido que yo estoy obligado a censal a las monjas de la Concepcion de la dicha ciudad en cinquenta escudos de principal con [*tachado*: mil] [*entre líneas*: cinquenta] sueldos de annua pension, y esto por la señora doña Cathalina Mendiz, por la ayuda de pagar la dote que [*entre líneas*: de] subirla al choro [*entre líneas*: se ha dado], aunque me habian de luyr dicho censal y de Madrit imbiaron dineros para ello, el canonigo Joan Ram se los tomo diziendo que el habia dado o prestando otro cinquenta scudos a dicha señora doña Cathalina Mendiz y aunque [*tachado*: las] personas graves dicen que los dio y no tenia obligacion devolvselos y dichos dineros eran para luyr dicho censal que estoy obligado, por no andar en [f. 78] demandas, ni respuestas ni aberiguaciones, huelgo de dar dichos cinquenta escudos a dicho monesterio y que me luyan dicho censal.

Item por quanto los señores prior y canonigos de Tortosa me deben dos pensiones, es a saber, de la Natividad de señor Sanct Joan Baptista del año pasado y de la Navidad de nuestro Señor Jesuchristo proxime pasada, que montan quarenta y ocho escudos de a onze reales, los quales dexo [*tachado* y ten] a la sacristia de dicha iglesia de Tortosa para que dellos dispongan a su voluntad en benefificio de dicha sacristia.

Item dexo que dichos mis executores tomen de mis bienes para hazer una nabeta de plata para l inc[i]enso a la iglesia de Calcena.

Item dexo que se tome de mis bienes la limosna que paresciere para fundar doze anniversarios en la yglesia parrochial de la villa de Calena, celebraderos en los dias que parecera a dichos mis executores.

Item dexo de gracia especial a la señora doña Cathalina Ruyz de Castejon una imagen de Nuestra Señora por entender que es muy debota della. Y mas un manguito de martas aforrado en terciopelo negro. Y a la señora doña Polonia, su madre, un rosario nuevo que tengo, y una sortija de unas que traygo y mi çamarro si lo quisiere acabar [*tachado*: lo] en su servicio.

Item dexo a Hieronimo Serrano el monda dientes con la sortija de oro [f. 79] que de ordinario llebo al cuello.

Item dexo a la madre priora y monjas descacas [*entre líneas*: de dicha ciudad de Taracona] la fuente grande de plata que yo tengo, con su caxa de conserva.

Item dexo que se tome lo que fuere necessario por mis [*entre líneas*: dichos] executores [*tachado*: infrascriptos] de mis bienes para hazer un terno de terciopelo negro puesto en el mis armas para la celebracion de los aniversarios de la iglesia de Calcena.

Todas la demas cosas en dicho mi testamento contenidas quedando en su fuerca, efficacia y valor, y valga iure codicillo, et cetera.

Testigos el canonigo Pedro Villa Roya, presbitero, y Francisco del Espinal, su criado, habitantes en Taracona.

[*Suscripciones autógrafas*: Doctor Clemente Serrano.

Yo, el canonigo Pedro Villarroya, soi testigo de lo sobredicho.

Yo, Francisco d[e] Espinal soi testigo de lo sobredicho].

4

1607, diciembre 7

Tarazona

El cabildo de la catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona recibe una serie de bienes muebles de manos de los albaceas del doctor Clemente Serrano.

A.H.P.T., Juan Francisco Pérez, 1607, ff. 670-670 v.

[f. 670] [*Al margen*: Apoca].

Et factis actu continuo, el dicho capitulo, capitulantes, et cetera, et de si, et cetera, de grado, et cetera, otorgamos haver havido y en nuestro poder rescevido de los señores don Pedro Gotor, chantre, Grabiell Alegre y Pedro Villarroya, canonigos de Taraçona y executores del ultimo testamento del quondam doctor Clemente Serrano, canonigo de dicha yglesia, los bienes siguientes.

Primo unos corporales de olanda con su palia labrada con seda carmesi y una franjuela.

Mas otros corporales de olanda con su guarniçion de cadeneta de oro.

Mas otros corporales de olanda.

Mas otros corporales [*una palabra ilegible*] biejos.

Mas un misal.

Mas unas sacras de mano en pargamino.

Mas un atril e madera.

Mas una palmatoria de plata. Peso quatro arienços.

Un caliz dorado. Veynte y ocho ariencos.

Dos binageras. Catorçe arienços.

Un porta paz de cobre con una plancha de plata con un Eççe Omo, con sus caxas.

Mas dos candeleros de plata grandes y dos pequeños para olores. Quarenta onzas.

Mas seis paños de raz, los quatro de los Triunfos de Petrarca del amor, castidad, muerte y fama. Y los otros dos de figuras, el uno de un desposorio que el hombre tiene una sortija de oro en la mano y el otro de muchas mugeres y en medio una como reyna con una ropa azul y cadena y cinta de oro.

Mas quatro reposteros con sus armas y dos antepuertas, una con sus armas y la otra de figuras, con que se entolda y cuelga su capilla en las festividades que alli se celbran. Y suplica en su testamento que el cavildo se sirba de mandar que no se empleen en otros usos.

Mas tres alombras, las dos pequeñas y la otra grande.

Mas dos albas de olanda raydas con sus cingulos biejos.

Mas tres amitos, una camisita de caliz, dos toallicas de manos y un purificador.

Mas la cruz de altar que pesso diez y nueve onzas y ocho arienços.

Mas el platillo de las binageras, que peso once onzas y doçe arienços.

Y porque es verdad que emos reçivido todo lo sobredicho, en dichos nombres otorgamos apoca. Renunciantes, et cetera. Ex quibus, et cetera.

Testigos los dichos Pascual Alcaravi, portero, y Pedro Lenzana, habitatoris Tirasone.

LINAJE Y RELIGIÓN: LA PARTICIPACIÓN DE LOS SANZ DE LATRÁS EN ALGUNAS TAREAS CONTRARREFORMISTAS DE HUESCA

JOSÉ IGNACIO GÓMEZ ZORRAQUINO
Universidad de Zaragoza

INTRODUCCIÓN

En este estudio vamos a tener en cuenta a la familia como unidad de análisis. Este recurso –exaltado por todos, pero poco utilizado cuando hay que ponerse el mono de trabajo– lo consideramos fundamental, ya que solamente en este marco familiar podremos entender mucho mejor las actuaciones de todos sus miembros (hombres y mujeres, laicos y eclesiásticos...). No podemos hablar aisladamente de las mujeres ni de los hombres, ya que las actuaciones políticas, socioeconómicas, culturales, religiosas..., no se pueden entender de forma separada. Además, no podemos perder de vista que la riqueza material e inmaterial adquirida por un individuo de la estirpe se acumula, distribuye... –para bien o para mal, proporcionalmente, de forma desigual– entre los restantes componentes familiares, y para el futuro.

En el caso que nos ocupa, los casamientos, la descendencia o la no descendencia, nos ayudan a explicar algunos de los comportamientos de los Sanz de Latrás en los ámbitos laico y eclesiástico.

Hemos elegido el análisis de la estirpe de los Sanz de Latrás como podíamos haber seleccionado a los Cortés u otras sagas nobiliarias de la Huesca de los siglos XVI y XVII que se vieron inmersas en un importante proceso de ascenso social, y donde la religión sirvió –entre otras cuestiones– para certificarlo. Tenemos en cuenta que las fundaciones de conventos, capellanías, etc., aportaban «beneficios espirituales», «beneficios para la familia», «ayudaban a perpetuar la memoria del donante y de su familia»..., unos aspectos que no cuestiona la his-

* Proyecto de investigación PGC 2018-094899-B-51. Grupo de Investigación de Referencia H01_20R, Blancas (Historia Moderna) del Gobierno de Aragón.

toriografía. Siendo así, nos planteamos por qué, con estos parámetros, los análisis se sacan del entorno familiar y se fijan mayoritariamente en el terreno espiritual (la salvación del alma), dejando en un segundo plano las restantes finalidades que actuaban en las fundaciones.

Nosotros, atendiendo a estas cuestiones últimas, mirando a la transparente tipología de análisis que hay de los beneficios, las capellanías (Pro Ruiz, Barrio Gozalo...), creemos que, salvo que se haga un verdadero estudio prosopográfico de las citadas fundaciones, estas no las deberíamos sacar del ámbito familiar en el que fueron creadas. No olvidemos que estas fundaciones aglutinaron importantes sumas de capital, un montante que podía ser mayor si no había herederos directos en las diversas unidades familiares. Además, como luego veremos, el fundamental patronazgo de estas creaciones también estaba mediatizado por la existencia o falta de sucesores directos de los mecenas.

Finalmente, queremos apuntar que si a estas fundaciones religiosas las liberamos del ámbito casi exclusivo de la religión (salvación del alma), y las situamos en el terreno familiar, podemos encontrarnos con otras actuaciones (participación activa en diversos actos religioso-festivos, donación de reliquias...) donde también se intuye que se buscaban algunos logros similares a los apuntados con respecto a las capellanías, beneficios...

LA ESTIRPE DE LOS SANZ DE LATRÁS: SU IDIOSINCRASIA

Con los Sanz de Latrás estamos ante una estirpe de caballeros de alcurnia que siempre estuvo cerca de la realeza¹. Su presencia en la ciudad de Huesca debemos interpretarla en el marco de que esta sede urbana se convirtió en los siglos XVI y XVII en la residencia habitual de muchos de los dueños de los pequeños dominios señoriales de su entorno (un movimiento, del campo a la ciudad, bastante generalizado en la Europa del Renacimiento), de una burguesía mercantil que se configuró con aportes de otras ciudades y villas cercanas y de otros colectivos relacionados con la administración regia. Se puede decir que en la capital altoaragonesa el colectivo de la pequeña y mediana nobleza, conjuntamente con otros miembros del patriciado urbano (infanzones, mercaderes, hombres de leyes) y de la Iglesia, «monopolizaron» buena parte de la vida política, socioeconómica y

¹ Sobre el pasado medieval de la estirpe se puede ver Luis Mur «Los Sanz de Latrás», *Linajes de Aragón*, tomo III, 20, 1912, pp. 364-371.

cultural de la ciudad. Esto fue posible por la inicial ausencia de una rancia alta nobleza que ocupase el espacio que acabamos de describir. Además, hemos de añadir que algunos de los integrantes de esa pequeña y media nobleza accedieron a la alta nobleza en el siglo XVII, un ingreso logrado mediante las mercedes regias. Cuando ocurrió esto, algunos permanecieron durante algún tiempo en la capital altoaragonesa, aunque las uniones matrimoniales y diversas ocupaciones profesionales los alejaron de su «patria» oscense y los situaron en Zaragoza.

En todo este entramado, debemos apuntar que Huesca contó en los siglos XVI-XVII con las parroquias de la Seo, San Pedro el Viejo, San Lorenzo y San Martín. De estas cuatro parroquias, la de San Lorenzo se renovó en el siglo XVII con la fábrica de un nuevo templo y con la reestructuración de su espacio de culto (se creó un priorato, varias raciones, diversas capellanías...). Poco sabemos del templo de San Martín. La iglesia parroquial de San Pedro el Viejo –que tenía el título y honores de colegial y contaba con el patronazgo del Concejo de Huesca– reunía un prior y siete racioneros (uno de ellos era vicario y otro capiscol) que componían el capítulo, amén de los más diversos beneficios². Este marco parroquial se completaba con la importancia espiritual, social, económica y cultural que tenía la Catedral de Huesca: con un cabildo de canónigos formado por unas veinte canonjías, con un amplio organigrama administrativo, con un buen número de capellanías bajo su control y otras de patronato laical –que escapaban de su cuidado–, con la obligada gestión de numerosas fundaciones de misas de aniversarios, etc.³. Esta organización estaba integrada en un obispado que sufrió una importante transformación en el siglo XVI, a raíz de la creación de los obispados de Jaca y Barbastro en 1571.

La vida conventual oscense del siglo XVI se cifraba en la presencia del cenobio de monjas de Santa Clara y los conventos masculinos de Santo Domingo, San Francisco, el Carmen, la Merced y San Agustín. En el siglo XVII, a estas

² Fray Ramón de Huesca señalaba que el derecho de presentar el priorato, las raciones y beneficios fue adjudicado por el papa a la ciudad de Huesca por bula de 19 de octubre de 1535. El padre Huesca también puntualizaba la existencia de cinco capellanías: tres, con el título de Nuestra Señora de las Nieves, fundadas por el prior Cortés –suponemos que se refería a Juan, el primer prior secular de dicho templo, quien resignó el priorato, con permiso del rey, en su sobrino Juan– y otras dos capellanías, fundadas por don Jerónimo Cregenzan, bajo la advocación de san Juan Bautista y san Jerónimo, respectivamente. Ramón de Huesca, *Teatro histórico de las iglesias del Reyno de Aragón*, tomo VII, Pamplona, Miguel Cosculluela, 1797, pp. 21-24.

³ De estas y otras cuestiones de la Catedral de Huesca se ha ocupado José Manuel Latorre Ciria, *Economía y religión: las rentas de la Catedral de Huesca y su distribución social (siglos XVI-XVII)*, Zaragoza/Huesca, IFC/Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1992.

comunidades religiosas se les unieron cuatro institutos de monjas (dos de carmelitas calzadas, uno de descalzas y otro de capuchinas) y ocho conventos masculinos (de agustinos de Loreto, capuchinos, jesuitas, cistercienses, agustinos descalzos, frailes de San Antonio, carmelitas descalzos y benedictinos del monasterio de Montserrat)⁴.

En este escenario local, con respecto al tema que nos ocupa, las directrices contrarreformistas católicas que salieron de Trento tuvieron mucho que ver en las siguientes cuestiones: en el incremento conventual que resumidamente hemos apuntado⁵, en la proliferación de las más diversas fundaciones (raciones, capellanías, aniversarios, legados píos, etc.), en un aumento de las actuaciones relacionadas con la santidad (traslados de reliquias, festejos, exaltación y disputas por la apropiación del patronazgo de los santos, etc.)... Todo esto, en el marco de la preocupación que había por la salvación del alma, con un purgatorio (lugar intermedio entre el cielo y el infierno) de donde las almas podían escapar mediante los sufragios de los fieles (misas, limosnas, oraciones...).

Hemos de añadir que, en este conglomerado de acontecimientos contrarreformistas, se vieron involucrados, de una forma u otra, en mayor o menor medida, todos los sectores sociales. Con estas premisas, el comportamiento de algunos de los componentes de la estirpe de los Sanz de Latrás –similar al de los Cortés y alguna otra familia– merece una mención especial, ya que los vemos involucrados en dos fundaciones conventuales –incluimos el papel de doña Leonor Sanz de Latrás y Gaztelu, cónyuge del fundador de un convento en Gelsa (Zaragoza)–, en la fábrica de un templo, en la creación de varias capellanías laicales, en el establecimiento de misas perpetuas, aniversarios perpetuos y legados píos, en la participación de los festejos por la traslación de las reliquias de san Orencio, en la exaltación de la santidad de san Lorenzo y en las más diversas donaciones a la Iglesia. Amén de ello, los Sanz de Latrás que nosotros estudiamos contaban con la capilla de San Martín [de Tours] de la Seo de Huesca, donde quedaron depositados los cuerpos muertos de algunos de sus miembros⁶.

⁴ Información apuntada por María Celia Fontana Calvo, *Las clausuras de Huesca en el siglo XVII*, Huesca, Ayuntamiento de Huesca, 1998, p. 11. La autora añade que muchos de estos centros se habían fundado atraídos por la Universidad Sertoriana y eran colegios para la formación de los religiosos.

⁵ De la proliferación de conventos de frailes y monjas en la España Moderna se ha ocupado Ángela Atienza López, *Tiempos de conventos. Una historia social de las fundaciones en la España Moderna*, Madrid, Marcial Pons/Universidad de La Rioja, 2008.

⁶ Pedro Latrás, caballero del hábito de Santiago, señor de las baronías de Latrás y Ligüerre de Cinca fue sepultado en la iglesia de San Salvador de Latrás, un lugar de su dominio señorial.

Este modo de proceder contó con la connivencia y apoyo de las más diversas autoridades laicas y eclesiásticas, encargadas, en muchas ocasiones, de ejecutar las mandas testamentarias de nuestros protagonistas. Por ello, se repite la presencia sistemática y necesaria del obispo, de su vicario, de algunos canónigos y racioneros, etc., en la consumación de las más diversas fundaciones.

Hemos adelantado que la participación de los Sanz de Latrás en la fundación de un cenobio, de varias capellanías, etc., se llevó a cabo en su espacio residencial (en Huesca y en sus dominios señoriales). Esta forma de proceder, bastante habitual, se reprodujo cuando doña Leonor Sanz de Latrás y Gaztelu contrajo nupcias con don Juan de Funes Villalpando y Ariño, marqués de Osera, y fijó su residencia en Zaragoza. En este caso, doña Leonor, como esposa de dicho marqués, participó en la fundación del convento de Nuestra Señora de la Concepción de la Espina en Gelsa (Zaragoza), una población del dominio del marquesado.

Para entender todas estas actuaciones —de mecenazgo y patronazgo— que llevaron a cabo los Sanz de Latrás, además de lo dicho con respecto a los dictados emanados de Trento y a las circunstancias particulares de la ciudad de Huesca (como capital del Altoaragón, como residencia de la pequeña y mediana nobleza), resulta obligado que tengamos presente la configuración de la estirpe y su política familiar. La existencia de unidades familiares sin hijos, las muertes prematuras, la necesidad de «colocar» a los descendientes..., son aspectos fundamentales para entender el perfecto matrimonio acordado por el linaje y la religión, la completa comunión de lo laico con lo eclesiástico.

DE LA BÚSQUEDA DE LA SALVACIÓN ETERNA A LAS MÁS DIVERSAS VERTIENTES DEL PODER

La estirpe de los Sanz de Latrás y otras destacadas familias participaron en la fundación de conventos, beneficios, capellanías..., en la donación de limosnas y en la realización de diversos festejos y ofrendas religiosas. Con ello, estaban llevando a cabo una serie de obras meritorias para la salvación del alma de los puntuales fundadores, de sus allegados y de otros parientes. Pero esto no es todo, ya que con dichas realizaciones estaban asegurándose los siguientes logros: tenían, atendiendo al patronazgo, un instrumento de poder para la colocación de

Antes de que ocurriese esto, su cuerpo fue depositado en la citada capilla de San Martín. Archivo Histórico Provincial de Huesca. Jorge Saturnino Salinas, 1599, 28-III, f. 26r.

diversos miembros de la estirpe u otros integrantes de su red de poder dentro del clero secular o regular. Podían transmitir una imagen de poder en el mundo terrenal (para ser reconocidos y ensalzados) por la que querían ser recordados en el presente que les tocaba vivir y en el futuro. Estaríamos, pues, ante una «política paternalista», ante unas «relaciones de solidaridad jerárquica con la comunidad», aunque en este segundo caso los agraciados quedaban sujetos a una cierta subordinación y obligados al agradecimiento⁷. Amén de ello, alguna significativa fundación –como el convento de la Santa Espina en Gelsa (Zaragoza)– ampliaba las compensaciones que estamos señalando y buscaba también una serie de logros con respecto al mundo del dominio señorial, el ámbito donde se ejecutaba. Ante esas contraprestaciones, está claro que, aunque nos hallemos ante la inmovilización de diversos recursos económicos (censales, bienes inmuebles...) para satisfacer a una serie de beneficiados eclesiásticos, no podemos censurar esta actitud solamente desde el punto de vista de la pérdida de una posible rentabilidad económica –capitales inmovilizados, atendiendo a que se podían haber invertido en actividades productivas–, ya que detrás de esta iniciativa había otros logros (sociales, religiosos...) que hacían «rentable» la inversión.

La selectiva participación en fiestas caballerescas y ofrendas religiosas

La intervención –como mantenedor– del caballero don Juan Sanz de Latrás, señor de la baronía de Latrás y Javierregay, en la «sortija y estafermo»⁸ que se celebró en Huesca el domingo 4 de octubre de 1609, día de San Francisco, en la calle Coso de dicha ciudad, con ocasión de la llegada de las reliquias de san Orencio desde Auch (Francia), fue un buen momento para publicitar la imagen de poder que quería transmitir la estirpe en la persona de quien más tarde –en 1625– se convirtió en el I conde de Atarés⁹. Se presentó como el caballero prin-

⁷ José María Imízcoz Beunza, «Familia y redes sociales en la España Moderna», en Francisco Javier Lorenzo Pinar (Ed.), *La familia en la Historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009, p. 175.

⁸ Estamos hablando de dos juegos caballerescos, practicados casi siempre juntos, donde «la nobleza rivalizará más en pompa y accesorios que en fuerza y destreza en armas». M^a. Carmen Marín Pina, «“El caballero de Ávila” y las fiestas zaragozanas por la beatificación y canonización de Santa Teresa en el siglo XVII», *Thesaurus*, 1, 1999, p. 165. La autora cita los componentes básicos de esta fiesta caballeresca siguiendo a Lucien Clare.

⁹ El relato del torneo caballeresco, en el marco de la translación de las reliquias de san Orencio, se puede ver en Francisco Diego de Aínsa e Iriarte, *Translación de las reliquias del glorioso*

cial de la fiesta oscense donde concurrían otros nobles altoaragoneses. Además, años después, la estirpe, en la persona de don Juan de Funes y Villalpando –quien emparentó con los Sanz de Latrás en 1628–, también participó como patrocinador –y con el nombre del «Caballero de Ávila»– en la fiesta caballeresca que se celebró en Zaragoza, en 1614, con motivo de la beatificación de Teresa de Jesús. Años después, en 1622, nuestro protagonista estuvo presente como concursante en el torneo de a caballo que se llevó a cabo en la capital aragonesa con ocasión de la canonización de la santa abulense.

La saga de los Sanz de Latrás también se preocupó de la exaltación de la santidad de san Lorenzo. Lo hizo cuando el II conde de Atarés entregó, el 12 de diciembre de 1665, una banda militar que había recibido de don Juan [José] de Austria. Esto suponía que la estirpe quedaba muy vinculada con el santo patrón de la capital altoaragonesa –en un momento en que las ciudades de Valencia y Córdoba también reivindicaban el convertirse en la patria de san Lorenzo¹⁰. Además de ello, que la citada banda la hubiese recibido dicho conde de manos de don Juan [José] de Austria, después de haber coincidido ambos en el sitio de Gerona, suponía una cierta vinculación de la estirpe con el poder de la Monarquía, algo que no estaba al alcance de muchos. Para que no hubiese ninguna duda de que los Sanz de Latrás honraban públicamente a san Lorenzo, estos protagonistas intervenían cada año en las celebraciones laurentinas del mes de agosto con la organización de «la fiesta del día octavo».

La participación en torneos caballerescos

Como acabamos de adelantar, los Sanz de Latrás participaron en tres festejos caballerescos que se llevaron a cabo para celebrar la llegada de las reliquias de san Orencio a Huesca y para solemnizar la beatificación y la posterior canonización de Teresa de Jesús. Esto supone que la fiesta nobiliaria por excelencia –porque nos remite a la consideración guerrera de la nobleza y los privilegios logrados por tal dedicación– se puso al servicio del más rancio legado de Trento: el culto a los santos y a sus reliquias.

pontífice S. Orencio; hecha de la ciudad de Aux a la de Huesca..., Huesca, Juan Pérez de Valdivielso, 1612 (el libro manuscrito, en Biblioteca Pública de Huesca, ms. 100), pp. 99-112.

¹⁰ Las controversias en el siglo XVII acerca de la ciudad que debía considerarse la patria de san Lorenzo se han tratado en José Ignacio Gómez Zorraquino, *Los santos Lorenzo y Orencio se ponen al servicio de las «tradiciones» (siglo XVII)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2007, pp. 39-98.

Fue el domingo 4 de octubre de 1609 cuando se llevó a cabo una «sortija y estafermo» (donde se corrieron tres y dos lanzas, respectivamente) en la calle Coso de Huesca –con las ventanas de las viviendas aderezadas y ocupadas por destacadas damas–, con la presencia de numerosos caballeros y ciudadanos, y con la asistencia de los obispos de Huesca y Jaca, además de diversas autoridades laicas (el justicia, el prior de jurados y los jurados de la ciudad). El mantenedor del torneo a caballo fue don Juan Sanz de Latrás, con cuatro destacados padrinos (don Lope de Gurrea, don Justo Torres y Mendoza, el caballero del hábito de San Juan don García Iofre y don Diego Jerónimo de la Vera y Deza)¹¹, miembros de la clientela regia. De estos padrinos, ahora queremos fijarnos especialmente en don Diego Jerónimo de Vera, ya que fue lugarteniente del tesorero general de Aragón entre 1619 y 1634. Esta información, y que nos encontremos ante un tío de primo hermano de doña Leonor de Gaztelu, la primera esposa del citado mantenedor, supone que estamos ante un destacado miembro de la red de poder de los Sanz de Latrás¹².

La presencia del señor de la baronía de Latrás y Javierregay en el torneo caballeresco de 1609 y los ocho caballeros aventureros que participaron en los combates (Diego Gómez de Mendoza; don Rugero Sellán, señor de los lugares de Alerre y Pompién; Vicencio Climente; fray Juan Luis Coscón y Cortés, caballero del hábito de San Juan; don Vicencio Ximénez Samper, señor de Arascués; Diego Antonio Femat; Bernardino Ruiz de Castilla y Hernando Viota) nos sitúa ante unos destacados miembros de la élite gobernante de la ciudad de Huesca, donde encontramos conviviendo miembros de la baja-media nobleza con destacados ciudadanos, la mayoría de ellos participantes en el gobierno concejil. Esta imagen se repite cuando miramos la relación de padrinos que acompañaban a los citados ocho participantes en la

¹¹ Don Justo Pérez de Pomar, *olim* Torres y [López de Mendoza], señor que fue de la baronía de Sigüés (Zaragoza) participó posteriormente en el «estafermo» de 1614 –del que nos ocuparemos posteriormente– y en el torneo de a caballo que se celebró en 1630 en Zaragoza. De ello dimos cuenta en José Ignacio Gómez Zorraquino, *Para glorificar al rey y honrar a su clientela aragonesa: los torneos de a caballo de 1630 y 1585 en Zaragoza*, Zaragoza, IFC, 2017, pp. 75-76.

¹² Archivo de la Diputación de Zaragoza. Procesos de denuncia leg. 411, f. 7r. Archivo Corona de Aragón. Consejo de Aragón. Secretaría de Aragón, leg. 47, doc. 10/1. José Ignacio Gómez Zorraquino, *Patronazgo y clientelismo...*, *op. cit.*, p. 287. Don Diego Jerónimo de Vera y Deza actuó de padrino en el torneo de a caballo que se celebró en Zaragoza en 1630 J.I. Gómez Zorraquino, *Para glorificar al rey...*, *op. cit.*, p. 64.

«sortija y estafermo»¹³, lo que nos remite a la descripción de la sociedad os-cense que hacíamos en la introducción. Estamos, pues, ante unos dignos aspirantes a obtener cuotas más importantes de poder social, algo que lograron personajes como el señor de la baronía de Latrás cuando se convirtió en I conde de Atarés por merced regia.

La participación en los festejos por la traslación de las reliquias de san Oren-cio suponía enlazar con el legado de Felipe II, de quien se recordaba, en el cartel del torneo de a caballo, que llevó a cabo la traslación de las reliquias de san Eugenio, arzobispo de Toledo, y de santa Leocadia desde Francia y Alemania, respectivamente, hasta España. No podemos olvidar tampoco que Felipe II –quien guardaba una amplia colección de reliquias de los más diversos santos– fue el paladín de la Contrarreforma católica, y cualquier actuación favorable a los dictados contrarreformistas podría acarrear significativas recompensas, atendiendo al amplio abanico de mercedes ligadas al patronazgo regio.

Años después de la recepción caballeresca de 1609, don Juan de Funes y Villalpando, cuando era señor de las baronías de Quinto y Osera, con el nombre de «caballero de Ávila», desafió a los caballeros de Aragón en una «sortija y estafermo» que se celebró el 12 de octubre de 1614 en las fiestas que se celebraron en Zaragoza, con ocasión de la beatificación de Teresa de Jesús. Don Juan actuó como mantenedor de la citada fiesta, y vio el «milagro» de que a un niño le pasó la rueda de un carro por mitad del cuerpo y se «levantó sano y alegre»¹⁴. El señor de las baronías de Quinto y Osera –quien se convirtió en I marqués de Osera el 3 de octubre de 1626, por concesión de Felipe IV– actuó con el mismo rol que don Juan Sanz de Latrás a la hora de la llegada de las reliquias de san Oren-cio. Esto supone que nos encontramos ante los futuros suegro y yerno, quienes emparentaron en 1628, cuando el I marqués de Osera contrajo nupcias con doña Leonor Sanz de Latrás, una hija de don Juan, I conde de Atarés.

La intervención de don Juan de Funes en tan selectivo acto –para exaltar las virtudes de la madre Teresa de Jesús– y en la fiesta caballeresca que se organizó

¹³ Figuraban como padrinos los siguientes personajes: don Pedro de Urriés (señor de Ayerbe), Francisco Tomás de Lacabra, Martín Coscón (padre del caballero fray Juan Luis Coscón), Pedro Aznárez, Juan Agustín Lastanosa, don García Iofre (comendador de la Orden de San Juan), Martín Juan de Felices y Donlope, Juan Costa (señor de Corbinos), Vicencio Salinas y Vicencio Bailo.

¹⁴ Luis Díez de Aux, *Retrato de las fiestas que a la beatificación dela [...] Madre Santa Teresa de Jesús...*, Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet, 1615, p. 139.

en Zaragoza en 1622, dedicada a la canonización de dicha santa¹⁵, suponía que publicitaba su papel nobiliario y de defensor de tan insigne religiosa (y la presentaba «como camino de perfección para llegar a Dios») ante las autoridades laicas y eclesiásticas. Esta actuación –y otras que analizaremos posteriormente– debieron de ser fundamentales para que nuestro protagonista se convirtiese en I marqués de Osera. Amén de ello, estamos ante un noble aragonés que estudió su linaje, cultivó la poesía, fundó una academia literaria, patrocinó y participó en el certamen poético por la Cofradía de la Sangre de Cristo (1621)...¹⁶. Este papel de mecenas de las artes fue compensado con un poema que Felices de Cáceres dedicó a doña María Francisca Climente y Henríquez, la primera esposa de don Juan de Funes¹⁷.

La exaltación de la santidad de san Lorenzo

Como hemos anticipado, a lo largo del siglo XVII se sucedieron una serie de disputas entre diversas poblaciones (Córdoba, Huesca, Valencia...) para atribuirse la patria del mártir san Lorenzo. En este marco, la pluma de los diversos escritores que participaron en las reivindicaciones laurentinas –en muchos casos mediante encargo– tuvo una gran importancia. Pero, además de ello, también hubo otro tipo de actuaciones que contribuyeron a consolidar y amparar el protagonismo de dichas ciudades en su vinculación con san Lorenzo y de este con la realeza.

Este contexto nos sirve para explicar la ofrenda que hicieron el 12 de diciembre de 1665 don Juan Sanz de Latrás (II conde de Atarés, caballero del hábito de Santiago, gentilhombre de la cámara de su majestad y de su llave dorada), y su esposa y prima hermana la gerundense doña Magdalena [Sanz de Latrás] de Agullana a san Lorenzo, en el templo oscense del mismo nombre. Estamos hablando de la donación de «una vanda militar bordada de plata pasada en campo roxo» que había recibido el II conde de Atarés de don Juan [José] de Austria, cuando coincidieron en el sitio de Gerona. Entendemos que se refería al momento en

¹⁵ Estamos, nuevamente, ante el aventurero «Caballero de Ávila». M^a Carmen Marín Pina, «“El caballero de Ávila”...», *op.cit.*, p. 176.

¹⁶ Este papel literario de don Juan lo describe M^a Carmen Marín Pina, «“El caballero de Ávila”...», *op. cit.*, p. 165. Esta autora lo hace siguiendo los trabajos de Aurora Egido, «Las academias literarias de Zaragoza en el siglo XVII» y «Las cofradías zaragozanas del siglo XVII y su proyección literaria (con un esolío al Quijote)».

¹⁷ M^a Carmen Marín Pina, «“El caballero de Ávila”...», *op.cit.*, p. 172

que el ejército comandado por don Juan [José] de Austria acudió al auxilio de dicha ciudad catalana y venció a las tropas francesas el 23 de septiembre de 1653¹⁸. Con esta actuación, dicho matrimonio, domiciliado en Huesca, daba las gracias a Dios por los «favores y beneficios» que este les había hecho, y reconocían «la intervención, amparo y protección» que habían tenido de su «advogado, Patrón e invictísimo Mártir San Lorenzo, hijo desta ciudad [de Huesca]»¹⁹.

Desconocemos si la señalada donación pudo estar mediatizada por la proximidad de la muerte del II conde de Atarés, acaecida el 27 de agosto de 1666, ocho meses después de la donación. Más seguros estamos de que, con dicha entrega, los Sanz de Latrás daban lustre a su estirpe por su cercanía a la realeza, por su apoyo a esta en la revuelta de Cataluña (1640-1652) y por la ofrenda al mártir san Lorenzo, patrón de la ciudad de Huesca y santo vinculado al poder regio. A la vez, dicha donación contribuía a engrandecer los recursos de la sacristía —para «el servicio del Altar y del Santo»— de la iglesia parroquial oscense de San Lorenzo, necesitada de rentas por ser de nueva fábrica (1607-1624).

Hemos de añadir que antes de la donación de la banda militar encontramos al II conde de Atarés residiendo en Barcelona (entre septiembre de 1663 y finales de mayo de 1664)²⁰. Esto nos hace suponer que estaba llevando a cabo algún servicio a la Monarquía, lo que debió ayudarle a incrementar su destacada posición en la corte, ya que este gentilhombre de la cámara de su majestad y de su llave dorada en 1665 aparece citado también como caballero de la reina en 1666, el año de su muerte.

Todas estas connotaciones clientelares expuestas, con ocasión de la donación de la citada banda, no salían a relucir cuando los Sanz de Latrás participaban en las fiestas laurentinas oscenses de agosto. En este caso, la exaltación del santo mártir tenía un carácter más local, aunque, en dicho ámbito, también aportaba una buena dosis de protagonismo y de reconocimiento social. Estamos hablando de cuando, en 1666, el II conde de Atarés dio cuenta de que hacía muchos años que «he hecho la fiesta del día octavo del señor San Lorenzo, hijo y Patrón desta

¹⁸ Fernando Sánchez Marcos, *Cataluña y el gobierno central tras la Guerra de los Segadores (1652-1679)*, Barcelona, Ediciones de la Universidad de Barcelona, 1983, p. 78.

¹⁹ Dicha donación está registrada en AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 1665, 12-XII, ff. 360r-361v. También en Archivo Diocesano de Huesca. Libros de culto y fábrica de San Lorenzo (7.3/06), f. 11r.

²⁰ AHPRH. Pedro Miguel Latre, 1664, 28-V, f. 88r. El 29 de septiembre de 1664 figuraba como residente en el lugar de Latrás. AHPRH. Pedro Miguel Latre, 1664, 29-IX, f. 156r.

ciudad de Huesca», de quien era «cordialísimo» devoto²¹. Suponemos que se estaba refiriendo a la fiesta celebrada el día 17 de agosto, teniendo en cuenta que los actos festivos (religiosos y profanos) se iniciaban con la vigilia del día de San Lorenzo (10 de agosto). A esta suposición llegamos cuando miramos el relato de las celebraciones y cultos que nos describe la tradición. Así, el 17 de agosto, octava de San Lorenzo, se solía celebrar una misa solemne con la presencia de los miembros del gobierno de la ciudad de Huesca²². Queremos pensar que don Juan Sanz de Latrás, con las cuarenta libras jaquesas (800 sueldos jaqueses) que aportaba para las celebraciones de dicho día, además de ser destinadas para favorecer la celebración de los oficios religiosos, también debieron de utilizarse para sufragar algún refrigerio después de los oficios religiosos.

Pero esto no es todo, nuestro protagonista quería que se perpetuasen las celebraciones del día octavo de san Lorenzo. Para ello, ordenó testamentariamente que su «prima» —que a la vez era esposa— fuese la usufructuaria de sus bienes cuando muriese y la encargada de organizar la citada fiesta «en la conformidad que yo la he acostumbrado hacer». Fenecido este patronazgo, los sucesivos legítimos herederos de la casa y baronía de Latrás y condado de Atarés debían encargarse perpetuamente de que, en el señalado día festivo, se oficiasen las ceremonias que tradicionalmente se hacían. Se puntualizaba que se debían gastar para los actos programados las citadas cuarenta libras jaquesas o la suma monetaria «que fuese menester». Para que el «privilegio» no se extinguiese, don Juan Sanz de Latrás dejó hipotecadas unas casas suyas, situadas en la parroquia oscense de San Pedro, en la calle La Correría, para que con la renta anual que se sacase de ellas se pagase perpetuamente el gasto de la festividad anual de dicho día octavo de san Lorenzo²³.

Así pues, el deseo de perpetuar el particular «privilegio» de la fiesta laurentina significaba que se quería vincular a los Sanz de Latrás con el santo patrón de Huesca de una forma muy especial, copando un puntual protagonismo del ambiente religioso y festivo de la ciudad. Esto suponía que dicha estirpe oscense de ricos hombres, convertidos en miembros de la alta nobleza, ocupaban el espacio que siempre habían disfrutado como media y baja nobleza —ante la au-

²¹ AHPH. Pedro Miguel Latre, 1664, 26-VIII, f. 334r.

²² Del calendario de las celebraciones y cultos a san Lorenzo en el mes de agosto daba cuenta Damián Peñart y Peñart, *San Lorenzo. Santo español y oscense*, Huesca, Gráficas Alós, 1987, pp. 133-137.

²³ AHPH. Pedro Miguel Latre, 1666, 26-VIII, ff. 334r-335r.

sencia de una alta nobleza a lo largo del siglo XVI—. En el caso que nos ocupa, el ascenso social de los dos primeros condes de Atarés, padre e hijo, no precipitó el cambio de residencia, algo que sí hicieron otros titulados oscenses cuando la fijaron en Zaragoza o, en menor medida, en Madrid. Los apuntados condes de Atarés —como los primeros condes de Torreseca y otros distinguidos nobles— fueron algunos de los miembros de la «nueva» alta nobleza que permanecieron en la capital altoaragonesa en el siglo XVII, añadiendo algo de lustre nobiliario a la sociedad oscense.

La fundación del convento de la Virgen del Pilar de capuchinas de Huesca

La estirpe de los Sanz de Latrás contribuyó a engrandecer el legado eclesiástico de la ciudad de Huesca mediante la fundación de un convento de capuchinas a mitad del siglo XVII, con la participación posterior en la fábrica de la iglesia conventual (entre 1668 y 1671) y con la creación de algunos beneficios en dicho cenobio. La primera iniciativa corrió a cargo de sor Ana María [Sanz] de Latrás [y Gaztelu], «una hija» de Huesca, profesa en el convento de capuchinas de Zaragoza desde 1645²⁴. La tramitación fundacional se inició el 25 de agosto de 1647, cuando la interesada, «deseando executar alguna demostración gloriosa, para desempeño en parte, de tantos beneficios recibidos. Y que en primer lugar sea a Honra y gloria de Dios nuestro S[eñor] y en sigundo de conoçida conveniencia a sus Ilustres Ciudadanos», solicitó licencia al Concejo de Huesca para hacer «una fundación de Madres Capuchinas, orden de nuestro seráfico Padre San Francisco. Echa de Planta, a costa y expensas propias suias en puesto que menos perjudique a sus vecinos». Añadía que para la fábrica conventual no pedía al concejo que «le asista con interés alguno de Acienda, sino tan solamente con el favor de su *Permisso y Asçensso* [...]». Anunciaba a los receptores de la petición que para la erección del convento tenía «prevenidos en la Tabla [de Depósitos] de Zaragoza seis mil Ducados [132.000 sueldos jaqueses]». También apuntaba que el cenobio quería hacerlo «con intención Caritatiba, Refugio, de Honor, Virtud y Santidad para Hijas de Ciudadanos Principales y Pobres [...] sin necesitar de Acienda para conseguirlo, pues este santo instituto no admite Dotes de Dinero ni la menor

²⁴ La fecha de 1645 la tomamos de Luis Mur, «Los Sanz de Latrás», *op.cit.*, p. 370.

alaxa en su ingreso, como ni en ningún tiempo, que todo se vincula en la Providencia Divina, executada en la Piedad de los fieles [...]. Terminaba la solicitud del permiso fundacional presentando su servicio a Dios y buscando «el mayor Veneficio de su Patria»²⁵.

Esta proposición fundacional de sor Ana María Sanz de Latrás, «indigna religiosa Capuchina», recibió el visto bueno del concejo oscense. También se pronunció de forma favorable don Esteban de Esmir, obispo de Huesca, por decreto de 19 de febrero de 1648. Las obras conventuales debieron de finalizar en algún momento cercano al 23 de octubre de 1652, cuando la comunidad de religiosas que se formó en 1648 se trasladó a la nueva residencia²⁶. Años después, entre 1668 y 1671, se llevó a cabo la fábrica de un templo anexo al convento, con el mecenazgo de los Sanz de Latrás (de don Juan, II conde de Atarés, hermano de sor Ana María, y de doña Magdalena Sanz de Latrás y de Agullana, prima hermana de los anteriores y esposa del conde)²⁷. La stirpe Sanz de Latrás prolongó su vinculación con las capuchinas durante el siglo XVIII²⁸.

Si retomamos el proceso fundacional del convento de monjas capuchinas que nos ocupa debemos apuntar varias cuestiones. En primer lugar, nos encontramos en el marco de un proceso contrarreformista, con una proliferación conventual sin precedentes (tanto de cenobios masculinos como femeninos) y donde la realeza, los nobles, los burgueses, el clero secular, los concejos..., promovieron su candidatura como mecenas y patronos del proceso fundacional.

²⁵ Archivo Municipal de Huesca. Actos comunes, doc. 142 (1647, 25-VIII). De esta solicitud dio cuenta María Celia Fontana Calvo, *Las clausuras de Huesca...* Se equivoca esta autora cuando señala que la solicitante disponía de 12.000 sueldos en la Tabla de Depósitos de Zaragoza.

²⁶ Esta información y el nombre de las cinco religiosas que formaron la primera comunidad se puede consultar en María Celia Fontana Calvo, *Las clausuras...*, *op. cit.*, pp. 133-135. Antes, quien se ocupó de estos asuntos fue el Padre Huesca, *Teatro histórico de las iglesias del Reyno de Aragón*, *op. cit.*, pp. 104-109. Estamos hablando de sor Ángela Serafina de Mendoza, sor Ana María Sanz de Latrás, sor Cándida de Fuertes, sor Gabriela de Lerma y sor Magdalena Zaporta.

²⁷ Doña Magdalena donó 3.000 escudos para la fábrica de la iglesia, una suma donde estaban incluidos los 1.000 reales de a ocho que había donado su difunto esposo para este fin. AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 169, 14-IV, f. 150v (4v). El 3 de junio de 1669, el convento de Santa Teresa de carmelitas descalzas de Huesca otorgaron –mediante ápoa– que habían recibido las 400 libras jaquesas de limosna que había donado la condesa de Atarés. Se las entregó el doctor José Santolaria, maestrescuela y canónigo de la Catedral de Huesca, ejecutor testamentario de la donante. AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 1669, 3-VI, ff. 257r-258r.

²⁸ María Celia Fontana Calvo, *Las clausuras...*, *op. cit.*, pp. 135-142.

Por ello, no es extraño que nos encontremos con las más diversas situaciones, atendiendo al lugar de fundación, a la orden religiosa que disfrutaba el cenobio, a las iniciativas instauradoras, al funcionamiento interno, etc.

Como hemos adelantado, debemos recordar que la ciudad de Huesca en el siglo XVI, con respecto a los conventos femeninos, solamente contaba con el cenobio de las clarisas de Santa Clara, franciscanas, fundado en 1268 y reformado entre 1563 y 1576. Dicha reforma fue promovida por el Concejo de Huesca, la institución que se encargó del mantenimiento de dicho convento y, a cambio, conseguía beneficiar a las hijas de la ciudad²⁹. Fue en 1621 cuando se fundó el convento de las carmelitas calzadas de la Encarnación (conocido vulgarmente como de las «Miguelas»), creado a iniciativa de Ana Santapau, viuda del maestro Juan de Garay, y con el respaldo económico e ideológico del Concejo de Huesca, lo que le sirvió a este último para quedarse con el patronazgo y la «protección» de dicho convento, amén de que propició la formación de un buen refugio para las hijas del patriciado urbano oscense que controlaba la institución concejil³⁰.

Aunque los tres nuevos conventos femeninos que se crearon en Huesca después del de las carmelitas calzadas tenían fijadas una serie de rentas para su erección, debemos recordar que el concejo de la capital altoaragonesa no volvió a prestar su apoyo económico a las nuevas fundaciones: como si las élites ciudadanas oscenses tuviesen cubiertas sus necesidades a la hora de «colocar» a sus hijas en la Iglesia. Estamos hablando del establecimiento de las carmelitas descalzadas de Santa Teresa, una comunidad procedente de Tamarite de Litera que se estableció en Huesca en 1642 por la inseguridad que aportaba la guerra de

²⁹ Por acuerdo de 24 de octubre de 1573 se estableció que la mitad de las monjas que accediesen a dicho cenobio debían ser «hijas y naturales de la dicha ciudad» y debían aportar una dote de 5.000 sueldos jaqueses y una cama de ropa valorada en 1.000 sueldos jaqueses o el dinero de dicha tasación. Años después, en 1604, se fijó la dote de las oscenses en 8.000 sueldos, más una cama de ropa y diez escudos. María Celia Fontana Calvo, *Las clausuras...*, *op. cit.*, pp. 196-197.

³⁰ Hacemos esta valoración porque los mandatarios del concejo oscense negociaron e impusieron las condiciones sociales y económicas (dote) que se debían cumplir a la hora de ingresar en el cenobio carmelita. Se acordó una dote para las hijas de la ciudad, y para las extranjeras, de 9.000 sueldos jaqueses, cantidad que se incrementaba con 2.000 sueldos más cuando se incorporaba una fémina que contaba con una hermana en el convento. Además, la lista de solicitantes para entrar en el nuevo convento no ofrece dudas. Información puntual aportada por María Celia Fontana Calvo, *Las clausuras...*, *op. cit.*, p. 23 y 203-204 y 204-205.

Cataluña (1640-1652), y que contaba con el respaldo económico de las rentas de la fundadora doña Violante de Guaso, viuda de don Gaspar Olcinellas, caballero de dicha villa. Cinco años después, como hemos adelantado, se fundó el convento capuchino que nos ocupa. Finalmente, en 1656, se creó el convento de carmelitas calzadas de la Asunción, fruto de la escisión que se produjo en el convento de la Encarnación («Miguelas»), configurándose una nueva comunidad con las religiosas desligadas de la obediencia de la orden³¹.

Este pequeño repaso fundacional es suficiente para enmarcar el convento de capuchinas fundado por sor Ana María Sanz de Latrás —antes condesa de Plasencia— en comparación con algunos de los cuatro institutos citados. Dicho cenobio nació gracias al aporte económico de su fundadora, y se benefició de otras donaciones de los Sanz de Latrás. Estas circunstancias no debieron de ser suficientes para que el patronato conventual quedara en manos de la familia. Posiblemente, las especiales circunstancias de la estirpe, como varios matrimonios consanguíneos y sin descendencia, debieron de suponer un freno a la concesión del patronato conventual para la familia³². Dejando a un lado esta hipótesis, la realidad es que estamos ante un cenobio que no fijó ningún tipo de dote para las féminas que querían incorporarse a su comunidad. Esto, lógicamente, contrasta con las cantidades dotales fijadas para los ingresos en los conventos oscenses de las clarisas franciscanas de Santa Clara y de las carmelitas calzadas de la Encarnación —de lo que hemos dado cuenta en sendas notas—, ya que la dote tenía un carácter discriminatorio, permitiendo que solamente pudiesen acceder las féminas que tuviesen un determinado poder adquisitivo. Esta selección económica marcaba el carácter elitista de dichos cenobios, una barrera que quedaba pequeña cuando se miran los requisitos establecidos para acceder al monasterio real de Santa María de Sijena, donde la hidalguía y limpieza de sangre exigida a las candidatas nos sitúa ante las hijas de los miembros de la nobleza.

Realizadas estas precisiones, es necesario que nos preguntemos por el mecenazgo de sor Ana María Sanz de Latrás, ya que esta marquesa de Plasencia —como hemos visto— entró en la clerecía después de la muerte de su esposo, y

³¹ María Celia Fontana Calvo, *Las clausuras de Huesca...*, *op. cit.*, p. 24.

³² Decimos esto porque la fundadora podía haber facilitado el posible patronato conventual. Fue, pues, una actitud diferente a la puesta en práctica por diversos miembros del clero secular con respecto al patronato, a los más diversos intereses familiares (facilitando los ingresos en el cenobio,...), Ángela Atienza López, *Tiempos de conventos...*, *op. cit.*, pp. 231-232 y 364-374.

primo hermano, don Ferrer de Lanuza y [Silva], II conde de Plasencia, fallecido el 14 de febrero de 1643, y sin que hubiese hijos vivos del matrimonio.

Por otra parte, el que en la petición fundacional de sor Ana María Sanz de Latras al concejo oscense de 1647 apareciese su hermano [don Juan Sanz de Latras y Gaztelu] como conde de Atarés nos está indicando que el I conde de Atarés, su padre, ya había fallecido. Esta circunstancia, unida al prematuro óbito, en 1615, de doña Leonor de Gaztelu, madre y primera esposa, respectivamente, nos obliga a mirar a lo establecido en los capítulos matrimoniales de doña Ana María con don Ferrer de Lanuza, primos hermanos, acordados el 29 de noviembre de 1625, para entender de dónde salían los 6.000 ducados [132.000 sueldos jaqueses] que dispuso la fundadora para la fábrica del convento de capuchinas en Huesca.

Aunque la promotora del convento de capuchinas de Huesca era monja a la hora de la erección, debemos pensar que estamos ante una viuda noble sin hijos que vio morir en 1643 a su esposo, don Ferrer de Lanuza y Silva (II conde de Plasencia), y decidió ingresar en un cenobio zaragozano. Esto supone que estamos ante una mujer viuda noble que, en vez de contraer otras nuevas nupcias —como encontramos bastantes casos—, decidió tomar el camino de la religión y, posteriormente, fundar un cenobio en su patria oscense. La condición de viuda sin hijos nos aleja de los parámetros de otras féminas de su condición que fundaban un convento para «resguardarse y continuar sus días de forma honorable, a veces haciéndose acompañar también por sus hijas»³³. También estamos lejos de buena parte de los rasgos más característicos de las fundaciones conventuales de la nobleza (patronato perpetuo, legitimación del poder señorial...), de los que daremos cuenta posteriormente cuando hablemos de un nuevo establecimiento.

El añadido de tres capellanías: para lograr la salvación eterna, perpetuar la memoria familiar y favorecer el culto

El II conde de Atarés encargó la fundación de tres capellanías (una en cada una de las iglesias parroquiales de Javierregay y Latrás y otra en la iglesia de las

³³ Ángela Atienza describe este marco con respecto a varias fundaciones conventuales en distintas poblaciones de la geografía española. Entre ellas, cita el convento de las carmelitas de la Encarnación de Sariñena (Huesca) en 1612, donde la mujer viuda del hidalgo Montesinos y la hija de ambos determinaron fundar el citado cenobio y tomaron el hábito. Ángela Atienza López, *Tiempo de conventos...*, *op. cit.*, pp. 328-330

madres capuchinas de Huesca). De este proyecto o encargo de triple instauración llama la atención el que no estaba destinado a los miembros familiares. Esto era algo fuera de lo común, ya que las capellanías como otros beneficios eclesiásticos «aseguraban» una renta vitalicia para los agraciados, lo que servía a las familias para «colocar» a los individuos menos favorecidos (por la extensión familiar y por los más diversos motivos). Ante esta circunstancia, los únicos elementos que pueden justificar dichas fundaciones son los siguientes: la búsqueda de la salvación eterna, el querer perpetuar la memoria familiar y el pretender favorecer el culto divino en sus dominios jurisdiccionales. Lógicamente, todo ello impregnado de las especiales circunstancias por las que pasó la estirpe y el mecenas que encargó la fundación (matrimonios consanguíneos, enlaces sin descendientes vivos, la entrada en religión de algunos de sus miembros...).

Las líneas maestras de las fundaciones de las capellanías en Javierregay y Latrás eran las siguientes: cada una de las dos capellanías debía disponer de una renta o pensión de 60 libras jaquesas (1.200 sueldos jaqueses) y 1.200 libras jaquesas (24.000 sueldos) de propiedad. Debían ser unas capellanías laicales y de derecho de patronato laical –tanto en la fundación como en la dotación–, nutuales y amovibles, sujetas a la voluntad del patrón o de los patronos. Se puntualizaba que los designados podían permanecer como tales durante el primer año, sin que nadie pudiese moverlos, salvo causa mayor. En este supuesto, el patrón estaba facultado para hacerlo.

Las citadas capellanías estaban libres de que se les impusiese los derechos de cuarta, décima, subsidio u otras tasas implantadas por el papa y el obispo de Jaca y sus sucesores. El prelado jacetano estaba facultado para vigilar, mediante visita, el cumplimiento de las misas en las citadas capellanías, debiendo recibir por ello la suma de cinco sueldos, una cantidad monetaria que debían satisfacer cada uno de los capellanes.

Del disfrute de las capellanías estaban excluidos los vicarios o rectores de Javierregay y Latrás. Dichas fundaciones estaban destinadas a los clérigos que fuesen hijos naturales de dichos lugares y, en falta de estos últimos, los clérigos de los otros lugares de los dominios señoriales del fundador.

Los capellanes estaban obligados a celebrar cada uno la suma semanal de tres misas rezadas, destinadas para la salvación de las almas del fundador, de sus padres y de sus deudos.

Los encargados de estas fundaciones eran los ejecutores testamentarios, con la puntualización de que debían seguir las cláusulas estipuladas por el doctor Martín Gan, rector del lugar de Santa Engracia, quien había fundado unas capellanías en la iglesia del lugar de Embún.

La primera patrona de las citadas capellanías debía ser doña Magdalena [Sanz de Latrás] y de Agullana, esposa del testador. A su muerte, el encargo recaía en los futuros señores de la casa de Latrás y condes de Atarés³⁴.

Como hemos adelantado, el II conde de Atarés también encargó a sus ejecutores testamentarios que promoviesen la fundación de una tercera capellanía en la iglesia de las madres capuchinas de Huesca. Debía ser una capellanía laical, nutual y amovible, de derecho de patronato laical. Estaba dotada con una renta anual de 1.000 sueldos jaqueses y 20.000 sueldos jaqueses de propiedad, con el mismo patronado que las de Javierregay y Latrás. El capellán designado estaba obligado a celebrar dos misas rezadas cada semana, por el alma del fundador y de sus difuntos. El llamamiento o inclusión/exclusión de los capellanes debía ser igual que en las dos capellanías anteriormente citadas³⁵.

Las capellanías de Javierregay y Latrás

La fundación de las citadas dos capellanías (en Javierregay y Latrás, respectivamente), diseñadas por el II conde de Atarés, corrió a cargo de los ejecutores testamentarios del finado y se ejecutó el 4 de abril de 1670³⁶. Estamos hablando del padre Martín Alfonso (rector del Colegio de la Compañía de Jesús de Huesca y rector electo de la misma orden religiosa en la ciudad de Urgel en el Principado de Cataluña) y del doctor José Santolaria (canónigo y maestrescuela de la catedral y Estudio General de Huesca, catedrático de Prima, jubilado en la cátedra de Cánones y en la de Leyes, executor subrogado por el obispo de Huesca por la muerte del doctor don Antonio Oliván, canónigo de la Catedral de Huesca y vicario general del obispado de Huesca).

Los citados representantes fundaron las dos capellanías—o servicio de misas—que había dispuesto testamentariamente don Juan Sanz de Latrás en la iglesia parroquial del lugar de Javierregay (Huesca)—bajo la advocación de san Juan Bautista— y la otra en la iglesia parroquial del lugar de Latrás (Huesca)—bajo la advocación de san Juan Evangelista—. Ambas capellanías eran nutuales y amovibles, de patronado laical «ex fundatione et ditatione». En su provisión no se podían interponer los sucesivos obispos ni ningún otro eclesiástico superior, aunque fuese con autoridad apostólica. Los nominados por los patrones [laicos]

³⁴ Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza. Pedro Sánchez del Castellar, 1666, 26-VIII, ff. 331v-333r.

³⁵ AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1666, 26-VIII, ff. 333v-334r.

³⁶ AHPRh. Pedro Miguel de Latre, 1670, 4-IV, ff. 164v-175v.

tenían título legítimo para obtener y poseer dichas capellanías y para cobrar y usufructuar «sus rentas y emolumentos», sin ningún otro requisito. Para cubrir las vacantes era necesario el título del «acto de la privación y remoción hecha por dichos Patrones intimado a dichos capellanes». Dichas capellanías estaban exentas del pago de la cuarta, la décima, subsidio, excusado y cualquier otra carga impuesta o que pudiese imponer sobre los beneficios y rentas eclesiásticas. El obispo de Jaca solamente tenía facultad «de saber e inquirir» si los capellanes de dichas capellanías cumplían con la obligación de la celebración de las misas estipuladas en la presente fundación. Si acaeciese la visita de dicho prelado a los capellanes, estos debían entregarle cinco sueldos cada uno «por drecho de visita». Los citados capellanes estaban obligados a celebrar perpetuamente tres misas cada semana (los martes, miércoles y jueves) y decir un responso —por las almas del fundador, de sus padres y de sus deudos— a la finalización del oficio religioso. Las celebraciones debían ser «muy de mañana» en las dos iglesias señaladas, «para que los caminantes y labradores, si fuese día de trabajo, puedan antes oyr las». Los capellanes respectivos debían asistir en su iglesia a las misas parroquiales, procesiones y otros oficios divinos —cubiertos con «sobrepelliz y bonete»—, salvo en las funciones donde el rector o vicario hubiese establecido distribución y no les hiciesen participantes. Los patronos de dichas capellanías eran los sucesivos señores de la casa de Latrás y condes de Atarés, quedando establecido que el patronado era anexo a dicho señorío y condado. El patrón, cada año, debía nombrar a los citados dos capellanes el primer día de enero, bien por vía de confirmación de los que había o cambiando a quien quisiese, sin otro requisito ni causa que «el acto del Patrón». Las nominaciones eran anuales, sin que se pudiesen cambiar los capellanes, salvo causa mayor o legítima causa. La muerte de un capellán o su sustitución obligada solamente permitía la nominación de un capellán por el tiempo que faltase para concluir el año. Si el primer día del año no había una nueva nominación o confirmación, los capellanes que disfrutaban de dicho oficio quedaban ratificados por otro año más, y así sucesivamente. Los patronos de las capellanías estaban obligados a presentar como candidatos «a sacerdotes aún Presbíteros, para que personalmente, cesando enfermedad, cumplan con la celebración de las Missas y demás obligaciones». Los candidatos a las capellanías debían ser, si los hubiere, hijos naturales presbíteros de dichos lugares de Javierregay y Latrás, respectivamente. En caso que no hubiese candidatos válidos en cada uno de dichos lugares, se activaba la posibilidad de seleccionarlos en los otros lugares de dominio del señor conde de Atarés o, en su defecto, del Reino de Aragón. Las capellanías no las podían disfrutar los rectores o vicarios de dichos lugares, ya que se pretendía que hubiese «un sacer-

dote más en dichos lugares». Si los pretendientes a ser nombrados en las capellanías intentaban «de valerse de algún recurso secular» para impedir la nominación o confirmación del patrón, quedaban privados durante 10 años de ser designados. Los primeros nominados fueron mosén Juan Francisco Larraz (hijo natural de Javierregay), para la capellanía de la iglesia de su pueblo, y mosén Pedro de Arto (hijo natural de Javierregay) para la capellanía de la iglesia parroquial de Latrás, un nombramiento, este último, que estuvo forzado por la circunstancia de no encontrar un candidato idóneo de Latrás³⁷.

La capellanía del convento oscense de las capuchinas

La institución de la capellanía encargada por el II conde de Atarés en la iglesia del convento de la Virgen del Pilar de las madres capuchinas de Huesca se escribió el 23 de julio de 1669³⁸. Participó en el acto el doctor José Santolaria (canónigo de la catedral oscense, de quien hemos relatado una pequeña biografía en las anteriores fundaciones, y también como procurador legítimo de don Francisco Clemente Soriano (de la sala de lo Civil de la Real Audiencia de Aragón), ejecutor del testamento del citado conde. El otro interviniente fue el padre Martín Alfonso (religioso del Colegio de la Compañía de Jesús de Huesca y ejecutor testamentario del finado conde de Atarés). Se acordó lo siguiente: que la capellanía creada fuese nutral y amovible y de patronado laical, sin que en la provisión de la fundación se pudiesen interponer los sucesivos obispos de Huesca, ni ningún otro superior eclesiástico, aunque fuese con autoridad apostólica. Los capellanes presentados tendrían el título para poseer dicha capellanía y para cobrar y usufructuar sus rentas, sin necesidad de ningún otro requisito. La cape-

³⁷ AHPRh. Pedro Miguel de Latre, 1670, 4-IV, ff. 165r-175r. Para el mantenimiento de las citadas capellanías se «asignó y consignó» para los capellanes los siguientes censales: para la capellanía de la iglesia parroquial de Javierregay, un censo de 22.000 sueldos de propiedad y 1.000 sueldos de pensión anual (cargado sobre la ciudad de Jaca el 16 de diciembre de 1669) y otro censo de 4.000 sueldos de propiedad con 200 sueldos de pensión (cargado por los padres del convento de Santo Domingo de la ciudad de Jaca y el concejo del lugar de Artosa o Artaso, el 24 de febrero de 1670). La capellanía de la iglesia parroquial de Latrás se amparaba en un censo de 22.000 sueldos de propiedad y 1.000 sueldos de pensión (cargado sobre la ciudad de Jaca el 16 de diciembre de 1669) y otro censo de 4.000 sueldos de propiedad y 200 sueldos de pensión (cargado el 16 de noviembre de 1669 sobre bienes de Benita Serra, viuda del difunto don Jacinto de Ascaso y otros). La amortización o luición de alguno de estos censales llevaba aparejada la obligatoria compra de otros título o títulos de deuda.

³⁸ AHPRh. Pedro Miguel de Latre, 1669, 23-VII, ff. 345v-348r (y cuadernillo adjunto).

llanía estaba exenta de pagar la décima, el subsidio, el excusado y cualquier otra carga que se pudiese imponer sobre los beneficios y rentas eclesiásticas. El capellán nombrado estaba obligado a celebrar perpetuamente dos misas semanales en la iglesia del convento de las madres capuchinas, por el sufragio del alma del fundador y de los suyos, oficiando un responso al final de cada misa. Los patronos de dicha capellanía debían ser los sucesivos señores de la casa de Latrás y condes de Atarés. Para favorecer a las madres capuchinas, se estableció que, tras la muerte de un capellán, su sucesor fuese el sacerdote que anualmente se hallase como confesor de dichas madres, y que hubiese sido aprobado por el obispo de Huesca o su vicario general. Para dar ejemplo de la citada cláusula, se nombró capellán a mosén Zacarías Montaner, racionero de la Catedral de Huesca y confesor de la comunidad religiosa, permaneciendo como tal mientras figurase como confesor. Para el mantenimiento de la capellanía, aumento de congrua y sustento del capellán se consignaron dos censales (uno, cargado sobre la ciudad de Huesca, de 1.000 sueldos de pensión y 22.000 sueldos de propiedad, y el otro, asegurado por las personas y bienes de Ana María Lasierra y mosén José Torre, presbítero, de 43 sueldos jaqueses y 6 dineros de anual pensión y una propiedad de 870 sueldos jaqueses). Si se amortizaban dichos censales, la propiedad se debía depositar en el archivo de la Catedral de Huesca, y se debía utilizar para cargar otros censales a favor de la capellanía (con el consentimiento del vicario general del obispo de Huesca). La documentación de la fundación –tras la aprobación del obispo de la capital altoaragonesa, de su vicario general y del oficial– y los títulos censales quedaban depositados en el convento de las madres capuchinas.

La instauración de doce aniversarios y un legado pío para casar mozas pobres

Tras la muerte del II conde de Atarés (el 27 de agosto de 1666), su segunda esposa, doña Magdalena Sanz de Latrás y de Agullana, disfrutó poco tiempo como usufructuaria del legado patrimonial de su difunto marido³⁹. Decimos

³⁹ Además, tras la muerte de su esposo, doña Magdalena reconoció tener en comanda de don Vicencio Juan de Lastanosa y de Jaime de Latre y Latrás, ciudadanos, domiciliados en Huesca y Zaragoza, respectivamente, la suma de 160.000 sueldos jaqueses. Con dicha cantidad, que debía de ser el valor de los bienes muebles inventariados del finado, los señores Lastanosa y Latre se comprometían a utilizarla siempre que la corte del justicia de Aragón o

esto porque el 14 de abril de 1669 se testificó notarialmente el óbito de la citada condesa de Atarés, en la misma vivienda oscense de la calle de los Caballeros que había fallecido su esposo. Para certificar la muerte, compareció don Fernando de Sada y Azcona, obispo de Huesca⁴⁰.

Doña Magdalena, en sus últimas voluntades, entre otras peticiones⁴¹, elaboró un capítulo de fundaciones donde establecía lo siguiente: que en la Catedral de Huesca se crease, con los 1.700 escudos que dejaba, una misa diaria perpetuamente, celebradera por los canónigos en la capilla del Santo Cristo de los Milagros. También se debían fundar en dicha catedral doce aniversarios perpetuos solemnes, uno cada mes, el día correspondiente al de la muerte de la fundadora, con diez misas rezadas en cada aniversario, con la presencia de los canónigos en la celebración que se debía officiar en la capilla del Santo Cristo de los Milagros, con la obligación de que la campana mayor tocara para la celebración de dichos aniversarios y con la obligada asistencia del vicario general del obispo de Huesca. Para que se cumpliesen estos requisitos, la testadora donó 2.000 escudos⁴².

La fundación de los citados doce aniversarios perpetuos en la Catedral de Huesca se llevó a cabo el 25 de abril de 1670. Se invirtieron los 2.000 escudos que dispuso la testadora y se añadieron 200 escudos para completar el encargo⁴³.

cualquier otro tribunal aragonés solicitase los citados bienes objeto de inventario. AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 1666, 27-VIII, ff. 355v-356v.

⁴⁰ AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 1669, 14-IV, ff. 148v.-149v.

⁴¹ Solicitó lo siguiente: que su cuerpo fuese enterrado en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar de las madres capuchinas de Huesca. Pidió que los ejecutores testamentarios se gastasen tres mil escudos en misas para salvar las almas de la testadora, de su marido y de sus deudos. Las celebraciones litúrgicas las concretaba de la siguiente forma: se debían gastar hasta mil escudos en la Catedral de Huesca, especialmente en la capilla del Santo Cristo de los Milagros y en la capilla de San Martín —que era de la casa del conde de Atarés—. Las restantes misas se debían distribuir por las parroquias y las iglesias conventuales oscenses. También donó 5 escudos de limosna al convento de San Francisco de Huesca para que el día del entierro de la testadora se llevase a cabo un oficio de difuntos con misa cantada y 30 misas rezadas. AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 1669, 14-IV, f. 150v (ff. 2r-2v).

⁴² Para resaltar estas celebraciones, se debían fabricar seis blandones con el escudo de las armas de la fundadora en cada uno y en ellos seis cirios. También se debía fabricar un paño rico, bordado con las armas de los Latrás y Agullana, para el sobretúmulo que se acostumbraba poner en los aniversarios solemnes. AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 1669, 14-IV, f. 150v (ff. 2v-3v.).

⁴³ Tenemos constancia de que los ejecutores testamentarios de doña Magdalena destinaron 150 escudos o libras jaquesas de las sobras de una fundación realizada por la finada. Desconocemos de dónde salieron los 50 escudos que faltan para completar los citados 200. AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 1670, 5-IV, ff. 189-r-189v.

Este cambio monetario se puede justificar porque se introdujeron algunas novedades con respecto a lo estipulado en las últimas voluntades de la mecenas. Así, los doce aniversarios fundados (uno para cada mes del año) se componían cada uno de doce misas rezadas –en vez de las diez encargadas– y el anuncio de dichos aniversarios se debía hacer tocando las dos campanas mayores –cuando en las mandas testamentarias solamente se citaba una campana–. Esta última novedad la justificaban los fundadores añadiendo que la utilización de las dos campanas mayores también se llevaba a cabo en el aniversario solemne fundado por don Faustino Cortés, vizconde de Torresecas, de quien sabemos que era un referente social fundamental en ese momento en la ciudad de Huesca. Se mantenía la obligada presencia del vicario general del obispo de Huesca. También se respetaban los hacheros con las armas de los Latrás y Agullana y los seis cirios estipulados, y se recordaba que para este último encargo se habían dado 100 escudos. Los ejecutores testamentarios entregaron al cabildo 300 escudos para la fijada fundación del día de San Martín y la conmemoración de las Ánimas⁴⁴. También dispusieron los ejecutores que se celebrase perpetuamente, en la iglesia de las madres capuchinas de Huesca, una misa cantada y dos rezadas el día siguiente al de la conmemoración general de las Almas, siempre que no fuese festivo. La misa cantada debía oficiarla el canónigo más antiguo de la Catedral de Huesca, reservando la celebración de ella para don José Santolaria, canónigo y maestrescuela de la catedral, durante su vida natural, como ejecutor testamentario de la condesa. Los racioneros debían celebrar las dos misas rezadas, después de la misa cantada, en el altar mayor de la iglesia de las madres capuchinas⁴⁵.

Estos oficios religiosos se completaban con los siguientes ruegos testamentarios: que en la capilla de San Martín [de Tours] de la Seo de Huesca –que era de la casa del conde de Atarés– se gastasen 1.000 ducados para hacer un retablo con dos columnas y un lienzo de pintura en medio, dorando el ensamblaje y escultura de dicho retablo, poniendo dos escudos de las armas de los Latrás (uno en el frontispicio del retablo y otro sobre el arco de afuera de la capilla)⁴⁶.

⁴⁴ AHPPrH. Pedro Silverio Fenés de Ruesta, 1670, 25-IV, ff. 41r-43v.

⁴⁵ AHPPrH. Pedro Silverio Fenés de Ruesta, 1670, 25-IV, ff. 44r-44v. Suponemos que la citada misa cantada era la beneficiada de las 150 libras jaquesas que destinaron los ejecutores testamentarios para la perpetua conmemoración de los difuntos el día 2 de noviembre. AHPPrH. Pedro Miguel de Latre, 1670, 4-IV, ff. 189v-190r.

⁴⁶ AHPPrH. Pedro Miguel de Latre, 1669, 14-IV, f. 150v (f. 3v). Los ejecutores testamentarios añadieron 250 escudos más para la fábrica de dicho retablo.

Además, en la fiesta del glorioso san Martín [de Tours] se colocasen en el altar seis velas y se cantasen vísperas con la capilla de cantores y órgano, y con doce clérigos. La víspera del día de las Ánimas se debía poner en la capilla de San Martín el paño rico que se iba a fabricar para los aniversarios y los seis blandones y hachas. Esta misma actuación se debía repetir el día de las Ánimas, además del ofrecimiento de dos fanegas de trigo y de hacer celebrar diez misas rezadas.

Por otra parte, la testadora dejó al capítulo, prior, vicario, racioneros y beneficiados de la iglesia parroquial de San Lorenzo de Huesca, «por la singular devoción que le tengo» [a san Lorenzo], la suma de 630 escudos de propiedad para celebrar tres horas nonas (el día del santo, el domingo de la infraoctava y el día de la octava) perpetuamente, en las cuales debía estar el Santísimo Sacramento presente, con cuarenta velas blancas, donde era obligatoria la asistencia del vicario general del obispado de Huesca y la capilla de cantores de la Catedral de Huesca⁴⁷.

Si volvemos al capítulo fundacional, doña Magdalena quería hacer obras pías cuando solicitó a sus ejecutores que tomasen 2.000 escudos para cargar un censal, y que los 100 escudos de renta anual de dicho título fuesen destinados para casar a dos mozas pobres de las poblaciones de sus dominios señoriales. Cada una de las beneficiadas debía recibir 50 escudos, aunque se debía cumplir el siguiente requisito: el primer año, las agraciadas debían ser del lugar de Latrás y, posteriormente, de los lugares de Atarés, Javierregay, Anzánigo, Arto, Sieso y Belarra, de una forma sucesiva. Cuando no hubiese mozas pobres casaderas en el lugar que le correspondía el turno, el dinero se debía custodiar en el archivo de la Catedral de Huesca para cuando hubiese mujeres dispuestas para el casamiento en el citado lugar.

Este encargo testamentario se cumplió el 2 de mayo de 1670, cuando los ejecutores de las voluntades de la finada (el canónigo doctor José Santolaria, el canónigo don Jacinto Latrás y Val, el jesuita padre Gil Ballester, el jesuita Martín Alfonso y el caballero don Antonio Abarca, como procurador de doña Leonor [Sanz de Latrás] y de Agullana) «[...] erigieron, fundaron e instituyeron para siempre el dicho legado pío para casar mozas pobres, hijas de los lugares de La-

⁴⁷ La aceptación en esta fundación en la parroquial de San Lorenzo de Huesca por el capítulo, el prior (don José de Lastanosa), los racioneros y los beneficiados se escrituró en AHPrH. Pedro Silverio Fenés de Ruesta, 1669, 6-VI, ff. 281v-283v.

trás, Xabierregay, Anzánigo, Arto, Sieso y Vellara [...]»⁴⁸ determinaron la compra de un censal de 2.000 escudos de propiedad y 100 escudos de pensión, cargado sobre la administración de la sacristía y frutos primiciales de la Catedral de Huesca. También adquirieron otro título de 100 escudos de propiedad con 100 sueldos de pensión, parte de un censal cargado sobre la hacienda de Jerónimo de Otto, ciudadano de Huesca. Además de esto, los encargados de la institución del legado acordaron lo siguiente: los patronos y distribuidores del legado pío debían ser los sucesivos vicario general del obispo de Huesca, al canónigo más antiguo de la Catedral de Huesca y el padre rector del Colegio de la Compañía de Jesús de Huesca. La primera pensión (100 escudos) debía recaer en las hijas (dos) del lugar de Latrás y, en los sucesivos años, en las hijas de los lugares de Atarés, Javierregay, Anzánigo y Aso, respectivamente. El ciclo se terminaba con las hijas de Sieso y Belarra (una de cada lugar). Luego, se iniciaba un nuevo turno de beneficios siguiendo el orden señalado. Se recordaba que la testadora quería que siempre, en cada uno de los lugares, se atendiese a la doncella de mayor edad y necesidad. La ausencia de distribución del legado por falta de candidatas obligaba a depositar la pensión en el Archivo de la Catedral de Huesca hasta que hubiese doncellas de dicho lugar que pudiesen beneficiarse y, en este caso, sin necesidad de guardar el turno establecido. La luición de dichos censales obligaba a los patronos del pío legado a volver a comprar nuevos títulos de deuda con el dinero de la amortización. Las cuentas del pío legado se debían pasar un día de los sucesivos meses de mayo, momento que se debía aprovechar para distribuir las propinas entre los patronos, el notario que asistiese a hacer las consignaciones y levantamiento de cuentas y el procurador que llevase el libro de cuentas⁴⁹.

Todas estas mandas testamentarias de doña Magdalena Sanz de Latrás aumentaron el abanico de las actuaciones contrarreformistas de los Sanz de Latrás. Debemos puntualizar que, si la instauración de aniversarios fue una tendencia bastante extendida en las élites, no ocurrió lo mismo con la creación de legados píos para ayudar a desposarse a las mujeres más pobres. En este segundo caso,

⁴⁸ AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 1670, 2-V, ff. 235r-243r (ff. 238v-239r). Además de estos ejecutores testamentarios, doña Magdalena también designó como tales a don Fernando de Sada y Azcona (obispo de Huesca), a don Luis Sabater (cuñado de la testadora), a don Antonio Perapertusa (vizconde de Joe, su primo) y a don Juan Sarriera y de Gurp (conde de Valterra).

⁴⁹ AHPRH. Pedro Miguel de Latre, 1670, 2-V, ff. 235r-243r.

debemos pensar más en una actuación bastante personal –mediatizada por la ausencia de sucesores directos–, alejada de las prácticas tradicionales de un amplio colectivo.⁵⁰

Finalmente, la condesa de Atarés llevó a cabo unas puntuales donaciones con diversas finalidades. Así, decidió entregar 100 escudos de limosna para el Hospital de Huesca. La misma cantidad monetaria se debía destinar para finalizar la fábrica de la iglesia parroquial de Anzánigo. Donó 600 escudos de propiedad con 30 escudos de pensión al Colegio de la Compañía de Jesús de Huesca, para que se gastasen los tres días de carnestolendas que estaba el Santísimo Sacramento patente⁵¹. La comunidad de religiosas carmelitas calzadas de la Asunción de Huesca se benefició de 200 escudos de propiedad y 10 escudos de pensión para celebrar la fiesta del día de la octava del Corpus. Entregó 200 escudos, con pensión de 10 escudos, para que se pudiese comprar aceite para alumbrar al Santísimo Sacramento de la iglesia del lugar de Latrás⁵². Destinó 500 escudos para que sus ejecutores los pudiesen utilizar en las fundaciones y legados píos creados por la testadora⁵³. Donó 1.000 escudos de las rentas que poseía en Cataluña al Colegio de la Compañía de Jesús de Girona (sic). Las monjas de Santa Clara de dicha ciudad se debían beneficiar de 300 escudos. Las restantes rentas de la testadora en Cataluña se las cedió a su hermana doña Leonor [Sanz de Latrás] y de Agullana, domiciliada en Barcelona, para que

⁵⁰ Latorre Ciria, al hablar de las obras pías en el obispado de Albarracín, incluye el casamiento de doncellas en el capítulo de las limosnas. Dentro de estas, ocupan un espacio similar a las limosnas satisfechas para atender a los pobres, un dato muy relevante que no sabemos si se puede extrapolar a otras áreas aragonesas más pobladas y más urbanas. José Manuel Latorre Ciria, «Las obras pías como camino de salvación: el obispado de Albarracín (siglo XVII)», *Studia histórica. Historia moderna*, 37, 2015, p. 189.

⁵¹ En este caso, los ejecutores testamentarios añadieron 250 escudos para celebrar con mayor dignidad esta festividad.

⁵² El cumplimiento de esta donación se llevó a cabo cuando sus ejecutores testamentarios, el 4 de abril de 1670, asignaron y consignaron al rector de la iglesia parroquial de Latrás y al justicia y jurados de dicho lugar la suma de 200 sueldos de pensión de un censal, con 4.000 sueldos de propiedad, cargados por Juan Francisco Garro, su esposa Josefa Claver, don Justo de Falces y Diego Solano, infanzones, domiciliados en Huesca. AHPrH. Pedro Miguel de Latre, 1670, 5-IV, ff. 182v-186r

⁵³ Dichos ejecutores decidieron que la mitad de dichos 500 escudos o libras se destinasen a la fábrica del retablo de la capilla de San Martín [de Tours] de la catedral de Huesca y, la otra mitad (250 escudos), para las festividades de los tres días de carnestolendas en el Colegio de la Compañía de Jesús de Huesca. AHPrH. Pedro Miguel de Latre, 1670, 5-IV, ff. 180r-182r.

fundase, después de la muerte de la testadora, una misa cotidiana en la Catedral de Girona por las almas de sus padres. Donó una joya a la Virgen del Pilar de Zaragoza y otra joya a la Virgen de Montserrat, en atención a “la devoción” que les tenía⁵⁴.

La erección del convento de la Santa Espina en Gelsa (Zaragoza)

Como hemos adelantado, en el contexto del tema que nos ocupa, debemos apuntar que doña Leonor Sanz de Latrás y Gaztelu, la que fue segunda esposa de don Juan de Funes Villalpando y Ariño, I marqués de Osera, en su papel de cónyuge, también participó en la fundación del convento de clarisas franciscanas de Nuestra Señora de la Concepción de la Santa Espina, en la villa zaragozana de Gelsa. Como prueba de ello, encontramos que se le concedió el título de «fundadora y patrona» de dicho cenobio durante la vida de su esposo⁵⁵.

Esta realidad no debe nublar los precedentes fundacionales que facilitaron la nueva erección. Nos referimos a que fueron don Juan de Funes Villalpando (en ese momento señor de las baronías de Quinto, Osera y Figueruelas y de la

⁵⁴ En las últimas voluntades, además de todo este amplio capítulo de fundaciones y de donaciones de clara influencia contrarreformista, doña Magdalena distribuyó su patrimonio de la siguiente forma: donó 3.000 escudos «en señal de amor» a su sobrino don Melchor [Funes] de Villalpando y Latrás, caballero de la Orden de Alcántara. Su sobrino don Martín Sabater y Agullana (hijo de su hermana doña Leonro y de don Luis Sabater y Montaner) se debía beneficiar de los lugares de Ligüerre de Cinca y Mipanas –que no estaban libres de los mayorazgos establecidos–, con la condición de que, si moría sin hijos legítimos, dichos lugares debían pasar al sucesor del condado de Atarés. Destinó 300 escudos para su sobrina [nieta] doña Isabel de Heredia Mendoza y Sanz de Latrás, hija de los condes de Contamina, y dama de la reina. Nombró como heredero universal a la persona que sucediese en el condado de Atarés y las baronías de Latrás. Repartió diversas sumas monetarias entre su mayordomo, su gentilhombre y otros miembros de su servicio (entre estos se encontraban un enano y una enana).

⁵⁵ Se añadía que si se convertía en viuda del señor marqués de Osera –algo que no ocurrió– tenía derecho a la presentación de una plaza de religiosa del coro de nuevo cenobio, en el marco de las plazas reservadas a su esposo, como luego veremos. AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1631, 15-VII, ff. 742r-742v. El documento fundacional ocupa los folios 733r-753v. Hay una transcripción del documento fundacional por parte de María Ángeles Longás Lacasa. En la presentación de dicho documento se cita a doña María Francisca Clemente (sic) como fundadora, un dato que no es cierto porque la señora Climente había fallecido el 21 de julio de 1625, como se indica en el f. 735r. La transcripción en Ana I. Bruñén, Luis Julve Larraz y Esperanza Velasco de la Peña (coord. y ed. Electrónica), *Las artes en Aragón en el siglo XVII según el Archivo de Protocolos Notariales de Zaragoza. De 1613 a 1696*, tomo VII (1631-1633), Zaragoza, IFC, 2006, pp. 85-95.

villa de Estopiñán) y doña María Francisca Climente (o Climent o Clemente), su primera esposa (fallecida el 21 de julio de 1625), domiciliados en Zaragoza, casados el 1 de junio de 1608, los que, «movidos del espíritu santo y para mayor aumento del culto divino y exaltación de la sancta ffe Cathólica», hicieron una capitulación, el 11 de julio de 1621, para fundar el monasterio de religiosos franciscanos de Nuestra Señora de la Concepción del Abrojo en la villa zaragozana de Gelsa⁵⁶. Pasados diez años desde la fundación conventual, el 15 de julio de 1631 se denunció la falta de viabilidad del instituto por «la esterilidad de los tiempos y haverse de sustentar los religiosos con la limosna que piden y recogen no an tenido ni tienen lo necesario pa el sustento de la vida umana». Además, se presagiaba que dicha situación iba a ir en aumento por la escasa población, por los pocos recursos de la zona y porque había en las proximidades otros monasterios de la orden de San Francisco (en Pina, Híjar y Sariñena). Ante esta situación, se rescindió el contrato fundacional entre don Juan Funes de Villalpando y los franciscanos, y se acordó la erección del citado convento de clarisas franciscanas de Nuestra Señora de la Concepción de la Santa Espina, haciendo honor a una espina de la corona de Cristo que entregó en un relicario el señor marqués⁵⁷.

En la nueva fundación de religiosas de Santa Clara, los padres franciscanos se comprometieron a entregar al marqués de Osera cuatro religiosas profesas de coro y una lega del convento de Santa Catalina de Zaragoza. Una cláusula del nuevo acuerdo limitaba –para el futuro– el número de religiosas a veintiuna (18 de coro y 3 legas) y se abría la posibilidad de que hubiese en el convento hasta treinta y tres monjas. Los padres franciscanos también se obligaban «a tener en dicho monasterio dos confesores para el consuelo de las dichas religiosas y para administrarles los sacramentos»⁵⁸. Además de esto, los frailes dejaban a las nuevas

⁵⁶ Tampoco debemos despreciar que la villa de Gelsa estuvo poblada mayoritariamente por mudéjares (87 fuegos de 90 en 1495) y, posteriormente, por moriscos (331 fuegos en 1610). Esto supone que tras la expulsión de los moriscos (1610) se deseó dinamizar la vida religiosa en dicha población, lo mismo que ocurrió con respecto a las actividades económicas. Datos poblacionales recogidos en VV.AA., *Bibliografía y fuentes para el estudio de los moriscos aragoneses*, Teruel, Centro de Estudios Mudéjares, 2010, p. 171.

⁵⁷ Las religiosas estaban sujetas a la obediencia de la provincia franciscana de Aragón y al padre ministro provincial que la presidiese. AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1631, 15-VII, f. 749r.

⁵⁸ El nuevo monasterio se obligaba a dar de comer y vestir a dichos confesores. AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1631, 15-VII, f. 739r.

inquilinas los ornamentos y jocalías del culto divino y otras cosas que pertenecían a los religiosos.

El marqués de Osera se obligaba a ceder al nuevo monasterio la casa que había tenido el sustituido convento de Nuestra Señora del Abrojo (con toda su fábrica y huerta) y, además, se obligaba a levantar a su costa la clausura de la nueva casa. Dicho noble también se comprometía a satisfacer la siguiente hacienda para que pudiese ser efectiva la fundación: los cuatro censales que había cedido para la creación del instituto del Abrojo (que sumaban 4.000 libras jaquesas en propiedad y 4.000 sueldos jaqueses de renta anual, cargados los títulos sobre los concejos de los lugares de Quinto, Gelsa, Alforque, Velilla, Osera y Villafranca y otros dos sobre el Concejo de Tauste), la suma de 6.000 libras jaquesas en propiedad con 6.000 sueldos jaqueses de pensión en censales (una aportación que quedaba fijada en atención a las cinco hijas del marqués de Osera, fruto de sus primeras nupcias, que debían ingresar en el monasterio con una dote de 1.000 libras jaquesas cada una y 50 libras jaquesas en concepto de renta anual)⁵⁹, cuarenta cahíces de trigo cada año (para el sustento de las religiosas), un olivar de cinco cahizadas (en la partida de Las Lebatas de Gelsa) y las 200 libras jaquesas de pensión anual que debía satisfacer la retoría de la villa de Estopiñán⁶⁰.

A cambio de todo esto, don Juan de Funes quedaba como patrón y fundador de dicho monasterio y se le concedían «todas las gratias y honores en lo espiritual y temporal», prolongando dichos privilegios a sus hijos y descendientes de legítimo matrimonio procreados, según orden de primogenitura y mayorazgo perpetuo, quedando el patronazgo del monasterio para el que fuese marqués de Osera y señor de Gelsa⁶¹. Este patronazgo llevaba aparejada la reserva para el

⁵⁹ Estas sumas monetarias que aportaban cada una de las hijas del marqués se las había dejado su difunta madre mediante testamento (escriturado el 19 de julio de 1625), además de 1.000 libras jaquesas que añadió don Juan, AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1625, 21-VII, f. 2261.

⁶⁰ Se añadía que la suma de las 6.000 libras jaquesas la debía satisfacer dicho marqués aunque no profesasen sus hijas y, además, para el cumplimiento del pago se fijaba una renta perpetua de 6.000 sueldos jaqueses anuales, cargada sobre la villa de Gelsa (una parte de los 8.600 sueldos jaqueses que el concejo de dicha villa satisfacía por censales a don Juan). AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1631, 15-VII, ff. 743v-746v.

⁶¹ Después de la muerte del I marqués de Osera, el siguiente patrón del convento de Santa Espina fue don Francisco de [Funes] Villalpando, el heredero universal de dicho fundador. Se admitía que si se dividían los títulos, el patrón debía ser señor de Gelsa, aunque siempre un descendiente del marqués de Osera. Por otra parte, a la difunta doña María Francisca Climente de Lacarra y Navarra, primera esposa de don Juan, se le reconocía como primera fun-

marqués de Osera, durante su vida, de cuatro plazas y sillas perpetuas de religiosas de coro de dicho monasterio, lo que implicaba que las personas señaladas para religiosas debían ser admitidas –tras la correspondiente aprobación– sin pagar ningún ingreso y dote, salvo el ajuar acostumbrado. Estas cuatro plazas las debieron de ocupar las siguientes hijas del marques: sor Clara Teresa, sor Juana, sor Vicencia y sor Catalina⁶². Tras la muerte de don Juan, las cuatro plazas señaladas quedaban reducidas a dos, un escenario que podía cambiar a una plaza si faltaban descendientes legítimos del marqués de Osera. Se puntualizaba, con respecto a la presentación de candidatos por los sucesivos patronos, que se aceptaban «a las deudas dentro del quarto grado» y a las criadas de su casa, aunque en este último supuesto debían aportar 300 libras jaquesas de dote, amén del ajuar acostumbrado. En el caso de que dichas criadas fuesen admitidas «para legas», la dote necesaria para su incorporación se reducía hasta 60 libras jaquesas. En ambos casos, debían pagar también los alimentos en el año de noviciado, quedando fijadas las siguientes sumas: 40 libras jaquesas las aspirantes que ocupaban plazas de coro y 20 libras jaquesas las aspirantes a plazas legas. Curiosamente, no se estipulaba la dote que debían satisfacer las féminas interesadas en el ingreso en el convento de la Santa Espina y se apuntaba que se dejaba al «advitrio, según la conveniencia y concurrencia de los tiempos», de la abadesa y capítulo del monasterio. Como era habitual en el clero regular, el monasterio debía mantener sanas y enfermas a todas las religiosas, quedando las rentas y violarios de estas últimas para la utilidad de la comunidad monástica, sin que existiesen bienes particulares. Las religiosas estaban obligadas a decir una misa cantada de la Purísima Concepción de Nuestra Señora todos los sábados del año, en conmemoración y rogativa por los sucesivos

dadora y patrona del nuevo monasterio, como lo fue del monasterio del Abrojo. AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1640, 26-VIII, ff. 855v-859r.

⁶² Así se apuntaba en el testamento del I marqués de Osera. AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1640, 26-VIII, ff. 858v-859r.

Hemos de comentar que a principios de 1645 doña Leonor Sanz de Latrás, marquesa de Osera, en sus últimas voluntades, como hemos visto, entregó unas 3.000 libras jaquesas al nuevo convento fundado, con la condición de que se reservase una plaza y silla de religiosa de coro perpetua en los mismos términos económicos que acabamos de señalar. Las grandes novedades de la fundación son que los patronos de dicha plaza eran, alternativamente, los que fuesen condes de Atarés y los que fuesen patronos del convento de la Santa Espina. Se añadía que las candidatas preferidas fuesen las descendientes de los padres de doña Leonor y, sucesivamente, las hijas y descendientes del segundo matrimonio del citado conde y las parientas más cercanas de su esposa doña Leonor Gaztelu. AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1645, 27-I, ff. 93v-94r.

patrones del convento. Las monjas también estaban obligadas a organizar la celebración perpetua de una misa rezada todos los días del año por las almas de los sucesivos patrones conventuales, permaneciendo vigente el precedente mandato de la misa sabatina.

Además de todo esto, como compensación por la fundación, don Juan de Funes Villalpando y los sucesivos patrones debían gozar de «todos aquellos privilegios, honores y gracias que se acostumbraba conceder a los fundadores de Conventos y monasterios», concretados en los siguientes logros: ser nombrados en las oraciones de las misas conventuales, poder poner sus armas y blasones en el monasterio e iglesia, convertirse en partícipes «de todos los santos ejercicios de la sagrada religión de su seráfico Padre Sant Francisco», tener entierro y sepultura en la capilla mayor del monasterio (se añadía que cualquier patrón podía elegir sepultura o sepulturas en la iglesia conventual y sus capillas y, a la vez, nadie podía ser enterrado en la capilla mayor sin el consentimiento de los patrones conventuales) y tener derecho a gozar de la tribuna abierta, al lado del evangelio, de la capilla mayor⁶³.

Finalmente, seguramente para asegurar un período de pervivencia del convento, se pactó que las religiosas fundadoras no pudiesen salir del monasterio a otro convento hasta pasados veinte años y, en caso de muerte de las citadas monjas, se incorporase –bajo las mismas condiciones– una sustituta de otra fundación. La muerte de las religiosas del monasterio de la Santa Espina obligaba a las supervivientes a encargar la celebración de 300 misas rezadas por la difunta, una buena recompensa para poder alcanzar la salvación eterna.

El repaso de los acuerdos citados en la nueva fábrica muestran la experiencia negativa de la primera fundación conventual, donde el peso de doña María Francisca Climente o Clemente (también citada como Henríquez de Lacarra Navarra y Climente), hija del protonotario don Miguel Matías Clemente (1580-1592) y de doña Ana Henríquez, en la fundación del convento francisco de la Purísima Concepción de Gelsa, debió de ser significativo. Sin embargo, doña María Francisca solamente pudo disfrutar en vida de la fundación durante cuatro años, ya que, como hemos anticipado, la señora de las baronías de Quinto, Osera y Figueruelas murió el 21 de julio de 1625. Otra cosa diferente es el reposo de su cuerpo muerto que, vestido con el hábito de san Francisco y después de ser depositado en el convento zaragozano de Santa Catalina, fue trasladado a su ce-

⁶³ AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1631, 15-VII, ff. 746v-747v.

nobio de la villa de Gelsa⁶⁴. Además, la fundadora del monasterio de la Concepción fue consciente, en sus últimas voluntades (escrituradas dos días antes de morir), de las dificultades monetarias de la fundación. Por ello, dejó a su marido dos censales (cada uno de 1.000 sueldos jaqueses de pensión y 20.000 sueldos de propiedad) para que los emplease en beneficio de la fábrica, de la sacristía o del sustento de los frailes⁶⁵. Todas estas circunstancias pueden justificar, como hemos apuntado en una nota, que doña María Francisca fuese reconocida como fundadora y patrona del nuevo monasterio de la Santa Espina, como lo había sido del cenobio del Abrojo.

También queremos añadir que doña María Francisca nombró a su esposo como usufructuario de su herencia mientras fuese viudo, y designó a su hijo don Francisco [Jacinto] de [Funes] Villalpando Henríquez, el hijo primogénito varón, como heredero universal, con la obligación de transmitir la herencia en descendientes varones legítimos, guardando el orden de primogenitura y mayorazgo perpetuo⁶⁶. Este mandato testamentario se volvió a repetir en las últimas voluntades del I marqués de Osera, recordando también que dicho heredero universal debía cumplir con las obligaciones que se habían acordado sobre el monasterio de la Santa Espina, amén de que debía figurar como patrón de dicho cenobio.

Don Francisco [Jacinto] de [Funes] Villalpando, caballero del hábito de Santiago, casado con doña Atanasia Abarca de Bolea (hija de don Martín de Abarca y Bolea, marqués de Torres), heredó los títulos de sus progenitores —además del mas de Mofla y Spluga de Sanquílez— y recibió de su padre todos sus libros, dos cántaras de plata y el retablo de la Pasión. Como contrapartida, el heredero universal estaba obligado a entregar 10.650 libras jaquesas a su madrastra doña Leonor Sanz de Latrás (por los acuerdos de su capitulación matrimonial, excrex y aumento de dote,...)⁶⁷. También debía ceder la casa de la zaragozana parro-

⁶⁴ AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1625, 21-VII, f. 2253v.

⁶⁵ AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1625, 21-VII, ff. 2258r. Diferente carácter tenía la donación que hizo en 1640 don Juan de Funes Villapando, consistente en un cuadro de Nuestra Señora del Pilar, aunque debemos apuntar que ya había pasado una década desde la fundación del convento de la Santa Espina. AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1640, 26-VIII, ff. 858v-859r (cuader.)

⁶⁶ AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar. 1625, 21-VII, ff. 2270v-2271r.

⁶⁷ Don Jusepe de Funes Villalpando, hermano de don Francisco, debía recibir, por vía testamentaria, las casas mayores de sus padres, situadas en la parroquia del Pilar de Zaragoza, aunque si no tenía sucesión legítima la propiedad debía ir a parar al heredero universal de la unidad familiar.

quia de Santa Cruz a su hermanastro don Pedro [Funes] de Villalpando y [Sanz] de Latrás, además del derecho de la tribuna y entierro en la iglesia de Santa Cruz y el patronado de los beneficios que había adquirido su padre de don Martín Cabrero. El heredero universal debía entregar al citado don Pedro la suma de 9.000 libras jaquesas (180.000 sueldos jaqueses), satisfecha en nueve años o en censales de su casa (que sumasen 9.000 sueldos de pensión)⁶⁸. Finalmente, el señalado medio hermano también era beneficiado de 42 cahizadas y media de tierra en la huerta de Gelsa que habían pertenecido a los moriscos⁶⁹.

Debemos recordar que don Juan de Funes Villalpando y Ariño, I marqués de Osera, señor de Villafranca y de las baronías de Quinto, Figueruelas, y de la Villa de Estopiñán, familiar del Santo Oficio de la Inquisición, domiciliado en Zaragoza, murió el 27 de septiembre de 1646 en Gelsa (Zaragoza). Había hecho testamento el 25 de agosto de 1640⁷⁰. Como su primera esposa, sus restos mortales, vestidos con el hábito de San Francisco, descansaron en el monasterio de la Santa Espina de Gelsa (en el sepulcro que había dentro de la cisterna, debajo del altar mayor)⁷¹. Su condición de cofrade de la cofradía de San Pedro Mártir—de los familiares del Santo Oficio—facilitó que entregase a dicha organización la suma de 500 reales, con la obligación de que la citada hermandad celebrase anualmente una misa cantada con diácono y subdiácono en su capilla.

A modo de conclusión

La estirpe nobiliaria de los Sanz de Latrás, de orígenes altoaragoneses, en las primeras generaciones que nosotros estudiamos tenía fijada su residencia en la ciudad de Huesca, amén de las viviendas que tenían en sus posesiones señoriales. Con el paso del tiempo, su ascenso social—ejemplarizado en su transformación de señores a condes—propició una serie de matrimonios ventajosos que situaron

⁶⁸ Se puntualizaba que esta última obligación debía finalizar cuando don Pedro alcanzase la edad de 25 años. Además, en el supuesto de que el citado beneficiado tuviese otras rentas, la mitad de las 9.000 libras debía pasar a uno de sus dos hermanos, llamados don Baltasar y don Melchor.

⁶⁹ AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1640, 26-VIII, ff. 858v-859r (cuadernillo anexo).

⁷⁰ AHPZ. Pedro Sánchez del Castellar, 1640, 26-VIII, ff. 858v-859r (cuadernillo anexo).

⁷¹ En el supuesto de que hubiese muerto en Zaragoza, deseaba que su cadáver se hubiese depositado en el convento de Nuestra Señora de Jesús de los frailes franciscos—donde estaba enterrado su abuelo don Juan Francés de Ariño y, pasado un año, sus restos se hubiesen trasladado al monasterio de la Santa Espina.

a varios de sus miembros en Zaragoza. Estos traslados de los Sanz de Latrás, del campo a la ciudad de Huesca y de la capital altoaragonesa a la capital del Reino de Aragón, fueron bastante comunes en la nobleza altoaragonesa de los siglos XVI y XVII, lo que explica el relato que hemos hecho anteriormente. No hemos descrito un último paso, el que llevó a bastantes miembros de la citada nobleza a trasladar su residencia desde Zaragoza a Madrid y, en menor medida, a Barcelona, un camino esporádico en el siglo XVII y que se convirtió en habitual en el siglo XVIII. Las explicaciones de este último traslado debemos buscarlas en la centralización implantada por los Borbones, en la política matrimonial de la nobleza (emparentando con nobles que no eran aragoneses) y en otra serie de cuestiones.

Paralelamente a este comportamiento, los Sanz de Latrás implantaron una política matrimonial que les llevó a uniones consanguíneas (como los citados casos del II conde de Atarés con su prima hermana doña Magdalena Sanz de Latrás y Agullana y el de doña Ana Sanz de Latrás y Gaztelu con su primo hermano don Ferrer de Lanuza y Silva) y a diversas segundas nupcias (son numerosos los casos). También encontramos a la falta de herederos directos (el II conde de Atarés vio morir a su hija doña Luisa y cedió sus dominios a su sobrino carnal don Melchor Funes de Villalpando y Sanz de Latrás; doña Ana María Sanz de Latrás, hermana del señalado conde, y su esposo don Ferrer de Lanuza y Silva, conde de Plasencia, también fallecieron sin dejar sucesores del matrimonio).

Todas estas circunstancias familiares, amén de la religiosidad imperante, nos ayudan a entender algunas de las actuaciones contrarreformistas de los Sanz de Latrás. En el caso concreto de las tres capellanías que fundó el II conde de Atarés y del legado pío para casar mozas pobres que estableció doña Magdalena Sanz de Latrás, segunda esposa del citado conde, estamos ante unas fundaciones desvinculadas de la stirpe –seguramente, por falta de sucesores directos– y esto nos obliga a mirar a la salvación eterna, a la memoria familiar... como los motivos que debieron de influir en dichas fundaciones. Mención especial merece –por las circunstancias ya expresadas en el apartado anterior– la fundación del convento de la Santa Espina en Gelsa (Zaragoza), un cenobio en el que se aglutinaron buena parte de las características personificadas que describió Ángela Atienza sobre las fundaciones conventuales nobiliarias en España⁷². Esto supone

⁷² Ángela Atienza López, *Tiempos de conventos...*, *op. cit.*, pp. 153, 188-194, 203-205 y 228.

que dicho instituto es un ejemplo perfecto del conglomerado de intereses que concurrieron en este tipo de fundaciones conventuales, aunque suponemos que hay otros muchos casos similares.

Decimos todo esto último por los siguientes rasgos: el I marqués de Osera apoyó la erección de un convento de frailes que lo transformó en cenobio de monjas cuando fracasó en la primera iniciativa. La segunda fundación tenía un patronato perpetuo e integrado del mayorazgo perpetuo familiar –para el que fuese marqués de Osera y señor de Gelsa–, lo que facilitaba la colocación de las mujeres del linaje y, en el supuesto de que quedasen plazas libres, se abría la puerta para favorecer a otros beneficiarios que reforzasen la red clientelar. Además, atendiendo a la particular situación del dominio señorial en Gelsa, una villa poblada por moriscos hasta su expulsión, la fábrica de un convento en dicha villa se puede relacionar con la intención de llamar la atención para atraer a nuevos pobladores y poder reproducir el régimen señorial ante el vacío que se había creado con la salida obligada de los nuevos convertidos, y ante el quebrado poder socioeconómico de los señores jurisdiccionales. Estos, con la citada fundación, también contaban con su excelente escenario de propaganda –a la hora de la celebración de los entierros, bautizos,... y a la hora de vender una imagen de benefactores– para engrandecer el prestigio de la villa de Gelsa y de su señor titular. No olvidemos tampoco que la capilla mayor de la iglesia conventual se convirtió en panteón familiar, que se grabaron los escudos heráldicos de los fundadores en espacios visibles del convento e iglesia, que con estas realizaciones se reforzaba la imagen piadosa de los fundadores y, finalmente, podemos pensar que don Juan de Funes pudo utilizar la primera fundación conventual de Gelsa (en 1621) como parte importante de un currículum que le permitió lograr el título de marqués de Osera (en 1626) por merced regia.

LAS DEVOCIONES DE LA FAMILIA ZURITA

ISABEL EXTRAVÍS HERNÁNDEZ

Universidad de Zaragoza

INTRODUCCIÓN

Un título claro y directo para una investigación que resulta algo menos diáfana y cuenta con algún recoveco. Las razones son sobre todo dos: la primera, porque el tema que estudiamos es una cuestión que forma parte de la intimidad de cada persona, la segunda, la carencia de algunas fuentes. Tratamos de una época en la que las gentes colocaban estampas de devoción en las paredes de sus casas, se colgaban medallas, tenían representaciones de vírgenes y santos en todo tipo de soportes: pequeñas esculturas, *agnus dei*, pilas benditeras, imágenes de bulto en plata y latón, cuadros, cortinas, estampas, grabados..., «que nos indican el arraigo de algunas devociones (muchas vinculadas a la antroponimia familiar) y pueden mostrarnos cambios o evoluciones»¹. La posesión de estos objetos buscaba, fundamentalmente, «las indulgencias conseguidas cuando se rezaba frente a ellos o se realizaba en determinados momentos»².

En nuestro caso solo tenemos unas pocas referencias de este tipo de fuentes de los miembros de la familia del cronista Jerónimo Zurita. Tampoco se conserva correspondencia personal con sus padres, su hermano o su esposa, solo algunas cartas de sus hermanas y de sus hijos. Pero afortunadamente sí disponemos de algunos testamentos y, además, podemos intentar valorar la decisión de los miembros de la familia que profesaron en una orden religiosa, lo que nos aporta información sobre las creencias religiosas de la misma. Entendida

¹ Eliseo Serrano Martín «Devociones en Zaragoza en el siglo XVII: vírgenes aparecidas, mártires y obispos», *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2, 2017, p. 114.

² *Ibidem*, 116.

esta como el conjunto de elementos que configuran un determinado comportamiento religioso³.

A través de sus testamentos buscamos acercarnos a los anhelos espirituales de algunos miembros de la familia Zurita. Siguiendo la tradición historiográfica francesa, de la mano de grandes maestros como Michel Vovelle o Philippe Ariès, existen investigaciones que apuestan por el testamento como centro y objeto de estudio para aproximarnos a uno de los más sugerentes aspectos de la vida: las actitudes y manifestaciones externas ante la muerte y conocer e interpretar los anhelos espirituales de la época moderna. Así, una parte significativa de los hombres de este periodo manifiestan su interés y voluntad por ordenar sus asuntos materiales y espirituales. Y en ese deseo, y también necesidad, de rendir cuentas a Dios y a su mundo circundante, mandan escribir lo que denominamos testamento, última voluntad o herencia⁴.

Por la temática de los trabajos recogidos en este libro no resulta extraño que un elemento protagonista sea la Iglesia y su influencia en la vida cotidiana de la época. Su interés en controlar los bienes de los católicos mediante bulas, indulgencias y otras mandas piadosas, fueron la base de la obligación de hacer testamento en Aragón a partir de finales de la Edad Media para los mayores de catorce años, con una *sex-ratio* equilibrada. No cumplir con esta norma podía suponer la excomunión y no contar con una sepultura cristiana⁵. Era un trámite de poco costo y realizado no solo por los ricos, ya que las disposiciones sobre el funeral y enterramiento eran una parte esencial en estos documentos. Con ello se buscaba un pasaporte al cielo pagado con los bienes materiales del testador.

Debemos considerar también una de las características propias de la época: la colaboración entre la Iglesia y la corona. Llegaba a ser tan estrecha, que la noción moral de pecado venía a coincidir con el concepto jurídico de delito. Toda contravención castigada con la pena de muerte física se consideraba asimismo pecado mortal y, por tanto, llevaba consigo la amenaza del infierno o muerte eterna del alma. Ya desde el IV Concilio de Letrán (1215) se impuso la obliga-

³ Eliseo Serrano Martín, «Muerte, religiosidad y cultura popular. A modo de introducción» en Eliseo Serrano Martín (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, p. 9.

⁴ Julia Baldó Alcoz, Ángeles García de la Borbolla, Julia Pavón Benito, «Registrar la muerte (1381-1512). Un análisis de testamentos y mandas pías contenidos en los protocolos notariales navarros», *Hispania*, LXV/1, 219, 2005, pp. 156, 167.

⁵ M^a Luz Rodrigo Esteban, *Testamentos medievales aragoneses. Ritos y actitudes ante la muerte (siglo XV)*, Zaragoza, Ediciones 94, 2002, p. 33.

ción de confesarse una vez al año, pero fue desde el concilio de Trento (1563) cuando la obligación de los párrocos de hacer la matrícula se aplicó de manera generalizada⁶.

Directamente relacionada con el pecado estaba, para una gran parte de las gentes y los médicos cristianos de las centurias altomedievales y modernas, la relación causal entre Dios, como poseedor de la salud y la medicina, frente al pecado, como causa de la enfermedad corporal. «De ahí que ante un enfermo lo primero que había que hacer era llamar al confesor porque *cum infirmitas corporalis non nunquam ex peccato proveniat* (canon 22, IV Concilio de Letrán)»⁷. La muerte era una realidad omnipresente, la mortandad era de treinta y ocho por mil en adultos y la infantil de doscientos por mil. A lo que había que añadir la mortalidad catastrófica con la guerra, la peste y las hambrunas cíclicas⁸.

Una forma de afrontarla con éxito llegado el momento, un recurso para facilitar la preparación para la muerte, fueron los denominados manuales del bien morir. Con la llegada de la imprenta este tipo de obras dejaron de ser casi exclusiva lectura de los eclesiásticos para formar parte de algunas biblioteca de laicos. Con su difusión «el libro, junto a otros elementos característicos tales como el crucifijo, el cirio, etc., era uno de los habituales acompañantes de las ceremonias que precedían y seguían a la muerte». Teniendo en cuenta la variedad de autores que formaron parte de las bibliotecas de Miguel Zurita y su hijo Jerónimo, es probable que poseyeran alguno de estos manuales. Tuvieron fácil acceso a ellos ya que el primer *ars morendi* se publicó en Zaragoza, en 1480, en la imprenta de Pablo Horus. Así mismo *De preparatione ad mortem* de Erasmo apareció en 1534 y un año después se imprimió una traducción al castellano en Burgos y otra en Valencia⁹. Son solo dos ejemplos de entre los numerosos títulos y ediciones que se editaron durante la Edad Moderna.

En este contexto, la Iglesia y la religión constituyeron un poderosísimo factor en la tarea de preservar la paz social y en la transmisión de valores y creencias

⁶ María Tausiet Carles, «Conciencias insumisas: la resistencia a la confesión del arzobispado de Zaragoza en el siglo XVI» en *Felipe II y su tiempo. Actas V reunión científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1999, p. 589.

⁷ Julia Baldó Alcoz, Ángeles García de la Borbolla, Julia Pavón Benito, «Registrar la muerte (1381-1512)...», *op. cit.*, p. 170.

⁸ José A. Mingorance Ruiz, «La religiosidad de los extranjeros en Jerez de la Frontera a través de sus testamentos: 1392-1550», *Hispania Sacra*, LXVIII, 138, 2016, p. 544.

⁹ Fernando Martínez Gil, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, pp. 57, 67.

que garantizaran el mantenimiento del modelo de sociedad del Antiguo Régimen, del que también el clero era un sector privilegiado. Uno de los pilares principales de la ofensiva eclesiástica postridentina fue el desarrollo de lo que se ha denominado «religiosidad de la presencia social»¹⁰. La expansión de las órdenes religiosas, especialmente las mendicantes, en Aragón es otro de los elementos de especial relevancia de la época.

La metodología seguida en esta investigación tiene algo de microhistoria, tratamos de casos de individuos prácticamente desconocidos que adquieren importancia, sobre todo, por su relación con un personaje más conocido, el cronista Jerónimo Zurita. De su experiencia extraeremos las semejanzas o diferencias con sus coetáneos y así podremos acercarnos a las prácticas devocionales de su época. Para ello conoceremos, en primer lugar, quiénes formaron parte de la familia Zurita, después, quiénes eligieron profesar en una orden religiosa o siguieron una carrera eclesiástica secular. Finalmente estudiaremos los testamentos que se conservan y las directrices que dejaron en ellos a sus ejecutores testamentarios, relacionadas con la salvación de su alma.

FAMILIA

Tomando como referencia la biografía de Jerónimo Zurita, en este trabajo investigamos solo a sus padres, hermanos e hijos, aunque la información disponible de alguno de ellos no es tan completa como nos gustaría. Miguel Zurita, también conocido como doctor de Alfaro¹¹, se casó en dos ocasiones. Las primera con Constanza Diez. Del matrimonio nacieron Juan, María, Catalina y Ana. Las segundas nupcias las celebró con Ana de Castro y de esta unión tuvieron a Jerónimo, Andrea e Isabel. De todos ellos, María, Jerónimo y Andrea contrajeron matrimonio, otros tres fueron religiosos y la menor, murió «doncella».

La Iglesia reconocía a los jóvenes, una vez adquirida la mayoría de edad, la capacidad para elegir libremente tanto el matrimonio como la profesión reli-

¹⁰ Ángela Atienza López, «La expansión del clero regular en Aragón durante la Edad Moderna. El proceso fundacional», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 21, 2003, p. 17.

¹¹ Por estar trabajando en esa ciudad cuando Fernando II le tomó a su servicio. Isabel Extravís Hernández, *Jerónimo Zurita (1512-1580). Un esbozo biográfico*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014; *Jerónimo Zurita (1512-1580). Humanismo e Historia al servicio del Reino y la Corona*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018.

giosa. No obstante, eran el padre o el tutor quienes decidían, generalmente, según los intereses de la familia¹². Tal y como exponía R. Ago, esta decisión era un *giochi di squadra*, «un juego o estrategia de equipo en el seno de la familia, en el que cada componente hombre o mujer tenía un papel o una función pre-establecida»¹³.

El manual de Francisco de Toledo lo exponía así:

El que saca al hijo de la religión peca mortalmente y el que sin justa causa impide al que quiere entrar, peca de la misma manera que el que le aparta del bien de la confesión y del sermón. Demás de esto, está obligado a no forzarle a algún estado, por lo cual los padres que casan a los hijos o hijas sin que ellos quieran, pecan gravísimamente y también los que llevan al monasterio a las hijas sin que ellas lo quieran y las compelen a que hagan allí profesión¹⁴.

La elección entre una vida religiosa o laica no era la única en la que la Iglesia tenía una gran influencia. La profesión elegida también podía tener connotaciones religiosas, como es el caso de la Medicina.

Miguel Zurita, como médico, convivió con dos ideas contrapuestas. El prior dominico francés Humberto de Romans, en el siglo XIII, defendía que las Artes Liberales, como la Medicina o el Derecho habían nacido tras el deterioro de la condición humana por el pecado original. Consideraba que la Medicina tenía un valor mayor por su triple dimensión y alcance, a saber:

Ayudaba al conocimiento de la fragilidad de la condición humana, *natura corporis humani*, conducía a quien la practicaba a las *opera misericordie* y finalmente, era un instrumento o *medicina spiritualis animarum*. Motivaciones y prácticas que también recogen *Las Partidas* o *De instructione medica* de Arquimateo¹⁵.

Otro punto de vista era el del galenismo que llegó a Europa gracias a textos árabes que presentaban la salud y la enfermedad como fenómenos naturales comprensibles y modificables por el hombre. Los elementos mágicos y supersticiosos fueron progresivamente sustituidos por instrumentos técnicos y recursos

¹² Marion Reder Gadow, «Las voces silenciosas de los claustros de clausura», *Cuadernos de Historia Moderna*, 25, 2000, p. 284

¹³ Ángela Atienza López, «La expansión del clero regular en Aragón durante la Edad Moderna...», *op. cit.*, p. 98

¹⁴ Francisco de Toledo, *Instrucción de sacerdotes y summa de casos de conciencia*, Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba, 1613, *apud* Arturo Morgado García, *Ser clérigo en la España del Antiguo Régimen*, Cádiz, Universidad, 2000, p. 111.

¹⁵ Julia Baldó Alcoz, Ángeles García de la Borbolla, Julia Pavón Benito, «Registrar la muerte (1381-1512)...», *op. cit.*, pp. 170-171.

para abordar y satisfacer el deseo de salud de la población¹⁶. El doctor de Alfaro poseía en su biblioteca algunos de estos títulos¹⁷. Aunque el decreto de Inocencio III impuso limitaciones en la práctica médica, al primar la salvación del alma sobre la curación del enfermo, la insistencia en promulgar normas que imponían distintas penas por el incumplimiento de este precepto, «hace sospechar que los médicos y los enfermos nunca observaron la norma con excesivo celo»¹⁸.

Quizás por las dificultades que encontraban algunos médicos para desarrollar su profesión, «los sujetos dedicados a los oficios curativos fueron objeto de numerosas burlas». Lo que se entiende en el contexto en el cual pobreza y enfermedad eran términos comúnmente asociados en el imaginario colectivo barroco¹⁹.

No es el caso de Miguel Zurita, médico real de reconocido prestigio a quien Carlos V le confió, por ejemplo, atender al rey Francisco I de Francia cuando estaba preso en el Alcázar de Madrid o asistió en el nacimiento del infante don Fernando. El aprecio del Emperador a su médico se puede resumir con las palabras que le dedicó: «después de Dios, debía la vida a su continuo cuidado y estudio»²⁰.

El primogénito del matrimonio de Miguel Zurita con Constanza Díez fue, como hemos dicho, Juan, nacido en 1492. En 1515 ya era capellán de Fernando el Católico y en 1517 de Carlos I²¹. Cargo que queda confirmado por los apuntes contables de la Casa de Aragón, en los que consta que sirvió como capellán del Emperador y la reina doña Juana desde junio de 1519 hasta 1553²². Continuó sus servicios para Felipe II, según figura en una cédula de 1562²³.

¹⁶ *Ibidem*, p. 171

¹⁷ Isabel Extravís Hernández, *Jerónimo Zurita (1512-1580). Humanismo e Historia*, op. cit., p. 37.

¹⁸ Fernando Martínez Gil, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, op. cit., p. 128.

¹⁹ Pablo García Hinojosa, *Simbolismo, religiosidad y ritual barroco. La muerte en el siglo XVII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, p. 52.

²⁰ Juan F. Andrés de Uztárroz; Diego J. Dormer, *Progresos de la Historia de Aragón y elogios de Jerónimo Zurita, su primer cronista*, Zaragoza, Diputación Provincial (Imprenta del Hospicio), 1878, p. 29.

²¹ Real Academia de la Historia [RAH], Colección Salazar y Castro [CSC], A-110, f. 185 y 186. Es un «definimiento», el finiquito según los Fueros, de los bienes de su madre, que cede a su padre. En el documento hace constar su edad porque este acto debe hacerse cuando ha finalizado la minoría de edad de los herederos.

²² Isabel Extravís Hernández, *Jerónimo Zurita (1512-1580). Humanismo e Historia...*, op. cit., p. 28.

²³ RAH, CSC, A-110, f. 188.

Un estudio prosopográfico de la Capilla del rey Fernando II de Aragón muestra que en ella pudieron recalar miembros de diferentes dinastías de servidores cortesanos, lo que está comprobado en el caso de los Espés o Urriés. Se pueden ver dos periodos en el devenir de la Capilla Real: el del inicio de su reinado, en el que predominan los nombres de familias nobles, y el del siglo XVI, con una serie de capellanes que hacen gala de su pertenencia a esta institución como «es el caso de Rodrigo Sánchez de Mercado, Bernat Almogávar, Felipe Pons, Juan de Zurita y Alfaro, Juan de Loaysa, Francisco de Mendoza, Artal de Bolonia, Francisco Juan de Lorach y un largo etcétera, quienes dan pie a consideraciones diferentes sobre el servicio regio». El apego del rey hacia sus capellanes se aprecia en los beneficios económicos y en el aumento de la responsabilidad política, en algunos casos. Para Juan Zurita, por ejemplo, al menos una pensión de diez libras que tenía asignada desde 1514 sobre la sacristía de la Seo de la ciudad de Gerona²⁴. Por otro lado, gracias a las bulas pontificias, «se logró una mayor valoración en términos religiosos de los capellanes»²⁵.

Con rasgos semejantes a la Capilla de Fernando II, la Capilla Real de Castilla tenía un carácter mixto, eclesiástico por estar formada por clérigos y con funciones para el culto divino y, también, formaba parte del núcleo de la monarquía, a la que dirigía sus servicios. «Tanto su organización como su funcionamiento dependían completamente del poder regio, así como los nombramientos y remuneración de los cargos». El monarca escogía a servidores fieles para atender sus necesidades espirituales y las de los miembros de su corte. Era una forma de otorgar ciertos privilegios como agradecimiento a los capellanes que estaban a su servicio en muy distintas facetas de la administración, al tiempo que el rey obtenía influencia en medios eclesiásticos²⁶.

Dos hermanas de Juan eligieron la vida religiosa. Catalina fue monja en el monasterio de Pedralbes²⁷ y Ana, llegó a ser abadesa del convento de nuestra

²⁴ Archivo de la Corona de Aragón [ACA], Cancillería, reg. 4296, f. 54.

²⁵ Germán Gamero Igea, «Una aproximación a la integración del servicio religioso en la Corte de Fernando el Católico: su papel dentro y fuera del séquito regio», *Anuario de Historia de la Iglesia*, 31, 2017, p. 272.

²⁶ Óscar Villarroel González, «Capilla y capellanes al servicio del rey en Castilla. La evolución en época de Juan II (1406-1454)», *En la España Medieval*, 31, 2008, p. 310.

²⁷ El monasterio fue fundado por el rey Jaime II y por su esposa Elisenda de Moncada en 1326, quien, tras enviudar, se retiró al monasterio. Albergaba una comunidad de monjas clarisas, formada en su mayor parte por hijas de nobles.

Señora de la Sierra en Monblanc²⁸. La elección muestra una estrategia habitual en la época. Por un lado, la vinculación familiar de frailes y monjas con las órdenes religiosas de los establecimientos elegidos para ingresar. Era frecuente que los miembros de una familia optaran por las mismas órdenes, incluso los mismos conventos. Por otro lado, la posibilidad de reservar plazas para mujeres del linaje de los fundadores o patronos de estos establecimientos religiosos permitía «establecer las condiciones y “calidades” de las monjas que debían ser admitidas». Es el caso de los conventos elegidos para las hijas del doctor Zurita, de fundación o patronato real. En ellos, las hijas de familias nobles y de servidores fueron «asimismo objeto de la atención benefactora de los monarcas»²⁹.

En una sociedad en la que las opciones para las mujeres eran el matrimonio o el convento, esta segunda podía ser para muchas «una liberación, una posibilidad de emancipación». Algunos estudios consideran que les permitía «encontrar un espacio donde poder desarrollar una vida de autonomía, una vida al margen de la tutela masculina, conyugal o familiar»³⁰. Otra consideración que podía pesar en el ánimo de la familia, a la hora de decidir el futuro de una de sus hijas, era la dote que debía aportar al matrimonio o al convento. Al ser la segunda de menor cuantía, la diferencia podía inclinar la balanza a favor de la vida religiosa.

Vemos cómo las elecciones profesionales de Miguel Zurita, su hijo mayor Juan e, incluso, de sus hijas tenían relación con la religiosidad imperante en la época, ¿cuál podía ser la vinculación del oficio de cronista en este ámbito? Tomemos las palabras de un autor anónimo de una crónica incompleta de los Reyes Católicos, para quien los cronistas son *evangelistas de lo temporal*³¹. Na-

²⁸ En 1296 el municipio de Montblanc, a petición de Jaime II, cedió a la princesa Irene Lásaris un cerro situado a poniente de la ciudad, donde ya existía una ermita, con el fin de fundar en este lugar un monasterio de clarisas. La misma corona financió la construcción del establecimiento monástico, además de otorgarle otros bienes y derechos.

²⁹ Ángela Atienza López y José Luis Betrán Moya, «Religiosos y religiosas. Lazos e intereses de familia en el seno del clero regular en el mundo hispánico de la Edad Moderna», en Ofelia Rey y Pablo Cowen (eds.), *Familias en el Viejo y en el Nuevo Mundo*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2017, pp. 215-219.

³⁰ Ángela Atienza López, «El mundo de las monjas y de los claustros femeninos en la edad moderna. Perspectivas recientes y algunos retos», en Eliseo Serrano Martín (coord.) *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, p. 95.

³¹ Germán Gamero Igea, «Una aproximación a la integración del servicio religioso en la Corte de Fernando el Católico...», *op. cit.*, p. 264.

turalmente, en Zurita, su trabajo para la Inquisición, tuvo un peso incalculable en todo lo relacionado con su religiosidad y los difusos límites entre lo herético y lo ortodoxo. Desde 1537 hasta su muerte en 1580, Zurita sirvió casi ininterrumpidamente a esta Institución. Conoció bien su origen, funcionamiento y hacienda. Tuvo a su disposición una gran cantidad de documentación desde su fundación hasta sus días, información que supo utilizar como cronista y servidor de la corona. Comenzó como coadjutor de Juan García, su suegro, para desempeñar el cargo de secretario del Santo Oficio para los tribunales de la Corona de Aragón y Navarra³². El oficio fue parte de la dote aportada por la novia, Juana García de Oliván. Del matrimonio nacieron cinco hijos: Miguel, Juana, Jerónima, Isabel y Jerónimo.

Miguel, siguiendo el ejemplo de su padre y su abuelo, fue ordenado de corona, en Zaragoza, por el arzobispo Hernando de Talavera. Pero a diferencia de ellos, tras cursar estudios en las universidades de Alcalá y Valencia, con veinticuatro años decidió ingresar en la cartuja de Porta Celi, en Valencia. También pasó algunas temporadas en el monasterio de Aula Dei de Zaragoza. Precisamente este establecimiento religioso de la orden de san Bruno fue una de las fundaciones más generosas de Aragón, por la extraordinaria dotación de su promotor, el arzobispo de Zaragoza, Hernando de Aragón. Considerada su principal empresa de mecenazgo, se gastó en ella más de cien mil ducados³³. La decisión de Miguel de profesar como fraile cartujo parece más una opción personal que una estrategia familiar. Ya ejercía como coadjutor en el cargo de contador de la Inquisición y cobraba las rentas asociadas a otros oficios que le había traspasado su padre, cuando tomó la decisión de cambiar de vida.

Ya hemos visto que el ingreso como monjas en un convento podía suponer un ahorro en la dote, al sacarlas del circuito matrimonial. En el caso de los hombres, su ingreso como frailes suponía también un ahorro, en este caso al reducir el número de herederos, pero «tuvo sin duda un mayor componente de inversión económica, social y política. Aunque la carrera eclesiástica a través del clero secular ofrecía mayores oportunidades que del regular, estas tampoco fueron des-

³² Isabel Extravís Hernández, «Los *Anales* de Jerónimo Zurita como fuente para el estudio de la Inquisición», en *III Simpósio Internacional de Estudos Inquisitoriais, novas fronteiras*; «Jerónimo Zurita y la Inquisición. Memoriales al rey (1572-1573)», en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Moderna*, 35, 2017, pp. 439-467.

³³ Ángela Atienza López, «La expansión del clero regular en Aragón durante la Edad Moderna...», *op. cit.*, p. 32.

preciables»³⁴. Por lo que podemos leer en las cartas que envió a Zurita que se conservan, Miguel sintió que su decisión había sido acertada y su vocación clara, «llegando a enfermar por las muchas penitencias que hacía»³⁵.

Dos de las hijas del matrimonio Zurita-García de Oliván fueron monjas. Jerónima ingresó en el convento de nuestra Señora de Altabás. Isabel eligió el de santa Catalina, ambos en Zaragoza y pertenecientes a la orden de las clarisas. Como ellas, muchas monjas preferían vivir en los conventos de sus localidades, cerca de sus familias. En otros casos, como ocurrió en el caso de sus tías, era la elección de convento en concreto lo que resultaba determinante. Como mujeres eran portadoras del honor de la familia y, llegar a «tener “santas” en la familia, era también un elemento que alimentaba especialmente el prestigio y el honor familiar, aportando una nota de particular distinción a la reputación familiar»³⁶. Durante el siglo XVI se produjo la expansión del clero regular por el reino de Aragón gracias a las órdenes mendicantes y al clero regular. La de los franciscanos fue la orden con mayor presencia, tanto en Aragón como en el resto de España. La devoción al santo y a su vida evangélica se extendió también a las mujeres y de ahí la denominación inicial de Segunda Orden. Santa Clara de Asís, en 1253, redactó la *Regla* de esta institución franciscana femenina³⁷.

Las decisiones tomadas por los distintos miembros de la familia Zurita, referentes a la opción profesional, en el caso de los hombres, o la elección entre el matrimonio o la vida religiosa, en el de las mujeres, nos aportan una valiosa información sobre su religiosidad, la devoción a san Francisco o su compromiso con la Iglesia. Pero sus testamentos pueden ampliarnos la imagen que tenemos de cada uno de ellos, acercándonos a aspectos más concretos de su moral.

TESTAMENTOS

Hemos utilizado para esta investigación una fuente que aporta información muy variada: económica, social, cultural o religiosa, los testamentos. Pero a pesar de los valiosos datos que nos proporcionan, debemos tener presente que es una

³⁴ Ángela Atienza López y José Luis Betrán Moya, «Religiosos y religiosas...», *op. cit.*, p. 224.

³⁵ Según le escribió Juan de Montañana a Zurita, RAH, CSC, A-113, f. 193. Isabel Extravís Hernández, *Jerónimo Zurita (1512-1580). Humanismo e Historia...*, *op. cit.*, p. 78.

³⁶ Ángela Atienza López, «El mundo de las monjas y de los claustros femeninos...», *op. cit.*, p. 101.

³⁷ Marion Reder Gadow, «Las voces silenciosas de los claustros...», *op. cit.*, p. 282.

información parcial. Como vemos en los que tratamos aquí, la aproximación a la mentalidad de los testadores es incompleta, además, dejan en mano de los ejecutores testamentarios algunas decisiones significativas.

El testamento, desde el punto de vista de la religiosidad de quien lo hace, establece una serie de mandas encaminadas a la salvación de su alma. Pero la intervención de los vivos es esencial. La eficacia de los sufragios es defendida por san Agustín y santo Tomás, «quien dará prioridad a tres clases: la limosna, la plegaria y la misa, sobre todo la que contiene oraciones especiales por los difuntos, por ser el único sacramento cuya eficacia es comunicable»³⁸.

Infierno y Gloria constituían dos destinos extremos. San Agustín, al dividir el linaje humano en dos comunidades o ciudades, destinaba a una a reinar eternamente con Dios y a la otra a sufrir eterno castigo con el diablo. Pero fue la idea del Purgatorio, como lugar de expiación, la que adquirió una particular relevancia. Fue precisamente el tránsito del alma de la tierra a la gloria, lo que convirtió a la Iglesia en una empresa que negociaba con la muerte, reproduciendo en el cielo la jerarquización social existente en la tierra y administrando la estancia en el Purgatorio mediante recursos que medían la rapidez o lentitud para dejarlo mediante indulgencias³⁹. Una forma de obtener estas indulgencias fue a través de las mandas testamentarias. Algunas de ellas eran de gran cuantía, para evitar «los castigos que las almas sufrían en su periodo de purificación, tremendos y de una intensidad espantosa». La única diferencia entre el Infierno, el Purgatorio y el Limbo era la duración de la estancia en esos lugares, según aseguraban algunos tratadistas, siguiendo a santo Tomás⁴⁰.

Miguel Zurita, en diciembre de 1515, hizo testamento en Zaragoza estando sano, lo que se trasluce en las disposiciones que establece, más dirigidas a nombrar tutores para sus hijos pequeños, nacidos de su segundo matrimonio, que a las mandas por su alma. No obstante, establecía su lugar de enterramiento: el sitio dependía de donde falleciera y dejaba la elección a su mujer, Ana de Castro. Además, ordenaba vender todas sus joyas y anillos para sufragar los gastos del

³⁸ Julia Baldó Alcoz, Ángeles García de la Borbolla, Julia Pavón Benito, «Registrar la muerte (1381-1512)...», *op. cit.*, p. 205.

³⁹ Emilio Mitre Fernández, «La muerte y sus discursos dominantes entre los siglos XIII y XV (Reflexiones sobre recientes aportaciones historiográficas)», en Eliseo Serrano Martín (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, p. 28.

⁴⁰ Pablo García Hinojosa, *Simbolismo, religiosidad y ritual barroco...*, *op. cit.*, pp. 70, 78.

entierro. Por lo que se refiere a las misas, ordenaba que le fueran dichas las de novena y cabo del año en el monasterio de santa María del Hospital de Zaragoza. La novena comenzaba el día siguiente al funeral, se celebraban durante nueve días consecutivos y formaba parte de las ceremonias *post mortem*. Esta novena, que en ocasiones se concentraba en tres o siete días, en la creencia de que la cercanía al día de la muerte beneficiaba al difunto, concluía con la ceremonia de cabo de novena. Era una misa por la salud del alma del finado y daba fin a este ciclo de misas⁴¹.

El doctor de Alfaro añadía a estas misas las que debían celebrarse en Mosqueruela, de donde era originario, que ordenaba fueran oficiadas por los vicarios y clérigos de la iglesia mayor, unas misas perpetuas en su aniversario que se pagarían con sus bienes⁴². Este tipo de fundación perpetua tiene un triple interés: el fin espiritual asociado a la celebración de la Eucaristía, su carácter eterno y el «papel profundamente social que representaba la “fama” y la memoria, personal y familiar»⁴³.

En abril de 1524 firmó sus últimas voluntades Ana de Castro, segunda esposa de Miguel Zurita y madre de Jerónimo. En ellas pide ser enterrada en el monasterio de san Francisco, situado a las afueras de la ciudad de Burgos, donde se encuentra en esos momentos, enferma en la cama. No obstante, el lugar fue provisional pues sus restos fueron posteriormente trasladados al de Zaragoza. Durante la Baja Edad Media las normas de la Iglesia prohibían el enterramiento en la iglesias y monasterios, por lo cual hasta el siglo XIII era un privilegio para las elites políticas y eclesiásticas. Pero, a partir del siglo XIV, se hizo habitual la venta de permisos para la inhumación en lugares de culto. Los monasterios de san Francisco gozaron de especial preferencia, «por la capacidad de mediación entre los hombres y Dios atribuida a sus frailes»⁴⁴.

Las disposiciones de Ana de Castro sobre legados a nuestra Señora de Guadalupe, Monserrat, a la iglesia del Pilar, la del Carmen, la de san Agustín y otras

⁴¹ Julia Baldó Alcoz, «Las misas *post mortem*: simbolismos y devociones en torno a la muerte y el más allá en la Navarra bajomedieval», *Zainak*, 28, 2006, pp. 356-359.

⁴² Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza [APNZ], Luis Sora, 27 de diciembre de 1516, f. 3-5.

⁴³ Máximo García Fernández, «Beneficiados de las mandas testamentarias. El incremento patrimonial eclesiástico. Valladolid, 1630-1834», en Enrique Martínez y Vicente Suárez (eds.), *Iglesia y sociedad en el Antiguo Régimen. Actas de la III reunión científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad, 1994, p. 498.

⁴⁴ M^a Luz Rodrigo Esteban, *Testamentos medievales aragoneses...*, op. cit., p. 82.

devociones y santuarios de la ciudad de Zaragoza, debían ser «lo que se acostumbre, para lo cual doy facultad al señor Juan García que se informe y lo ponga en este testamento». Son estas las denominadas mandas pías, aquellas disposiciones que tenían un fin benéfico o piadoso y que mayoritariamente se dirigían a instituciones benéficas⁴⁵. Además, ordenaba las misas de novena y cabo, sin pompa, y que se le dijeran por su alma las misas que su marido y ejecutor testamentario dispusiese⁴⁶. Con estas disposiciones, el testador buscaba conmutar las indulgencias por el castigo correspondiente a sus pecados, reduciendo el tiempo de su estancia en el Purgatorio. La Iglesia se convertía de esta forma «en una gestora del tiempo escatológico»⁴⁷. Ana de Castro solicitaba, así mismo, que se le enterrase vestida con el hábito de san Francisco, una mortaja que podía evitar la corrupción del cuerpo, una creencia que tenía su base en las palabras de san Pablo: «En un momento, en una abrir y cerrar de ojos, al son de la última trompeta, los muertos resucitarán incorruptos y nosotros seremos transformados. Porque esto, lo corruptible, ha de vestirse de incorruptibilidad y esto, lo mortal, de inmortalidad»⁴⁸.

Se conserva el testamento de Isabel Zurita, hermana menor del cronista. Falleció en 1530, cuando contaba poco más de catorce años, edad mínima para testar en Aragón. Es un documento sencillo que aporta pocos datos para el asunto que nos ocupa: su voluntad de ser enterrada junto a su madre, en el convento de san Francisco, de Zaragoza⁴⁹. Un signo de la disposición económica de la familia se aprecia en la capacidad de trasladar los restos mortales a los conventos por los que sienten devoción. Un ejemplo es el de los huesos de Ana de Castro, depositados inicialmente en Burgos y después trasladados a Zaragoza. La elección de una comunidad regular en lugar de la parroquia que les correspondiese implicaba unos gastos añadidos: lo que se denominaba *cuarta funeraria* y cierta cantidad a su párroco, cuotas que se revisaban periódicamente⁵⁰.

Isabel dicta sus disposiciones estando enferma y «temiendo las penas infernales y estando envidiosa de las glorias del paraíso a las cual todo buen cristiano desea». Encomienda su alma a «nuestro Señor Jesucristo, al cual suplico que por

⁴⁵ José A. Mingorance Ruíz, «La religiosidad de los extranjeros...», *op. cit.*, p. 564.

⁴⁶ RAH, CSC, A-110, f. 21-22.

⁴⁷ Pablo García Hinojosa, *Simbolismo, religiosidad y ritual barroco...*, *op. cit.*, p. 84.

⁴⁸ I Corintios 15, 32-54, *apud* Pablo García Hinojosa, *Simbolismo, religiosidad y ritual barroco...*, *op. cit.*, p. 180.

⁴⁹ RAH, CSC, A-110, f. 96 y una copia del mismo en el folio 97.

⁵⁰ M^a Luz Rodrigo Esteban, *Testamentos medievales aragoneses...*, *op. cit.*, p. 82.

los méritos de su santa pasión, me coloque en la gloria con sus santos». Precisamente, los méritos de la pasión de Cristo, eran la fuente de la que manaban las indulgencias para redimir al género humano⁵¹.

Isabel estipula que sean dichas las misas de novena y cabo y vendidos sus bienes para lograr trescientos sueldos jaqueses, con los cuales pagar las misas que estipulen sus ejecutores testamentarios. Establece legados para el hospital de Gracia y para la redención de cautivos. Estas limosnas eran otra forma de asegurarse el perdón de los pecados. Los pobres y necesitados se convertían en representantes de Cristo, compartiendo, de alguna manera, su función salvífica⁵².

Las últimas voluntades de Miguel Zurita son de 1539 y en los años transcurridos entre el testamento de 1515 y este, se aprecia la cercanía de la muerte y una mayor disponibilidad económica⁵³. La conjunción de ambas circunstancias se trasluce en las disposiciones establecidas para la salvación de su alma. Ánima que encomienda a Jesús y a su santísima madre la Virgen María. Desde el siglo XI se atribuía a la Virgen el milagro de poder sacar las almas de los pecadores del infierno, de ahí que se la invoque en los testamentos.

El lugar elegido para que su cuerpo sea depositado es el monasterio de san Francisco de la ciudad donde falleciera, en la capilla de «nuestra Señora, donde se ponga una imagen de san Miguel, si no la hubiere». La creencia en la mediación de santos y vírgenes era la razón para elegir colocar su tumba en determinadas capillas o delante de determinadas imágenes⁵⁴. Después, detallaba Miguel Zurita, sus huesos deben trasladarse al monasterio de san Francisco de la ciudad de Zaragoza, en la capilla donde están los restos de su mujer, Ana de Castro, y dos hijas (María e Isabel). Como vemos, no solo se elegía el lugar dónde se quería depositar el cuerpo, también con quiénes se deseaba estar acompañado.

Al agrupar en un mismo lugar los restos mortales de varios familiares se beneficiaba a vivos y a difuntos. Para los primeros, podían velar por las almas de sus allegados de manera más efectiva; para los segundos, los oficios religiosos celebrados por cada uno de ellos, les beneficiarían a todos los demás.

⁵¹ Pablo García Hinojosa, *Simbolismo, religiosidad y ritual barroco...*, *op. cit.*, p. 331.

⁵² Julia Baldó Alcoz, Ángeles García de la Borbolla, Julia Pavón Benito, "Registrar la muerte (1381-1512)...", *op. cit.*, p. 213.

⁵³ RAH, CSC, A-110, f. 25-31. En estos folios se encuentran desordenados, copias autorizadas en Zaragoza del testamento, fechado en Toledo el 15 de enero de 1539 y un codicilo de cinco días después.

⁵⁴ M^a Luz Rodrigo Esteban, *Testamentos medievales aragoneses...*, *op. cit.*, p. 90.

«Así, se conforma una comunidad de fieles –integrada por los vivos y los difuntos– en la cual todos se comunican a través de una identidad cultural y religiosa»⁵⁵.

En su testamento, el doctor de Alfaro ordenaba que su cuerpo debía amortaljarse con el hábito de san Francisco, y ponérselo «antes que mi ánima deje mi cuerpo». Esta petición demostraba la confianza en la «eficacia del hábito para evitar la muerte del alma y facilitar su periplo al Más Allá»⁵⁶. La elección de este hábito como mortaja solía estar acompañada del enterramiento en un monasterio de la orden, como es el caso⁵⁷. Los hábitos religiosos lograban, también, reducir las penas del Purgatorio: solo con besar uno de un fraile franciscano rebajaba la pena en ocho mil cien días. Curiosamente, san Francisco tuvo una relación con la enfermedad poco acorde con la que tendría un médico: el santo rechazó siempre cualquier asistencia médica, aceptando sus dolencias con resignación y alegría⁵⁸.

Miguel Zurita deja la decisión de cómo y cuándo celebrar las misas de novena y cabo de año en manos de sus ejecutores, así como la forma del sepelio. Así mismo, ordena treinta misas de réquiem el día de su muerte y, si no es posible, las que queden, el día siguiente. La cuantía mayor de sus legados piadosos es la correspondiente a la fundación de una capellanía perpetua, «como remedio de sus culpas y pecados». Las instrucciones son que deben decirse tres misas semanales, el lunes de las ánimas de los difuntos, el viernes de las cinco llagas de Jesucristo y el sábado de nuestra Señora.

Las referencias a elementos alegóricos relacionados con la tradición bíblica y litúrgica se inclinan, de forma general y habitual, por algunos símbolos y figuras tales como el misterio de la Trinidad, las llagas de Jesucristo o los gozos de María. El encargo por los testadores de misas de intención a celebrar por estas u otras figuras devocionales estaba íntimamente ligado a la función simbólica que las cifras y números poseían en la doctrina cristiana desde sus comienzos y que había recibido el influjo de la tradición bíblica hebrea y de la cábala judía⁵⁹.

El encargado de celebrarlas debería ser un capellán cercano a su linaje «de los Zurita y si no es posible, de los Solsonas y, sino hubiere de los Solsonas, de

⁵⁵ Julia Baldó Alcoz, Ángeles García de la Borbolla, Julia Pavón Benito, “Registrar la muerte (1381-1512)...”, *op. cit.*, 203.

⁵⁶ M^a Luz Rodrigo Esteban, *Testamentos medievales aragoneses...*, *op. cit.*, p. 101.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 176.

⁵⁸ Pablo García Hinojosa, *Simbolismo, religiosidad y ritual barroco...*, *op. cit.*, pp. 180-186.

⁵⁹ Julia Baldó Alcoz, “Las misas *post mortem*...”, *op. cit.*, p. 367.

los Lores, y de los cuales, prefiriendo siempre el más virtuoso». El elegido debía contar con el visto bueno de su heredero y ejecutor testamentario, su hijo Jerónimo, además de los diputados de la villa de Mosqueruela. Este tipo de fundaciones buscaba, además de acortar la estancia en el Purgatorio, «un acto propagandístico de la memoria del fundador» y «una forma de publicitar su Casa»⁶⁰, algo que queda claro en la imposición de que el capellán sea un miembro de su linaje.

Atendiendo a los deseos de su padre, Zurita y el reverendo Luis Vicente de Cutanda, beneficiado de esa iglesia y sobrino suyo, se reunieron en Mosqueruela para fundar una misa de tabla que debía celebrarse en esa iglesia en beneficio «de sus padres e instituyentes, solidariamente, y perpetuamente en el altar que generalmente se hace, en la capilla de san Pedro y la advocación de nuestra Señora de la Concepción y los santos mártires, san Cosme y san Damián y las otras devociones contenidas en el retablo». Había algunos factores que propiciaban una especial cercanía con determinados santos, en la creencia de que darían una mayor protección. Es el caso de los asociados a una profesión o por compartir el nombre. Ya hemos visto que el doctor Alfaro requería una imagen de san Miguel en la capilla donde se le iba a enterrar; este santo tiene, además, «el triple valor de protector, con doctor y abogado» del moribundo. Su hijo Jerónimo acrecienta esta protección en la iglesia de Mosqueruela a los santos patronos de la medicina: Cosme y Damián⁶¹.

Con respecto a las misas que deben celebrarse, amplía los tres días que imponía Miguel Zurita en su testamento, ya que consta que debe decirse una misa diaria y, si algún día no fuera posible, pasarse al siguiente. La misa del domingo en honor de la Virgen, el lunes por los finados del instituyente, el martes por todos los santos, el miércoles por los ángeles... y así deberá hacerse todas las semanas y todos los años⁶².

Este no es el único documento que da cuenta de cómo Zurita cumple con los deseos de su padre referidos a esta fundación. En la correspondencia con su cuñado, Juan García de Oliván, abad del monasterio de nuestra Señora de la O y canciller del reino, intercambian noticias sobre los beneficiados de Mosque-

⁶⁰ Juan Díaz Álvarez, «Nobleza y honor: el patronato eclesiástico de la Casa de Toreno en la Asturias del Antiguo Régimen», *Hispania Sacra*, 69, 140, 2017, p. 579.

⁶¹ Fernando Martínez Gil, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, op. cit., p. 254.

⁶² RAH, CSC, A-110, f. 35-38 (1545).

⁶³ RAH, CSC, A-111, f. 118-119 (1546); A-113, f. 249 (1547); A-110, f. 43-54 (1555).

ruela. En lo referido a la elección de capellán, Antón Lor presentó información que justificaba su parentesco con el fundador para solicitar el puesto⁶³.

La elección de ejecutores testamentarios era muy importante porque su negligencia en el cumplimiento de las mandas piadosas del testador podía retener a este en el Purgatorio más tiempo del necesario. De ahí que la legislación contemplase la posibilidad de actuar judicialmente contra el albacea si había desidia en su actuación. Incluso algunos sínodos diocesanos establecieron la pena de excomunión si no se cumplía con las obligaciones adquiridas en el tiempo fijado por el testador⁶⁴.

El testamento de Juan Zurita lo otorgó en Toledo en marzo de 1560 ante Gonzalo de Toledo López de Herrera, según consta en una cédula posterior en la que nombra a sus ejecutores testamentarios: Juan Martín Mercader y Pedro de Madrid. Les comisiona para que sean los encargados de cumplir con las condiciones que se establecían en dicho testamento. Así mismo para que se ocupen de vender en pública almoneda u otra forma que ellos decidan, todos sus bienes, además de cobrar todos los salarios atrasados y el dinero obtenido, repartirse entre los pobres⁶⁵. Al no disponer del testamento, ignoramos, además de la información referida al lugar elegido para su entierro, las disposiciones referidas a la salvación de su alma y las mandas de carácter económico, o si había tenido algún hijo. Porque aunque las reglas canónicas prohibían cualquier actividad que violara el voto de castidad del clero, en la práctica muchos no se sometieron a esta disciplina y eran los testamentos una de las fuentes que revelaban la existencia de hijos, pues en ellos incluían cláusulas para asegurar su futuro⁶⁶.

En las últimas voluntades de Jerónimo Zurita encontramos algunas notas que dejan ver los cambios que se habían producido en el seno de la Iglesia. Declara su «firme propósito, por la gracia de Nuestro Señor, de vivir y morir en nuestra santa fe católica y en los santos sacramentos de ella como lo ordena, enseña y predica la Santa Iglesia Romana, fuera de la cual no hay salvación, ni la puede haber»⁶⁷. La aclaración de que se refería a la iglesia de Roma, refleja la di-

⁶⁴ M^a Luz Rodrigo Esteban, *Testamentos medievales aragoneses...*, op. cit., p. 183.

⁶⁵ El protocolo correspondiente a dicho año 1560 no se conserva en el Archivo de Protocolos de Toledo (agradezco esta información a Jonathan Nelson). La cédula, fechada en Madrid, febrero de 1562, RAH, CSC, A-110, f. 188.

⁶⁶ Silvia María Pérez González, «Clérigos en sociedad: el despliegue vital del clero secular andaluz en la Baja Edad Media», *Edad Media. Revista de Historia*, 10, 2009, pp. 27-81.

⁶⁷ Archivo Histórico Provincial del Notariado de Zaragoza [APNZ], Jerónimo Andrés, 1580, f. 110; RAH, CSC, A-110, f. 83-92, copia autorizada de Jerónimo de Frago, notario de Za-

visión que se había producido entre quienes seguían al papa y quienes se habían separado de su mandato, al tiempo que muestra su convencimiento de que solo quienes eran fieles al pontífice podían salvarse. La influencia de su paso por el Santo Oficio queda patente en esta frase.

También figura la petición de que su alma, encomendada a Jesús, y «redimida del poder del demonio» por los méritos de su pasión, pase a la otra vida «colocada con sus santos en la gloria». Por tanto, que no requiera pasar por el Purgatorio. Jerónimo Zurita tendría presente las descripciones que del Infierno y el Purgatorio aparecían en *La Divina comedia* de Dante, imágenes muy presentes en la época. En su biblioteca tenía un ejemplar de esta obra⁶⁸.

Por lo que se refiere a las misas, establece las de novena y cabo de año a celebrar en el lugar de su enterramiento, cuya cantidad deja a voluntad de sus ejecutores testamentarios; un aniversario conventual, otro causal y cuarenta y cinco misas cada año en el monasterio de santa Engracia, para lo cual ya hizo una entrega de trescientos ducados. Añade quinientas misas que deberían celebrarse tras su muerte, con la mayor brevedad. Los lugares elegidos son «los altares privilegiados de esta ciudad de Zaragoza».

Tres meses antes de firmar sus últimas voluntades, Zurita estableció una serie de disposiciones encaminadas a la salvación de su alma. Primero pide ser enterrado en el monasterio de santa Engracia, en el lugar que el prior y los diputados consideren adecuado. Esta elección, por la que opta por el descanso eterno alejado de los familiares que ya habían fallecido, diferenciándose de ellos, tendría su explicación en la conjunción de dos circunstancias. La primera, más personal, por su cercanía a los monjes del monasterio, con quienes convivió temporadas en los últimos años de su vida, cuando se encontraba en Zaragoza preparando sus *Anales de la Corona de Aragón*. La segunda por el significado del lugar. La cripta donde se encontraban los restos de santa Engracia y los otros dieciocho Innumerables eran la «referencia martirial más significativa de la Hispania cristiana». Ya en la Edad Moderna el conjunto fue puesto bajo la protección de la corona y el control ciudadano. En esta época el culto «no dejó de crecer entre las elites ciudadanas»⁶⁹.

ragoza; Ángel Canellas López, «El testamento de Jerónimo Zurita y otros documentos a él relativos», *Universidad*, X, 1933, pp. 12-16; Isabel Extravís Hernández, *Jerónimo Zurita (1512-1580). Humanismo e Historia... op. cit., passim.*

⁶⁸ Pablo García Hinojosa, *Simbolismo, religiosidad y ritual barroco...*, *op. cit.*, p. 80; Isabel Extravís Hernández, *Jerónimo Zurita (1512-1580). Humanismo e Historia...*, *op. cit.*, p. 55.

⁶⁹ Eliseo Serrano Martín, «Santidad y patronazgo en el mundo hispánico en la Edad Moderna», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 40-1, 2018, p. 93.

En estas disposiciones en las que trata las diversas medidas a tomar tras su muerte, ordena dos aniversarios perpetuos, conventual y claustral, a celebrar el día de santa Bárbara, el cuatro de diciembre, fecha de su nacimiento. El otro lo deja a elección del prior. En este documento detalla dónde y cuándo deben decirse las cuarenta y cinco misas rezadas anuales y perpetuas que figuran en su testamento. Quince «*de plagis* y en el crucifijo que buenamente se pudieren decir, y las treinta, *ad libitum*»⁷⁰.

No son las únicas misas que se ofrecieron por el alma de Zurita. En 1575, en el capítulo general de la orden de san Bruno, se dispuso que por ser su bienhechor, se celebrase un tricenario de difuntos *per totum Ordinem nostrum*⁷¹. Estas misas se oficiaron durante un mes desde la muerte del beneficiado y el propósito era «facilitar un alivio o refrigerio a los padecimientos sufridos por el alma de los muertos durante su estancia en el Purgatorio, expiando sus pecados»⁷². A la orden de san Bruno estaba adscrita la cartuja de Porta Celi, donde había ingresado su hijo Miguel y la de Aula Dei, depositaria de la biblioteca de Jerónimo Zurita. Por la fecha de la disposición, se habría hecho en agradecimiento a la donación de esta.

Hay otras mandas testamentarias relacionadas con las creencias religiosas de Zurita. Ordena que se le paguen cincuenta libras a Miguel López, su yerno, que se las había prestado para hacer «un pichel de plata y una bacinilla, también de plata, para el lavatorio del sacerdote en todas las misas que se celebran en el altar mayor del monasterio de Aula Dei». Lo que nos induce a pensar que, al igual que existe un documento que fija las misas que deben decirse por la salvación de su alma en el monasterio de Santa Engracia, pudo establecer un acuerdo similar con la cartuja de Aula Dei. O podría ser para el tricenario que la orden de san Bruno había acordado celebrar por su alma, ya mencionado.

Zurita nombró ejecutores y «exoneradores de mi alma y conciencia» a su hijo menor, a Juan Francés de Ariño, señor de las baronías de Osera y Figueruelas; a Juan Metellín, merino de Zaragoza y a Miguel López, «infanzón y yerno mío». El nivel de cumplimiento de sus albaceas se aprecia en diversos documentos. En un testamento de Jerónimo Zurita de Oliván, fechado el 23 de noviembre de 1580, pocos días después de la muerte de su padre, ordena que se cumplan las

⁷⁰ RAH, CSC, A-111, f. 499-500. Fechado el 10 de julio de 1580.

⁷¹ RAH, CSC, A-111, f. 469. El documento está fechado el uno de julio de 1575, es una copia en latín.

⁷² Julia Baldó Alcoz, «Las misas *post mortem*...», *op. cit.*, p. 360.

disposiciones que figuraban en las últimas voluntades de este referentes al patronazgo de Mosqueruela y se pusiera una lápida con el escudo de armas y un epitafio sobre su tumba en el monasterio de santa Engracia. Por lo que se refiere a las misas que debían celebrarse, hay un recibo de noventa y dos sueldos del vicario Pablo Serrano, correspondiente a los derechos de enterramiento y las misas de novenario y cabo de año⁷³. Disponemos del acta de defunción de Zurita, en la que consta que el difunto estaba en tierra, sobre una manta blanca⁷⁴.

De Jerónimo Zurita de Oliván se conserva un testamento, fechado en noviembre de 1580, ya mencionado. Cuando lo firmó estaba soltero y ordenaba que su cuerpo fuera sepultado en el monasterio de san Agustín, de Zaragoza, en la capilla fundada por su abuelo materno, Juan García, si fallecía en esa ciudad «o en territorio de ella»⁷⁵. En caso de ocurrir en Madrid, el lugar de su último descanso debía ser la iglesia de san Andrés, junto a su tía Andrea. Como vemos, los miembros de la familia elegían para su enterramiento distintos lugares, pero siempre en iglesias o monasterios, disponiendo, incluso, de capillas de su propiedad. El interior de las iglesias tenía una distribución jerárquica para los entierros, siendo el altar mayor el núcleo topográfico y espiritual por celebrarse allí la Eucaristía. También las naves tenían diferente relevancia, por este orden: la central, la del Evangelio y la de la Epístola⁷⁶.

Las disposiciones sobre misas para la salvación de su alma son la novena y cabo de año «en la forma y manera que a mis ejecutores pareciera». En el conjunto de mandas piadosas, tienen un peso mayor que las suyas las que fija para cumplir con las disposiciones de su padre y abuelo, referentes a la capellanía de Mosqueruela. Probablemente porque lo firma por si el catarro que había provocado la muerte de su padre le pudiese afectar a él, pero sin la preocupación de una muerte próxima. Lo más interesante para esta investigación es un legado que hace a Jerónima de Miedes, su prima: unos librillos y «una cruz de oro que

⁷³ Archivo Histórico Provincial de Zaragoza [AHPZ], Jerónimo Andrés, 1580, 1189; Ángel Canellas, «El testamento de Jerónimo Zurita...», *op. cit.*, p. 21; RAH, CSC, A-111, f. 498 (5 de septiembre de 1581).

⁷⁴ AHPZ, Jerónimo Andrés, 1580, f. 1117. Ángel Canellas, «El testamento de Jerónimo Zurita...», *op. cit.*, p. 21.

⁷⁵ La capilla, a mano derecha del altar mayor, le había sido donada al suegro de Zurita en 1533 por el prior del convento de san Agustín. Isabel Extravís Hernández, *Jerónimo Zurita (1512-1580). Humanismo e Historia*, *op. cit.*, p. 37.

⁷⁶ Julia Baldó Alcoz, Ángeles García de la Borbolla, Julia Pavón Benito, «Registrar la muerte (1381-1512)...», *op. cit.*, pp. 191-192.

yo tengo con reliquias con un retrato de mi madre». Se ajusta, por tanto, a la moda de la época sobre todo tipo de reliquias, algunas familiares. Queda por conocer de qué santo era dicha reliquia.

Existe, así mismo, un borrador de un testamento posterior, de 1596. En los años transcurridos entre ambos, Zurita de Oliván había contraído matrimonio y enviudado de Isabel de Ara. El lugar para su sepultura cambió respecto al documento anterior. En este pedía ser enterrado en el monasterio de santa Engracia, junto a su padre y su esposa⁷⁷. Finalmente, cuando falleció en octubre de 1600, en sus últimas voluntades fechadas unos días antes, dejaba la elección de su descanso eterno en manos de su segunda esposa, Mariana Ripoll. En esta ocasión encontramos disposiciones más detalladas referidas a la salvación de su alma y religiosidad. Además de las misas de novena y cabo de año, establece que se le digan quinientas misas en las iglesias y monasterios privilegiados de Zaragoza⁷⁸. Sigue así el ejemplo de su padre, la misma cantidad de misas y los mismos lugares.

Ordena legados de diversa cuantía al hospital de Gracia, a los hospitales de niños y niñas y «a los padres de la Vitoria», todos de la ciudad de Zaragoza. Ordena que solo acompañen su cuerpo los cofrades de ánimas y san Francisco, de la que es miembro y «no los cabildos de la Seo ni de la iglesia del Pilar», a lo que añade que desea que su tumba sea puesta sobre el suelo, sin pompa alguna. Las cofradías fueron unas agrupaciones en las que la piedad popular estaba presente junto con una finalidad caritativa. Asociadas en ocasiones a profesiones o grupos sociales, sus miembros gozaban de ciertos privilegios por formar parte de ellas. En sus capítulos figuran el acompañamiento mutuo, especialmente en el momento de la muerte⁷⁹.

Este deseo de humildad al disponer un entierro moderando los gastos y los signos externos de duelo, atendía a las disposiciones laicas y religiosas. Pero contrasta con las mandas pías referidas a las misas, lo que se explica porque

⁷⁷ RAH, CSC, A-110, f. 397-399. Arantxa Domingo, *Disponiendo anaqueles para libros, nuevos datos sobre la biblioteca de Jerónimo Zurita*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 152-155.

⁷⁸ AHPZ, Miguel Díaz de Alarriba, f. 485-492. En el Archivo General de Simancas [AGS], Contaduría de Mercedes, legajo 642, hay una copia del testamento y del acta de defunción en la que podemos leer cómo su cuerpo estaba son su mortaja, encima de su cama.

⁷⁹ Vicente Pons Alós, *Testamentos valencianos en los siglos XIII-XVI. Testamentos, familia y mentalidades en Valencia a finales de la Edad Media* (tesis inédita), Universidad de Valencia, 1987, p. 241.

cuantos más sufragios se hagan, más «llano encuentra el camino el alma hasta el Más Allá»⁸⁰.

En otra de las mandas lega a su confesor, Miguel Loscos, del convento de santo Domingo, dinero para libros, «en señal de amor». Es un ejemplo de cómo muchos cristianos, ante la obligación de confesarse al menos una vez al año, preferían hacerlo con un fraile de algún monasterio cercano que con su párroco. Para algunos tratadistas no era necesaria la licencia de este para confesarse con dominicos y franciscanos. Sin embargo, algunas constituciones sinodales establecían lo contrario⁸¹. Llama la atención que, a diferencia de lo que figuraba en su testamento de 1580, en este no aparezca ninguna mención a la capellanía de Mosqueruela fundada por su abuelo. Una razón podría ser que la fundación ya estaba asegurada con las medidas que había tomado su padre. Otra es algo muy común en este tipo de obras pías. Disminuye su popularidad al gravar el patrimonio de los herederos, algunos de los cuales se desentendieron de estas obligaciones. No solo para la familia de los fundadores podía ser un grave problema cumplir con los compromisos de las capellanías. Para muchas órdenes religiosas encargadas de celebrar las misas perpetuas, la acumulación de las mismas y el descenso del valor de lo cobrado por ellas junto a los conflictos con las familias, suponían un «arduo negocio... circunvalado de perturbaciones»⁸².

Como vemos gracias a los testamentos, podemos acercarnos a las creencias de los testadores, pero no son los únicos documentos que nos informan sobre este tema. Las disposiciones que se preparan de manera explícita sobre el lugar de enterramiento o las misas por su alma, nos dan idea de la importancia de estas medidas y con cuánta previsión se podían hacer. También eran propias de la época y una de las causas que esgrimía Lutero para enfrentarse al papa, las bulas. Y la familia Zurita quiso asegurar la salvación de sus difuntos mediante la compra de alguna. Zurita adquirió cuatro para la plena indulgencia de las «animas de difuntos concedidas a favor del insigne hospital del Santo Espíritu de Saxia, nuevamente revalidada por nuestro santo Señor Paulo tercero». Este hospital, situado en Roma, había sido fundado en el siglo VIII para atender a

⁸⁰ M^a Luz Rodrigo Esteban, *Testamentos medievales aragoneses...*, *op. cit.*, 48.

⁸¹ María Tausiet Carles, «Conciencias insumisas: la resistencia a la confesión...», *op. cit.*, p. 592.

⁸² Máximo García Fernández, «Beneficiados de las mandas testamentarias...», *op. cit.*, pp. 508-509.

los peregrinos⁸³. Las bulas, de dos reales cada una, están fechadas el 26 de marzo de 1540. Son por el alma de Miguel Zurita, su padre; Sebastián de Castro, su tío y dos por Ana de Castro, su madre. Con ellas se quiere evitar «a los fieles cristianos que están en penas de purgatorio, estén en grandísima aflicción hasta tanto su cabal satisfaga a la divina justicia con los sufragios a la santa madre Iglesia». Y dado que los difuntos no pueden ayudarse a sí mismos, «los bienes y limosnas que se hacen por los deudos, son obras de caridad de gran merecimiento a Dios»⁸⁴. Estas bulas no eran siempre un remedio definitivo para evitar las penas del Purgatorio. Aunque «tenían un efecto *ex opera operatio*,... y cumplían su efecto solo con tomarla pagando el precio estipulado... muchos tratadistas aconsejaban tomar muchas bulas de difuntos... pudiéndose tomar dos por año»⁸⁵.

Como sucede con otros aspectos de esta investigación, algunos datos, además de proporcionarnos información, también nos sugieren preguntas. Solo por poner un ejemplo: el que exista constancia de la compra de estas bulas, ¿indica que fueron las únicas? ¿implicaba adquirirlas que se creía en su efectividad?

CONCLUSIONES

Como indicábamos al inicio, la investigación propuesta tenía ciertas dificultades. Tras acercarnos a la familia Zurita, hemos visto que de los miembros que hemos conocido, de los siete hijos de Miguel Zurita, tres profesaron en religión, tres contrajeron matrimonio y una falleció siendo lo bastante joven como para ignorar cuál habría sido su destino. Por su parte, de los cinco hijos de Jerónimo Zurita, solo dos se casaron. La elección de los conventos femeninos parece indicar una unánime devoción por san Francisco, ya que todas profesaron en comunidades religiosas de la orden clarisa. En el caso de los hombres, resulta curioso que fueran los primogénitos de ambas familias quienes eligieron la vida religiosa, si bien con opciones diferentes: una carrera secular en la corte, frente a un monasterio cartujo.

⁸³ Michele Raja, «La storia dell'Ospitale Santo Spirito in Sassia», *Quaderni della SMO*, 1, 2016. <http://www.smorrl.it/images/pubblicazioni/quaderni/quaderno-18-01.pdf>

⁸⁴ RAH, CSC, A-110, f.477-478.

⁸⁵ Pablo García Hinojosa, *Simbolismo, religiosidad y ritual barroco...*, op. cit., pp. 351-353.

Estos son los hechos, pero ¿qué podemos deducir con respecto a la religiosidad o las creencias de la familia? Poco más de lo ya señalado, además de que en todos los casos parece una elección meditada y conforme a los deseos de la familia. Es lo que parecen indicar los legados que hacen en los testamentos los padres y hermanos a favor de estos miembros de la familia que profesaron en religión. En este aspecto, la familia Zurita se comporta como otros miembros de familias nobles y de aquellas, como es esta, que sin pertenecer al estamento nobiliario gozan de muchos de sus beneficios y aspiran a equipararse en otros.

Por lo que se refiere a la fuente principal utilizada en este trabajo, los testamentos, hemos tomado de ellos la parte moral, todas aquellas disposiciones que podían acercarnos al objeto de la investigación: las creencias religiosas, el miedo a la muerte y al Purgatorio y de qué manera intentaron eludir las penas a pagar por sus pecados. Todo lo visto nos indica que ese temor a lo que ocurriera en el Más Allá era el mismo del conjunto de la sociedad en la que vivían. La inversión en sufragios de diverso tipo, encaminados a la salvación de su alma, está presente en todos los documentos estudiados. La única diferencia entre ellos es que en el caso de las mujeres, dejaban en mano de sus albaceas la decisión de cuántas misas y limosnas debían hacerse. Las cuantiosas mandas pías nos dan esa imagen que apuntan los estudios sobre el tema, la jerarquización social se reproduce tras la muerte. Las desigualdades que la Iglesia propicia al aceptar estos ricos legados, marca las mismas diferencias en el Paraíso que las que existen en la tierra.

Una diferencia que apreciamos entre los testamentos de los padres de Jerónimo Zurita y él o su hijo es el deseo de ser enterrados con el hábito de san Francisco, en el caso de los progenitores, y la sencillez de utilizar solo una sábana en el caso de hijo y nieto. Es muy posible que Miguel Zurita y su esposa estuvieran influenciados por el ejemplo de los monarcas en cuya corte vivieron: Isabel la Católica fue enterrada con el hábito franciscano y su esposo Fernando con el dominico. Fue una costumbre que comenzó con algunos miembros de la realeza y pasó a nobles y, como es nuestro caso, a servidores de la corona. Años después, la influencia de algunos pensadores como Erasmo, contrarios a la idea de poder salvarse por medio de este tipo de indulgencias pudo pesar en las creencias de Jerónimo Zurita.

Por último, las breves referencias a objetos de culto y reliquias familiares y bulas confirma cómo la familia Zurita era en este aspecto semejantes a sus conciudadanos en las creencias de su época. Conocían bien todas las devociones, los santos con los méritos, beneficios y protección que otorgaba cada uno. En

conclusión, poner el foco en una familia en concreto, como hemos hecho, permite seguir las costumbres y convenciones sociales y morales del grupo a lo largo de casi un siglo. De esa forma se puede ver los posibles cambios y semejanzas que se dan en ese periodo, tanto en la familia como en la sociedad en la que están integrados.

Bibliografía

- ANDRÉS DE UZTÁRROZ, Juan Francisco; DORMER, Diego José, *Progresos de la Historia de Aragón y elogios de Gerónimo Zurita, su primer cronista*, Diputación Provincial (Imprenta del Hospicio), Zaragoza, 1878.
- ATIENZA LÓPEZ, Ángela y BETRÁN MOYA, José Luis, «Religiosos y religiosas. Lazos e intereses de familia en el seno del clero regular en el mundo hispánico de la Edad Moderna», en Ofelia Rey y Pablo Cowen (eds.), *Familias en el Viejo y en el Nuevo Mundo*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2017, pp. 214-243. <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/95>.
- ATIENZA LÓPEZ, Ángela, «El mundo de las monjas y de los claustros femeninos en la edad moderna. Perspectivas recientes y algunos retos», en Eliseo Serrano (coord.) *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 89-105.
- «La expansión del clero regular en Aragón durante la Edad Moderna. El proceso fundacional», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 21, 2003, pp. 57-76, DOI: 10.14198/RHM2003.21.03
- BALDÓ ALCOZ, Julia, «Las misas *post mortem*: simbolismos y devociones en torno a la muerte y el más allá en la Navarra bajomedieval», *Zainak*, 28, 2006, pp. 353-374.
- BALDÓ ALCOZ, Julia; ÁNGELES GARCÍA DE LA BORBOLLA, Julia Pavón Benito, «Registrar la muerte (1381-1512). Un análisis de testamentos y mandas pías contenidos en los protocolos notariales navarros», *Hispania*, LXV/1, 219, 2005, pp. 155-226.
- CANELLAS LÓPEZ, Ángel, «El testamento de Jerónimo Zurita y otros documentos a él relativos», *Universidad*, X, 1933, pp. 1-22.
- DE LA PASCUA, M.^a José, «Discursos y prácticas alrededor de la muerte. Reflexiones al hilo de 40 años de historiografía moderna en España», *CESXVIII*, 27, 2017, pp. 167-194. DOI: <https://doi.org/10.17811/cesxviii.27.2017.167-194>.
- DÍAZ ÁLVAREZ, Juan, «Nobleza y honor: el patronato eclesiástico de la Casa de Toreno en la Asturias del Antiguo Régimen», *Hispania Sacra*, 69, 140, 2017, pp. 579-595. DOI: 10.3989/hs.2017.036
- DOMINGO MALVADI, Arantxa, *Disponiendo anaqueles para libros, nuevos datos sobre la biblioteca de Jerónimo Zurita*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010.

- EXTRAVÍS HERNÁNDEZ, Isabel, *Jerónimo Zurita (1512-1580). Humanismo e Historia al servicio del Reino y la Corona*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018.
- «Los *Anales* de Jerónimo Zurita como fuente para el estudio de la Inquisición», en *III Simpósio Internacional de Estudos Inquisitoriais, novas fronteiras*, UFRB, Cachoeira, 2016, pp. 1-21
- «Jerónimo Zurita y la Inquisición. Memoriales al rey (1572-1573)», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Moderna*, 35, 2017, pp. 439-467.
- «La genealogía al servicio del ascenso social y económico. La familia del cronista Jerónimo Zurita», Máximo García Fernández (ed.), *III Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna*, Valladolid, 2015, pp. 98-108. <http://hdl.handle.net/10261/133588>
- *Jerónimo Zurita (1512-1580). Un esbozo biográfico*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza 2014.
- GAMERO IGEA, Germán, «Una aproximación a la integración del servicio religioso en la Corte de Fernando el Católico: su papel dentro y fuera del séquito regio», *Anuario de Historia de la Iglesia*, 31, 2017, pp. 259-284. DOI 10.15581/007.26.259-284.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, «Beneficiados de las mandas testamentarias. El incremento patrimonial eclesiástico. Valladolid, 1630-1834», en Enrique Martínez y Vicente Suárez (eds.), *Iglesia y sociedad en el Antiguo Régimen. Actas de la III reunión científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad, 1994, pp. 497-513.
- GARCÍA HINOJOSA, Pablo, *Simbolismo, religiosidad y ritual barroco. La muerte en el siglo XVII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013.
- GÓMEZ NAVARRO, Soledad, «Historiografía e historia de las actitudes ante la muerte: la España del antiguo régimen vista desde la provincia de Córdoba», en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debats, 2010, pp. 1-20, <http://journals.openedition.org/nuevomundo/60167#text>.
- LORENZO PINAR, Francisco Javier, «El comercio de la muerte en la Edad Moderna», en Eliseo Serrano (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, pp. 433-450.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.
- MINGORANCE RUIZ, José A., «La religiosidad de los extranjeros en Jerez de la Frontera a través de sus testamentos: 1392-1550», *Hispania Sacra*, LXVIII, 138, 2016, pp. 541-566, DOI: 10.3989/hs.2016.035.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio, «La muerte y sus discursos dominantes entre los siglos XIII y XV (Reflexiones sobre recientes aportaciones historiográficas)», en Eliseo Serrano (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, pp. 15-34.
- MORGADO GARCÍA, Arturo, *Ser clérigo en la España del Antiguo Régimen*, Cádiz, Universidad, 2000.
- PEDRAZA GRACIA, Manuel José, *Documentos para la historia del libro. Zaragoza 1501-1521*, Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica, 1993.

- PÉREZ GONZÁLEZ, Silvia María, «Clérigos en sociedad: el despliegue vital del clero secular andaluz en la Baja Edad Media», *Edad Media. Revista de Historia*, 10, 2009, pp. 275-305. <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/9668>
- PONS ALOS, Vicente, *Testamentos valencianos en los siglos XIII-XVI. Testamentos, familia y mentalidades en Valencia a finales de la Edad Media* (tesis inédita), Universidad de Valencia, 1987.
- POUTRIN, Isabelle, «Las confesiones de los reyes de España: carrera y función (siglos XVI y XVII)», en Antonio Luis Cortés Peña, José Luis Beltrán y Eliseo Serrano (eds.), *Religión y poder en la Edad Moderna*, Granada, Universidad de Granada, 2005, pp. 67-82.
- RAJA, Michele, «La storia dell'Ospitale Santo Spirito in Sassia», *Quaderni della SMO*, 1, 2016. <http://www.smorrl.it/images/publicazioni/quaderni/quaderno-18-01.pdf>
- REDER GADOW, Marion. «Las voces silenciosas de los claustros de clausura», *Cuadernos de Historia Moderna*, 25, 2000, pp. 279-335, <http://revistas.ucm.es/index.php/CHMO/article/view/CHMO0000220279A>
- RODRIGO ESTEBAN, M.^a Luz, *Testamentos medievales aragoneses. Ritos y actitudes ante la muerte (siglo XV)*, Zaragoza, Ediciones 94, 2002.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Ángel, «La muerte en España: del miedo a la resignación», en Eliseo Serrano (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, pp. 35-52.
- RUBIO SEMPER, Agustín, «Piedad, honras fúnebres y legados piadosos en Aragón (Calatayud) en la Baja Edad Media», en Eliseo Serrano (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, pp. 241-278.
- SÁNCHEZ LORA, José Luis, «Religiosidad popular: un concepto equívoco», en Eliseo Serrano (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, pp. 65-80.
- SERRANO MARTÍN, Eliseo, «Santidad y patronazgo en el mundo hispánico en la Edad Moderna», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 40-1, 2018, pp. 75-123. DOI: <https://doi.org/10.14201/shhmo201840175123>
- «Devociones en Zaragoza en el siglo XVII: vírgenes aparecidas, mártires y obispos», *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2, 2017, pp. 113-154, DOI: [10.7376/89332](https://doi.org/10.7376/89332)
- «Muerte, religiosidad y cultura popular. A modo de introducción», en Eliseo Serrano (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, pp. 5-14.
- TAUSIET CARLES, María, «Conciencias insumisas: la resistencia a la confesión del arzobispado de Zaragoza en el siglo XVI», en *Felipe II y su tiempo. Actas V reunión científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1999, pp. 589-596.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Óscar, «Capilla y capellanes al servicio del rey en Castilla. La evolución en época de Juan II (1406-1454)», en *En la España Medieval*, 31, 2008, pp. 309-356. <http://revistas.ucm.es/index.php/ELEM/article/view/ELEM0808110309A>

SANTO PARA LOS ALTARES PERO NO PARA ROMA: LA DEVOCIÓN A SAN PEDRO ARBUÉS Y EL CLERO ARAGONÉS A FINALES DEL SIGLO XVII

REBECA CARRETERO CALVO*

Universidad de Zaragoza

EL HALLAZGO DE UNA DE LAS POCAS PIEZAS documentales que faltaban para componer el puzle que constituye la interesante capilla dedicada a San Pedro Arbués que el racionero de la Seo de Zaragoza Juan Francisco Martínez de Lagunilla mandó levantar a finales del siglo XVII en la iglesia parroquial de Bañón (Teruel), su localidad natal, nos ha servido de excusa para recuperar el tema de la devoción al primer inquisidor de Aragón en su propia tierra. Además de ello, en las páginas que siguen se recordarán, en primer lugar, los hitos del proceso de canonización de Arbués aportando nuevas noticias, se revisará su iconografía y se pondrá en valor la acción del cabildo cesaraugustano y del propio Santo Oficio para impulsar la figura de este santo que, en realidad, durante la Edad Moderna solo llegó a ser declarado beato. Sin embargo, lo que más nos interesa destacar aquí es la labor de mecenazgo del racionero Juan Francisco Martínez de Lagunilla y su devoción al santo de Épila.

HACIA LA CANONIZACIÓN DE PEDRO ARBUÉS: UN CAMINO LARGO Y COSTOSO

Pese a los intensos esfuerzos tanto de la monarquía como de la Inquisición, el asesinato de Pedro Arbués acaecido en septiembre de 1485, sus inmediatos milagros y el apoyo de la práctica totalidad de la sociedad aragonesa, no fue suficiente para que el Papado considerara que el primer inquisidor de Aragón debía

* Esta investigación se ha desarrollado en el marco del Grupo de Investigación de Referencia *Vestigium* (H19_17R), financiado por el Departamento de Innovación, Investigación y Universidad del Gobierno de Aragón y el programa operativo FEDER Aragón 2014-2020.

ser elevado a la santidad de manera inmediata. Aunque los presuntos milagros del postulante a santo aumentaron en cada uno de los intentos de su canonización –datados en 1537, 1604, 1615, 1618, 1622 y 1652–, Roma tenía recelos ante el Santo Oficio español y no veía fácil la tarea de diferenciar los aspectos verdaderamente santos de la biografía de Arbués de los intereses políticos de la causa¹. De hecho, tuvieron que pasar casi dos siglos para que se concluyera el proceso de beatificación del religioso superando los escollos interpuestos por los preceptos diseñados por la Congregación de Ritos, en particular los emanados de la reforma de Urbano VIII². En efecto, el 13 de marzo de 1625 el papa Barberini prohibió dar culto a quienes no hubieran sido beatificados ni canonizados por Roma, mientras que el 5 de julio de 1634 ordenó la demostración de la ausencia de culto antes de iniciar la investigación acerca de la fama, las virtudes o el martirio y los milagros del candidato distinguiendo dos tipos de causas: las recientes y las antiguas. En estas últimas el culto debía hallarse ya en 1534, cien años antes de la publicación del decreto.

En el proceso de no culto era necesario demostrar que no existían representaciones con aureola sobre la cabeza del postulante, que sus imágenes no estaban colocadas en ninguna iglesia ni oratorio público o privado, que en su sepulcro no se encendían velas ni se colgaban exvotos, o que no se habían editado libros con su biografía y milagros sin autorización eclesiástica. Estas comprobaciones eran llevadas a cabo a través de testimonios y de inspección ocular³. Sin em-

¹ Ángel Alcalá Galve, «Don Vincencio y su historia de Arbués», en Vincencio Blasco de Lanuza, *Historia de la vida, muerte y milagros del siervo de Dios Pedro de Arbués de Épila*, Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet, 1624, ed. facsímil, Zaragoza, Club de Bibliófilos Aragoneses de la Tertulia Latassa del Ateneo de Zaragoza, 1986, p. 27.

² José Carlos Vizuete Mendoza, «La fiesta católica. De la diversidad a la uniformidad de las celebraciones religiosas», en Palma Martínez-Burgos García y Alfredo Rodríguez González (coords.), *La fiesta en el mundo hispánico*, Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha, 2004, pp. 159-184; Jean-Robert Armogathe, «La fábrica de los santos. Causas españolas y procesos romanos de Urbano VIII a Benedicto XIV (siglos XVII-XVIII)», en Marc Vitse (ed.), *Homenaje a Henri Guerreiro: La hagiografía entre historia y literatura en la España de la Edad Media y del Siglo de Oro*, Madrid, Editorial Iberoamericana y Vervuert, 2005, pp. 149-168 [aunque no recoge la beatificación de Pedro Arbués]; Pierre Kaziri, «Estudio histórico-jurídico de las pruebas en las causas de canonización», *Revista Española de Derecho Canónico*, vol. 71, n.º 176, 2014, pp. 401-433, esp. pp. 410-417; y Eliseo Serrano Martín, «Hagiografía y milagro: Fabricar santos en la Edad Moderna», en José Luis Betrán Moya, Bernat Hernández y Doris Moreno (coords.), *Identidades y fronteras culturales en el mundo ibérico en la Edad Moderna*, Bellaterra, Universitat de Barcelona, 2016, pp. 193-216.

³ Pierre Kaziri, «Estudio histórico-jurídico...», *op. cit.*, pp. 411-413.

bargo, en las causas antiguas o *casu excepto* se debía demostrar la existencia de culto para el citado año de 1534 documentando de forma efectiva la celebración de su fiesta anual, la presencia de capillas y/o templos dedicados al candidato, así como de imágenes nimbadas, de exvotos en su sepulcro, de publicaciones de su biografía y milagros, etc. Además, «si este culto había surgido después de 1534, era posible obtener el decreto de su existencia, alegando la tolerancia de la Santa Sede o una bula de beatificación anterior a 1634»⁴.

Ante esto, lo primero que debemos preguntarnos es a qué tipo de causa debía ajustarse el caso del inquisidor zaragozano. Sabemos que las primeras acciones para el inicio del proceso de canonización de Arbués se fechan en 1529 teniendo como principal impulsor al emperador Carlos V⁵ que, pese a continuar entre 1536 y 1538, finalmente no prosperó⁶. La iniciativa sería retomada en 1604, 1615 y 1618, pero fue el 9 de diciembre de 1622 cuando se nombró a los obispos Martín Terrer de Valenzuela, de Tarazona, y Pedro Apaolaza, de Barbastro, jueces comisarios en la causa de información⁷. Además, para entonces el Consejo de la Inquisición emitió una orden a todos los ministros de sus tribunales solicitando que colaborasen con 4 reales cada uno para el proceso de canonización del inquisidor aragonés⁸.

Poco después, el 27 de enero de 1623, se procedió a la apertura del sepulcro de Arbués. En el acto estuvo presente el canónigo penitenciario de la Seo Vincencio Blasco de Lanuza⁹, encargado de redactar una biografía del postulante en latín¹⁰ con la intención de «presentalla a su Santidad, y a los Juezes comissarios, que tratan de la informacion de su santa vida, y milagros, para la canonizacion, que de dia en dia esperamos»¹¹, que al año siguiente él mismo tradujo al castellano¹². En este texto, para tratar de demostrar

⁴ *Ibidem*, p. 415.

⁵ Francisco Bethencourt, *La Inquisición en la época moderna: España, Portugal e Italia, siglos XV-XIX*, Madrid, Akal, 1997, p. 132.

⁶ Vincencio Blasco de Lanuza, *Historia de la vida...*, *op. cit.*, pp. 5-6.

⁷ *Ibidem*, pp. 6-7.

⁸ Francisco Bethencourt, *La Inquisición...*, *op. cit.*, pp. 131-132.

⁹ Daniel Rico Camps, «El sepulcro de Pedro de Arbués y su contexto», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, LIX-LX, Zaragoza, Obra Social de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1995, p. 173.

¹⁰ Vincencio Blasco de Lanuza, *Peristephanon, seu de Coronis Sanctorum Aragonensium, vita, morte, miraculis Petri Arbuesii Caesaraugustani et primi Inquisitoris, libri V*, Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet, 1623.

¹¹ Vincencio Blasco de Lanuza, *Historia de la vida...*, *op. cit.*, p. 3.

¹² Ídem.

que los preceptos de canonización eran seguidos en esta causa, el canónigo Blasco procuró justificar todas las ocasiones que Pedro Arbués había sido denominado santo, sin serlo, con las siguientes palabras:

Absolutamente antes de la Canonizacion o Beatificacion ninguno puede ser llamado sancto, y assi nunca devemos dezir S. Pedro Arbues [...]. Y conforme esto, aunque no digamos S. Pedro Arbues por no estar aun Canonizado por autoridad apostolica, pero bien podemos dezir conforme el uso de la Iglesia Catholica, el santo Inquisidor Pedro Arbues, el sancto y venerable varon Pedro Arbues, etc.¹³

Pese a ello, a continuación, el canónigo zaragozano no se resistió a recordar algunos casos en los que se había intitulado santo a quienes todavía no lo eran –como sucedió con San Isidro de Madrid que acababa de ser canonizado en 1622–, a la vez que aprovechó para relacionar los autores que también lo habían hecho de Arbués¹⁴. Seguidamente, Blasco de Lanuza refirió los citados mandatos del proceso de no culto ya vigentes, asegurando que «se guarda puntualmente con el santo Mastrepila»¹⁵, pero que, como veremos enseguida, no era así.

Las acciones para conseguir la canonización del inquisidor debieron ir más lentas de lo esperado, si bien algunos miembros de la sociedad aragonesa realizaron donaciones económicas para que la causa prosperara como hizo María Ripoll, viuda de Diego Gómez de Pomar y Mendoza, que, en su testamento, otorgado el 19 de agosto de 1633, legó 2.000 sueldos jaqueses para la canonización del maestro Arbués que, según atestiguó, era pariente de su padre¹⁶.

Pese a la aparente dilación en las gestiones, estas no debieron detenerse¹⁷ pues el 23 de noviembre de 1648, en el marco del proceso de beatificación de Arbués,

¹³ *Ibidem*, pp. 12-13.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 14-15.

¹⁵ *Ibidem*, p. 17.

¹⁶ Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza [A.H.P.Z.], Lorenzo Moles, 1633, ff. 2.133-2.166 (Zaragoza, 19-VIII-1633). Documento referenciado en Ma^a Ángeles Longás Lacasa, *Las artes en Aragón en el siglo XVII según el Archivo de Protocolos Notariales de Zaragoza. De 1631 a 1633*, en Ana Isabel Bruñén Ibáñez, Luis Julve Larraz y Esperanza Velasco de la Peña (coords.), *Las artes en Aragón en el siglo XVII según el Archivo de Protocolos Notariales de Zaragoza. De 1613 a 1696*, Zaragoza, IFC, 2006, t. VII, p. 358. Disponible en línea en https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/25/76/_ebook.pdf [Fecha de consulta: 05/04/2018].

¹⁷ El 19 de mayo de 1646 Felipe IV escribió al Papa solicitándole su apoyo en el proceso de canonización de Arbués, según se recoge en David García Cueto, *Seicento boloñés y Siglo de Oro español. El arte, la época, los protagonistas*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2006, p. 48.

se llevó a cabo un interrogatorio en el que declararon los pintores Jusepe Martínez y Andrés Urzanqui para certificar la paternidad de tres retratos, de un dibujo en papel y de tres estampas –dos iluminadas y una «en blanco»– con la efigie del postulante a santo. La primera de las pinturas fue facilitada por la abadesa del convento de Santa Catalina de Zaragoza, mientras que las obras restantes las presentó el licenciado Esteban Salaverte. En el transcurso de la investigación, Martínez aseguró que el autor del primero de los retratos fue Felices de Cáceres (act. 1560-1618, †1618) y lo fechó hacia 1608; que del segundo «no sabe ni puede conozer de cuya mano sea ni quien la pinto porque es una pintura muy ordinaria y que por ella no se puede conozer su autor», aunque aventuró a datarlo en 1633 aproximadamente; y que el tercero parecía del estilo del pintor turiasonense Francisco Leonardo de Argensola (1592-1673), cuya cronología fija hacia 1625¹⁸. Por su parte, el dibujo lo atribuyó al flamenco Rolan Moys (doc. 1571-1592, †1592), pintor de Martín de Gurrea y Aragón, Duque de Villahermosa¹⁹, fechándolo en 1588. Sin embargo, de los grabados, firmados por el holandés Theodoor van Merlen (1609-1672)²⁰, «en quanto a la antigüedad de dichas estampas y registros respondió que no toca a su arte y así no lo sabe».

¹⁸ Acerca de este artífice véase Rebeca Carretero Calvo, «Los pintores turiasonenses fray Agustín y Francisco Leonardo de Argensola», *Tvriaso*, XVIII, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses, 2005-2007, pp. 151-196.

¹⁹ Una de las aportaciones más recientes donde se recoge la bibliografía acerca de este interesante pintor se encuentra en Jesús Criado Mainar, «El retablo mayor del monasterio de La Oliva (1571-1587) y la renovación de la pintura zaragozana. Nuevas precisiones documentales», *Artígrama*, 26, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 2011, pp. 557-581.

²⁰ Archivo Capitular de la Seo de Zaragoza [A.C.S.Z.], *Proceso sobre el martirio del Beato Pedro de Arbues*, ff. 68-72 v. [interrogatorio a Jusepe Martínez, pintor del rey Felipe IV] y 72 v.-76 [interrogatorio a Andrés Urzanqui, pintor natural de Cascante (Navarra), afincado en Zaragoza]. Véase asimismo lo señalado en Conde de la Vizaña, *Adiciones al Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, de Juan Agustín Ceán Bermúdez, Madrid, Imprenta y litografía de los Huérfanos, 1894, t. III, pp. 21 y 23-24; Vicente González Hernández, *Jusepe Martínez (1600-1682)*, Zaragoza, Museo e Instituto de Humanidades «Camón Aznar», 1981, pp. 73-74; Carmen Morte García, «Dos obras no conocidas de los pintores Jerónimo Cosida y Felices de Cáceres», en *Actas del II Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, 1989, t. I, pp. 400-402; y Jesús Criado Mainar, «Daniel Martínez en el taller de Felices de Cáceres y la renovación en clave flamenca de la pintura zaragozana en la década de 1570», en M^a Isabel Álvaro Zamora, Concepción Lomba Serrano y José Luis Pano Gracia (coords.), *Estudios de Historia del Arte. Libro homenaje a Gonzalo M. Borrás Gualis*, Zaragoza, IFC, 2013, pp. 289-293.

Aunque se desconoce el paradero de estas obras²¹, no fue la primera vez que Felices de Cáceres había representado al inquisidor de Aragón pues el *San Pedro Arbués rezando ante la Virgen y el Niño* conservado en la ermita de la Virgen de Jaraba (Zaragoza)²² [fig. 1], se ha puesto en relación con este pintor zaragozano²³. Ha sido fechada entre 1594 y 1600, años en los que el artista se encontraba trabajando en Calatayud (Zaragoza)²⁴. Esta cronología la convierte en una de las pinturas más antiguas conservadas del santo. Muestra al inquisidor retratado idealmente, nimbado, ataviado como dominico, con las manos juntas en actitud orante portando un rosario y arrodillado ante María y Jesús. De la herida abierta de su cuello brota un reguero de sangre. En el centro de la composición, bajo el pedestal sobre el que se sitúan la Madre y el Niño, se lee la inscripción *S, PEDRO. ARBVES.* que identifica al representado.

Al menos tres son los aspectos que debemos destacar de este lienzo: el primero es que, a pesar de que para entonces el aragonés ni siquiera había sido beatificado, la inscripción lo eleva directamente a la categoría de santo; el segundo es que aparece nimbado, detalle que redundo en su santificación y que, como se recordará, contradice el proceso de no culto; mientras que, en tercer y último lugar, es preciso detenerse en el hecho de que el inquisidor vista el hábito dominico sin haber pertenecido a esta Orden. Como es sabido, Pedro Arbués inició sus estudios en Zaragoza, pero en 1469 recibió una beca para completar su formación en el Colegio Mayor de San Clemente de Bolonia, ciudad de cuya Universidad fue catedrático de Filosofía moral entre 1471 y

²¹ No obstante, parece que una pintura de Felices de Cáceres con la efigie del maestro de Épila podría conservarse en alguna de las dependencias de la Seo de Zaragoza, según se desprende de Wifredo Rincón García y Alfredo Romero Santamaría, *Iconografía de los santos aragoneses*, Zaragoza, Librería General, 1982, p. 57. Sin embargo, con posterioridad a esta publicación, la profesora Carmen Morte aseguró que «ninguna de las obras anteriores con el retrato de Pedro Arbués se ha podido encontrar hoy en la Seo de Zaragoza», en Carmen Morte García, «Dos obras no conocidas...», *op. cit.*, p. 401.

²² *Ibidem*, pp. 400-402 y pp. 408-409, ils. 6 y 7.

²³ No obstante, el profesor Criado Mainar señala la posibilidad de que esta pintura pudiera proceder de la excolegiata de Santa María de la Peña de Calatayud, propietaria de la ermita de Jaraba desde 1201, en Jesús Criado Mainar, *El Renacimiento en la Comarca de la Comunidad de Calatayud. Pintura y Escultura*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos y Comarca de la Comunidad de Calatayud, 2008, p. 184.

²⁴ *Ibidem*, pp. 183-185.



1. *San Pedro Arbués rezando ante la Virgen y el Niño*, atribuido a Felices de Cáceres, entre 1594 y 1600. Ermita de la Virgen de Jaraba (Zaragoza). Foto Rafael Lapuente.

1474. En febrero del año siguiente hizo la profesión como canónigo de la Seo de Zaragoza y en 1484 fue elegido primer inquisidor del Tribunal del Santo Oficio en Aragón, pero parece que nunca ingresó en ninguna orden religiosa²⁵. Sin embargo, ya desde sus primeras representaciones iconográficas, que son la lápida sepulcral y el yacente de su sepulcro en la catedral de Zaragoza [figs. 2 y 3], se identificó a Pedro Arbués con San Pedro mártir de Verona, también

²⁵ Tomás Domingo Pérez y Ma Rosa Gutiérrez Iglesias, «La muerte de San Pedro Arbués y sus consecuencias en el primer libro “De Gestis del Cabildo de la Seo zaragozana”», *Memoria Ecclesiae*, XXV, Madrid, Asociación de Archiveros de la Iglesia en España, 2004, pp. 261-262. La biografía del santo se encuentra en Ángel Alcalá Galve, *Los orígenes de la Inquisición en Aragón. S. Pedro Arbués, mártir de la autonomía aragonesa*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1984.



2. Lápida sepulcral de San Pedro Arbués, Gil Morlanes *el Viejo*, h. 1489-1490. Capilla de San Pedro Arbués. Catedral del Salvador de Zaragoza. Foto Pomarón.



3. Yacente del sepulcro de San Pedro Arbués, Gil Morlanes *el Viejo*, h. 1489-1490. Museo de Tapices de la Seo de Zaragoza. Foto Pomarón.

inquisidor y, como el de Épila, asimismo asesinado por herejes, tomando algunos de los atributos del dominico en la efigie del canónigo²⁶.

El encargado de crear esta caracterización fue el escultor Gil Morlanes *el Viejo*, autor de ambas obras poco después de la muerte del aragonés en 1485 –h. 1489-1490–. De este modo, como pone de relieve el profesor Daniel Rico, la tumba de Morlanes ya había «canonizado» a Arbués, superponiendo o combinando su

²⁶ Daniel Rico Camps, «La imagen de Pedro Arbués. Literatura y arte medieval en torno a don Alonso de Aragón», *Locus Amoenus*, 1, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1995, p. 116; y Daniel Rico Camps, «El sepulcro de...», *op. cit.*, p. 179.

iconografía con la del italiano con la intención de legitimar y consolidar su imagen como santo mártir, aunque Roma no lo haría hasta el 29 de junio de 1867. Además, con estas dos obras, el escultor había fijado su representación iconográfica²⁷ y, como hemos podido comprobar gracias a la pintura atribuida a Felices de Cáceres, más de un siglo después la vinculación con el mártir de Verona se hacía todavía más clara gracias al hábito dominico vestido por Pedro Arbués.

Pese a que en 1652 la causa volvió a retomarse²⁸ declarándola *casu excepto* de manera que a partir de entonces su culto fue autorizado²⁹, el último y definitivo impulso al proceso se dio en 1663³⁰ cuando el Consejo de la Suprema Inquisición solicitó una importante cantidad en ducados de plata a los tribunales hispánicos –que ascendió a 9.000 ducados– para sufragar la canonización del de Épila. Por fin, el 17 de abril de 1664 se publicó el breve de Alejandro VII con la beatificación de Pedro Arbués concediendo la celebración de una fiesta anual con rito de doble mayor el 17 de septiembre, fecha de su muerte.

El 15 de julio de 1664 el Consejo inquisitorial hizo llegar a todos los tribunales estampas con la representación del beato con la intención de que encargasen pinturas para que fueran exhibidas en los altares durante la celebración

²⁷ *Ibidem*, p. 184. Véase asimismo M^a Cruz de Carlos Varona, «The Authority of Sacred Paintbrushes: Representing Medieval Sainthood in the Early Modern Period», en Ronda Kasl, *Sacred Spain: art and belief in the Spanish world*, New Haven, Yale University Press, 2009, pp. 101-120; y Doris Moreno Martínez y Manuel Peña Díaz, «*Cadalsos y Pelicanos*. El poder de la imagen inquisitorial», *Historia Social*, 74, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2012, pp. 107-124, esp. p. 113.

²⁸ Tras la firma en Roma de un decreto para su continuación, según se afirma en Belén Boloqui Larraya, «Al hilo de San Pedro Arbués en su V Centenario. Lazos de parentesco entre el inquisidor, los condes de Aranda, el P. mercedario Juan Gracián y Salaverte y los hermanos Lorenzo y Baltasar Gracián», en *Homenaje al Prof. Ángel Sancho Blánquez*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1985, p. 129. En este contexto Miguel Antonio Francés de Urrutigoiti publicó la *Devoción que el venerable siervo de Dios Pedro de Arbues, canonigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Çaragoça, i primer Inquisidor Apostolico del Reino de Aragon revelò a Mossen Blasco Galvez el año 1490, con que le assegurò el averle concedido nuestro Señor gracia de librar a sus devotos del mal de Landra, que dixo avia de padecer la Ciudad de Çaragoça, confirmada con averle curado de una quebradura*, Zaragoza, Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, 1652.

²⁹ Cécile Vincent-Cassy, «Las fiestas de canonización en la España del siglo XVII, polifonía de la santidad monárquica», en Ángela Atienza López (ed.), *Iglesia Memorable. Crónicas, historias, escritos... a mayor gloria. Siglos XVI-XVII*, Madrid, Sílex, 2012, p. 167.

³⁰ No obstante, ya desde 1661 el Colegio de San Clemente de Bolonia había ordenado la celebración de un oficio litúrgico dedicado a Arbués cada 17 de septiembre (David García Cueto, *Seicento boloñés...*, op. cit., p. 51).

de su festividad³¹. Con toda probabilidad, el grabado difundido fue el firmado por Pedro de Villafranca (act. 1632-1678) que ilustraba el *Epítome de la santa vida y relación de la gloriosa muerte del Venerable Pedro de Arbués, Inquisidor Apostólico de Aragón*, obra del religioso y también inquisidor Diego García de Trasmiera, publicado por primera vez en Monreale por Nicola Bua y Michele Portanova en 1647 seguramente para acompañar las pruebas de los milagros remitidas a Roma ese mismo año³², e impreso de nuevo en Madrid por Diego Díaz de la Carrera en 1664 con motivo de la beatificación. Esta estampa [fig. 4], concebida en 1647, pero difundida a partir de 1664, fue reproducida en numerosas pinturas, de las que el caso más famoso fue el del lienzo realizado por Bartolomé Esteban Murillo –hoy en el Museo del Hermitage de San Petersburgo–, y aun en otros grabados, como el de Matías de Arteaga³³ [fig. 5] para ilustrar el *Compendio de la nobilísima fundación y privilegios del Colegio Mayor de señor S. Clemente de los españoles de Bolonia* de Salvador Silvestre de Velasco y Herrera, publicado en Sevilla por Juan Francisco de Blas en 1695. De hecho, esta representación iconográfica del ya beato Pedro Arbués fue totalmente controlada e impuesta por la propia Inquisición siempre que fuera necesario decorar las sedes del Santo Oficio o ilustrar sus libros³⁴.

LA BEATIFICACIÓN DE PEDRO ARBUÉS EN 1664:

LA CELEBRACIÓN DEL PRIMER LOGRO Y LA CONSTRUCCIÓN DE SU CAPILLA EN LA SEO DE ZARAGOZA

La beatificación del inquisidor aragonés fue celebrada en la basílica de San Pedro del Vaticano teniendo como telón de fondo un aparato efímero presidido por una imagen del homenajeado llevada a cabo por el pintor romano Giacinto

³¹ Francisco Bethencourt, *La Inquisición...*, op. cit., pp. 132-133; y Doris Moreno, *La invención de la Inquisición*, Madrid, Marcial Pons y Fundación Carolina, 2004, pp. 214-217.

³² Doris Moreno Martínez y Manuel Peña Díaz, «Cadalsos y...», op. cit., p. 116.

³³ La iglesia parroquial de Salillas de Jalón (Zaragoza), localidad muy próxima a Épila, conserva un lienzo que reproduce los grabados de Villafranca y de Arteaga y que puede ser fechado en los años finales del siglo XVII o a comienzos del XVIII.

³⁴ Antonio Martínez Ripoll, «Control inquisitorial y figuración artística: Villafranca mejorado por Murillo», *Cuadernos de arte e iconografía*, t. 2, nº 4, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1989, pp. 20-25; y Michael Scholz-Hänsel, «Arte e Inquisición: Pedro Arbués y el poder de las imágenes», *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, VI, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1994, pp. 205-212.



4. *Martirio de San Pedro Arbués*, grabado de Pedro de Villafranca, publicado en *Epítome de la santa vida y relación de la gloriosa muerte del Venerable Pedro de Arbués, Inquisidor Apostólico de Aragón*, de Diego García de Trasmiera (Monreale, Nicola Bua y Michele Portanova, 1647).



5. Martirio de San Pedro Arbués, estampa de Matías de Arteaga, ilustración *Compendio de la nobilísima fundación y privilegios del Colegio Mayor de señor S. Clemente de los españoles de Bolonia* de Salvador Silvestre de Velasco y Herrera (Sevilla, Juan Francisco de Blas, 1695).

Brandi (1621-1691). Además de ello, la descripción de la fiesta, redactada por Bartolomeo Lupardi y dedicada al canónigo doctoral de la Seo zaragozana Juan Vaguer que actuó como embajador de la causa en la Ciudad Eterna³⁵, asegura que la fachada del templo fue engalanada con las armas del Papa, de Felipe IV y del Reino de Aragón³⁶. Tras la romana, las celebraciones en toda España tuvieron lugar el día de la festividad del nuevo beato cuyo alcance conocemos gracias a las relaciones que se escribieron y que, afortunadamente, han llegado a nuestros días³⁷.

De los festejos llevados a cabo en Zaragoza queremos destacar los narrados en la *Descripción de las fiestas que consagraron a la celebridad del Martirio y Beatificación solemne de San Pedro Arbués, su Ilustrísima Iglesia Metropolitana, su Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, la Imperial Ciudad de Çaragoça, y el Nobilísimo Reino de Aragón*, publicada en Zaragoza, en casa de Diego Dormer en 1664 [fig. 6]. No obstante, este texto, en realidad, reproduce la silva, el romance y las cuarenta octavas en las que el poeta y jurista zaragozano José Tafalla y Negrete (1639-1696)³⁸ presenta tanto los fastos en honor del nuevo beato, como a los personajes participantes en ellos, entre los que podemos citar a Francisco Sanz de Cortes, Francisco Ripoll, Baltasar [de Funes y] Villalpando o Gon-

³⁵ En el Archivo Capítular de la Seo de Zaragoza, se conserva una carta fechada el 25 de septiembre de 1662, dirigida al cabildo y firmada por Juan Vaguer en la que solicitaba cierta cantidad económica para poder continuar con los trámites «en orden a la cathedralidad, en orden a la causa del santo». En A.C.S.Z., *Gesta Capituli Sanctae Ecclesiae Metropolitanae Caesaraugustanane cum Indice Locupletissimo in eius fine posito. Secretatio Capitulari D^{re}. D. Iosepho Martínez Rubio. Canonico eiusdem Sanctae Ecclesiae. Anno 1712*, carta suelta en el interior del volumen.

³⁶ Bartolomeo Lupardi, *Relatione delle cerimonie et apparato della Basilica di S. Pietro nella Beatificazione del glorioso martire Pietro d'Arbues*, Roma, Giacomo Dragonelli, 1664; y Diana Carrió-Invernizzi, *El gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, Iberoamericana y Vervuert, 2008, p. 182.

³⁷ Estas relaciones se recogen en Doris Moreno Martínez y Manuel Peña Díaz, «Cadalsos y...», *op. cit.*, pp. 117-123. Las celebraciones que tuvieron lugar en territorio andaluz son analizadas en Manuel Peña Díaz, *Andalucía: Inquisición y Varía Historia*, Huelva, Universidad de Huelva, 2013, pp. 195-208.

³⁸ Sobre este poeta pueden consultarse, entre otros títulos, Alain Bègue, «Albores de un tiempo nuevo: la escritura poética de entre los siglos (XVII-XVIII)», en Aurora Egido Martínez y José Enrique Laplana Gil (coords.), *La luz de la razón: Literatura y cultura del siglo XVIII. A la memoria de Ernest Lluch*, Zaragoza, IFC, 2010, pp. 37-69; y Jesús Pérez Magallón, «Los umbrales del Ramillete poético, de Tafalla y Negrete», *Criticón*, 119, Toulouse, Université de Toulouse II-Le Mirail, 2013, pp. 23-34.



6. Portada de la *Descripción de las fiestas que consagraron a la celebridad del Martirio y Beatificación solemne de San Pedro Arbués, su Illustrísima Iglesia Metropolitana, su Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, la Imperial Ciudad de Çaragoça, y el Nobilísimo Reino de Aragón* (Zaragoza, Diego Dormer, 1664).

zalo [Pérez] de Nueros³⁹. Aquí nos interesa subrayar que Tafalla describió la construcción efímera levantada en la plaza de la Seo con motivo de la celebración con las siguientes palabras:

Fábrica altiva, el Pórtico levanta,
en blanco mármol, del pincel fingido
lisonja de los ojos, si mentira;
pero con luces de verdad admira
tanto, que el tacto, bulto lo ha creído
sin informarse de la hermosa planta,
forman belleza tanta
vistosos pedestales,
columnas salomónicas vestidas
de bronce, en frutas, hojas y animales,
de friso y capitel embellecidas,
primorosa moldura
las cornisas en talla de hermosura,
corriendo el arquitrabe,
sobre quien carga grave
número de follajes y listones
entre correspondidas perfecciones
de los grutescos, que al pincel del Bosco
excedido le dejan, si no tosco.
Prosigue el arte en sus primores cultos,
nichos, globos, pirámides y bultos,
gala del artificio diferente,
de cuyo capitel más eminente,
de nuestro Sacro Marte,
en oro y seda pende el estandarte⁴⁰.

³⁹ Igualmente, conocemos la *Relacion de las celebres fiestas que en solemnnes cultos, a San Pedro Arbues, nuevamente declarado Martir insigne por la Santidad de Alexandro VII, se consagraron en la Imperial Ciudad de Çaragoça*, de Manuel José de Sessé. Esta obra, también en verso y fechada en 1664, se detiene de forma particular en la descripción del juego de cañas desarrollado durante la celebración.

⁴⁰ *Descripción de las fiestas que consagraron a la celebridad del Martirio y Beatificación solemne de San Pedro Arbúes, su Ilustrísima Iglesia Metropolitana, su Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, la Imperial Ciudad de Çaragoça, y el Nobilísimo Reino de Aragón*, Zaragoza, Diego Dormer, 1664, s. f. [pp. 6-7].

Un poco más adelante el poeta detalló las características y el programa iconográfico de la arquitectura efímera levantada al efecto diciendo:

Del Templo la portada,
de telas uniformes adornada
al arco principal, en gloria tanta,
del Santo Inquisidor la efigie Santa
fijó, bajo un dosel, cuyos primores
al múrice oriental deben colores.
En la circunferencia,
de Musas Castellanas, y Latinas,
aplaudiendo del Mártir la Excelencia,
en cláusulas divinas,
y en matices vistosos
jeroglíficos penden ingeniosos.
La Iglesia toda con igual belleza
de sedas carmesíes rubricada,
erige Altar, en quien, no la riqueza,
aun siendo tanta, se admiró extremada
la extraña si, la bella arquitectura
a la atención pasmó con su hermosura.
Iba en disminución forma ochavada
el alto nicho al Santo previniendo,
y estrellas mil ardiendo
en la fábrica hermosa
la elevaron a esfera más lustrosa,
logrando en bellas pompas singulares
ricos adornos los demás Altares [...] ⁴¹.

Tafalla refirió también la decoración del interior del templo a base de ricas colgaduras y tapices señalando:

Cuántas hiló madejas el gusano
en sutiles prisiones de su vida,
cuántas después artificiosa mano,
primorosa tejió, labró advertida,

⁴¹ *Ibidem*, s. f. [pp. 13-14].

en telas diferentes
se pudieron juzgar insuficientes
del Templo Majestuoso,
para adornar el ámbito espacioso,
más de rico damasco y terciopelo
de los tirios venenos rubricado,
tantas buscó el cuidado,
tantas juntó el desvelo,
que en bella, que en igual correspondencia,
ilustraron la gran circunferencia,
y a tres líneas vistieron de matices
paredes y columnas los tapices⁴².

A continuación, describió la capilla recién creada en la catedral para albergar los vestigios del mártir con los versos:

Urna fue de cristal viril decente,
depósito sagrado venerable,
distoso [*sic*] relicario transparente
ve aquel rico tesoro inestimable
de los huesos preciosos
de nuestro heroico Mártir soberano [...].
Trasladose la Urna, al Mausoleo,
con nueva Majestad edificado,
en que se vio del arte ejecutado,
cuanto pudo idear grande el deseo:
de mármol negro cuatro pedestales,
de alabastros insignes embutidos,
la basa, friso y capitel iguales,
de orden corintio unidos,
se miran oprimidos
de las columnas cuatro, que elegante
les dio materia el pórfido constante,
salomónicas lisas,
de cuyos arquivadas y cornisas,
en círculo cartelas se levantan,

⁴² *Ibidem*, s. f. [p. 8].

que de dorado resplandor se esmaltan,
y a breve centro todas reducidas
forman, ya derramadas, y ya unidas,
oh pabellón luciente,
oh cúpula, oh dosel resplandeciente.
De mármol y alabastro, grave, y rica
la tumba se edifica,
que a ser Altar asciende,
valla de bronce el Túmulo defiende,
bajo de cuya consagrada losa,
blandamente Maestre Épila reposa,
y en fin de la Capilla
nueva, ilustre, costosa maravilla,
en torno fiel, y sin efecto triste,
viendo que en ella asiste
la antorcha de la Fe más luminosa
la devoción la gira mariposa⁴³.

Igualmente, Tafalla Negrete dedicó bellos versos a los fuegos artificiales que la ciudad quemó en honor del beato aragonés, así como a los festejos taurinos celebrados por la tarde⁴⁴.

Sin embargo, uno de los aspectos que más nos interesa destacar de los versos de José Tafalla es que gracias a ellos podemos certificar que el espacio litúrgico dedicado al beato Pedro Arbués presidido por un gran baldaquino de columnas salomónicas de piedra negra de Calatorao [fig. 7] ya estaba en pie para la fiesta de beatificación de septiembre de 1664 y no después⁴⁵. Para entonces se llevó a

⁴³ *Ibidem*, s. f. [pp. 9-12].

⁴⁴ *Ibidem*, s. f. [pp. 15-24].

⁴⁵ Como se propuso en primera instancia en Belén Boloqui Larraya, *Escultura zaragozana en la época de los Ramírez, 1710-1780*, Granada, Ministerio de Cultura, 1983, t. I, pp. 124-125; y Gonzalo M. Borrás Gualis, «Recepción aragonesa de la tipología del palacio barroco», *Artígrama*, 1, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 1984, pp. 201-203. No obstante, la profesora Boloqui, gracias a un asiento localizado en las actas capitulares y datado el 18 de julio de 1664, planteó que, en efecto, el baldaquino debía estar dispuesto en la Seo para la celebración de la beatificación, en Belén Boloqui Larraya, «El influjo de G. L. Bernini y el baldaquino de la iglesia colegial de Daroca. Precisiones a un tema», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, XXIV, Zaragoza, Obra Social de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1986, pp. 33-34.



7. Capilla de San Pedro Arbués de la Seo de Zaragoza. Foto Pinterest.

cabo el traslado y reinstalación a modo de altar del sepulcro de Gil Morlanes *el Viejo*⁴⁶, hecho al que el poeta se refiere en los citados versos «De mármol y alabastro, grave, y rica/ la tumba se edifica,/ que a ser Altar asciende»⁴⁷.

Por su parte, los enormes lienzos que narran escenas de la muerte y glorificación de Arbués, atribuidos desde Palomino al pintor turiasonense Francisco Ximénez Maza, no mencionados por Tafalla, se fechan en 1665⁴⁸.

No obstante, la escultura del inquisidor que hoy alberga el baldaquino es obra adjudicada desde Ceán Bermúdez a Juan Ramírez y fechada hacia 1725⁴⁹, razón por la que desconocemos qué imagen se situaba en origen bajo él, si es que la había.

LAS GESTIONES NO CESAN

Tras la consecución de la beatificación del inquisidor, el cabildo metropolitano de Zaragoza y la ciudadanía siguieron demostrando su intensa devoción a Arbués. Entre las pruebas de ello debemos destacar al menos dos: en primer lugar, el propio cabildo de la Seo, ejecutando las últimas voluntades del canónigo Claudio Mateo Sorbez, para 1665 ya había encargado la confección de un busto relicario de plata de San Pedro Arbués al platero Fermín Garro, obra en la que

⁴⁶ No obstante, el 22 de octubre de 1694 el cabildo de la Seo tomó la decisión de que el sepulcro del beato, o al menos parte de él, se colocara «en la puerta fingida de su capilla a disposicion del señor Amad» (A.C.S.Z., Actas capitulares 1688-1700, f. 86) (Zaragoza, 22-X-1694).

⁴⁷ A esta misma circunstancia alude, aunque sin tanto detalle, Manuel José de Sessé en su *Relacion de las celebres...*, *op. cit.*, a través de los versos: «Nueva fábrica se admira/ en el suntuoso edificio,/ que se erigió Mausoleo/ al Santo, y a nuestro Asilo». Los dibujos que clarifican tanto el aspecto del sepulcro del inquisidor como la iconografía de todos los relieves de la cama se han publicado en Javier Ibáñez Fernández y Jorge Andrés Casabón, *La catedral de Zaragoza de la Baja Edad Media al Primer Quinientos. Estudio documental y artístico*, Zaragoza, Fundación «Teresa de Jesús», 2016, pp. 140-142.

⁴⁸ Véase la aproximación más reciente a las pinturas de esta capilla en Juan Carlos Lozano López, «La pintura barroca en la Seo de Zaragoza: Viejos problemas, nuevas visiones», en M^a del Carmen Lacarra Ducay (coord.), *El barroco en las catedrales españolas*, Zaragoza, IFC, 2010, pp. 76-77; Juan Carlos Lozano López, «Jugar con el tiempo y el espacio, otras retóricas de la pintura barroca. A propósito de la capilla de San Pedro Arbués en la Seo de Zaragoza», en Alberto Castán, Concha Lomba y M.^a Pilar Poblador (eds.), *El tiempo y el arte. Reflexiones sobre el gusto IV*, Zaragoza, IFC, 2018, pp. 51-70.

⁴⁹ Belén Boloqui Larraya, «Juan Ramírez, escultor zaragozano del siglo XVIII», *Cuadernos de investigación: Geografía e historia*, t. 1, fasc. 2, Logroño, Universidad de La Rioja, 1975, pp. 123-124; y Belén Boloqui Larraya, *Escultura zaragozana...*, *op. cit.*, t. I, pp. 284-285.

también debió intervenir Dionisio Lafuente, con similares características a los ya existentes en la catedral⁵⁰; y, en segundo lugar, en 1677 el arcediano de Zaragoza Miguel Antonio Francés de Urrutigoiti, autor en 1652 de uno de los textos incluidos en el proceso de canonización⁵¹ y mecenas de la parte del trascoro de la Seo en la que se representan episodios de la vida y martirio del santo de Épila⁵², fundó una ración en la capilla de San Pedro Arbués de la Seo⁵³. Sin embargo, enseguida tuvo que ser cancelada «atento a que no tienen hacienda sus executores para su dotacion»⁵⁴. Más efectiva fue la donación de unos «paños y

⁵⁰ Ana Isabel Bruñén Ibáñez, Ma Luisa Calvo Comín y Ma Begoña Senac Rubio, *Las artes en Zaragoza en el tercer cuarto del siglo XVII (1655-1675). Estudio documental*, Zaragoza, IFC, 1987, pp. 289-290. En los últimos años del siglo XVIII se llevó a cabo el brazo relicario de San Pedro Arbués, que hace pareja con el de San Raimundo. Véase Juan Francisco Esteban Lorente, *La platería de Zaragoza en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1981, t. II, pp. 80-81.

⁵¹ Se trata del ya citado *Devocion que el venerable siervo de Dios Pedro de Arbues, canonigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Çaragoça, i primer Inquisidor Apostolico del Reino de Aragon revelò a Mossen Blasco Galvez el año 1490, con que le assegurò el averle concedido nuestro Señor gracia de librar a sus devotos del mal de Landra, que dixo avia de padecer la Ciudad de Çaragoça, confirmada con averle curado de una quebradura*, Zaragoza, Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, 1652.

⁵² Ana Isabel Bruñén Ibáñez, Ma Luisa Calvo Comín y Ma Begoña Senac Rubio, *Las artes en Zaragoza...*, op. cit., p. 53; y Mar Aznar Recuenco, «In memoria aeterna erit justus: Patrocinio artístico de las dignidades cesaraugustanas en el trascoro de la Seo durante el siglo XVII», en Javier Ibáñez Fernández (coord. y ed.), *Del mecenazgo a las nuevas formas de promoción artística. Actas del XIV Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, pp. 305-312.

⁵³ A.C.S.Z., *Actas capitulares 1676-1680*, p. 3 (Zaragoza, 1-II-1677).

⁵⁴ *Ibidem*, p. 13 (Zaragoza, 6-III-1677). No obstante, sí que tendría efecto la ración fundada por María Fayet «en su nombre y como executora del testamento de Bernardo del Capel, su marido, en el altar so la invocacion del Sr. San Pedro Arbues» de la Seo (A.H.P.Z., José Sánchez del Castellar, 1691, ff. 657 v.-660) (Zaragoza, 13-VI-1691). La documentación acerca de esta ración se encuentra en A.H.P.Z., Juan Francisco Sánchez del Castellar, 1681, ff. 1.621 v.-1.639 (Zaragoza, 25-IX-1681) [Institución de ración en la capilla de San Pedro Arbués de la Seo]; *ibidem*, ff. 1.732 v.-1.745 (Zaragoza, 10-X-1681) [Testamento de María Fayet]; A.H.P.Z., Antonio de Leiza y Eraso, 1689, ff. 283 v.-288 (Zaragoza, 19-VIII-1689) [Fundación de ración y admisión]; *ibidem*, ff. 91 v.-94 (Zaragoza, 4-III-1689) [Admisión y dotación de la ración]; *ibidem*, ff. 705 v.-715 (Zaragoza, 17-VI-1689); *ibidem*, ff. 718 v.-723 y 723 v.-726 (Zaragoza, 17-VI-1689) [Admisión y dotación de la ración]; A.H.P.Z., José Sánchez del Castellar, 1691, ff. 635 v.-648 (Zaragoza, 12-VI-1691) [Censal acerca de la ración]; e *ibidem*, ff. 655 v.-657 (Zaragoza, 12-VI-1691) [Poder del cabildo al canónigo Blas Serrate para representarles en las cuestiones emanadas de la ración de la capilla de San Pedro Arbués].

colgadura que dexo el conde de Fuentes a la capilla de San Pedro Arbues» por las mismas fechas⁵⁵.

En ese mismo año de 1677 se conoció la noticia de que Jaime de Palafox y Cardona, prior de Santa Cristina, había sido nombrado arzobispo de Palermo. Ante su inminente partida, el cabildo de la Seo resolvió hacerle entrega de «una reliquia de San Pedro Arbues con las armas de la Iglesia» que portaría en su viaje⁵⁶. Para entonces los capitulares enviaron otro vestigio del inquisidor al Colegio de España en Bolonia donde, como se recordará, el beato había estudiado. La reliquia fue incluida en un contenedor de plata rematado por la cruz de la Orden dominica llevado a cabo por plateros boloñeses y conservado en la sacristía de la capilla de la institución⁵⁷. Unos años antes de esta donación, en 1672, el culto al beato Pedro Arbués fue decididamente apoyado desde Bolonia⁵⁸. Igualmente, el 14 de septiembre de 1710 otro vestigio del inquisidor fue entregado por Blas Serrate, obispo de Tarazona que había sido canónigo doctoral del cabildo metropolitano de Zaragoza, a la Seo turiasonense en un relicario junto con reliquias de varios santos, entre los que se encontraban San Lorenzo y Santo Tomás de Villanueva. En el momento de la donación, el prelado fundó la fiesta de San Pedro Arbués en la misma catedral⁵⁹.

Las diligencias para elevar al inquisidor a los altares no cesaron y en 1690, gracias a la imprenta zaragozana de Domingo Gascón, vio la luz la tercera gran biografía del maestro de Épila bajo el título *Triunfo de la Fe. Vida y prodigios de S. Pedro Arbues*. Su autor, fray Juan Gracián y Salaverte, era pariente del mártir, como puso de relieve la profesora Belén Boloqui⁶⁰. El volumen está acompañado de dos estampas: la primera, de autor desconocido y factura mediocre, que

⁵⁵ A.C.S.Z., Actas capitulares 1676-1680, p. 112 (Zaragoza, 5-XI-1677).

⁵⁶ *Ibidem*, p. 98 (Zaragoza, 3-IX-1677). Véase igualmente David Chillón Raposo, *Mecenazgo y patrocinio del arzobispo don Jaime de Palafox y Cardona*, Tesis de doctorado, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015, pp. 30, 276 y 278. Disponible en línea en <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/40620> [Fecha de consulta: 05/05/2018].

⁵⁷ David García Cueto, *Seicento boloñés...*, *op. cit.*, p. 61.

⁵⁸ El 13 de agosto de 1672 el cardenal boloñés Cesare Fachinetti dirigió una carta desde Roma al rector del Colegio de San Clemente en la que declaró abiertamente su apoyo al mártir (*ibidem*, p. 59 y doc. nº 13, pp. 313-314).

⁵⁹ Archivo de la Catedral de Tarazona [A.C.T.], Caja 152, *Libro de Resoluciones del Cabildo comun que comienza desde el primero de mayo 1702 [en el lomo: Cabildo General desde 1702 hasta 1734]*, f. 172 v. (Tarazona, 14-IX-1710).

⁶⁰ Belén Boloqui Larraya, «Al hilo de San Pedro Arbués...», *op. cit.*, pp. 105-149.

muestra al inquisidor recibiendo los atributos del martirio de manos de un ángel y está acompañado del distintivo de la cofradía de San Pedro mártir de Verona del distrito inquisitorial de Aragón [fig. 8]⁶¹; y la segunda, de mayor calidad e interés, firmada por el pintor Bartolomé Vicente (1632-1708)⁶² que representa el momento del asesinato de Arbués cuando se encontraba rezando delante del retablo mayor de la Seo zaragozana, cuya casa central con el relieve de la Epifanía se reproduce con total claridad en el grabado [fig. 9]. Esta estampa fue asimismo empleada por la Inquisición en alguno de sus impresos difundiendo el *Officium B. Petri de Arbues Martyris* en 1693 y 1694, como podemos comprobar gracias al ejemplar conservado en el Archivo Histórico Nacional de Madrid [fig. 10]⁶³.

Sin embargo, la causa no avanzaba al ritmo que las autoridades eclesiásticas zaragozanas hubieran deseado por lo que en octubre de 1694 el cabildo metropolitano se vio en la obligación de impulsarla nombrando una nueva junta «para tratar de la canonización». Dicha junta estaba formada por el arcediano mayor de Santa María, el arcediano de Daroca, el arcipreste de Santa María, el maestrescuela y los canónigos Esmir, Amad, Ejea, Amada, Molina, Velázquez y Martínez de Lagunilla⁶⁴. Entre las iniciativas que la Seo pretendía alcanzar se hallaba la inclusión de San Pedro Arbués en el Martirologio romano, gestión para la que ofreció su ayuda el cardenal Jerónimo de Casanate, oriundo de

⁶¹ Este grabado ha sido publicado al menos en dos ocasiones. Véase *ibidem*, p. 148; y Ángel Alcalá Galve, «Don Vincencio y...», *op. cit.*, s. p., reproducido al comienzo del libro.

⁶² Acerca de este interesante pintor y de su producción artística puede consultarse Arturo Ansón Navarro, «Aportaciones sobre el pintor aragonés Bartolomé Vicente (1632-1708)», en *El arte barroco en Aragón. Actas del III Coloquio de Arte Aragonés*, Huesca, Diputación Provincial de Huesca, 1985, t. I, pp. 309-345; y Arturo Ansón Navarro y Juan Carlos Lozano López, «La pintura en Aragón bajo el reinado de Carlos II: la generación de Vicente Berdusán», en Juan Carlos Lozano López (comis.), *Vicente Berdusán (1632-1697). El artista artesano*, catálogo de la exposición, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 2006, pp. 80-82.

No obstante, también hemos localizado esta estampa de Bartolomé Vicente ilustrando la edición de 1664 del *Epítome* de Diego García de Trasmiera, por lo que su cronología debe ser retrasada, al menos, hasta esta fecha. Véase

<https://books.google.es/books?id=WqLj6Lg0D34C&dq=idea%20de%20inquisidores%20epítome&hl=es&pg=PP3#v=onepage&q&f=false> [Fecha de consulta: 10/01/2019].

⁶³ Archivo Histórico Nacional [A.H.N.], INQUISICIÓN, MPD. 418. Acompaña al Libro 987 entre los ff. 351-354.

⁶⁴ A.C.S.Z., Actas capitulares 1688-1700, ff. 85-87 (Zaragoza, 22-X-1694). A finales de julio de 1695 el cabildo decidió que se informara «al señor Inquisidor General del estado de la causa, para que concurra en Roma a su adelantamiento» (*ibidem*, f. 17 v.) (Zaragoza, 29-VII-1695).



8. San Pedro Arbues, autor desconocido, ilustración de *Triunfo de la Fe. Vida y prodigios de S. Pedro Arbues* de fray Juan Gracián y Salaverte (Zaragoza, Domingo Gascón, 1690).



9. *Martirio de San Pedro Arbúes*, Bartolomé Vicente, ilustración de *Triunfo de la Fe*.
Vida y prodigios de S. Pedro Arbues de fray Juan Gracián y Salaverte
 (Zaragoza, Domingo Gascón, 1690).



10. *Officium B. Petri de Arbues Martyris*, 1693 y 1694. Archivo Histórico Nacional, INQUISICIÓN, MPD. 418.

Tarazona⁶⁵. Las diócesis aragonesas colaboraron con la causa en la medida de sus posibilidades. Así, el obispo de Jaca brindó 100 reales «con sentimiento de no poderse alargar a mas por la esterilidad de los años y abundancia de pobres»⁶⁶; el oscense prometió cuarenta cahíces de trigo⁶⁷; y el turiasonense, pese a que la catedral se encontraba «empeñada en la beatificacion del señor don Juan de Palafox, prebendado y thesorero de esta Iglesia, y a mas hallarse en los gastos del reparo de la iglesia de la Madalena, parroquia nuestra, y los gastos del pleito de Calataiud, que son muchos», motivos por los que no podía ofrecer «limosna alguna para la beatificacion»⁶⁸, al fin hizo entrega de cincuenta cahíces de trigo «de la cogida de este año» en Calatayud⁶⁹.

A comienzos de 1697 el cabildo zaragozano recibió la feliz noticia de la consecución de «la extension del rezo del Sr. S. Pedro Arbues». La nueva fue comunicada con rapidez tanto al Inquisidor General como al Colegio de Bolonia⁷⁰. De hecho, fue el canónigo Esmir el encargado de informar del logro al superior del Santo Oficio pues dicho rezo debía generalizarse por «toda la Corona de Aragon y ciudades donde hubiere tribunal de la Inquisicion»⁷¹. Además, el cabildo decidió solicitar a Roma «una indulgencia plenaria para el dia 17 de septiembre [festividad de San Pedro Arbués] para los que visitaren en dicho dia el santo templo del Salvador»⁷², petición que Inocencio XII atendió de inmediato⁷³.

⁶⁵ *Ibidem*, f. 1 v. (Zaragoza, 10-I-1695).

⁶⁶ *Ibidem*, f. 18 v. (Zaragoza, 12-VIII-1695). No obstante, días después se excusó, junto con el prelado de Barbastro, «de ofrecer para la canonizacion del señor san Pedro Arbues, pero que lo haran siempre que la causa este mas adelantada» (*ibidem*, f. 20) (Zaragoza, 26-VIII-1695).

⁶⁷ *Ibidem*, f. 19 (Zaragoza, 19-VIII-1695).

⁶⁸ A.C.T., Caja 152, *Libro de Resoluciones del Cavildo general desde 17 de abril de 1682 hasta 24 de abril de 1702*, f. 225 (Tarazona, 5-VIII-1695).

⁶⁹ A.C.S.Z., Actas capitulares 1688-1700, f. 25 (Zaragoza, 16-IX-1695).

⁷⁰ *Ibidem*, ff. 2-2 v. (Zaragoza, 8-II-1697).

⁷¹ *Ibidem*, f. 3 v. (Zaragoza, 23-II-1697). Durante el cabildo extraordinario del 19 de agosto de 1698 se leyó una carta de la Inquisición de Cerdeña en la que daban acuse de recibo del «Rezado del Sr. S. Pedro Arbues» (*ibidem*, p. 51) (Zaragoza, 19-VIII-1698).

⁷² *Ibidem*, p. 57 (Zaragoza, 19-IX-1698).

⁷³ El 5 de junio de 1699 «el Sr. Maestrescuelas yzo relacion de estar ya concedida la indulgencia plenaria por su Santidad en el Santo Templo del Salvador para el dia 17 de septiembre» (*ibidem*, f. 7 v.) (Zaragoza, 5-VI-1699). Ya el 24 de enero de 1671 Roma concedió indulgencias a quien rezase al beato Pedro Arbués. Un cartel con estas indulgencias, de 43,7 x 31,5 cm e ilustrado con el grabado de Pedro Villafranca, se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, en A.H.N., INQUISICIÓN, MPD. 85. Acompaña a INQUISICIÓN, 2075.

Sin embargo, la Iglesia zaragozana no se conformó, pues su meta seguía siendo conseguir la total elevación del aragonés a los altares. Por esta razón, a finales de agosto de 1699 el presidente del cabildo vio necesario requerir la aprobación de sus compañeros para que el comisario de la canonización impulsara el proceso una vez más, con la participación del inquisidor general⁷⁴.

LOS MARTÍNEZ DE LAGUNILLA Y LA DEVOCIÓN A SAN PEDRO ARBUÉS A FINALES DEL SIGLO XVII

Es en este contexto donde debemos incluir a Miguel Jerónimo y Juan Francisco Martínez de Lagunilla, canónigo y racionero de la Iglesia metropolitana de Zaragoza, respectivamente, y primos⁷⁵. Según recoge José Ypas, Miguel Jerónimo Martínez de Lagunilla fue colegial de San Clemente de Bolonia, como lo había sido Pedro Arbués, desde mayo de 1679⁷⁶, y canónigo de la Seo desde el 17 de enero de 1693⁷⁷ hasta el 3 de diciembre de 1708, día en el que falleció entre las «siete y ocho de la noche»⁷⁸.

⁷⁴ El 28 de agosto de 1699 «propuso el Sr. Presidente al Cabildo que con su aprovacion el Sr. Comisario de la canonización de S. Pedro Arbues pase a aquellos oficios que convengan con el Sr. Inquisidor General para el adelantamiento de la canonización del glorioso Santo martir y primer inquisidor que fue de este Reyno aciendo memoria a su eminencia del cuydado y celo con que el Sr. D. Diego Arfe, su antecesor, se aplico a este fin y que la Santa Iglesia espera de su eminencia lo mismo y mucho mas» (A.C.S.Z., Actas capitulares 1688-1700, ff. 14 v.-15) (Zaragoza, 28-VIII-1699).

⁷⁵ Conocemos su parentesco gracias a la intervención del canónigo Lagunilla «en nombre de su primo, el racionero Lagunilla», en el cabildo de 22 de junio de 1703 para solicitar «carta para dar este su Racion a coadjutoria a un pariente suyo», en A.C.S.Z., *Libro de las Resoluciones del Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana Cesaraugustana del año 1701. Siendo secretario el Sr. Canonigo D. Antonio Ortiz y Etulayn*, p. 30 (Zaragoza, 22-VI-1703).

⁷⁶ El 19 de abril el cabildo eligió a Jerónimo Martínez de Lagunilla «para la Beca de theologo en Bolonia» (A.C.S.Z., Actas capitulares 1676-1680, p. 24) (Zaragoza, 19-IV-1679).

⁷⁷ Sin embargo, en el Catálogo del canónigo Blas Matías San Juan se afirma que tomó posesión de la canonjía el 3 de enero de 1693. En A.C.S.Z., *Catalogo de dignidades, canonigos y prelados de la Santa Iglesia de Zaragoza y su Universidad Literaria, trabajado año 1770 para el uso particular de su autor el D. D. Blas Mathias San Juan, canonigo penitenciario, y Catedrático de Prima de Theologia*, p. 104.

⁷⁸ A.C.S.Z., *Señores Canonigos de la Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza. Joseph Ypas, Secretario jubilado por el Cavildo. Catalogo Chronologico de los Sres. Canonigos de Zaragoza despues de la Bula de Union*, f. 31.

Por su parte, Juan Francisco Martínez de Lagunilla (1644-1719) disfrutó de una de las raciones denominadas de mensa de la catedral fundada por el arzobispo Pedro Garcés de Januas (1272-1280) en el altar de San Martín, primero como coadjutor del racionero José Maluenda desde el 12 de noviembre de 1677⁷⁹ y, por muerte de este, en propiedad desde el 28 de septiembre de 1691⁸⁰ hasta el 28 de julio de 1719. En esta última fecha, mosén Francisco Navarro, su coadjutor desde el 27 de noviembre de 1716⁸¹, la tomó en propiedad⁸² tras el fallecimiento del titular el 15 de julio del citado año de 1719⁸³.

⁷⁹ El 11 de junio de 1677 el racionero Maluenda, «por sus achaques, pidia licencia [al cabildo] para dar a coadjutoria su racion al licenciado Juan Francisco Martinez de Lagonilla [sic]» (A.C.S.Z., Actas capitulares 1676-1680, p. 71) (Zaragoza, 11-VI-1677). El 5 de noviembre de ese mismo año fueron remitidas al cabildo «las bulas de coadjutoria del Dr. D. Juan Martinez de la racion que posee el racionero Maluenda al Sr. Panzano y doctoral» (*ibidem*, p. 110) (Zaragoza, 5-XI-1677). Una semana más tarde, el canónigo doctoral hizo relación «de las Bulas y Colacion de la coadjutoria del racionero Maluenda a favor de D. Juan Martinez de Lagunilla que venian bien y con esto se resolvio se le diera la posesion o admision de adjutoria» (*ibidem*, p. 115) (Zaragoza, 12-XI-1677).

⁸⁰ El 10 de septiembre de 1691 este racionero constituyó como sus procuradores a sus compañeros Bartolomé Ximénez, Francisco Ciprés y Gregorio Antonio de Molina, para que «supliquen la porcion de una racion de mensa» de la Seo en su nombre (A.H.P.Z., José Sánchez del Castellar, 1691, ff. 1.025-1.026) (Zaragoza, 10-IX-1691). El 16 de septiembre de 1691 «quedaron cometidas las Bullas de la racion de Martinez de Lagunilla al Sr. Serrate y Xulbe» (A.C.S.Z., Actas capitulares 1688-1700, f. 33 v.) (Zaragoza, 16-IX-1691). Doce días después «se resolvio que se le de la posesion al racionero Martinez de Lagunilla de la racion que tomo a coadjutoria de Maluenda por aver hecho relacion el Sr. Maestrescuelas de que estan bien los despachos» (*ibidem*, ff. 34-34 v.) (Zaragoza, 28-IX-1691). El acto de posesión de la ración ante notario se encuentra en A.H.P.Z., José Sánchez del Castellar, 1691, ff. 1.062-1.078 v. (Zaragoza, 28-IX-1691).

⁸¹ Ya el 13 de febrero de 1716 el racionero Lagunilla comenzaba a encontrarse enfermo (A.C.S.Z., *Libro de las Resoluciones del Cabildo, de la Santa Yglesia Matropolitana de Zaragoza del año 1716. Siendo Secretario el Sr. Dr. D. Ioseph Millan Lumbreras, Canonigo Magistral de dicha Santa Yglesia*, p. 8 (Zaragoza, 13-II-1716). El 20 de noviembre del mismo año «se presento [ante el cabildo] una Bulla Pontificia con su exequatur Regio para coadjutoria de la Razion que posehe en el Santo Templo del Salvador D. Juan Martinez de Lagunilla, y se cometio a los Sres. Navarro y Doctoral para que la examinen e informen al Cabildo» (*ibidem*, p. 77) (Zaragoza, 20-XI-1716). Una semana más tarde, «hizo relacion el Sr. Doctoral que la Bulla de la Coadjutoria de la Razion que posehe en el Santo Templo del Salvador D. Juan Martinez de Lagunilla concedida a D. Francisco Navarro venia en la debida forma y facto deposito y haviendo jurado la observancia de los estatutos y concordias de la Iglesia se le dio la posesion» (*ibidem*, p. 79) (Zaragoza, 27-XI-1716).

⁸² El viernes 28 de julio de 1719 «hizo relacion el Sr. Martinez Rubio, de que las bulas de coadjutoria de D. Francisco Nabarro con el mandato de mittendo y los demas papeles que

Las actas capitulares de la Seo de Zaragoza recogen que el 2 de mayo de 1698 el racionero Martínez de Lagunilla solicitó la preceptiva licencia al cabildo «para ausentarse a negocios precisos»; el permiso le fue concedido con la condición de que «se le advierta hable a alguno para que asista algun día en su confesionario»⁸⁴. Poco después, el canónigo del mismo apellido, su primo, pidió que se comunicara a sus compañeros que era necesario que hiciera «viage pronto»⁸⁵.

Aunque en ninguno de los dos casos se especifica el destino de los religiosos, gracias a la documentación exhumada en el Archivo de Protocolos Notariales de Montalbán (Teruel) por José M^a Carreras Asensio⁸⁶ y en el Archivo Parroquial de la iglesia de Bañón (Teruel) por Joaquín Sánchez Campos⁸⁷, consideramos que es muy probable que el racionero se desplazara a Bañón, su localidad natal, con motivo de las obras de construcción del nuevo templo de la localidad que él mismo estaba financiando desde 1692. La fábrica, a cargo del maestro de obras José Izquierdo, quedó concluida en 1701⁸⁸. En agradecimiento a la magnanimidad de Martínez de Lagunilla, que invirtió todos sus bienes en el edificio,

había presentado en el cabildo antecedente venian en la debida forma y se le debia dar la posesion y el cabildo se la mando dar facto deposito», en A.C.S.Z., *Gesta Capituli Sanctae Ecclesiae Metropolitanae Caesar-augustanae cum indice locupletisimo in eius fine posito. Secretario Capitulari D. D. Clemente Comenge, Canonico Penitenciario eiusdem Sanctae Ecclesiae. Anno 1719*, p. 85 (Zaragoza, 28-VII-1719).

⁸³ A.C.S.Z., *Catalogo de los Poseedores de las Raciones llamadas de Mensa, de las de Patronado, de los Beneficios de entera y media distribucion, de las Raciones nutuales de los señores don Fernando, don Lope y don Alonso, y de los Beneficios de Percha. 1771*, p. 51 y p. 53. El fallecimiento de Juan Francisco Martínez de Lagunilla se hace constar en A.C.S.Z., *Gesta Capituli Sanctae Ecclesiae Metropolitanae Caesar-augustanae cum indice locupletisimo in eius fine posito. Secretario Capitulari D. D. Clemente Comenge, Canonico Penitenciario eiusdem Sanctae Ecclesiae. Anno 1719*, p. 83 (Zaragoza, 20-VII-1719).

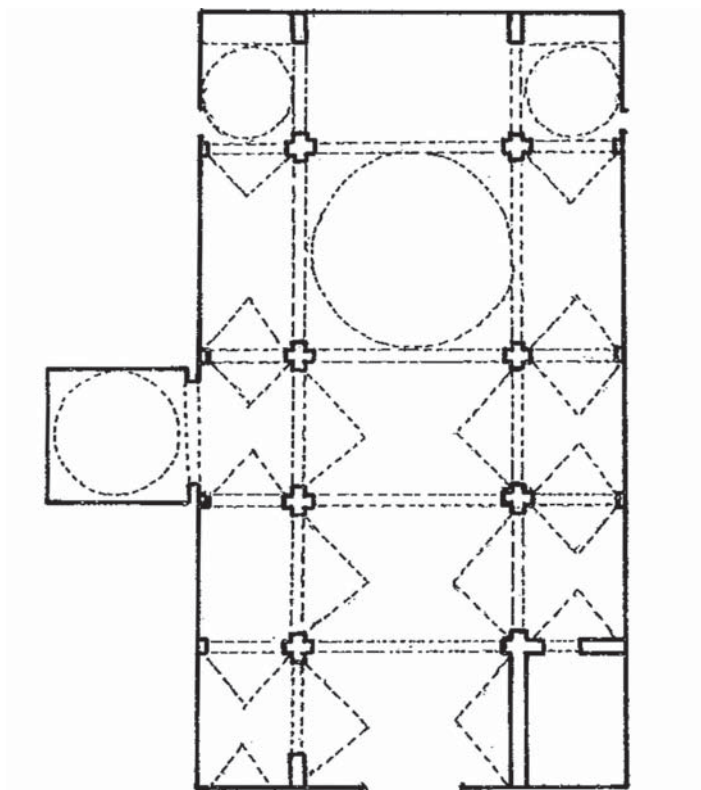
⁸⁴ A.C.S.Z., *Actas capitulares 1688-1700*, p. 25 (Zaragoza, 2-V-1698).

⁸⁵ *Ibidem*, p. 27 (Zaragoza, 10-V-1698). El 25 de septiembre de 1699 el canónigo Lagunilla volvió a solicitar autorización para viajar (*ibidem*, p. 16) (Zaragoza, 25-IX-1699).

⁸⁶ José M^a Carreras Asensio, *Noticias sobre la construcción de iglesias en el noroeste de la provincia de Teruel (siglos XVII-XVIII)*, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, 2003, pp. 78-91.

⁸⁷ Joaquín Sánchez Campos, *La iglesia parroquial de Bañón*, Bañón, Asociación Cultural Vanyon, 2007, pp. 219-246 y 394-399. Agradecemos encarecidamente el conocimiento de este libro a Fran Martín, del Centro de Estudios del Jiloca, así como las fotografías de la capilla de San Pedro Arbués de Bañón que ilustran este texto. Igualmente, queremos agradecer a Fabián Mañas su entrañable ayuda.

⁸⁸ José M^a Carreras Asensio, *Noticias sobre...*, *op. cit.*, pp. 78-91.



11. Planta de la iglesia parroquial de Bañón (Teruel).

Extraída de Santiago Sebastián López, *Inventario artístico de Teruel y su provincia*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1974, p. 84.

el 14 de mayo de 1692 el Concejo de Bañón le hizo donación del espacio que quisiera «elegir [en la iglesia], con libre facultad de poder hazer capilla [...], poner retablo de la invocación del Santo de su devoción que más querrá; y hacer cisterna o carnerario para enterrarse en él y trasladar a dicho entierro los cadáveres de sus padres y hermanos»⁸⁹.

Ante esto el racionero decidió que su capilla, de planta cuadrangular y cubierta con una media naranja, fuera levantada en el tercer tramo de la nave del lado del evangelio [fig. 11] y que estuviera dedicada a San Pedro Arbués. Ade-

⁸⁹ *Ibidem*, doc. nº 4, p. 81.



12. Capilla de San Pedro Arbués. Iglesia parroquial de Bañón. Foto Fran Martín.



13. Detalle del escudo de los Lagunilla de la portada de la capilla de San Pedro Arbués. Iglesia parroquial de Bañón. Foto Fran Martín.

más, la mandó adornar con una rica decoración compuesta por el retablo de escultura que la preside, dos pinturas de grandes dimensiones y formato horizontal que cuelgan de los muros laterales, dos parejas de lienzos más pequeños dispuestos sobre ellos con la representación de San Juan Bautista, San Francisco de Asís –sus santos epónimos–, San Felipe Neri y San Francisco de Sales, y un arrematado de azulejos. En las pechinas se acomodaron telas ovaladas con la efigie de cuatro santas [fig. 12]⁹⁰. Carnosos motivos vegetales, niños y querubines en yeso, esgrafiados de roleos de acantos y la heráldica de los Martínez de Lagunilla dispuesta tanto en la clave del arco de ingreso [fig. 13] como en la de la media naranja, completan el exorno de este espacio litúrgico.

⁹⁰ Joaquín Sánchez Campos, *La iglesia...*, *op. cit.*, pp. 232-240.

El retablo [fig. 14] consta de sotabanco, banco, un solo cuerpo de tres calles articuladas por cuatro columnas salomónicas y ático de una sola casa. Está presidido por la imagen de San Pedro Arbués de cuerpo entero, nimbado y ataviado como canónigo. El santo alza la mirada a la vez que se lleva al pecho la mano izquierda sobre la que destaca la presencia del estoque con el que fue atacado. Asimismo, se distingue la herida abierta que recibió en el cuello [fig. 15]. Está flanqueado por San José con el Niño, situado a la izquierda –desde el punto de vista del espectador–, y por San Antonio de Padua, a la derecha, ambos de menores dimensiones que el titular. El ático está ocupado por la Virgen del Pilar de bulto acompañada por dos ángeles turiferarios. Las armas del comitente campean en el sotabanco y en el remate del retablo.

Afortunadamente, conocemos la identidad de los autores del mueble y las circunstancias de su realización. En primer lugar, gracias a una procura firmada por el racionero el 26 de agosto de 1697, sabemos que Juan Isidoro Proaño, vicario de la iglesia parroquial de San Pedro de Daroca (Zaragoza), debía representar a Martínez de Lagunilla para suscribir la capitulación que tenía «acordada y combenida con Bartholome Muel, maestro carpintero, vezino de dicha ciudad de Daroca, en hacerca de un retablo que ha de hacer y trabaxar el dicho Bartholome Muel para la capilla del señor San Pedro Arbues que al presente estoi fabricando en la iglesia parrochial del lugar de Bañon»⁹¹.

Si bien José M^a Carreras Asensio asegura que Bartolomé Muel era natural de Épila⁹², la mayoría de su producción artística la desarrolló en la zona del Jiloca. Asimismo, aunque ignoramos tanto su fecha de nacimiento como su formación escultórica, para 1675 debía ser ya un maestro consumado pues el 14 de junio de ese año los cofrades de la Virgen de la Soledad de Daroca le contrataron, junto con el también escultor Juan Peliguero, vecino de Moyuela (Zaragoza), para confeccionar el retablo de su capilla ubicada en la colegiata de Santa María⁹³. En 1678 el concejo de Báguena (Teruel) concertó con Muel la

⁹¹ A.H.P.Z., Francisco Blas Lope, 1689-1706, ff. 26 v.-28 (Zaragoza, 26-VIII-1697).

⁹² José M^a Carreras Asensio, *El Patrimonio Cultural de la Comarca del Jiloca. El Arte Barroco Religioso*, Calamocha, Comarca del Jiloca, 2007, p. 42.

⁹³ Fabián Mañas Ballestín, «El escultor Bartolomé Muel», en Fabián Mañas Ballestín (coord.), *Comarca del Campo de Daroca*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003, p. 206; Juan Carlos Lozano López, *El pintor Vicente Berdusán (1632-1697) y Aragón: catálogo razonado, clientela y fuentes gráficas, literarias y devocionales de su pintura*, Zaragoza, Pressas Universitarias, 2005, edición digital en CD, pp. 295 y 297; y Fabián Mañas Ballestín, *Capilla de los Corporales. Iglesia colegial de Santa María (Daroca)*, Daroca, Centro de Estudios Darocenses, 2006, p. 49.



14. Retablo de San Pedro Arbués, Bartolomé Muel (mazonería), 1697-1698. Capilla de San Pedro Arbués. Iglesia parroquial de Bañón. Foto Fran Martín.

ejecución de la mazonería del retablo de la capilla de Santa Ana de la parroquial de dicha localidad, de la que todavía en 1681 recibiría algún pago. Las pinturas que lo completan fueron encargadas a Pedro Aibar Ximénez⁹⁴. Igualmente, Carreras Asensio asevera, aunque sin revelar sus fuentes, que también salieron de las gubias de este escultor los retablos de la Virgen del Pilar, de San Miguel, que ejecutaría en 1693, y el dedicado a San Antonio Abad, datado en 1695, de este mismo templo⁹⁵.

Por su parte, el profesor Fabián Mañas atribuyó a Muel el mueble principal de la capilla de la Virgen de la Cabeza de la iglesia de Valdehorna (Zaragoza) y también el de Nuestra Señora del Rosario de Torralba de los Frailes (Zaragoza)⁹⁶. Al año siguiente, según Mañas, confeccionó asimismo el retablo de San Roque para la cofradía del Santísimo Sacramento de Villanueva de Jiloca (Zaragoza)⁹⁷.

Es nuevamente José M^a Carreras quien asegura, sin citar sus fuentes, que Bartolomé Muel se encontraba trabajando en el retablo mayor de Fuentes Claras (Teruel) desde 1701 cuando, dos años después, le sobrevino la muerte⁹⁸.

Sin embargo, el autor de las esculturas del retablo de San Pedro Arbués de Bañón no fue Muel. Para su creación el racionero Martínez de Lagunilla contrató al escultor catalán Jaime Font que para entonces debía hallarse trabajando en Zaragoza. Font viajó hasta Orihuela del Tremedal (Teruel) para buscar la madera para las imágenes, allí las llevó a cabo y desde aquel lugar fueron trasladadas hasta Bañón en mayo de 1698⁹⁹. De ellas, aun siendo muy rígida, destaca la talla del titular [fig. 15]. Lamentablemente, hasta el momento no hemos logrado localizar ninguna noticia referente a este artista de origen catalán ni a su estancia en la capital aragonesa¹⁰⁰.

⁹⁴ Isaac Bureta Anento, «La hacienda del concejo de Báguena durante los siglos XVI y XVII.

2. Los gastos», *Xiloca*, 20, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, 1997, p. 129.

⁹⁵ José M^a Carreras Asensio, *El Patrimonio Cultural...*, op. cit., pp. 42-43.

⁹⁶ Fabián Mañas Ballestín, «El escultor Bartolomé...», op. cit., p. 207.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 206.

⁹⁸ José M^a Carreras Asensio, *El Patrimonio Cultural...*, op. cit., p. 43.

⁹⁹ Joaquín Sánchez Campos, *La iglesia...*, op. cit., p. 397.

¹⁰⁰ Hemos localizado a un sacerdote agustino llamado Jaime Font Amorós (1657-1730), de origen mallorquín, que al parecer fue el encargado de dirigir la construcción de la capilla de San Nicolás de Tolentino del convento que su Orden tenía en Palma de Mallorca, así como de sufragar numerosas obras en los conventos que visitó a lo largo de su vida, según se recoge en Gonzalo Díaz Díaz, *Hombres y documentos de la Filosofía española*, Madrid, Centro de Es-



15. Imagen titular del retablo de San Pedro Arbués, Jaime Font, 1698.
Capilla de San Pedro Arbués. Iglesia parroquial de Bañón. Foto Fran Martín.



16. *Martirio de San Pedro Arbués*, Pedro Aibar Ximénez y Juan Zabalo (atribución), h. 1700. Capilla de San Pedro Arbués. Iglesia parroquial de Bañón. Foto Fran Martín.

Las pinturas de los muros laterales de la capilla, de casi 4 m de largo y 1,30 m de alto, están rodeadas por ricos marcos de madera ornados con hojas de acanto y cartelas y representan dos episodios de la vida de San Pedro Arbués. En primer lugar, el lienzo del lado de la epístola muestra el momento del asesinato del inquisidor en el interior de la Seo [fig. 16]. Los tres asesinos, ataviados con túnicas cortas que dejan a la vista sus torsos y piernas, atacan al canónigo con estoques mientras un monaguillo huye despavorido de la escena. La víctima, en acto de resignación, se lleva la mano izquierda al pecho y alza la diestra al mismo tiempo que eleva la mirada hacia dos angelitos que descienden a su encuentro con una corona de rosas [fig. 17]. El rompimiento de gloria del ángulo superior derecho está presidido por la Trinidad junto con dos grupos de personajes sagrados: la Virgen María, San Pedro y San Valero a la derecha de Cristo, y Santo Dominguito de Val, San Vicente y San Lorenzo a la izquierda de Dios Padre. La zona izquierda del cuadro, en penumbra, únicamente alumbrada por la luz de una antorcha que sostiene un monaguillo, parece representar la rápida huida de los asesinos.

tudios Históricos del C.S.I.C., 1988, vol. III, p. 253; y Miquela Forteza Oliver y María Antonia Reinés Femenia, «La retabística barroca de la iglesia del Socorro: el retablo mayor», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana: Revista d'estudis històrics*, 53, Palma de Mallorca, Societat Arqueològica Lul·liana, 1997, p. 141. Sin embargo, no hemos hallado ningún indicio de que fuera escultor.



17. Detalle del *Martirio de San Pedro Arbués*, Pedro Aibar Ximénez y Juan Zabalo (atribución), h. 1700. Capilla de San Pedro Arbués. Iglesia parroquial de Bañón.
Foto Fran Martín.

La pintura del lado del evangelio reproduce las exequias de Arbués [fig. 18]. En el centro de la composición se dispone el catafalco del mártir. A sus pies un monaguillo, que vuelve el rostro dirigiéndose al espectador, impregna de sangre un trozo de tela que parece estar destinado a una mujer con un niño pequeño situada a su lado, probablemente con la intención de curar de algún mal a su hijo. Bajo el lugar del que mana la sangre puede leerse «yrbio y se multiplico la sangre/ tres dias sobre la tierra» [fig. 19], en alusión al milagro del hervor, efervescencia y multiplicación de la sangre derramada en el suelo tras el asesinato, según la narración del notario Pedro Lazuela que describen los biógrafos del santo¹⁰¹. Sobre

¹⁰¹ Véase, por ejemplo, el relato de Vincencio Blasco de Lanuza, *Historia de la vida...*, op. cit., pp. 97-107.



18. *Exequias de San Pedro Arbués*, Pedro Aibar Ximénez y Juan Zabalo (atribución), h. 1700. Capilla de San Pedro Arbués. Iglesia parroquial de Bañón. Foto Fran Martín.

la figura yacente del mártir se abre un rompimiento de gloria en el que aparece Dios Padre flanqueado por el propio Arbués, portando la palma martirial en la mano derecha, y San Pedro mártir de Verona, a la izquierda.

A ambos lados del catafalco se disponen dos grupos de personas: el de la derecha de la composición está formado por varios personajes masculinos —de los que uno mira directamente hacia el espectador— y dos femeninos ricamente ataviados a la moda del siglo XVII, detalle, por tanto, de carácter anacrónico. Por su parte, el de la izquierda está formado por tres religiosos cuyos rostros están dotados con rasgos individualizadores e identificados por inscripciones dispuestas a sus pies. Gracias a ellas sabemos que el situado en el extremo izquierdo es el «Dr. D. Juan Marco y Valero, canonigo del/ Aseo y Colegial Maior», tío del racionero; que el central es el «Dr. D. Bartholome Martinez/ de Lagunilla, canonigo de Alcañiz/ y adbogado fiscal de el Rey», hermano del promotor; y que el tercero, a la derecha, muestra al propio mecenas, el «Dr. D. Juan Martinez de Lagunilla, Racionero y Penitenciario de el Aseo de Zaragoza»¹⁰².

Aunque ni la documentación local ni la zaragozana consultada concreta la fecha de su realización ni revela la identidad del pintor de estas telas, conside-

¹⁰² La identificación de los temas de las pinturas y de los personajes se recoge asimismo en Joaquín Sánchez Campos, *La iglesia...*, *op. cit.*, pp. 234-235.



19. Detalle de las *Exequias de San Pedro Arbués*, Pedro Aibar Ximénez y Juan Zabalo (atribución), h. 1700. Capilla de San Pedro Arbués. Iglesia parroquial de Bañón.
Foto Fran Martín.

ramos que deben ser datadas hacia 1700 y atribuidas a Pedro Aibar Ximénez (h. 1630-h. 1710), quizá con la intervención de un jovencísimo Juan Zabalo (1684-1746), su posible discípulo. Pese a que todavía queda mucha información por conocer acerca de la biografía de Aibar, como su fecha y lugar de nacimiento o si realmente es familia del también pintor Francisco Ximénez Maza, tal y como sugirió Antonio Ponz, en los últimos años su producción pictórica, adscrita al Pleno Barroco, se está viendo ampliada por un buen número de obras localizadas por todo Aragón¹⁰³. Sin embargo, lo que nos interesa destacar aquí es que entre

¹⁰³ Arturo Ansón Navarro y Juan Carlos Lozano López, «La pintura en Aragón...», *op. cit.*, pp. 89-98; Ernesto Arce Oliva y Juan Carlos Lozano López, «Una visita guiada a la Colegiata», en *La Colegiata de Santa María de Calatayud*, Zaragoza, Vestigium, 2007, pp. 70 y

finales del siglo XVII y comienzos del XVIII Pedro Aibar llevó a cabo numerosas pinturas, algunas de gran formato, para distintas capillas de la Seo de Zaragoza. Entre ellas se cuentan la representación de «El interrogatorio de los santos Valero y Vicente por Daciano» de la capilla de San Valero y las telas que narran el suceso milagroso de Santo Dominguito de Val en el espacio litúrgico dedicado a este niño, en las que debió contar con la colaboración del ya citado Juan Zabalo¹⁰⁴.

La presencia del pintor y del racionero Martínez de Lagunilla en la catedral zaragozana en la misma época, unido a las similitudes formales que las pinturas de Bañón muestran con respecto a la producción segura o atribuida de Aibar nos llevan a proponerle como el creador de estas obras¹⁰⁵. Además, iconográficamente la representación del asesinato del inquisidor en Bañón toma como referencia las dos obras más importantes relacionadas con el santo en la Seo: en primer lugar, la llevada a cabo por Gil Morlanes *el Viejo* en su propio sepulcro [fig. 20], convertido en altar en el siglo XVII; y, en segundo, la pintura de su capilla atribuida a Francisco Ximénez Maza en la que aparecen sus tres atacantes¹⁰⁶ y no dos como en el grabado de Pedro de Villafranca [fig. 4]. Asimismo, en la pintura de Ximénez Maza el rompimiento de gloria está presidido por Dios Padre acompañado del propio mártir y de San Pedro de Verona, como sucede en la representación de las exequias de Arbués en Bañón. De este modo, como Morlanes en el sepulcro, el pintor ha mostrado la causa del fallecimiento y el estado de muerto del aragonés que, igual que había sucedido con San Pedro

75; Juan Carlos Lozano López, «El pintor Pedro Aibar Jiménez, Huesca y los Lastanosa», en Carmen Morte García y Carlos Garcés Manau (comis.), *Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681). La pasión del saber*, catálogo de la exposición, Huesca, Diputación Provincial de Huesca, 2007, pp. 195-201; Rebeca Carretero Calvo y Juan Carlos Lozano López, «San Juan Bautista y Santo Tomás de Aquino venciendo a los herejes», en José Ignacio Calvo Ruata (coord.), *Joyas de un patrimonio IV. Estudios*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 2012, pp. 319-328; Juan Carlos Lozano López, «Santa Teresa como intercesora ante la Virgen del Carmen», en José Ignacio Calvo Ruata (coord.), *Joyas de un patrimonio...*, pp. 342-344; y Rebeca Carretero Calvo y Arturo Ansón Navarro, «La catedral en los siglos del barroco», en *La Catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 2013, p. 224.

¹⁰⁴ Juan Carlos Lozano López, «La pintura barroca...», *op. cit.*, pp. 84-87.

¹⁰⁵ Además, no sería esta la primera vez en la que Pedro Aibar Ximénez representaría al santo de Épila pues a él se atribuye el *Martirio de San Pedro Arbués*, datado hacia 1680, que se conserva en el Museo Goya de Zaragoza. En <https://museogoya.ibercaja.es/obras/martirio-de-san-pedro-de-arbues> [Fecha de consulta: 19/05/2018].

¹⁰⁶ Vincencio Blasco de Lanuza, *Historia de la vida...*, *op. cit.*, p. 74.



20. Detalle del sepulcro de San Pedro Arbués, Gil Morlanes *el Viejo*, h. 1489-1490. Capilla de San Pedro Arbués. Catedral del Salvador de Zaragoza. Foto Pomarón.

de Verona, debía ser considerado como un santo mártir¹⁰⁷. Por último, tanto en uno de los lienzos de la Seo como en Bañón aparece el milagro del hervor y multiplicación de la sangre ante un grupo de personas que se sorprenden al contemplar el prodigio. En Bañón, uno de los asistentes más admirados es, como puede comprobarse, el propio racionero Martínez de Lagunilla [fig. 18].

A los pinces de Aibar también pueden ser atribuidas las efigies de santas de las pechinas de la media naranja de la capilla.

¹⁰⁷ Daniel Rico Camps, «El sepulcro de...», *op. cit.*, p. 183.

CONCLUSIONES

Probablemente, el ambiente a favor del impulso del proceso de canonización del inquisidor aragonés y el logro del rezo propio en 1697 fueron las causas que motivaron al racionero Juan Francisco Martínez de Lagunilla a dedicar su capilla funeraria ubicada en la iglesia parroquial de Bañón, su localidad natal, a Pedro Arbués que, aunque todavía era considerado beato, en tierras aragonesas y aun españolas, era tenido desde hacía tiempo como santo. De hecho, merece la pena destacar que estas circunstancias encontraron la misma respuesta en otras localidades de Aragón como Sallent de Gállego (Huesca) o Tosos (Zaragoza). En efecto, según refiere Ypas, el 1 de junio de 1689 el canónigo Miguel Pascual Martón de Casadiós, natural de Sallent, declaró en su testamento su deseo de ser enterrado en la ermita de San Pedro Arbués construida a sus expensas en su población de nacimiento¹⁰⁸. Por su parte, en octubre de 1699 el arcediano de Daroca financió una capilla dedicada al «glorioso martir San Pedro Arbues» en la iglesia parroquial de Tosos¹⁰⁹.

Pese a que, como acabamos de referir, el hecho de dedicar un espacio litúrgico al beato aragonés elevándolo a la calidad de santo por dignidades de la iglesia metropolitana de Zaragoza no es privativo de Bañón, consideramos que este caso resulta un ejemplo especial y digno de estudio por varias razones. La primera porque el racionero Martínez de Lagunilla sufragó una capilla «al estilo», salvando las distancias, de las construidas en la Seo en el Barroco, es decir, hizo

¹⁰⁸ Juan Carlos Lozano López, «La pintura barroca...», *op. cit.*, p. 74. Véase asimismo Manuel Gómez de Valenzuela, «El valle de Tena y las pestes de 1450, 1564-1656 y 1563-1564», *Argensola*, 106, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1992, nota al pie nº 10, p. 76.

¹⁰⁹ En el cabildo celebrado el 9 de octubre de 1699 «el señor presidente pidió por el señor arcediano de Daroca se le dieran seis músicos del Santo Templo del Pilar pasada la octava de la dedicación para la colocación del glorioso martir San Pedro Arbues en una capilla que a echo el señor arcediano en la iglesia de Tosos y los concedió el Cabildo con tal que buelban antes de todos santos» (A.C.S.Z., Actas capitulares 1688-1700, f. 16 v.) (Zaragoza, 9-X-1699). Aunque esta capilla no ha llegado a nuestros días debido a la demolición del templo en el siglo XVIII, se tiene constancia de su existencia, según se refiere en M^a del Carmen Lacarra Ducay, Juan José Pina Lucindo y Javier Royo Rueda, «El retablo mayor de la iglesia de Santa María la Mayor de Tosos (Zaragoza)», *Cuadernos de Aragón*, 71, Zaragoza, IFC, 2017, p. 25. Además, en la actual parroquia se conserva una pintura en la que se representa al inquisidor. Véase Wifredo Rincón García y Alfredo Romero Santamaría, *Iconografía de...*, *op. cit.*, p. 57.

levantar un ámbito de amplias dimensiones cuya embocadura fue decorada con motivos de yeso policromado y coronada por sus armas, cubierto con una cúpula, presidido por un retablo dotado de las características artísticas del momento, ornado con un arrimadero de azulejería y con una serie de cuadros de los que dos son de grandes proporciones y representan escenas de la vida del santo titular. La segunda razón sería que para llevar a cabo el exorno de la capilla contrató a una serie de artistas importantes en aquella época que, además, no eran de la zona: Bartolomé Muel, el mazonero –pero también escultor, afincado en Daroca– más activo de esos años en las tierras del Jiloca para la realización de la arquitectura del retablo; Jaime Font, un escultor foráneo desconocido hasta el momento, pero de trascendencia dado que, al parecer, para entonces se encontraba trabajando en Zaragoza; y, posiblemente, Pedro Aibar Jiménez, uno de los mejores pintores de Aragón de las décadas finales del siglo XVII y principios del XVIII que, como hemos tenido ocasión de comprobar, llevó a cabo varias obras para el cabildo zaragozano en esas fechas¹¹⁰.

A estos motivos podemos añadir un tercero pues, con esta capilla, Martínez de Lagunilla quiso fomentar y difundir la devoción a Pedro Arbués en su localidad natal, tratando de apoyar el proceso de canonización que tantos esfuerzos estaba costando a la Iglesia aragonesa. Además, con el programa iconográfico de las dos grandes pinturas, el promotor defendió el carácter de santo mártir y milagroso del inquisidor difundiendo la misma imagen que ya quisieron transmitir los impulsores de su primera representación a finales del siglo XV¹¹¹. Pero, al mismo tiempo, con la inclusión de su propio retrato y el de sus familiares asistiendo a sus exequias puso de manifiesto la actualidad del hecho en la Zaragoza de fines del Seiscientos. Igualmente, quedó vinculado al futuro santo de manera íntima, dejando constancia para la posteridad de su férrea devoción, de su piedad y de su implicación en la causa.

¹¹⁰ El profesor Lozano atribuye también a este pintor los lienzos titulares de las capillas de Santa Marta y San Leonardo del trascoro de la Seo, en Juan Carlos Lozano López, «La pintura barroca...», *op. cit.*, p. 87.

¹¹¹ Entre los que se encontraban el rey Fernando el Católico, la Inquisición y el arzobispo de Zaragoza Alonso de Aragón. Sobre esta cuestión véase Daniel Rico Camps, «La imagen de...», *op. cit.*, p. 117.

EL PROCESO INFORMATIVO DE ZARAGOZA PARA LA BEATIFICACIÓN DE SAN FRANCISCO DE BORJA EN 1610

JUAN RAMÓN ROYO GARCÍA

Director del Archivo Diocesano de Zaragoza

EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL fue, entre otras, cosas, el «tiempo de los santos», como lo llamó Bartolomé Bennassar¹. Uno de ellos fue Francisco de Borja, duque de Gandía y general de los jesuitas (1510-1572), beatificado en 1624 y canonizado en 1671. El quinto centenario de su nacimiento en 2010 fue ocasión para la celebración de diferentes congresos y exposiciones y posteriormente ha habido otras publicaciones, muestra del interés que siempre ha despertado su figura². En este trabajo queremos dar a conocer el proceso original celebrado en Zaragoza en 1610 con vistas a su beatificación, que viene a sumarse a otros estudios publicados en los últimos años³.

¹ Bartolomé Bennassar, *La España del Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 145-159. En los últimos años varias revistas han dedicado sus números a investigar el tema: *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 33-2 («Le temps des saints. Hagiographie au siècle d'or», 2003); *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 85 («Fábrica de Santos: España, siglos XVI y XVII», 2010); *Chronica Nova*, 43 («Santidad y política: modelos de santos y su vínculo con el poder en la monarquía hispana: siglos XVI y XVII», 2017). Cf. también los estudios de Eliseo Serrano Martín, «La santidad en la Edad Moderna: límites, normativa y modelos para la sociedad», *Historia social*, 91, 2018, pp. 149-166 y «Santidad y patronazgo en el mundo hispánico de la Edad Moderna», *Studia historica. Historia moderna* 40/1, 2018, pp. 75-123.

² Últimamente se han ocupado del santo Santiago La Parra López, «Francisco de Borja en el espejo de Teresa de Jesús (vidas paralelas unidas por la modernidad)», *Studia historica. Historia moderna*, 39/1, pp. 327-367 y Henar Pizarro Llorente, «De duque de Gandía a santo: la transformación de san Francisco de Borja a través de sus biografías», *Chronica Nova*, 43, 2017, pp. 53-84. Hay que señalar también la publicación de la *Revista Borja* publicada por el Institut Internacional d'Estudis Borgians con cinco números editados desde 2006-2007.

³ Como los procesos de san Juan de Dios (+1550), José Luis Martínez Gil (ed. lit.), *Proceso de beatificación de San Juan de Dios*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2006; Santo Tomás de Villanueva (+1555), Cécile Vincent Cassy, «Llevando a santo Tomás de Villanueva a los altares. Del proceso al modelo de santidad», *Chronica Nova*, 43, 2017, pp. 109-138;

Como es sabido, en 1607 se inició una serie de procesos informativos con participación de testigos que le conocieron directamente. Los realizados en la Corona de Aragón (Zaragoza, Barcelona, Valencia, Gandía, Denia y Oliva) recogen 149 declaraciones frente a los 163 de los tramitados en Castilla (Madrid, Alcalá y Toledo), que son los más interesantes porque entre ellas están las del duque de Lerma, su hijo el duque de Uceda, el jesuita Pedro de Ribadeneyra, etc., aunque por encima de todas estuvo la de Juan de Ribera, arzobispo de Valencia (canonizado muy tardíamente, en 1960)⁴. Según Enrique García Hernán, estos procesos suponen «una fuente de datos biográficos inéditos, pero difícilmente comprobables y con multitud de errores, porque deponían muchos años después de los acontecimientos. Es una documentación apoyada en la autoridad de unos testimonios al menos cuarenta años posteriores a la fecha de los acontecimientos»⁵.

El proceso informativo zaragozano comenzó el 30 de marzo de 1610 con la comparecencia ante el vicario general, Pedro de Moya, del jesuita P. Gabriel Álvarez (1564-1645)⁶, comisionado por el general Claudio Acquaviva, el cual mostró «unas letras de comisión para examen de testigos *ad futuram rei memoriam*»

San Luis Beltrán (+1581), Adolfo Robles Sierra y Miguel Llop Catalá, *Procesos informativos de la beatificación y canonización de San Luis Beltrán*, Valencia, Nácher, 1983; Santa Teresa (+1582), Julen Urkiza (ed. lit.), *Procesos de beatificación y canonización de la Madre Teresa de Jesús*, Burgos, Monte-Carmelo ediciones, 2016, 6 v; San Juan de la Cruz (+1591), A. Fortes y F. J. Cuevas (eds. lits.), *Procesos de beatificación y canonización*, Burgos, 1992, 4 v.; San Juan de Ribera (+1611), *Información de la causa de beatificación y canonización del Ven. Siervo de Dios D. Juan de Ribera...*, Valencia, 2011 (microficha); la beata Ana de San Bartolomé (+1626), Julen Urkiza (ed.), *Procesos de beatificación y canonización: Beata Ana de San Bartolomé*, Burgos, Monte-Carmelo ediciones, 2011. Recientemente se ha publicado la traducción al castellano de una copia hecha en 1590 del proceso de canonización de san Vicente Ferrer, en una edición conjunta de Facultad de Teología de Valencia y el Instituto Studia Friburgensis, de Friburgo (Suiza), coordinado por el dominico Alfonso Esponera –<https://www.teologiavalencia.es/2019/01/4168/>, consultado el 22 de enero de 2019.

⁴ Enrique García Hernán, «Francisco de Borja y su familia», *Revista Borja. Revista de l'Institut Internacional d'Estudis Borgia*, 4, 2012-2013; *Francesc de Borja (1510-1572), home del Renaixement, sant del Barroc. Actes del Simposi Internacional*, 2010, pp. 61-81, p. 66. El proceso de Valencia ha sido estudiado por Amparo Felipo, «La actitud institucional ante el proceso de canonización de san Francisco de Borja» en Enrique García Hernán y María del Pilar Ryan (coords.), *Francisco de Borja y su tiempo: Política, religión y cultura en la Edad Moderna*, Valencia-Roma, Albatros Ediciones, 2011, pp. 59-78.

⁵ Enrique García Hernán, «Francisco de Borja y su familia», *o. c.*, p. 66.

⁶ Puede verse su biografía en <http://dbe.rah.es/biografias/19652/gabriel-alvarez>.

concedidas por el nuncio en España, don Decio Carraffa «de la vida y milagros del Padre Francisco de Borja». Los testigos declararon entre el 3 de abril y el 26 de mayo sobre «la vida y milagros» de Francisco de Borja «que primero fue duque de Gandía y después tercer general de la Compañía de Jesús», sobre estas preguntas (f. 15)⁷:

- 1) Si lo habían conocido antes y después de entrar en la Compañía, cuánto tiempo y en qué cosas le trataron.
- 2) «Las preguntas generales de la ley»: edad, si tenía relación de parentesco, amistad o enemistad.
- 3) Su concepto de la vida, religión y perfección del Padre Francisco y en qué se fundamentaba.
- 4) Si sabían, cómo y porqué, que «en la opinión de muchos hombres graves y de buena conciencia, de dentro y fuera destos Reynos, ha sido siempre tenido el dicho padre por grande siervo de Dios y hombre y religioso perfecto».
- 5) Si lo antecedente era público y notorio.

El proceso se desarrolló en el año en que el santo hubiese cumplido cien años, cuando estaba en marcha la expulsión de los moriscos de la Corona de Aragón, decisión tomada el 17 de abril y publicada en Aragón el 29 de mayo⁸. Pocos meses después falleció Tomás de Borja. Este proceso fue declarado auténtico por el Ldo. Pedro de Molina, prior y canónigo de la catedral de Granada, vicario general del arzobispo Pedro González de Mendoza, el 31 de mayo de 1618 («este proceso es el original que, como comisario apostólico fulminó el Illmo. Señor don Thomás de Borja...y así lo certifico yo... y lo firmo de mi nombre y mando se authorize con el sello de la dignidad»: f. 41)⁹.

⁷ El 3 de abril juraron como testigos el virrey de Aragón, Gastón de Moncada, y Fray Juan Bautista, prior de Santa Engracia. El 15 de abril lo hicieron los canónigos de la Seo José de Palafox y Jaime Moncayo y el Justicia de Aragón, Martín Batista de Lanuza; el 17 declaró el P. Francisco Ruiz, S. I y el 21 testificó el duque de Villahermosa; el Dr. Juan Miguel de Bordaiba declaró el 28 de abril. El 6 de mayo compareció el franciscano Fray Lamberto de Espés; el 22 de mayo lo hizo el arzobispo Tomás de Borja y, por último, el 26 de mayo declaró Francisco Vázquez Monte.

⁸ Asunto estudiado por Manuel Lomas Cortés, *La expulsión de los moriscos del Reino de Aragón: política y administración de una deportación: (1609-1611)*, Teruel, Centro de Estudios Mudéjares, 2008, donde se analiza el papel desarrollado por el virrey y el arzobispo.

⁹ Archivo Diocesano de Zaragoza. Comisiones Apostólicas, letra C, ligamen 3: *Comis. Ap. Rdi. Patris Claudii de Acquaviva, gener.ordinis Societatis Jessu contra* (en blanco) *super commissione et recepe. testium*. El hecho de que esté a nombre de Claudio Acquaviva y de que no se

Este proceso, que no es desconocido por los historiadores pues en su copia del fondo Osuna ya fue utilizado por el jesuita P. Suau, por Enrique García Hernán y Santiago La Parra, no es propiamente un relato biográfico de Borja, aunque destaca el relato pormenorizado del viaje que le llevó hasta Roma para morir (ff. 31-32v y 34-36)¹⁰. Su interés radica sobre todo en ser el original que se hizo en Zaragoza y en las personas que declararon, que permite conocer mejor sus biografías. Prestaron declaración las principales autoridades civiles (el virrey, el Justicia de Aragón, el jurado en cap del concejo de Zaragoza), dos de sus familiares (su hermano el arzobispo de Zaragoza –junto con su criado, el racionero Francisco Vázquez Monte– y su sobrino, el duque de Villahermosa), dos canónigos de la Seo y varios religiosos.

Sobre todo prima el interés hagiográfico y piadoso, que no incide en profundidad en los acontecimientos en los que se vio implicado, para demostrar su

indique que se trate de un proceso para la beatificación de san Francisco de Borja seguramente hizo que pasase desapercibido. Dado que se afirma que es auténtico, el conservado –junto con los realizados en Valencia, Gandía y Barcelona en 1611 y en Madrid en 1617– en el fondo Osuna 16, del Archivo de la Nobleza en Toledo (Enrique García Hernán, *o. c.* p. 66) ha de ser una copia; dicho proceso ha sido utilizado por el jesuita P. Suau, por García Hernán y por Santiago La Parra. En la sección de Vicariato General, letra E, lig. 5 se encuentra el *Expediente sobre diligencias de busca de papeles de la V. Sor María Ángela Astorch*, monja capuchina (1592-1665, beatificada en 1982), del siglo XVIII. Con anterioridad se recogieron informaciones sobre santa Teresa de Jesús en 1595, ya que su discípula sor Isabel de santo Domingo fue priora del convento de San José de carmelitas descalzas de Zaragoza, actuando como investigador el canónigo Gabriel Sora, canónigo de la Seo y consultor del Santo Oficio, futuro obispo de Albarracín (Tomás de Jesús, OCD y Diego de Yepes, OSH: *Vida, virtudes y milagros de Santa Teresa de Jesús*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2015, p. 506, publicado en el tomo primero de la edición de 2015 de los procesos de beatificación y canonización de la santa). En el Archivo Capitular de la Seo se guarda documentación sobre los procesos de san Pedro Arbués (beatificado en 1662) y santo Dominguito de Val (cuyo culto fue confirmado en 1807).

¹⁰ Enrique García Hernán, *Francisco de Borja, grande de España*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999, pp. 242-245, que se refiere, entre otras fuentes, a las declaraciones de Tomás de Borja y de Francisco Vázquez Monte. El testimonio de Tomás de Borja en este proceso zaragozano ofrece «detalles que hoy se nos antojan más propios de un guion cinematográfico que de un acta notarial» (Santiago La Parra López, «Retrato de Francisco de Borja y Aragón, el Santo Duque de Gandía» en Ximo Company y Joan Aliaga (coords.): *San Francisco de Borja, Grande de España: arte y espiritualidad en la cultura hispánica de los siglos XVI y XVII: Gandía, Casa de la Cultura Marqués de González de Quirós, del 4 de noviembre de 2010 al 9 de enero de 2011*, Valencia, Afers, 2010, pp. 51-66, p. 53, que lo toma de la biografía del P. Suau, en su traducción española de 1963, p. 438, n. 552).

virtud y lograr su glorificación. Así, Tomás de Borja menciona la dificultosa instalación de los jesuitas en Zaragoza, indicando las palabras alentadoras de san Francisco —«que no se desconsolasen y que guardasen las piedras para la fundación, que se había de hacer un gran colegio», como sabía el provincial de Aragón P. Román y como había oído del P. Antonio Cordeles, de tal manera que dudaba «que haya fundaciones en la Compañía tan bien fundadas y asentadas que esta» y cita «la resistencia de parte de la ciudad a esta fundación hasta echarlos a pedradas» pero sin indicar que de ella participaron su tío, el arzobispo Hernando de Aragón, y otras órdenes religiosas (f. 36v)¹¹. También se detienen en anécdotas, como fray Lamberto de Espés, refiriendo como lo atendió, con trece o catorce años, en la botiga de su tío Pedro de Espés y que le proporcionó «lienços, guarniciones de oro y otras cosas que gustaría de comprar para las damas de su palacio y otras personas con que tenía obligación» (f. 30).

La mayoría no lo conoció y su opinión se basa en la de terceras personas. El caso del marqués de Aitana se apoyó en la opinión de sus propia madre y de su abuela (f. 16); de Batista de Lanuza, que, aparte de lecturas de «algunos autores dignos de fe» (f. 18) refiere como mientras estudiaba en Salamanca en 1562, oyó al dominico fray Mancio del Corpus Christi, catedrático de Prima, aludir

¹¹ El deseo de establecerse en la ciudad parece haber nacido del propio santo en 1546, cuando envió y entró en la Compañía. Con tal objetivo vinieron en 1547 dos religiosos. En 1554 compraron unas casas viejas detrás del Coso Bajo, cuyo solar corresponde en parte al actual Seminario de San Carlos y en 1557 se comenzó a levantar el colegio. En 1558 los jesuitas fueron excomulgados y abandonaron la ciudad. Fueron acogidos en Pedrola por la hermana del santo, duquesa de Villahermosa. En 1569 o 1570 se puso la primera piedra de la actual iglesia, concluida en 1585. En 1564 Pío IV dotó al colegio con los diezmos de Monreal del Campo y Portalrubio (Teruel), que conservaron hasta 1767. Sobre el caso de Zaragoza «tercer centro opositor de los jesuitas», v. Javier Burrieza, «La expansión de la Compañía de Jesús en España bajo la mirada de Francisco de Borja», *Revista Borja. Revista de l'Institut Internacional d'Estudis Borgians*, 4, 2012-2013, pp. 301-340. p. 323, e Isidoro Miguel García, *La diócesis de Zaragoza en el siglo XVI. El pontificado de don Hernando de Aragón (1539-1575)*, Zaragoza, Fundación Teresa de Jesús-Cabildo Metropolitano de Zaragoza, 2015, 2 v., v. 1, pp. 739-752. Falta todavía una historia del colegio; más datos bibliográficos los ofrece Juan Ramón Royo García, «La expulsión de los jesuitas en la diócesis de Zaragoza», en Eliseo Serrano Martín y Jesús Gascón Pérez (eds.): *Poder, sociedad, religión y tolerancia en el mundo hispánico, de Fernando el Católico al siglo XVIII* (Actas de la XIV Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Zaragoza, IFC, 2016), Zaragoza, 2018, pp. 1161-1180 (disponible en <https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3699>). El P. Antonio Cordeses (1518-1601) fue nombrado provincial de Aragón en 1573 (<http://dbe.rah.es/biografias/20166/antonio-cordes>) (consultado, como el resto de las voces, el 23 de enero de 2019).

a su intervención en el proceso de Carranza (“en los negocios que entonces corrían en Roma” (f. 18 v)¹² y su “erudición y prudencia” al hablar del tema con Felipe II “que está en el cielo”; del jerónimo fray Juan Baptista, residente muchos años en el reino de Valencia, que trató con “dos religiosos que habían estado a sus servicio” (f. 17v); del propio sobrino del santo, el duque de Villahermosa, que se apoya en sus padres y en otras “personas muy religiosas y graves” jesuitas, de otras órdenes religiosas y también “seculares” (f. 23v); de Juan Miguel de Bordalba, que oyó “a sus antiguos, ya difuntos, y a otros” sobre su “grande religión y santidad de vida” (f. 26v).

Otros mantuvieron una relación ocasional: El contacto de Fray Lamberto de Espés fue sobre todo durante medio año mientras estuvo en el convento franciscano del Araceli (Santa María de Aracoeli) en Roma y los canónigos Palafox y Moncayo lo oyeron predicar en Valencia en 1571 mientras estudiaban en su Universidad, con gran éxito de público, cuando el santo acompañó al cardenal Alexandrino (ff. 19v y 20-20v). El jesuita Ruiz mantuvo solo una vinculación epistolar con él por razones de gobierno (f. 21v). Quien más le trató fue su hermano, con el que se llevaba más de treinta años, en tres ocasiones (f. 34):

- Entre 1548 (en Gandía) y 1550 (cuando marchó a Roma).
- En 1553 “quando salió de Oñate en Valladolid gobernando la princesa doña Juana, que envió a llamarle, que era ya comisario general y andaba fundando casas por España” y le trató en la casa de Simancas, casa de novicios fundada por él, y luego, “muy frecuente y familiarmente por espacio de muchos años” hasta que pasó a Portugal y luego a Roma llamado por Pío IV en 1560.
- En 1570 cuando llegó con el cardenal Alexandrino enviado por san Pío V, estando él en el colegio de San Bartolomé le pidió licencia para acompañarle a Roma por haber acabado los estudios. En este periodo fue cuando le conoció el racionero Francisco Vázquez Monte.

¹² Sobre el dominico fray Mancio del Corpus Christi (c. 1500-1576) v. <http://dbe.rah.es/biografias/18993/Mancio-de-corpus-Christie>. San Francisco de Borja «hizo todo lo posible por ayudar al desdichado arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza, con quien disfrutó de una larga amistad» (Enrique García Hernán, *Francisco de Borja, grande...*, *op. cit.*, p. 18).

EL JUEZ PEDRO DE MOYA Y ARJONA¹³

Nacido en Alcalá la Real (Jaén) en 1566, era hijo de don Pedro de Moya y doña María Jamilena. Estudió en el Colegio Real de Granada de donde fue catedrático; en Málaga fue provisor del obispado y canónigo y tesorero de la catedral de Málaga, de donde lo trajo Tomás de Borja para ser su Vicario General. Fue capellán de honor de Su Majestad y letrado de Cámara del cardenal infante don Fernando. En 1621 fue nombrado abad de la abadía *vere nullius* de su ciudad natal, donde terminó la iglesia abacial (dedicada en 1627), convocó un Sínodo (impreso en 1626 y en 2002) y fundó seis capellanías de coro, dotándola de música.

En 1630 fue nombrado obispo de Tuy, siendo consagrado en la iglesia de los Clérigos Menores de Madrid por el arzobispo de Vintimilla, con asistencia de los obispos de Siria y Malaca en 1631; tomó posesión de la diócesis por medio de su procurador el Dr. Juan Sanz de Velasco el 26 de agosto, pero no entró en su sede por fallecer en Madrid el 14 de octubre, como electo de Málaga. Fue enterrado en la capilla familiar del convento de N^a S^a del Rosario en su ciudad natal.

LOS TESTIGOS

1. El arzobispo Tomás de Borja (ff. 37-41)¹⁴

Tomás de Borja era el último de los doce hijos de Juan de Borja y su segunda esposa Francisca de Castro Pinós, hija de los Vizcondes de Ebol y Cañete¹⁵. Nació

¹³ <http://dbe.rah.es/biografias/68763/pedro-de-moya-y-arjona>. Además de las referencias que se dan, tratan de él Gil González Dávila, *Teatro histórico de las Iglesias Metropolitanas y catedrales de los Reinos de las dos Castillas, vidas de sus arzobispos y obispos y cosas memorables de sus sedes*, Madrid, Pedro de Horna y Villanueva, 1650, t. 3, pp. 453-454; Pedro Suárez, *Historia del obispado de Guadix y Baza*, Madrid, Antonio Román, 1696, p. 193, y Enrique Flórez, *España Sagrada*, t. 23 (*Continuación de las memorias de la Santa Iglesia de Tuy y colección de los cronicones pequeños, publicados e inéditos, de la historia de España*), Madrid, Antonio Marín, 1767, pp. 72-73.

¹⁴ Sobre su gobierno, v. Archivo Capitular de la Seo, Actas 1593-1610, en especial ff. 17v, 147, 149-150 y 313. Su partida de defunción en ADZ. Fondos parroquiales. La Seo. Quinque libri, t. 3, f. 624 y 637. A falta de un estudio de su episcopado, puede consultarse José Blasco Ijazo, *Obispos y arzobispos que han regido la diócesis de Zaragoza*, Zaragoza, Librería General, 1959, pp. 33-34; Juan Ramón Royo García, «Los hospitalicos de niños y de niñas

en Gandía en 1541. Fue colegial de San Ildefonso en Alcalá de Henares y de San Bartolomé en Salamanca y doctor en Teología. En 1571 acompañó a su hermano a Francia y Roma y estuvo presente en su muerte. Al volver a España obtuvo una canonjía en Toledo y el cargo de abad de la Trinidad en Orense. En la sede primada fue presidente del consejo del cardenal Alberto de Austria (1594), gobernador y vicario general y juez de la Santa Cruzada; en 1598 fue nombrado consultor del Santo Oficio. En 1600 fue nombrado Obispo de Málaga; en 1602 fue propuesto como obispo de Córdoba y arzobispo de Santiago.

Como arzobispo de Zaragoza tomó posesión el 13 de agosto de 1603 por medio del procurador el Ldo. Francisco Vázquez Monte. Ejecutó la bula de secularización de la Seo dada por Clemente VIII el 12 de julio de 1604, admitida por el rey el 31 de marzo de 1605 y puesta en práctica este año. Siendo arzobispo fue Virrey de Aragón (1606). En 1610 apoyó la expulsión de los moriscos, aunque esto supuso la despoblación de Rodén, pequeño pueblo zaragozano del cual los arzobispos eran señores temporales.

Murió el 7 de septiembre de 1610, después de haber enfermado el día 1. Fue enterrado en la capilla mayor del Colegio de las Vírgenes, al que había favorecido con dos mil ducados, en el lado del evangelio¹⁶; hizo testamento ante Diego Fecet, siendo ejecutores del mismo el Justicia, Martín Bautista de Lanuza; el inquisidor Miguel Santos de San Pedro (que ya lo había sido de su tío, el arzobispo Andrés Santos, muerto en 1585)¹⁷, su criado Benito López Hurtado y su vicario general Pedro de Moya¹⁸.

de Zaragoza en 1605 según la visita del arzobispo Tomás de Borja», *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 69-70, 1994, pp. 115-128 y Carmen Abad-Zardoya, «Por el bien y beneficios que de su mano hemos recibido: estudio documental de una donación de bienes muebles hecha por Tomás de Borja a su sobrino el duque de Lerma en 1608», *Artígrama*, 24, 2009, pp. 341-371. Su biografía en el Diccionario Biográfico Español es muy incompleta (<http://dbe.rah.es/biografias/31206/tomas-de-Borja>).

¹⁵ Los hijos de este segundo matrimonio pueden verse en Enrique García Hernán, *o. c.*, p. 26 y el árbol genealógico en la p. 295.

¹⁶ Institución docente creada en 1531, que pervivió hasta 1837. El edificio se derribó entre 1946-1947, por lo cual hay que dar por desaparecidos sus restos. De su historia se han ocupado Tarsicio de Azcona, «El Colegio de las Vírgenes de Zaragoza en el siglo XVI», *Memoria Eclesial* XX, 2001, pp. 57-68 y Pilar Lop Otín, «Nuevas aportaciones sobre el Colegio de las Vírgenes de Zaragoza: límites y evolución en los siglos XIX y XX», *Artígrama*, 31, 2016, pp. 373-390.

¹⁷ Natural de Santeras (Palencia) y beneficiado en Quintana Díez de la Vega, pueblo natal de su tío, que le ordenó sacerdote en 1584. Sucesivamente ocupó los cargos de Arcediano de Alcor en la catedral de Palencia, inquisidor de Zaragoza (1604), obispo de Solsona (1624-1631),

2. Francisco Vázquez Monte (ff. 30-33)

Racionero de la catedral de Toledo, tenía sesenta años, natural de «Boliches», jurisdicción de Baeza (Vilches, Jaén). Desde los catorce años estuvo al servicio de Tomás de Borja durante sus estudios en Alcalá y Salamanca, cuando este era colegial de San Bartolomé y le acompañó a Roma. Fue el encargado de preparar el aposento y de acudir a los médicos y procurar las medicinas en su último viaje camino de Roma.

3. Los canónigos José de Palafox (ff. 19v-20) y Jaime Moncayo (ff. 20-21)

José de Palafox desde 1605 era magistral de la Seo. Contaba con 52 o 53 años. Hijo de Enrique de Palafox (que fue virrey de Cerdeña) y de su primera esposa, su prima segunda Ana de Palafox, nació en Ariza (Zaragoza, ahora diócesis de Tarazona y entonces de Sigüenza), señorío de su linaje elevado a marquesado en 1611. Sus hermanos Enrique, caballero de Calatrava, y Fadrique fueron Diputados del Reino en 1618, como lo fue Juan, prior del Sepulcro, en 1614. Fue canónigo de Tarazona y vicario general del arcedianato de Calatayud

virrey de Cataluña (1627-1628) y arzobispo de Granada (1631-1633) y presidente del consejo de Castilla (1630-1633). En el santuario de N^a S^a de Monlora, en Luna (Zaragoza, comarca de las Cinco Villas), hizo construir un Vía Crucis tallado en piedra en 1613. Vincencio Blasco de Lanuza, *Historias Eclesiásticas y Seculares de Aragón, en que se continúan los anales de Curita desde et año 1556 hasta el de 1618*, Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet, 1622., t. II, p. 179; Martín Carrillo, *Historia del glorioso S. Valero, obispo de la ciudad de Maragota... Con un Catálogo de todos los Prelados, Obispos y Arzobispos y Abades del Reino de Aragón*, Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet, 1615, p. 398; Domingo Costa Bofarull, *Memorias de la ciudad de Solsona y su Iglesia*, Barcelona, Balmes, 1959, pp. 368-370; Janine Fayard, *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid, Siglo XXI de España, 1982, p. 223; fray José Antonio Hebrera y Esmir, *Descripción histórico-panegírica de la montaña y convento religiosísimo de Nuestra Señora de Monlora, de religiosos recoletos de la Santa Provincia de Aragón, de la regular observancia de Nuestro Padre S. Francisco*, Zaragoza, 1700, p. 87. John H. Elliot lo hace aragonés y señala la importancia de su nombramiento como presidente del Consejo de Castilla por Olivares, que «simbolizaba el deseo del conde-duque de terminar con la exclusión de los no castellanos de los puestos del gobierno... Aquí había una señal visible de su determinación de unificar la Monarquía», en «El programa de Olivares y los movimientos de 1640», *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa Calpe, 1982, t. XXV, pp. 333-523, p. 409.

¹⁸ En su testamento dejó 60.000 ducados a su sobrino el duque de Lerma, que tanto le había favorecido (Patrick Williams, *El Gran Valido: el Duque de Lerma, la Corte y el gobierno de Felipe III, 1598-1625*, Segovia, Junta de Castilla y León, 2010, p. 226).

y, como tal hizo el proceso informativo de la vida y virtudes del obispo Pedro Cerbuna que no llegó a término. En 1611 fundó un convento de dominicas en su villa natal, trasladado en 1616 a Calatayud, de que fue primera priora su hermana Bernardina y donde fue enterrado, el cual cerró en 2015. En 1627 fue nombrado obispo de Jaca, aunque su gobierno no llegó a los cuatro meses. Escribió varias obras, que recoge fray Ramón de Huesca¹⁹.

Jaime Moncayo afirmó tener 61 años. Nació en Borja en 1548 y falleció en Zaragoza en 1622. En la colegiata de su ciudad natal fue canónigo doctoral y prior; desde 1604 fue canónigo de la Seo. En 1621 dispuso que se fundase un convento de dominicos en Borja, aunque la fundación no se hizo efectiva hasta 1636²⁰.

4. Los religiosos

El franciscano **fray Lamberto de Espés** (ff. 27v-30)²¹ era natural de Zaragoza. Residía en el convento de Santa María de Jesús (situado en la margen iz-

¹⁹ Sobre la familia Palafox y la fundación del convento, v. Vincencio Blasco de Lanuza, *op. cit.*, pp. 129-131 y 545-547 y Ángela Atienza, *Tiempo de conventos una historia social de las fundaciones en la España moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2008, pp. 372-373. Como obispo de Jaca se ocupó de él Ramón de Huesca, *Teatro Histórico de las Iglesias del Reino de Aragón*, t. 8, Pamplona, Josef Miguel de Ezquerro, 1802, pp. 167-170.

²⁰ Manuel Gracia Rivas, *Diccionario biográfico de personas relacionadas con los veinticuatro municipios del antiguo Partido Judicial de Borja*, Borja, Centro de Estudios Borjanos, 2005, pp. 691-692, y los artículos de Alberto Aguilera Hernández, «El “calvario” dominico: Jaime Moncayo y la conflictiva fundación del convento de San Pedro Mártir en la ciudad de Borja (Zaragoza)», en *Archivo Dominicano*, 37, 2016, pp. 95-162, y «El realejo del convento de San Pedro mártir de la ciudad de Borja: una obra inédita del organero Juan Miguel de Longás (1686-1687)», *Nassarre*, 30, 2014, pp. 211-219.

²¹ Fray Diego Murillo, *Fundación milagrosa de la Capilla Angélica y Apostólica de la madre de Dios del Pilar y excellencias de la imperial ciudad de Çaragoça*, Barcelona, Sebastián Matevad, 1616, p. 444; Félix de Latassa, *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses que florecieron desde el año de 1600 hasta 1640*, Zaragoza, 1799, t. II, p. 245 y Juan José Polo Rubio, *Jaime Jimeno de Lobera, 1580-94, organizador de la diócesis de Teruel*, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, 1987, pp. 97-100. Fray Diego Murillo también residió en el convento de Jesús, por lo que pudo conocer de boca de fray Lamberto detalles de la vida de san Francisco de Borja, a quien presentó «como dechado de humildad y menosprecio de sí mismo» en su *Instrucción para enseñar la virtud a los principiantes*, Zaragoza, Lorenzo de Robles, 1588 (citado por Enrique García Hernán, «Francisco de Borja: la construcción de un santo» en Joan Aliaga y Ximo Company [coords.]: *San Francisco de Borja...*, *op. cit.*, pp. 33-50, p. 34).

quiera del Ebro). En su Orden fue lector jubilado, guardián del convento de san Francisco y definidor mayor de la provincia de Aragón. Latassa (que lo llama Lamberto de Espés y Gracia) lo califica de «teólogo místico aventajado» y cita unos *Ejercicios Espirituales* que parece que no llegaron a imprimirse, aunque fray Diego Murillo afirmó en su momento (1616) que se trataba de hacerlo. Murió muy anciano en 1619. Fue ejecutor testamentario y uno de los herederos de su hermano, el doctor Miguel de Espés, catedrático de la universidad de Huesca, nombrado canónigo de la catedral de Teruel por el obispo Jaime Jimeno de Lobera en 1583 –con oposición del cabildo que llegó hasta Roma–, que murió en Génova en 1590 cuando llevaba la documentación de la *visita ad limina* de dicho prelado.

El jerónimo **fray Juan Baptista**, prior de Santa Engracia (ff. 17-18)²² contaba con unos sesenta años y había vivido más de cuarenta en el reino de Valencia. Según fray León Martón, era natural de La Almunia de Doña Godina; tomó el hábito en el monasterio valenciano de la Murta y fue prior del monasterio de san Miguel de los Reyes y general de la Orden en 1604. Fue visitador general de Castilla, habiéndolo sido antes de Aragón. Fue nombrado prior de Santa Engracia en 1608; luego lo fue de Madrid y de nuevo volvió a serlo de aquel monasterio en 1613. Concluido su trienio, volvió a su casa de profesión.

El jesuita **Francisco Ruiz**, residente en el colegio de Zaragoza (ff. 21v-23)²³ era natural de Tarazona. Contaba más de sesenta años y hacía cerca de cincuenta que había entrado en la Compañía.

5. Testigos civiles

El más importante fue **Gastón de Moncada**, marqués de Aytona y virrey de Aragón (1554-1626) (ff. 16-17)²⁴, seguido de **Martín Baptista de Lanuza**, Jus-

²² Fray León Benito Martón, *Historia del subterráneo santuario oy Real Monasterio de Sta. Engracia de Zaragoza*, Zaragoza, Juan Malo, 1737 (ed. facsímil, Zaragoza, 1991), pp. 587-588 y 742.

²³ Supongo que es uno de los dos jesuitas que llegaron a Tarazona en 1568 desde Alcalá de Henares para predicar durante dos meses en la comarca del Moncayo y que era sobrino del canónigo Jerónimo de Silos (Rebeca Carretero Calvo, «El colegio de la Compañía de Jesús de Tarazona [Zaragoza]: metodología de trabajo y fuentes para su estudio» en María Isabel Álvaro Zamora y Javier Ibáñez Fernández [coords.]: *La Compañía de Jesús y las artes: nuevas perspectivas de investigación*, Zaragoza, Universidad, 2014, pp. 57-74, p. 57).

²⁴ <http://dbe.rah.es/biografias/20899/gaston-de-moncada-y-gralla>.

ticia Mayor de Aragón (ff. 18-19)²⁵, que declaró tener 58 años, cuyo testimonio es destacable porque era hermano del dominico fray Jerónimo Batista de Lanuza, que fue provincial dominico de Aragón y más tarde obispo, que se opuso a los jesuitas, llegando a quejarse de ellos en un memorial que escribió a Felipe II en 1597²⁶.

El doctor **Juan Miguel (Pérez) de Bordalba** (ff. 26v-27)²⁷ era un jurista natural de Zaragoza, de donde era ciudadano y jurado en cap, de sesenta y cuatro años. Representó al concejo de la ciudad en la corte ente noviembre de 1591 y abril de 1592 y en 1594. En 1585 había sido propuesto como lugarteniente del Justicia. Perteneció a la Real Audiencia desde 1589, pero renunció en 1591 alegando problemas de salud. Aparte de las obras que señala Latassa es autor de *Responsum iuris, in favorem admodum insignis villae Alcanicensis* (Zaragoza, 1603).

²⁵ Aparte de los datos y bibliografía ofrecida en <http://dbe.rah.es/biografias/15622/martin-bautista-de-lanuza>, puede verse una valoración más reciente de su persona en José Ignacio Gómez Zorraquino, *Patronazgo y clientelismo: instituciones y ministros reales en el Aragón de los siglos XVI y XVII*, Zaragoza, Prensas de la Universidad, 2018, p. 449. En esta época se estaba reformando la capilla de N^a S^a de las Nieves en la colegiata del Pilar, que se le había cedido en 1605 y que estaba terminada en 1613, y también poseía otra dedicada a la Anunciación (Olga Hycka Espinosa, *Santa María la Mayor y del Pilar de Zaragoza. Evolución histórica del templo colegial*, Zaragoza, IFC, 2018, pp. 102-103 y 325-341).

²⁶ Asunto estudiado por Alfonso Esponera Cerdán, «*Ne nos fratres predicatores, sed dominicanos appellent... disputas entre dominicos y jesuitas en la Valencia del patriarca (1597)*», en Emilio Callado Estela (ed.), *El patriarca Ribera y su tiempo: religión, cultura y política en la Edad Moderna*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2012, pp. 275-298. Obispo de Barbastro (1616-1624) y Albarracín (1622-1624), donde murió, su proceso de beatificación no prosperó (<http://dbe.rah.es/biografias/21964/jeronimo-bautista-de-lanuza> y, más recientemente, Eliseo Serrano Martín, «Santos que quedaron en el camino. Vidas religiosas y procesos hacia la santidad en la Edad Moderna. Una aproximación con ejemplos aragoneses», en Inmaculada Arias de Saavedra Alías, Esther Jiménez Prado y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (eds. lits.), *Subir a los altares: modelos de santidad en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVIII)*, Granada, Universidad, 2018, pp. 155-185, en concreto pp. 178-190).

²⁷ Firma como Juan Miguel, pero en el f. 26v aparece como Bernardino. Tratan de él Félix de Latassa, *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses que florecieron desde el año de 1500 hasta 1599*, Pamplona, 1798, pp. 412-413 y Jesús Gascón Pérez, *La rebelión de las palabras: Sátiras y oposición política en Aragón (1590-1626)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad, 2003, en especial pp. 231 y 233 y *Alzar banderas contra su rey: la rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II*, Zaragoza, Prensas de la Universidad, 2010, en especial en la p. 231. La obra citada está tomada del Catálogo del Patrimonio Bibliográfico Español: CCPB000708766-7.

Como familiar suyo declaró **Francisco de Gurrea y Aragón**, duque de Villahermosa y conde de Luna²⁸ (ff. 23v-26), sobrino del santo en cuanto hijo de su hermana Luisa de Borja y del duque Martín de Gurrea y Aragón.

SAN FRANCISCO DE BORJA

Aunque su biografía es suficientemente conocida, conviene resaltar aquellos aspectos citados por los testigos, siempre con una visión ejemplarizante propia de este tipo de procesos.

Su hermano Tomás hizo mención de los presagios anteriores a su nacimiento, que había sido revelado mucho antes de producirse a su tía Isabel de Borja (Francisca de Jesús, 1498-1557): cuando entró en el convento de Santa Clara, con gran sentimiento de sus padres, profetizó a su hermano Juan el nacimiento de un hijo al que llamarían Francisco, gloria de la casa ducal en la tierra y en el cielo, según era opinión constante en dicho monasterio (f. 37)²⁹. Este don profético pasaría al santo que aconsejó a su sobrino el futuro duque de Lerma, cuando tuvo «en su mocedad grandes impulso e inspiraciones de dexar el mundo y ser religioso» (f. 18v) y teniendo luego alguna duda, al seguir la vida seglar, sobre si tenía que haber cedido a los mismos, le consoló diciendo que no estaba obligado a seguirlos, porque Dios le quería gobernando su casa y estado «que le haría merced de acrecentarla y aumentarla dándole auctoridad y valor para volver a levantar la dicha casa al estado tan grande que havía tenido en los tiempos antiguos y aún más» (f. 19), según afirmó Batista de

²⁸ <http://dbe.rah.es/biografias/16700/francisco-de-gurrea-y-aragon>. También se recogen las biografías de sus padres: <http://dbe.rah.es/biografias/18322/martin-gurrea-y-aragon> y <http://dbe.rah.es/biografias/28193/luisa-de-borja-y-aragon>. Más recientes son José Alipio Morejón Ramos, *Nobleza y humanismo. Martín de Gurrea y Aragón. La figura cultural del IV duque de Villahermosa (1526-1581)*, Zaragoza, IFC, 2009, y Carmen Morte García, «Luisa de Borja y Aragón, duquesa de Villahermosa y condesa de Ribagorza: La familia Borja del siglo XVI en Aragón», *Revista Borja: Revista de l'Institut Internacional d'Estudis Borgians*, 2, 2008-2009; Actes del II Simposi Internacional sobre els Borja (València-Gandia, 21-23 novembre 2007), pp. 483-527. San Francisco, en carta a su tío Hernando de Aragón (1565) se alegró de las segundas nupcias del duque, porque conociéndole, «era mejor casarse que abrasearse» (Enrique García Hernán, «Francisco de Borja y su familia», *op. cit.*, p. 78), pensamiento que no es original suyo, pues es una cita literal de la primera carta de san Pablo a los Corintios, capítulo 7, versículo 9.

²⁹ <http://dbe.rah.es/biografias/60768/isabel-de-borja>.

Lanuza que le había dicho el arzobispo Tomás de Borja, que también se refirió a ello (f. 36v)³⁰.

El prelado también depuso sobre la precoz vida de piedad del futuro santo: a los cuatro años rezaba diariamente a los pies de su maestro, el doctor Ferrán, «un hombre grave y docto», todas las oraciones de la doctrina cristiana y desde que tuvo uso de razón tuvo confesor fijo, «un canónigo de vida muy ejemplar», con quien se confesaba algunas veces al año y en fiestas solemnes; también le gustaba oír la palabra de Dios, de tal manera que podía repetir lo dicho en los sermones, al tiempo que su abuela sor María y su tía sor Francisca le hacían subir al púlpito y predicar (f. 37).

Su vida peligró durante las Germanías – que llama «Comunidades» – de Valencia al apoderarse de Gandía los agermanados («comuneros»), siendo llevado a Zaragoza, a casa del arzobispo Alonso de Aragón³¹, y luego reclamado por María de Luna, mujer de don Enrique Enríquez, para gozar de su compañía en Baza (ff. 37-37v). Su desafección a los juegos y entretenimiento y su preferencia por las cosas devotas preocuparon a sus familiares, por lo que fue enviado a la Corte, donde creció en virtud, siendo favorecido por los emperadores, que «le casaron de su mano con doña Leonor de Castro, señora muy principal y dama muy privada de la emperatriz y su camarera mayor» (f. 37v), siendo él un «mozo de muy lindo rostro y disposición» (f. 38).

Su famosa conversión, cuando tuvo que llevar el cuerpo de Isabel de Portugal a su tumba en la Capilla Real de Granada (mayo de 1539)³² fue descrita por su sobrino, el duque de Villahermosa, como su «primera vocación» y «primer llamamiento» (f. 24). Su hermano declaró que entonces tuvo una «muy especial lumbre del cielo» sobre la caducidad de las cosas del mundo con «el desprecio de todas ellas y el deseo de procurar las que nunca perecen» (f. 38), tomando una determinación firme de dedicarse «a señor que no se le pudiese morir», que

³⁰ El duque de Lerma intentó entrar en los jesuitas en dos ocasiones, en 1572 y 1621 (Patrick Williams, *El Gran Valido...*, *op. cit.*, p. 42).

³¹ A quien Tomás de Borja llama «tío» en vez de abuelo. Su padre mandó ajusticiar a sus vasallos que habían pretendido adueñarse de Gandía, en una acción que provocó la destrucción del archivo familiar (Enrique García Hernán, *Francisco de Borja, grande...*, *op. cit.*, p. 31).

³² Enrique García Hernán se refiere a este episodio como «un punto difícil de explicar que influirá decisivamente en la vida de Francisco de Borja» (*ibidem*, p. 80). Una valoración de los diferentes historiadores jesuitas la recoge Santiago La Parra López, «Retrato...», *op. cit.*, pp. 61-62.

se vio confirmado cuando Juan de Ávila, «varón apostólico» en su sermón fúnebre trató de ello como si hubiese oído la oración nocturna del santo y leído el corazón³³. Todo ello le fue revelado al mismo tiempo a su tía sor Francisca de Jesús, según esta le comunicó por carta (*ibidem*)³⁴.

Todo esto se lo comunicó al emperador Carlos, que lo nombró virrey de Cataluña, donde destacó por «limpiar la tierra de bandoleros», que constituyó para él la «más sabrosa caza», según el jesuita Ruiz (f. 21v), rigor que también señaló su hermano (f. 38). En ese tiempo incrementó la frecuencia en recibir los sacramentos, en sus oraciones, ayunos y mortificaciones (ff. 38v-39).

Convertido en duque de Gandía a la muerte de su padre, insistió al rey licencia para retirarse a sus estados, para poder gobernarlos y dedicarse a las cosas espirituales. En la última enfermedad de su esposa, rezando insistentemente por su salud, Dios dejó a su elección su salud o su muerte, poniéndola el santo y la de sus hijos en sus manos. Después ella empeoró y murió, quedando viudo a los treinta y cinco años y buscó cumplir la promesa hecha en Granada de que si la sobrevivía entraría en religión (f. 39v).

Así determinó entrar en la Compañía de Jesús, recibéndole en ella desde Roma san Ignacio, con quien se había escrito siendo virrey. El padre Fabro³⁵ llegó a Gandía y le comunicó el estado de su alma; estando allí fundó un colegio para «que tuviesen sus vasallos la doctrina necesaria para su salvación» (f. 40). Allí hizo su profesión secreta con licencia papal, viviendo con hábito de duque y administrando su señorío «porque, por una parte, no podía buenamente renunciar hasta dar orden en cosas y, por otra parte, deseaba muchísimo verse en estado de perfección y obligado a ella con votos» (*ibidem*).

Estando en las cortes de Monzón, en 1547, según fray Lamberto de Espés, «habiéndole tocado ya Nuestro Señor en el corazón» cambió en su conducta (vestido, comida, conversación), tomando solo una escudilla de potaje y un poco de carne y no vistiendo prendas de seda (f. 29).

³³ El funeral fue celebrado por el cardenal de Burgos; según un testigo, san Juan de Ávila predicó el 26 de mayo y el 9 de junio, pero se desconoce si los cortesanos permanecieron el tiempo suficiente para escucharle, aunque Ribadeneira afirmó que ambos hablaron (Enrique García Hernán, *Francisco de Borja, grande...*, op. cit., pp. 80-81).

³⁴ Esta carta «acaso apócrifa» se la escribió su tía, abadesa de las clarisas de Gandía, cuando se dirigía a esta población. Una copia la publicó fray Juan Carrillo en su historia de la fundación de las Descalzas Reales de Madrid en 1616 (*ibidem*, p. 81 y n. 161).

³⁵ San Pedro Fabro (1506-1546), uno de los cofundadores de la Compañía y el primer sacerdote, fue beatificado en 1872 y canonizado en 2013 por el papa Francisco por medio de una «canonización equivalente».

En estos años (1548-1550) dio mucho ejemplo en el gobierno de sus vasallos, criados e hijos y se dedicó a la oración, penitencia, limosnas y obras de piedad, obras de piedad, fundando en Lombay un convento dominico y siendo el sustento de clarisas (*ibidem*)³⁶. Como señor «jamás detuvo el salario de criados ni dilató la paga de cosas que tomase para su casa y servicio de mercaderes» (f. 29v).

Habiendo colocado a sus hijos, en 1550 marchó a Roma para ganar el jubileo y poder vestir el hábito de jesuita, habiendo dejado a su hijo Carlos «unos documentos admirables, llenos de grandísima cristiandad y prudencia» sobre la dirección de su conciencia y el gobierno de sus vasallos³⁷. Marchó con nueve jesuitas, con la firme resolución de no volver más a Gandía, dando muestra de gran devoción y acudiendo a la casa general, donde estaba san Ignacio. Por temor a ser nombrado cardenal, regresó a España y residió en Oñate, entre otras cosas «por estar cerca del lugar donde había nacido» su fundador, renunciando a sus estados, tomando el hábito de jesuita, dedicándose al estudio –y siendo ordenado sacerdote– (f. 40v), acudiéndole a ver su cuñado el duque de Villahermosa, su hijo Álvaro y su hermano Felipe, a los que dio una plática muy fervorosa (f. 25v), permaneciendo allí hasta que fue nombrado comisario general.

Siendo general, el padre Ruiz destacó su solicitud en el gobierno, mayor aún que la que tuvo en su virreinato, buscando evitar las imperfecciones de los religiosos con «exemplo, palabras y cartas escritas a toda la Compañía» (f. 21v).

Su hermano Tomás declaró que tenía «muy alto concepto» de su vida religiosa, fundándose en sucesos conocidos, bien «de oydas y tradición de mis pasados», bien de su trato personal con el santo (f. 37). Refirió cómo se extendió su olor de santidad en toda su tierra y cómo pervivía en el reino de Valencia, citando que el obispo de Cartagena Esteban de Almeida³⁸ acudió a verlo (f. 40) y la opinión favorable de fray Luis Beltrán, entonces ya beatificado (1608) y que sería canonizado junto con él³⁹; de fray Juan Micó «cuya beatificación está en

³⁶ Sobre la fundación dominica, v. Emilio Callado Estela, «Dominicos y moriscos en el reino de Valencia», *Revista de Historia Moderna*, 27, 2009, pp. 109-134, p. 114 y sobre las clarisas, Francisco Pons Fuster, «El mecenazgo cultural de los Borja de Gandía: Erasmismo e iluminismo», *Estudis: Revista de historia moderna*, 21, 1995, pp. 23-44, pp. 31-32.

³⁷ Se refiere a su *Instrucción para el buen gobierno de un señor en sus estados*, escrita en 1552 (Enrique García Hernán, «Francisco de Borja y su familia», *op. cit.*, p. 67).

³⁸ Obispo de Cartagena entre 1546-1563.

³⁹ <http://dbe.rah.es/biografias/12460/san-luis-bertran>.

Roma muy adelante» (aunque no prosperó)⁴⁰ y del franciscano fray Nicolás Factor (beatificado en 1786) (f. 36 v), «franciscano de espíritu profético»⁴¹. Su criado Vázquez Monte cita a Luis de Torres, clérigo de cámara del papa y arzobispo de Monreale (Sicilia)⁴² y al dominico fray Lorenzo de Figueroa, obispo de Sigüenza (f. 33)⁴³.

El jesuita Francisco Ruiz fundamentó su fama de santidad en diferentes aspectos (ff. 21v-22v): justificó su humildad con el testimonio del P. Arauz, sobrino de san Ignacio⁴⁴ y del P. Gil González Dávila (1532-1596)⁴⁵; alude a cómo un jesuita anónimo acudió a su intercesión para librarse de las tentaciones sensuales; se apoya en las referencias de su prima hermana, Ana de Aragón y Guzmán, hija de los duques de Medina Sidonia, esposa del condestable de Castilla Íñigo de Velasco, para referirse al desapego hacia su familia pues no quiso verla durante su estancia en España cuando estaba en Berlanga y cita el testimonio del cardenal Silíceo, arzobispo de Toledo⁴⁶ «que si él hubiera conocido a san Francisco, fundador de los menores, hubiera conocido tres Franciscos sanctos que son Francisco de Asís, Francisco de Paula y Francisco de Borja» (f. 22v). Sobre su fama de santidad, fray Lamberto de Espés alude al testimonio del lego franciscano fray Juan Tejeda «religioso de grande espíritu y santidad con quien comunicaba las cosas de su espíritu muy frecuentemente» (f. 29)⁴⁷.

⁴⁰ <http://dbe.rah.es/biografias/24562/juan-mico>. Cf. también los estudios de Emilio Callado Estela, «Dominicos...», *op. cit.*, pp. 112-114 y «En tierra de infieles. Fray Juan Micó y la fundación borgiana de Santa Cruz de Llobai», en Enrique García Hernán y Enrique García Hernán y María del Pilar Ryan (coords.), *Francisco de Borja y su tiempo...*, *op. cit.*, pp. 223-236.

⁴¹ <http://dbe.rah.es/biografias/8353/beato-nicolas-factor-estana>. Enrique García Hernán, *Francisco de Borja, grande...*, *op. cit.*, p. 17.

⁴² Hubo dos prelados con este nombre, que gobernaron entre 1573-1583 y 1588-1609 (<http://www.catholic-hierarchy.org/diocese/dmonr.html>, consultada el 25 de enero de 2019).

⁴³ Fray Lorenzo Suárez de Figueroa y Fernández de Córdoba fue obispo seguntino entre 1579-1605. Se refiere a una conversación durante el concilio provincial de Toledo, en 1582.

⁴⁴ Sobre Antonio de Araoz (1515-1573): <http://dbe.rah.es/biografias/15507/antonio-de-araoz>.

⁴⁵ <http://dbe.rah.es/biografias/20368/gil-gonzalez-davila>.

⁴⁶ Conocido por su oposición a los jesuitas, asunto tratado por Isabella Ianuzzi, «Mentalidad inquisitorial y jesuitas: el enfrentamiento entre el Cardenal Silíceo y la Compañía de Jesús», *Cuadernos de Historia Moderna*, 24, 2000, pp.11-31.

⁴⁷ <http://dbe.rah.es/biografias/60759/juan-de-tejada>. También aparece como Tejeda, como en Francisco Pons Fuster, *op. cit.*, pp. 32-34.

Con vistas a lograr la beatificación, se insiste frecuentemente en sus virtudes, destacando su espíritu de humildad y penitencia –“retrato de penitencia” le llamó el canónigo Moncayo (f. 21)– y en especial cómo esto le había llevado a perder mucho peso (ff. 16v, 17v, 21, 22v, 25, 28v)⁴⁸, de tal manera que su sobrino estaba seguro de que estaba en la gloria «ya por el llamamiento que tuvo como el discurso de su vida y santas obras y ejercicios» (f. 20).

La beatificación llegó el 23 de noviembre de 1624. Con este motivo el cisterciense Fray Miguel Descartín (futuro obispo de Barbastro, Lérida y Tarazona) predicó en 1625 un sermón en la iglesia jesuita de San Vicente en Huesca (Huesca, 1625)⁴⁹. Unos años después vio la luz el *Sermón que el padre Gabriel Álvarez de la Compañía de Jesús predicó en su colegio de Zaragoza, en la fiesta de San Francisco de Borja, a I. de Octubre, año 1632*, en este mismo año⁵⁰.

La canonización se produjo el 12 de abril de 1671. Fue celebrada con la publicación en Zaragoza al año siguiente de la *Oración panegírica* que predicó el carmelita calzado fray Francisco Alberto de Undiano y Sarasa, en las fiestas celebradas también por los jesuitas oscenses y costeadas en parte por la Marquesa de Coscojuela y su primogénito⁵¹, y de la *Relación de la memorable colgadura de cera, que hizieron los ... Padres de la Compañía de Jesús, del Colegio Imperial de Madrid, en la fiesta de la canonización de San Francisco de Borja... sacada de carta que escribió un cauallero de aquella Corte a otro desta ciudad de Zaragoza*⁵².

Su nombre fue incluido en el Misal Romano en 1688, adjudicándosele como día de su celebración el 10 de octubre⁵³. Con la reforma de san Pablo VI en el nuevo texto de 1970 fue eliminado y su celebración quedó solo como

⁴⁸ Enrique García Hernán se refiere a las referencias a su gordura de los testigos de los diferentes procesos, «acaso para realzar luego sus extraordinarias penitencias» (*Francisco de Borja, grande... op. cit.*, p. 16).

⁴⁹ CCPB000148557-1. Véase sobre él <http://dbe.rah.es/biografias/21927/miguel-descartin-y-arbeza>.

⁵⁰ CCPB000148557-1.

⁵¹ CCPB000561462-7. El ejemplar del fondo documental de las Cortes de Aragón, no recogido por el Catálogo del Patrimonio Bibliográfico Español (que sí menciona el ejemplar de la biblioteca del zaragozano Seminario de San Carlos) está disponible en http://www.cortesaragon.es/fondoHistorico/i18n/consulta/busqueda_referencia.cmd?campo=idautor&id-Valor=4316 (consultado el 26 de enero de 2019).

⁵² CCPB000482855-0.

⁵³ José Antonio Goñi, *Historia del año litúrgico y del calendario romano*, Barcelona, CPL, 2010, p. 361.

facultativa en España y como obligatoria únicamente en Valencia y en los Jesuitas el 3 de octubre.

El Martirologio Romano de 2007 resume su vida con el siguiente elogio el día de su muerte, 30 de septiembre: «En Roma, san Francisco de Borja, presbítero, que, muerta su mujer, con quien había tenido ocho hijos, ingresó en la Compañía de Jesús y, pese a que abdicó de las dignidades del mundo y recusó las de la Iglesia, fue elegido prepósito general, siendo memorable por su austeridad de vida y oración (1572)».

DOÑA GERÓNIMA ZAPORTA Y SOR ANTONIA DE BORJA: DEVOCIÓN Y CONFLICTO EN TORNO A UNA FUNDACIÓN CONVENTUAL EN EL SIGLO XVII ZARAGOZANO¹

ANA MORTE ACÍN
Universidad de Zaragoza

FUNDACIONES PROMETIDAS, fundaciones exitosas o fundaciones frustradas. El tema de las fundaciones conventuales es clave a la hora de entender tanto la religiosidad como las prácticas devocionales de la sociedad en la Edad Moderna. El incremento del número de institutos estuvo muy relacionado con la insistencia desde la jerarquía eclesiástica de la necesidad de oraciones y servicios religiosos, pero también hay que tener en cuenta para entender el fenómeno que para muchos patronos y fundadores los conventos eran instrumentos de poder. Dado que las mujeres eran las depositarias del honor familiar y, en última instancia, las encargadas de mantenerlo, los conventos femeninos ocupaban un lugar importante dentro de las estrategias político-sociales de las grandes familias, no solo en lo concerniente a la elección de los cenobios a los que enviar a sus mujeres, sino también en la puesta en marcha de proyectos fundacionales².

La fundación y el patronato de los conventos constituyó uno de los elementos de consecución de prestigio social de la Edad Moderna, de ahí que encontremos al frente de fundaciones a miembros de la familia real, nobles, oligarcas urbanos o miembros de la jerarquía eclesiástica. En el mundo de las riquezas procedente de los negocios, en el de las fortunas mercantiles y financieras de mayor o menor entidad, también las órdenes religiosas encontraron personas con voluntad de erigir una nueva institución conventual. El afán de protagonismo y reconocimiento de los representantes de la burguesía

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco de los Proyectos de Investigación PGC2018-094899-B-51 y HAR2014-52434-C5-2P, financiados por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

² Ángela Atienza López, *Tiempo de conventos. Una historia social de las fundaciones en la España Moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2008, pp. 15-19.

mercantil y de los negocios, su necesidad de justificación social, sus aspiraciones de ascenso en la escala social y sus preocupaciones religiosas llevaron a distintos representantes de este sector de la sociedad del Antiguo Régimen a enrolarse en este tipo de proyectos³. Este es precisamente el ámbito social en el que se mueve esta investigación puesto que afecta a miembros de la familia Aragón y Gurrea y la familia Borja, es decir, ilustres nombres de la nobleza aragonesa, pero también a la familia Zaporta, una de las familias de mercaderes zaragozanos por antonomasia.

En este trabajo voy a analizar el conflicto que enfrentó a sor Antonia de Borja, religiosa profesa del convento de Jerusalén de Zaragoza, en el siglo doña Felipa de Borja y Aragón, con doña Gerónima Zaporta, sobrina y tía, respectivamente, a causa de la promesa incumplida por parte de doña Gerónima de la fundación de un convento de franciscanas cuya fundadora sería sor Antonia, que, en el fondo, es un conflicto por la parte correspondiente de la herencia de don Gabriel Zaporta. Es este un caso de especial interés porque además de darnos información sobre un tema sobre el que normalmente es difícil obtener datos, el de las fundaciones frustradas y las circunstancias que hay detrás de esos fracasos, nos permite también conocer la historia familiar y el periplo vital de un grupo de mujeres que a pesar de haber sido fundamentales para el devenir de sus linajes no suelen aparecer en la documentación. Sus decisiones, a pesar del poco margen que tenían para tomarlas, en la mayor parte de los casos, fueron decisivas para el futuro de sus descendientes y de sus propios linajes. El apoyo o la ausencia de interés por su futuro de los miembros masculinos de sus familias, de los que dependían, se nos revela también como crucial para entender algunas de las preocupaciones, actitudes y determinación de estas mujeres.

Lo que en un principio apareció como un pleito entre tía y sobrina por cuestiones económicas se ha mostrado como un asunto complejo en el que se entremezclan multitud de aspectos y que nos ofrece una preciosa oportunidad de reconstruir parte de la vida de varias mujeres de dos de las familias más poderosas del reino de Aragón, y a través de ellas reconstruir las estrategias familiares, las luchas por el poder dentro de las familias, las devociones, el patronazgo y las dificultades que en medio de todo ello debían enfrentar las mujeres para defender sus derechos, su posición y su voluntad dentro de ese complejo entramado.

³ *Ibidem*, p. 234.

Para poder entender cómo surge el conflicto entre sor Antonia y doña Gerónima Zaporta, primero hay que reconstruir sus vidas, su genealogía y conocer en qué circunstancias llegaron a 1640, año en el que la religiosa interpone una demanda civil contra su tía por la cuestión de la promesa de fundación incumplida.

Doña Felipa de Borja y Aragón nació entre 1597 y 1599, puesto que en un documento notarial de 1616 se afirma que era mayor de 17 y menor de 20 años. Su madre fue doña Juana Luisa de Aragón, hija de doña Leonor Zaporta y don Francisco de Aragón y Gurrea, VI duque de Villahermosa. Su padre, don Juan Enríquez de Borja futuro marqués de Oropesa. Era el último eslabón de una saga, la de los Zaporta Santángel que a priori abría ante ella un amplio horizonte de posibilidades y una desahogada posición económica⁴, pero las cosas fueron muy distintas y Felipa, convertida en sor Antonia de Aragón pasó su vida recluida en el convento de Jerusalén luchando con sus tíos doña Gerónima Zaporta y Alonso de Villalpando por que le cumplieran la promesa que le habían hecho de fundar un convento en el que ella sería fundadora. El destino de Felipa se había empezado a tejer mucho antes de esos acontecimientos, posiblemente hacia 1590, cuando su abuela, doña Leonor Zaporta dejó huérfana a su madre, doña Juana Luisa, y a merced de la voluntad de un padre más volcado que en el futuro de su hija primogénita en la recuperación del honor y patrimonio familiar primero (debido a los sucesos de 1591) y en la lucha por retener el ducado de Villahermosa después.

Doña Juana Luisa de Aragón se debió ver en una situación difícil a partir de la muerte de su madre, efectivamente, no solo por la orfandad sino por su propia situación personal. ¿Qué sabemos de los antecedentes y de la vida de doña Juana? Su padres, don Francisco de Aragón y Gurrea y doña Leonor Zaporta, se casaron en 1574, cuando doña Leonor tenía 15 años de edad⁵. Ella era fruto del segundo matrimonio de don Gabriel Zaporta, que le unió a doña Sabina Santángel y del que nacieron tres hijos: don Gabriel, que murió muy joven, don Guillén y doña Leonor⁶. Don Francisco de Aragón y Gurrea era el cuarto hijo de don Martín

⁴ Sobre esta familia y su posición económica, ver José Ignacio Gómez Zorraquino, *Los Zaporta: una familia de mercaderes en el Aragón del siglo XVI*, Zaragoza, CAI, 1987.

⁵ Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza [AHPZ], capitulaciones matrimoniales de doña Leonor Zaporta y don Francisco de Aragón y Gurrea, notario Pedro López, 1574, ff. 25r-83r.

⁶ Sobre las relaciones entre las familias Zaporta, Santángel y Villalpando, ver José Ignacio Gómez Zorraquino, *op. cit.*

de Aragón y Gurrea, quinto duque de Villahermosa y sexto conde de Ribagorza. Precisamente don Francisco fue el que negoció con el monarca Felipe II la renuncia al condado de la Ribagorza a cambio de la concesión del condado de Luna. La madre de don Francisco era doña Luisa de Borja y Aragón, hermana del futuro san Francisco de Borja. Don Francisco nació el 6 de diciembre de 1551 en Pedrola, fue VI duque de Villahermosa, noveno y último conde de Ribagorza, primer conde de Luna, señor de las baronías y lugares de Pedrola, Erla, Luna, Torrellas, Los Fayos, Santa Cruz, Cuarte, Monflorite, Alcalá de Ebro, Grañén, Tramaced y del castillo y montes de Sora, caballero de la orden de Nuestra Señora de Montesa y San Jorge de Alfambra y posteriormente también caballero de la orden de Calatrava⁷.

Estuvo siempre muy preocupado por mantener el honor y el legado familiar lo que marcó profundamente su trayectoria. Cuando se produjo la rebelión de 1591 y, posteriormente, la muerte de su hermano don Fernando se convirtió en Duque de Villahermosa y a partir de entonces comenzó su actividad en pos de recuperar el favor de la corona hacia su familia⁸. Su hermano se había casado con doña Juana von Pernstein y será la hija de estos, doña María Luisa de Aragón y Gurrea la que tras un largo pleito consiga el ducado de Villahermosa en detrimento de su tío. Esta preocupación por el legado familiar pudo estar detrás de su decisiones matrimoniales y familiares. Cuando doña Leonor Zaporta, su primera esposa, de la que apenas hay más datos, muere en 1590 a la edad de 31 años, don Francisco solo tiene una hija, doña Juana Luisa de Aragón, ya que el hijo varón que había nacido anteriormente, Martín, había fallecido siendo niño. Así las cosas, y seguramente pensando en tener un heredero varón, don Francisco contrajo segundas nupcias en 1597 con doña Luisa de Alagón y Luna y esto marcó irremediablemente el destino de doña Juana Luisa que a partir de entonces queda relegada a un segundo plano por su padre. De hecho, prácticamente desaparece, y toda la documentación, al hablar de la descendencia de don Francisco hace referencia casi exclusivamente a los hijos que tuvo con su segunda esposa.

Cuando en 1598, es decir tan solo un año después de contraer matrimonio de nuevo, su sobrina reclamó el título de duquesa para ella, todos los esfuerzos de don Francisco se centraron en conservar el título y tras la pérdida de este en

⁷ José Ignacio Gómez Zorraquino, *op. cit.*, p. 29.

⁸ Sobre la rebelión de 1591: Jesús Gascón Pérez, *Alzar banderas contra su rey. La rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010.

1603, en tratar de recuperarlo. De hecho, lo consiguió en parte, ya que casó a una de sus hijas con el hijo de su sobrina Juana, duquesa de Villahermosa, haciendo que el ducado recayera de nuevo en su familia directa⁹.

En esta coyuntura encontramos que doña Juana Luisa había contraído matrimonio con don Juan Enríquez de Borja, en una fecha indeterminada, en los últimos años del siglo XVI. Don Juan Enríquez de Borja era hijo de don Álvaro de Borja y doña Elvira Enríquez de Almansa y Borja, cuarta marquesa de Alcañices y también su sobrina carnal. Nació en Alcañices y fue bautizado el 13 de mayo de 1574. Se crió en Toro y salió muy joven de allí precisamente para casarse con doña Juana Luisa, que era su prima en segundo grado, ya que don Álvaro de Borja era hijo de don Francisco de Borja, posteriormente san Francisco de Borja, y doña Leonor de Castro y Meneses y doña Juana Luisa era nieta de don Martín Gurrea y Aragón¹⁰ y doña Luisa de Borja y Aragón, hermana de san Francisco de Borja¹¹. Como era habitual en las familias privilegiadas los matrimonios cumplían objetivos socioeconómicos y respondían a estrategias familiares definidas, por lo que no es de extrañar que se produjeran enlaces entre parientes más o menos lejanos si así se consideraba conveniente. En este caso, muy posiblemente, el matrimonio entre los jóvenes primos se vio como una oportunidad de unir la rama aragonesa de los Borja con una familia noble castellana, la de la marquesa de Alcañices.

Del matrimonio de doña Juana Luisa y don Juan nacieron dos hijos, un varón que murió a los dos meses y una niña: doña Felipa. Como he señalado, doña Felipa tenía en 1616 más de 17 años pero menos de 20, por lo que su nacimiento debió producirse entre 1598 y 1599, cuando su abuelo paterno ya se había casado en segundas nupcias, se hallaba inmerso en la lucha por recu-

⁹ Sobre la familia Aragón sus conflictos internos y su relación con la Monarquía, ver: Jesús Gascón Pérez, «Hijos de Reyes, rebeldes y cortesanos. La difícil integración de la Casa de Aragón al servicio de la Monarquía Hispánica», en Ricardo Franch Benavent, Fernando Andrés Robres, y Benítez Sánchez-Blanco (eds.), *Cambios y resistencias sociales en la Edad Moderna. Un análisis comparativo entre el centro y la periferia mediterránea de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Sílex, 2014, pp. 379-390.

¹⁰ Don Martín debía sentir un gran afecto por su nieta, ya que en su testamento le deja un diamante «en señal del amor que le tengo», citado por José Alipio Morejón Ramos, *Nobleza y humanismo. Martín de Gurrea y Aragón. La figura cultural del IV Duque de Villahermosa (1526-1581)*, Zaragoza, IFC, 2009, p. 151.

¹¹ Guillermo Lohmann Villena, «El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa en el Perú», en *Anuario de historia del derecho español*, 19, 1948-1949, p. 375-376.

perar la honra de la familia y el pleito por el ducado de Villahermosa estaba a punto de estallar. Desconocemos hasta qué punto estas circunstancias fueron determinantes en las aspiraciones de la joven pareja, si doña Juana Luisa sufrió algún percance en el segundo parto que le impidiera tener más hijos, si existían desavenencias conyugales o cuáles fueron los elementos que influyeron en la decisión de don Juan de abandonar Zaragoza en 1602 para servir a su costa en la armada del Rey en la campaña contra Berbería. Nunca más volvió a la capital aragonesa ni a ver a su mujer ni a su hija, iniciando una nueva vida que le llevaría a convertirse en marqués de Oropesa.

Sabemos, efectivamente, que la vida de don Juan cambió radicalmente tras su salida de Aragón y le llevó a un destino completamente diferente. Tras esa primera campaña, junto a don Juan Cardona, estuvo en las galeras con ochenta escudos de sueldo. El 22 de septiembre de 1606 fue elegido para una plaza de capitán general de una armada con sede en La Habana cuyo objetivo era proteger una serie de enclaves en las Antillas, así como expulsar a los corsarios holandeses¹². Tras haberse firmado la Tregua de los Doce Años, volvió a la península y se estableció en Madrid y allí se concertó el que sería su segundo matrimonio, esta vez con doña Ana María de Loyola Coya, nieta de Sayri Túpac Inca, inca de Vilcabamba y por ello descendiente de la dinastía real incaica por línea femenina. Nacida alrededor de 1593 tras la muerte de su padre, el gobernador de Chile, y su madre, doña Clara Beatriz Coya, se decidió que se trasladase a la península. El viaje de produjo en 1603 y a su llegada se hizo cargo de ella don Juan de Borja y Castro porque este había sido marido de una prima de su padre y por tanto era el familiar más cercano con el que contaba la niña. Vivió con esta familia en las casas que poseían frente al convento de las Descalzas Reales hasta que al cumplir los 18 años Felipe III se decidió a resolver el futuro de la joven princesa. El elegido para convertirse en su marido fue el joven viudo don Juan Enríquez de Borja, sobrino carnal de don Juan de Borja, tutor de doña Ana María¹³. De nuevo la importancia de la familia y las estrategias familiares a la hora de concertar los matrimonios.

La escritura de la capitulación matrimonial entre don Juan y doña Ana María se firmó en Madrid el 23 de junio de 1611, antes de la ceremonia religiosa. Curiosamente, uno de los testigos del novio fue su primo don Carlos de Borja, duque

¹² Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España. Desde 1599 hasta 1614*, Madrid, Martín Alegría, 1857, p. 293.

¹³ Guillermo Lohmann Villena, *op. cit.*, pp. 376-378.

consorte de Villahermosa¹⁴. Dado que doña Ana María era poseedora, vía herencia, de una serie de tierras en Perú, el matrimonio decidió viajar allí para poder velar por sus intereses evitando los inconvenientes derivados de la distancia en lo que se refería a la gestión. Además, habían recibido de Felipe III el título de marqueses de Oropesa, primer título nobiliario que se incorporaba a la sociedad peruana, aparte de los virreyes. En 1614, aprovechando que el primo de don Juan, don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, había sido nombrado virrey del Perú, emprendieron viaje y fijaron su residencia en tierras andinas hasta 1626, año en el que regresaron a la península. Así pues, cuando la hija primogénita de don Juan, doña Felipa de Borja, pactó con sus tíos doña Gerónima Zaporta y don Alonso de Villalpando su entrada en religión, su padre se encontraba en tierras americanas, pero tampoco a su vuelta a la capital parece que tuviera ningún tipo de relación con la entonces ya religiosa. Don Juan volvió a Madrid notablemente enriquecido y vivió en la capital de manera más que desahogada junto a su mujer e hijos. En total tuvieron once, seis niños y cinco niñas¹⁵. Murió en diciembre de 1634, un año de crucial importancia para Felipa, como veremos más adelante.

La temprana salida de Zaragoza de don Juan para emprender una nueva vida debió ser vista por su esposa doña Juana Luisa como lo que era, una partida definitiva, y así se aprecia en la documentación. En 1606, justo cuando don Juan es nombrado capitán de la flota que debía dirigirse a La Habana, se firman unas nuevas capitulaciones matrimoniales. Dadas las circunstancias el documento va encaminado a preservar los bienes de doña Juana Luisa y evitar que don Juan pudiera disponer libremente de toda la dote. Ya en ese año, tal y como indica la capitulación, don Juan había vendido bienes correspondientes a la dote de su esposa por valor de 18.640 libras jaquesas entre censales, casas, joyas y objetos varios. Además, don Juan había recibido de su suegro:

... la suma y cantidad de quatro mil novecientas y veynte y seys libras jaquesas de contado por la resta cumplimiento y fin de pago de aquellas nueve mil novecientas y ocho libras que se le hizo de alcance y fue condenado el dicho señor Duque a dar y pagar a la dicha señora doña Juana de Aragón su hija, así por la partición que con aquella hizo el doctor Juan López de Baylo juez partitivo[...] por la sentencia arbitral dada por micer Pedro Luis Martínez doctor en derecho la qual fue fecha a veynte seys días del mes de setiembre de año mil quinientos noventa y siete¹⁶.

¹⁴ *Ibidem*, p. 377.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 376-392.

¹⁶ AHPZ, Capitulaciones matrimoniales de don Juan Enríquez de Borja y doña Juana Luisa de Aragón, notario Juan Francisco Ibáñez de Aoiz, 1606, ff. 1378-1379.

Es decir, a través de este documento, sabemos que, al contraer matrimonio por segunda vez en 1597, don Francisco de Aragón firmó una concordia con su hija sobre su herencia. A continuación, y una vez especificada de nuevo la cantidad a la que ascendía la venta de diversos bienes de doña Juana se señalan aquellos sobre lo que don Juan no tenía derecho, es decir, no podía vender ni enajenar por ningún medio.

Con un padre demasiado ocupado en sus asuntos y un marido ausente, doña Juana Luisa usó una de las pocas herramientas que tenía a su alcance para intentar proteger y asegurar el futuro de su hija: su testamento. De hecho, su mayor preocupación era el destino de su hija Felipa y por eso se encarga de definir con quién quería que se quedase la niña cuando ella falleciera. Obviamente no pensó ni el padre de la criatura ni en el abuelo, puesto que ambos habían dado muestras de que el futuro de la niña no era una de sus prioridades. El 17 de enero de 1610, estando ya enferma, expresa así su última voluntad:

Suplico a la Ilustrísima Señora Condesa de Guimerá sea servida de tener en su casa y compañía a la dicha doña Phelipa Hernández de Borja mi hija a la qual mando que sirva y obedezca a su señoría como mi propia persona y quiero que mis executores infraescritos le señalen lo que les pareciere que por sus alimentos se le devieren de dar.

Item dexo tutores y cuidadores de la persona y bienes de la dicha mi hija y heredera durante la menoría de edad de aquella y executores del presente mi último testamento[...] a los señores Ilustrísimos Don Francisco de Gurrea y Aragón y doña Luisa de Alagón duques de Villahermosa y condes de Luna, mis señores padres, don Gaspar de Castro y doña Anna de Heril [sic] condes de Guimerá y al dicho señor don Juan Henríquez de Borja mi señor y marido...¹⁷.

Don Gaspar Garcerán de Pinós y Castro era hijo de don Felipe Garcerán de Castro y doña Ana Gurrea y Aragón, hija de don Martín Gurrea y Aragón y doña Luisa de Borja, por lo que era su primo hermano, ya que doña Ana era hermana de su padre. Doña Juana Luisa no tenía hermanos, aunque sí medio hermanos del segundo matrimonio de su padre, pero en cualquier caso decidió dejar a su hija con su primo, quizá por tener con él una relación más estrecha¹⁸.

La cuestión importante para el pleito que nos ocupa es que tras la muerte de doña Juana Luisa, doña Felipa se convirtió en la heredera universal de la

¹⁷ AHPN Testamento de doña Juana Luisa de Aragón, Diego Fecet, 1610 ff. 54rv.

¹⁸ La única mención a otro familiar en su testamento es para su primo hermano don Juan de Aragón (posiblemente hijo de su tío don Martín Diego de Gurrea y Aragón) a quien deja 1.200 sueldos para guantes. AHPZ, *Ibidem*, f. 53v.

herencia de doña Leonor Zaporta, su abuela. A partir de este momento no hay más noticias de doña Felipa hasta 1616 cuando aparece viviendo con doña Gerónima Zaporta y don Alonso Villalpando, sus tíos segundos por parte de madre, y pactando con ellos los términos en los que se iba a producir su entrada en religión.

Es aquí donde entra en escena la otra protagonista del pleito: doña Gerónima Zaporta. Veamos ahora los datos que conocemos de ella. Don Gabriel Zaporta se casó en primeras nupcias con doña Jerónima de Albizu y tuvieron dos hijos: Isabel y Luis. Don Luis Zaporta se casó con doña Mariana de Albión y Reus, hija del noble Jerónimo de Albión y Reus, el 15 de enero de 1574. De este matrimonio sobrevivió una única hija: doña Gerónima Zaporta. Por tanto, don Luis Zaporta y doña Leonor Zaporta eran hermanastros y a la postre herederos de don Gabriel Zaporta¹⁹.

Además de a doña Jerónima, don Luis tuvo tres hijos naturales: Luis, Isabel y Catalina. A este respecto en 1599 encontramos el siguiente documento:

Yo Catalina Zaporta doncella habitante de la ciudad de Zaragoza de grado otorgo haber recibido de los señores don Alonso de Villalpando y doña Gerónima Zaporta conyuges domiciliados en la dicha ciudad y por mosen Gerónimo Castillo, 1333 sueldos y 4 dineros jaqueses los quales son por dos tercios de aquellos 2000 sueldos que por razón de alimento me dan y pagan²⁰.

El mismo año otorgó testamento Isabel Zaporta, que dijo ser nieta de don Gabriel Zaporta y mujer de Blasco Pozuelo. Estando embarazada dejó todos sus bienes a sus hijos póstumos y deseaba ser enterrada en la Seo en la capilla de don Gabriel Zaporta²¹. Seguramente estas dos mujeres eran las hermanastras de doña Gerónima que siguiendo el testamento de su padre se ocupaba de ellas: «Quiero, ordeno y mando que a Luis Zaporta, y a Isabel y Catalina Zaporta, mis hijos naturales, les sean dado a cada uno de ellos por mi heredera universal en cada uno, mil sueldos para alimentarse». Además, estipulaba que el hijo debía ser religioso, posiblemente para que no pudiera reclamar posteriormente ningún derecho sobre la herencia de su padre o su abuelo²².

¹⁹ José Ignacio Gómez Zorraquino, *op. cit.* p. 24.

²⁰ AHPZ, Época de Catalina Zaporta a doña Gerónima Zaporta, notario Juan Francisco Andrés, 1599, f. 360r.

²¹ AHPZ, Testamento de doña Isabel Zaporta, notario Juan Francisco Andrés, 1599.

²² Testamento de don Luis Zaporta, 1580. Citado por Gómez Zorraquino, José Ignacio, *op. cit.* p. 28.

De otro lado, la madre de doña Gerónima, doña Mariana, se casó en segundas nupcias con don Lupercio Leonardo Argensola en 1587. Tuvieron dos hijos, una niña que murió a los pocos días de nacer, y don Gabriel Leonardo de Albión, que sí mantuvo relación con su hermanastra Gerónima.

Doña Gerónima, por su parte, se casó con don Luis Alonso de Villalpando el 16 de octubre de 1591 y no tuvieron hijos. Don Luis Alonso de Villalpando nació en 1570. Fue un caballero zaragozano hijo de don Antonio de Funes, barón de Quinto, y doña Ana de Santángel, ocupó diversos cargos, como por ejemplo, regidor del Hospital de San Felipe y Santiago de Zaragoza, y fue también diputado del Reino. En las capitulaciones matrimoniales firmadas ante el notario Jerónimo Andrés ambos aportaron numerosos bienes al matrimonio fruto de las herencias recibidas fundamentalmente de sus abuelos pertenecientes a los Zaporta y los Santángel, dos de las familias más poderosas de Zaragoza²³. Sin embargo, la parte de la herencia que estaba en manos de doña Felipa de Borja, no era nada despreciable, y por eso se entiende el interés de doña Gerónima en que recayese en sus manos.

No se conoce hasta el momento cuál era la relación familiar entre los descendientes de los dos matrimonios de don Gabriel Zaporta, pero hemos visto que doña Juana Luisa de Aragón no dejó a su hija a cargo de su prima doña Gerónima, ni siquiera la nombra, aunque al final sea ella quien se haga cargo de la niña.

En la demanda de 1640 que doña Felipa interpuso contra su tía afirmaba que «estando en la cassa y compañía de vmd, dicha señora Gerónima Zaporta y del dicho señor don Alonso Villalpando, por sí y mediante mossen Gerónimo Belenguer y otras personas, hizieron mucha persuasión y instancia a la dicha doña Antonia de Borja y Aragón para que fuese monja»²⁴. Estas palabras de sor Antonia parecen indicar que, antes de la decisión de entrar en el convento, vivía en casa del matrimonio Zaporta-Villalpando, lo que explicaría que la presión que ejercieron sobre ella para que profesara resultaran efectiva. Si Felipa acabó viviendo con sus tíos fue porque los condes de Guimerá no se hicieron cargo de ella porque no quisieron o no pudieron, ya que esta había sido la voluntad de su madre. Pero tampoco su padre ni su abuelo, que eran los siguientes en la lista elaborada por doña Juana²⁵. Esa soledad y el ser consciente de estarlo segura-

²³ José Ignacio Gómez Zorraquino, *op. cit.* pp. 85-88.

²⁴ AHN, Clero Regular-Secular Leg. 8606 Requesta de sor Antonia de Borja, sf.

²⁵ Don Gaspar Garcerán de Pinós, a quien la madre de doña Felipa había encomendado el cuidado de la niña murió en 1638.

mente la harían más vulnerable a las coacciones del matrimonio Zaporta-Villalpando. En la misma demanda, doña Felipa explica cómo fue esa presión y cuáles sus sentimientos al respecto:

Estando en casa y compañía mediante mosen Belenguer y otras personas hizieron mucha persuasión y instancia a la dha doña Antonia de Borja para que fuesse monja y no le teniendo entonces dispuesta su voluntad para ello respondió a las personas que le hazían instancia y persuadían a ello que no quería ser religiosa que si lo hazían porque les dexasse su hazienda que era mal modo para obligarla y otras muchas palabras y razones que consta y constarán²⁶.

He aquí una de las claves del asunto: la hacienda de doña Felipa, es decir, la herencia de don Gabriel Zaporta que había llegado a ella a través de su abuela y su madre. Esta era la parte fundamental, pero doña Juana Luisa también había heredado parte de los bienes de su tía abuela doña Ana Santángel, y posteriormente aquellos de su tío don Guillén Zaporta²⁷.

Dado que no parece que contase con apoyos que le permitieran otra elección, doña Felipa finalmente aceptó entrar en el convento de Jerusalén, pero al menos intentó conseguir algo a cambio. Una compensación. Es por eso que puso una condición para profesar:

... que si dios no les daba hijos de aquel matrimonio (a doña Gerónima y don Alonso) que con la hazienda de la dicha doña Antonia de Borja y Aragón y la de los dichos señor don Alonso Villalpando y vuestra merced señora doña Gerónima Zaporta se fundasse un convento de religiosas franciscas [...] habiendo de ser en dicho caso la fundadora del dicho convento²⁸.

Las fundaciones no eran solo obras piadosas y devocionales, sino también herramientas para la consecución de prestigio social y reputación, tan importantes en la sociedad del Antiguo Régimen. En palabras de Ángela Atienza: «Además de una manifestación de devoción y religiosidad, un convento fue para muchos de sus fundadores y patronos un dispositivo de producción y reproduc-

²⁶ AHN Clero Regular-Secular leg. 8606, Requesta de sor Antonia sf.

²⁷ Doña Ana Santángel, hermana de doña Sabina Santángel otorgó testamento el 9 de enero de 1592 dejando como herederos a su hermana Eufrasia, a su sobrina doña Juana, a don Guillén Zaporta y don Alonso Villalpando, también sobrino aunque en este caso por parte de su hermana doña Beatriz Santángel. Don Guillén Zaporta era hermano de doña Leonor Zaporta y por tanto tío de doña Felipa. Aún hubo otro hermano, don Gabriel Zaporta que debió morir siendo muy joven.

²⁸ AHN Clero Regular-Secular leg. 8606, Requesta de sor Antonia sf.

ción del poder»²⁹. Así, es fácil de comprender que para doña Felipa convertirse no solo en religiosa sino en fundadora fuese una manera de conservar la posición social que le correspondía por nacimiento además de seguir siendo visible y reconocida. Por eso, que no cumplieran con esa promesa le llevó a demandar a su tía.

Según se desprende de su relato, cuando intentaban convencerla de que entrase al convento, le explicaron que don Alonso de Villalpando hacía muchos años que tenía el deseo de fundar un convento de religiosas franciscas si no tenían hijos. Sin embargo, es la única noticia que hay al respecto, ya que lo que sí sabemos es que don Alonso mantenía una estrecha relación con la orden cartujana que se alargaba en el tiempo. Esta amistad se extendió a doña Jerónima que tomó como confesor a don Orencio Clavería y además, la pareja hizo algunos regalos y ayudó económicamente en las fundaciones de Aula Dei y Nuestra Señora de Fuentes³⁰. No es de extrañar, por tanto, que el testamento de don Alonso refleje este compromiso con la orden cartujana y la voluntad de convertirse en protector de la orden acometiendo la fundación de una nueva cartuja. Así lo expresa en su testamento otorgado en 1630: «Lo más presto que se pudiera y dentro del Reyno de Aragón y no fuera del, es a saber un monasterio combento debaxo de la Regla Orden e Instituto de la Cartuxa, so la innvocación de la Purísima e Inmaculada Concepción»³¹. Era 1630, la promesa de la fundación ya se le había hecho a sor Antonia, que de hecho llevaba entonces 13 años como religiosa, pero desde luego no parece que un convento de franciscanas estuviera entre sus planes.

El 22 de abril de 1616 se firmó una concordia que fijaba los términos en los que debía producirse la entrada de doña Felipa en el convento. Se trata de un arbitrio al que se sometieron las partes, por lo que quizá el acuerdo no había sido tan fácil como pudiera parecer. En este documento se afirma que Felipa había declarado que hacía tiempo que tenía «intento y deseo muy grande de entrar y ser religiosa en el monasterio de Jerusalén de la orden de San Francisco de la dicha ciudad (es decir de Zaragoza) y hacer en él legítima y canónica profesión». A raíz de este deseo se pactaron con Gerónima Zaporta una serie de cuestiones económicas que, fundamentalmente, iban encaminadas a asegurar

²⁹ Ángela Atienza López, *op. cit.*, p. 17.

³⁰ Elena Barlés, *op. cit.* p. 324

³¹ AHPZ Notario Nicolás Cascarosa, 1630, Testamento de don Alonso de Villalpando, f. 2950v.

que todos los bienes de la joven pasasen a doña Gerónima en el caso de que doña Felipa entrase en el monasterio, en el caso de que falleciera durante el noviciado e incluso en el caso de que doña Gerónima muriera durante el noviciado de doña Felipa. Además, se comprometía a otorgar testamento antes de la profesión dejando como heredera universal a su tía³². Efectivamente, en marzo de 1617, unos días antes de profesar, sor Antonia hizo testamento a favor de doña Gerónima³³.

A cambio, doña Gerónima Zaporta se comprometía a dar a doña Felipa 80.000 sueldos jaqueses en dinero de contado, repartidos de la siguiente manera: “20.000 sueldos el día que la dicha doña Felipa hiciera canónica profesión en el dicho monasterio, 20.000 dentro del tiempo de tres años del sobredicho día de su profesión en adelante contados los restantes 40.000 dentro del tiempo de un año contadero del día de su fin y muerte³⁴”.

Además, doña Gerónima tenía que pagarle a doña Felipa desde el día que profesara y durante toda su vida, «para ayuda de las necesidades que en su religión se le pudieren ofrecer le aya de dar y de cada un año 6000 sueldos jaqueses de annua renta pagaderos por tercios de quatro en quatro meses». Y le obligaban además a que entregase albarán o recibo de los pagos³⁵.

También se preveía que en el caso de que doña Felipa por motivos de salud o «por otra cualquier causa se saliese del dicho monasterio y dexare el hábito del y por esto dexare de hazer en él legítima y canónica profesión» en ese caso todo lo recogido en el acuerdo quedaba invalidado³⁶.

Hasta aquí, estaríamos ante una historia más de una mujer obligada por las circunstancias a entrar en religión, por un lado, y la habitual maniobra de las grandes familias para proteger su patrimonio, por otro, pero más allá de la posible tensión previa a la decisión de doña Felipa, no hay aparentemente ningún conflicto. Además, existe constancia documental de que doña Gerónima fue

³² Este tipo de testamentos de religiosos justo antes de profesar era habitual, ya que la entrada en la orden religiosa suponía la muerte de estos para el mundo. Además, los religiosos no podían heredar los grandes bienes familiares, lo que se utilizaba como un medio de preservar la integridad de los patrimonios y que no acabaran quedando en manos de las órdenes religiosas.

³³ AHPZ Notario Diego Fecet, 1617, Testamento de sor Antonia de Borja, ff. 469-470.

³⁴ AHN Clero Regular-Secular leg. 8606, Concordia 1616, sf.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ *Ibidem*.

pagando puntualmente la renta a sor Antonia, así que el problema tampoco venía por que no se cumpliera con lo pactado en 1616³⁷.

Sin embargo, lo que no aparece en ese documento es la promesa de fundar un convento de franciscanas que es la razón por la que sor Antonia inicia el pleito. No sabemos si doña Felipa intentó que quedara por escrito y su tía se negó o cómo se trató el asunto. Lo cierto es que tras la muerte de don Alonso de Villalpando en 1630, sor Antonia vio cómo, teóricamente, se cumplía la condición para que la fundación de su convento se hiciera realidad: el matrimonio de sus tíos no había dejado hijos. Empieza aquí una espera que finalmente se le hizo insoportable. Las noticias que seguramente tuvo desde el exterior de los movimientos de su tía no debían ser esperanzadores. En 1630 doña Gerónima Zaporta se reunió con miembros de la orden cartujana para poner en marcha la fundación que su marido había dejado ordenada en su testamento. La puesta en marcha del proyecto no estuvo exenta de dificultades, que se podrían resumir en dos: la primera, la diferente visión de los tiempos y formas en los que debía llevarse a cabo la fundación: la orden cartujana prefería avanzar lentamente y doña Gerónima se mostraba más deseosa de actuar rápidamente, imponiendo además sus condiciones. La segunda, que es la que más me interesa aquí, es la cuestión económica. Cuando doña Gerónima se dirigió a los cartujos para informarles del proyecto les comunicó que estaba dispuesta, además, a renunciar al usufructo de la herencia de su marido para poder hacer frente a los gastos de la fundación. Sin embargo, cuando se produjo la reunión entre ambas partes y se revisó el inventario de bienes de don Alonso salió a la luz que la supuesta fortuna no era tal, ya que las deudas acumuladas hacían que hubiera una carga de 563.869 sueldos, lo que lógicamente llevó a los cartujos a desentenderse del proyecto y «se despidieron empeñando a la señora a el desempeño de la herencia si quería fundar»³⁸.

En los siguientes tres años, doña Gerónima administrando directamente la herencia de su marido consiguió saldar las deudas y sanear las cuentas y, para mostrar un mayor compromiso ante los padres cartujanos y deseosa de que la fundación se realizara lo más pronto posible para poder verla en vida, ordenó en su testamento que todos sus bienes fueran a la orden cartujana. Tras unas serie de arduas negociaciones, en las que la promesa del legado de su fortuna

³⁷ En el AHPZ hay una época de 1643, justo antes de firmar la última concordia en la que se hace referencia al pago correspondiente a un tercio de los 6000 sueldos de renta anual.

³⁸ Elena Barlés, *op. cit.* p. 326.

parece que tuvo gran peso, el 20 de agosto de 1634 se redactaba la capitulación y concordia de la fundación de la Cartuja de la Inmaculada Concepción firmada por una parte por los padres Orencio Clavería, don Luis Vera y don Lorenzo Magallón y por la otra, doña Gerónima Zaporta, doña Isabel Villalpando y don Gabriel Leonardo Argensola y Albión³⁹. A la luz de estos datos parece lógico pensar que doña Gerónima necesitaba contar con la herencia de sor Antonia para poder sacar adelante el proyecto de la Cartuja, o al menos era evidente la imposibilidad de llevar a cabo dos fundaciones. Doña Gerónima no se limitó a cumplir el deseo de su marido sino que por medio de unas duras negociaciones consiguió arrancar a la orden cartujana una serie de condiciones que le otorgaban gran protagonismo. En las capitulaciones los cartujos accedieron a que tuviera el título de fundadora, a que se le dedicasen junto a su marido todas las misas conventuales y a que pudiera elegir al patrón de la nueva fundación⁴⁰. Está claro pues, que de igual manera que para sor Antonia, la cuestión de ser nombrada fundadora era importante para doña Gerónima⁴¹.

Así las cosas, en 1640 sor Antonia envía una requesta a su tía doña Gerónima en la que, además de recordar cómo se produjo su entrada en el convento y la promesa que se le hizo al respecto, señala que una vez muerto don Alonso y a fin de que se llevara a cabo la fundación del convento:

... habiendo llegado el caso de haberse de hacer la fundación por haver muerto el dicho don Alonso sin hijos la dicha doña Felipa[...] por sí y mediante algunas personas de mucha calidad y preeminencia de esta ciudad y reyno ha hecho diversas instancias y recados a vm doña Gerónima Zaporta para que cumpliesse la promesa que le había hecho entregandole la hazienda que la dicha doña Felipa de buena fe le dexo por su testamento antes de hacer su profesión canónica y vmd la ha llevado con diversas razones dandole buenas esperanzas de que cumpliría lo que se le había ofrecido para que se hiziese la fundación⁴².

Esta requesta finaliza exhortando a doña Gerónima a que inicie el proceso:

... por tanto, requiere a vmd dicha doña Gerónima Zaporta una, dos y tres vezes y todas aquellas que conforme a fuero deba y tenga obligación alguna, restituia y de

³⁹ *Ibidem*, p. 328-329.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 329.

⁴¹ A pesar de que la fundación era un hecho desde 1634, primero la ubicación en Alcañiz y después la dilación en el inicio de la obra en su ubicación definitiva, impidieron que doña Gerónima viera finalizada la obra. *Ibidem*, pp. 331-338.

⁴² AHN Clero Regular-Secular leg. 8606 Requesta de sor Antonia de Borja, sf.

libre y entregue a la dicha doña sor Antonia de Borja todas las cantidades de bienes y universal herencia a ella tocantes y pertenecientes a dicha en fuerza de las capitulaciones matrimoniales como en fuerza del testamento de doña Juana de Aragón, su madre, la cantidad de 100.000 libras jaquesas⁴³.

Al parecer la requesta no tuvo éxito y el 3 de julio de 1640, por medio del procurador don Pedro Gascón se interpuso una demanda civil contra doña Gerónima Zaporta por los bienes en litigio. Los demandantes eran sor Antonia de Borja, don Miguel Balsa, síndico de la orden franciscana de Zaragoza y el reino de Aragón, y don Pedro Apaolaza, arzobispo de Zaragoza. En ella se hacía un repaso por los argumentos ya expuestos en la requesta que básicamente eran la legitimidad de sor Antonia como heredera de los bienes de su abuela doña Leonor Zaporta y luego de su madre doña Juana Luisa de Aragón, se recuerdan las circunstancias y condiciones que llevaron a sor Antonia a entrar en el convento de Jerusalén, y el incumplimiento de la promesa dada por doña Gerónima Zaporta, por lo que consideraban que tanto la concordia de 1616 como el testamento de sor Antonia de 1617 eran nulos y, por consiguiente, doña Gerónima Zaporta debía restituir la integridad de la herencia recibida a la religiosa. Tal y como habían hecho en la requesta estimaban que la cantidad a devolver era de 100.000 libras jaquesas que serían empleadas en la fundación del convento de franciscanas.

Además, proponían una lista de testigos formada por:

- Mosen Gerónimo Belenguer (el religioso que en compañía del matrimonio Zaporta-Villalpando instó a Felipa a profesar y que también habría sido testigo de la promesa de la fundación),
- Padre Domingo Selguer,
- Las religiosas del convento de Jerusalén: sor Juliana Samper, sor Catalina Borau, sor Isabel Ruiz, sor María Samper, sor Antonia Bermúdez, sor Juana Ruiz, sor Anna Carrillo, sor Lucía Lizarbe, sor Martina Lacambra, sor Gerónima Navarro, sor Jusepa de Agramonte, sor Basilia Nadal, sor Thomasa Fañanás, sor Magdalena Ardit, sor Leonor Abarca, sor Eufrasia Embún y sor Francisca de la Cruz.

Ante la interposición de la demanda, doña Gerónima Zaporta pidió y obtuvo una jurisfirma en noviembre de 1640 para detener el proceso. En la justificación de la petición explica que:

⁴³ *Ibidem*.

... a 12 días del mes de noviembre de 1640 o en otro más verdadero día del dicho mes, mediante un cartel fue citada civilmente a la instancia de sor Antonia de Borja, don Miguel de la Balsa y el arzobispo de Zaragoza, para que fuera a la Real Audiencia por sí o por procurador suyo legítimo a ver dar, oyr y responder a una demanda civil que por parte de la sobredicha se hacía de dar [...] ⁴⁴.

El 13 de noviembre del año de 1640, doña Gerónima Zaporta fue a la audiencia en la que los demandantes pidieron que fuera condenada a «liberar unas casas grandes y portales pequeños a ella contiguos» para que sor Antonia hiciera lo que quisiera con ellos ⁴⁵. Estas casas formaban parte de la herencia y aparecen tanto en el testamento y capitulaciones de doña Leonor Zaporta como de doña Juana Luisa de Aragón. Eran una casas sitas en la parroquia de San Felipe y en las que aparentemente vivía doña Gerónima. Además se pide la restitución de los censales y todos los demás bienes que según los demandantes disfrutaba ilegalmente.

Doña Gerónima Zaporta, por su parte, solicitó, como he señalado amparo a la corte del Justicia, mediante una jurisfirma, para que se cumpliera el testamento que libre y legalmente había otorgado sor Antonia. La Corte del Justicia dio la razón a doña Gerónima y exigió a las partes que no contravinieran el testamento en perjuicio de doña Gerónima.

A pesar de esta medida, el proceso debió seguir adelante porque el 17 de febrero de 1642 doña Gerónima Zaporta obtuvo una segunda jurisfirma en relación al mismo pleito. En este caso hace referencia a que en los plazos legales que se les dieron a las partes para probar sus argumentos esto no se cumplió, por lo que no se le podía exigir que renunciara a ninguno de los bienes. También, en principio, parece que consiguió el favor de la Corte del Justicia, pero tampoco esta vez fue suficiente ⁴⁶.

Aún contamos con otro documento en el que doña Gerónima exponía su argumento de defensa. Se trata de un cuadernillo impreso, sin fechar, con el título: *Memorial en derecho por el que tiene doña Gerónima Zaporta a los bienes que fueron de doña Felipa de Borja su sobrina, monja profesa de Jerusalén en virtud de vínculos* ⁴⁷. En este documento, se hace referencia al testamento de don Gabriel Zaporta y especialmente al pasaje que explica cómo proceder en el caso

⁴⁴ AHN Clero Regular-Secular leg. 8606 Jurisfirma de doña Gerónima Zaporta de 1640, s.f.

⁴⁵ AHN Clero Regular-Secular leg. 8606 Demanda de sor Antonia de Borja, sf.

⁴⁶ AHN Clero Regular-Secular leg. 8606 Jurisfirma de doña Gerónima Zaporta de 1642, s.f.

⁴⁷ AHN Clero Regular-Secular leg. 8606, sf.

de falta de sucesores de doña Leonor Zaporta. En ese caso todos los bienes heredados por Leonor debían pasar a los descendientes de don Luis Zaporta, padre de doña Gerónima. Dado que según la legislación vigente, y como expresamente se indica en el testamento, no eran susceptibles de ser designados como herederos los religiosos ni los «mentecatos», sor Antonia no podría reclamar la herencia de su abuelo, ya que desde el día en que hizo profesión canónica, murió para el mundo y por tanto, doña Gerónima se convirtió, como legítima heredera de su padre don Luis Zaporta, en la destinataria de todos los bienes.

Tenemos así perfiladas las dos estrategias de defensa de cada una de las partes. Sor Antonia exige la nulidad tanto de la concordia de 1616 como del testamento que otorgó en 1617 puesto que ambos documentos se redactaron bajo la promesa, condición según ella *sine qua non*, de la fundación de un convento de franciscanas en el que ella sería fundadora si el matrimonio Zaporta-Villalpando terminaba sin hijos. El incumplimiento de esta premisa invalidaba todo lo pactado anteriormente y por tanto, exigía que le fuera devuelta su herencia. De hecho, sor Antonia, no tenía vocación religiosa en un primer momento, como ya se ha visto.

Por su parte, doña Gerónima expone que en el momento en el que doña Felipa profesó como religiosa perdió todos sus derechos sobre la herencia materna, independientemente de lo acordado o pactado, por lo que ella era la legítima heredera de todos los bienes de la herencia Zaporta. Posiblemente el *quid* de la cuestión para los magistrados estuviera en determinar si efectivamente doña Felipa fue coaccionada para tomar la decisión de convertirse en religiosa, máxime cuando esa era la condición que permitía a doña Gerónima hacerse con toda la fortuna familiar. De hecho, en el Memorial se dice expresamente que el día que doña Felipa hizo profesión, doña Gerónima automáticamente se convirtió en heredera.

Que la entrada en religión no hubiera sido libre y voluntaria podía suponer un argumento favorable a sor Antonia que además contaba con testigos tanto de la promesa inicial como de las de los años sucesivos. Sin embargo, en ningún caso sor Antonia afirmó que la profesión en sí fuera contra su voluntad, ni expresó en los primeros años de su vida como religiosa su rechazo a la vida monástica. Esto tenía también su importancia.

En el Concilio de Trento se había tratado el tema de las profesiones forzosas que junto a los matrimonios contra la voluntad de los contrayentes parece que estaban más extendidos de lo que era deseable. Para frenar esta dinámica en la que las familias obligaban a las mujeres a profesar o las enviaban a los conventos a edades muy tempranas, a veces con 4, 5 o 6 años, con la excusa de recibir una

buena educación, pero con el objetivo final de que no conociendo otra realidad «se decidiesen» por la vida religiosa, el Concilio de Trento acordó varias medidas: El *caput XV* del *Decretum de regularibus et monialibus* establecía como edad mínima para la profesión solemne los dieciséis años cumplidos, en el *caput XVII*, se decretaba la obligatoriedad de llevar a cabo una valoración de la voluntad de las novicias por medio de una entrevista privada con el obispo y en el *caput XIX* se preveía la posibilidad de recurrir durante los primeros cinco años desde la profesión, si esta había sido forzada⁴⁸.

Sor Antonia, por tanto, tomó los hábitos por la promesa de la fundación, sí, pero no contra su voluntad, y doña Gerónima se había convertido en la heredera legítima de todos sus bienes por medio de lo que parecía un engaño, o al menos una jugada no muy limpia, pero legal, a fin de cuentas. El litigio parecía encallado y con visos de alargarse en el tiempo, lo que no favorecía a ninguna de las partes. Así, el 22 de diciembre de 1643 se llegó a un acuerdo extrajudicial. Una concordia entre ambas aceptando el arbitrio de don Diego Gallan y Alayeto, canónigo doctoral de la Seo y don Diego Antonio Antín, procurador fiscal del reino.

En el preámbulo de esta concordia se dan efectivamente las razones que habían llevado a buscar un arbitraje y es que ante la dilación en la resolución del conflicto: «en cuya prosecución las dichas partes havían de gastar diversas cantidades de dinero y que se avia de estragar y perder la buena voluntad y correspondencia que entre las unas y las otras han y deven tener» se habían determinado a aceptar el arbitrio⁴⁹.

También al inicio de la resolución se añade como causa de la redacción de la concordia la supuesta buena voluntad de doña Gerónima que deseaba «aumentar en alguna cantidad la annua renta que tiene la dicha señora su sobrina, y assí mesmo dexar alguna cantidad al dicho monasterio y convento en memoria de haver llevado su santo hávito y en el hecho la dicha canonica profesión [...]»⁵⁰.

Con estos presupuestos y una vez vueltos a exponer todos los precedentes, los árbitros dictan sentencia en los siguientes términos:

Condenamos a la dicha señora doña Gerónima Zaporta [...] haya de dar y pagar y dé y pague a las dichas señoras abadesas, monjas del dicho monasterio de Jerusalén

⁴⁸ Giovanna Fiume, «Profesiones religiosas forzadas y estrategias judiciales: sor Anna Magdalena Valdina», en *Studia Histórica. Historia Moderna*, 40, 2, 2018, pp. 34-35.

⁴⁹ AHN Clero Regular-Secular leg. 8606 Concordia de 1643.

⁵⁰ *Ibidem*, f. 256r.

y a la dicha señora sor Antonia Madalena de Borja la suma y cantidad de mil libras moneda jaquesa del presente reyno en moneda de plata fuera menudos de la qual cantidad en nombre de las dichas señoras Abadesa monjas y convento y de la dicha señora sor Antonia Madalena de Borja con y por tenor y título de la presente arbitral sentencia reconocemos y confesamos que han estado y están enteramente y a toda su satisfacción pagadas y satisfechas por haverlas recibido en su poder el presente día de oy [...] Item pronunciamos, sentenciamos y condenamos a la dicha señora doña Gerónima Zaporta a que por todo el mes de agosto del año primero viniente de mil seiscientos quarenta y quatro haya de dar y pagar dé y pague a las dichas señoras abadesas monjas y convento del dicho monasterio de Jerusalén y a la dicha señora sor Antonia Madalena de Borja [...] la suma y cantidad de mil libras moneda de plata jaquesa del presente reyno y fuera menudos juntamente con las costas que por causa y razon y de la dicha cobranza les convendrá hacer y sustener [...] Item pronunciamos, sentenciamos y condenamos a la dicha Señora doña Gerónima Zaporta a que [...] haya de vender, cargar e imponer [...] dos mil sueldos jaqueses censales y annua pensión pagaderos en cada un año a veintycuatro días del mes de diciembre comenzando a hazer y cumplir la primera paga a veintycuatro días del mes de diciembre del año primero viniente de mil seiscientos quarenta y quatro sueldos...⁵¹.

A las religiosas del convento y a sor Antonia les condena a renunciar a todos los derechos sobre los bienes que conformaban la herencia de don Gabriel Zaporta, doña Leonor Zaporta y doña Juana Luisa de Aragón y que en algún momento habían pertenecido a sor Antonia. Así mismo, les condenan a retirarse de la demanda civil interpuesta y aún no resuelta contra doña Gerónima Zaporta⁵². En conclusión, a cambio de un aumento en la cantidad que el convento recibía, sor Antonia se comprometía a cesar definitivamente y para siempre en sus pretensiones de recuperar su herencia y por consiguiente se despedía también del proyecto de fundar un convento de franciscanas.

¿Tuvieron alguna vez intención de fundar el convento de franciscanas el matrimonio Zaporta-Villalpando? Es una pregunta difícil de contestar ya que aunque todo apunta a que no, existen un par de noticias que podrían matizar la respuesta y dar a entender que hubo algún proyecto que por causas desconocidas fracasó. En la biografía de sor Ángela Astorch, monja capuchina que fundó el convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Zaragoza aparece el siguiente fragmento, en el que se intenta ilustrar el don de profecía de sor Ángela:

⁵¹ *Ibidem*, f. 258r.

⁵² *Ibidem*, ff. 258-259.

En Zaragoza, año mil seiscientos veinte y tres, estuvo tan adelante la Fundación de un convento de Madres carmelitas Descalzas, que estaba ya la casa hecha, y señaladas tres Fundadoras del convento de san Joseph, de la misma orden. Pero el Señor la manifestó, no llegaría a efecto tal Fundación en aquel sitio, que era una Torre y solar de don Alonso Villalpando. Lo que se verificó tan del todo, que aviendo ido el Vicario General por orden del señor Arzobispo a sacar del convento de San Joseph las tres Fundadoras, y estar toda la ciudad esperando, para acompañarlas hasta el nuevo Convento, no tuvo efecto la Fundación por razones que no son de mi intención. [...] Sucedió todo puntualmente, pues no obstante lo dicho, no salieron, ni aquella tarde, ni después, las Fundadoras. Ni passados los años lo consiguió tampoco doña Antonia de Borja, religiosa de Jerusalén, que puso grandes diligencias para fundar en el mismo puesto⁵³.

A pesar de esta noticia, no he encontrado ninguna otra documentación que refrende este intento por lo que no puedo saber qué hubo de proyecto en firme en este caso. La segunda noticia también aparece en la biografía de una religiosa, en este caso de sor Margarita de Escobar, monja profesa en el convento carmelita de la Encarnación. En un pasaje de la vida de sor Margarita en el que se ilustra el amor que tenía por su orden aparece el siguiente pasaje:

Intentávasse entonces una fundación de Religiosas Franciscas, por la piedad de la Excelentissima Señora Doña Felipa de Borja, nieta del Señor Duque de Villahermosa, y deseava su amiga la señora doña Gerónima Zaporta que fuesse una de las fundadoras nuestra Margarita, el mismo Señor la manifestó este deseo de esta Señora, y la dio el recado por la dignación Soberana, pero nuestra Margarita respondió al Señor: Si esta señora hiciesse fundación de mi orden, iré de buena gana, mas dexar mi hábito, esso no⁵⁴.

En este caso la información es todavía más vaga, ni siquiera se especifica la fecha, aunque según la biografía de sor Margarita este episodio habría ocurrido entre 1639 y 1641, cuando doña Gerónima ya había comenzado con la fundación de la Cartuja, lo que todavía hace más inverosímil el proyecto. Puede que se tratase de una maniobra para intentar apaciguar a sor Antonia, ya que es en esos años cuando emprende la batalla judicial.

⁵³ Luis Zevallos, *Vida y virtudes y favores del cielo milagros y prodigios de la V. Madre sor María Ángela Astorch, religiosa capuchina, natural de Barcelona, fundadora en la ciudad de Murcia, de su ilustre convento de capuchinas de la Exaltación del Santísimo Sacramento*, Madrid, Gerónimo Roxo, 1733, p. 452.

⁵⁴ Roque Faci, *Vida de la V. Mariana Villalva y Vicente, y la de sus tres hijas Sor María, Sor Margarita y Sor Mariana Escobar [...]*, Pamplona, 1761, p. 472.

Otra cuestión a tener en cuenta es que en 1616, cuando se establece como condición para la fundación del convento que el matrimonio Zaporta-Villalpando muriera sin hijos, doña Gerónima, de acuerdo con los datos con los que se cuenta, tendría entre 35 y 42 años⁵⁵, por lo que si aún no había tenido descendencia era muy probable que ya no la tuviera y doña Felipa viera como plausible que se dieran las circunstancias para que se llevara a cabo el plan y se mostrase más inclinada a aceptar la propuesta de sus tíos.

En cualquier caso, donde realmente se hacían las promesas y debía ponerse de manifiesto la verdadera voluntad de llevar a cabo un proyecto era en el testamento y en este caso en ninguno de los dos se menciona en absoluto el deseo de fundar un convento femenino. El testamento de don Alonso de Villalpando es el más determinante en este sentido puesto que muere antes y porque con su fallecimiento se cumplía la condición puesta a doña Felipa para fundar el convento. Como ya he mencionado, en su testamento señala que su voluntad es que se funde una cartuja, pero también hace una mención especial a las carmelitas, aunque no para fundar ningún convento:

Atendiendo y considerando que he tenido y tengo muy grande devoción a la sancta madre Teresa de Jesús fundadora si quiere restauradora de la orden y religión de los carmelitas descalzos la qual espero firmemente que me ha de ser intercesora ante la presencia de Dios nuestro Señor para que alcance la bienaventuranza y deseo mostrarme devoto de quien entiendo conseguir tan grande bien y me parece que en ninguna cosa lo puedo mostrar mejor que en aquella que se encamine a enderece al aumento del culto divino y que esto es lo que más agrada a la santa madre y por quanto tengo noticia que su religiosas del Monasterio de San José de la presente ciudad porque gozan de pocos bienes temporales les falta comodidad para tener un clérigo presbítero cierto y seguro que les diga misa cada día perpetuamente, por tanto, quiero, dexo ordeno y mando que doña Gerónima Zaporta mi muy amada mujer durante todo el tiempo de su vida natural y fenecida aquellos sus herederos [...] hayan de pagar y de mí paguen perpetuamente en cada un año contadero del día de la defunción y muerte de mí [...] a las prioras y religiosas del dicho monasterio de San José 1000 sueldos jaqueses en annua renta y para que con dicha cantidad tengan con qué pagar la caridad de una misa rezada cada día en el dicho monasterio⁵⁶.

Además, dona también como gracia especial 50 libras jaquesas a los conventos de Nuestra Señora de Jesús, de San Francisco, de la Victoria y de Capuchinos

⁵⁵ Me refiero a que doña Gerónima tuvo que nacer entre 1574, año del matrimonio de sus padres y 1581, año del fallecimiento de su padre.

⁵⁶ AHPZ, Testamento de don Alonso de Villalpando, Notario Nicolás Cascarrosa, 1630, f. 2937v-2938v.

de la ciudad de Zaragoza, pero nada para el convento de su sobrina. Finalmente ordena que se haga para delante de la Santa Imagen de Nuestra Señora del Portillo una lámpara «de plata de arbitrio y voluntad de mis executores por un valor que no exceda los 1000 sueldos»⁵⁷.

Por su parte, doña Gerónima Zaporta, que testa en 1650, tampoco deja de gracia especial nada para su sobrina, con la que se supone que se habían terminando las desavenencias tras el arbitrio de 1643. Ordena que su cuerpo sea enterrado en la Cartuja junto al de su marido, e igual que él deja de gracia especial 400 sueldos a los conventos de San Francisco de Paula, de los Agustinos Descalzos, al de Nuestra Señora de Jesús y al de Capuchinos y al de San Francisco⁵⁸.

Además, incluye un par de legados interesantes:

Dexo de gracia especial y quiero y es mi voluntad que se deje y pague en cada un año contadero del día de mi fin y muerte a sor Serafina Bonastre religiosa del Convento de la Encarnación de esta ciudad 200 sueldos jaqueses de annua renta durante el tiempo de su vida natural y no más y después de su muerte natural quiero que la misma cantidad se dé a mi sobrina doña Mariana Leonardo de Albión, religiosa de la Encarnación durante su vida⁵⁹.

Doña Mariana Leonardo Albión era presumiblemente la hija de don Gabriel Leonardo de Albión, hijo del segundo matrimonio de su madre, doña Mariana de Albión y Reus, con don Lupercio Leonardo Argensola. A pesar de que don Gabriel pasó buena parte de su vida en Madrid, sabemos que acompañó a su hermanastra en la firma de las capitulaciones para la fundación de la Cartuja, como ya he referido, y además también en 1634 se encarga de editar las obras de los Argensola en Zaragoza.

Más relevante es el caso de sor Serafina Bonastre, religiosa con fama de santidad, fundadora del convento de la Encarnación de carmelitas calzadas en Zaragoza⁶⁰. No conocemos en qué términos y circunstancias se forjó la relación

⁵⁷ *Ibidem*, f. 2938v.

⁵⁸ AHPZ, Testamento de doña Gerónima Zaporta, Notario Lorenzo Molés, 1650, 819v-820r.

⁵⁹ *Ibidem*, f. 820r.

⁶⁰ El relato de la historia de la fundación del convento de la Encarnación de Zaragoza no está exento del halo de milagrosidad que impregna la crónicas y hagiografías barrocas. Doña Ana Carrillo, viuda de D. Pedro Gracia, ciudadano de Zaragoza, al quedar viuda decidió entrar en religión fundando un nuevo convento en la ciudad. Tras consultar el caso con su confesor, el P. Fr. Antonio Oliván y Maldonado, se siente reafirmada en su deseo y empieza a

entre ambas mujeres, o quizá el legado obedece al deseo de que su sobrina sor Mariana estuviera más arropada en el convento. Tampoco sabemos la causa de la elección del cenobio pero sí que sor Serafina Bonastre y sor Antonia de Borja, se conocían y colaboraron en alguna ocasión. En la *Vida de sor Serafina Bonastre* aparece un episodio en el que se relata cómo había una mujer que deseaba ser profesa pero se enfrentaba a la oposición de su tía, que no estaba dispuesta a darle dinero para la dote a no ser que contrajese matrimonio. El intento de profesar en el convento de la Encarnación fracasa, pero sor Serafina profetiza que sí acabará siendo religiosa, aunque lo hará como franciscana. A partir de ahí el relato entra en el terreno de lo hagiográfico y la resolución del caso no hace sino confirmar el acierto de sor Serafina como profetisa:

... llegando a noticia de la señora doña Antonia de Borja, religiosa francisca en el convento de Jerusalén los deseos de ser religiosa de sor Agustina (la mujer de la que hablaba sor Serafina) dispuso que se la trajeran a su convento, donde primero le dio lo suficiente para monja de la obediencia y después añadió lo necesario para que fuera de Coro⁶¹.

La relación de doña Gerónima Zaporta con el convento de la Encarnación no se limitaba a estas dos mujeres, sor Serafina y Mariana Albión, ya que hay que recordar que supuestamente pidió a sor Margarita de Escobar, su amiga, que fuera fundadora de un convento franciscano, como ya he explicado. Lo que no conocemos es cómo surge la relación entre sor Serafina Bonastre y sor Antonia de Borja, aunque hay que tener en cuenta que sor Serafina era una religiosa con fama de santidad y por tanto polo de atracción para gran número de personas, entre las que podía encontrarse sor Antonia. En cualquier caso es interesante constatar la relación y colaboración entre religiosas que no siempre deja rastro en la documentación.

La brillante fundación de la Cartuja de la Inmaculada Concepción de Zaragoza se revela ante nosotros no solo como el fruto de la devoción y la de-

acariciar la idea de fundar un convento de carmelitas observantes. En 1614 se consigue la licencia de la ciudad y el 11 de julio de 1615 se produjo la entrada en el mismo de doña Ana de Carrillo y las demás fundadoras. Sobre la fundación de este convento llama la atención la fecha, 1614-1615 y la opción de que fuera de la observancia, cuando ya existía en Zaragoza el convento de San José, reformado, al frente del cual estaba nada más y nada menos que sor Isabel de Santo Domingo, una de las colaboradoras más próximas a Santa Teresa.

⁶¹ Raimundo Lumbier, *Vida de la Venerable Madre sor Serafina Bonastre fundadora principal del convento de la Encarnación de monjas de la Observancia de Nuestra Señora del Carmen de Zaragoza*, Zaragoza, Juan de Ibar, 1675, pp. 112-113.

terminación del matrimonio de don Luis Alonso Villalpando y doña Gerónima Zaporta, sino también como la cruz de la moneda para doña Felipa de Borja y Aragón. Para esta mujer, que tuvo que aceptar el destino religioso, representaba un anhelo, quizá una compensación a ese destino, el convertirse en fundadora. Del mismo modo, doña Gerónima Zaporta luchó con tenacidad y determinación para llevar a cabo la fundación de la Cartuja, en principio un deseo de su marido, pero que ella convirtió en propio, empeñándose en aparecer también como fundadora. Dos mujeres con la aspiración de trascender, de unir sus nombres a una obra que perdurara en el tiempo y que les diese prestigio y reputación. Doña Felipa, debido a las circunstancias, que le habían dejado sin apoyos para haber concertado un matrimonio para ella, se vio abocada a convertirse en religiosa y aceptar un destino que no había estado en sus planes. Doña Gerónima, se sabía el último eslabón de la cadena que conformaba su familia. Los esfuerzos de sus antepasado para amasar y conservar su fortuna debían verse recompensados al menos con la acometida de una obra que se perpetuase en el tiempo. La fundación de un instituto religioso era para ambas una digna manera de alcanzar ese anhelo de posteridad. Solo una lo consiguió.

Bibliografía

- ATIENZA LÓPEZ, Ángela, *Tiempo de conventos. Una historia social de las fundaciones en la España Moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2008.
- BARLÉS BÁGUENA, Elena, *Arquitectura cartujana en Aragón, siglos XVII y XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014.
- CABRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España. Desde 1599 hasta 1614*, Madrid, Martín Alegría, 1857.
- FACI, Roque, *Vida de la V. Mariana Villalva y Vicente, y la de sus tres hijas Sor María, Sor Margarita y Sor Mariana Escobar [...]*, Pamplona, 1761.
- FIUME, Giovanna, «Profesiones religiosas forzadas y estrategias judiciales: sor Anna Maddalena Valdina», en *Studia Histórica. Historia Moderna*, 40, nº2, 2018.
- GASCÓN PÉREZ, Jesús, *Alzar banderas contra su rey. La rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010.
- GASCÓN PÉREZ, Jesús, «Hijos de Reyes, rebeldes y cortesanos. La difícil integración de la Casa de Aragón al servicio de la Monarquía Hispánica», en Franch Benavent, Ricardo, Andrés Robres, Fernando y Benítez Sánchez-Blanco (eds.), *Cambios y resistencias sociales en la Edad Moderna. Un análisis comparativo entre el centro y la periferia mediterránea de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Sílex, 2014.

-
- GÓMEZ ZORRAQUINO, José Ignacio, *Los Zaporta: una familia de mercaderes en el Aragón del siglo XVI*, Zaragoza, 1987.
- LOHMANN VILLENA, Guillermo, «El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa en el Perú», en *Anuario de historia del derecho español*, 19, 1948-1949, pp.347-458.
- LUMBIER, Raimundo, *Vida de la Venerable Madre sor Serafina Bonastre fundadora principal del convento de la Encarnación de monjas de la Observancia de Nuestra Señora del Carmen de Zaragoza*, Zaragoza, Juan de Ibar, 1675.
- MOREJÓN RAMOS, José Alipio, *Nobleza y humanismo. Martín de Gurrea y Aragón. La figura cultural del IV Duque de Villahermosa (1526-1581)*, Zaragoza, IFC, 2009.
- ZEVALLOS, Luis, *Vida y virtudes y favores del cielo milagros y prodigios de la V. Madre sor María Ángela Astorch, religiosa capuchina, natural de Barcelona, fundadora en la ciudad de Murcia, de su ilustre convento de capuchinas de la Exaltación del Santísimo Sacramento*, Madrid, Gerónimo Roxo, 1733.

LA DUQUESA DE HÍJAR DOÑA FRANCISCA DE CASTRO PINÓS Y EL TAPIZ DE SAN ESTEBAN*

LAURA MALO BARRANCO

Universidad de Zaragoza

LA BÚSQUEDA DE UNA RICA tapicería bordada en hilo de oro y plata conduce las líneas siguientes a través de las devociones familiares de la nobleza moderna. Protagonizadas por un nombre de mujer, estas proponen un relato que presenta a una dama de la elite y su papel destacado dentro de su linaje. En él se descubren estrategias, deseos y devociones que ayudaron a construir una realidad familiar más rica, en la que la identidad propia de las mujeres de la Casa jugó también un papel fundamental. Alrededor de la figura de la duquesa de Híjar doña Francisca de Castro Pinós y de su filiación personal hacia sus familias de sangre y matrimonio desea mostrarse lo destacado de la llegada de los nuevos miembros femeninos a un linaje, pues su presencia conseguía también enriquecer con sus personas la identidad espiritual de los conjuntos familiares a los que se unían tras la firma de su matrimonio. Así, el culto a advocaciones compartidas o traídas por las damas construía una realidad religiosa compleja que ampliaba las fronteras de los cultos propios y engrandecía el conjunto de advocaciones ligadas al culto de las familias de la elite.

UNA DAMA NOBLE Y UN SANTO DE DEVOCIÓN FAMILIAR

Doña Francisca de Castro Pinós Fenollet y Zurita (1575-1663) fue la segunda esposa de don Juan Francisco Cristóbal Fernández de Híjar (1550-1614), II titular del ducado de Híjar. Doña Francisca había nacido en

* Este trabajo se realiza vinculado a los proyectos de investigación HAR2014-52434-C5-2P y PGC2018-094899-B-51 con Eliseo Serrano como IP.

Barcelona el día 29 de enero de 1575¹ y era hija del matrimonio formado por don Pedro Galcerán de Pinós y Fenollet, XI vizconde de Illa y XII de Canet, y de su también segunda esposa, doña Petronila Zurita y Peramola, señora de las baronías de Peramola, Peracols y Estac y de los lugares de Arcalís, Rocafort y la Ortilla².

El destino vital que fue elegido para ella por su familia la vinculó al territorio aragonés por medio del matrimonio. Su primer enlace fue negociado por sus padres que le ofrecieron para el mismo una dote de veinte mil libras jaquesas³. Este se llevó a cabo en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza el 28 de enero de 1593⁴ y, en él, doña Francisca tomó como esposo al II conde de Morata, don Miguel Martínez de Luna (1533-1596), con quien vivió un breve matrimonio del que no nacieron hijos. Poco tiempo después de enviudar, el 7 de agosto de 1596, doña Francisca firmó las capitulaciones matrimoniales que la unieron en un nuevo enlace con el mencionado don Juan Francisco Cristóbal Fernández de Híjar. Dicho matrimonio con el duque, segundo para ambos contrayentes y dispensado por parentesco⁵, fue negociado por el padre de la dama, don Pedro Galcerán de Pinós y Fenollet, ante los notarios Juan de Escartín y Diego Fecet, pues doña Francisca había decidido retirarse a un monasterio tras el fallecimiento de su primer esposo. Así, el documento indica como «domiciliada en Zaragoza, es de presente residente

¹ Pedro Moreno Meyerhoff, *Historia Genealógica de la Casa de Híjar*, Barcelona, Difusión, 2018, p. 137.

² Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Casa Ducal de Híjar, [AHPZ, CDH], P/1-190-27. Capitulaciones matrimoniales de don Pedro Galcerán de Pinós y Fenollet, señor de las varonías de Illa y Canet, y Petronila Zurita y Peramola, a 18 de diciembre de 1572 (aprobadas en Barcelona el 29 enero 1573).

³ «Solo si casa con consentimiento y voluntad de su madre y tutores» indicaba su padre, don Pedro Galcerán de Pinós, en un testamento previo a las negociaciones del matrimonio de su hija, en las que finalmente pudo estar presente. Véase AHPZ, P/1-190-28. Testamento de Pedro Galcerán de Pinós y Fenollet, vizconde de Canet y de Illa. Barcelona, a 1 de agosto de 1591. La cantidad finalmente ofrecida para el primer matrimonio de doña Francisca se encuentra señalada en AHPZ, CDH, P/1-315-12. Recuesta de doña Teresa Sarmiento de la Cerda por su dote de 36.000 libras ante su hermano, el duque de Híjar, don Jaime Fernández de Híjar. Incluye el testamento y codicilo de doña Francisca de Castro Pinós, su abuela, quien deja su dote a su nieta Teresa.

⁴ AHPZ, Archivo de los condes de Morata, 62, 15.

⁵ AHPZ, CDH, P/4- 288-2. Véase Pedro Moreno Meyerhoff, *Historia Genealógica...*, *op. cit.*, p 135.

en el Monasterio del Señor Sant Christobal, que está sitiado en los términos del lugar de Alpartir»⁶, regido por frailes franciscanos.

Llevado a cabo el enlace, la pareja se instaló en las casas que el duque poseía en Zaragoza, ubicadas en la «parroquia de Santiago, llamadas de san Esteban⁷, que confrontan con casas de Manuel Don Lope y de Miguel Rocaforte, con la calle del señor Santiago y la calle Frenería»⁸. Allí, muy cerca de La Seo zaragozana, templo de referencia para los bautismos de sus descendientes, debieron llegar al mundo los cuatro hijos del matrimonio: don Jaime Juan Cristóbal, bautizado en 1598 y que murió niño; doña Estefanía María (1602-1620); doña Isabel Margarita (1603-1642)⁹, ambas herederas del ducado; y doña Petronila Engracia, nacida en 1605 y fallecida poco después de su bautismo.

Junto a ellos habitaron también en dicho espacio los descendientes del primer matrimonio del duque de Híjar, don Martín (†1604), doña Jerónima (†1609) y doña Hipólita, cuya madre doña Ana de la Cerda y Mendoza, II condesa de Galve, había fallecido en el año 1584¹⁰. La llegada de una nueva dama a la vida en la casa, con el segundo matrimonio de su padre, propició la búsqueda para aquellos jóvenes de un futuro adecuado a su posición social. Una elección en la que también tuvo opinión la nueva duquesa doña Francisca de Castro Pinós. Su

⁶ El monasterio citado se encontraba dentro de los espacios patrimoniales del primer esposo de doña Francisca, muy cerca del término de Morata. AHPZ, CDH, P/4-100-24. Capitulaciones matrimoniales entre don Juan Francisco Cristóbal Fernández de Híjar, II duque de Híjar y doña Francisca de Castro-Pinós. A 7 de agosto de 1596.

⁷ Resulta sin duda curioso el nombre dado a estas casas de los duques de Híjar, pues coincide con el protagonista de la tapicería mandada tejer por la duquesa doña Francisca de la que se hablará posteriormente, la cual guardada en dichas casas solía exponerse a la vista pública en celebraciones religiosas y días señalados con procesiones religiosas.

⁸ AHPZ, CDH, P/1-183-1. Carta pública de muerte que acompaña al testamento de don Juan Francisco Cristóbal Fernández de Híjar, II duque de Híjar. Zaragoza, a 13 de abril de 1614.

⁹ Según el trabajo de María José Casaus Ballester, «La Casa Ducal de Híjar y sus enlaces castellanos», *Boletín Millares Carlos*, 27, 2008, p. 107, las hermanas doña Estefanía y doña Isabel Margarita eran gemelas, nacidas ambas en el año 1602. Sin embargo, la reciente publicación de Moreno Meyerhoff sobre la genealogía de los Híjar, indica que entre ellas existía un año de diferencia, pues doña Estefanía había nacido el 11 de julio de 1602 y doña Isabel Margarita el 6 de noviembre de 1603, en los dos casos en la ciudad de Zaragoza. Véase Pedro Moreno Meyerhoff, *Historia Genealógica...*, *op. cit.*, pp. 142 y 144.

¹⁰ AHPZ, CDH, P/4-95-1. Testamento de doña Ana de la Cerda y Mendoza, II condesa de Galve. Zaragoza, a 28 de septiembre de 1579. Abierto el 26 de abril de 1584.

influencia pudo verse reflejada, fundamentalmente, en la negociación y elección de un matrimonio adecuado para heredero y primogénito varón, don Martín Fernández de Híjar. Ya titulado III conde de Galve por herencia materna y IV conde de Belchite como sucesor de la casa de Híjar, tomó como esposa en el año 1602 a doña Francisca Martínez de Luna (†1661), hija del II conde de Morata, don Miguel, quien había sido el primer esposo de la protagonista de estas líneas.

Dicho enlace debió por lo tanto ser pactado por el padre del novio, el II duque de Híjar, y su nueva esposa doña Francisca, que presentaba en la figura de Francisca Martínez de Luna a una candidata ideal para el heredero del ducado, una joven de familia noble con origen y fuerte vínculo con el territorio aragonés de la que, a su vez, la nueva duquesa de Híjar era tutora legal¹¹. De este modo y cumpliendo con sus funciones como tutora, aseguraba el futuro de la muchacha al ofrecerle un enlace más que ventajoso y obtenía para ella una destacada posición en la elite social del Reino. Así, «dentro de una quadra del quarto alto y nuevo de las casas de la propia habitación del Excmo. Señor don Juan Francisco Cristóbal Fernández de Yxar, duque y señor de Yxar», don Martín y doña Francisca celebraron su desposorio el día 26 de diciembre del citado año de 1602¹². Dicho enlace creaba una nueva unidad familiar en la que se veía depositada la esperanza de una descendencia que continuara con el desarrollo del linaje.

Sin embargo, la temprana muerte del joven don Martín sin haber tenido descendencia, el 5 de octubre de 1604¹³, hizo peligrar la sucesión de la Casa. Esta quedó ligada a partir de aquel momento al futuro de las mujeres de la familia, de aquellas descendientes femeninas de los dos matrimonios del II duque de Híjar. En busca de la deseada descendencia que asegurara la transmisión del título ducal, doña Jerónima de Híjar y de la Cerda, IV condesa de Galve y dama de la reina Margarita de Austria, casó en el año 1607 con don Ruy Gómez de Silva y Mendoza de la Cerda (c. 1583-1626)¹⁴. De su matrimonio, pactado en la Corte,

¹¹ Archivo de Protocolos Notariales de Zaragoza [AHPNZ], Diego Fecet, Protocolo 2.952, ff. 414r.-457v. Doña Francisca de Castro Pinós es nombrada como tutora de doña Francisca Martínez de Luna, hija de su primer esposo el conde de Morata. Año 1605.

¹² AHPNZ, Diego Fecet, Protocolo 2.494, ff. 1v. – 4 r. Desposorio de los condes de Galve, don Martín Fernández de Híjar y de la Cerda y doña Francisca Martínez de Luna. Zaragoza, a 26 de diciembre de 1602.

¹³ Pedro Moreno Meyerhoff, *Historia Genealógica...*, op. cit., p 140.

¹⁴ Para una mayor información referente a los protagonistas y negociaciones de dicho matrimonio véase Laura Malo Barranco, *Nobleza en femenino. Mujeres, poder y cultura en la España Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018, pp. 350-352.

se esperaba también un posible heredero para el ducado pero, tan solo dos años después de dicha boda, la joven doña Jerónima dictaba testamento y expresaba en sus líneas la tristeza que le ocasionaba no haber podido dar hijos a su esposo

«[...] por las grandes obligaciones que conozco tener al conde mi señor y marido y la grande voluntad y amor con que me ha querido manifestándolo en todas ocasiones, por ser tal pérdida grande correspondencia de mi parte y aunque lo he deseado corresponder no ha sido conforme a mi obligación»¹⁵.

Con la muerte de sus hermanos mayores, de entre los hijos del primer matrimonio del II duque de Híjar que podían acceder o transmitir la herencia ducal, únicamente quedó la joven doña Hipólita de Híjar, cuyo nombre desaparece de las fuentes tras ser mencionada en el testamento de su madre¹⁶. Bien por un temprano fallecimiento, bien por su entrada en religión, que descartaba de este modo su candidatura a la ostentación del título nobiliario familiar, la joven doña Hipólita salió de la línea sucesoria para dejar paso a sus hermanas nacidas del segundo enlace de su padre.

Tras el fallecimiento de su único hijo varón y muy preocupado por la herencia de su linaje, don Juan Francisco Cristóbal Fernández de Híjar había iniciado ya en 1604 toda una serie de consultas jurídicas con el fin de conocer y obtener opiniones propicias ante la posibilidad de que una de sus hijas pudiera optar a la sucesión de sus Estados. Los informes emitidos en relación a dicha consulta fueron favorables a la capacidad femenina para acceder a la titularidad del linaje de los Híjar y, una vez aprobados por el monarca, abrieron para las mujeres de la Casa la posibilidad de ser también cabezas del linaje, es decir, duquesas a título propio.

La primera de las mujeres en acceder al título ducal de forma personal fue doña Estefanía María Fernández de Híjar (1602-1620), a quien su padre, el II duque don Juan Francisco Cristóbal, legó su título como gracia especial dentro de su testamento¹⁷. De esta forma, doña Estefanía se convirtió en la III duquesa

¹⁵ AHPZ, CDH, P/1-397-12. Testamento de doña Jerónima de Híjar, IV condesa de Galve. Madrid, a 30 de septiembre de 1609. Citado *ibidem*, p. 410.

¹⁶ Doña Hipólita debía ser todavía muy niña al fallecer su madre, pues en el testamento de la condesa de Galve se mencionan dos amas al cuidado de la pequeña: María La Foz, para quien se reservan 20 escudos, y Anna Nogueras, a quien se ofrecen 10. En AHPZ, CDH, P/4-95-1. Testamento de doña Ana de la Cerda y Mendoza, II condesa de Galve. Zaragoza, a 28 de septiembre de 1579. Abierto el 26 de abril de 1584.

¹⁷ AHPZ, CDH, P/1-183-1. Testamento de don Juan Francisco Cristóbal Fernández de Híjar, II duque de Híjar. Zaragoza, a 12 de abril de 1614.

de Híjar con tan solo 12 años de edad, bajo la tutoría y cuidados de su madre doña Francisca de Castro Pinós. Sin embargo, la posibilidad de que una mujer ocupara el principal puesto del linaje no fue bien vista por los familiares varones pertenecientes a las ramas secundarias de la familia que, rápidamente, se lanzaron a interponer pleitos para tratar de obtener la herencia del título para sí mismos. El papel de doña Francisca, como tutora de sus hijas, resultó fundamental en la defensa de los intereses de las jóvenes que finalmente obtuvieron una sentencia a su favor concedida por el Lugarteniente General del Reino de Aragón el 17 de diciembre de 1620.

La muerte temprana de la tercera duquesa doña Estefanía en marzo del mismo año hizo que, tras el anuncio de la sentencia, el título ducal recayera de forma directa en su hermana pequeña. Así, doña Isabel Margarita Fernández de Híjar (1603-1642)¹⁸ tomó posesión de sus estados el 13 de enero de 1621. La IV duquesa de Híjar se convirtió en una de las grandes herederas de su tiempo y unió su destino al de don Rodrigo Sarmiento de Silva y Mendoza (1600-1664), hijo de don Diego de Silva y Mendoza (†1630), VII conde de Salinas y Ribadeo¹⁹ y de su tercera esposa, doña Marina Sarmiento. Dicho matrimonio se llevó a cabo apenas un año después de la obtención del título ducal por parte de doña Isabel Margarita²⁰, con un claro deseo de retomar la vinculación familiar de los Híjar con la casa de Silva ya planteada en el enlace de su hermana mayor Jerónima pocos años antes. De esta forma, doña Francisca, madre de la nueva duquesa, respetaba la estrategia del linaje a la hora de elegir un esposo adecuado para su hija pequeña, a la vez que veía en dicho matrimonio una posibilidad de acercamiento a la Corte y a las redes de relaciones, políticas y sociales, que tenían su centro en el Madrid de la época, donde la nueva pareja fijó su residencia.

¹⁸ «Con la toma de posesión de doña Isabel Margarita como duquesa de Híjar se produjo una división entre los títulos que contenía el apellido Fernández de Híjar entre sus posesiones. Mientras el ducado de Híjar y el condado de Aliaga –título que recibían los herederos del ducado antes de convertirse en cabezas de familia– quedaban con la posibilidad de sucesión femenina; el ducado de Lécerca y el condado de Belchite mantenían la línea de sucesión agnaticia y se escindían de la rama principal» en Laura Malo Barranco, *Nobleza en femenino...*, *op. cit.*, p. 354.

¹⁹ Véase Trevor J. Dadson, *Diego de Silva y Mendoza: poeta y político en la corte de Felipe III*, Granada, Universidad de Granada, 2011.

²⁰ AHPZ, CDH, P/2-63-7. Loación y aprobación de don Rodrigo Sarmiento de Silva y Mendoza de las capitulaciones matrimoniales firmadas previamente con doña Isabel Margarita Fernández de Híjar (fechadas a 22 de agosto de 1622). Madrid, a 5 de noviembre de 1635.

Doña Francisca de Castro Pinós continuó su vida en Zaragoza tras el matrimonio de su hija menor. Desde las casas familiares en la parroquia de Santiago y como heredera de las propiedades de su esposo, la duquesa viuda de Híjar atendió de cerca los asuntos relacionados con las propiedades del linaje en el territorio aragonés²¹. La duquesa fue descrita como una mujer sencilla y de buen trato con sus criados,

[...] de magnánimo corazón, muy limosnera y devota de los Santos Lugares de Jerusalén, adonde envió para cubrir el Santo Sepulcro de N.S. Jesuchristo un paño bordado de punta de aguja, con oro y seda, que en medio tiene el Spiritu Sancto, lo que se verificó el 8 de septiembre de 1637²².

Al mismo tiempo, se contaba de ella que solía acudir cada sábado en compañía de la duquesa de Villahermosa al convento de Predicadores de Zaragoza –muy relacionado con su familia de sangre–, donde barría la capilla dedicada a santo Domingo, hecho que «al sacristán le costaba algunas pendencias de su Excelencia por la decorosa atención de quitar el polvo el día antecedente»²³.

En el año 1638, doña Francisca recibió una herencia un tanto inesperada. Pariente más próxima del vizconde de Ebol y I conde de Guimerá, don Gaspar Galcerán de Castro Pinós (1584-1638), la duquesa doña Francisca fue nombrada su heredera universal al fallecer el conde sin descendencia legítima²⁴. Al mismo tiempo, quedaba encargada de la crianza de un hijo natural de don Gaspar que había nacido apenas un mes antes del fallecimiento de su padre, el 13 de julio de aquel año. Dicho niño para el que su padre pedía «se criase sin saber

²¹ Como ejemplo puede mencionarse la firma de la carta de población de Vinaceite por parte de doña Francisca el 6 de julio de 1636, en Ángela Atienza López, Eliseo Serrano Martín y Gregorio Colás Latorre, *El señorío en Aragón (1600-1640): cartas de población I*, Zaragoza, IFC, 1999, p. 223.

²² Genealogía Ferrer-Salat, ff. 19-20, citada en Pedro Moreno Meyerhoff, *Historia Genealógica...*, *op. cit.*, p. 138.

²³ *Ibidem*, p. 138.

²⁴ A la esposa del conde de Guimerá, doña Isabel de Eril, legaba su marido en testamento 22.000 escudos en censales cargados sobre el estado de Villahermosa con la condición de que «no puede pretender otra cosa mas por sus dotes o aumento de dote y viudedad y otras qualesquiere cosas. Con que se haya de tener con contenta y pagada». Además le entrega también los bienes muebles que hubiese menester para su servicio, unidos a los 300 escudos al año de alfileres y un derecho de viudedad pactado de 4.000 escudos de renta por cada año de matrimonio. en AHPZ, CDH, P/1-2-74, Mandas y legados que hace don Galcerán de Castro Pinós, I conde de Guimerá en su testamento de 1638.

de quien era hijo porque fuese más humilde»²⁵, recibió el nombre de Esteban (1638-1682) en clara referencia al patrón del linaje de los Pinós y figura principal de devoción que titula estas líneas. Tal elección buscaba, a pesar de las precauciones paternas, vincular al recién nacido con el conjunto familiar y ofrecerle una protección a través de la advocación tradicional de su familia de sangre.

El muchacho fue acogido por la duquesa en su casa y educado en el convento de san Francisco de la villa de Híjar, siempre bajo la atenta mirada y cuidados –tanto personales como económicos– de doña Francisca, que dio a conocer la filiación familiar del muchacho para que este pudiera gozar de los honores de ser hijo del conde don Galcerán²⁶. Aunque la herencia por parte de la dama del título y propiedades pertenecientes al condado de Guimerá fue cuestionada y llevada a pleito²⁷, las sentencias favorables a la duquesa le permitieron acceder también a titularse como vizcondesa de Ebol, así como a un rico conjunto patrimonial²⁸ en el cual, muy probablemente, se incluían también unas destacadas casas en el Coso zaragozano que pasarían a ser, con el siguiente titular del ducado, la residencia habitual de la familia Fernández de Híjar en la capital aragonesa²⁹.

²⁵ *Ibidem*, p. 139.

²⁶ Aunque se deseaba para el joven la elección del estado eclesiástico o de servicio al Rey en el ámbito militar, el joven Esteban Galcerán de Pinós y Castro decidió casarse en Zaragoza en dos ocasiones, la primera en 1661 con Mariana de Ezpeleta y la segunda en 1673 con Antonia Palazzolo, natural de Palermo con quien tuvo tres hijos. Para mayor información del personaje véase Pedro Moreno Meyerhoff, «El primer comte de Guimerà: notes biogràfiques, genealògiques i heràldiques», *Paratge*, 14, 2002, p. 19.

²⁷ AHPZ, CDH, P/ –140-20. Pleito seguido entre doña Francisca de Castro Pinós y Fenollet, duquesa de Híjar, contra Francisco de Gurrea, gobernador del reino de Aragón, sobre la disposición de Gaspar Galcerán de Castro Pinós, conde de Guimerá y vizconde de Evol, en la que deja a la dicha doña Francisca como heredera del condado de Guimerá y del vizcondado de Evol. AHPZ, CDH, P/1-29-1. Sentencia favorable a la duquesa de Híjar doña Francisca de Castro-Pinós y Fenollet.

²⁸ La colección y biblioteca de don Galcerán de Castro-Pinós «se desperdigaron a su muerte, así gran parte de los libros y papeles pasó al convento mayor de San Agustín de Zaragoza y otra a la casa de Híjar» en Carmen Morte García, «Emblemas en un manuscrito aragonés del siglo XVII: Honestas recreaciones... de las medallas y monedas del conde de Guimerá» en *Emblemata*, 3, 2003, Zaragoza, IFC, p. 325.

²⁹ El V duque de Híjar, don Jaime, compró dichas casas en 1671 a la Real Audiencia de Zaragoza, véase Pedro Moreno Meyerhoff, *Historia Genealógica...*, *op. cit.*, p. 159. En la numeración de las casas realizada en el siglo XVIII y en las matriculas de la parroquia de san Gil, la casa de los duques de Híjar en el año 1776 se encontraba ubicada en el número 14 de la calle del Coso (en cuyo solar se edificará a comienzos del siglo XX el Centro Mercantil),

A pesar de la excelente herencia recibida, la década de 1640 resultó complicada para doña Francisca. El 26 de noviembre de 1642 fallecía en Madrid su hija doña Isabel Margarita, IV duquesa de Híjar, quien legaba a su madre su bien material máspreciado:

«en demostración de mi amor y voluntad, un escritorio grande de ébano y plata, por ser la mejor alhaja que tengo y habérmela dado el duque mi señor cuando se casó y estimarlo yo mucho»³⁰.

Además, confiaba también en ella para procurar el bienestar de sus hijos don Jaime (1625-1700), V duque de Híjar; don Ruy (1626-1680); don Diego (nac. 1636); y, sobre todo, de la pequeña doña Teresa (1631- c. 1712). Parece que con tan solo 11 años de edad, la joven Teresa marchó a Zaragoza a vivir con su abuela Francisca³¹, donde continuó su formación y esperó en su compañía la llegada de un esposo adecuado. Así, en 1647, «a pesar de los esfuerzos de su abuela, que deseaba para ella un pretendiente aragonés, doña Teresa casó por mandato paterno con don Juan Manuel de Zúñiga (1622-1660), marqués de Valero y nombrado en 1660, IX duque de Béjar»³², siendo dotada por su abuela la duquesa³³.

Durante aquella década de 1640, don Rodrigo Sarmiento de Silva y Mendoza (1600-1664), yerno de doña Francisca y padre de sus nietos, fue también protagonista a causa de su pérdida del favor real que le costó ser desterrado de la Corte y castigado por sus intrigas contra el valido don Luis de Haro en 1644. Cuatro años después, la conspiración en contra de Felipe IV de la que formó parte –junto al destacado militar Carlos de Padilla, al I marqués de la Vega de la Sagra, don Pedro de Silva y Mendoza y el capitán portugués Domingo Ca-

espacio que debería coincidir con las casas del conde de Guimerá heredadas por doña Francisca. Datos de ubicación citados en Manuel García Guatas, «La infanta María Teresa de Vallabriga en Zaragoza y su colección de pintura y alhajas», en *Artígrama*, 16, 2001, p. 424, nota 6.

³⁰ AHPZ, CDH, P/1-81-1. Testamento de doña Isabel Margarita Fernández de Híjar, IV duquesa de Híjar. Apertura en AHPZ, CDH, P/1– 146-15 en Madrid, el 26 de noviembre de 1642.

³¹ David García López, *Arte y pensamiento en el barroco: fray Juan Andrés Ricci de Guevara (1600-1681)*, Madrid, Fundación Universitaria española, 2010, p. 244.

³² Laura Malo Barranco, *Nobleza en femenino...*, *op. cit.*, p. 243.

³³ AHPZ, CDH, P/1-315-12. Recuesta de doña Teresa Sarmiento de la Cerda por su dote de 36.000 libras ante su hermano, el duque de Híjar, don Jaime Fernández de Híjar. Incluye el testamento y codicilo de doña Francisca de Castro Pinós, su abuela, quien deja su dote a su nieta Teresa.

bral—, con el objetivo de apoderarse de Madrid y ser nombrado rey en Aragón, fue también descubierta y el duque apresado por orden del monarca³⁴. Aquel mismo año, los bienes de la Casa ducal fueron embargados y se inició un largo proceso judicial, en el que sus compañeros de conjura fueron ajusticiados y don Rodrigo sometido a tormento al no haber confesado su delito. La situación desesperada del duque y de sus hijos, llevó a la propia doña Francisca a solicitar personalmente al monarca la revisión de la causa de su yerno. Un testimonio que quedó recogido en una destacada carta dirigida al monarca, probablemente escrita a finales del año 1648, de la que se conserva la copia hecha llegar al duque don Rodrigo con el fin de ofrecerle apoyo en aquella situación incierta:

Señor

Después de tantos años de ver desestimada la justicia del duque mi hierno i malograrse las diligencias de mis nietos, sin que esto puedan azer de V. Mag. por ser efecto tan ageno de su justificación y grandeza, sono de no poder ellos dar a entender su razón con la biveza que ella pide i me permiten mis canas y maduro conocimiento de ella: me he resuelto a pedir a V. Mag. tenga por bien que yo baya a representar todo y quanto no cabe en los términos de escrito y ellos ignoran: y a hazer notorio lo que se padece i por que. Haziendo esta jornada de tales circunstancias al cabo de mis años y carga de achaques: para que el mundo vea que no desamparo al Duque ni a mis nietos, y que hazemos quanto es de nuestra parte, que es tener razón conocida i representarla por todos caminos, suplicando a V. Mag. resuelva lo que como Christiano Rey y caballero esta obligado a hazer, no permitiendo que después de un tormento tan sin indicios, dexe de estar libre el Duque quando a nadie se le ha dado hasta oy, que no aya salido del, o convencido a cortar la cabeça o purgado a su libertad. Y después de ajustado el conseguir esto que es indefendible justicia observada con todos y que no puede negarse si no es faltando a ella, se servirá V. Mag. de satisfacer con las mercedes y honras que es justo lo demás, u de no dexarme levantar de sus Reales pies hasta manifestar el conocimiento de todo, pues Dios me ha dado vida para poderla acabar en tan justa demanda y determinación para dexar mi casa i seguirla, como lo hare efectivamente si no moviere el Real animo de V. Mag. esta carta como debe esperarse.

Dios Guarde la C. R. P. de V. Mag.

Remito a VE copia de la carta que escrivo a Su Mag. Dios le guarde, desseando VE le apruebe mi resolución de ir a echarme a sus Reales pies personalmente, pues

³⁴ Para mayor información en referencia a la citada conspiración véase Porfirio Sanz Camañes y Enrique Solano Camón, «Nuevas perspectivas en torno a la conspiración del duque de Híjar» en *Monarquía, imperio y pueblos en la España Moderna*, IV Reunión Científica de la Asociación de Historia Moderna, Alicante, Universidad de Alicante, 1997, pp. 521-558.

no hemos podido conseguir otra: no después de estar remitidos a VE los memoriales de mis nietos que es la experiencia de mas desconsuelo i conocimiento. VE me oyra en todo sin extrañar el mio, pues por tantas razones le corre obligación de ayudar, oyr, y responder a una mujer como yo

Dios guarde a V. Exc.³⁵.

A pesar de que los defensores de su causa consiguieron levantar el embargo a los bienes de sus estados con el fin de que su hijo mayor pudiera gobernarlos como duque, don Rodrigo fue condenado a reclusión perpetua y permaneció encerrado en el castillo de León durante 15 años hasta la llegada de su muerte en 1664, tiempo en el cual familiares y amigos trataron sin suerte de conseguir su libertad.

Un año antes de este suceso, la larga vida de doña Francisca de Castro Pinós había llegado también a su fin. Y, aunque sorprende la longevidad de la dama, quien ya mencionaba sus «años y carga de achaques» en la carta previamente citada, su fallecimiento no quedó corroborado en la parroquia de Santiago de Zaragoza hasta el día 28 de octubre de 1663. La duquesa doña Francisca había dictado testamento en la ciudad el día 3 del mismo mes ante el notario José Sánchez de Castelar, en el que dejaba como usufructuaria de sus bienes a su hermana doña Ana de Pinós y Fenollet y como heredero universal de los mismos a su nieto mayor, don Jaime, V duque de Híjar. Sus últimas voluntades, en las que nombraba y recordaba por medio de gracias especiales y legados, a sus familiares y personas más próximas –incluidos sus bisnietos–, fueron completadas con un codicilo dictado tan solo dos días antes de su muerte. En él, doña Francisca legaba a su nieta Teresa aquella dote que le había prometido en el momento de su boda, compuesta por «todas las cantidades que yo llevé en la capitulación matrimonial que contraje con el Excelentísimo Señor don Juan Francisco Cristóbal Fernández de Híjar, mi marido, la cuales me pertenecieron y pertenecen cobrar y sacar de la casa y estados de Híjar»³⁶, valoradas en 36.000 libras jaquesas. Sus últimos deseos remarcaban además una devoción muy destacada para su persona y dentro de su conjunto familiar, de aquel linaje al que pertenecía por sangre. En su codicilo la duquesa se encomienda a «san Esteban, patrón de

³⁵ AHPZ, CDH, P/1-81-18. Papeles sobre el delito del duque don Rodrigo. Carta de la duquesa doña Francisca de Castro Pinos a su Majestad, que dirigió al duque don Rodrigo, su yerno. Sin fechar, muy posiblemente redactada tras el sometimiento a tormento del duque y, por lo tanto, posterior al 1 de diciembre de 1648.

³⁶ AHPZ, CDH, P/1-146-10. Testamento y codicilo de doña Francisca de Castro Pinós. Zaragoza, a 3 y 26 de octubre de 1663.

la casa de Pinós» y ofrecía al convento de santo Domingo de Zaragoza «cincuenta libras de renta anual para celebrar su fiesta».

Mandada su sepultura junto a la de su esposo en la santa capilla de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza y entregada su devoción a aquel santo patrón de su linaje de sangre, la piedad personal aprendida y conservada desde niña, se unía en sus últimos deseos a la identidad obtenida en la vida adulta, conjugando diversas advocaciones que configuraban un perfil religioso complejo y rico para la duquesa doña Francisca.

SAN ESTEBAN Y EL TAPIZ PERDIDO

Aquella devoción a san Esteban expresada por parte de la duquesa de Híjar resultaba común a los miembros de su familia de sangre, ya que los componentes de la Casa de Pinós se habían colocado bajo la protección del santo desde la «liberación milagrosa por intercesión de san Esteban de don Galcerán de Pinós, fundador de la familia»³⁷. Este, hecho preso por los musulmanes durante la campaña de reconquista de la ciudad de Almería liderada por Alfonso VII de Castilla, había sido liberado gracias a la intervención del santo. Dicho relato que implicaba la creación de un pasado común y ennoblecía a la vez a la familia a través de su contacto con la figura santa, hizo que san Esteban se convirtiera en el patrón del linaje y, por tanto, en una advocación muy apreciada y querida por la familia de los vizcondes de Ebol³⁸.

La relación de dicha rama de la nobleza con la figura de su santo patrón también había quedado reflejada dentro de uno de los principales espacios religiosos de la ciudad de Zaragoza, el convento de santo Domingo de la orden de predicadores. Desde finales del siglo XV, los principales miembros del mencionado linaje catalán habían trasladado su residencia a la ciudad –al igual que lo hizo doña Francisca tras su matrimonio con el II duque de Híjar– y habían elegido la capilla mayor del mencionado convento como lugar preferente de enterramiento o panteón familiar. Entre los años 1594 y 1598, los vizcondes de Ebol

³⁷ Jesús Criado Mainar, «La dotación de la capilla mayor del convento de santo Domingo de Zaragoza (1497-1589), reflejo de las mutaciones en las artes plásticas del renacimiento aragonés» en *Actas del V Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Universidad, 1989, p. 320.

³⁸ El linaje nobiliario de los Pinós, vizcondes de Ebol, tenía su feudo familiar ubicado en la localidad de Bagá (Lérida).

propiciaron la renovación de la capilla mayor del convento a través de la instalación de un nuevo retablo. A este se unía un complejo programa decorativo de pintura parietal «de inspiración italiana, que tenía por finalidad incidir en la glorificación de la propia familia (y añadir) [...] el sentido funerario preciso»³⁹ que aclarara a quien miraba el hecho de que se encontraba ante el mausoleo del linaje. Dichas pinturas fueron encargadas a Felices de Cáceres, quien plasmó en las paredes de la capilla mayor, la narración de la mencionada gesta de la liberación milagrosa del fundador de la familia gracias a la ayuda de san Esteban.

El nombre del santo, su honra y la búsqueda de su protección fueron por tanto comunes al conjunto de los miembros del linaje que guardaron entre sus pertenencias representaciones del mismo con el fin de hacer presente la vocación personal y familiar hacia su figura. Así, don Pedro Galcerán de Castro Pinós y Heredia (†1591), vizconde de Ebol y señor de Guimerá, guardaba en su habitación del castillo de Guimerá «dos retratos de St. Francisco y St. Steve» tal y como expresaba la enumeración de bienes realizada tras su muerte⁴⁰. Don Pedro era el hermano mayor del I conde de Guimerá, don Galcerán de Castro Pinós (1584-1638)⁴¹, de quien doña Francisca recibió la ya expresada e inesperada herencia, y a la vez, era cuñado de la duquesa. El vizconde había nacido del segundo matrimonio de su madre, doña Hipólita Fernández de Heredia y Cuevas (†1565), quien había estado casada en primeras nupcias con don Luis Fernández de Híjar (†1554) de cuya unión había nacido el II duque de Híjar, don Juan Francisco Cristóbal, esposo de doña Francisca⁴². Del mismo modo, el padre de

³⁹ Jesús Criado Mainar, «La dotación de...», *op. cit.*, pp. 320-322. Para conocer con detalle la distribución y registros de las pinturas de dicha capilla véase *Ibidem*, p. 323.

⁴⁰ AHPZ, CDH, P/1-189-6. Bienes que quedaron tras la muerte de don Pedro Galcerán de Castro Pinós y Heredia, vizconde de Ebol, hermano del primer conde de Guimerá a 17 de octubre de 1591. Don Pedro también mandó enterrarse en la capilla mayor del convento de santo Domingo de Zaragoza, «la cual es mía y de mis descendientes por diversos actos de dotación largamente designados en el testamento del Ilustre don Felipe Galcerán de Castro y Pinós, mi padre» en AHPZ, CDH, P/1-189-5. Testamento de don Pedro Galcerán de Castro Pinós y Heredia, a 13 de octubre de 1591.

⁴¹ «400 libras jaquesas para doce aniversarios que se han de fundar en la capilla mayor de la iglesia de Predicadores donde se manda enterrar dicho conde; 500 libras jaquesas porque se han de fundar veinticinco escudos de renta para conservación de la capilla mayor de Predicadores donde está enterrado el conde» en AHPZ, CDH, P/1-2-74, Mandas y legados que hace don Galcerán de Castro Pinós, I conde de Guimerá en su testamento de 1638.

⁴² Doña Hipólita Fernández de Heredia y Cuevas (†1565), hija de los condes de Fuentes, casó en dos ocasiones. La primera lo hizo en 1548 con don Luis Fernández de Híjar (†1554),

la duquesa y vizconde de Canet y de Illa, también llamado don Pedro Galcerán de Pinós y Fenollet, encomendaba su alma en testamento «al bienaventurado protomártir san Esteban patrón de la casa de Pinós, y al seráfico padre san Francisco, a los cuales suplico juntamente»⁴³, de forma que establecía de nuevo el patrón ligado a las figuras santas representativas del linaje.

De este modo, la veneración por san Esteban fue transmitida por vía familiar a doña Francisca de Castro Pinós que, muy probablemente aprendió la práctica devota hacia el santo desde niña mientras la identificaba con el linaje propio. La duquesa de Híjar se mantuvo vinculada y conservó dicha advocación también en sus años de matrimonio y viudedad a través de aquellos sábados de barrer y adecentar el convento de santo Domingo de Zaragoza, tan ligado a su familia de sangre, y buscó a la vez plasmar su devoción de forma personal en una obra artística y piadosa de gran valor que fue objeto de deseo por parte de los herederos de la casa de Híjar.

Aquel deseado bien, resultó ser una tapicería que plasmaba la ya conocida «Historia milagrosa de don Galcerán de Pinós librado por san Esteban del cautiverio de los moros [...] que la dicha Señora Doña Francisca había mandado fabricar en su casa y a sus expensas»⁴⁴. Dichos paños habían sido propiedad personal de la duquesa y se contaban entre sus bienes propios, aquellos encargados y obtenidos en su nombre. Según las fuentes, la tapicería «era de suma preciosidad y valor, que tenía el campo de diferentes sedas con realces de oro y plata, era tenuta por la más rica y singular de España [...] (y) estaba valorada en mas de cien mil escudos»⁴⁵.

señor de Híjar, con quien tuvo dos hijos, don Juan Francisco Cristóbal Fernández de Híjar (†1614) y doña Guiomar de Híjar. Tras la muerte de su primer esposo en el año 1554, contrajo matrimonio con don Felipe Galcerán de Castro Pinós, vizconde de Ebol, de dicho enlace nació don Pedro Galcerán de Castro Pinós y Heredia, vizconde de Ebol y señor de Guimerá (†1591).

⁴³ AHPZ, CDH, P/1-190-28. Testamento de Pedro Galcerán de Pinós y Fenollet, vizconde de Canet y de Illa, habitante de Barcelona, a 1 de agosto de 1591.

⁴⁴ Testimonio del licenciado Pedro Guitarte, presbítero beneficiado de la iglesia parroquial, natural y residente en la villa de Híjar, de 60 años, que estando estudiando en Zaragoza y teniendo un pariente en servicio de su excelencia fue muchísimas veces a su Casa. AHPZ, CDH, P/3-15-1. Noticias de la tapicería del Protomartir san Esteban y la Ilustrísima Casa de Pinós, con copia de la información del valor de aquella. Año de 1704.

⁴⁵ AHPZ, CDH, P/1-30-69. Papel que habla de los bienes libres que quedaron por la muerte de la duquesa doña Francisca de Castro Pinós. Además de la tapicería de san Esteban, entre los bienes de la dama se costaban también una segunda serie de tapices que contaba la historia de Noé y una tercera de montería.

A través de su voluntad individual y la presencia de la mencionada tapicería en el hogar familiar la duquesa había adentrado en la realidad religiosa del linaje de los Híjar una devoción ajena a las tradicionalmente vinculadas a la familia. Con ella había enriquecido el santoral y las advocaciones elegidas en busca de amparo y protección por los miembros de la Casa, que habrían observado en las paredes de su hogar los ricos paños que representaban la historia del santo y del linaje de su madre y abuela. La participación de doña Francisca en aquel enriquecimiento de la identidad religiosa de su familia por matrimonio hace presente la importancia del conjunto femenino dentro de las prácticas religiosas cotidianas y lo destacado de los nexos de unión de diversas ramas de la nobleza también dentro de la apertura y recepción de nombres santos y venerables en la realidad devota de los linajes privilegiados.

Desde el momento en que los preciosos hilos que dibujaban mediante el tejido la historia de san Esteban y los Pinós entraron en la residencia de los Híjar, aquellos tapices extendidos sobre los muros de la casa pasaron a formar parte de la identidad del linaje. Ligada a la figura de doña Francisca y parte de los bienes de la familia, la posesión de la tapicería tras el fallecimiento de la duquesa se convirtió en un asunto familiar que superó la esfera espiritual y compitió por los derechos de propiedad de los tapices como parte destacada del patrimonio del ducado. La posesión de aquella tapicería se encontraba inserta en el conjunto de bienes transmitidos por sucesión dentro de la casa de Híjar y, por ello, además de por su especial naturaleza tanto en el campo material como devocional, fue objeto de gran interés a la hora de litigar por los bienes patrimoniales del linaje. Los juegos de poder y la búsqueda por conservar para sí las propiedades más ricas y significativas de la familia hicieron que se ocultara durante años el lugar donde se guardaban aquellos ricos paños. Así, el tapiz de san Esteban se perdió y su destino se mantuvo incierto entre intrigas derivadas de la lucha por la sucesión del ducado.

Tras la muerte de la duquesa doña Francisca de Castro Pinós en el año 1663, la tapicería quedó reservada al heredero del linaje como resultado natural en las formas de transmisión del patrimonio familiar. Así, su nieto mayor, el V duque don Jaime Francisco Víctor Silva Fernández de Híjar (1625-1700), obtuvo seguro aquellos ricos paños unidos al conjunto de posesiones del mayorazgo. Hasta dicho momento la problemática en relación al reparto o pertenencia de los bienes vinculados a la casa nobiliaria se encontraba solucionada en la figura del duque don Jaime. Sin embargo, fue a su muerte cuando las dudas y la búsqueda de obtención de derechos sobre el título ducal hicieron que se iniciaran toda una serie de pleitos en busca del disfrute del poder sobre los bienes familiares.

De esta forma, la mayor cantidad de información referente a la naturaleza de la tapicería de san Esteban llega de la mano de una serie de noticias y declaraciones de testigos sacadas de los Autos de la Real Audiencia de Cataluña en el año 1704. Estos se realizaron a causa del enfrentamiento por la propiedad de los estados de Híjar entre la VI duquesa de Híjar, doña Juana Petronila Silva Fernández de Híjar (1669-1710) y la tercera esposa de su padre, doña Teresa Pimentel y Benavides (1646-1707). A causa de su delicado estado de salud, el V duque de Híjar había otorgado en 1697 un poder a su esposa doña Teresa para que «pudiera regir, gobernar y administrar todos sus Estados» de los que también resultó heredera universal tras el fallecimiento de su esposo en el año 1700⁴⁶. Dicho poder y herencia provocaron toda una serie de hostilidades entre doña Teresa y la nueva VI duquesa doña Juana, pues ambas damas se encontraban en posición de reclamar sus derechos sobre las propiedades del ducado. Dentro de las luchas de poder que presentaban la importancia para aquellas dos mujeres de conseguir una visibilidad pública y un poder económico y social unidos a la propiedad del título nobiliario y de su gestión, se incluyó también la mencionada tapicería, objeto de litigio entre ambas.

La posesión de aquellos ricos paños encargados por su bisabuela doña Francisca, resultó un objetivo fundamental para la duquesa doña Juana Petronila dentro de la lucha por la obtención completa de la herencia ligada a su título y a su identidad familiar. Por ello, la VI duquesa de Híjar reunió 10 testigos que describieron la tapicería y ofrecieron testimonio de haberla visto y tocado en la casa familiar. Antiguos pajes, un maestro sastre, presbíteros de la villa de Híjar que estudiaron en Zaragoza bajo la protección de los duques o labradores de la misma procedencia relacionados con la gestión de la villa y con los criados y señores de la casa, dieron fe de haber tratado con frecuencia a la duquesa doña Francisca de Castro Pinós y de haber conocido la mencionada tapicería, que era de tal calidad que «en las funciones públicas, como en las procesiones generales, se ponía para adorno de las calles y era la admiración de los circunstantes»⁴⁷.

El testimonio de don Joseph Serdán, labrador, lugarteniente y gobernador de la villa de Híjar situaba la tapicería de san Esteban en casa del duque don

⁴⁶ María José Casaus Ballester, «La Casa Ducal de Híjar y sus enlaces...», *op. cit.*, p. 113. Véase AHPZ, CDH, P/5-91-16.

⁴⁷ Testimonio de Christobal Clavero, labrador, justicia y juez ordinario de la villa de Híjar de 68 años que había frecuentado las casas tratando con criados y Ministros de la familia. AHPZ, CDH, P/3-15-1. Noticias de la tapicería del Protomártir san Esteban y la Ilustrísima Casa de Pinós, con copia de la información del valor de aquella. Año de 1704.

Jaime, pues «vio servirse y gozar y usar de ellas como heredades, según se lo oyó al propio señor Duque, [...] como de bienes y cosa suya propia, y todo lo que otros señores y poseedores de semejantes tapicerías suelen y acostumbran a hacer»⁴⁸. Sin embargo, a pesar de las palabras del testigo, el paradero de los paños quedó perdido tras la muerte del V duque de Híjar en el año 1700. Los cuatro inventarios *post mortem* encargados por su esposa la duquesa doña Teresa Pimentel y Benavides para contabilizar los bienes muebles, alhajas y papeles del duque en sus casas de Madrid, Villarrubia de los Ojos del Guadiana, Barcelona y Zaragoza no mostraron la presencia de la citada tapicería, ni noticias de dónde se hallaba.

Aquellos paños «bordados con seda y oro, forrados en bocasí azul y verde; y asimismo un dosel del mismo género que dicha tapicería, que constaba de caída y cielo y tres cenefas»⁴⁹ quedaron así ocultos tras la desaparición de su último propietario. De este modo, aquella joya hecha tapiz que tanto estimaba la duquesa doña Francisca de Castro Pinós por mostrar la historia de su linaje no llegó a las manos de su bisnieta la VI duquesa de Híjar, doña Juana Petronila, quien a pesar de sus intentos, nunca consiguió descubrir el paradero de los ricos paños de san Esteban.

Dicho destino le fue ocultado intencionadamente por la tercera esposa de su padre, por aquella dama que tanto luchó con ella con el fin mantener sus derechos de gobierno y poder sobre los bienes patrimoniales del linaje de los Híjar. Fue doña Teresa Pimentel quien hizo desaparecer las menciones escritas a dicha tapicería que, convertida en un símbolo, en una propiedad tan ligada a la identidad familiar, llegó a protagonizar los enrevesados litigios mencionados. Su posesión representaba el vínculo con el pasado del linaje, una conexión que doña Teresa también quiso mantener para sus descendientes propios nacidos de su matrimonio con el V duque don Jaime.

Es en este punto donde el interés por conocer el destino de la tapicería lleva hasta las últimas voluntades de la hija mayor de la pareja. Doña Rosa de Silva Fernández de Híjar y Pimentel (1686-1753), testó en Barcelona en el año 1739, expresando en sus últimas voluntades aquellos legados y deseos dirigidos a sus familiares más próximos. Entre ellos quedaba mencionado su sobrino, el VII duque de Híjar, don Isidro Fadrique Silva Fernández de Híjar (1690-1749),

⁴⁸ AHPZ, CDH, P/3-15-1. Noticias de la tapicería del Protomártir san Esteban y la Ilustrísima Casa de Pinós, con copia de la información del valor de aquella. Año de 1704.

⁴⁹ Ídem.

primogénito varón de su hermana de padre la mencionada duquesa doña Juana Petronila. Doña Rosa legaba así

[...] al Excmo. Duque de Híjar, mi sobrino, y a su heredero en la Casa, una tapicería trabajada sobre agneo y bordada con aguja de seda, plata y oro en que está expresada la Historia del Milagro que el Glorioso Mártir San Esteban obró con don Galcerán de Pinos, que se compone de diez paños, y dosel que todo tiene tres mil veinte y quatro palmos en quadro»⁵⁰.

Con estas palabras se descubre el destino del tapiz de san Esteban, que doña Teresa Pimentel y Benavides guardó para su hija mayor con el fin de ofrecerle también a ella aquella rica joya hecha tapiz por su bisabuela doña Francisca de Castro Pinós. Doña Rosa, que falleció sin hijos, hacía volver de este modo los ricos paños a la línea principal del linaje de los Híjar mientras ofrecía a su sobrino la valiosa tapicería que llevaba bordada parte de la historia de su Casa.

CONCLUSIÓN

La devoción por una figura santa particular que ejerciera como protectora del linaje noble resultó una opción ampliamente practicada por la nobleza moderna. Relacionada con los espacios de patrimoniales de las familias de la elite, o bien, con el origen de la historia de sus Casas, la advocación elegida constituía un nexo de unión entre los miembros de una misma rama familiar que se extendía junto al apellido que los nombraba.

El milagro ejercido por san Esteban para liberar al fundador de la casa de Pinós, hizo de él el santo predilecto de la familia, aquel al que acudir en busca de ayuda y al que encomendarse en los momentos más difíciles. Su presencia dentro de los testimonios familiares ponía en relación a individuos de distintas ramas del linaje que compartían de este modo una devoción común. La importancia de la misma destacaba por la posibilidad de unión creada a través del culto y, a la vez, por la estrecha vinculación que las oraciones dirigidas hacia el santo y su presencia en las prácticas religiosas familiares permitía construir dentro del conjunto del linaje.

Dicha identificación por medio de una devoción común resultaba fundamental a la hora de conservar la personalidad de los miembros de una familia

⁵⁰ AHPZ, CDH, P/1-259-4. Testamento de doña Rosa de Silva Fernández de Híjar y Pimentel. Barcelona, a 28 de enero de 1739.

noble y tomaba también una gran importancia en el caso femenino. Las mujeres de la Casa, que en muchas ocasiones dejaban su familia de sangre para trasladarse tras contraer matrimonio al hogar de sus nuevos esposos, podían, a través de las devociones propias, remarcar su filiación y presentar su personalidad con las advocaciones elegidas en su culto religioso. Estas enriquecían a su vez las figuras santas que componían el santoral al que se dedicaban las oraciones de su familia por lazos de matrimonio y permitían a las damas favorecer la construcción de una realidad religiosa compleja y rica por medio de su participación en la ampliación de los linajes.

Aquellas figuras santas elegidas y llegadas de la mano de las mujeres de la nobleza quedaron representadas en obras artísticas que señalaban la riqueza privilegiada de las familias de la elite. Unas obras que permitieron representar los cultos personales de las damas y pasaron a formar parte del patrimonio espiritual y material de la familia noble que buscó conservar y guardar para sí las representaciones ligadas a los santos elegidos también por las mujeres de la Casa.

Bibliografía

- ATIENZA LÓPEZ, Ángela, SERRANO MARTÍN, Eliseo y COLÁS LATORRE, Gregorio, *El señorío en Aragón (1600-1640): cartas de población I*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999.
- CASAS BALLESTER, María José, «La Casa Ducal de Híjar y sus enlaces castellanos», *Boletín Millares Carlos*, 27, 2008, pp. 83-110.
- CRÍADO MAINAR, Jesús, «La dotación de la capilla mayor del convento de santo Domingo de Zaragoza (1497-1589), reflejo de las mutaciones en las artes plásticas del renacimiento aragonés» en *Actas del V Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, 1989, pp. 309-350.
- DADSON, Trevor J., *Diego de Silva y Mendoza: poeta y político en la corte de Felipe III*, Granada, Universidad de Granada, 2011.
- GARCÍA GUATAS, Manuel, «La infanta María Teresa de Vallabriga en Zaragoza y su colección de pintura y alhajas», en *Artígrama*, 16, 2001, pp. 421-439.
- GARCÍA LÓPEZ, David, *Arte y pensamiento en el barroco: fray Juan Andrés Ricci de Guevara (1600-1681)*, Fundación Universitaria española, Madrid, 2010.
- MALO BARRANCO, Laura, *Nobleza en femenino. Mujeres, poder y cultura en la España Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018.
- MORENO MEYERHOFF, Pedro, *Historia Genealógica de la Casa de Híjar*, Barcelona, Difusión, 2018.
- «El primer comte de Guimerà: notes biographiques, genealògiques i heràldiques», *Paratge*, 14, 2002, pp. 15-30.

- MORTE GARCÍA, Carmen, «Emblemas en un manuscrito aragonés del siglo XVII: Honestas recreaciones... de las medallas y monedas del conde de Guimerá», *Emblemata*, 3, 2003, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 315-382.
- SANZ CAMAÑES, Porfirio, y SOLANO CAMÓN, Enrique, «Nuevas perspectivas en torno a la conspiración del duque de Híjar» en *Monarquía, imperio y pueblos en la España Moderna*, IV Reunión Científica de la Asociación de Historia Moderna, Universidad de Alicante, Alicante, 1997, pp. 521-558.

LA PRESENCIA DE RELICARIOS EN LOS INTERIORES DOMÉSTICOS DE ZARAGOZA DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII¹

JUAN POSTIGO VIDAL
Universidad de Zaragoza

Es MUY SABIDO que durante los tiempos de la Contrarreforma, todas las regiones del occidente católico, con el fin de difundir y afianzar sus posturas ideológicas y espirituales, optaron por un absoluto vuelco hacia los recursos visuales, haciendo que las imágenes de culto cobrasen un nuevo valor hasta entonces insospechado. Durante la famosa sesión XXV del Concilio de Trento se trataron de hecho estas cuestiones, tanto el uso devocional de las representaciones iconográficas, como el empleo de las reliquias, que se estaba convirtiendo también en estas fechas en una nueva práctica de remarcable cotidianidad. Queda claro que nos encontramos entonces ante un fenómeno totalmente novedoso en la historia de la cultura y de las ideas; es también uno de los aspectos más característicos de lo que a día de hoy entendemos como «religiosidad postridentina», con todo lo que ello puede implicar; y desde luego, este hito supuso asimismo el descubrimiento y la explotación de nuevos recursos mediáticos de gran potencia visual e inmediatez, lo cual, de una forma sorprendentemente rápida –casi inmediata–, implicó a su vez que las directrices de toda naturaleza que el poder aspiraba a dar a conocer a las masas, se difundiesen con una intensidad y eficacia insólitas.

ORÍGENES REMOTOS SOBRE LA IMPORTANCIA DE LAS IMÁGENES

Sobre todo desde el campo de la historia de la literatura, se ha subrayado la grandísima importancia que la obra póstuma de Cervantes, *Los trabajos de*

¹ Este trabajo se describe dentro de los proyectos de investigación HAR2014-52434-C5-2-P y PGC-2018-094899-B-51 y al grupo de investigación de referencia Blancas (Historia Moderna) del Gobierno de Aragón (H01_20R).

Persiles y Sigismunda (1617), ha tenido a la hora de reflejar esa nueva «obsesión» por la cuestión visual, y ya no solamente desde el aspecto doctrinal de la misma –que también–, sino muy especialmente como motivo del audaz modo que el autor tuvo de hacer ver que la imagen es una vía factible para la imitación de la realidad y, por tanto, también para la exageración de esa misma realidad. Son muchos los momentos de la novela en los que se nos instruye acerca de los anchos límites que la imagen posee para comunicar y transmitir información precisa (también para adoctrinar, para insinuar y, en ocasiones, para mentir); y dejando de lado las ambivalentes posturas religiosas que la obra cervantina pueda ocasionalmente manifestar en su conjunto, lo que no deja espacio para la duda es que, por una parte, el propio Cervantes era muy consciente de los nuevos usos que las representaciones figurativas tenían en su tiempo, y que, además, ese «nuevo» conocimiento contaba asimismo con una antigua tradición conceptual que él conocía bien, a través sobre todo de la lectura de algunos de los mejores textos renacentistas que, desde el neoplatonismo y el aristotelismo, le habían permitido reproducir atmósferas que a menudo nos retrotraen a los *Diálogos de Amor* de León Hebreo, o a la *Arcadia* de Sannazaro.

Es esencial partir del hecho de que fue Aristóteles, al principio de su *Poética*, quien en primer lugar reivindicó de manera directa las facultades de la imagen como vía comunicativa. Mencionaba las capacidades de algunos destacados pintores griegos de la Antigüedad como Polignoto, Pausón y Dioniso, y asumía que según el objeto representado y las formas de llevar a cabo dicha representación, el mensaje proyectado cambiaría (como cambiaría por tanto la manera que el espectador tendría de observar lo proyectado). Al hablar de las características de la epopeya, ponía por su parte el acento en el trascendente concepto de *catarsis*, que debe interesarnos en tanto en cuanto lo que se proponía ahora era la necesidad de que el autor teatral lograra conmocionar hasta la convulsión a quien asistía a la representación. Aquí el estagirita se refería a los recursos literarios exclusivamente, pero no debe escapársenos que a la larga su conceptualización se expandiese también a las posibilidades de otros métodos y soportes para la comunicación. Así lo vemos, sin ir más lejos, al consultar las fundamentales obras de Alonso López Pinciano, *Philosophía Antigua Poética* (1596), y las de Ignacio de Luzán, *La Poética* (1737) y *Reglas de la poesía en general y de sus principales especies* (1789), que ponen de manifiesto el impacto y durabilidad que tuvieron las teorías aristotélicas en el plano de la estética en nuestro país. Así pues, la obra aristotélica, cuya conservación es solo parcial tras los increíbles derroteros que sus manuscritos sufrieron con el paso de los

siglos y hasta que se produjeron algunas primeras copias importantes e impresiones, tuvo una influencia definitiva en aquellos artífices de los códigos renacentistas en Italia, y acto seguido en el resto de la cristiandad.

Continuando con el característico uso de las imágenes tan representativo de los tiempos modernos, no deberíamos conformarnos sin embargo con la fundamental referencia de la *Poética*; muy especialmente pensamos ahora en el impactante fragmento que Platón escribió en su *República* y que comúnmente ha sido recordado con el título de «la expulsión de los poetas». En este conocido –y muy polémico– pasaje, el fundador de la Academia nos sitúa ante el contexto hipotético de que un poeta experimentado, talentoso y especialmente avezado para la representación de todos los géneros literarios con idéntica idoneidad, llegase a la polis con la intención de demostrar a los habitantes su talento. En ese mismo instante, lo que habría que hacer según Platón es expulsar al poeta en cuestión y no dejar que volviese a adentrarse nunca más dentro del muro circundante de la urbe. Para nosotros, que podemos hacer hoy esta analogía entre literatura y arte en tanto en cuanto ambos ámbitos, si bien esencialmente distintos, se constituyen como métodos predilectos para la transmisión de mensajes, el contrapunto de ese «efecto catártico» de Aristóteles lo hallamos en este «poder subversivo» que plantea Platón. Es ante el miedo de que un artista externo infundiese valores e ideas diversas entre la población, por lo que se toman medidas extremas. La idea que subyace en este caso, por tanto, entiende que la proyección artística –textos o imágenes– debe asumirse como un monopolio administrado exclusivamente por los resortes del control o, al menos, como un producto susceptible de ser evaluado y verificado convenientemente antes de su exposición pública («Solo deben admitirse en nuestro Estado los himnos a los dioses y las alabanzas a los hombres buenos»). La imagen es, así pues, un instrumento al servicio del poder capaz de transmitir conceptos ideados con la intención de lograr la unánime legitimación de ese poder.

EL PODER DE LA IMAGEN EN EL MUNDO CATÓLICO MODERNO: LA INFLUENCIA DE LAS RELIQUIAS

En algunos recientes estudios de gran interés, Carlos Alberto González Sánchez ha vuelto a recordar la importancia que la crisis bajomedieval tuvo en el ámbito occidental en relación a la configuración de las diversas sensibilidades espirituales que se pudieron desarrollar producto del hambre, las guerras y la muerte en Eu-

ropa². La Iglesia se centró en estos tiempos en proclamar la garantía de la salvación a todo aquel que cumpliera en su vida diaria con una serie de actos ritualizados, los cuales, dada la situación de peligrosa decadencia que reinaba entonces, derivaron en la más heterogénea panoplia de comportamientos diversos (muchos de ellos exclusivamente supersticiosos) y en las formas complejas de la vida religiosa que conocemos. «Allí estaba la imaginería de los retablos para ayudar a las imaginaciones estériles», decía Ludolfo de Sajonia, el Cartujano, en su *Vita Christi* (del siglo XIV, y publicada por vez primera en 1503); o lo escrito por Tomás de Kempis en su *Imitatio Christi*: «ponte delante de la imagen del Crucifijo y medita devotamente en la vida y pasión santísima del Señor»; y más aún, el mensaje reflejado en la portada del *Segundo Abecedario Espiritual* de Francisco de Osuna, donde se decía que no había «imagen de mayor veneración y frequentación que el crucifijo», pues era esta una representación que permanecía «como pintada» en el corazón de quien la admiraba, de forma que se podía «traer siempre en la imaginación interior a Christo de la imagen que más nos agradare».

El objetivo, en suma —concluye González Sánchez—, y al dictado de la jerarquía eclesiástica, no es otro que el control de la religiosidad, y la vida en general, de los fieles golpeándoles los sentidos y conduciéndoles la emoción para provocarles así las actitudes y reacciones deseadas: arrepentimiento, compasión, humildad, caridad, miedo, obediencia, paciencia, piedad, satisfacción. Esta diferente táctica, por tanto, codifica la escenificación y ritualización de la oración mental, bien publicitada, por ejemplo, en las numerosas biografías de Cristo que se editan después de Trento, relatos que interesadamente inciden en la pasión y muerte del Hijo de Dios, momentos decisivos del cristianismo que en la génesis de la Modernidad adquieren una trascendencia singular en el culto religioso, y que las imágenes, ahora con más razón de ser que nunca, las revivían plásticamente³.

Parece importante incidir en el hecho de que los decretos tridentinos, con todo lo que llegaron a aportar en materia de codificación y regulación de los actos externos, nunca se opusieron del todo a algunas de las más llamativas muestras de religiosidad popular que, por antiguas, ya eran tenidas como in-

² González Sánchez, Carlos Alberto, «Imagen de culto y espiritualidad. Funciones y normas de uso en la vida cotidiana (siglos XVI-XVII)», en Peña, Manuel (ed.), *La vida cotidiana en el mundo hispánico (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Abada, 2012, pp. 387-405; y muy especialmente, su reciente obra *El espíritu de la imagen. Arte y religión en el mundo hispánico de la Contrarreforma*, Madrid, Cátedra, 2017.

³ González Sánchez, Carlos Alberto, «Imagen y culto...», *op. cit.*, p. 393.

cuestionables. Nos referimos a la atribución de «poderes» a determinados objetos, que muy comúnmente se asumían como auténticos amuletos o talismanes con atribuciones mágicas. La gente, durante la época del Renacimiento y del Barroco, utilizó por ejemplo las estampas de los santos como elemento protector de determinadas amenazas (enfermedades, calamidades económicas o desastres naturales), y los retratos infantiles que empiezan a surgir ya en la segunda mitad del siglo XVI nos dejan ver la cantidad de elementos portátiles que los infantes llevaban puestos en algunas circunstancias. La creencia de que determinados útiles estaban cargados no solamente de una significación concreta, sino también de una verdadera energía sobrenatural, fue una cuestión que sobrevivió por tanto conforme algunos grandes hitos de la Historia –tal y como fueron la aparición del capitalismo, el surgimiento y desarrollo de los estados-nación, o la expansión del absolutismo por Europa– adelantaron los más esenciales cambios que hoy asumimos como de una era ya distinta.

Un aspecto que cabría añadir a este respecto por su originalidad es la circunstancia de que, en calidad de útiles consumibles, estos objetos-talismán se acabasen transformando también en elementos exclusivos, manufacturados con materiales caros y pensados para ser adquiridos y utilizados por individuos privilegiados o, por lo menos, muy adinerados. El objeto visual religioso se constituyó al menos desde el siglo XVII en un elemento de ostentación, y es por eso que los interiores domésticos de las ciudades acabaron por acumular en cantidades tan desproporcionadas aquellas muestras externas de religiosidad. Todo esto tiene que ver con el inherente carácter teatral, exhibicionista y efectista (hasta lo imposible) de la cultura del Barroco; de cualquier manera, el estudio de la documentación notarial, y más concretamente de los inventarios de bienes muebles de la época, nos indicará que los sectores de la población más humildes también sintieron la necesidad de obtener estos nuevos objetos religiosos (desde la estampa hasta la pintura, pasando por el crucifijo, el rosario o cualquier otro objeto devocional), con lo que las versiones “económicas” del producto, las imitaciones o los sucedáneos de diversa índole, pudieron igualmente contribuir a popularizar unas prácticas que, inicialmente, se habían ideado desde arriba.

No se puede negar que uno de los más interesantes capítulos en relación al tema del que hablamos corresponde a la fiebre por las reliquias que directamente contagió los ánimos de multitud de personas en el orbe hispánico durante los siglos XVII y XVIII. Sobre ello, Eliseo Serrano Martín dijo lo siguiente:

Durante la Edad Moderna la posesión de reliquias va a desatar una auténtica pasión en el mundo católico debido a los decretos tridentinos, a su identificación como

elemento antiprottestante, al carácter popular en la afirmación de propiedad de un trozo de santo y sus efectos benéficos y a la emulación e imitación por los monarcas de la casa de Austria con su interés por el coleccionismo, sobre todo de Felipe II y su lipsanoteca de El Escorial. Todo ello dará lugar a un tráfico internacional, con una gran demanda por parte de monarcas, órdenes religiosas y autoridades e instituciones eclesiásticas ávidas de crear colecciones importantes⁴.

Aquella nueva práctica consistente en la compra de reliquias y en su coleccionismo, tan acorde a la sensibilidad del momento, no estuvo exenta de críticas y de dudas desde un lado y otro de la cristiandad. Es conocido, desde luego, el *Traité des reliques* (1543) de Calvino, en el que el reformador francés llega a ridiculizar la extendida creencia de que era posible acceder al consumo de fragmentos pertenecientes a Cristo, a la Virgen y a los santos; o también, las afirmaciones de Alfonso de Valdés en el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* (1530), tendentes a sugerir la posibilidad de caer en la idolatría o incluso en la herejía tras el mal uso de estos objetos santificados. Con todo, el mercado y circulación de reliquias no frenó y, una vez se hizo evidente que tanto monarcas como instituciones religiosas andaban en búsqueda de estos elementos, solamente fue cuestión de tiempo que determinados individuos decidiesen igualmente dar el salto al consumo de los huesos y objetos de santos.

RELICARIOS Y RELIQUIAS EN LOS INTERIORES DOMÉSTICOS DE ZARAGOZA

En la capital aragonesa, ya desde el año 1600 se comenzaron a adquirir reliquias que se guardaban y exhibían dentro del espacio habitable como objetos de culto y de ostentación⁵. Al principio esta posesión se efectuó a un ritmo muy moderado y estable; a lo largo de las primeras décadas del siglo XVII apenas hubo cambios perceptibles ni en lo cuantitativo ni en lo cualitativo. Eran muy pocos

⁴ Serrano Martín, Eliseo, “Huesos de santos. Santa Engracia y las entregas de reliquias en las entradas reales zaragozanas”, en Peña, Manuel (ed.), *op. cit.*, pp. 407-424.

⁵ El contenido ofrecido en este epígrafe parte del estudio exhaustivo de los inventarios de bienes muebles recogidos en el Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza (AHPNZ). Ya ofrecimos anteriormente estas mismas consideraciones en un trabajo anterior: Postigo Vidal, Juan, *La vida fragmentada. Experiencias y tensiones cotidianas en Zaragoza (siglos XVII y XVIII)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015.

los que contaban con estos útiles –que podríamos añadir en efecto al grupo de los elementos de distinción propios de la exclusividad–, y aquellos que eran capaces de adquirirlos, solían hacerlo en pequeñas cantidades (era extraño entonces que alguien tuviese más de un relicario en propiedad, y al menos durante las primeras décadas del siglo nadie poseyó más de cinco). A mediados de la centuria este panorama general comenzó sin embargo a mostrar ciertas variaciones; por vez primera hubo más individuos con más de dos relicarios que con uno solo, e incluso empezaron a aparecer ya algunos pequeños agrupamientos particulares de objetos santos a los que con muchas reservas incluiríamos la etiqueta de «colección». Así pues, la viuda del caballero Don Alonso de Villalpando, Doña Jerónima Hipólita y Albión, consiguió hacerse hasta el momento de su muerte en 1650 con un total de 16 relicarios, los cuales adoptaban formas y hechuras muy desiguales⁶.

Y la tendencia continuó acrecentándose. A pesar de que no aumentó el público demandante de estos objetos suntuosos, sí que es cierto que los individuos que decidieron hacerse con ellos, lo hicieron muchas veces con la pretensión de coleccionarlos tal y como los reyes lo habían venido haciendo desde mucho antes. Si entre 1640 y 1660 nos encontramos con que 11 personas poseían un solo relicario frente a las 13 que ya tenían entre 2 y 5, resulta que en la franja de años comprendidos entre 1660 y 1680 la distancia se ensancha: frente a los 5 individuos que cuentan con un relicario, sigue habiendo 13 que poseen entre 2 y 5. Además, en estos años del último tercio del siglo XVII ya va siendo más común que ciertas personas decidan emprender conductas coleccionistas. En 1664, por ejemplo, Marcela Serra de Foncillas, que había sido mujer de un miembro del Consejo de Su Majestad, tenía 9 relicarios en su poder; Antonia Fernández de Híjar, viuda de Gonzalo Fernández de Híjar, contaba con 17 relicarios en su casa cuando falleció en 1667; Justa Rufina Maltés coleccionó hasta 1668 otros 15; y el Justicia de Aragón Agustín de Villanueva tenía en 1675 once relicarios.

⁶ «4 relicarios pequeños de pastas»; «una cruz grande relicario de madera»; «2 relicarillos de sedas labradas»; «un relicario con sus cartillas de San Gerónimo y San Juan»; «otro relicario con la reliquia de San Francisco de Borja guarnecido de oro»; «un pilarico con reliquias dentro del»; «un relicario de Santa Ysabel, la Virgen, el niño Jesús y San Joseph»; «un relicario de San Antonio guarnecido de azero»; «un relicario vordado en medio un agnus con piedras y perlas marco de ébano»; «2 relicarios con pastas de agnus»; «una arquilla aforrada de damasquillo azul y es de nogal y dentro della innumerables reliquias». AHPNZ, Lorenzo Moles, 1650, ff. 1.019 r.-1.021 r.

Con la llegada del siglo XVIII aparentemente pocos fueron los cambios que se habían producido, pues durante las primeras décadas de la Ilustración los consumidores de relicarios siguieron siendo numéricamente los mismos, y la proporción entre los individuos que poseían unos pocos ejemplares y los que los coleccionaban en lipsanotecas particulares tampoco había cambiado sustancialmente. Sin embargo, sí que vemos una diferencia muy significativa cuando atendemos a la extracción social de los propietarios de las reliquias y de los relicarios. Durante todo el siglo precedente, aquellos que se habían volcado en la compra de esta clase de objetos solían poseer por lo general un nivel adquisitivo alto, eran casi todos privilegiados, profesionales liberales o altos cargos del ejército o de la Iglesia. En cambio, ya en los primeros años del Siglo de las Luces se aprecia que algunos sectores del artesanado urbano y que incluso ciertos labradores con un nivel económico destacable, se introdujeron igualmente en esta rueda consumista de cuerpos y elementos santos. Entre las pertenencias de Ignes Torres, viuda del labrador Bernardo de Ara, se hallaron en 1712 «un rosario de ámbar y un reliquario»; y unos años más tarde, en 1753, también se encontraron «un relicario con una pasta y dos anillos de platta», «un relicario de plata con el niño Jesús y la casa de Dios» y un «relicarito» de plata en la vivienda del agricultor Francisco Navarro. El molinero José Latorre en 1712, el maestro tafetenero Hipólito Juan Pomes en 1718, o el maestro zapatero José la Cayarla en 1735, son por su parte algunos testimonios de esta nueva incursión del tercer estado en la compra de productos santificados.

Una forma clara de visualizar esta realidad cambiante es comprobando cómo tanto los plateros como los mercaderes de la ciudad empezaron a interesarse en la elaboración y distribución de esta clase de utensilios ya desde las últimas décadas del siglo XVII, señal de que la demanda de aquellos objetos se estaba ampliando perceptiblemente. Sus botigas se llenaron en este proceso de una gran diversidad de relicarios de tamaño más o menos reducido, los cuales se ajustaron por lo general a las capacidades adquisitivas de quienes no podían hacerse con piezas únicas de ostentación y al mismo tiempo querían introducirse en una tendencia comercial en expansión. Ciertamente cada vez eran más los que invertían dinero en la obtención de relicarios; a juzgar por los datos de que disponemos, parece que en torno a la década de los años 20 del siglo XVIII la reliquia había dejado ya de ser un elemento estrictamente elitista, todos los estratos de la sociedad estaban en posición de hacerse con alguna pieza digna de veneración (aunque los ejemplares más espectaculares y las colecciones mejor surtidas siempre estuvieron en las casas de los privilegiados). Y además de esto, en los años centrales del siglo XVIII se alcanzó el

pico más alto de este *boom* consumista que hasta entonces se había mantenido en un nivel muy parecido. Entre los años 1740 y 1760, el horizonte adquisitivo de relicarios en Zaragoza aumentó casi de repente en al menos un 65% respecto a las décadas anteriores. Era el momento de mayor interés por el uso de esta clase de objetos venerables; a partir de entonces su obtención popular comenzaría a bajar de nuevo. Su descenso además fue muy rápido, en las dos últimas décadas del siglo XVIII los niveles de posesión de reliquias y relicarios volvieron a ser parecidos a los que veíamos a inicios del XVII, con la diferencia de que la tendencia entonces era alcista, mientras que en el 1800 estaba ya en recesión.

Deteniéndonos ahora en la fisonomía de los relicarios, es preciso esclarecer que su aspecto externo quedó ya configurado muy pronto y que poco cambiaría después con el paso del tiempo. Desde el año 1600, cuando obtenemos datos de los primeros relicarios hallados en el interior de espacios domésticos, ya aparecen nombradas las tipologías más difundidas que atravesarían todo el periodo de la modernidad conservando su forma elemental. La hechura de un crucifijo en cuya base se guardaban las reliquias, la caja o el colgante con forma de cruz, la típica arquilla, o la bolsa «de reliquias» en la que se guardaban amontonadas todas las pequeñas piezas, eran quizás los ejemplos más repetidos, aunque de cuando en cuando también se recogían ejemplares algo más especiales que se integraban incluso de una manera muy evidente con el resto del mobiliario doméstico: en este sentido, a veces los cuadros colocados en las paredes tenían reliquias adheridas al marco, y hasta fines del siglo XVIII fue relativamente frecuente que en los doseles de las camas colgasen, entre otros objetos devotos, algunos pequeños relicarios. Lo más común sin embargo era que el relicario tomase la forma de un pequeño objeto portátil hecho con materiales como la plata o también el oro, que fuese algo parecido a una caja para guardar en su interior las reliquias, y que tuviese un vidrio colocado en una de las paredes para que se pudiese ver el interior sin necesidad de abrir el revestimiento. En ocasiones estos relicarios eran tan pequeños incluso que servían para ser puestos como complemento en la indumentaria, a modo de joya; muchas mujeres poseían en este sentido ricas sortijas con reliquias incrustadas en ellas, o también rosarios con reliquias colocadas entre las cuentas. Durante las últimas décadas del siglo XVIII además, cuando las reliquias comenzaron a perder su antigua significación de elementos exclusivos y coleccionables, los relicarios —que cada vez eran de un tamaño menor— empezaron a asociarse sobre todo al repertorio material propio del niño, juntándose a cadenas de las que pendían otros pequeños útiles o «dijes» a los cuales se les atribuían facul-

tades curativas o preventivas de enfermedades y calamidades. Otras peculiaridades que pueden observarse hacia finales del periodo ilustrado son la proliferación de relicarios con forma ovalada (la forma ovalada se popularizó mucho entonces, utilizándose para toda clase de objetos —pinturas, espejos, muebles...—) o con forma de corazón, relicarios introducidos en otros objetos de moda como relojes, o también relicarios fabricados con elementos característicos y exóticos, como la porcelana.

En cuanto al contenido de estos objetos —las reliquias—, los inventarios son en realidad muy parcos en información, pues en poquísimas ocasiones se especifica en ellos —o incluso se cita de cualquier manera— su procedencia o su aspecto. Los notarios solían describir las imágenes de las cartillas adjuntadas a estos objetos o también transcribir las cartelas que pudiesen aparecer allí mismo, pero esto no puede ser interpretado por nosotros como la declaración o identificación del objeto venerado. Se habla a veces de «un relicario guarnecido de oro con una cartilla de San Francisco», de «otro relicario con la reliquia de San Francisco de Borja guarnecido de oro», de «un relicario pequeño de christal con un cerco de oro y la hechura de la Santa Madre dibujada adentro», de «un relicario de horo de San Gerónimo y la Virgen», de «otro relicario guarnecido de oro con una relíchia de Santa Margarita», de «una reliquia de San Sebastián», de «otra lámina de la madre María de Ágreda con dos cristales y en el rebés muchas reliquias de la Santa Madre», o de «una reliquia de San Lorenzo guarnecida en plata», entre otros muchos ejemplos de este tipo.

Sin embargo, casi nunca se alude en los recuentos de bienes a la naturaleza de la reliquia, a qué parte del cuerpo pertenecía —si era un resto de origen orgánico— o de qué otra clase de objeto se trataba. Solo excepcionalmente se nos brinda esta información: en 1655, sabemos que el canónigo novicio del Pilar Juan Francisco Arguillur poseía algunas piezas muy interesantes; en el inventario efectuado tras su muerte se citan «una estola hecha en Jerusalén y tocada en el Santo Sepulcro», «un clavo tocado en el Cristo Nuestro Señor que está en Roma», «un santuario de reliquias de la Tierra Santa de Jerusalem que es una caxetilla», «un pedaço de guesso del Beato fray Francisco Solano», y «un pedaço de velo de los que está en el cuerpo de Santa Orosia». En 1670, Teresa de Guevara contaba con «una reliquia de cavellos de San Felipe Neri». En 1710, el mercader Antonio de Luna poseía «una cabeza de San Anastasio pintada por reliquia», y años después, en 1729, entre los enseres del presbítero beneficiado del Pilar Juan Lucas también se halló «una cabeza de San Anastasio guarnecida en plata». En 1738, Lorenza Corbera guardaba «un relicario de lágrima de San Pedro engastado en plata». En 1741, Teresa del Valle contaba con «un relicario

de plata con dos pepitas de San Ygnacio». La Condesa de Torresecas Clara María de Ric poseyó hasta su muerte en 1749 «onze huesecitos o reliquias de diversos santos puestos en un marquito de ébano con su bidro delante de media vara poco más o menos de largo». Y en 1771, el colegial cerero y confitero Francisco Monzón tenía nada más y nada menos que «una reliquia embuelta en un papel que dice “Piedra de la corona de Nuestro Señor Jesuchristo».

Más allá de estas escuetas descripciones, no se evidencian en cambio más detalles acerca de los objetos de devoción de esta clase que los zaragozanos adquirieron durante los siglos XVII y XVIII. Sí que a veces se especifican en los inventarios algunos elementos muy concretos que por su carácter especial parecía preciso describir. Nos referimos ahora a los fragmentos de la cruz donde Jesucristo fue asesinado, los *Lignum Crucis*, que también aparecen repetidamente como útiles de consumo y de devoción sobre todo a partir de finales de los años 30 del siglo XVIII. El objeto que había servido para martirizar al santo —o al mismo hijo de Dios, como ocurrió con los fragmentos de su cruz— se convirtió efectivamente en un elemento adorable muy tentador para las haciendas más grandes. El canónigo Martín Carrillo recordaba en su volumen sobre San Valero cómo la fiebre de las reliquias había llevado a muchos a codiciar pequeños fragmentos de la columna donde Santa Engracia fue flagelada, cosa que ponía en peligro la integridad del vestigio histórico: «En el convento de Santa Engracia (donde está el sepulcro desta Santa en esta ciudad) ay una columna de mármol, donde la tradición antigua, y piedad de los ciudadanos, tiene por cierto, que fue açotada y desgarrada Santa Engracia. Y porque la devoción del pueblo era tanta, que se la llevavan poco a poco a la acabaran, se cubrió de yerro, y assí está conservada, la qual vemos y tocamos cada día». Exactamente lo mismo ocurrió con el pilar que la Virgen presentó a Santiago para que pudiese iniciar la construcción del primer templo cristiano de España; de él decía Diego Murillo que «no ha muchos años que estava del todo descubierto; mas por librarse de la importunidad de personas graves devotas, que pedían del algunas reliquias, y con esto se yva disminuyendo, se tomó acuerdo de aforrarle todo de bronze, y fue acuerdo muy acertado».

TRES TESTIMONIOS DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII A TRAVÉS DE LOS INVENTARIOS

Una de las fuentes predilectas para el estudio de la cultura material en la Edad Moderna, y por lo tanto también para el estudio de la difusión de los objetos

devocionales –y entre ellos, las reliquias y relicarios– entre la población, es, como ha quedado dicho, los inventarios de bienes muebles que pueden hallarse en los archivos de protocolos notariales. En este último apartado, nos disponemos pues a ofrecer tres ejemplos de inventarios de bienes correspondientes a la ciudad de Zaragoza durante la primera mitad del siglo XVII. El lector tendrá así pues la oportunidad de acercarse al tipo de documentación típica para la investigación de estas cuestiones, y de observar cómo aparecen descritos los elementos que ahora nos interesa estudiar, y en qué contexto.

Del documento transcrito número 1, diremos que se trata del inventario *post mortem* de los bienes de un notario y ciudadano honrado de Zaragoza llamado Diego Casales en el año 1611. Además de la ubicación exacta de la vivienda y de alguna referencia familiar sobre el fallecido, el documento nos ofrece un detallado retrato de los objetos que aparecieron dispuestos en la casa durante los momentos del registro. Es preciso añadir que en este caso además, el recuento de bienes ofrece una completa diferenciación de las estancias de la casa, cosa relativamente común en los inventarios zaragozanos de los siglos XVII y XVIII, y que a los investigadores de hoy puede ayudar en buena manera a la hora de intentar imaginar virtualmente la disposición de los espacios de la vivienda, la intencionalidad de los mismos en función de los elementos aparecidos en cada uno de ellos, o qué tipo de habitaciones podían llegar a servir en cada caso para la realización de actividades íntimas, y qué clase de espacios, en cambio, se pensaron para el uso público. Así pues, y refiriéndonos ahora a la casa del notario Diego Casales, vemos claramente la distinción entre las estancias que pudieron estar pensadas para la recepción de invitados, como claramente es la «sala baja», que además de alfombras y antepuertas, contaba con varias pinturas de Moisés y de «la Ystoria del rey David»; y las otras habitaciones que, por su parte, tenían como único cometido la realización de tareas domésticas estrictamente cotidianas, con lo que no precisaban de decoración alguna (por ejemplo, la «quadra», la bodega, la cocina, o el reposte).

En cuanto a los relicarios registrados en la vivienda, se observa que estos aparecen todos juntos en la habitación del estudio del notario, que se encontraba, como ocurría casi siempre, en los entresuelos de la casa, donde comúnmente había más silencio y tranquilidad. Con todo, cabe añadir que las habitaciones de estudio eran a menudo en la España del siglo XVII estancias que no solamente servían para la estricta realización de tareas intelectuales, sino que también se constituían como lugares de reunión social masculina, lo que, en resumidas cuentas, las convertía en espacios susceptibles de almacenar y ex-

hibir elementos suntuosos (y también los libros de la biblioteca, que aquí, curiosamente, no se mencionan)⁷. El relicario, en tanto que objeto coleccionable durante los tiempos del Barroco, podía, pues, guardarse en una habitación como esta, que era refugio para el pensador, espacio de reflexión, pero también un lugar para la representación.

En este sentido, más interesante nos resulta el segundo de los inventarios seleccionados, correspondiente a la vivienda de la condesa de Fuentes, Aldonza Mello de Ferreira, que ahora sí nos detalla hasta el más mínimo detalle interesantes aspectos sobre el holgado estilo de vida que esta mujer mantuvo durante los últimos años de su vida. De nuevo nos encontramos ante un inventario exhaustivo en su descripción y cuidado en su estructura; asistimos por tanto al elevado despliegue de habitaciones de que constaba la casa, y es posible incluso deducir qué intencionalidad tenía cada una de las estancias. En cuanto a la suntuosidad que se desprende del recuento, esta es más que obvia y no hace falta comentario al respecto; de todas formas, llamamos la atención, por su carácter excepcional, sobre la cama donde dormía la condesa («el paramento de la cama en que dormía la señora condesa con su cortina de lo mismo ya servido y la madera de dicha cama que es unos pilarillos teñidos de negro con 3 tablas»), sobre su coche («un coche en que yba su señora negro ya servido»), y también sobre las numerosas pinturas que el inventario referencia, todas de temática religiosa y halladas en un oratorio privado en el que se celebraban misas. Los relicarios, por cierto, aparecieron en este caso en una habitación adyacente al oratorio.

Para acabar, el tercer documento nos presenta el inventario de los vestidos y joyas de Margarita Lasiera, mujer del alcaide de las Cárces Reales en Zaragoza, Matías Esteban Falayero, que se había realizado tras su fallecimiento y de acuerdo a lo dispuesto en otro pacto notarial previo. Aunque en este caso el recuento de los bienes recopila exclusivamente los objetos que interesaban al caso, es interesante tener en cuenta que aquí se incluían también los relicarios de Margarita Lasiera, que estaban mezclados entre el resto de sus joyas.

⁷ Postigo Vidal, Juan, «Crear espacios para leer y pensar. Los estudios de Zaragoza en los siglos XVII y XVIII», *Studia Historica: Historia Moderna*, nº 40, 2018, pp. 263-297.

1

1611

Pedro J. Martínez de Aztarbe, ff. 881 r.-891 r.

Zaragoza

AHPNZ

Ante la presencia de mí, Pedro Gerónimo Martínez de Aztarbe, notario público y del número de la dicha ciudad de Zaragoza y de los testigos infrascriptos en la dichas ciudad de Zaragoza y dentro de las cassas de la propia habitación de Diego Casales, notario público del número y ciudadano que fue de la dicha ciudad, sitiadas en la dicha ciudad en la parroquia de San Gil a las Botigas ondas que confrentan con casas de Doña Ysabel de Bardaxi y con casas de Juan Torrero comparecieron y fueron personalmente constituydos el Doctor Agustín Pílares del consejo de su Magestad en lo civil del presente reyno, el Doctor Agustín de Morlanes del consejo de su Magestad en lo criminal del presente reyno, Pedro Luys López de Funes ciudadano de la dicha ciudad de Zaragoza, Cathalina Gurrea, viuda de Agustín Casales, Uriola de Villanova, viuda del dicho Diego Casales, Diego Fecet y yo, dicho Pedro Gerónimo Martínez de Aztarbe, notarios públicos y de los del número de la dicha ciudad de Zaragoza y domiciliados en aquella los quales dixeron que por quanto ellos havían quedado y el dicho Diego Casales les había dexado tutores y curadores de la persona y bienes de Ysabel Casales, pupila menor de edad de 14 años y su hija, querían inventariar y hazer escribir todos los bienes muebles que fueron del dicho Diego Casales, por tanto [...]

Et primeramente en la sala alta:

Una docena de sillas y 2 bufetes de nogal

En la quadra:

Una arca de pino grande con sus polaynas de muger

Otra arca de pino y dentro della 12 sábanas, 24 manteles y 4 docenas de servilletas todo servido

Otra arca de pino pequeña con una doçena de toballas, 4 rodapiés de cama, 6 pares de alfundias de almoadas

Otra arca de pino y dentro de ella 2 banobas blancas servidas

En otro aposento:

2 camas de tablas y 6 colchones

una cama dorada con un paramento de tafetán pagizo y blanco

3 colchones

6 mantas
8 almohadas de lana
4 lienços guarnecidos de madera viejos

En el entresuelo:

Una cama de medios pilares sin ropa
3 sillas
un arca vieja
un cofre con un ristre aforrado en pelejos
2 quadros pequeños viejos

En la sala baja:

Un arca de pino grande y dentro della 9 paños de raz de a quatro amas los cinco de la Ystoria del rey David y los quatro de Moyses; 3 alombras y un anti-puerta también de raz

5 arambeles de estambre
un paramento de estambre amarillo muy servido
una canal de madera para echar las uvas

En la bodega:

En 2 cubas hasta 50 metros de vino tinto
Una dozena de tinajas

En la cocina:

2 vacinas, una de arambre y otra de açófar
una perola
un escalfador de masar
2 sartenes
3 asadores
una cacita de arambre
una caçuela de arambre
una bacía de masar con 4 cedaços, un tornadero, 3 maseros y 3 bancales

En el reposte:

Un arca de pino con dos paramentos de rete
Otra arca de pino con 4 robas de lino por rastillas
Un aparador de mesa
2 calderos

un roscadero
unas etreudes

En el estudio en el primer aposento:

Un banco y una mesa de tijeras

En el segundo estudio en una arquimesa de nogal una taça de pie alto de plata dorada que pesa [espacio en blanco]

Otra taça de plata blanca de pie alto que pesa [espacio en blanco]

Un bernegal de pie alto dorada con una [pusita] en medio que pesa [espacio en blanco]

Una portaderita de plata dorada con la una asa rota que pesa [espacio en blanco]

Una pilica de plata blanca que pesa [espacio en blanco]

Un coço guarnecido de plata con su pie de plata

Otro coço sin guarneçer

Un cubico de plata blanca que pesa [espacio en blanco]

9 cucharas de plata que pesan [espacio en blanco]

una orquila de plata que pesa [espacio en blanco]

4 privilegios de notario

3 ligarças de cartas de pago de treudo

2 relicarios grandes dorados

2 pares de vasos de flores, unos grandes y otros pequeños

un relicario de nogal con su pie alto

otros 2 relicarios desechos con sus pies de nogal

en una bolsa y talego 4.600 sueldos jaqueses

2 docenas de platos de talabera

2 fruteros

unos manteles alamaniscos

un espejo grande

una arca de nogal y dentro de ella una fuente grande de plata, el canto dorado y en medio que pesa [espacio en blanco]

un garito de plato de plata dorado que pesa [espacio en blanco]

un salero de 3 piezas de plata sobredorado redondo que pesa [espacio en blanco]

un quadro pequeño dorado el canto con reliquias

2 gramayas de jurado la una de terciopelo y la otra de damasco en pedaços con su pasamano de oro

[...]

un libro tocante a la hacienda y renta del dicho Diego Casales
 en dicho estudio 12 sivilas
 un quadro de la madre de Dios guarnecido
 otro quadro pequeño

2

1621

Miguel Juan Montaner, ff. 720 r.-748 r.

Zaragoza

AHPNZ

Dentro de las cassas de la propia habitación de la ilustrísima señora Doña Aldonca Mello de Ferreyra, condesa de Fuentes, domiciliada que fue en la ciudad de Zaragoza, las quales están sitiadas en la dicha ciudad en la parroquia y calle de la señora Santa Engracia y confrentan por el un lado con el calliço llamado de Monçón al qual hazen esquina y por el otro lado con calliço que passa al colegio del señor San Diego ante mí, Miguel Juan Montaner notario público del número de la dicha ciudad presentes los testigos infrascriptos parescieron y fueron personalmente constituidos los señores Don Jusepe de Palafox, canónigo de la yglessia metropolitana de la Seo de la dicha ciudad, el padre Domingo de Altana, prior del monasterio de la gloriosa señora Santa Engracia de la misma ciudad, el padre fray Juan España, religioso profeso de la sagrada orden y religión del señor Sancto Domingo combentual en el colegio del señor San Vizente Ferrer de la dicha sagrada orden y religión de la dicha ciudad y Martín de Lierta, infanzón y notario causídico domiciliado en la misma ciudad como executores que son del último testamento, alma y conciencia de la dicha señora Doña [...]

Primeramente en la bodega del agua se hallaron:

39 tinajas de agua y las dos dellas algo mayores que las otras
 un mortero de piedra de destilar agua con su asunto de madera
 un sacador de arambre de sacar agua

En la otra bodega del aceyte se hallaron:

21 tinajas de tener azeyte y las dos dellas son grandes y estas dos grandes con
 4 más de las pequeñas están llenas de azeyte

En el sótano:

Una messa de pino detinelo con 2 cajones y su escalerilla

Una arca de pino de tener las velas con su cerraja y llave
Otra arca mas pequeña de tener también velas sin cerraja y llave

En la cocina del quarto de verano:
Un almario viejo de pino con su llave de tener confituras
4 ventanas portalizes de zelosías de pino

En el quarto bajo:
Una mampara de vocacio azul
Una tarimica de 4 tablas
2 otras ventanas de celosias
un pie de altar con 2 gradicas pintadas y doradas de los ()rio del verano

En la luna:
Una escalera mano de 9 escalones

En la caballeriça:
Un par de mulas de coche, la una de 8 años, la otra de 9 con su adreços viejos
de coche y un coche en que yba su señora negro ya servido
Una galera con sus 4 ruedas vieja
Un cubo de traer agua

En la cocina vaja de las coladas que está en la luna:
4 tinajas de tener agua para la colada
un cubico de pino para recibir el agua que se trae con el cubo
2 coladeras, la una buena y la otra abierta
2 vacias de estregar
2 roscaderos muy viejos
una vacina de arambre vieja
3 calderos de arambre
una perola de arambre
2 estreudas de yerro
2 bancos viejos para tener las vacias de estregar

En el poço que está en la luna:
Una carrucha con 2 pozales y una soga de esparto

En el patio de la cassa:

2 bancos de pino pintados de verde

En el aposento del dispensero:

Una cama de 2 mantas blancas viejas, una sábana y 2 colchones

Una mesica de pino vieja

En la sala primera del quarto alto:

2 bancos de nogal de respaldo viejos

un almario de pino nuevo que da a la «cintura» con 2 puertas con glovo con su candil de azófar de tres luces viejo

En el aposento primero del quarto de San Diego:

Una arca de pino vieja con su cerraja y llave y dentro della el paramento de la cama en que dormía la señora condesa con su cortina de lo mesmo ya servido y la madera de dicha cama que es unos pilarillos llanos teñidos de negro con 3 tablas, 3 banquicos portatiles de madera de pino, 2 tableros de pino viejo con sus pies, una alombra blanca negra y parda, otra alombra grande de colores, 3 otras alombras medianas ya usadas del oratorio de [espacio en blanco]

2 mantas, la una azul y la otra blanca

una cortina negra de la alcoba de su señoría

3 antipueras de luto y 2 tapetes

un replatero muy viejo con las armas de la cassa

4 tablas y 4 vanquillos pequeños de cama

5 tablas y 4 vanquillos de pino de otra cama

En el segundo aposento de dicho quarto:

Una arquimessa vieja de nogal de tener papeles con su pie de 4 pilarillos

Una tarima del destrado de su señoría en 6 piezas

Una arca de pino vacía con su cerraja y llave

5 colchones

un guadamacil viejo con que están cubiertos dichos colchones

una plancha de yerro del fuego

una mesilla de 3 tablas afforrada en lienzo para el Betlem

2 ventanas de celosías sueltas

una tela y un guadamacil negros destrado

En el tercero aposento de dicho quarto:

2 tableros con sus pies de tener la ropa y en ellos 3 enfundias de almoadas medianas, 3 pequeñas de cama llenas de lana y 2 colchas de olanda vanobadas una sábana grande de estopa de cubrir la ropa y mas una pieça de estopa en ruello y 8 carraços de obillos de estopa

2 quadros viejos a lo antiguo con 2 figuras al temple

2 ventanas de celosía

una arca de nogal con su cerraja y llave con 3 cajoncitos entro vacia en el mismo aposento los coffres y dentro dellos la ropa siguiente:

primero un cofre ferrado y fuera tiene numero primo y dentro del:

6 pieças de manteles de grano de ordio y 6 piezas de servilletas de grano de ordio

otro cofre de vaqueta con clavaçón y por la parte de afuera numero segundo y dentro del:

3 ruellos de lienzo de a cinco palmos de ancho que en cada ruello hay un par de savanas

4 pieças de manteles de grano de ordio

3 pieças de servilletas de grano de ordio

2 manteles alamaniscos nuevos

docena y media de servilletas alamaniscas nuevas

7 manteles alamaniscos que han servido dos docenas y 7 servilletas alamaniscas que han servido

otro cofre de vaqueta con clavaçón y fuera del numero tercero y dentro del:

8 pares de sávanas nuevas que llenan 3 anchos cada sabana y el lienzo es de 5 palmos de ancho

6 ruellos de lienzo de a cinco palmos de ancho que en cada ruello hay un par de sávanas

otro cofre guarnecido de oja de lata y la cubierta de vaqueta y fuera del número quatro y dentro del:

12 pares de sávanas nuevas que llevan 3 anchos cada sabana y el lienço es de a cinco palmos de ancho

un tapete para bufete pequeño con una canefa de raso azul bordado de rasos de color

una pieça de estopa

en otro cofre guarnecido de oja de lata y la cubierta de baqueta con numero quinto por la parte de afuera y dentro del:

3 piezas de estopa

otro cofre ferrado con cubierta de vaqueta con numero sexto por la parte de afuera y dentro del:

- una pieza de lienzo de vara de ancho y otra pieza de estopa
- otro cofre ferrado con número séptimo por la parte de afuera y dentro del:
- 2 piezas de servilletas de grano de ordio
- 2 piezas de lienzo de lino de cassa de vara de ancho
- 2 pares de sábanas de estopa delgada
- 2 pares de sabanas servidas
- un pedaço de lienzo delgado
- 8 manteles de grano de ordio
- 11 toballas de estopilla delgada guarnecidas de lazo
- 8 pares de almoadas de cama con otras tantas pequeñas
- 2 tapeticos labrados

En la quadra primera de hacia la calle de Santa Engracia donde está la chimenea:

- Una plancha de yerro del fuego llana
- Unos murillos de azófar con su adreço del fuego

En la mesma quadra y en la otra de más adentro donde está la alcova:

- 12 sillas de respaldo de cuero negras servidas
- 3 sillas más pequeñas de cuero negras servidas con braços
- 2 bufetes medianos con 2 paños de bayeta servidos
- 14 almoadas negras del destrado ya servidas de paño moscardón

En el oratorio que está en la dicha quadra a la misma calle de Santa Engracia las cossas siguientes:

Primo sobre la puerta por la parte de afuera un retablo mediano con sus puertas y [ilegible] doradas en ellas y en medio el descendimiento de la cruz y dentro del dicho oratorio sobre el altar donde se dice misa un quadro grande con la ymagen del Christo que lleva la cruz a cuestras y encima de dicho quadro 2 quadricos del salvador y nuestra señora, a la mano derecha entrando un quadro de Santo Thomás de Aquino

- Un quadro grande de la oración del guerto con marco
- Otro quadro grande con el salvador con su marco
- Un quadro grande del nacimiento con marco
- Otro quadro con marco de Sancta María la Mayor

Un Sant Gerónimo con marco
 Un Christo crucificado con sus puertas
 Al mismo lado otra orden, un niño Jesús vestido con su corona bordada y ynsignias de la Pasión de plata y una rastra de recequecillas de vidrio doradas
 Un quadro de la madre de Dios con 2 ángeles
 Un quadro de Santa Engracia
 Otro quadro de la Anunciación con su cortina de évano
 Otro quadro de la huyda de Egipto guarnición de évano
 Otro quadro del niño Jesús en el templo con su cortina de tafetán carmesí de évano la guarnición
 Otro quadro de la madre de Dios con los niños Jesús y Baptista, la guarnición dorada
 Otro quadro de la coronación de nuestra señora la guarnición de évano con su cortina
 Otro quadro del tránsito de Sant Francisco guarnición de évano
 Otro quadro de Sancta Catalina guarnición de évano
 Un retablico pequeño de nuestra señora con puertas y en ellas Sant José y Sant Francisco y encima del otro quadrico de nuestra señora otro quadro grande de nuestra señora y del niño Jesús, la guarnición dorada
 Una pilica de jaspe del agua bendita con su assa y ysopo dorados
 Al otro lado del altar otro niño Jessús con su corona bordada con una rastra de aforro y un rosario de corales
 Un quadro grande de Sancto Domingo
 Un quadro grande de la Resurrección guarnición de évano
 Otro quadro grande de la Magdalena con su guarnición dorada
 Otro cuadro grande del ecce homo con la guarnición dorada
 Otro quadro grande de la adoración de los Reyes con su guarnición dorada
 Un quadrico de la María con la guarnición dorada
 Al mismo lado otra () mas abaxo y en ella un quadro de la Magdalena con la guarnición dorada
 Una nuestra señora con el niño dormido guarnición de évano
 Una visitación de Ysabel con su guarnición de évano y su cortina
 Otro quadro de la Magdalena guarnición de évano
 Otro quadro de nuestra señora, Sant José y un ángel con guarnición de évano
 Una nuestra señora griega con su guarnición dorada
 Una nuestra señora labrando con su [espacio en blanco] delante y con la guarnición de évano

Otro quadro de la adoración de los Reyes con su guarnición dorada
Un quadro pequeño de Santa Clara y encima del otro quadro de nuestra señora pequeño
Un quadro de San Joseph trabajando con su guarnición dorada
Otro pequeño de nuestra señora con su hijo en la falda al pie de la cruz
Mas en el altar un crucifijo de marfil con su pie de plata
Una arquilla de marfil donde está el dicho crucifijo
5 imágenes pequeñas de vulto de alabastro, una del niño Jessús con otros dos San Gerónimo y nuestra señora
un quadrico guarnecido con ébano y reliquias en él y en medio un agnus iluminado pequeño
otro quadrico de Sant Gerónimo
otro quadrico de ecce homo guarnición de ébano
una madre de Dios griega con su guarnición dorada
2 cabeças de ynocenticos pequeños
un bufetillo con su caxón de Alemaña
en los cajones de la mesa del altar que está dentro del dicho oratorio:
una cassula de damasco [espacio en blanco] de carmesí y oro con estola y manipulo y bolsa de corporales
otra cassula de damasco blanco con zanefa de raso azul bordada de tela de oro y con estola y manipulo y bolsa de corporales de jamelote
otra casula de brocatelo carmesí y blanco con la canefa de terciopelo y bolsa de corporales de lo mismo
otra casula de tafetán carmesí con la zanefa labrada de seda carmesí y pajico con estola y manipulo y bolsa de corporales de damasco carmesí
otra casula de tafetán verde con canefa labrada de carmesí verde con estola y manipulo y bolsa de tafetán verde
una bolsa de tabi de rosa seca y plata
2 tafetanes con mesis el uno todo bordado a la broca y el otro guarnecido de guarnición de oro y plata
2 tafetanes el uno blanco y el otro verde guarnecidos de guarnición de oro y plata
otros 2 tafetanes el uno blanco y el otro verde guarnecidos de guarnición de oro y plata
un antealtar del Betlem de brocatelo amarillo y carmesí con zanefa y mangas de terciopelo carmesí bordadas de tela de oro y plata
otro antealtar del Betlem de catalufa blanca y amarilla con las canefas labradas de sedas de colores

una zanefa para casulla y antealtar de terciopelo verde bordado de raso con colores con el perfil de cordoncillos de oro y plata

4 ropas de los niños jessuses grandes la una de raso de oro y plata encarnada la otra de rosa seca y plata la otra de raso

2 faldellinicos de dichos el uno de legitiera de madera y blanco y el otro de raso morado

un antealtar de catalufa verde y amarillo y la canefa y mangas de raso carmesí de labor ancha y blanca y amarilla

2 antealtares de los bufetillos de los niños de legitura blanca con zanefas de raso azul bordadas de rosillos de colores

otros 2 antealtares para lo mismo pequeños de brocatelo

otros 2 antealtaricos pequeños de raso carmesí falso prensado con zanefa de carmesí y pajico

un antealtar grande de damasco carmesí con 2 parches de oro y plata por las costuras con zanefa y mangas de carmesí y oro

un antealtar grande de tafetán carmesí

un antealtar grande de damasco blanco con canefa y mangas de raso azul bordadas de tela de oro y plata

otro altar grande de brocatelo blanco y carmesí con zanefa y mangas de terciopelo carmesí bordadas de tela de oro

un antealtar de cañamazas labrado de sedas de matizes

2 alvas con 5 amitos

3 unificadores

una causica de cáliz

12 toballicas

8 manteles para la capilla y los unos son labrados de blanco y amarillo

3 tiras para manteles labradas de oro y plata con matizes

otras 2 fajas tejidas de amarillo de [espacio en blanco]

un niño Jesús hecho de mármol

En el aposento llamado el camarín que está dentro de la alcoba lo siguiente:

Una alazena de nogal y dentro de ella diversos brinquiños de oro y plata

Otra alazena pintada de verde y dentro della diversas escudillas y platos de talavera fina, porcellana y sucara fina

Un almarico pintado de amarillo y dentro de la plata del oratorio siguiente:

2 candeleros altos

2 candeleros con 6 cornisas cada uno

2 candelillos como blandoncillos

un cáliz dorado con su patena
un platillo de las vinajeras
2 vinajeras para dar missa
una ostiera
*un relicario grande dorado con 13 cristales que en el del medio hay leignum crucis
y en las demás reliquias*
*un relicario con 2 rejuelas de ambas partes con reliquias y con lignum crucis en
la una parte*
*un relicario dorado a manera de custodia y dentro está un relicario de oro en
medio el leignum crucis y alrededor reliquias*
una cunica de plata
4 candelillos como blandoncillos todos de un tamaño y hechura
2 candelillos de Betlem
2 candelillos chiquitos como blandoncillos de Betlem
2 peveteras
un tapetico para el Betlem
2 varas de tafetán verde para el Betlem
2 tafetanes carmesí para el Betlem otro tafetán carmesí para la resurrección
en el mismo camarín una arquilla de terciopelo carmesí y dentro della una
docena de tovallas labradas de blanco y amarillo guarnecidos
otra docena de toballas labradas de blanco y amarillo con rapacejos de blanco
y amarillo
otra docena de toballas de grano de ordio con rapacejos blancos
6 toballas alamaniscas grandes guarnecidas de puntas de patillos
2 pares de almoadas con otras dos pares pequeñas labradas de ramos ama-
rillos
9 toballas de blanco y amarillo
2 toballas labradas de blanco
2 fruteros el uno blanco y el otro blanco y amarillo
un par de almoadas grandes con otras pequeñas labradas de seda y oro
otro par de almoadicas labradas de matices con trabesero grande de matices
6 pares de almuadas con otras tantas pequeñas de olanda
un escritorio de évano y otro de maderas de Alemaña
otra arquilla de taracea grande con las manillas de plata y dentro della hay 4
docenas de toballas de grano de ordio con rapacejos de labor
6 toballas de ruan guarnecidas de puntas de palillos
6 pares de almuadas con otras [espacio en blanco] de pequeñas de Olanda
un escritorio pintado y en él cossas de labores

3 escritorios, el uno de évano y marfil, el otro de maderas de Alemaña, el otro de otra madera de aguas
un bufetillo de évano y marfil
una arquilla pintada
un banquillo pintado de tener una vela
un escritorillo pequeño de évano y marfil
2 arquillas viejas cubiertas de cuero negro
un escritorio pequeñico de maderas de Alemaña
una mesica de nogal con un pie triangulado
otra arquimesa de maderas de Alemaña y dentro della flores y cordericos del Betlem

otra arquimesa de maderas cubierta de badana negra y dentro della los censales pertenecientes a la dicha ilustrísima condesa siguientes [...]

En la tercera quadra que está a la calle de Monçón:

Una arca de cantina

3 bufetillos medianos bajos

una tarimilla para hazer labor

En el tocador que está en dicha quadra:

Otro bufete mayor todos de nogal

En el otro aposento más adentro:

Una cama de 4 tablas y 2 bancos bajos

Un colchón, una manta blanca y una sábana

En el otro aposento más adentro del mismo quarto:

Otra cama de 4 tablas con 2 colchones

2 mantas blancas, 2 sábanas y una almuada mediana y una pequeña

otra cama de otras 4 tablas y 2 bancos pequeños con un colchón

una manta blanca y una sábana

En otro aposento más adentro siguiendo el mismo quarto:

Un almario y dentro del:

6 camissas de su señora y 6 vajicos

un cofre viejo con un cuero de pelo rojo con su cerraja y llave y dentro del los vestidos de su señora siguientes:

una veca de pelfa negra
una saya de sarja vieja de su señora
una vasquiña de peñasco
otra basquiña negra
2 jubones
una arquilla de nogal
una arca de pino con su cerraja y llave y dentro della la ropa blanca siguiente:
10 toballicas de lienzo en lazicos y ropacejos
5 docenas y 10 servilletas servidas de grano de ordio
6 pares de almoadas de lienzo llanas y otro par más viejas todas servidas
unos manteles alamaniscos servidos
8 servilletas pequeñas
5 abantales
2 sábanas de estopa
otras 2 de lino
12 sábanas gruesas servidas de lino y estopa
2 banobas de grano de ordio servidas
10 mantelillos de estopa viejos
3 manteles de estopa nuevos
4 otros manteles viejos
unos manteles de grano de ordio toda ropa servida
2 arnederos
2 toballas de la cocina
una colchica pequeña
5 almoadas grandes, 4 pequeñas, 9 servidas
otra arca de pino donde esta parte de dicha ropa otra arca y en ella:
19 paños de limpiar la plata servidos y 27 otros paños del mismo ministerio
más viejos
5 abantales de estopa de la cocina
una arca mediana de nogal de tener la plata del servicio ordinario
5 paños de raz de montería servidos pequeños

En el reposte de la cocina:
Una arca vieja de nogal y el cobertor de pino
2 almirezes de cobre
2 vazinas de azófar
4 candeleros de azófar de vela

un candelero grande de azeite y 2 otros más pequeños servidos
un cacico, 2 asadores, unas parrillas, una romana, un caballico viejo de yerro,
un vadil viejo, una mesilla y un bufete pequeños de pino
2 candiles
un aparador grande con sus gradas
un almario pequeño
2 arquillas pequeñas para tener velas
2 bancos de pino pintados

En el reposte que está en el mirador:

Primo 3 alambiques de arambre, los dos medianos y el uno pequeño

Un almirez de cobre

Un sumario

2 copas de arambre

un brassero de arambre con su caxa de madera

un [orlucio] de arambre para hacer pastelillos

2 fogareles de yerro

4 platos de azófar de orno

8 pelotillas de arambre, las quatro medianas y las otras quatro más pequeñas

una ollica pequeña de arambre

un sacador de arambre

3 cazicos de arambre pequeños y otro mayor

2 calentadores de cama

2 torteras de arambre

4 brumadericas de azófar

2 sartenes grandes

6 asadores de yerro entre grandes y pequeños

2 parrillas de yerro

3 candiles nuevos

4 restillos de restillar lino

2 morteros de piedra con sus manos de madera y otro de jaspe

una prensa de prensar rosas

una messica de cama

6 tablillas de hazer pevetes y pastillas

2 debanaderas

6 cantaricos y 3 botijas

13 parras de tener miel vacías

8 lebrillos amarillos

17 ollas entre grandes y pequeñas
 31 bazuelas entre grandes y pequeñas
 12 ollicas a modo de cazuelas
 9 servidores medianos y pequeños
 2 conquillos y sus conquillas de talabera gruesa
 16 platos entre medianos y pequeños de talabera gruesas
 3 cuezos de tierra
 una olla grande con 4 asas para tener arina o sal
 diversas redomas medianas y pequeñas con diversas aguas, aceytes y vinagres
 4 barrales de vidrio llenos de azeytunas
 9 capaços de pama
 2 tonelillos de tener vinagre viejo

En el mirador:

Una arca vieja de pino

4 esteras viejas

una escalera de mano

En dinero de contado:

1.907 libras y 12 sueldos dineros jaqueses

3

1644

Juan Gil Calvete, ff. 2.645 v.-2.651 v.

Zaragoza

AHPNZ

Dichos día y lugar y dentro de las cassas de la propia havitación de Don Mathías Estevan, Falayero hijodalgo alcayde de la cárcel real de la ciudad de Zaragoza, domiciliado en aquella. Ante la pressencia de mí, Juan Gil Calvete, notario del número y ciudadano de dicha ciudad y escrivano de mandamiento y cámara de su Magestad en la Audiencia Real de Aragón y testigos avaxo nombrados parecieron personalmente Doña Margarita Capdevilla y Doña Luisa Capdevilla, viudas, Doctor Diego Gerónimo Sala, presbítero y dicho Don Mathías Estevan Falayero, domiciliados en dicha ciudad en nombre y assí como tutores y curadores testamentarios que son de las personas y bienes maternos de Doña María Petronila, Diego Falayero y Doña Augustina Laferina Falayero, hijas legítimas y naturales de dicho Don Mathías Estevan Falayero y de Doña Margarita La-sierra su legítima muger difunta dexados y nombrados en tutores y curadores

sobredichos por la dicha Doña Margarita Lasierra mediante su último testamento que hecho y otorgado fue en la presente ciudad de Zaragoza más cerca pasado del presente año 1644 y por mí, dicho notario testificado los cuales en dicho nombre respectivamente dixerón que atendido que en la capitulación matrimonial hecha y otorgada cerca del matrimonio que se pactó, effectuó y consumó entre dichos Don Mathías Esteban Falayero y Doña Margarita Lasierra en la presente ciudad a 19 de julio del año 1642 ante Pedro Sánchez del Castellar, notario de dicho número entre otros pactos y capítulos hay uno del thenor siguiente:

Pacto de la capitulación:

Es pactado sus dos hijas sea acordado entre dichos tutores y curadores se hiere inventario de todas las joyas y vestidos que se hallaren en ser al tiempo de la fin y muerte de dicha Doña Margarita Lasierra. Por lo qual [tachado lo siguiente: cumpliendo con el thenor de dicho pacto] para que mejor se pueda cumplir con el thenor de dicho pacto en los cassos, tiempos y de la forma y manera en aquel declarado se llegó a hacer y hizo legítimo y verdadero imventario de todas las joyas y vestidos que fueron de la dicha Doña Margarita Lasierra y que se hallaron en ser al tiempo de su fin y muerte de las quales tenían y tienen particular noticia dichos tutores y son y se nombran como se sigue:

Primeramente un lagarto de 16 diamantes y 6 rubíes pesa 140 reales

Una cruz de oro con 13 diamantes pesa 70 reales

Una maceta de oro con 17 diamantes pesa 61 reales

Una maceta de oro pesa 28 reales

Una lacada de oro con 15 diamantes pesa 26 reales

Una sortija de un diamante triangulado pesa 14 reales

Otro diamante rosa fatiado pesa 16 reales

Una maceta de 25 rubíes pesa 58 reales

Otra maceta de oro de 13 esmeraldas pesa 54 reales

Una maceta de oro con 12 diamantes pesa 40 reales

Otra maceta de oro de 9 diamantes pesa 35 reales

Un aogador con 47 asientos pesa de oro 234 reales

Una jarrilla de cristal

Un relicario de cristal guarnecido de oro y rubíes

Un librico guarnecido de oro

Un relicario de medio cañón con 8 rubíes y 8 esmeraldas pessen 420 reales

Un relicario de San Ysidro y la Virgen

Un relicario ochavado de oro liso

Una cruz de oro con reliquias

52 guarniciones de 52 pieças de cristal pessa el oro 228 reales

un Jesús en un cerpo aobado con granates pesa 73 reales

un pien de balonas con piedras blancas y verdes

un lazo con perlas y asientos pesa 85 reales

2 onças de aljofar

unas arracadas de cristal guarnecida de oro

Vestidos:

Primo un bestido de terciopellado negro ropa basquina y jubón aforrado en tafetán

Otro bestido negro de tavi de aguas es de seda forrado guarnecido con tirela aforrado en tafetán

Otro bestido de raso acuchillado negro guarnecido con guarnición de raso forrado en tafetán con ropa basquina y jubón

Una basquina de rasilla verde con galoncito de oro trahído

Unas enaguas de alama felpada de nácar y plata guarnecidas con galón de plata y oro forrado en tafetán açul

Unas enaguas y justillo de damasco açul forrado en tafetán de nácar guarnecido con randas de oro

Otro justillo forrado açul forrado con tafetán de nácar guarnecido con randas de oro

Un cubrepies de damasco de nácar y blanco guarnecido con galón de oro forrado en tafetán açul

3 mantos, el uno de humo con randa y los otros dos de lustre el uno dellos con randa y el otro sin ella nuevo

Todas las quales joyas, oro, diamantes, vestidos, mantos y demás cossas arriva expressadas y nombradas así imbentariadas y en imbentario puestas por Don Mathías Estevan Falayero las confesó haver recibido en su poder y dellas y de la otra dellas otorgó legítima y verdadera apoca y carta de pago renunciando qualesquiere excepciones y asimismo prometió y se obligó dicho Don Mathías Estevan Falayero a restituyr, dar y entregar dichas joyas, oro, diamantes, vestidos, mantos y demás cosas arriva expressadas e imbentariadas a las personas y en los cassos y tiempos de la forma y manera mencionadas y expressadas, mencionados y expressados y declarados en dicho pacto y capítulo arriva inserto y en dicha capitulación matrimonial [...]





institución
fernando el
católico

